

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**  
**FACULTAD DE FILOLOGÍA**  
**DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA II**



**TESIS DOCTORAL**

**Edición y crítica de la *Tercera parte de Guzmán de Alfarache***

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

**Pablo Brañanova González**

DIRECTORA

**Esther Borrego Gutiérrez**

Madrid, 2018

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**

**FACULTAD DE FILOLOGÍA**

Departamento de Filología Española II  
(Literatura Española)



**TESIS DOCTORAL**

**EDICIÓN Y CRÍTICA DE LA *TERCERA PARTE DE*  
*GUZMÁN DE ALFARACHE***

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

**Pablo Brañanova González**

DIRECTORA

**Esther Borrego Gutiérrez**

**Madrid, 2017**

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**  
FACULTAD DE FILOLOGÍA



**TESIS DOCTORAL**

**EDICIÓN Y CRÍTICA DE LA *TERCERA PARTE DE*  
*GUZMÁN DE ALFARACHE***

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

Doctorando: **Pablo Brañanova González**

Directora: **Esther Borrego Gutiérrez**

**Madrid, 2017**

© Pablo Brañanova González

*Para Idoia L. Cantolla,*

*A la memoria de Víctor Infantes.*

# Índice

<b>AGRADECIMIENTOS.....</b>	<b>8</b>
<b>RESUMEN / ABSTRACT.....</b>	<b>10</b>

<b>I. INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>12</b>
<b>II. OBJETIVOS Y METODOLOGÍA.....</b>	<b>16</b>
<b>III. UN REMOTO ANCESTRO DE LOS HERMANOS MACHADO.....</b>	<b>18</b>
<b>IV. BREVE NOTA BIOBIBLIOGRÁFICA.....</b>	<b>21</b>
<b>V. ESTADO DE LA CUESTIÓN.....</b>	<b>23</b>

## ESTUDIO Y ANEXOS

<b>I. LA PROMESA INCLUMPLIDA DE ALEMÁN.....</b>	<b>26</b>
<b>II. EL PSEUDÓNIMO DE FÉLIX MÁRQUEZ.....</b>	<b>30</b>
<b>III. EL GUANTE RECOGIDO POR MACHADO.....</b>	<b>32</b>
<b>IV. DETURPACIONES VOLUNTARIAS DE LA OBRA Y UNA TERCERA PARTE PRIMIGENIA.....</b>	<b>35</b>
<b>V. ¿UNA CONTINUACIÓN PICARESCA? LA CUESTIÓN DEL GÉNERO....</b>	<b>38</b>
<b>VI. MECANISMOS TRANSFORMADORES: DEL PÍCARO AL HOMBRE DE HONRA.....</b>	<b>43</b>

## **VII. CRONOTOPO**

- 1. El tiempo en la novela..... 47**
- 2. Espacio. El viaje de Guzmán: de pícaro a penitente.....50**

## **VIII. CONTEXTO HISTÓRICO.....56**

## **IX. LA TIERRA PORTUGUESA..... 59**

## **X. LA RUTA DEL PEREFRINO: PLANO GEOGRÁFICO..... 63**

## **XI. INFLUENCIAS LITERARIAS DEL AUTOR**

- 1. Baltasar Gracián..... 64**
- 2. Francisco de Quevedo..... 69**

## **XII. MACHADO Y CERVANTES**

- 1. Juan Serpe y don Quijote.....75**
- 2. Pierres y el licenciado Vidriera..... 77**
- 3. Amador Machado y Roque Guinart..... 78**

## **LA PRESENTE EDICIÓN**

## **I. EL MANUSCRITO..... 80**

- 1. Datación.....82**

## **II. CRITERIOS DE EDICIÓN..... 84**

### **TERCERA PARTE DE GUZMÁN DE ALFARACHE**

#### ***Libro primero.***

DEDICATORIA.....	93
<b>CAPÍTULO PRIMERO.</b> Llega carta de su majestad de cómo se conforma con la consulta que hizo el capitán de la galera sobre la libertad de Guzmán de Alfarache, y le hace merced de trescientos escudos de oro.	96
<b>CAPÍTULO II.</b> En que Guzmán de Alfarache refiere lo que le pasó con el confesor de su madre y el síndico de san Francisco, y su muerte della.	107
<b>CAPÍTULO III.</b> Guzmán de Alfarache se despide del síndico y confesor de su madre. Prosigue su romería.	119
<b>CAPÍTULO IV.</b> En que Guzmán de Alfarache refiere cómo el peregrino Propercio le contó su vida y la de su compañero Ricardo, y sus raras finezas.	132
<b>CAPÍTULO V.</b> Prosigue Guzmán de Alfarache el grande peligro en que él y sus compañeros se vieron pasando de Almada a Lisboa, y cómo por su arbitrio escaparon de la muerte.	144
<b>CAPÍTULO VI.</b> Tienen Guzmán de Alfarache y sus compañeros a Amaro de Laje por huésped. Cuéntales el mayordomo algunas cosas de su vida.	155
<b>CAPÍTULO VII.</b> Guzmán de Alfarache y sus compañeros topan en el terrero de palacio a Amaro de Laje. Súbelos al fuerte y les cuenta algunos sucesos suyos y de doña Catalina de Melo.	167
<b>CAPÍTULO VIII.</b> Confórmanse Guzmán de Alfarache y sus compañeros cómo han de gastar el tiempo ocioso. Lléalos aquel caballero de quien eran huéspedes a un jardín, donde sobre la verdad y la mentira discurrió Propercio.	179
<b>CAPÍTULO IX.</b> Prosigue la materia, refiere Ricardo algunos cuentos graciosos de criados que había tenido en París.	191
<b>CAPÍTULO X.</b> Refiere Guzmán de Alfarache algunos cuentos diferentes, la burla de dos competidoras sobre lo que obra la imaginación y la contienda de los dos doctores sobre el licenciado calabazas.	203

#### ***Libro segundo.***

<b>CAPÍTULO PRIMERO.</b> Cómo, después de haber visto Guzmán de Alfarache y sus compañeros el convento y Torre de Belén, toparon en ella el capitán con quien pasó a Italia. Ricardo y Propercio tienen nuevas de Francia; parten a París.	218
<b>CAPÍTULO II.</b> En que se refieren algunos cuentos sucedidos en Portugal de que tuvo noticia Guzmán de Alfarache.	230
<b>CAPÍTULO III.</b> Cuenta Guzmán de Alfarache algunas tentaciones que tuvo para el estado de pícaro en este de caballero, y cómo Dios le libró dellas.	243
<b>CAPÍTULO IV.</b> Sale Guzmán de Alfarache de Lisboa por no empeñarse en nuevas bodas. Embárcase en el Tajo. Cuenta lo que le sucedió con un religioso, confesor de Angélica.	257
<b>CAPÍTULO V.</b> Refiere Guzmán de Alfarache la pesadilla y sueño que en la villa de Allandra tuvo esta misma noche.	270
<b>CAPÍTULO VI.</b> Cuenta Guzmán de Alfarache el sermón que le hizo el religioso sobre sus pensamientos, y cómo llegaron a la villa de Santarém.	281
<b>CAPÍTULO VII.</b> Va refiriendo Guzmán de Alfarache cómo don Andrés de Almada, con un portugués solo, desempeña a muchos.	293
<b>CAPÍTULO VIII.</b> Va Guzmán de Alfarache con don Andrés de Almada al convento de San Francisco a ver aquel religioso con quien vino en el barco. Refiérole los milagros de Santarém.	304
<b>CAPÍTULO IX.</b> Despídese Guzmán de Alfarache del religioso. Vuelve a su posada. Cuenta lo que le refieren los criados de un peregrino que allí topa, que le piden consejo para dejarle, y halla ser su hermano.	315
<b>CAPÍTULO X.</b> Aconseja Guzmán de Alfarache a los criados del peregrino lo que han de hacer. Hállanse hermanos los dos. Refiere lo que le sucede en Tomar, queriendo hacerle tanto.	326



***Libro tercero.***

<b>CAPÍTULO PRIMERO.</b> Del cuento que un pastor refiere a Guzmán de Alfarache en la sierra de Anseam: cómo el muerto mató al vivo, y de su llegada a ciudad de Coímbra.	342
<b>CAPÍTULO II.</b> Refiere Guzmán de Alfarache lo que vio en la ciudad de Coímbra, y lo que pasó con los estudiantes y el hurto de sus doblones.	355
<b>CAPÍTULO III.</b> Sale Guzmán de Alfarache de Coímbra con dos estudiantes de Braga. Refiérenle el suceso de doña Guiomar. Llegan a Avelans; hallan muriendo a Juan Serpe; y después de muerto, les refiere un fraile francisco su vida y amores.	367
<b>CAPÍTULO IV.</b> Sale Guzmán de Alfarache de la villa de Avelans. Cuéntale fray Pedro sucesos de Juan Serpe, del fingido reto y carta de desafío de don Quijote. Llega a Villanova, adonde su hermano había muerto en desafío un caballero; y, pensando ser él un hermano, le tiró con tres balas, que no le ofendieron.	379
<b>CAPÍTULO V.</b> Pasa Guzmán de Alfarache el Duero a la ciudad de Oporto. Refiérole uno de los estudiantes el valor de las mujeres de la ciudad de Braga, cómo aquella provincia es la mejor del mundo. Otro le pregunta por Amador Machado; refiérole su vida y el fin que tuvo. Cuéntale el suceso de los dos hermanos de Viana: quemado vivo el uno, otro por la fe mártir; y el milagro de las cruces que todos los años se repite en Barcelos.	391
<b>CAPÍTULO VI.</b> Dan al hábito de tercero a Guzmán de Alfarache en la ciudad de Oporto. Pasa a la de Braga. Refiere por mayor lo que vio en aquella ciudad, lo mucho que se admiraban de parecerse tanto a su hermano, el supuesto marqués de la Torre del Greco; y lo que sucedió a otros dos hermanos muy parecidos y a dos marineros por parecerse.	403
<b>CAPÍTULO VII.</b> Refiere Guzmán de Alfarache el banquete que le dio el canónigo de Braga, el regalo grande de la provincia de Entre Duero y Miño, y cómo el estudiante de quien era huesped, de un monte que queda sobre el río Cávado le hizo relación de lo más notable que hay en su ribera.	415

<b>CAPÍTULO VIII.</b> Hace relación Guzmán de Alfarache de las notables virtudes de la aguarrás. Salen de Braga él y fray Pedro, pasan por San Fructuoso y la villa de Prado. Llegan a Viana, son huéspedes de Manuel de Fonseca, ingenio raro; y raro; y de allí se van a la villa de Camiña, último término del Reino de Portugal.	427
<b>CAPÍTULO IX.</b> Sale Guzmán de Alfarache de Portugal; entra en el Reino de Galicia. Llega a Santiago; refiere lo que vio en su santa casa. Préndenle por el hurto de su hermano; llévanle a La Coruña; por sentencia le quitan sus doblones y se queda sin nada.	439
<b>CAPÍTULO X.</b> Cómo después de haber salido de la cárcel, Guzmán de Alfarache, viéndose sin doblones, dejó el mundo y se hizo ermitaño.	451
<b>A MODO DE CIERRE.....</b>	<b>474</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA.....</b>	<b>476</b>

## AGRADECIMIENTOS

Empujado por diversas lecturas e influencias personales, hace ya algunos años, vi mermar mi interés por la novela de hoy para tomar los derroteros de nuestra prosa clásica, sorprendido bien pronto de que lo picaresco, bien lejos de ceñirse a aquellas obras que siempre hemos tomado como tales, recorre toda ella de forma transversal y persistente.

Fueron las clases de algunos profesores las que, en buena medida, acrecentaron mi gusto por el género y época en que se encuadra el texto que aquí edito. No tardaron las de Jesús Antonio Cid en generar en mí un concepto más vivo de un pasado glorioso y decadente, que atendiendo al detalle de nuestras obras clásicas, como desempolvando las más inactuales, nos revela su hechizo por cuanto complicado y misterioso. A ellas fueron sumándose las de Álvaro Alonso Miguel, Manuel Fernández Nieto, Javier Huerta Calvo o aquel monográfico sobre *La Celestina* impartido por Ana Vian Herrero; todas ellas sirvieron (y alguna que se queda en el tintero) para consolidar las inquietudes que se andaban fraguando por nuestra época cumbre de la literatura.

La profesora Rosa Navarro Durán ha sido maestra en la distancia. Su edición de la obra siempre ha estado presente como ejemplo, espejo y resultado de la enorme experiencia y del saber hacer al que se aspira en vano. También su estudio crítico del texto ha sido indispensable para extraer algunas de sus claves, de entrada, inaccesibles a mi modesto olfato de lector.

Debo a Víctor Infantes que pusiera en mis manos el texto que ahora entrego, y del que por entonces no me era familiar ni autor ni obra. No pasó mucho tiempo desde que me propuso su lectura hasta que aceptó ser quien me guiase en este recorrido que hoy concluye, por desgracia, sin él. Ahora veo cómo el tiempo a su lado siempre era insuficiente para lo que a mis ganas de aprender hubiera convenido.

Mi mayor gratitud a Esther Borrego que se ofreció a sacarme de mi orfandad académica, depositando en mí toda su confianza —que espero merecida— y aportando su gran conocimiento a este proyecto que, de no ser así, hubiera naufragado. Qué mejor decisión que asistir a sus clases; allí la conocí sin poder sospechar lo que vendría. Esther: eres demostración de fuerza, trabajo y alegría incombustibles que pronto se propagan y contagian.

Solo me resta ya proclamar el cariño de unos pocos que no me han permitido ceder a mis flaquezas. Con la paciencia, que a menudo me falta, y el tiempo que he podido robarle a mi trabajo, el desarrollo de este ha tenido lugar, íntegramente, en la ciudad de Oviedo, que es la mía; su endemoniado clima, al fin, me ha sido en algo favorable. De aquí, mi familia ascendente, a falta de ninguna que descienda, pongo en primer lugar. A Ana Elisa Naranjo y Manuel Suárez Casal agradezco su apoyo, por la cooperación de la primera y la gran amistad del que secunda.

De Madrid, que se piensa y se añora cada día, a Camilo Goelkel y a María de Marcos que siempre están ahí: donde espero que sigan. A Jorge Castellanos y Enrique Casal, Rufo de la Morena... en fin, a todos quiero y tengo por el más alto valor que valen.

## RESUMEN

El objetivo de esta tesis es acercar al lector la única novela del autor portugués Félix Machado de Silva y Castro, que es prolongación de uno de nuestros grandes monumentos literarios: la obra de Mateo Alemán *Guzmán de Alfarache*. La importancia y calidad literaria de esta continuación, dignas de mención, así como el escaso interés suscitado entre los estudiosos de la literatura, me han servido de impulso para elaborar la primera edición crítica del texto.

El trabajo que aquí se presenta se compone, principalmente, de dos partes. La primera trata de clarificar los más de cuantos aspectos relacionados con el texto pudieran ser obstáculo para su lectura. Para ello, se ha elaborado un estudio donde se abordan algunas de las cuestiones fundamentales que permiten situar la obra dentro de su contexto histórico y literario, como también integrarla dentro de la tradición a la que pertenece, estableciendo todas las conexiones con su predecesora, así como con otros autores y obras de las que se advierten claras influencias.

La segunda es, en sí misma, la primera edición crítica a la que esta *Tercera parte de Guzmán de Alfarache* se ha visto sometida. En ella, se han intentado limar todas las dificultades textuales que la novela plantea, mediante la fijación de los oportunos criterios y la inclusión de un aparato de notas que ayude a solventar cualquier incomprensión, ya sea de tipo lingüístico, cultural, histórico, gráfico o puramente literario.

En definitiva, pretende ser el trabajo que aquí se ofrece material para futuros investigadores con semejantes inquietudes, pero quiere también poner en valor una obra hasta ahora desconocida por el lector común, testimonio inestimable, que arroja nueva luz sobre la evolución, declive y caída de un género capital de nuestra prosa áurea: el picaresco.

## ABSTRACT

The central aim of this thesis is to bring to the reader the only novel by the Portuguese author Félix Machado de Silva y Castro, which is the extension of one of our great literary monuments: the work of Mateo Alemán *Guzmán de Alfarache*. The importance and literary quality of this continuation, which is remarkable, as well as the little interest aroused among the critics, have helped me as an impulse to develop the first critical edition of the text.

The work presented here is composed, mainly, of two parts. The first tries to clarify most of the aspects related to the text that could be an obstacle to its reading. To this end, a study has been developed which addresses some of the fundamental issues that allow to situate the work within its historical and literary context, as well as integrating it into the tradition to which it belongs, establishing all the connections with its predecessor, as well as with other authors and works of which clear influences can be noticed.

The second is, in itself, the first critical edition to which this *Third part of Guzmán de Alfarache* has been subjected. In it, I have tried to file all the textual difficulties that the novel entails, by fixing the appropriate criteria and the inclusion of a note apparatus that helps to solve any misunderstanding, whether linguistic, cultural, historical, Graphic or literary.

in short, the work presented here is intended to be material for future researchers with such inquisitiveness, but it also wants to put in value a work hitherto unknown by the public, inestimable testimony, which sheds new light on the evolution, decline and fall of a capital genre of our golden prose: the picaresque fiction.

## I. INTRODUCCIÓN

De la escasa nómina que conforman los clásicos de nuestro género más autóctono, el picaresco, hallamos en *Guzmán de Alfarache* el más dilatado desarrollo de un ciclo literario.<sup>1</sup> Entre la matriz y sus continuaciones trazamos una línea que, de principio a fin, recorre la vida de su protagonista, pero también la de la misma obra: transcurrirá medio siglo desde que Mateo Alemán engendre a Guzmanillo (1599) hasta que Machado de Silva ponga, con esta, el punto final de sus hazañas (1650); entre medias, cuatro continuaciones entre la segunda y la tercera parte que van atestiguando la pervivencia y el éxito del fenómeno que supusieron.

Surge esta tendencia a alargar la vida de determinados patrones literarios a raíz de la *La Celestina*, y se prolonga a través de nuestros Siglos de Oro con especial intensidad en las novelas de caballerías, cuyas sagas llegaron a conocer, como en el caso de *Amadís de Gaula*, una docena de continuaciones que daban cuenta del interés que en el lector aún generaban las hazañas de su protagonista, pese al calco que suponían sus estructuras y la repetición de tantas situaciones. La narrativa del XVII convierte este afán continuador en el motivo de duelos literarios que obligan a Cervantes o al propio Alemán a retomar la pluma para dejar escrita la última palabra, vindicar las ideas de sus creaciones y demostrar así su superioridad en la prosa y en el arte de ingenio.

Ajeno a estos litigios se encontraba Félix Machado cuando se decidió a cerrar el ciclo alemaniano, medio siglo después de la continuación apócrifa de Martí, y al margen del contexto en que habían tenido lugar aquellos desafíos: nada más alejado de los círculos literarios de la Corte, o del vivo ejemplo de ciudad picaresca que debía de ser la Sevilla de la época, se encontraba el castillo do Castro, casa bracarense del autor, desde donde se redactaba el manuscrito de esta continuación.

Son estas algunas de las razones, de las tantas que ya señalaremos, por las cuales esta *Tercera parte de Guzmán de Alfarache* es el mejor ejemplo de las transformaciones que al pasar de los años pudo sufrir el género, pero, sobre todo, aún mayor muestra es de hasta qué punto el texto literario de un autor puede llegar a plegarse a los intereses de otro y amoldarse a los cambios de pensamiento y de tendencia marcados por la historia. Y es

---

<sup>1</sup> Tan solo secundado por las dos segundas partes apócrifas de *El lazarillo*, a cargo de Diego Hurtado de Mendoza (Amberes, 1555) y de Juan de Luna (París, 1620).

que el libro que aquí les ofrecemos no podría resultar más diferente de cuanto de él cabría esperarse; es uno de sus méritos mantener la coherencia que le viene exigida por el título y su protagonista, así como por la gran obra maestra que constituyen hoy sus partes precedentes. Con ellas necesita Machado establecer un constante diálogo que recurre a personajes y escenas de la vida pasada del pícaro —la que su original creador había dispuesto para él—, que doten de verosimilitud a esta nueva, tan dispar y antitética como única salida razonable.

Comienza esta *tercera parte* en el mismo punto en que Alemán había dejado su segunda; a ella son recurrentes, sobre todo al principio, los lazos que pretenden ligar ambas novelas recuperando anécdotas pasadas, y a menudo añadiendo más detalles para dar la impresión de que ahora se completa lo que antes se omitía. Los propósitos de transformación que el autor tiene en mente son hábilmente precedidos por un fino cosido entre las partes para que no se aprecien las costuras. Era también consciente de que el lastre de una vida anterior tan desgraciada no podía disolverse fácilmente sin que fuera increíble, por más que desde las primeras páginas la actitud de Guzmán nos sorprenda por su disposición beatífica y sus firmes propósitos devotos. Pronto saldrán a relucir algunos personajes de su oscuro pasado que, por más que le supongan amenaza, nunca lo reconocen; como si el total cambio de su naturaleza también hubiera dado en cambio físico. De este modo, veremos, entre otros, desfilar a Esperanza, criada de su ama en la segunda parte, o al capitán traidor con el que pasó a Italia tras verse involucrado en el robo al platero del *agnusdei* de oro.

Otro feliz acierto del autor es el personaje del hermano gemelo de Guzmán, espejo de sus viejas pendencias y residuo de un torpe pasado que aquí sepultará desde el comienzo, pero cuya latencia se va a ver encarnada en su *alter ego*, de presencia molesta y siempre inesperada, y que a punto estará de ocasionar su muerte. Esta oscura figura fraternal también está inspirada en la obra de Alemán; con ella formuló el sevillano parte de la venganza contra su émulo Sayavedra, a quien convirtió en siervo de su pícaro en el libro segundo de su *segunda parte*. En el capítulo cuarto de ese libro, «Caminando a Milán Guzmán de Alfarache, le da cuenta Sayavedra de su vida»,<sup>2</sup> este relatará también la de su hermano mayor, Juan Martí, que «hizo del Juan, Luján, y del Martí, Mateo; y volviéndolo por pasiva, llamose Mateo Luján» —quedaban así cubiertos nombre real y seudónimo de

---

<sup>2</sup> Alemán, 2012, p. 504.



su continuador—. De este hermano ya nada más sabremos salvo que, «dicen algunos que de vista le conocen haberlo visto en Castilla y por el Andalucía muy maltratado, que de allí pasó a las Indias, donde también le fue mal»; <sup>3</sup> el de Juan de Guzmán reaparece a menudo y casi hasta el final de la novela, en el penúltimo capítulo del libro tercero, donde aún le hará pagar con la prisión sus viles fechorías, por el gran parecido físico que guardan.

Pero, como decíamos, no encontraremos en el contenido de la novela ni en las ideas en ella objetivadas nada que nos devuelva al mundo marginal del que proviene el pícaro. Tras su liberación de la galera comienza una andadura con destino fijado de antemano, salpicada de intermitentes tentaciones que obligan al lector a recordar quién era; recurso inteligente y necesario, pues lo que se le ofrece no puede distar más de aquello que el autor se ve obligado a recordarle. Se perfila, por tanto, un escrito moral exento del realismo picaresco y en el que cabe todo: el diálogo, el sermón, el libro de viajes, la narración folclórica, los mitos hagiográficos (como el de santa Eiría o santa Isabel), la novela corta intercalada (las vidas de Propercio y Ricardo o la de Catalina de Melo) y todas aquellas historias, más o menos extensas, que a cada personaje han sucedido de los abundantísimos que salen al camino.

Es la novela un flujo discursivo en el que la ficción autobiográfica se alterna con una enorme variedad de materiales que, en definitiva, van haciendo de ella una obra miscelánea de intenciones didácticas; esa era, por encima de todas, la gran finalidad de su creador: deleitar predicando una moral, la entonces dominante, que ya distaba mucho de la visión del mundo picaresco que había forjado el género.

Tan cansado te juzgo de mis locuras y curas,<sup>4</sup> que me parece no seguir adelante con el proceso de mi vida. Sírvame de espejo mis trabajos y de ejemplar mis sucesos, que este es el único fin para que te he escrito las tres partes de ella. (p. 472.)

---

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 509.

<sup>4</sup> Eran «locuras» las de su vida anterior, pero ya son «curas» las que ilustran esta *tercera parte*. Si Alemán se propuso enseñar *a contrario*, Machado se decide por el ejemplo recto y verdadero, con el que espera ser más efectivo en sus propósitos.

Se inserta en el texto una amplia relación de personajes, cuyas vidas —y es la única excepción la del protagonista— se muestran al lector como reales; modelos de conducta que le sirvan de ejemplo —o ejemplo que evitar— al conducir la suya.

Es por dicha insistencia en lo real que muchos de estos personajes, los que cobran mayor continuidad en la narración, son más protagonistas en la intercalación de sus historias que el propio Guzmán y, a pesar de la evolución psicológica de este, su perfil está más trabajado que el de un pícaro relegado a un papel de escuchante; de mero espectador de todo lo que la tierra portuguesa tiene para ofrecer a su metamorfosis.

En suma, es la *Tercera parte de Guzmán de Alfarache* novela singular y dilatada en la que están vertidas tantas narraciones, de tan variadas formas y extensión, y que da cabida a tal número de refranes y apotegmas, opiniones y anécdotas que bien pudiera ser cajón de sastre. Sin embargo, tanto sorprende su vasta variedad como la planificación que en ella se adivina: la construcción precisa y minuciosa de un ordenado todo que ya se ha predispuesto de antemano, y que Félix Machado compone con gran técnica, en lengua que domina, pero impropia, e imbuido del estilo de los grandes maestros de nuestra prosa áurea.

## II. OBJETIVOS Y METODOLOGÍA

El objetivo principal de esta tesis es la edición crítica y el estudio de la *Tercera parte de Guzmán de Alfarache* de Félix Machado de Silva. Para la elaboración de este trabajo se ha partido de la atenta lectura de la obra en cuestión en permanente cotejo con sus predecesoras, con el propósito de establecer sus conexiones con ellas y determinar su importancia dentro del ciclo al que esta pertenece. Ha sido necesaria la previa recopilación y el riguroso análisis de toda la bibliografía generada al respecto, que luego ha dado paso a la simultánea labor de transcripción y anotación del único testimonio existente. Para la labor de transcripción se han seguido, tras consultar la pertinente bibliografía y corrientes críticas actuales, criterios enfocados sobre todo a la modernización de las grafías, respetando la variante fonética. La delimitación de los criterios puede verse en el apartado correspondiente.

Cuando el manuscrito original autógrafo, que Alberto Blecuá llama borrador<sup>5</sup> —prescindimos de esta denominación, ya que el texto, como se indica en el estudio crítico, fue enmendado a la vez que se escribía y no se advierten en él intenciones de una sucesiva copia en limpio—, me ha presentado obstáculos que dificultasen su lectura, ya fuera por líneas emborronadas, tachones o por la propia dificultad de decodificación que entrañaba una caligrafía, por lo general, bastante clara, he recurrido tanto a la edición de Rosa Navarro Durán como a la primera transcripción de Gerhard Moldenhauer. En especial la primera de ambas me ha sido de gran apoyo a la hora de resolver estos problemas.<sup>6</sup>

En cada una de las sucesivas relecturas de esta *tercera parte*, se ha visto aumentado un aparato de notas que pretende facilitar la asimilación del texto y hacerlo más ameno y comprensible. Para ello, me he servido de la bibliografía general pertinente, así como de la lexicográfica o la paremiológica, que me han permitido documentar cada

---

<sup>5</sup> Blecuá, 1983, p. 39.

<sup>6</sup> Como digo, la caligrafía del autor es, por lo general, esmerada y bastante clara; aún así, la copia que la Biblioteca de Ajuda tuvo la gentileza de enviarme presenta muchas líneas emborronadas, y a veces páginas enteras de imposible lectura. Casi con toda seguridad, atribuyo este problema a las tiras de papel que el autor superpuso, a modo de palimpsesto, y que al fotocopiar el manuscrito, o bien reflejan sus bordes en una especie de subrayado (que pronto aprecié diferente al que el autor emplea en las cartas que introduce en su obra) o directamente hacen que líneas, párrafos y hasta páginas enteras se muestren totalmente ilegibles.

una de las voces o expresiones que abundan en el texto, cuyo significado resulta hoy incomprensible, así como su valor inapreciable.

En cuanto a la redacción del estudio introductorio que precede al texto ya editado, ha ido esta precedida de la rigurosa observación de su cuerpo teórico —que componen las escasas referencias ya citadas—, pero también de aquel material crítico tocante a otros textos picarescos, y que he considerado relevante traer a colación para una mejor interpretación, ubicación y categorización de este que nos ocupa. Sobra decir que las dos partes alemanianas han ocupado un lugar prioritario.

En definitiva, esta tesis doctoral trata de presentar al lector la primera edición crítica de un texto que merece en el canon el lugar que la crítica se ha empeñado en negarle, y que se ofrece limpia y accesible a su riqueza narrativa y lingüística.

### III. UN REMOTO ANCESTRO DE LOS HERMANOS MACHADO

Magnífico ejemplo de los extraños vínculos que nacionalidades y lenguas pueden llegar a establecer con sus literaturas es el caso que aquí nos ocupa. Son setecientos los kilómetros y casi tres los siglos la distancia y el tiempo que separan a los hermanos poetas sevillanos de nuestro otro Machado. Convencidos Antonio y Manuel de su noble ascendencia portuguesa, no dudan en dar vida en su obra *Las Adelfas* —pieza teatral compuesta al alimón por ambos— a una figura antigua que quiere ser reflejo de tan clara certeza.<sup>7</sup> Aparece en el texto el conde de Montebelo (o Montevelo, con grafía portuguesa), en la escena novena del primer acto y en la segunda del tercero, como un señoritingo degradado y envuelto en gruesa capa de fatuidad ridícula. El autor de esta *Tercera parte* era resucitado por la pluma de quienes lo tenían en la cabeza —que nunca en la memoria— como el orgullo fantasmal de su árbol genealógico. De la misma forma que Félix Machado vive en justo diálogo con sus antepasados —de ello da buena cuenta el resto de su bibliografía—, Antonio y Manuel parecen exhibir la misma inclinación.

Pero no fue esta inspiración literaria de tan lejano antepasado lo que hiciera saltar la liebre para el investigador Pablo del Barco que, seguro ya del origen lusitano de los poetas —es Machado apellidado portugués, antiguo y honorable—, no tardó en reparar en la tendencia de Manuel a la vindicación de su pasado ilustre, difícil de imaginar, por otra parte, en la poesía de Antonio.

De mi alta aristocracia dudar jamás se pudo.  
No se ganan, se heredan, elegancia y blasón...  
pero el lema de casa, el mote del escudo,  
es una nube vaga que eclipsa un vano sol.<sup>8</sup>

Revelan estos versos, más allá de la satisfacción de haberle sido revelado al poeta el premio de la sangre nobiliaria —seguramente por sus padres—, casi el irrefrenable anhelo de indagar en las ramas más altas de su árbol genealógico.

---

<sup>7</sup> Machado, Manuel y Antonio, 1951, p. 391-448.

<sup>8</sup> *Antología de la poesía modernista española*, 2008, p. 203.

Como apunta el propio Pablo del Barco, a este primer indicio vinieron a sumarse pruebas más concluyentes, como fueron las cinco *Cronicas de París* que el mayor de los hermanos firmaría con el seudónimo M. de Montevelo.<sup>9</sup> De este modo, «pregunté a José María Zugazaga, secretario oficioso de Machado durante su estancia obligada en Burgos a partir del 18 de julio de 1936. Me confirmó haber visto en la casa madrileña de Manuel las ejecutorias del título de marqués de Montevelo, como descendiente primogénito».<sup>10</sup>

Continuemos con la cadena de causalidades. Santiago de Compostela, la ciudad que el autor propondrá como destino y redención del pícaro, y que adquiere en la novela muy notable importancia y constituye todo un marco simbólico donde también se encierran muchas de las aspiraciones de Guzmán, será la misma en la que va a nacer, con una diferencia de dos siglos, el folclorista Antonio Machado y Álvarez —padre de los poetas—, y allí será enviado Manuel, su primogénito, en su primer destino como funcionario. Por otra parte, encontramos en las antologías de uno y otro autor sendos poemas consagrados a la ciudad apostólica, como si aún existiera un irracional vínculo con la desconocida historia de su estirpe. Es la de Manuel una composición más bien extensa y que lleva por título *Santiago de Compostela*; y, en el caso de Antonio, la ciudad aparece mencionada en estos términos en sus *Nuevas canciones*:

Verás las maravillas del camino,  
camino de soñada Compostela.  
¡Oh, monte lila y flavo, peregrino,  
en un llano entre chopos de candela.<sup>11</sup>

Y si Santiago es final de camino, la ciudad de Sevilla —allí donde Guzmán pone el primer pie en tierra tras el largo cautiverio a que Mateo Alemán lo había sometido— es también la natal de los poetas.

Trazamos de este modo, entre Santiago e Híspalis, la hipotenusa de un triángulo rectángulo que recorre de norte a sur España y Portugal, aunque sea el más largo de sus

---

<sup>9</sup> Manuel Machado escribió estas cinco crónicas en París entre el 4 de mayo de 1920 y el 20 de diciembre del mismo año y son, en orden cronológico: *La C.T.I.*, *Divagaciones de primavera*, *La revolución de arriba*, *Caída y exaltación de M. Paul Deschanel*, *presidente de la república* y *En el aeroplano*. Véase Del Barco, 2010, p. 9.

<sup>10</sup> *Ibidem*.

<sup>11</sup> Machado, 2006, p. 317.

catetos el que marque la ruta de este libro: el que va de Castro Marim, primera parada del pícaro al sur de Portugal, hasta el mismo Santiago. Observamos, además, cómo, de todo cuanto abarca la tradición literaria hispánica, se iluminan nuestras dos grandes épocas, conectadas así por dos clásicos de nuestra poesía contemporánea y el ignorado autor de esta tercera parte.

#### IV. BREVE NOTA BIOBIBLIOGRÁFICA

Nace Félix Machado de Silva y Castro, primer marqués de Montebelo, el uno de octubre de 1595 en la provincia portuguesa de Entre Duero y Miño, y entre Portugal y España transcurrirán sus días hasta que la muerte le alcance el 4 de julio de 1662. Descendiente de una familia de hidalgos, llegaría a cobrar cierta influencia en la vida política del periodo filipino, como antes lo habían hecho sus antepasados —de ellos da buena cuenta en su *Memorial*—, aunque también mantuvo estrecho contacto con la Corte española, de la que obtuvo el marquesado en 1638, ya al final del reinado de Felipe IV, y a la que se trasladará ese mismo año con su esposa española, doña Violante de Orozco, hija del capitán general de Cataluña don Francisco de Orozco, marqués de Mortara y autor de *La conquista de Cataluña*. (1652).

Destacó como genealogista más que como escritor de ficción, siendo la presente obra el único caso con el que cuenta su bibliografía, al margen de esa *Novela de Melano y Armida* que escribió en su juventud, con tan solo quince años, y de la que no existe noticia de que fuera conclusa ni testimonio alguno.<sup>12</sup>

Su gran labor como minucioso investigador de las raíces más profundas de su estirpe queda bien reflejada en el *Memorial*, que se remonta desde sus días hasta su decimoquinto abuelo, Gaspar Álvarez Losada, hijo del rey Ramiro III de León, y que hace un recorrido minucioso por cada uno de sus ancestros cuajado de detalles y de encomios. Compuso, también en esta línea, un *Libro de genealogías*, cuyo manuscrito se conserva en la Biblioteca de Oporto (nº 3.99 ms. 423), y una extensa biografía de su bisabuelo, *Vida de Manuel Machado de Acevedo*, que dedicó a su hijo Francisco «para que la imitase, como imitó, hasta acabar la filosofía, en edad de catorce años y medio, en la cual fue Dios servido de llevarle para sí».<sup>13</sup> Fue Francisco Machado de Silva uno de los cinco hijos a los que el autor sobrevivió, además de a su mujer, a la que también vería apagarse tras una prolongada enfermedad.

---

<sup>12</sup> Infantes de Miguel, 2010, p. 24.

<sup>13</sup> Palabras que ilustran la portada de la edición impresa en Madrid en 1660, en el taller de Pedro García de Paredes, y a las que siguen estas: «Hoy se da a la estampa para que estas dos vidas sirvan de espejo a don Antonio Machado de Silva y Castro, último hermano de seis que tuvo».



Son testimonio de sus otros intereses algunas de las obras que completan su bibliografía: del historiográfico, sus *Notas al nobiliario de don Pedro, conde de Barcelos, hijo del rey don Dionís de Portugal*, además de *Guerra de Cataluña*, y del didáctico, una *Criança de príncipes* que se conserva manuscrita en el Castillo de Castro, la que fuera su casa. Adelantamos que, en esta última vertiente, la del didactismo y el modelo ejemplar, discurre en buena medida esta *Tercera parte de Guzmán de Alfarache*.

La guerra de independencia de Portugal —independencia a la que el marqués fue contrario y que le supuso considerables pérdidas económicas—, sumada a la cadena de tragedias que asoló a su familia, lo obligó a subsistir en Madrid como maestro pintor y retratista. Allí mantuvo alguna relación con Diego de Velázquez, a juzgar por el testimonio que aporta en su favor certificando la pureza de sangre del gran pintor de Corte, para que así se le fuera concedido el hábito de la Orden de Santiago.<sup>14</sup>

Al margen de las vicisitudes personales del autor, no poco interesantes y razonablemente bien documentadas en parte de sus escritos, su mentalidad e inclinaciones políticas, así como su concepción del mundo y de sus gentes, no pueden desligarse, no ya de su Guzmán reconvertido, sino de cuantos discursos aparecen en la obra por boca de infinidad de personajes; es en cada uno de ellos allí donde se vierten los postulados de Machado: certezas de un autor que vive ya el otoño de la vida.

---

<sup>14</sup> Cruzada Villaamil, 1874, pp. 80-84.

## V. ESTADO DE LA CUESTIÓN

Habrán de transcurrir más de dos siglos desde que Félix Machado de Silva y Castro componga el manuscrito de la obra hasta que el investigador alemán Gerhard Moldenhauer se tope con él, en 1927, en la biblioteca de Ajuda. Antes, según se recoge en el tomo II de la *Biblioteca Lusitana*,<sup>15</sup> había ido a parar a la Biblioteca del Convento de Graça.<sup>16</sup> Cómo llegó allí es un dato que no ha podido revelarse, ya que el texto no ofrece marca alguna que permita rastrear su anterior o anteriores paraderos. Solo sabemos que, a la muerte del autor en 1662, su hijo Antonio trasladó parte del patrimonio familiar a Lisboa, y entre los muchos libros y escritos personales de Machado se hallaba descuidada la novela.

En 1927 la revista de índole filológica *Revue Hispanique*,<sup>17</sup> cuya dirección, por aquel entonces, corría a cargo del hispanista Foulché-Delbosh, publicaría la transcripción íntegra del texto. Lo que debió haber supuesto un comienzo para sucesivos estudios de la obra no se tradujo más que en la desatención por parte de la crítica, hecho que resulta curioso, no solo por tratarse de la tercera parte de uno de nuestros clásicos mayores, sino porque, además, revivía la polémica de Alemán y Sayavedra sobre la tan discutida promesa de continuación. Se ha especulado sobre este hecho por parte de aquellos que, al transcurrir de los años, comenzaron a acercarse a la obra con los escasos artículos que conforman la escasa bibliografía al respecto. El estudio de Ulla M. Trullemans *Huellas de la picaresca en Portugal*,<sup>18</sup> en su apartado dedicado a la obra, atribuye como una de las posibles razones de que el texto fuera preterido, el hecho de que estuviera escrito por un autor portugués, algo de difícil aceptación.

No será hasta el libro de João Palma Ferreira<sup>19</sup> cuando la obra vuelva a salir a relucir y, cómo no, también aquí se busca explicación al silencio al que fuera condenada. Ferreira nos proporciona una completa bibliografía del autor, así como un extenso y detallado resumen de su continuación. Señala, de la misma forma que había hecho Trullemans y

---

<sup>15</sup> Infantes de Miguel, 2010, p. 25.

<sup>16</sup> En las afueras de Lisboa se encuentra la iglesia y convento de Graça, perteneciente a la congregación de Nuestra Señora de Graça.

<sup>17</sup> Machado da Silva e Castro, 1927, pp. 1-340.

<sup>18</sup> Trullemans, 1968.

<sup>19</sup> Palma Ferreira, 1981.

antes Moldenhauer, lo llamativo de que un texto de tal importancia escrito a mediados del siglo XVII no fuera hecho público hasta ya bien entrado el siglo XX. Esta grave omisión hizo permanecer a la obra de Machado no solo al margen de nuestro *corpus* novelístico del Siglo de Oro, sino también fuera de aquel que engloba la prosa portuguesa de la época. Ferreira atribuye su más que tardía publicación a que, en la época en que fue escrita, confluyeron todos los elementos para que la obra cayera en el más yermo e infecundo de los terrenos críticos. Efectivamente, el momento de transición que entonces atravesaba la novela pudo ser uno de los factores que condicionó su paso a la posteridad, aunque tampoco conviene olvidar que, por cuanto sabemos, su autor tampoco tenía intención de publicarla. Otro hecho singular es precisamente ese: al margen de las intenciones de Machado, resulta bien curioso que nadie de su familia tuviera interés en verla impresa, no ya su hijo Antonio, pero sí su nieto Félix Machado de Mendoza, que la leyó con interés a juzgar por sus anotaciones en los márgenes.

A pesar de los años de silencio, es ya a finales del siglo XX cuando comienzan a apreciarse algunas escasas referencias y contados artículos. En su estudio sobre la picaresca española y europea,<sup>20</sup> Alexander Parker es uno de los que, muy superficialmente, se digna mencionar el texto, aunque no veremos nada en profundidad hasta el estudio de Ángel San Miguel que, si bien no se centra únicamente en la *Tercera parte*, una considerable parte de su escrito sí está dedicado al análisis de la misma.

En 1987, Carlos Baladrón entregará una tesis doctoral a la Universidad de Nueva York donde se aborda el contenido de la obra, aunque también el resto de los escritos del autor.<sup>21</sup> El texto supera las doscientas páginas y aporta una interesante relación de la vida de Machado, así como un extenso análisis formal de la novela.

Llegamos así hasta el estudio de Katharina Niemeyer<sup>22</sup> «De pícaro a ermitaño. La *Tercera parte de Guzmán de Alfarache*, de Félix Machado da Silva e Castro», incluido en *La novela picaresca: concepto genérico y evolución del género*. Niemeyer profundiza en el sentido de la obra, sobre todo, tratando de clarificar el género o géneros en que podría encuadrarse dado su carácter de continuación, y sirviéndose de ella como valioso ejemplo de la transformación de lo picaresco, como así reza el subtítulo de la obra a que su ensayo pertenece.

---

<sup>20</sup> Parker, 1975, p. 130.

<sup>21</sup> Baladrón, 1987.

<sup>22</sup> Niemeyer, 2008, pp. 501-522.

En 2010 el Ayuntamiento de Sevilla, de la mano del Instituto de la Cultura y de las Artes, publicará la novela dentro de su Colección de Clásicos Sevillanos,<sup>23</sup> reproduciendo fotográficamente la primera transcripción que Moldenhauer había dado a la *Revue Hispanique*. El libro incluye además dos valiosos prólogos a cargo de Víctor Infantes de Miguel y Pablo del Barco que, desde distintos puntos de vista, aportan al lector la necesaria información para un primer acercamiento a esta rareza literaria.

Por último, cabe destacar la reciente incorporación de la novela a la Biblioteca Castro, dentro de su colección Novela picaresca, en su primera edición cuidada del texto, que corre a cargo de la profesora Rosa Navarron Durán y que viene precedida por una sustanciosa introducción al autor y a la obra.<sup>24</sup>

Como se observa, fueron más de doscientos años los que condenaron a esta *Tercera parte de Guzmán de Alfarache* al desconocimiento del lector y al olvido por parte de la crítica española, que no demostraría interés hasta la década de los sesenta del siglo pasado. Los breves estudios que se han ido sucediendo desde entonces —amén de la ya mencionada tesis doctoral y de la publicación de la Biblioteca Castro— atestiguan el escaso interés suscitado. Resulta sobre todo sorprendente la primera y más larga etapa de silencio, teniendo en cuenta que ya la breve introducción de Moldenhauer venía plagada de alabanzas a la obra: resaltaba su ingenio y calidad literaria, la riqueza léxica que exhibe y lo ameno de su lectura, cuajada de aforismos y enseñanzas. Considerando tal desatención, se presenta aquí la primera edición crítica del texto con la esperanza de contribuir a otorgarle la voz que se merece.

---

<sup>23</sup> Machado de Silva e Castro, 2010.

<sup>24</sup> Navarro Durán, 2010, pp. 142-178.

## ESTUDIO Y ANEXOS

### I. LA PROMESA INCUMPLIDA DE ALEMÁN

No tendría que esperar más de tres años esa *Primera parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache* para que, sirviéndose del éxito, del ingenio y la fama de su predecesora saliera a relucir su primer émulo. Bajo el seudónimo de Mateo Luján de Sayavedra verá la luz en 1602 una segunda parte que gozaría, con diez ediciones en apenas dos años,<sup>25</sup> del abrazo de un público ávido por volver a las andadas de tan contradictorio personaje. Será el propio Alemán quien, en la dedicatoria a Juan de Mendoza de su legítima continuación, permita descubrir a Juan Martí como hombre tras la máscara. «Él ‘peleaba’ desde su casa, en su nación y tierra, favorecido de sus deudos, amigos y conocidos, de todo lo cual yo carezco»,<sup>26</sup> mientras el sevillano se encontraba en Lisboa, tan lejos de su tierra hispalense. El abogado Juan José Martí, de «muchísima erudición, florido ingenio, profunda ciencia, grande donaire, curso en sus letras humanas y divinas y con discursos de gran calidad»,<sup>27</sup> natural de Orihuela y fallecido en Valencia tan solo dos años después de publicar su obra, parece ser reconocido, de forma casi unánime,<sup>28</sup> como el autor del texto que motivaría a Mateo Alemán a dar continuación al suyo propio.

Parece, si no claro, altamente improbable que las últimas palabras de Alemán en el prólogo de su continuación contuvieran un ápice de ciertas,

[...] doy disculpa, si necedades la tienen, ser necesario mucho aún para escrebir poco, y tiempo largo para verlo y emendarlo. Más teniendo hecha mi *Tercera parte* y caminando en ella con el consejo de Horacio para poderla ofrecer, que será muy en breve, no se pudo excusar este paso, como el que lo es tan forzoso a los fines que pretendo.<sup>29</sup>

---

<sup>25</sup> Incluyendo la versión que, en 1603, se imprimiría en Milán y en cuya portada figuraba el nombre de Mateo Alemán, puede que como simple reclamo editorial.

<sup>26</sup> Alemán sitúa a su rival en Valencia, allí donde fue impresa su continuación. Alemán, 2012, p. 350.

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 353.

<sup>28</sup> Solo Foulché-Delbosc rechaza la autoría por considerar insuficiente toda la información aportada. Foulché-Delbosc, 1918, pp. 509-510.

<sup>29</sup> Alemán, 2012, p. 356.

puesto que, tan solo unos párrafos antes de asegurar tener ya escrita la *Tercera parte*, parece haberse contradicho de antemano interpelando a Martí en estos términos: «Solo nos diferenciamos en haber él hecho segunda de mi primera y yo en imitar su segunda. Y lo haré a la tercera, si quisiere de mano hacer el envite, que se la habré de querer por fuerza».<sup>30</sup>

Descartada por tanto la existencia de esa *Tercera parte* autógrafa que el autor presumía haber escrito, es más que razonable dudar también de cualquier intención real que tuviera de hacerlo, y atribuir la insistencia de promesas y amagos a una mera artimaña para cerrar el paso a más imitadores. Dicha perseverancia va a mantener su aliento hasta el último párrafo de su continuación, esta vez en palabras del propio personaje: «Aquí di punto y fin a mis desgracias; rematé mi cuenta con mi mala vida. La que después gasté, todo el restante de ella verás en la tercera y última parte, si el cielo me la diere, antes de la eterna que todos esperamos».<sup>31</sup>

Pese a las diferencias que pudiéramos establecer entre el mundo editorial del siglo XVII y el que hoy nos toca en suerte, uno de los elementos que se mantienen inalterados es aquel que decreta el final de un ciclo literario: el desinterés de un público que se deja seducir por otras formas narrativas, por otros contenidos más en consonancia con la realidad que le circunda. Por otra parte, la enorme libertad de la época a la hora de continuar cualquier libro de éxito sirvió a alguno de nuestros maestros, más que como estímulo, como imposición para, «tras verse, robados y defraudados, en la necesidad de volver al trabajo, buscando caudal con que pagar la deuda, desempeñando la palabra»<sup>32</sup> reivindicar sus primeros modelos.<sup>33</sup> Es gracias a este desamparo que el autor literario sufre en nuestros siglos áureos, y gracias al taimado oportunismo de Avellaneda o Sayavedra, que disfrutemos hoy, con total compleción, de algunos de los grandes monumentos de nuestra era barroca, cuya fragmentación, interpolada por sus hábiles epígonos y apenas ya reconocida por el lector común, resulta imprescindible para la

---

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 354.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 758.

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 353.

<sup>33</sup> No será hasta 1710 cuando el parlamento inglés decrete el Estatuto de la reina Ana, primera ley que trata de velar por los derechos de los autores que hasta entonces estaban en manos del impresor, cuya licencia le concedía el monopolio de las obras. «Se reconoce así el primer paso legislativo para devolver al escritor su papel protagonista, otorgándole su derecho exclusivo de impresión». (Satanowsky, 1954, p. 31).

comprensión de cualquier ciclo literario que se va construyendo con tamaña tirantez y descarnado afán de superación.

Bosquejadas al menos las reglas de juego, hablar, como se ha hecho, de descarado plagio o, incluso más allá, de expolio literario, no puede interpretarse sino como un desatinado anacronismo si tenemos en cuenta que —al margen de que estos litigios eran sal literaria e impulso de poetas— la cuestión de la originalidad, como rasgo del arte buscado y aplaudido, aún quedaba bien lejos —habrían de transcurrir más de dos siglos para la exaltación del genio romántico— y la *imitatio* de los grandes modelos no había sido todavía desterrada por la *inventio*. Como sucede en la oficial *Segunda parte del Quijote*, podemos aceptar la segunda alemaniana como una imitación especular de su propia imitación,<sup>34</sup> aunque, sin desdeñar la calidad literaria de las extraoficiales, las dos superen ampliamente a sus falsificaciones.

Teniendo en cuenta que la evolución de la novela picaresca tiene su germen en el *Lazarillo de Tormes*, y que al mudar de los tiempos adapta fondo y forma,<sup>35</sup> cabría considerar materia de un mismo seno a todas aquellas obras que, al menos en sus rasgos esenciales, comparten ADN con el primer modelo, aplicando un criterio taxonómico que conjugara en dicha clasificación al menos cuantas de todas ellas no nos ofrecen dudas al respecto. En el hilo de nuestro razonamiento, podríamos por tanto considerar en este punto, tanto a la segunda parte de Martí como a nuestra *Tercera* sendos esquejes de heredad genética, si bien en nuestro caso con más alteraciones e influencias. En palabras de Francisco Rico:

Antes de la publicación de *Guzmán de Alfarache*, que seguía inequívocamente el modelo del escritor del *Lazarillo*, pero osaba ir firmado por su autor real, se hablaba con toda tranquilidad de *Apuleius Lucianus*, *Lazarillus*, y a pocos se les pasaría por la cabeza entrar en más averiguaciones.<sup>36</sup>

Se aprecia un claro desarrollo de esa conciencia de autor que va surgiendo durante el siglo XVI y que se consolidará un siglo más tarde. Pero si el autor del *Lazarillo* rompe a escribir a través de un yo narrativo que se vende al lector como real, en lo que podríamos

---

<sup>34</sup> Álvarez Roblin, 2014, p. 17.

<sup>35</sup> Véase Arredondo, 1995.

<sup>36</sup> Rico, 2011, p. 118.

considerar como una suerte de germinal realismo —parece obvio que, dadas las características del texto, el anonimato resultara a su autor, más que conveniente, imperativo; y muy probable que la prudencia le condujera a firmar en la forma de un críptico anagrama—,<sup>37</sup> cuando Mateo Alemán decide seguir el modelo ha transcurrido más de medio siglo,<sup>38</sup> y lo hace ya con plena voluntad de continuar con aquello que su predecesor había iniciado.

---

<sup>37</sup> Navarro Durán, 2004, p. 38.

<sup>38</sup> Casi medio siglo tomando como referencia la primera edición (1554), pero, siguiendo a Rosa Navarro, serían 75 años desde que Alfonso de Valdés redactara la obra. Navarro Durán, 2004, p. 41.



## II. EL PSEUDÓNIMO DE FÉLIX MÁRQUEZ

Si bien ignoramos los motivos por los que Juan Martí quiso ocultar su identidad bajo seudónimo, trataremos aquí de descifrar cuáles pudieron ser los de Machado para ocultar la suya tras el de Félix Márquez. Al contrario que el autor del *Lazarillo* que, como ya mencionábamos, temió las represalias que podía acarrearle su libelo, no debió de temer Félix Machado —puesto que su novela no podía ir más acorde al pensamiento hegemónico de su tiempo— persecución alguna ni enemistad con nadie.

Partiendo de la improbable intención que el portugués pudo tener en publicar su obra, que, en palabras de Víctor Infantes: «El hecho de que se conserve manuscrita parece sugerir que no hubo propósito alguno de imprimirla, tal vez por su desmesurada extensión, tal vez porque se tratara de un deseo del autor, que no pretendía dar a conocer un texto bien ajeno a los gustos y corrientes de su momento histórico»<sup>39</sup>, cabe atribuir a la elección del sobrenombre Félix Márquez —que, por otra parte, no esconde en gran medida el suyo propio— un interés de fundamento lúdico. Fue esta su única incursión en la novela<sup>40</sup> y, a la vista de sus otros escritos, puede que no considerara el género de suficiente altura a sus propósitos, que bien podrían sintetizar la máxima latina *docere et delectare*, sumada al de advertir de la diversidad de contingencias, trampas y tentaciones que en el adverso mundo aguardan al lector, desde aún más elevada atalaya de la que reza el título de la *Segunda parte*. Quién mejor para ello que este gran *catedrático de prima en la picardía, sin salario*, que se presenta en la dedicatoria de la obra,<sup>41</sup> y que nos introduce a un universo, el de la ínfima estofa picaresca, que no podía quedar más alejado de los nobles ambientes del autor. Sin embargo, no descarta Carlos Baladrón la posibilidad de que, tras ese Márquez, pretendiera ocultar algún tipo de simbología:

El escudo de armas de la casa Márques representaba un castillo de plata entre dos llaves de oro que bien podrían significar “O’Castro”, castillo en el que vivía Machado en Braga, y las dos llaves, a su vez, representaciones de España y Portugal. Recordemos que

---

<sup>39</sup> Infantes de Miguel, 2010, p. 24.

<sup>40</sup> Figura en el *Memorial* del autor la referencia a una obra de juventud, *Melano y Armida* (título que resuena a novela bizantina) que asegura escribir con quince años, y de la cual no se tiene noticia ni existe la certeza de que siquiera hubiera concluido.

<sup>41</sup> P. 93.

Machado era un experto en genealogía y sabía cuanto hay que saber sobre este tipo de identidades.<sup>42</sup>

---

<sup>42</sup> Balabrón, 1983, p. 16.

### III. EL GUANTE RECOGIDO POR MACHADO

Siempre tras el cercado de lo conjetural, tratar de colegir las pretensiones que el noble portugués pudo albergar para insuflarle vida a un ciclo desfasado como era el de Alemán, pasa por sopesar si tras las dos entregas del sevillano cabía la posibilidad de una tercera. Pese a que «para que exista una continuación basta con que un escritor decida prolongar una historia que su autor y los receptores habían dado por terminada en su momento»<sup>43</sup> —y estaban más que justificadas las palabras de la profesora Consolación Baranda, teniendo en cuenta que Feliciano de Silva nada menos que resucita a su tercera para dar pie a su *Segunda celestina*—, parece que gran parte de los lectores no concebían posible, en tanto que inverosímil, otro añadido al ciclo alemaniano.

Para Moreno Báez «el final lógico de la obra es el que Mateo Alemán le había propuesto: de modo que se ve bien que la *Tercera parte* no entró nunca en el plan original, ni le hubiera añadido nada nuevo».<sup>44</sup>

Más contundente se muestra Gonzalo Sobejano —«Lo que ya no iba a ser posible era escribir una *Tercera parte*, pues Mateo Alemán, al acoger a su héroe en el seno de la justicia y el bien, le había matado en su doble sentido de pícaro (novela) y de críticón (sátira)»<sup>45</sup>—, cuyas palabras guardaremos para, más adelante, profundizar sobre el discutido y discutible género en el que trataremos de enmarcar esta *Tercera parte*. Otros, como Francisco Rico, descartan tajantemente cualquier posibilidad de continuación que, más allá del rumor, pudiera materializarse en el papel.<sup>46</sup> En cualquier caso, escrita o no, siquiera empezada o no, alguna intención debió de haber respecto a ella cuando, como bien nos apunta Luis Gómez Canseco, su privilegio fue solicitado por el mismo Mateo Alemán siéndole concedido el 20 de febrero de 1605,<sup>47</sup> tres años antes de su partida a México y de cuyo periodo ya no nos es posible vislumbrar el lugar que, de entre cuantos proyectos pudo tener en mente, ocupara el de arrebatarse de la galera al confinado pícaro. Lo que sí sabemos es que el único manuscrito que se llevó a la Nueva España fue su *Ortografía castellana*, que allí publicaría pasado un año.

---

<sup>43</sup> Baranda, 1988, p. 44.

<sup>44</sup> Moreno Báez, 1948, p. 34.

<sup>45</sup> Sobejano, 1959, p. 284.

<sup>46</sup> Rico, 1967, p. 145.

<sup>47</sup> Gómez Canseco, 2012, p. 903.

Una vez repasada la solidez de aquellos argumentos que dejan de lado cualquier continuación puramente picaresca —pues devolver al héroe a su rueda de hámster no sería tanto una continuación, sino una absurda prótesis de mano descartable, un innecesario desbordamiento del marco narrativo propuesto en las dos obras anteriores—, queda solo admitir como única senda marcada para el pícaro una definitiva conversión y, como tal, una torsión del género a otro, u otros, entre los que tocaría enmarcar la novela de Félix Machado y que abordaremos más adelante.

Escarmentado por el atrevimiento de Luján de Sayavedra, quiso Mateo Alemán dejar zanjada la cuestión curándose en salud de más agravios. No dudó para ello en ensartar estas palabras en el último envite del prólogo al lector:

De donde tengo por sin duda la dificultad que tiene querer seguir los discursos ajenos, porque los lleva su dueño desde los principios entablados a cosa que no es posible darles otro caza, ni aunque se le comuniquen a boca: porque se quedan arrinconados muchos pensamientos de que su propio autor aun con trabajo se acuerda el tiempo andando, la ocasión presente [...] Esto no acusa falta en el entendimiento, que no lo pudo ser pesar otro mis pensamientos; mas dice temeridad.<sup>48</sup>

Habrà de transcurrir casi medio siglo hasta que nuestro autor portugués decida prolongar el ciclo de Alemán, claro está, por cuestiones ajenas a todos los litigios y desafiantes maneras que hasta ahora hemos tratado de poner en síntesis: analizando en detalle las circunstancias personales y las edades de ambos escritores —casi 50 años separaban a Machado del sevillano—, podemos descartar de antemano un hipotético contacto personal en que el azar tuviera parte alguna, aunque, es el sentido de la presente obra con respecto de sus predecesoras lo que con más apremio nos hace aseverar dicha cesura.

¿Cuáles fueron, por tanto, las razones de Machado para elegir el texto de Alemán, —éxito editorial ya trasnochado varias décadas ha— al margen del agrado por el mismo que sobra subrayar por evidente, si además tenemos en cuenta que el picaresco no tuvo en la tierra lusitana, ni mucho menos, la trascendencia de otros géneros?

---

<sup>48</sup> Alemán, 2012, p. 356.

El estudio de Ulla Trullemans, *Huellas de la picaresca en Portugal*, concluye en la inexistencia del género dentro de las fronteras de nuestro país vecino, analizando en profundidad los escasos ejemplos que, hasta entonces, habían sido tasados como tales. Así, *La peregrinação*, de Fernao Mendes Pinto, o las *Obras do Diabinho de Mao Furada* —versión portuguesa de nuestra tradicional leyenda del *cojuelo*— son de nuevo sometidas a examen para refrendar la teoría de que, más que pocas y discutibles, no hay en la literatura portuguesa novela que pueda ser tratada como tal.<sup>49</sup>

Resulta revelador analizar las circunstancias históricas en convergencia con la propia biografía del autor que, en muchos de sus planos, parece establecer una división territorial entre el amor por su tierra y el no menos sentido por el imperio español.

---

<sup>49</sup> Trullemans, 1968, p. 124.

#### IV. DETURPACIONES VOLUNTARIAS DE LA OBRA Y UNA *TERCERA* *PARTE PRIMIGENIA*

##### Aegidus Albertinus

La *Primera parte de Guzmán de Alfarache* salió de una imprenta de Munich en su primera adaptación al alemán en el año del Señor de 1615. Aegidus Albertinus, secretario del duque de Baviera, cuya vasta labor literaria (alrededor de unos 50 títulos) se compone mayoritariamente de traducciones de obras españolas, adaptó de forma libérrima —por no decir tramposa y descarada— su *Der Landstörtzer Gusman von Alfarche* trufándola de pasajes enteros de la apócrifa de Martí y pervirtiendo el sentido original de la misma —a ella sumaría también una segunda parte de su propia cosecha, desconociendo que la segunda de Mateo Alemán llevaba publicada ya diez años—, que más bien se transforma, según la ideología de Albertinus, «en una demostración ejemplar de la infinita gracia divina que, por medio de los representantes de la Iglesia, ofrece salvación al pecador más vil». <sup>50</sup> Queda así despojado el texto picaresco de todo cuanto de crítica social podíamos encontrar en su precursor, sustituyendo los discursos de su protagonista por los del propio autor, que habla en nombre de las más dogmáticas ideas de la Contrarreforma.

Si bien en la portada de *Landstörtzer* el impresor hace constar que se trata de una traducción, ni se hace referencia a ningún texto previo ni se atisba el más mínimo rastro de su procedencia. Bien es cierto que, a dicha denominación, la de *traducción*, acompañan los adjetivos de *ampliada* y *enmendada*, pero teniendo en cuenta lo que Albertinus hace del texto de Alemán, solo queda considerarlo una oportuna utilización del mismo, incluso teniendo en cuenta las laxas —por no decir apenas existentes— restricciones editoriales de la época. <sup>51</sup>

Es en esa segunda parte de Albertinus, donde originalmente se plantea, como única vía de redención para el pícaro, el tránsito a la santidad por la vía del peregrinaje. Se persigue de forma prioritaria «la ejemplaridad y el consiguiente valor didáctico de la

---

<sup>50</sup> Niemeyer-Minnemann, 2008, p. 267.

<sup>51</sup> Tilmann Altenber explica en detalle la proporción en que Albertinus descompone y corrompe la primera parte de la obra, así como señala las interpolaciones del apócrifo en ella y la segunda parte que corrió por cuenta del autor alemán en: Niemeyer-Minnemann, 2008, pp. 267-268.

trayectoria de *Gusman*, así como su conversión final».<sup>52</sup> Si en su primera parte el autor había tomado como hipotextos, en cada caso y de forma interesada y desenvuelta, tanto la primera parte alemaniana como la apócrifa de Martí, en la segunda se aleja totalmente del modelo para exponer su propia doctrina moralizadora.

La característica estructura episódica del relato de vida es sustituida por una especie de ‘moralización en episodios’, cuyo hilo es la preparación del penitente para la peregrinación. En el plano del contenido, la segunda parte de Albertinus no relata, pues, historia alguna, sino que se agota en un discurso interminable, de carácter apelativo, a modo de una serie de sermones.<sup>53</sup>

### **Martinus Freudenhold**

No es en absoluto probable establecer conexión alguna entre Felix Machado y el rumbo que toma el modelo que supone *Guzmán de Alfarache* para sus traducciones, adaptaciones o copias alemanas —vista ya la dificultad que aquí entrañaría dicha división conceptual—. Las nulas conexiones del portugués con el mundo germánico, pero, sobre todo, con la lengua germánica, permiten descartar, de entrada, que en sus manos cayeran las obras de Albertinus, como tampoco la tercera parte que se publicaría en 1626. *Der Landstörtzer Gusman von Alfarache, oder Picaro Genannt, Dritter Teil* viene firmada bajo el pseudónimo de Martinus Freudenhold que, a diferencia de Machado,

[...] no trastorna el diseño básico de la novela picaresca, sino que lo respeta, tanto a nivel de la historia —su protagonista sigue siendo un *landstörtzer* (vagabundo) apegado al mundo terrenal— como a nivel del discurso —*Gusman* narra su propia historia de forma autodiegética—. <sup>54</sup>

La diferencia intencional entre Machado y Freudenhold en el planteamiento de sus continuaciones no es óbice para considerar la solución del peregrinaje como algo más que una mera coincidencia. Freudenhold plantea una novela de estructura diáfana,

---

<sup>52</sup> *Ibidem*, p. 268.

<sup>53</sup> *Ibidem*, p. 298.

<sup>54</sup> *Ibidem*, p. 572.

«privilegiando a nivel de la historia el vagabundeo del protagonista y haciéndole pasar del viejo al nuevo mundo»,<sup>55</sup> mientras que el portugués se circunscribe a lo peninsular. Dejado ya de lado todo contacto entre ambos, solo cabe buscar en la segunda parte de Alemán las razones por las cuales sus dos continuadores primeros, allende las fronteras, aportan por separado los elementos que componen esta *Tercera parte*: la penitencia y el viaje.

---

<sup>55</sup> *Ibíd.*



## V. ¿UNA CONTINUACIÓN PICARESCA? LA CUESTIÓN DEL GÉNERO

Parece hoy un hecho aceptado que *Guzmán de Alfarache* prefiguró las nuevas formas narrativas que, inmediatamente después, acabarían convirtiendo a la novela de Cervantes en la primera moderna. Luis Gómez Canseco afirma:

Para trasladar la historia de Guzmán a las palabras, Alemán tuvo que forjar un lenguaje literario que respondiera a las necesidades de un género nuevo. La teoría retórica diferenciaba entre el *sermo gravis*, el *mediocris* y el *humilis*, que correspondían a personajes muy diferenciados y pertenecían siempre a ámbitos independientes e incomunicados. Guzmán lo mismo andaba por la cárcel que en las aulas universitarias; que pasaba del palacio de un embajador al remo de un galera; que hacía chanzas, sermoneaba como un dominico o hablaba como un tahúr.<sup>56</sup>

Tal fue el fenómeno literario que supuso la obra que poco tardó en manifestarse su primer epígono: menos de tres años después de la publicación de la primera parte (1602), se imprimía en Valencia la segunda apócrifa del licenciado Mateo Luján de Sayavedra, pseudónimo de Juan Martí, de la que se han llegado a apuntar trece ediciones.<sup>57</sup>

El falso *Guzmán*, desde luego, no resiste la comparación con el auténtico, pero si el discípulo fue bastante desconsiderado con el maestro, de su limitado esfuerzo por no desvirtuar la andadura del modelo le nacen algunos méritos.<sup>58</sup>

Siempre problemático, el asunto de las continuaciones picarescas ha sido motor de grandes disputas entre autores y de perpetuos desacuerdos por parte de la crítica en cuanto a la importancia de las mismas con respecto de sus originales. Algunas, como sucede con la de Avellaneda o la de Juan Martí, han hecho resonar la idea de escándalo literario, saqueo, o incluso plagio, pero, ¿no ha de verse esto como un desatinado anacronismo teniendo en cuenta las reglas del juego del mundo editorial del siglo XVII? Parece claro

---

<sup>56</sup> Gómez Canseco, 2012, p. 821.

<sup>57</sup> La cuestión de las ediciones de la obra no parece aún estar del todo clara. Son trece para Foulché-Delbosc en la bibliografía que hace de Mateo Alemán, pero como apunta M. Rubio Árquez, otros autores reducen el número hasta diez, dudando de la veracidad de contraste de las otras restantes. En todo caso, las diez que sí parecen ser seguras revelan el rotundo éxito de la novela de Martí. Véase Rubio Árquez, 1993, pp. 465-466.

<sup>58</sup> Micó, 2006, p. 44.

que toda nuestra tradición picaresca se desarrolla a raíz del *Lazarillo*, y que el género se consolida con la obra de Mateo Alemán para, casi inmediatamente, comenzar a sufrir toda suerte de mutaciones.

No es casi hasta el siglo XIX cuando la crítica literaria comienza a hablar de picaresca<sup>59</sup> pero, como ya defendía Peter Dunn,<sup>60</sup> es indiscutible la utilidad del concepto de género como herramienta para clasificar un *corpus* tan extenso y ramificado del que, para los críticos más restrictivos, solo el *Guzmán de Alfarache* y el *Lazarillo de Tormes* son obras representativas en un sentido estricto —para algunos ni siquiera la segunda—,<sup>61</sup> y que presenta desde su misma formación tan complejo proceso de cambio.

Dejando a un lado la diversidad de criterios que se han establecido a la hora de definir el género, y acogiéndonos a dos requisitos fundamentales: la autobiografía ficcional y el recorrido y consiguiente desarrollo psicológico y vital del pícaro, bien podríamos incluir esta *Tercera parte* en nómina, si no fuera porque tan errada atribución pasaría por desatender a las cuestiones fundamentales de la misma en cuanto a su sentido e intenciones. Supondría esto aceptar que don Juan de Guzmán —ya solo Guzmanillo de Alfarache durante las primeras páginas del texto— conserva, tras su inicial transformación, algo de pícaro —lo que sería suponer demasiado— cuando más bien es todo lo contrario. Machado de Silva somete a su protagonista a intermitentes dudas y vacilaciones acerca de su nuevo estado —que bien pudieran ser interpretadas como las grandes tentaciones enemigas del alma: el mundo, el demonio y la carne—, pero que constituyen meros recursos para mantener la verosimilitud, consiguiendo a veces el efecto contrario. De todas estas tentaciones, son la de la carne y la riqueza, tal como se nos narra en el capítulo tercero del segundo libro, las que con mayor fuerza y grado de verdad se nos presentan.

---

<sup>59</sup> Bien es cierto que el hispanófilo John Stevens (?-1726), traductor al inglés de algunas obras de nuestro Siglo de Oro, parece manejar ya el concepto mucho antes, como así lo demuestra su obra *The Spanish Libertines, or, the lives of Justina, Celestina and Estebanillo to wick is added a play called An evening adventures*, publicada en Londres en 1711, pero no será hasta un siglo más tarde cuando el término se normalice entre la crítica como marca referencial.

<sup>60</sup> Dunn, 1993, p. 24.

<sup>61</sup> Para Alexander Parker el *Lazarillo* «no es una novela picaresca propiamente dicha, sino la precursora del género». (Parker, 1975, p. 13.). No así para Soledad Arredondo, que considera que «desde 1554, aparición del *Lazarillo*, a 1646, en que se publica el *Estebanillo*, los libros de pícaros experimentan modificaciones, a la par que se va creando la poética del género». (Arredondo, 1995, p. 256.).

Vencido estuve de aquella tentación diabólica, y así como Angélica me iba enseñando una y otra joya de tan grandes y hermosos diamantes y encendidos rubíes, abrasábaseme y palpitaba el corazón. El alma se me iba tras todo, temblábanme las manos, titubiaba la lengua, ya arrepentido de haberla dicho de mi voto, y mucho más de que a mi noticia hubiese llegado quién fue mi verdadero padre. Dos veces fui a desdecirme, y muchas me vino al pensamiento si cuando mi madre escribió aquella carta [...] si algún delirio en la enfermedad de que murió mi padre sería causa de hacer aquella declaración. En fin, yo me retuve. (p. 251.)

Pero por más que Machado entrevera algún que otro episodio en esta línea, su empeño resulta insuficiente dada la extensión de la obra, y poco verosímil a juzgar por el tono general de la misma, que se percibe por el lector, desde el comienzo, como un camino de penitencia que no admite retroceso.

Contamos por tanto con la autobiografía de lo que pretende ser el progresivo abandono de un estado anterior —el de pícaro—, que no puede entenderse como tal; no se halla resquicio alguno de lo que podríamos entender como materia picaresca puesto que, para ello, los ambientes y personajes han de configurar el mundo degradado que sirve como abono a dicha materia, y todos cuantos pueblan esta *Tercera parte* —con la excepción, si se quiere, del hermano gemelo de Guzmán— se definen por los parámetros opuestos.

Es un mundo básicamente bueno y moralmente justo, un mundo sin hambre y sin mendigos, poblado de caballeros ejemplares y frailes virtuosos, de damas honestas, criados fieles y rústicos decentes [...] que remite más bien al *Marcos de Obregón*.<sup>62</sup>

Y como bien apunta Katharina Niemeyer, es en *Las relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón* donde encontramos el más claro antecedente de lo que esta continuación supone para el género. El perfil moral que dibujó Espinel en su protagonista coincide con el de Machado en el total distanciamiento para con la conducta que de un truhán cabría esperarse: un hidalgo que conocía las crónicas de Indias y que alternaba los

---

<sup>62</sup> Niemeyer, 2008, p. 512.

hechos de su vida con narraciones fantásticas, en lo que pretendía tener el poso autobiográfico de su autor, desde el sosiego y la clarividencia atribuidas a la edad dorada.

Si el converso Guzmán es, salvo en contadas excepciones, personaje contemplativo de cuanto en derredor va aconteciendo, no debemos confundir con dicha materia picaresca lo que a través de otros se nos narra. Las hazañas de Amaro de Laje —protagonista de los capítulos séptimo y octavo de la primera parte de la obra— o la historia intercalada, y más bien extensa, de Catalina de Melo —contada por el mismo De Laje— imponen ambas el filtro de cuantos narradores distancian del momento y lugar de los hechos a protagonista y lector. Lejos de los contornos delictivos y de las ominosas mentes criminales se encuentran las historias de uno y otra, que más han de entenderse, en el caso primero, como graciosas burlas producto del folklore del país y el cuento popular, y en el segundo, como una historia moralizadora que se presenta «con admiración hacia una mujer, y *mujer portuguesa*, que para tales cosas viese tales trazas».<sup>63</sup>

La profusión de estas historias dentro de historias, así como el constante juego de narradores a que muchas se ven sometidas, no deja de dibujar un escenario donde la picaresca es prácticamente inexistente. El licenciado Carlos García en *La desordenada codicia de los bienes ajenos*<sup>64</sup> plantea, si bien con menos capas de envoltorio, un juego de espejos similar al de Machado, al poner en boca de un palanquín toda la materia «oscura» que al narrador se le confía; aunque, también es cierto, de más comprometedor calado y con menor distancia del que lee.<sup>65</sup>

El adelgazamiento de ambientes y situaciones que dan lugar a lo picaresco es, como vemos, imparable y progresivo, con una única y gran excepción. *La vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor, compuesta por él mismo*,<sup>66</sup> es la más tardía —la primera edición apareció en Amberes en 1646—, pero también la más contundente en cuanto a la recuperación de esa crudeza que había ido dando paso a una cada vez mayor edulcoración novelesca. Si, como entiende parte de la crítica, la obra de Alemán y la de Esteban González pueden considerarse «el orto y el ocaso de la literatura picaresca

---

<sup>63</sup> Niemeyer, 2008, p. 514.

<sup>64</sup> Con el subtítulo *Antigüedad y nobleza de los ladrones*, la obra se imprimió en París en 1619 y conoció más éxito en Francia e Inglaterra del que lo haría en España.

<sup>65</sup> El diálogo en la obra de Carlos García, que empieza siendo solo mera excusa, se fundirá en monólogo a medida que avanza sin importar demasiado el punto de vista ni quién nos cuenta la historia.

<sup>66</sup> Sobre la controvertida figura de su autor y personaje: *La vida y hechos de Estebanillo González*, 1990, pp. 59-84.

española»<sup>67</sup> —límites que también excluyen a esta *Tercera parte*—, la que cierra supone el más brusco deslinde para con cuantas forman esa línea que venimos trazando. Lejos de reinsertar al pícaro o hacerlo acaso víctima de su propia conducta, nos lo muestra indolente, frívolo y pusilánime ante su propio proceso de derrumbe. De sobrada mención son las innumerables diferencias que presentan la obra de Gabriel de la Vega<sup>68</sup> y esta *Tercera parte*. No obstante, Katharina Niemeyer traza un punto común en el que las perspectivas de protagonista y narrador confluyen como resultado de la relación siguiente: autor implícito>narrador>protagonista.

Frente a los ejemplos canónicos del género, la obra de Machado recuerda al esquema subyacente del *Estebanillo González*, con la diferencia decisiva de que aquí la concordancia ideológica se apoya en la enmienda moral y no precisamente en la defensa de la amoralidad picaresca.<sup>69</sup>

Conviene tener en cuenta que esta merma de lo picaresco, que al discurrir del siglo se produce, es debida, muy posiblemente, a los acelerados cambios de mentalidad a los que, en parte, dio lugar una cada vez más asentada conciencia tridentina, y que produjo un cambio de paradigma en cuanto a gustos literarios se refiere. Un cada vez menor interés por lo picaresco no solo no sirvió para extinguir el género, sino que fue mutándolo, haciéndolo permeable a otros discursos e intenciones y, en definitiva, haciendo que corriera mejor suerte que otros géneros que, como el pastoril o la novela bizantina, quedaron sepultados al expirar su tiempo.

---

<sup>67</sup> Parker, 1975, p. 127.

<sup>68</sup> *La vida y hechos de Estebanillo González*, 1990, p. 13.

<sup>69</sup> Niemeyer, 2008, p. 516.

## VI. MECANISMOS TRANSFORMADORES: DEL PÍCARO AL HOMBRE DE HONRA

Solventado el problema del género y aceptando que estamos ante una *continuación no picaresca*, pasemos a abordar los recursos empleados por su autor en el ya mencionado proceso de transformación a que somete a su protagonista. De Silva se ocupa con premura de aniquilar al pícaro en los primeros arranques de la obra, pero también con él a su elemento: los espacios urbanos, así como la marginalidad inherente a ellos, ya no tienen cabida en este doble viaje —geográfico y espiritual— donde todo discurre por escalas en una suerte de plácida armonía.

Cualquier intento de ascensión social proyectado por Pablos o búsqueda de redención por Guzmanillo van a verse frustrados por su incapacidad de romper la gruesa cadena que les ata con fuerza a la canalla de la que forman parte. Si tanto Quevedo como el propio Alemán hicieron lo posible por alejar a sus pícaros de cualquier amistad benefactora; de cualquier influencia que supusiera un punto de inflexión y una posible salida, Machado se encargó a conciencia de todo lo contrario. Con alguna rara excepción, en el camino que aquí se recorre confluyen tantos dechados de virtudes, entre ilustres y nobles caballeros o bondadosos clérigos, que cualquier tentación de recaída es pronto sofocada por el sabio consejo o el valeroso ejemplo: «en los que vieres que son de utilidad tuya, abrázalos, y en lo que te pueden ser de prevención, admítelos, y si fueren de daño, desprécialos» (p. 280). Para dejar constancia de tan beneficiosas influencias, queda bien subrayada la pérdida de todas, como la de Propercio y Ricardo:

[...] se fueron a embarcar, y el mayordomo y yo acompañándolos hasta la ribera, donde con lágrimas se apartaron de nosotros, dejándonos con mucha soledad. No lo sentí poco, que, aunque no era mucho el tiempo que nos habíamos tratado, eran tales sus prendas que me obligaban a reconocer la falta de su compañía (p. 225).

O la del caballero portugués Andrés de Almada:

Me fue forzoso despedirme de don Andrés de Almada. No dejé de sentir su ausencia con justo sentimiento, pensión que a los entendidos se debe, y hacer memoria de los más

singulares en todas ocasiones, como te hago ahora deste caballero a quien, por insigne, nombro por su nombre en este discurso de mi vida (p. 304).

Pero es la repentina noticia de su noble ascendencia la que opera con más fuerza en el cambio de actitud y de hábitos del pícaro. Ya en el segundo capítulo de la primera parte de la obra, por medio de la carta que su moribunda madre había confiado al comendador, Guzmán tendrá noticia de que no es hijo de quien siempre ha supuesto. El cambio que por medio de esta transfusión de sangre noble se produce transforma íntegramente al personaje: de la dualidad en la que radicaba gran parte de su complejidad psicológica, cualquier atisbo de inclinación al mal queda ya mutilada de antemano.

Al mismo tiempo que entendí ser hijo deste último padre, tan horrendas se me representaron las picardías de mi vida, que, si posible fuera volver a deshacerlas, con ofrecirme a los mayores trabajos della, no reparara en nada por conseguirlo.

Y así entiendo que no es posible pensar los nobles, cuando ejecutan cosas feas, que son hijos de sus padres, sino que sus madres los tuvieron ya del lacayo, ya del esclavo o de otros semejantes (p. 109).

Del planteamiento se desprende una idea en extremo inmovilista de la jerarquía social pero, además de atribuirle al noble, por el hecho de serlo, una conducta honrada y ejemplar —y en esto se insiste de forma permanente— se apareja a la nobleza toda imposibilidad de ingreso en la vida delictiva. Hasta tal punto es así, que el pícaro queda ya vacunado por el mero hecho de conocer su cuna. Aún no le ha dado tiempo a asimilar su nueva posición —suponiendo que se pueda ocupar tal posición por la embrollada carta de una madre de tan dudosa fama— cuando ya de su boca salen estas palabras: «siempre me juzgué otro, y como tal obraba los sucesos» (p. 110).

Si, según Machado, el noble no puede hacerse pícaro, y el pícaro, con saberse noble deja de serlo, atendamos al problema que Cervantes propone en *La ilustre fregona*, y a sus falsos pícaros —o más bien impostores—, cuya actitud es, si se quiere, aún más reprobable si tenemos en cuenta sus espurios motivos.

Trece años, o poco más, tendría Carriazo, cuando, llevado de una inclinación picaresca, sin forzarle a ello algún mal tratamiento que sus padres le hiciesen, solo por su

gusto y antojo, se desgarró, como dicen los muchachos, de casa de sus padres y se fue por ese mundo adelante, tan contento de la vida libre, que, en la mitad de las incomodidades y miserias que trae consigo, no echaba de menos la abundancia de la casa de su padre. Ni el andar a pie le cansaba, ni el frío le ofendía, ni el calor le enfadaba. [...] Finalmente, él salió tan bien con el asunto de pícaro, que pudiera leer cátedra en la facultad al famoso de Alfarache.<sup>70</sup>

Cervantes no solamente niega las virtudes que Machado atribuye a la nobleza, sino que nos muestra un escenario que, incluso trasplantado a hoy día, resulta verosímil. Don Diego de Carriazo adopta el nombre pícaro de Lope Asturiano como nuestro Guzmán adopta el nombre noble de don Juan de Guzmán —sobre la impostura del segundo habría más que decir—, y ambos se echan a andar asumiendo sus roles; el de Cervantes para eludir sus obligaciones de noble —la instrucción o el servicio a la patria (la universidad o el ejército)— y el de Machado para enmendar sus faltas. Mientras uno coloca al estamento de la nobleza en un inmaculado pedestal, el otro nos advierte del *noble delincuente* y su capacidad de negociar con la justicia y con la administración del Estado, pues, de cuantas incursiones delictivas protagonizan Diego de Carriazo y Juan de Avendaño, se resuelven las más por medio del dinero que respalda a su verdadera clase.

El hecho de que el pícaro de esta *Tercera parte* haya de adquirir sangre noble para justificar su inclusión en otro orden moral resulta lógico teniendo en cuenta cuanto por boca del autor aparece plasmado en la novela, y por cuantos otros escritos completan su producción literaria. En la construcción de su protagonista, se agarra con fuerza a la responsabilidad moral que impone la nobleza de la sangre. Es esta conveniente transfusión el gran revulsivo para tratar el interno mal del pícaro; el empuje que lo induce a su cambio de vida no es de otro tipo que social y de clase.

Asistimos por tanto a una total transformación del personaje desde el principio de la novela que allanará el terreno a las verdaderas intenciones de su artífice. La tensión narrativa de la obra de Mateo Alemán se afianzaba en gran medida en las contradicciones de su personaje, y en su dicotómica estructura mental; quedan aquí anuladas mediante el ennoblecimiento y el tratamiento de las gentes honradas en pos de una existencia virtuosa que acaba por tocar la santidad.

---

<sup>70</sup> Cervantes, 2013, p. 372.



La tendencia ascética que acabará por cristalizar, al final de la novela, en un definitivo retiro, se produce mediante las ya tratadas claves purificadoras. En ello se afana De Silva, cuya idea de la moral cristiana podría sintetizarse en la idea tomista de la virtud en relación con el vicio.

Como el fin de la virtud es el hábito operativo, ambas se funden en la misma operación. Debe, empero, notarse que algunos de los hábitos operativos son siempre para lo malo, como los hábitos viciosos, y otros unas veces para lo bueno y otras para lo malo, como la opinión se refiere a lo verdadero y a lo falso; mas la virtud es un hábito que se refiere siempre al bien, y, por tanto, para que se distinga la virtud de los hábitos que se refieren al mal, se dice: por la cual rectamente se vive. Para distinguirla de aquellos hábitos que unas veces se refieren a lo bueno y otras a lo malo, se añade: de la que ninguno usa malamente.<sup>71</sup>

Pero las figuras del pícaro y el asceta no podrían situarse en extremos más opuestos. Si bien la vida espiritual solo cabe ser vivida, y apenas contada por su escaso componente narrativo —al menos en lo que a la acción novelesca se refiere—, la picaresca está asentada casi únicamente en la acción, y como sucede en *Guzmán de Alfarache*, las pasiones, las debilidades y los oscuros apetitos del héroe son a la vez motor de su deseo de redención, pero no por el camino de la perfección de alma, sino por el de la aceptación social y de sí mismo en una infatigable lucha contra el determinismo que lo devuelve a su sitio.

---

<sup>71</sup> Aquino, 1966, p. 110.

## VII. CRONOTOPO

### 1. El tiempo en la novela

Dentro de la escasa nómina de obras que constituyen los pilares del género, el tratamiento del tiempo y el espacio está indisolublemente ligado al propio proceso evolutivo del pícaro. Este compacto dinamismo en el manejo de la acción permite resaltar todos aquellos elementos que constituyen la propia psicología del personaje, así como cuantos se van organizando en torno a la moral a que se adscribe. No muy diferentes a la novela de aventuras (morisca, bizantina o italianizante), las coordenadas espacio temporales del *Lazarillo* o el *Guzmán de Alfarache* combinan además estos elementos en pos de un permanente proceso de transformación que da cuenta, de forma fragmentaria, de lo episódico de la ubicación, y el tiempo que se prolonga cada una de las hazañas. Aunque, si bien el espacio total solo puede tratarse como sucesión de lugares que componen la ruta —unas cuantas teselas que aportan la mirada panorámica—, el curso temporal de cada hazaña no puede más que englobarse dentro de cuanto se prolonga un completo proceso de metamorfosis.

Dicho proceso no es, en este punto, muy diferente en la continuación que nos ocupa, eso sí, con una única salvedad: la transformación se produce a la inversa; del estado de pícaro al de santo recorre Guzmanillo los pasos de un periplo purgatorio que comienza en Sevilla de camino a Santiago.

Quedamos sometidos en la obra a un tiempo puramente psicológico, el del protagonista, pero enmarcado por su autor entre los límites de un año terrestre.

Metió la mano, sacándome a Santiago, patrón de España, por abogado de mi libertad.

—Oh, santo bendito, —le dije con más lágrimas que voces— patrón sed vos de mi alma en la galera de los vicios. [...] Luego hice firme propósito de vesitar su casa en saliendo de la galera. [...] Veinte y cuatro de julio se contaban, en que la víspera del glorioso apóstol se celebra (p. 98).

Las únicas barreras cronológicas que —de forma muy difusa— van a quedar marcadas en el texto, constituyen, desde ese 24 de julio, un año completo hasta que vuelva a celebrarse el día del santo, momento en que Guzmán lo haga coincidir con el final de

su peregrinaje. Este planteamiento astrológico, en el cual la ya aludida metamorfosis se complete, discurre paralelo a un ciclo de traslación terrestre en lo que bien podemos identificar como ese flujo universal de los seres, propio de los postulados de Heráclito.

Pero más sustancioso y digno de análisis es el tiempo interior de la novela que discurre ajeno al reloj y al calendario. No hay para Guzmán horas ni días en su nebuloso limbo intrascendente, solo pasado y presente como símbolo de, en cada caso, lo que no ha de volver a repetirse y su intensivo proceso de purga. «Grande cosa es el llegarse a los buenos, como aquí se vio, pues hasta lo insensible, que por ley natural está sujeto a la corrupción del tiempo, no se atreve el tiempo a corromperle» (p. 365). Cualquier alusión al futuro queda lejos del mundo terrenal, perecedero y vano.

Con todo, se hace patente la predominancia de un tiempo psicológico indisociable a la propia evolución del personaje: sus nuevas compañías, hábitos y costumbres son todo cuanto avanza como único discurso que lo va modelando en este devenir en romería. La temporalidad es abstracta, personal y casi al margen de toda cronología —excepto por el mínimo detalle de la fecha citada—, y de la contraposición entre el *ayer*, de vida licenciosa y destructiva, y el *hoy*, de disposición cauta y entregada, se nutre su discurso a cada paso.

Todo lo puede hacer Dios, nadie desconfíe de su misericordia. Ayer Guzmanillo, hoy don Juan de Guzmán; ayer un embustero, hoy muy gran caballero; ayer un ladrón, hoy en religión; ayer fementido, hoy arrepentido (p. 408).

En cuanto al tiempo de la propia narración, cabe destacar la sutil diferencia que se produce entre la visión que aportan las dos partes de Alemán y la tercera de Machado. Si el sevillano narraba desde el presente, haciendo que esta perspectiva fuera la dominante para con un pasado que había de servirnos de lección, y que se traducía —dentro del plano argumental— en infinidad de hazañas picarescas protagonizadas por el mismo narrador en un tiempo lejano, Machado también narra desde el mismo presente, aunque el pasado sea bien reciente. De hecho, la libertad de recorrido del Guzmán machadiano —cuyo inicio se lo ha impuesto Alemán— comienza el día exacto en que el pícaro sea liberado de la galera, y termina desde el que ahora nos relata, retrospectivamente, dicho año. De esta forma, hará Machado coincidir, ya en las últimas líneas de su libro, la voz del

narrador con su presente, fundiéndose así voz y personaje con ese tiempo eterno que le aguarda.

Y así te suplico me dejes en esta ermita, adonde de una galera me trajo Dios, por su grande misericordia, a hacer penitencia de mis grandes culpas y pecados. No me vuelvas al remo del mundo, a los naufragios de sus escollos, a los accidentes de su inconstancia, a las borrascas de su fortuna, a los contrastes de sus olas (p. 473).

Así da Machado una solución alternativa al problema planteado por Ginés de Pasamonte en el capítulo XXII de la *Primera parte del Quijote*. Se hace aquí converger el final del pícaro con el de la novela; el autor termina, sin matarlo, con la vida de Guzmán, confinándolo a un estado de infinito reposo.

## ESPACIO

### 2. El viaje de Guzmán: de pícaro a penitente

Nada más alejada de la *causa devotionis* podía ser la motivación del pícaro que concurría a las diferentes rutas de peregrinaje a lo largo de nuestros Siglos de Oro. Ya fuera el hurto propiciado por el más mínimo descuido del romero, ya el fraude de los naipes u otros juegos tahurescos o el mero fingimiento de males que, con habilidad y gracia interpretados, hallaran la piedad en cualquier caminante compasivo, la burla y el engaño hacían de estas antiguas veredas un succulento espacio para el golfo, pero no menos para quien, exprimidor de tan rico material humano, narraba sus hazañas, embelecos y chanzas. La permanente huida del que no mira atrás, del que, quemando cada puente que deja a sus espaldas, asume ya su vida como irregular cambio de refugio y de gentes, no ha podido resultar más fructífera para cuantos prosistas de nuestra era barroca han cultivado el género.

La comprensión de aquellos elementos que conjugan dicha combinación de gentes pasa por advertir las diferentes crisis —económica, religiosa y política— que el imperio atraviesa, para así asimilar el chocante rondar de tipos sociales que, por cuantos caminos dibuja la península, va abocado a cruzarse. Da cuenta nuestro género más propio del interés suscitado por las múltiples formas de relación entre iguales (amparados bajo un mismo estado), que viene a menudo marcada por su diferente pertenencia jerárquica y que, como tal, concita dispares conductas y encierra tan distintas escalas de valores. En otras palabras: el hervidero de gentes que, tan provechoso para el análisis sociológico, bulle en estos espacios públicos, en estas vías de tránsito, supone para el escritor áureo un terreno tan rico de situaciones y personalidades que justifica la profusión de obras que nuestra prosa de la época recoge.

Tratando de desentrañar el siempre discutido origen de la palabra *pícaro*, el magnífico estudio de De Haan nos advierte de que, más alejado de las cocinas de cuanto se pensaba, tiene su cuna el mito ya en el propio camino, ya en la empedrada acera.<sup>72</sup> Lo que el infante adopta como lugar de juegos desdibuja sus lindes con la violenta pérdida de la inocencia, y amplía sus horizontes en la mirada pícara del joven. Tal deslizamiento

---

<sup>72</sup> De Haan, 2013, p. 53.

—forzoso y no forzado— de niño mendicante a joven ladronzuelo cristalizará pronto en Guzmanillo:

Pasaban mozuelos caminantes de mi edad y talle, más y menos, unos con dinerillos, otros pidiendo limosna. [...] Como el pedir me valía tan poco y lo compraba tan caro, tanto me acobardé que propuse no pedirlo por extremo en que me viese. Fuime valiendo del vestidillo que llevaba puesto. Comencelo a desencuadernar, malogrando de una en otra prenda, unas vendidas, otras enajenadas, y otras por empeño hasta vuelta. De manera que cuando llegué a Madrid, entré hecho un gentil galeote, bien a la ligera, en calzas y en camisa.<sup>73</sup>

No podían ser más contrarias las intenciones de gallofos y bordoneros (algunos de los nombres atribuidos en la época a aquellos vagabundos que buscaban sustento en el camino) a las del penitente que albergaban las rutas a Santiago. Lejos de las marcadas diferencias sociales que, en cualquier núcleo urbano, saltaban a la vista del más desorientado, ejercían estas sendas de peregrinación una suerte de poder igualador que borraba las huellas de nobles y mendigos. Amén del indumento y la propia ocupación del individuo que, a la vista de todos, no se podía ejercer en las ciudades con mucho encubrimiento, comparado al actual, el volumen de población era escaso y fomentaba el conocimiento de todos, cuando no la pronta averiguación. De esta ocultación del pícaro en el camino, así como de sus ilícitas asociaciones, da buena cuenta la narración de Estebanillo:

[...] pasé a la ciudad de Valladolid; junteme en ella con dos devotos peregrinos que hacían el propio viaje y eran, cuando no de mi cantidad, por lo menos de mi calidad y costumbres. [...] hicimos liga y monipodio de ir a pérdida y ganancia en todos lances que nos podían suceder en esta jornada, guardando las leyes de buena compañía; y para que mejor las observáramos, el ginovés, como hombre más experimentado, con tono fraternal nos informó en las ceremonias y puntos de la vida tunante.<sup>74</sup>

---

<sup>73</sup> Alemán, 2012, pp. 169-170.

<sup>74</sup> *La vida y hechos de Estebanillo González*, 1990, pp. 172-173.

Sobre la idea de vagabundo como concepto jurídico, es muy reveladora la descripción con que Castillo de Bobedilla, con el propósito de ser útil a los corregidores para «limpiar de vicios la ciudad», nos ilustra al respecto de estas gentes, y el marco cerrado que dibuja para, a continuación, alertar sobre aquellos que no deben ser considerados como tales.

Los vagamundos se llaman de muchas maneras según lo dispuesto por derecho común: lo más recebido a nuestro propósito es, ser vagamundo el que no tiene asistencia fixa en una tierra, y sin tener hazienda, ni officio ni servir amo, ni trabajar, anda ocioso y vagando, y sospechoso y ocasionando para hurtar o cometer otros delitos.

[...] pero no se dirá vagamundo el noble, o el hidalgo pobre, o el hombre rico, que por algún caso vino a pobreza, que anduviere pidiendo, según platea, y otros si no ha sido acostumbrado a trabajar; y estos no exercen las cautelas y engaños de los falsos mendigos. Y es de doler de su miserable estado, pues no hay mayor infelicidad que aver sido feliz.<sup>75</sup>

Como antes apuntábamos, es esa imposibilidad de permanencia uno de los rasgos más significativos del género, así como la necesidad de huida de su protagonista la razón de su terca itinerancia: es el pícaro quien va de un sitio a otro repitiendo muy rara vez destino si no es por la exigencia de razones de peso, ya sean formales estas o tocantes al sentido mismo de la trama.<sup>76</sup>

El viaje picaresco implica, en sí mismo, liberarse del lastre de errores anteriores — los que a Guzmán persiguen, ahora ya no tanto física como psicológicamente—, además de la posibilidad, siempre esperanzadora, de comenzar de cero: borrrón y cuenta nueva con cada nuevo escenario que, ahora ya sí, en la obra de Machado, será el definitivo pues toda tentación ha sido superada. En palabras de Alexander Parker:

Era muy corriente, a lo largo de todo el proceso medieval, que el pecador arrepentido se redimiera de sus pecados yendo de peregrinación [...] Si Alemán hubiese escrito su

---

<sup>75</sup> Castillo de Bobadilla, 1759, p. 452.

<sup>76</sup> «En estas pláticas vimos los muros de Segovia, y a mí se me alegraron los ojos, a pesar de la memoria que, con los sucesos de Cabra, me contradecía el contento. Llegué al pueblo, y a la entrada vi a mi padre en el camino, aguardando a ir en bolsas. Enterneceime, y entré algo desconocido de como salí, con punta de barba, bien vestido» (Quevedo, 1927, pp. 138-139). Así refiere don Pablos el retorno a Segovia, ciudad que le vio nacer, donde se ve forzado a regresar por cobradera herencia.

*Tercera parte*, habría hecho también, sin duda alguna, peregrinar a Guzmán para luego convertirlo en ermitaño.<sup>77</sup>

Cualquier ruta trazada previamente, en los términos que esta continuación nos plantea, hubiera roto con la misma esencia de transitoriedad de una narración genuinamente picaresca, ya que hubiera supuesto la radical anulación del carácter errático de su protagonista. Revelando el destino de un ya reconvertido Guzmanillo, De Silva lo destierra de su natural elemento: deja de ser el pícaro ese ser eyectado a un mundo hostil; abandonado, siempre a su mala suerte, en el tablero de juego que es esa realidad degradada de la que Wicks nos habla.<sup>78</sup>

De las escasas novelas que abanderan el género cabe siempre trazar dos recorridos: uno, material y progresivo, se da sobre el plano geográfico y es en forma de fuga que rara vez concluye. El otro, de vertical ascenso figurado —pese a cuantas caídas dejan patente un éxito improbable— supone un clave rasgo, no solo identitario, sino de mera funcionalidad; no es otro el cometido del pícaro que el de su propia búsqueda de ascenso social; no es otro su deseo que el de dejar de serlo.

Presentar esta *Tercera parte de Guzmán de Alfarache* como un libro de viajes o una simple novela de peregrinación —y de entre todos los géneros que de forma sincrética parece abordar es el picaresco el que mayores dificultades acarrea— pasaría por el análisis de sus coordenadas espacio-temporales como elemento sustancial. Es en su desarrollo espacial —amén de los hechos que en los sucesivos espacios acontecen— donde la personalidad del auténtico pícaro va dando cuenta de un progresivo curso en el que se endurecen sus rasgos primigenios. Su concepción del mundo y sus propias circunstancias suelen, más pronto que tarde, exigirle un precoz despertar a la crueldad del medio que le toca sufrir. Las lindes de su pena siempre vienen marcadas por cuestiones materiales o sociales (de riqueza y de aceptación) pero nunca espaciales: con la excepción de Lázaro, incluso a los confines del imperio se dejará arrastrar el personaje de Alemán, el de Quevedo o el de Esteban González. Pero el protagonista de esta *Tercera parte* no necesita

---

<sup>77</sup> Parker, 1975, p. 131.

<sup>78</sup> Para Wicks la picaresca pasa por ser un género dominado por el que así define como «modo picaresco», y en el que el antihéroe ha de ser encerrado en una realidad deteriorada, en permanente viaje donde, por fuerza, habrá de definirse, ya sea como víctima, ya como verdugo. Véase Wicks, 1989, pp. 62-64.



del camino como medio de curtir su joven inocencia; ya ha pasado por eso en sus novelas predecesoras y ahora solo discurre por la senda marcada al virtuoso.

Y es en gran medida por los motivos mencionados —en un sentido tanto psicológico como operatorio el pícaro ha dejado de serlo— por los que el viaje de Guzmán en esta última parte de su vida sea purificador, aunque también en parte es regresivo: topográfica y memorísticamente habrá de desandar para borrar su huellas, para enmendar sus vicios y lustrar sus virtudes; todas esas virtudes que nos eran inéditas y que brotan ahora, para sorpresa del lector, de su malograda vida pasada; de sus más insospechadas facetas.

La decisión del protagonista de hacerse peregrino se expresa abiertamente en los primeros arranques de la trama. En una improvisada sesión de cartomancia, será la mano de otro infeliz forzado la que, de cuantas papeletas hay en un sombrero, extraiga la de Santiago Apóstol, cuya festividad, el 25 de julio, se amañe coincidente con su liberación de la galera. Es mediante este hábil artificio que el marco estructural de la novela quede ya dibujado con dos leves rasguños: el viaje a Santiago, hilo vertebrador de todo el texto, y la inédita vocación de santidad del pícaro que marcará el sentido de la misma.

Queda con este giro sepultado el Guzmán que conocíamos; es ya nueva materia moldeable en manos de su autor, y será el viaje en sí y sus acontecimientos los que de ello se ocupen. Se produce en este punto la verdadera conversión del pícaro que, de aquí en adelante, solo precisará de recordarse —para así recordar al lector— la gran imperfección del otro que antes era como gran acicate para ya no volver a transmutarse.

Esta tendencia al relato de peregrinaje que en otros tiempos fuera de aventuras —y si algo tienen en común la novela bizantina y la picaresca es el carácter fortuito de los hechos como único motor a que sus personajes se someten— parece una más de las manifestaciones que, en materia literaria, produjo la nueva mentalidad tridentina. Prueba de ello es lo que Emilia Deffis describe como una paulatina transformación de géneros de la que nuestro texto podría ser gran ejemplo:

[...] los protagonistas, sometidos a los vaivenes inesperados del azar, son colocados en un lugar y un momento determinados ante un obstáculo que deben superar. Esta trama básica, común a los relatos de aventuras de todos los tiempos, sufre en el siglo XVII español modificaciones importantes que generan un tipo de literatura muy particular. La primera de ellas es la transformación de viajeros en peregrinos, es decir, personajes que buscan la

salvación eterna del alma mediante la realización de un viaje. A partir de ahí, se produce la incorporación de otros elementos genéricos: lírica religiosa, especies narrativas menores [...] y toda clase de sentencias moralizantes, refranes y dichos populares.<sup>79</sup>

Cobra de esta forma el motivo del viaje su sentido estratégico, revelando las verdaderas intenciones que esconde la elección de dicho modelo narrativo; un modelo que se muestra solvente para con los problemas que pudo suponer la construcción de su protagonista: su vagar se propone dar cuenta de un cambio progresivo que no es más que la reafirmación necesaria y constante de un cambio radical producido al comienzo de la obra. Por otra parte, ¿qué mejor pretexto que el de este deambular contemplativo para la conversión de un pícaro en su opuesto? Con cada personaje que le sale al camino se va hilando la historia de retazos, pues todos y cada uno de dichos personajes —con excepción de él mismo y en diferentes grados de influencia— le sirven de muestrario de conductas humanas, ya sean estas un dechado de impurezas o de ejemplarizante virtuosismo.

---

<sup>79</sup> Deffis de Calvo, 1999, p. 11.

## VIII. CONTEXTO HISTÓRICO

La muerte sin descendencia de Sebastián I de Portugal en 1578, sumada a la de su continuador Enrique I en 1580, originará una crisis de sucesión en la que serán las Cortes las que decidan sobre el futuro monarca. Antonio Prior de Crato, hijo del infante Luis de Portugal, será nombrado rey en ese mismo año gracias al efusivo apoyo de las clases populares y contando también con la complicidad del clero. No habrían de pasar ni treinta días para que las tropas del duque de Alba enviadas por Felipe II de Castilla —también aspirante al trono como nieto, al igual que de Crato, de Manuel I de Portugal— vencieran de forma contundente a las portuguesas en la batalla de Alcántara, lo que obligaría a Prior de Crato a abandonar su patria dejándola al mando de la Corona de Castilla. Esta victoria bélica y la consiguiente anexión del reino de Portugal al imperio español, establece el comienzo de un periodo, el de la monarquía dual, que mantendrá, durante los sucesivos sesenta años, la tierra portuguesa bajo el control de la Casa de Austria.

Durante el reinado de Felipe III la intervención de la Corona española en los asuntos del país vecino supondrá un cada vez mayor empobrecimiento de las clases populares, lo que, sumado a las bajas de soldados portugueses como resultado de las guerras en que el Imperio español se ve envuelto, irá aumentando el descontento social hasta que, ya en época de Felipe IV, coronado en 1621, el conde-duque de Olivares, de nuevo, envíe soldados portugueses como muro de contención de las sublevaciones catalanas, que constituyen uno más de los problemas a que se enfrenta España. Estos hechos desencadenarán la furia de las facciones más independentistas que, en 1640, serán determinantes en el proceso de secesión de Portugal.

El pueblo lusitano celebró con la coronación de Juan IV de Portugal, el *Afortunado*, el 15 de noviembre de 1640, una auténtica fiesta nacional al contemplar al primer rey —eso sí, no reconocido por Felipe IV— de sangre portuguesa. Fue esta la mayor baza de un monarca que se aferraría a la imagen de libertador a que las circunstancias lo habían consagrado, jurando dedicarse en cuerpo y alma al país que disfrutaba de su reconquistada independencia. La abolición de impuestos y la consecutiva retribución de honores a cuantos habían hecho posible la ruptura del yugo castellano aumentarían la popularidad del primer soberano que gozaba del festivo fragor de unos primeros años marcados por el

regocijo de la emancipación, todavía unilateral, y el odio a todo lo que de allende la frontera provenía.

La Corona española contemplaba impotente cómo, tras la sublevación, iba siendo expulsada hasta la última de sus guarniciones mientras se producía la progresiva adhesión de las colonias portuguesas. A la expulsión española también contribuirán como refuerzo las alianzas extranjeras de Juan IV: Suecia —que había apoyado la toma de posesión del trono del nuevo rey—, pero sobre todo Francia, que, ansiosa por participar en la ofensa y consecuente degradación del poder hispánico, fue la primera en reconocerlo como rey seguida de Holanda e Inglaterra. Fueron estos los principales factores, sumados a los enemigos y problemas internos a los que se enfrentaba la Corte de Felipe IV, los que imposibilitaron la recuperación de Portugal.

El advenimiento de cada nuevo soberano suponía para todos los estratos populares un gran generador de expectativas. Tanto los beneficiarios del régimen anterior, como los desencantados o ultrajados por el mismo, depositaban sus mayores esperanzas en el que ahora les tocaba en suerte. El fallecimiento de Felipe III el 31 de marzo de 1621 —que, a pesar de haber gobernado con la mayoritaria simpatía de sus vasallos, gozaba de notoria fama de incapaz por la reiterada delegación en el Duque de Lerma que se había destacado de su mandato— dejó tras de sí, en palabras del conde-duque de Olivares: «la peor Castilla, por ventura, que jamás se había visto».<sup>80</sup> Se perfilaba, por tanto, el nuevo reinado con las más grandes ilusiones populares, en parte por haber coincidido en tal marco de perentoria necesidad de cambio, y por ser aguardado como providencial giro de destino político; en otras palabras: como la irrepetible oportunidad de un nuevo y glorioso comienzo.

En los primeros años de reinado, Felipe IV intentará por todos los medios, junto con Olivares, mantener sobre Europa la hegemonía de la monarquía hispánica, pero, a pesar de las drásticas reformas políticas, los permanentes conflictos bélicos —los en concreto los enfrentamientos con Inglaterra y la Guerra de los Treinta años— hacían languidecer, cada vez con mayor intensidad, los poderes de un imperio que contemplaba ya los albores del declive.

---

<sup>80</sup> Suárez Fernández, 1991, p. 442.

En 1640 todos los problemas internos de la nación cristalizan en diversos conflictos referentes tanto a la política exterior como a Cataluña, Andalucía y Portugal. Este último vería en las debilidades vecinas una puerta abierta para su definitiva independencia

## IX. LA TIERRA PORTUGUESA

Poco atinado, a mi juicio, sería pensar que Machado de Silva pudo llegar a sumarse, en estos años convulsos que terminaron por separar ambas naciones, a la efervescencia y el ímpetu de cambio que vivía el pueblo llano, gregario y mercurial en sus comportamientos y de memoria débil, cercada por las lindes de la amnesia. Nada más alejado de cualquier ánimo independentista que pudiera extraerse del permanente elogio a Portugal es el tono con el que, de forma profusa y reiterada, se confrontan elementos de una y otra nación a lo largo del texto. Esta posición de simetría con la que son tratados dichos elementos parece revelar una clara tendencia a crear lazos de unión entre los dos países, y en absoluto a escarbar en las brechas de un proceso político recién finalizado. Podemos suponer cuál era el posicionamiento ideológico del marqués —no ya por su estrecha relación con la Corona hispánica, sino por sus vinculaciones familiares y personales con el país vecino— al margen del relieve que pudiera tener para el análisis de esta *Tercera parte*. Siempre bajo la clara premisa subyacente de «todos somos castellanos», las alabanzas brindadas a su patria quieren ser homenaje y no arma arrojadiza para con su otra patria, la española.

Bilingüe, como los más de los nobles portugueses de entonces, no le faltan elogios a Machado para una y otra de las dos que maneja con soltura:

Mucho le alabé las finezas que he referido, y siento mucho no poder contárselas en la misma forma que don Andrés de Almada lo hacía, porque en sucesos amorosos tiene un no sé qué la lengua portuguesa para explicar los afectos de la alma, que la imitan pocas y ninguna la excede.

Así se lo dije. Y por no quedarme deudor en nada, me respondió que tenía razón en cuanto a los hombres, pero que en las mujeres la lengua castellana era más cariñosa, y como piedra imán atraía a sí los más acerados corazones. [...] Mucho hay que decir en esto, dejemos el apurarlo para otra ocasión (p. 300).

Aunque sorprende el hecho de que la castellana sea la lengua de casi todo su *corpus* bibliográfico —por más que fuera la imperial; la del imperio que le reconoce y le concede el título—, no ha de ser tan chocante que para la presente obra no empleara la portuguesa

—por pocas intenciones que pudiera tener de publicarla, y esto diera lugar a retomar la lengua de sus padres— por una cuestión de elemental coherencia para con las dos otras, las de Alemán, a las que pretendía poner el cierre con la suya. Además, en el periodo que abarcan nuestros Siglos de Oro, el bilingüismo en Portugal estaba enormemente extendido, con mayor intensidad en el lenguaje literario. En castellano escribieron autores de la notoriedad de Gil Vicente, Francisco Manuel de Melo, Rodríguez Lobo y hasta el mismo Luís de Camoes, que se valdría de la lengua de Cervantes en parte de su producción poética.

Es en el capítulo VII de la segunda parte de la obra, en las conversaciones de Guzmán con don Andrés de Almada, donde mejor se aprecia esa duplicidad sentimental de Machado para con una y otra parte del terreno. La cuestión familiar se deja ver aquí en igual división de sentimientos. El orgullo por su árbol genealógico de ilustres ascendentes portugueses se nos narra en detalle, junto con los terrenos que ocupaban, en el tramo final de la novela, como la enaltecida evocación de un mundo extinto (pp. 413-424) que deberá dar paso al de sus hijos, los que le unen a su esposa castellana, doña Violante de Orozco, y por cuyas venas ya no discurre sola la sangre portuguesa. Pero en las ya citadas conversaciones con don Andrés de Almada se deja traslucir esta cuestión con un tono de positivo acuerdo, el matrimonial, que lejos de manchar la ilustre estirpe de unos y otros, la mejora y la honra. Pues «los casamientos de portugueses con castellanas y de castellanos con portuguesas no son los en que se pasa la vida menos gustosa» (p. 299). De la misma forma se dice por boca de la huéspeda en el mismo capítulo:

Veuda soy de tres maridos, y todos eran castellanos; y sin con treinta quisiera casarme, pudiera hacerlo por mi lengua. [...] Más debo a aquellos malogrados, y no se espanten; que si hay razones para que una veuda llore toda su vida a un buen marido, había yo menester tres para llorar los míos. Todos fueron muy buenos y ninguno fue malo; todos fueron soldados, y nunca en mi casa hubo guerra. Todos valientes y nada pendencieros. Yo fui la desdichada en perder tales hombres por maridos, que si me preguntasen a cuál quería más, muy mal podré decirlo (p. 301).

El discurso laudatorio de Guzmán para con todo aquello que descubre a su paso busca tener un efecto sobre el lector que se vea potenciado mediante dos eficaces

mecanismos, a saber: la sensación de verdad que imprime la narración en primera persona, y una mayor impresión de todo cuanto ve dada su condición de foráneo, su capacidad de sorpresa. A esto se suma el refuerzo de aquellos personajes que salen al camino, y aderezan la vista con la historia y la intrahistoria de Portugal y sus paisanos, respectivamente. Si bien la voz del pícaro se manifiesta a este respecto desde coordenadas psicológicas —restricción esta puramente genérica—, pretende ser tomada de forma fidedigna, como a la de un cronista al que se inviste de un estatuto de autoridad testimonial.

En esta brusca inmersión en tierra extraña, el lector va teniendo las mismas impresiones que el pícaro sin que se dé lugar a discrepancia alguna, y dichas impresiones, por lo general, tienen como intención presentar las bondades intrínsecas de su patria y sus gentes, al margen de un proceso político que se va dilatando en el tiempo, y cuyas consecuencias se ven bien reflejadas en la administración de los poderes públicos de un país en construcción. En palabras de Katharina Niemeyer, «Machado no disimula ser un hispanófilo que elogia su país y su nación, pero que hace a la vez una interesada crítica al sistema de la Restauración».<sup>81</sup>

Por estas razones, las más de las muchas alabanzas que salpican el texto quieren servir de muestra al lector de su tiempo —lector en castellano— de las riquezas y admirables virtudes que tienen sus vecinos, y así contribuir al lavado de la negativa imagen que de los portugueses se debía de tener en aquel tiempo, a modo de cliché o tópico, también literario.<sup>82</sup> Son las comparaciones, lejos de un descartado revanchismo, un práctico recurso para, con la interposición de un referente, ponderar el valor de lo mostrado.

Pocos días después nos llevó el mayordomo al convento de Belén. Hízome novedad el nombre, y no poca grandeza el edificio [...] Al tiempo que llegó a verlo don Felipe segundo, volviéndose a don Cristobal de Moura, que le acompañaba, dijo: «¿Qué os parece, don Cristóbal? — muy atrás queda El Escorial» (p. 218).

---

<sup>81</sup> Niemeyer, 2008, p. 517.

<sup>82</sup> La opinión que los españoles tenían sobre Portugal y el resto de países vecinos en la época se formaba siempre desde el menosprecio y la arrogante superioridad de lo autóctono. Véase en Herrero García, 1966, p. 141.



Así se nos advierte de la fecundidad del campo portugués:

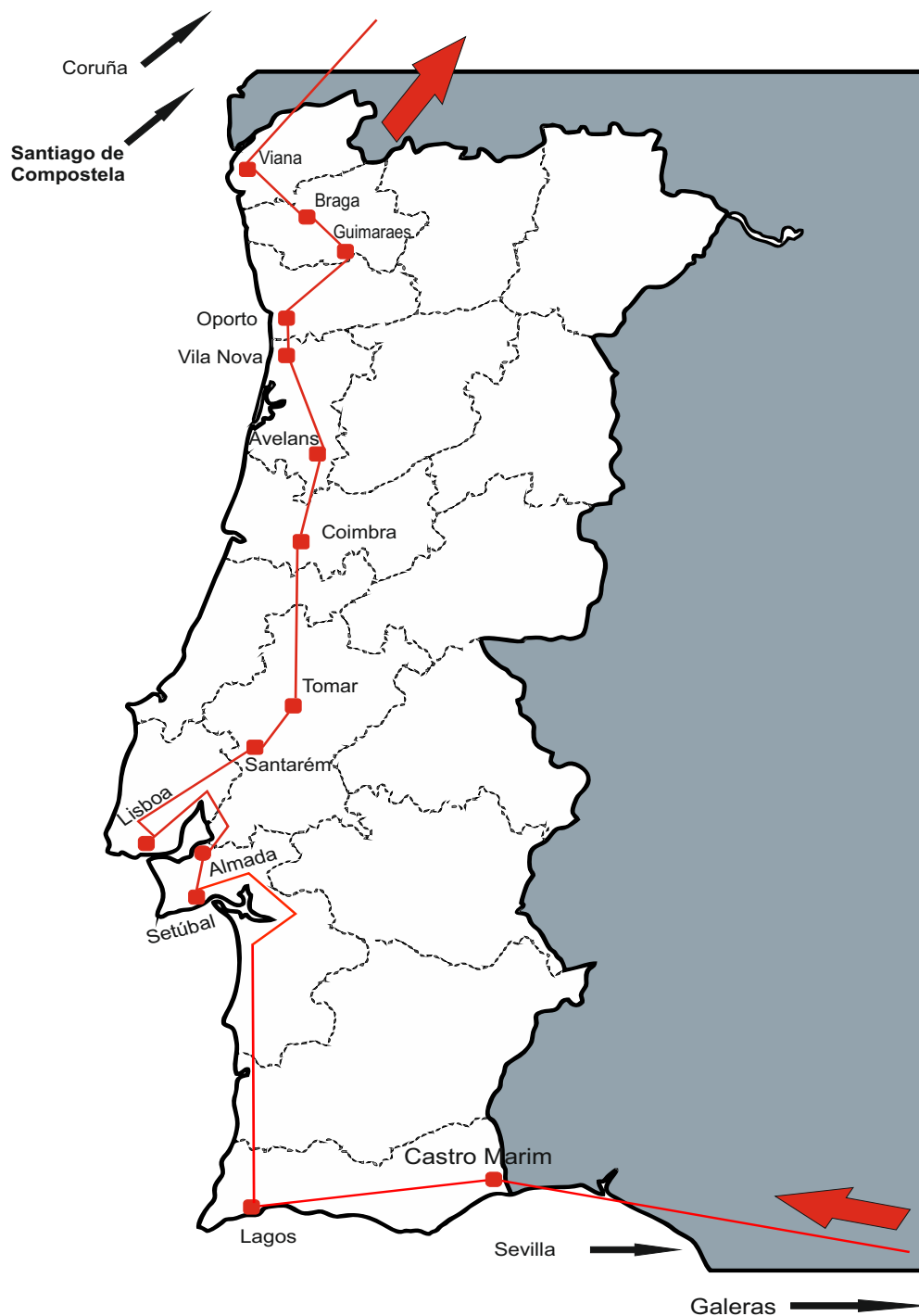
Cierto que he vivido engañado, porque siempre imaginé que los campos de Castilla eran mucho más fértiles que los deste reino. Aquí en este campo nos da Dios mucho más, pues hay en él semillas que sembrándose una hanega de algunas dellas, se recogen ducientas (p. 365).

Y en estos términos habla Machado de la ciudad de Lisboa:

Volvamos a Lisboa, que ciudad tan insigne no es para olvidar. Dicen sus naturales que la fundó Ulises, después de dejar Troya hecha cenizas, que él la dio el nombre llamándola Ulisea o Ulisipo, y que allí hizo templo dedicado a Minerva. El regalo y la abundancia que hay en aquella ciudad de todas las cosas necesarias para la vida humana, es más para ser visto que escribirse (p. 148).

Al margen de las razones que llevaron a nuestro autor a escoger el ciclo guzmaniano para escribir su única obra de ficción, parece claro que la exaltación de su tierra natal era uno de sus íntimos deseos. Quizás movido por la impotencia con que por largo tiempo contemplaba el lento y caótico proceso de reconstrucción de Portugal, Machado decidió prescindir de lo efímero de su momento histórico apelando a algo más trascendente: el mito fundacional y sus cimientos, la orografía y las gentes, o cuantos monumentos, personajes, leyendas, blasones familiares o ciudades nos pudieran dar cuenta del verdadero espíritu —tal como él lo entendía— del pueblo portugués. Va así confeccionando esta especie de Arcadia que es fruto del recuerdo del autor —recuerdo de un pasado floreciente— y de los más nostálgicos deseos que un mundo en la memoria pudiera construir.

## XX. LA RUTA DEL PEREGRINO



\*Plano geográfico en el que se detallan cada una de las paradas del itinerario de Guzmán: desde su liberación de la galera hasta su definitivo retiro del mundo.

## XI. INFLUENCIAS LITERARIAS DEL AUTOR

### 1. Baltasar Gracián

De entre cuantos vislumbres encontramos en la obra de otros autores de nuestra tradición barroca, es una concepción del mundo gracianesca lo que, disuelto en toda ella, revela las intenciones narrativas de Machado: las ideas que el portugués reitera hasta el hartazgo se asientan con firmeza en su visión del orbe como lugar adverso y degradado de un estado anterior —que a menudo idealiza como único posible contrapunto—, rebosante de trampas, engaños y lisonjas ya solo combatibles con el camino recto y la perfección moral. La detección aguda de esta permanente asechanza que suponen los vicios pretende ser ejemplo, mediante una constante crítica de comportamientos humanos, que se centra en el plano sociopolítico y encuentra en los valores de la fe su fórmula maestra.

Si bien, como apunta Jesús G. Maestro, «la muy pesimista concepción del ser humano de Gracián trata de justificarse desde el racionalismo antropológico, y no desde el idealismo teológico característico del barroco»,<sup>83</sup> encontramos en nuestro autor igual desesperanza: el mismo desengaño vital que al transcurso del texto va insuflando en Guzmán, lo enarbola Machado con la fría dignidad del noble caballero.

Sirvámonos de la amarga ironía que imprime la dedicatoria de la obra a la «Señoría libre de los magníficos y muy ilustres sportilleros de Madrid» (pp. 93 y 94), para dejar constancia del profundo desencanto de que viene marcada. Si, como bien sabemos, los textos de esta índole se añaden al final, como envoltorio y guinda de las obras, son las primeras líneas de esta *Tercera parte* perfectísimo ejemplo de la visión postrera de un autor cuya visión del mundo quedará reflejada a lo largo del texto, pero que se apresura a anticiparnos en forma de disuasoria alocución para con los tunantes, a quienes advierte de que les guarde Dios de querer erigirse en caballeros, pues es su Estado libre y agraciado. Se observa en la ironía de este pasaje, no ya la pesadumbre de contemplar al paria, sino igual desencanto para con el reverso mismo de la estampa: es la clase social a

---

<sup>83</sup> Maestro, 2014, p. 144.

la que él pertenece la que se confraterniza con el pícaro, en vez de transformarlo —como hará él con Guzmán— o condenarlo al remo.

Volvamos a Gracián. Descartando toda influencia que *El criticón* hubiera podido ejercer sobre nuestra novela —el jesuita vio publicar su obra en tres volúmenes en los años 1651, 1653 y 1657—, parece inevitable reparar en las concomitancias que ambos textos comparten: amén del contenido y el estilo, el periplo espacial e inmaterial que ambos textos plantean a través del espíritu y la tierra tiene como destino la perfección del hombre; como recompensa, la fama ultraterrena y la salvación del alma.

A la hora de encuadrar nuestra obra dentro de un marco puramente picaresco, nos encontramos con algunas de las dificultades que hallamos en la novela de Gracián: ni Andrenio ni Critilo pueden ser considerados como pícaros. Como nuestro don Juan de Guzmán, conviven con el vicio de un mundo degradado; se mueven y respiran en los mismos ambientes sin llegar a mezclarse, y sopesan con distancia conflictos y situaciones como mera sustancia analizable, alejados del núcleo de la misma.<sup>84</sup> Salvando las enormes distancias entre una y otra obra, es esa misma realidad de que el pícaro auténtico no logra emanciparse, la que aquí sirve como ejemplo *a contrario*, y como abono perfecto para la reiterante parénesis.

La inclinación a la razón filosófica y la moral cristiana —acoplamiento apurado de la tradición escolástica— antes que a la materia artística o al lucimiento estético se hace patente en ambos autores que anteponen ejemplo y enseñanza a pompa y oropel. Es por boca de uno de sus personajes por quien, De Silva, en indirecta exposición de intenciones, nos subraya sus férreas convicciones literarias. En estos términos habla Propercio de la ficción oral:

Pero como todas estas materias son las más veces fabulosas, opuestas a la verdad, ni aún, para el tiempo que se pierde, hallo que es ganancia gastarse en ellas. Si el que es sabio las oye, por inciertas no las estima; si el que no lo es las escucha, por verdades las aprehende; y no aprovechándole de lo moral dellas, por no alcanzarlo, las siguen. Así que, juzgando en mi opinión por inútiles entretenimientos tales, me parece que será de más gusto la explicación desos dos desposorios que vemos (p. 183).

---

<sup>84</sup>«Para ver que Guzmán no es, por ejemplo, Andrenio —aunque este y critilo le deban mucho—, importa empezar diciendo que su singladura se atiene a la verosimilitud de una cronología coherente y una geografía real». Micó, 2006, p. 30.

El personaje que, ante el ofrecimiento de entretener con cuentos y ficciones, opta por desenmascarar a la Mentira, el Engaño y otros vicios humanos que son protagonistas en un tapiz del muro, se muestra ante nosotros como fiel mensajero de la poética de su autor. Es en este punto, en la ostensible propensión al símbolo, en su empeño en mostrar las bondades didácticas del factor alegórico, donde nos encontramos con otro de los ejes de fuerte conexión con el zaragozano.

No podemos dejar de señalar que, más allá de una aparente visión compartida de la literatura y de la vida, Gracián y Machado redactan sus escritos en mitad de un proceso: el cambio de paradigma que, a medida que avanza el siglo XVII, va dejando de lado a la novela tal como hasta la fecha conocíamos. Ambos comparten, en lo tocante a sus trabajos, la ortodoxia del alma biempensante que, en estricta materia literaria, se traduce en la merma de aquellos elementos más lúdicos —incluso, a veces, sórdidos y siempre irreverentes— en favor de un efecto desnovelizador que da más importancia al denuedo moral y antepone al ingenio el compromiso.

En este empeño reformador —o, mejor dijéramos, contrarreformador— uno y otro autor se sirven de la descripción de un mundo envilecido —ese que con gravedad profunda contemplan perplejos— para siempre apelar a las gemas perdidas de otra época. Como el de nuestro noble portugués, el siglo de Gracián, apunta Montesinos:

...se va mostrando a sus ojos de resentido para recibir dicterios indignados. *Siglo de lodo* el suyo. Como los autores de las rencorosas danzas de la muerte y de otros tardíos frutos del Desengaño, Gracián contempla el mundo —el gran teatro del mundo, dice, con frase que no debe ser una mera coincidencia—, y en él el fin de la ilusión humana.<sup>85</sup>

Uno y otro escritor ostentan una coincidente percepción de lo real que, por otra parte, no dista en gran medida de la propiamente picaresca (entendamos por tal la de aquellas obras canónicas del género) en su visión amarga y descorazonada de la existencia humana.

---

<sup>85</sup> Fernández Montesinos, 1970, p. 51.

¿Pensáis que tuviéramos un pan para comer en este siglo? El embuste vale, la mentira aprovecha, solicita la maña, la cavilación agrada, la tramoya se admite, el enredo se logra y la lisonja, al fin, que es hija natural de todos estos, es quien gobierna en mundo (p. 166).

Y así, en clave alegórica, Gracián:

Asomó en esto un hombre de aspecto agrio, rodeado de gente de juicio; y así como le vio, se fue para él la Mentira a informarle con muchas razones de la poca que tenía. Respondiola que luego firmara la sentencia en su favor, a tener plumas. Al mismo instante, ella le puso en las manos muchos alados pies, con que volando firmó el destierro de la Verdad, su enemiga, de todo el mundo.

—¿Quién es aquel —preguntó Cardenio— que para andar derecho lleva por apoyo el torcimiento en aquella flexible vara?

—Este —respondió Quirón— es juez.<sup>86</sup>

Pero es la aproximación de uno y otro a dicha realidad lo que marca el sentido profundo de sus textos; lo que sitúa a estos en los mismos antípodas del planteamiento que, años antes, pudieron ofrecernos *El Buscón*, las dos primeras partes de Alemán o el propio *Lazarillo*: mientras que a nuestros pícaros más célebres —siendo también conscientes de la impostura dominante— basta un simple vistazo en derredor que reafirme su *modus operandi*, el personaje que Gracián tiene en su cabeza, o el que el propio Machado quiere transformar, requieren de amor propio, voluntad y de una dosis de racionalismo que, en los de su ralea resulta, cuando menos, sorprendente.

En un sentido panorámico, tanto nuestra *Tercera parte* como *El criticón* pueden considerarse novelas de peregrinaje donde lo que sucede a sus protagonistas, la propia materia argumental, se ve menguada, en gran medida, por el ánimo aleccionador, el ejemplo y la alegoría moral. Son estos dos estilos narrativos en los que la anécdota y la forma se subordinan siempre al contenido, aunque tales —esa materia y esa forma— se revelen como la vía más solvente de acceso a dicho contenido.

Desde una categoría más amplia, podríamos decir que el más fuerte nexo de unión existente entre ambos es la práctica de una literatura doctrinal e imperativa que se ajusta

---

<sup>86</sup> Gracián, 1996, p. 140.

de forma ortodoxa a los presupuestos y convicciones de su época: que ve en el nuevo rumbo propuesto por la mentalidad tridentina una vía eficaz para la conservación de unos valores que, en franca decadencia, iban ya dando paso al irracionalismo adolescente de un siglo donde tanto el imperio como el catolicismo sufrían notables signos de derrumbe.<sup>87</sup>

Sin embargo, la aplicación de una perspectiva comparatista en términos más precisos nos conduce a un posicionamiento vital e ideológico que, desprendido de la perseverante dualidad *engaño-desengaño*, funciona como emblema de la dialéctica entre *realidad* y *apariencia*: el primero de los términos (el engaño), actúa como signo de una representación aparente, fabulosa y distorsionada de la realidad —que conviene detectar y de la que es necesario protegerse— frente a la actitud racional y desmitificadora (el desengaño), en la que se sitúan ambos autores.

---

<sup>87</sup> Si bien la amenaza del protestantismo reformista no supondría, en última instancia, el final de la religión católica —respaldada y avalada por siglos de pensamiento escolástico—, el declive del imperio español era ya bien visible para algunos, y un hecho inapelable para otros.

## 2. Francisco de Quevedo

Amparados bajo esa oposición entre la realidad y la apariencia del mundo —uno de los más frecuentes y representativos temas de nuestra literatura barroca— persistiremos en nuestro cometido de leer al trasluz de esta *Tercera parte* otros envenenados textos quevedianos que, al margen del *Buscón* —tiene esta novela del *buscón*, además de cuanto a su discutido género pudiera atribuirse, un trasfondo de duro inmovilismo en el que ambos autores se muestran implacables—,<sup>88</sup> encuentran en ella fuertes correspondencias de tono y perspectiva.

Está la idea del mundo que sostiene Quevedo construida sobre pilares tales como la inestabilidad del mismo y el caos como motor de dicha inconsistencia. La Mentira y la Hipocresía —y esta última es su gran avenida: «la calle que empieza con el mundo y se acabará con él»—<sup>89</sup> son afecciones padecidas por todos, aunque, eso sí, empolvadas sus caras de mísera apariencia.

¿Ves aquel hidalgo con aquel que es como caballero? Pues, debiendo medirse con su hacienda, ir solo, por ser hipócrita y parecer lo que no es, se va metiendo a caballero, y, por sustentar un lacayo, ni sustenta lo que dice ni lo que hace, pues ni lo cumple ni lo paga.<sup>90</sup>

O en palabras del propio Machado:

Vivía en una ciudad de aquel reino un hidalgo pobre de hacienda, si bien de pensamientos rico; con aspiraciones de caballero no tenía con qué sustentar un rocín para parecerlo. [...] Pretendía, pues, este remedo de caballeros —o caballero de remiendos, como hoy se ven muchos—, por la similitud y derivación de su apellido con los godos, venir dellos (p. 236).

---

<sup>88</sup> Bien es cierto que, como apunta Rosa Navarro, el personaje de Juan Sierpe, en cuanto a sus ridículas pretensiones matrimoniales, nos recuerda al primer ímpetu de Pablos antes de ser bien doblegado por la afilada pluma de su autor, pero es en los textos satíricos de Quevedo donde hallamos conexiones más solidas. Véase Navarro Durán, 2010, p. 169.

<sup>89</sup> Quevedo, 1917, p. 21.

<sup>90</sup> *Ibidem*, p. 23.



De cuantos tratan de vestir las galas de un orden social más elevado es la figura del hidalgo la que más claramente simboliza esa falsa nobleza,<sup>91</sup> a la que ya no se aspira por las grandes acciones ni menos es reflejo de los puros valores de otro tiempo. La misma irritación que produce a Quevedo contemplar el ascenso por vías ajenas a la sangre, la naturaleza o la cuna se percibe en Machado con ese mismo tono intransigente. En palabras de Carlos Baladrón:

Las críticas, en esta línea, se producen con el propósito de desrealizar las pretensiones de semejantes «caballeros» consonantes con aquellas múltiples quevedianas que veíamos en *El buscón*, de las cuales creemos que es imitación, aunque, así todo, no veamos tanto veneno en dicho dardo crítico.<sup>92</sup>

No es la burla sin más —satírica en mayor o menor grado— el único objetivo de uno y otro escritor, sino más bien la explícita denuncia de cuantos, representantes arquetípicos de algunos gremios, se muestran como los verdaderos enemigos de un imperio que ve languidecer los triunfos de un glorioso pasado. Astrólogos, alquimistas, médicos o adivinos se ven escarnecidos por las plumas de ambos, pues son los responsables—son ellos quienes forman la argamasa de tan corrupto sistema político— de acuerdo a su constructo: Hipocresía y Mentira a pie de calle en su versión más vulgar en cuanto a aspiraciones y conductas.

Muchos de los retratos esperpénticos que hallamos en *Los sueños* de Quevedo nos son reproducidos en la *Tercera parte*, que nos toca desde puntos de vista muy parejos —los propios de marqués y poeta áulico, respectivamente— y con un duro tono de igual desesperanza e impiedad.

Siempre que a lo largo del texto asoma la medicina en su forma humana más representativa y oficial, la dureza de las reprobaciones llega a límites de verdadera virulencia por parte del portugués, que considera a los que ejercen la medicina —«que hermosa ha sido en sus principios como en su creación el demonio» (p. 197)— nada más que farsantes cuya codicia solo se ve superada por su incompetencia, y su ignorancia por

---

<sup>91</sup> A pesar de que el escalafón más bajo dentro de la nobleza era el de los hidalgos, las restricciones de ascenso a este peldaño social, por laxas y asumibles, habían contribuido a la proliferación de estos personajes ociosos que, deambulando por calles y plazas, no tenían más oficio que el de dejarse ver.

<sup>92</sup> Baladrón, 1983, p. 98.

su falta de ética. «En lugar de los tres enemigos del alma, hallados tengo los tres del cuerpo: al mundo corresponde la náutica, al demonio, el médico; a la carne, la pólvora» (p. 197).

Si bien parece lógico pensar que las motivaciones quevedescas para tan profunda aversión por el gremio partían, no tanto en sí de la propia ciencia médica, sino, en parte, de aquellos que la ejercitaban, que eran en su mayoría judíos<sup>93</sup> (no consideramos necesario recordar el antijudaísmo que se destila de toda la obra del madrileño), podríamos vincular las de Machado a cuestiones más personales y no de índole religiosa o ideológica, pues, de las escasísimas menciones que a los judíos se hacen, no se atisban contrariedades más allá de las que su propia religión opone a la judaica, y cuantos argumentos sirven para desacreditarla frente al catolicismo.

—Dígame, señor judío, ¿y después que esa ley se dio por escrito a ese profeta, se está esperando siempre el Mesías?

—Sí, señor, —respondió él— y le esperamos hasta que venga.

—¡Malo, malo! —volvió el otro—. El Dios que alumbra a los más miserables gusanillos de la tierra alumbra a vuesa merced; que, aunque su ley fuera muy buena, solo por no esperar tanto no la quisiera yo (p. 99).

Es en el último capítulo del primer libro donde, por boca del propio Guzmán, se hace referencia al padecimiento de su mujer que, como ya sabemos, «de una enfermedad aguda murió, sin mostrar arrepentimiento ni recibir sacramento».<sup>94</sup> En esta nueva trabazón con la segunda parte oficial, no dudará De Silva en ensamblar un extenso diálogo entre dos médicos que, si bien acuden para atender a la paciente, pronto dejan de lado sus responsabilidades y pasan a revelar sus espurios intereses e inhumana indolencia para con la postrada.

Tal era la consulta que sobre la enfermedad de mi mujer se hacía; y tan divertidos estaban mis buenos doctores, que si yo no saliera a interrumpir la plática y discurso en que estaban, probando y reprobando cuál de sus tierras o calabazas era más a propósito o dejaba

---

<sup>93</sup> Como apunta Domínguez Ortiz, tanto los judíos conversos como sus descendientes iban, por lo general, continuando la tradición de sus oficios a lo largo de los siglos posteriores a su expulsión del imperio. Véase Domínguez Ortiz, 1995, p. 37.

<sup>94</sup> Alemán, 2012, p. 665.

de serlo para tomar estado de matrimonio, aún ahora me parece estuvieran en la disputa (p. 212).

Podría no ser muy arriesgado ver aquí algún tipo de reminiscencia personal del autor, cuya mujer, doña Violante de Orozco, falleció tras un dilatado padecimiento. Haber sobrevivido a su mujer y a cinco de sus hijos, nos induce a pensar que el autor pudo tener un trato muy cercano con la enfermedad, y también con aquellos que entonces rara vez tenían el interés, las herramientas ni los conocimientos para combatirla.

En suma, la visión de los médicos que se extrae de uno y otro autor apunta, más que al desinterés de estos, al oportunismo o a la falta de aplicación, a la impía crueldad del asesino amparado por las leyes.

Estaban ahorcando a dos rufianes por media docena de muertes [...] se pararon dos médicos, y, viéndolos, empezaron a llorar como unas criaturas, y con tantas lágrimas, que unos tratantes que estaban junto a ellos les preguntaron si eran sus hijos los ajusticiados. A lo cual respondieron que no los conocían, empero que sus lágrimas eran de ver morir dos hombres sin pagar nada a la facultad.<sup>95</sup>

No obstante, si existe un pasaje en la novela donde mejor vemos reflejados los textos oníricos de Quevedo es en la pesadilla que el protagonista sufre en Allandra en el capítulo quinto del segundo libro. El sueño como forma beligerante y moralista de subvertir la realidad, mostrando así su crudeza y la consiguiente repulsa del autor para con ella, ha ido revelando su solvencia a través de la historia literaria, no solo ya en el mundo clásico —podemos señalar a Luciano de Samosata como primer inspirador—, sino a través de las mortuorias danzas medievales o de *La divina comedia* en el Renacimiento. Pero, incluso en nuestros Siglos de Oro, pese a ser *Los sueños* de Quevedo los más celebrados, los que más resonancia han adquirido y vigencia han conservado, la inserción de la fábula en el ambiente surreal y caótico del ensueño ha dado sus frutos, ya en forma de periplo imaginario —así propone Saavedra Fajardo su *República literaria*—, ya en la de quijotesca visión subterránea en Montesinos.

---

<sup>95</sup> Quevedo, 1987, p. 245.

El mundo invertido que narra Guzmanillo —ese que «tenía a cuestras, sin poder revolverme, y al fin era mi sueño que él daba una vuelta con un grande terremoto, y que todas las cosas quedaban al revés» (p. 270)— sirve como alegoría de la dramática situación de crisis política, administrativa y de valores que atraviesa el Portugal de la Restauración.<sup>96</sup> Mientras una fauna jerarquizada detenta todo poder político, los hombres y mujeres de a pie se ven abocados a una suerte de involución en la que, «a gatas, como los brutos» son perseguidos por las más variadas especies animales. A su vez, las bestias son transmutadas en sus respectivas morfologías («Las aves, caída la pluma, sin poder volar, andaban arrastradas como las culebras. [...] los perros y los gatos, con otros animalejos semejantes, muy emplumados aleando para volar a donde se les antojaba...») (p. 270). Pero, en la descripción de esta realidad patas arriba, se va haciendo más énfasis en el verdadero sinsentido de aquello que se quiere representar: el poder indiscutible del león —visto aquí como emblema de la nobleza— se ha visto relegado a la «industriosa maña» de las zorras.

Si la supremacía del hombre sobre el resto de especies ha sido resultado de un proceso de siglos de evolución desde la más primitiva adoración totémica, De Silva, sirviéndose de la licencia que le otorga el mundo de los sueños —allí donde no existe, ni siquiera, la norma impositiva de la verosimilitud tan solo soslayable en el género fantástico—, nos dibuja un relato de síntesis pareja a la del resto del libro: la pérdida de los valores de antaño y el nuevo devenir auguran peores tiempos que los que ya se viven.

Las ya mencionadas zorras como emblema de la corrupción judicial, o los ariscos gatos de zarpa y espolón, depositarios del patrimonio documental, abanderados del latrocinio y la hipocresía, son solo algunas de las simbologías que esconden las especies que en el sueño aparecen y que componen todo un entramado administrativo y burocrático: vemos, por ejemplo, tras el rocín al burdo aspirante a caballero, tras el caballo la indolencia y altivez de la nobleza y en el mono al bufón adulator y taimado. En palabras de Katharina Niemeyer, todos ellos «revelan los intereses del autor real que en aquel entonces luchaba por recuperar los bienes que, como hispanófilo, le habían sido confiscados».<sup>97</sup>

---

<sup>96</sup> No conviene olvidar que, por las fechas en que se redactaba la novela, el reino de Portugal llevaba casi una década de sucesivos enfrentamientos con la Corona hispánica, que se iban a extender hasta que, en 1668, se reconociera la total independencia de la tierra lusa.

<sup>97</sup> Niemeyer, 2008, p. 518.

Igual beligerancia para con funcionarios públicos de las diversas instituciones hallamos en los textos de Quevedo, que, en *Los sueños* con especial inquina, tira contra jueces, escribanos o procuradores sin la menor piedad.<sup>98</sup>

La crítica de la sinrazón se ejerce en este episodio mediante la atribución de rasgos ferinos a la conducta humana. Para ello, nada más efectivo que la inversión completa de los términos: son las propias bestias quienes rigen el orden —mejor decir el caos— operante en esta república distópica, donde el individuo se encuentra a merced de cuanto se tenía superado en épocas primitivas. El culto a otras especies animales, propia de religiones numinosas, se nos es presentado por De Silva en clave apocalíptica para dar cuenta del alarmante retraso con respecto del mundo de ayer. Prueba de ello será la vuelta a la caverna a que se ve forzado nuestro héroe ya al final de su sueño:

Hallé una gruta largamente capaz de acomodarme en ella; hícelo luego, juntando heno y otras yerbas del bosque en que descansé un poco. Estuve más de una hora; y me pareció haber dormido otra, de que, despertándome el graznido de muchos cuervos que en aquellos árboles venían a hacer noche, pensé totalmente que era mi penitencia ya merecedora de que alguno de ellos me trajese algún pan, como si allí hubiera pasado los largos años y grandes trabajos que pasó san Pablo. (p. 278).

---

<sup>98</sup> Jueces, escribanos, procuradores y abogados abarrotan *El sueño de las calaveras*, *El alguacil alguacilado*, la *Visita de los chistes* o *Las zahurdas de Plutón*; ejemplos que dejaremos de citar por su cuantía, y que bien se detallan en Abascal Monedero, 2010, pp. 20-26.

## XII. MACHADO Y CERVANTES

Que nuestro autor leyó a Cervantes con fruición es algo que esta *Tercera parte* exhibe sin tapujos. Si bien tenía tan solo cuatro años cuando salió de la imprenta la primera parte de *Guzmán de Alfarache*, debió de participar, al menos parcialmente, del fenómeno editorial que supuso el *Quijote*. De la efervescencia de ese momento literario en Portugal —posiblemente ya disuelto por más de dos décadas en el momento de la redacción de esta obra— sirven de muestra las evocadoras palabras de fray Pedro en el capítulo cuarto de la segunda parte, cuando ilustrando a sus oyentes con las bondades de Viana do Lima, «donde hay caballeros muy nobles, muy valientes, muy entretenidos y de muy buen gusto», cuenta cómo «tuvo acierto de llegar allí el libro de *Don Quijote de la Mancha* [...] y unos caballeros lo estaban leyendo con gran socarronería» (p. 380).

Son prueba de esta admiración por el autor complutense algunas de las salpicadas historias que, a lo largo del texto, van más allá de la influencia para ofrecer un calco de los personajes cervantinos más celebrados.

### 1. Juan Serpe y don Quijote

El personaje de Juan Serpe —«que había servido en Flandes, y por sucederle matar a un capitán en desafío, volvió a nuestro reino y acá quedó en la armada de la costa, [...] y muy galán cuando mozo y de gran pretensión» (p. 375)—, se nos presenta como un caso clínico de impronta quijotesca: las hazañas del viejo ridículo y las burlas de que fueron objeto entre niños y grandes —«burlas que, en cuanto vivió, siempre tuvo por veras» (p. 375)— dibujan la figura enajenada de Quijano con las ínfulas del Pablos de Quevedo en, por ejemplo, sus frustradas pretensiones matrimoniales de joven y alta dama en la ya delirante senectud.

En el capítulo tercero del tercer libro, el fraile nos narra algunos de los hechos y amores de la vida de Juan Serpe, que tienen como colofón la aventura de los leones, claramente inspirada en el decimoséptimo de la segunda parte del *Quijote*. Si Cervantes traba el elemento humorístico a partir de la mansedumbre de un enorme león que «más

comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni bravatas, después de haber mirado a una y otra parte, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes a don Quijote»,<sup>99</sup> Machado da lugar a la farsa con un león de madera: un felino Clavileño al «que hacían menear con unos cordeles que por detrás de una pared tiraba un hombre» (p. 376).

De nuevo, se hace visible la intertextualidad mediante la combinación de diferentes elementos cómicos de la obra cervantina: por un parte, el chocante contexto en que se produce la inclusión de la bestia selvática mutila por completo su operatoriedad; pero, además, la elaborada burla, fruto de la perversidad ociosa, nos recuerda demasiado a las urdidas por los duques de Aquitania.

Otra de estas burlas populares de que Juan Serpe es víctima pasará por convencerle de la existencia de don Quijote, y de la posibilidad de mantener con él una correspondencia epistolar entre Alcalá y Viana. Con tan sutil ardid, recupera Machado al personaje cervantino que, en especular juego, solo está en la cabeza del suyo; a él se dirige en estos términos el fingido Quijote: «A vos, el valeroso y magnánimo Juan Serpe» (p. 381), para retarlo en duelo por poner en cuestión sus hazañas y la propia existencia del hidalgo.

Si tenemos en cuenta que los más de cuantos personajes pueblan esta novela son ficcionalizados desde una realidad que la voz popular ha ido distorsionando —aunque en origen verídicos tal cual son sus hazañas—, esta confrontación de Alonso Quijano con Juan Serpe pone de manifiesto el énfasis que Machado hace en *lo real* y en su valor intrínseco: Serpe es más relevante pues de verdad existió, y esa supuesta existencia lo convierte en materia literaria de más alto valor que aquellos personajes que construye la mera inventiva.

Raros cuentos me refirieron de Juan Serpe los vianeses; no hiciera mal papel quien gastase alguno en escrebir su vida. En lo tieso, en lo valiente, en lo enamorado, en lo derretido, en la presunción, en la gracia, en el conversar y en ser verdadero, verdaderamente era portugués (p. 437).

---

<sup>99</sup> Cervantes, 2004, p. 544.

De esta forma ofrece Machado el ejemplo de Juan Serpe a cualesquiera autor portugués que quisiera novelar su vida y sus locuras, pues útiles serían para no caer en ellas.

## 2. Pierres y el licenciado Vidriera

De la nómina de personajes dementes que encontramos en la obra de Cervantes, parece inevitable la comparación entre su más famoso y celebrado, con el que podríamos considerar como un joven hermano del hidalgo manchego. Los rasgos patológicos del licenciado Vidriera se ejemplifican en uno de los criados de que el personaje de Ricardo nos va dando cuenta al final del primer libro. Instruido y, en apariencia, de admirable prudencia y sensatez, Pierres se nos presenta como la solución al resto de los siervos descritos por el noble, que, o demasiado bobos o en exceso taimados y embusteros, son «águilas en el entendimiento y en la agilidad, [...] en cuanto usan las uñas; que, como al fin son aves de rapiña, cuando menos se piensa, agarran y vuelan» (p. 192).

Como Tomás Rodaja —«que al principio dio muestras de tener raro ingenio, sirviendo a sus amos con tanta fidelidad que parecía que sólo se ocupaba de servirlos»—, <sup>100</sup> Pierres no levanta sospechas hasta que, en su creciente ensimismamiento en los estudios, comienza a descuidar su cometido.

Es la práctica de la alquimia —heredada de su difunto padre y tratada en la obra de «enfermedad química»—, el comienzo de un mismo trastorno, vítreo en el personaje de Cervantes, y que aquí se manifiesta haciendo al afectado creerse, cada vez, insecto o herramienta.

—¡Oh, dueña de las dueñas! —respondió él—, ¿no sabéis que soy mosca? ¿Quién sino vos pudiera hallarme, tía, madre, y abuela y ascendencia mosquita en las aras de Baco, del séquito dueñuno venerando? (p. 198).

Mientras Rodaja es expulsado de la realidad mediante la ingesta de un membrillo —cuya carga simbólica ha sido ya ampliamente tratada por la crítica—, Pierres lo es a su vez por lo que debe aproximar a ella: la comprensión de dicha realidad por medio del

---

<sup>100</sup> Cervantes, 2013, p. 267.



estudio de la misma. Son ambos personajes anónimos que experimentan un rechazo al contacto humano, y justifican su comportamiento apelando a su nueva condición, ya sea de mosca o de vidriera, para disfrutar de las ventajas sociales que implican sus locuras. Porque dicha locura literaria, como bien define Jesús G. Maestro, «no es en absoluto contraria a la razón, sino a la cordura, ya que la locura es un uso patológico de la razón»,<sup>101</sup> y en el caso de los dos personajes que aquí comparamos, parece en alto grado caprichosa si contemplamos, en cada caso, la repentina vuelta a la conciencia.

—Señores, yo soy el licenciado Vidriera, pero no el que solía. Soy ahora el licenciado Rueda; sucesos y desgracias, que acontecen en el mundo por primisión del cielo, me quitaron el juicio, y las misericordias de Dios me la han devuelto.<sup>102</sup>

### 3. Amador Machado y Roque Guinart

Otro de los pasajes que conservan la huella de las lecturas del autor se nos narra en la entrada de Guzmán en la ciudad de Oporto. Uno de los estudiantes le pregunta al protagonista por un hermano suyo, Amador Machado, «que pasó a Andalucía con un soldado que llamaban Roque, de los que entraron en este reino cuando el rey don Felipe tomo posesión dél». El personaje de Roque, no por casualidad homónimo del cervantino, pronto dejará paso a Amador como cabecilla de este grupo de bandoleros, mostrándose un bandido de principios y de talante justo y compasivo.

Como bien ha sabido ver Rosa Navarro, «Félix Machado funde aquí los episodios de dos novelas: el de Roque Guinart, de la segunda parte del *Quijote*, y el de Roque Amador en la Saucedá de Ronda de las *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón*».<sup>103</sup> No duda el autor en incorporar su propio apellido a esta amalgama de bandidos heroicos, aunque, si bien se lo presta al noble bandolero, no lo hará sin reservas; sin distanciarse de él lo conveniente que exige su ralea:

---

<sup>101</sup> Maestro, 2007, p.p. 155.

<sup>102</sup> Cervantes, 2013, p. 300.

<sup>103</sup> Navarro Durán, 2010, p. 61.

Antes de morir mi padre, tuvo una carta suya, y se firmaba en ella Amador Machado, señor de Saucedá. Deste apellido no había usado mientras estuvo en este reino, si bien decía mi padre que al abuelo de mi hermano por una bastardía le tocaba (p. 395).

La orgullosa exaltación de su linaje —presente, sobre todo, en los últimos capítulos de la obra— pretende aquí mezclarse con sus propias referencias literarias que, lejos de querer disimular, asume familiares al lector y las integra en su relato en forma de tributo, adaptándolas a las necesidades de su obra.

El bandolero de Machado, admirable símbolo del honor y en la línea de cuantos pretenden ser ejemplo a Guzmán, lo es, como así el de Cervantes, por la gran paradoja que supone en sí mismo: es bandido modélico por ser todos sus rasgos contrarios al modelo; lo contrario de cuanto podríamos esperar de su vil condición. Lejos del saqueador de oficio, asume tal oficio en el intento de gobernar con imparcialidad su pequeña república; esa en la que su autor pretende que ingresemos y que viene poblada de ejemplos de virtud y honorables maneras.

## LA PRESENTE EDICIÓN

### I. EL MANUSCRITO

Como ya advertíamos en el apartado anterior, permaneció la obra en el convento de Graça hasta poco después de que Gerhard Moldenhauer se topara con ella, como sucede en ocasiones, inmerso en la pesquisa de otros materiales. Pasó luego a la biblioteca del Palacio de Ajuda donde aún forma parte de su fondo antiguo.<sup>104</sup>

Resulta, de entrada, llamativa la corpulencia y el volumen del manuscrito que atiende a dos diferentes paginaciones: una, original del autor, manuscrita en el extremo superior derecho de cada página y que cuenta un total de 642, y otra posterior, también manuscrita y debajo de la anterior, que descarta las páginas en blanco —aunque igualmente numeradas por la primera mano—, y que llega hasta las 534. El hecho de que Félix Machado intercalara tantas páginas en blanco (14 y 15, por ejemplo, al final del primer y segundo libro, respectivamente) pudo deberse a que quisiera dejar margen a la posterior extensión de algunas partes. No se aprecian lagunas en un texto cuyos capítulos son, sin lugar a dudas, conclusivos, y la disposición del mismo revela, como ahora veremos, una preconcebida estructura simétrica. El folio correspondiente a las páginas 454-455 ha sido visiblemente arrancado sin que tampoco afecte a la continuidad del escrito.

Se compone el códice de tres libros que contienen diez capítulos cada uno; todos ellos se ciñen a un número de páginas que no acostumbra variar entre un mínimo de 14 y un máximo de 17, con la única excepción del último capítulo del tercer libro, que se extiende hasta las 29 y al que ya no sigue blanca alguna. Esto explicaría los mencionados folios sobrantes del primer y segundo libro: pretendió el autor, sin éxito, mantener la simetría hasta ese punto, duplicando la extensión del último capítulo de cada libro. Precede al primero la portada y una dedicatoria, y se cierran los tres con un índice capitular por mano del autor.

Por otra parte, la búsqueda de esta perfecta estructura simétrica que intentó —y casi consiguió— Mateo Alemán en cada una de sus dos novelas es el modelo que sigue el

---

<sup>104</sup> B.A. Cód. Ms. 46-VIII-46.

portugués: recordemos que las primeras dos partes del sevillano se estructuran también en tres libros cada una, con 8, 10 y 10 capítulos, y 8, 9 y 9 respectivamente.

Igual proporción armónica se procura guardar en cada página, que rara vez supera las 30 líneas de escritura ni se queda por debajo de ellas. La caligrafía es clara y denota una redacción que buscaba la palabra precisa: apenas se aprecian tachones, pero cuando los hay cercenan varias líneas. El resto de enmiendas a que Machado va sometiendo al texto se lleva a cabo mediante la superposición de tiras de papel pegadas cuidadosamente sobre cada línea, sin que estas dejen ver, apenas por un fondo sombreado, lo que consideraba suprimir.

Pese a que solo algunas de las notas marginales resulten comprensibles, sí se aprecian dos manos: la del propio autor, de igual caligrafía y en castellano, y, según afirma Carlos Baladrón: «las de su nieto, Félix Machado de Mendoza, quien se interesó vivamente por la obra de su abuelo y a quien trató de emular como escritor»,<sup>105</sup> estas últimas en lengua portuguesa.

Presenta el original escasos signos de fatiga dada su antigüedad. Las condiciones de su conservación y la buena calidad del papel lo han mantenido libre de máculas de óxido y de oscurecimiento. La filigrana se compone de tres círculos de igual diámetro dispuestos verticalmente, y que encierran, en orden descendente, una cruz flordelisada y dos guarismos: el 60 y el 2.

No goza, sin embargo, de su encuadernación original y la que ahora lo viste presenta un razonable desgaste en las bisagras.

## 1. Datación

---

<sup>105</sup> Baladrón, 1983, p. 72.

Apenas presenta el manuscrito fecha alguna que permita datarlo, y casi inexistentes en él son las referencias temporales de que podamos fiarnos con certeza. Moldenhauer apuntaba a la presencia de *El diablo cojuelo* en la novela, cuya primera edición vio la luz en 1641, como inapelable punto de partida:<sup>106</sup>

[...] pero el que más me lastimó de todos ellos, fue un mono cojo, que, aunque todos me habían roído los zancajos, este, que por alguna travesura debía de estar así, y en él *El diablo cojuelo*, como si fuera alano, me hincó los dientes en uno (p. 274).

Pero conviene tener en cuenta que las leyendas acerca del *cojuelo* son muy habituales ya a finales del XVI, y están documentadas en canciones, así como en la tradición paremiológica de la época. Es probable que Machado pudiera referirse a la obra de Guevara, que seguro leyó, y a la que Moldenhauer ve otra referencia en el capítulo VII del tercer libro (p. 416, nota 820).

Pero es Baladrón, a mi juicio, el que mejor atina a la hora de adelantar el momento de ejecución de la novela, sabiendo entrever en el siguiente pasaje la caída, en 1642, del conde-duque de Olivares:<sup>107</sup> «Muchos Guzmanes hay [...] dejémoslo a la carrera de los tiempos, que ellos son jueces de muchos desengaños» (p. 104).

Moldenhauer también supo extraer otro detalle codificado en la novela para dar una fecha más exacta. Este, supone ya un adelanto de siete años con respecto de la pista anterior:<sup>108</sup>

Estílese en Inglaterra a los que se olvidan de hacer cortesía a las estatuas de los reyes de aquella corona, sacarles los sombreros de las cabezas; [...] ¡qué mucho que permita de sus vasallos les quiten las coronas de las cabezas, y a veces las cabezas con ellas! (p. 402).

La madrugada del treinta de enero de 1649, Carlos I de Inglaterra y de Escocia sería decapitado bajo cargo de alta traición. Antes de que su ejecución fuera dispuesta, el monarca rechazó en varias ocasiones la oportunidad que la Corte le brindaba, mediante la cual debía presentar la súplica de su perdón. Convencido de gobernar solo por la gracia

---

<sup>106</sup> Machado de Silva e Castro, 1927, p. 22.

<sup>107</sup> Baladrón, 1983, p. 76.

<sup>108</sup> Machado de Silva e Castro, 1927, p. 23.

de Dios, y considerando que solo ante el Supremo habría de rendir cuentas, el rey prefirió optar por el camino del cadalso.

Pero es de nuevo Baladrón quien sabe extraer, de un dato de apariencia insignificante, la más fiable revelación para datar el texto.<sup>109</sup> Ya al final de la obra, cuando el protagonista se dirige a Santiago, pronuncia las siguientes palabras con respecto del santo que quiere visitar: «[...] Como este año es de jubileo, quiero allá tomarle en su santo día [...]» (p. 439).

Fue el año del Señor de 1650 decretado de Jubileo por el papa Inocencio X. Tengamos en cuenta que esta celebración tiene lugar cada 25 años, y que en Santiago de Compostela se celebra cuando el 25 de julio de ese año cae en domingo, haciéndola coincidente con el día del apóstol Santiago. Bien es cierto que el 25 de julio de 1650 era lunes, pero recordemos la primera y única fecha con la que nos ilustra la novela, el día en que, aún en la galera, Guzmán extrae la estampa del apóstol que determinará su viaje y su destino:

Veinte y cuatro de julio se contaban, en que la víspera del glorioso apóstol se celebra, sin haber llegado al capitán la respuesta que de mi libertad esperaba con no menos afecto que yo mismo (p. 98).

Las intenciones de Machado parece que pasaron por hacer transcurrir un año exacto desde el comienzo del peregrinaje de Guzmán hasta el final del mismo. Concluamos por tanto la cuestión de la fecha fijando la de redacción del manuscrito entre los años 1649 y 1650.

---

<sup>109</sup> Baladrón, 1983, p. 77.

## II. CRITERIOS DE EDICIÓN.

Esta *Tercera parte de Guzmán de Alfarache* se conserva en la biblioteca de Ajuda en un manuscrito único de mediados del siglo XVII. En una copia digital del mismo se basa el texto de esta edición, cuya puntuación y acentuación se presentan modernizadas, así como la transcripción de sus grafías, con la excepción de aquellas que suponen una variación fonética y que he considerado oportuno mantener intactas para ser lo más fiel posible a la recepción que se hizo en la época de esta obra. Siempre que se ha procedido a la enmienda de algún término que, por indocumentado, he interpretado como erróneo —por no ser la castellana la lengua primera del autor—, lo indico en nota dejando constancia en ella de la forma manuscrita. Además, he anotado todas aquellas correcciones del autor que permiten ver el texto enmendado, y he transcrito las anotaciones marginales que resultan inteligibles, por más que de cuantas hay sean las menos.

En la mayor parte de las notas (alrededor de novecientas) he tratado de subsanar todas las dificultades textuales que aquí se presentan. Es probable que la explicación de algunos párrafos, expresiones o palabras resulte evidente para un lector académico, o al menos versado en la literatura de la época, aunque no así tan claras para todos. He preferido, ante la duda, anotar más profusamente el texto para que su lectura pueda ser digerida por un más amplio espectro de lectores de diferentes etapas formativas.

En suma, se presenta un texto limpio, despojado de signos diacríticos que puedan dificultar su lectura, y que respeta el criterio filológico utilizado en la edición de obras del Siglo de Oro. Algunos de estos criterios son los que a continuación se refieren de forma más detallada.

## ADAPTACIÓN DE GRAFÍAS AL SISTEMA ACTUAL

### 1. Fricativa interdental sorda:

hazer → hacer

çumbido → zumbido

### 2. Fricativa velar sorda:

executar → ejecutar

muger → mujer

### 3. Alternancia gráfica s / ss:

assí → así

missa → misa

### 4. Alternancia v / b:

havía → había

bueitas → vueltas

### 5. Alternancia u / v con valores vocálicos y consonánticos:

avtor → autor

### 6. Alternancia i / y con valores vocálicos y semivocálicos:

mui → muy

### 7. Alternancia qu / cu:

quando → cuando

### 8. La h etimológica se moderniza:

onesto → honesto



## **9. Se modernizan los términos:**

güevos, güeso, güerta o güéspedes por no presentar una diferencia fonética de relieve.

## **10. Grupos consonánticos cultos ff, ph, ch, pt, pp:**

officio → oficio

philosophia → filosofía

christiano → cristiano

prompta → pronta

suppiese → supiese

Se modernizan los grupos st, sc en xt, xc según el uso actual:

escusar → excusar

estremo → extremo

De la misma manera, se modernizarán las oscilaciones en los grupos consonánticos cultos c/cc, t/ct, t/cp:

aciones → acciones

efetos → efectos

acetar → aceptar

## **11. Abreviaturas:**

Las escasas que el texto presenta se desarrollarán de la siguiente forma:

V.M. → vuesa merced

V.S. → vuesa señoría

V.A. → vuesa alteza

V.R. → vuesa reverencia

V.M. → vuesa majestad

S.S.I. → su señoría ilustrísima

D. → don

## 12. ‘A’ embebida:

Se restituirá indicada entre corchetes en frases como ‘¿Qué iba yo hacer’ → ‘¿Qué iba yo [a] hacer?’

## 13. Empleo de mayúsculas

Se normalizarán en virtud de los usos actuales:

Los nombres de **santos** se escriben con minúscula excepto en aquellos casos en que funcionan como nombres propios, nombres de instituciones, topónimos o edificios públicos: Santo Oficio, orden de San Benito, Espíritu Santo, villa de San Juan de Rey, iglesia de San Francisco.

Los **títulos nobiliarios** se escriben siempre con minúscula siempre que, como en el caso anterior, no formen parte de otro nombre propio.

## 14. Por que con sentido final

La forma ‘porque’, escrita en una sola palabra, se escribirá ‘por que’ cuando tenga sentido final: ‘para que’.

## 15. Acentuación de verbos con pronombre enclítico

Se actualizarán con arreglo a la normativa actual: respondióle → respondiole

# CONSERVACIÓN DE GRAFÍAS

## 16. Oscilaciones vocálicas

Es muy abundante la cantidad de vacilaciones que aparecen en el texto. De todas ellas se han mantenido las que, aun debiéndose a la influencia de la lengua materna del autor, están documentadas y pueden ser significativas del lenguaje del Siglo de Oro.

recebir, adivinar, decir, acodir, difinir, apariencia, anticipar, asalareado...

### **17. Metátesis**

Se mantienen.

disfarzar, entertener, prevertir, premitir, persuadir...

### **18. E paragógica**

Se mantiene.

Interese

### **19. Contracciones con de:**

Se conservan las compuestas por de + pronombre o demostrativo.

dellos, deste.

### **20. Leísmo, laísmo, loísmo:**

Se conservan como rasgo común a toda la prosa del Siglo de Oro.

### **21. Términos en otros idiomas:**

Se conservan tal cual aparecen en el texto original y se escriben en cursiva.

### **22. Erratas.**

Se enmiendan en el texto aquellas que se han considerado evidentes. En otras ocasiones, ya se trate de términos que revelan la influencia de la primera lengua del autor, o aquellos que no están documentados en el *Corpus* Diacrónico del Español, se enmiendan de igual forma y se reflejan en nota tal y como aparecen en el manuscrito original.

T

TERCERA PARTE DE GVZMAN  
DE ALFARACHE



*Seu Autor*

Feliz Machado de Silva e Castro

7.<sup>o</sup> Marques de Montebelo

# Tercera parte de Guzmán de Alfarache

Su autor: Félix Machado de Silva e Castro

1.º marqués de Montebelo

# LIBRO PRIMERO DE LA TERCERA PARTE DE GUZMAN DE ALFARACHE

*Por Felix Marquez Catredatico de prima en la Pica-  
ria sin salario.*

*Quenta como tratò de emmen-  
dar su vida, desde que  
saliò de la galera, y supo  
quien era su verda-  
dero padre.*

*Capitulo, I. Llega carta de S. Magestad  
de como se conforma con la consulta que  
hizo el Capitan de la galera sobre la  
libertad de Guzman de Alfarache, y le haze merced de  
treientos escudos de  
oro.*



*Aquel aqui en persegue la fortuna, aunto cuando las di-  
chas con las manos las ignora, por que el abito que se,  
ad qui ere de los males, por tiempo largo possidos, des  
acredita los bienes por mas patentes que se vean. Des  
hevrado me vio, pero en galera, promesa de liber-  
tad de boca del Capitan, si bien en mano agena el  
daxmela: Justa era la causa de conseguirla, por aver  
librado a S. M. la galera, y a mi Capitan la vida de  
la rebelion de los forçados, pero tal avia sido la mi-  
a, que ni aun las esperanças a seguravan mejor a  
en ella, que el que deve siempre teme. O Magestad*

LIBRO PRIMERO DE LA *TERCERA PARTE*  
*DE GUZMÁN DE ALFARACHE*

*Cuenta cómo trató de enmendar su vida desde que salió de la  
galera y supo quién era su padre verdadero*

Compuesta por Félix Márquez, catedrático de prima<sup>110</sup> en la picardía, sin  
salario<sup>111</sup>

---

<sup>110</sup> Eran catedráticos de prima aquellos que, de las siete horas canónicas, tenían la primera de la mañana reservada para sus clases.

<sup>111</sup> Las razones por las que Félix Machado de Silva decidió enmascararse tras el pseudónimo de Félix Márquez pueden tener que ver con que el autor no considerara el género novelesco de suficiente altura para sus propósitos doctrinales, aunque viera en él un buen vehículo para difundirlos. Por otra parte, el recurso de la pseudonimia es muy habitual a lo largo de los Siglos de Oro, y más especialmente cuando se trata de continuaciones apócrifas. Si el caso más conocido es el de Alonso Fernández de Avellaneda, no conviene olvidar que, en la segunda parte apócrifa de este ciclo guzmaniano, su autor, Juan Martí, también se servía del falso nombre de Mateo Luján de Sayavedra.

## DEDÍCALE A LA SEÑORÍA LIBRE DE LOS MAGNÍFICOS Y MUY ILUSTRES SEÑORES ESPORTILLEROS<sup>112</sup> DE MADRID

Novedad grande parecerá a todos y a vosotros, hermanos míos, el ver que se os dedica este libro; sé bien con poca razón, pues es deuda que realmente se os debe, así por la felicidad de vuestro estado, como por haber usado de vuestra ocupación Guzmán de Alfarache en los principios de su vida, de la cual referimos aquí la tercera parte.

Y como también está en esa nuestra vida, no será razón que ofrezcamos a nadie lo que tan justamente se os debe, que a una grande fortuna puede honestarse el percipicio de un arrojo grande;<sup>113</sup> tal es la vuestra, y dichosos vosotros que, sabiendo despreciar las vanidades del mundo y teniéndole debajo de vuestros pies, sabéis vivir en él, al tiempo que atlantes sin número le traen en la cabeza:<sup>114</sup> su gravedad los oprime, sus cuidados<sup>115</sup> los desvelan; recelando sus vueltas, no aseguran pie en parte alguna, cuando, a pierna tendida, como es vuestro lenguaje, os seguráis en todas. No os ofende el calor, no os traspasa el frío, no os da cuidado el vestido, no os aprieta el zapato, no prevenís galas en diferentes tiempos, todos para vosotros son unos, y vosotros uno para todos. En cualquier parte estáis en vuestra esfera, y en ninguna podréis estar violentos; no hay soledad que pueda entristeceros porque en todo el mundo tenéis compañía.

Miráis a quien queréis sin nadie hacer reparo; is<sup>116</sup> adonde se os antoja sin impedimento alguno; murmuráis en las plazas sin acecharos nadie; y lo que en sus rincones no se perdona a otros, a vos se desimula. No hay fiscal que os acuse, ni juez que os condene, ni émulos que os envidien, ni ladrones que os roben. El chisme no os daña, el testimonio no os afrenta; sois descendientes de Adán por varonía, como los príncipes,

---

<sup>112</sup> *Esportilleros*: mozos que habitualmente rondaban las plazas y otros lugares concurridos para, por pequeñas propinas, acarrear en su espuerta ('cesto grande de mimbre') lo que se les pedía. Encontramos el término entre los muchos que denominaban al que ejercía la vida picaresca, así como *pillo*, *ganapán*, *buscón* o *palanquín*. Era un oficio de los más bajos, ejercido frecuentemente por gallegos y parodiado en la literatura de tipo festivo.

<sup>113</sup> 'Una gran fortuna puede justificar una gran insolencia'.

<sup>114</sup> 'Sabéis mantener los pies en la tierra mientras grandes señores llevan esta sobre la cabeza'. Adviértase la alusión al titán Atlante, condenado por Zeus a cargar sobre sus hombros los pilares de la tierra.

<sup>115</sup> *Cuidados*: preocupaciones.

<sup>116</sup> 'Vais'.



y de fe se ha de creer esta verdad sin que nadie la dude. Gran nobleza es la vuestra sin haber quien os cuente o discunte los abuelos,<sup>117</sup> ni porque le ofrecistes mucho ni por le haber dado poco. Vuestra limpieza tenéis en vuestras manos si no sois perezosos, y no en la lengua de vuestros émulos, aunque seáis avarientos; vuestra seguridad, en vuestros pies, sin que haya quien os note; vuestra casa, en la de todos; en la pereza ajena, vuestras rentas, de que vosotros sois los cobradores.

No tenéis criados que os engañen. Vestís a vuestro gusto, coméis de vuestra mano, nadie os la besa para engañaros ni vosotros a nadie para engañarle. No tenéis pretensiones, pleitos no os desvelan. Medís las cargas con vuestras fuerzas y dejaislas a otros si no podéis con ellas. No os obliga la fuerza a lo que la posibilidad rehúsa; si se os mancha el vestido, no se os mancha el honor. Vivís con excepción de leyes de cortesía, dais a quien queréis la que se os antoja; y a veces acertando —con errores— los desaciertos dellas, sois jueces de la fortuna en condenar sus delirios.<sup>118</sup> Y, al fin, sois príncipes de vuestra voluntad, ejecutores de rentas; elegís vuestro acierto y, siendo dueños de vuestras acciones, no os comprehenden las leyes que a todos oprimen.<sup>119</sup>

Sois república esenta, pueblo sin guerras; y en todo, señoría libre; no tan solamente benemérita de que se os ofrezca este libro, sino que en el libro de vuestra vida puedan muchos de mayor esfera aprender a vivir, despreciando la pompa y vanidad del mundo. Dios os guarde de ser caballeros si, con los accidentes del tiempo, os puede volver la fortuna a vivir de la esportilla.

Vuestro hermano y servidor<sup>120</sup>

Félix Márquez, catredático de prima en la picardía, sin salario.

---

<sup>117</sup> ‘Sin que haya nadie que recurra a vuestro árbol genealógico’. Nótese la importancia de los ancestros en la sociedad de la época, sobre todo a efectos de la limpieza de sangre y de la honra.

<sup>118</sup> ‘Contrariando las normas de la cortesía, ponéis en evidencia los desaciertos de esta’.

<sup>119</sup> ‘Estáis exentos de cumplir las leyes que a todos oprimen’.

<sup>120</sup> Esta extensa y elogiosa dedicatoria a los esportilleros de Madrid, con la que Machado da comienzo a la obra, resulta harto chocante si tenemos en cuenta el contenido moral de la misma. Bien es cierto que, a lo largo del siglo XVII, son abundantes estos encomios de la vida picaresca por boca de personajes nobles, que miran con actitud de pretendida envidia a los que se ven libres de cargas económicas, sociales o de honra, pero lo opuesto del discurso en el resto de la obra solo es atribuible a una intención de acercamiento a los destinatarios del texto, desde esa posición de hermano y servidor que dice ocupar Félix Márquez, como trasunto del autor. Puede, de esta forma, dar el autor mayor verosimilitud a la autobiografía novelada, así como asegurar un mayor efecto de su *lectio moralis*.



Libro primero de la *Tercera parte de Guzmán de Alfarache*

Por Félix Márquez, catredático de prima en la picardía, sin salario

*Cuenta cómo trató de enmendar su vida desde que salió de la  
galera y supo quién era su verdadero padre*

## CAPÍTULO I

*Llega carta de su majestad de cómo se conforma con la  
consulta que hizo el capitán de la galera sobre la libertad de  
Guzmán de Alfarache, y le hace merced de trecientos escudos de  
oro*<sup>121</sup>

Aquel a quien persigue la fortuna, aun tocando las dichas con las manos, las ignora, porque el hábito que se adquiere de los males por tiempo largo poseídos desacredita los bienes por más patentes que se vean. Deserrado me vía,<sup>122</sup> pero en galera; promesa de libertad de boca del capitán, si bien en mano ajena el dárme la. Justa era la causa de conseguirla por haber librado a su majestad la galera, y a mi capitán la vida de la rebelión de los forzados;<sup>123</sup> pero tal había sido la mía, que ni aun las esperanzas aseguraban mejoría en ella; que el que debe siempre teme. ¡Oh, Majestad inmensa que aun entre las tinieblas de los vicios dais luz de vuestra omnipotencia, permitiéndome un tan grande arrepentimiento en aquella ocasión, de haberos ofendido en tantas, que solo en él fundaba el logro de mi buen suceso, el alivio de mi pena!

Esperando estaba, como los santos padres en el limbo,<sup>124</sup> los pliegos de una y otra estafeta, a ver si os servíais que llegase la hora en que me viese libre de aquel infierno. Jamás salía el rosario de mi mano ni la Virgen santísima de mi boca, y los benditos apóstoles de Cristo, redentor nuestro, de mi corazón. A todos ofrecía de enmendarme en todo, que la necesidad mete la liebre en camino.<sup>125</sup> A todos tomaba por terceros,<sup>126</sup> y para

---

<sup>121</sup> Nótese que el autor retoma la vida del pícaro en el mismo punto que Alemán la había dejado al final de su segunda parte. Guzmán paga en la galera su deuda con la justicia y, alertando a su capitán del motín que planean los forzados, se gana los favores de este que escribe a la Corte pidiendo la libertad del protagonista. La carta que aquí reabre la trama contiene, además del indulto —y a pesar de la ambigüedad del título—, los trescientos escudos que el pícaro, por su buena conducta, obtendrá de la Corona.

<sup>122</sup> ‘En el buen camino me veía’.

<sup>123</sup> ‘Justa era la causa de conseguirla (la libertad) por haber salvado la galera de su majestad y la vida a mi capitán de la rebelión de los forzados’.

<sup>124</sup> Nacidos antes de la venida de Cristo y al no participar de la Redención, Abraham, Jacob y Moisés no podían ir al cielo y debían permanecer en el limbo.

<sup>125</sup> ‘La priesa mete a la liebre en camino y vereda’ (*Correas*).

<sup>126</sup> ‘A todos los apóstoles tomaba por intercesores de mi causa’.

que particularmente uno de ellos lo fuese, determiné sacarlo por suerte, acordándome de unas que vi echar en Sevilla a ciertas mozuelas deseosas de casarse, como acostumbran hacer muchas, para que saliese a cada una de ellas el abogado de su intento.<sup>127</sup>

Echáronlas en mi sombrero a tiempo que ya yo tenía prevenido en él una del nombre de Judas; en otro echaron las de sus nombres de ellas, en el cual, una, cuya malicia con la mía corrían parejas, sin ser vista de nadie, echó también otra del mío. No habían sacado tres sus suertes cuando salió la mía. Mucho me admiró la sutileza con que la habían introducido. Y en lugar de santo, me sacaron a Judas por abogado; que el que la trampa arma, en ella para. Mucho lo festejaron ellas, y no lo sentí poco; que, al fin, anuncio fatal fue de mi licenciosa vida, pues no tuve mal suceso en ella en que este no se me representase.

Tanto puede el demonio, que hasta las burlas vuelve a los ignorantes misteriosas para desesperarlos, y a los cuerdos verdaderas para acreditar sus mentiras, poniendo en desesperación a todos, y en que sigan aquella cuestión herética. Al perdido, que se pierda, ¿qué se pierde? ¡Oh, locura de los hombres! ¡Y cuántos se pierden por esperar ganarse! ¡Y cuántos por ganar se pierden, fiando en el mundo, que es jaula de locos, adonde lloran muchos y cantan pocos! Quien buena muerte saca, mejor suerte se halla; el que mal fin espera, el demonio se lo prospera.

Volvamos a mis suertes; que, aun echándolas a solas, me recelaba de topar a Judas entre ellas. No había niños en la galera para sacarme la mía, y por más simple busqué el que por más entendido se juzgaba; díjele que por su virtud había hecho elección de su persona para el acierto de mi dicha. Fácil es de engañar el presumido.

Metió la mano, sacándome a Santiago, patrón de España, por abogado de mi libertad.

—¡Oh, santo bendito —le dije con más lágrimas que voces—, patrón sed vos de mi alma en la galera de los vicios, en que, como forzada, mi inclinación perversa la trae

---

<sup>127</sup> Entendamos por *suertes* cada uno de los métodos empleados en la época para las artes adivinatorias. Las suertes de los santos consistían a menudo en abrir al azar los evangelios e interpretar las primeras palabras que allí aparecían, en una suerte de *tolle lege*. El caso que aquí nos ocupa, y lo que más bien parecen simples papeletas echadas en el fondo de un sombrero, más tiene que ver con la suerte de los naipes. Esta práctica permanece como costumbre ligada a ámbitos marginales casi hasta nuestros días. Comprender la fuerza del elemento lúdico a lo largo de toda nuestra literatura barroca resulta clave para entender la importancia de este pasaje. La cartomancia, entendida aquí como engañoso juego de adivinación, será, a ojos de Guzmán, no solo la que marcará el destino vital en las manos de esas mozas que ya buscan marido, sino la causa de que decida encomendarse al apóstol Santiago, hecho que traza el itinerario de toda la novela.

a tantos años!<sup>128</sup> ¡Sacad del hondo piélago de mis culpas su barca miserable, que es este corazón de piedra dura, en quien no hacen mudanza recuerdos y advertencias tuyas! ¡Guiadle, santo mío, para que sin naufragio llegue al puerto de la gloria!

Tal fue mi oración, y tan entrañable alegría la que recibí que, asegurándome lo que hasta entonces tenía por dudoso, luego hice firme propósito de visitar su casa en saliendo de la galera. Mandé decir algunas misas, muchas y largas oraciones hice, fiado en que con los santos vence la importunidad lo que no puede el mérito,<sup>129</sup> como con los magnates deste siglo muchas veces sucede.

Veinte y cuatro de julio se contaban, en que la víspera del glorioso apóstol se celebra,<sup>130</sup> sin haber llegado al capitán la respuesta que de mi libertad esperaba con no menos afecto que yo mismo; que el generoso ánimo, cuando agradecido premia, más estima conseguir su intento que el propio que recibe el beneficio. ¡Oh, qué cansada es una esperanza! ¡Qué largos me parecían aquellos días! ¡Qué largas noches aquellas en que consideraba si entre la incerteza de un bien, cuando se espera, tan molesta es la pena de su duda, cuál podrá ser la que amenaza un mal irremediable y sin reparo!<sup>131</sup> Quisiera en aquel tiempo topar aquellos filósofos antiguos, y aun modernos, que para la conservación de la vida alaban tanto la esperanza del bien futuro, y preguntarles cómo puede dilatarla lo que a costa de un mal tan grande se granjea. Caro es el pueblo donde cuesta más la mecha que el sebo.<sup>132</sup>

---

<sup>128</sup> Tomado de la obra homónima de Sebastián Brant, esta nave de los locos pasa a convertirse en uno de los grandes tópicos adoptados por la literatura picaresca. Se presenta en dicha nave la vida como travesía para los descarriados. En contraposición, se planteaba la nave de la Iglesia, motivo típico de géneros barrocos como el auto sacramental. De una a otra se propone a menudo el transbordo simbólico del espíritu, en lo que podríamos considerar el tema central de la serie de Guzmán.

<sup>129</sup> Alusión evangélica a la *Parábola del amigo importuno*. (Lucas 11, 1-13).

<sup>130</sup> Es improbable que la elección de esta fecha como punto de arranque encierre alguna simbología por parte del autor, y puede que tenga más que ver con filias personales y, ulteriormente, con cuestiones estratégicas. Aparte de los evangelios, es escasa la información que del apóstol Santiago ha llegado hasta nuestros días, y más dudosa la ubicación de sus restos. La víspera de Santiago supone el primer paso del viaje, que se completará un año después, exactamente en la misma fecha, frente a su altar compostelano. Se cierra así el círculo astronómico de traslación terrestre entendido como proceso de purificación del pícaro.

<sup>131</sup> ‘Consideraba cuán dolorosa había de ser la espera de las malas noticias, cuando esperar las buenas ya se me hacía tan largo y angustioso’.

<sup>132</sup> «Más cuesta la mecha que la cera». (*Correas*). Aforismo ya en desuso que podríamos traducir como ‘mal al que no sale rentable poner remedio, pues dicho remedio cuesta más que aquello que se quiere evitar’.

Llegando una compañía de farsantes a Leorne,<sup>133</sup> ciudad populosa en el estado del gran duque de Florencia,<sup>134</sup> adonde por razón del comercio concurren varias gentes, así en nación como en religiones, y se permite allí a los judíos vivir en la suya, hallándose grande concurso en una comedia, se representó un entremés intitulado *De las religiones*.<sup>135</sup> Era la figura principal un mozo de buena traza, que decía haberle criado una cierva en una montaña sin conocimiento de otros padres.<sup>136</sup> Venía todo vestido de exquisitas pieles de varios animales. Admiróse mucho de hallar a los hombres con tanta variedad en la religión, y pidiendo a los que con él se hallaban que cada uno le dijese la suya para elegir la que mejor le pareciese.

Fue el primero un gentil<sup>137</sup> y, alabándole mucho la de sus dioses, después de haber gastado largo espacio solo en nombrárselos, respondió que no le convenía por parecerle trabajosísima y mala aquella adonde un hombre solo había de contentar a tantos dioses.

Al referir un judío la suya, a cada proposición y precepto de ella, alegre decía el mozo:

—¡Bueno, bueno!

Llegando, pues, al esperar la venida del Mesías, preguntó:

—Dígame, señor judío, ¿y después que esa ley se dio por escrito a ese profeta, se está esperando siempre el Mesías?

—Sí, señor —respondió él—, y le esperamos hasta que venga.

—¡Malo, malo! —volvió el otro—. El Dios que alumbra a los más miserables gusanillos de la tierra alumbra a vuesa merced, que, aunque su ley fuera muy buena, solo por no esperar tanto no la siguiera yo.

Fueron los demás refiriendo las suyas; y reprobando los defectos de cada una dellas, vino a conformarse con la de Cristo, redentor nuestro, diciendo que el dios que a costa de su propia sangre, pagando deudas ajenas, sacaba de esperar a los que le aguardaban y en él creían, que ese era el verdadero y no otro ninguno.

---

<sup>133</sup> Leorne (actual Livorno), en la costa noroeste de Italia, se estableció en tiempo de los Medici como una próspera ciudad comercial, a la cual concurrieron multitud de criptojudíos, huyendo de la dura persecución inquisitorial de que fueron víctimas durante el siglo XVII.

<sup>134</sup> Alejandro de Medici fue nombrado en 1533 primer duque de Florencia por parte de su padre el papa Clemente VII. El ducado permanecerá en poder de los Medici hasta casi mediados del siglo XVIII.

<sup>135</sup> No se ha encontrado referencia a ningún entremés con dicho título.

<sup>136</sup> Hace referencia el autor al mito de Télefo, hijo de Heracles y Auge, criado en la montaña por una cierva.

<sup>137</sup> *Gentil*: pagano, politeísta.

Lo mismo sucedió a otro que, queriendo elegir príncipe a quien avasallarse, nombrándole a todos los mayores reyes y monarcas del mundo, preguntó si castigaban tarde y premiaban temprano. Y diciéndole que por razón de Estado hacían todos desear los premios, y por la de buen gobierno abreviaban<sup>138</sup> los castigos, respondió que antes quería vivir sin príncipe y sin esperanzas de aumentos<sup>139</sup> en un desierto, que con él esperándolos en el poblado; porque esto era morir en una esperanza, y vivir aquello en un desengaño; que allí estaría libre del castigo, o ya por faltar ocasión de cometer el crimen, o ya por no haber persona que le condenase aunque le hubiese cometido o por émulos impuesto;<sup>140</sup> lo cual, sucediendo en el poblado, quedaban, en un caso y otro, pendientes las esperanzas, o de la misericordia del príncipe o de la averiguación de la inocencia.

Penalidad intolerable es el esperar. A la esperanza vistieron de verde los antiguos por dos razones: fue la primera porque en edades verdes hace más su efecto, por no ser tan discursivos<sup>141</sup> los verdores de la mocedad; engañanse con todo, y todo los engaña. La segunda: como en aquellos primeros siglos era la mayor riqueza el pan, y como toda su felicidad se esperase de las mieses verdes, y tuviesen por singular dicha su pompa y bizarría, vistieron la esperanza deste color, porque después en pan habían de tener otro. Hoy no milita ya esta razón; en verde se comen la mayor parte de las mieses, nunca llegan a granar las esperanzas; y porque sucede a veces llegar uno al logro de su deseo, ciento por uno se engañan.

Por adquirir riquezas fia el ambicioso la vida a la inconstancia de los mares, a la fragilidad de una nave, a la inclemencia de los tiempos, a la dureza de un escollo, al encuentro de un incógnito bajo<sup>142</sup> y aun a la misma malicia de los hombres; y a otros innumerables tropiezos de siniestra fortuna se opone, fiando, solamente, en una caduca esperanza. ¿Hay mayor locura?, ¿hay desatino mayor que se le iguale? Sí, por cierto, otros hay sin comparación mayores, y en medida desiguales, porque todos, o la mayor parte de los que por intereses ponen a riesgo la vida es porque aquellos le faltan para sustentar esta. Pero los que, colmados de riquezas, o por herencias de sus mayores, o por solicitud de su industria, las despenden o minoran en la pretención prolija o compra exorbitante ya del oficio, ya del hábito, ya del título, ya de la grandeza y otras vanidades semejantes, que

---

<sup>138</sup> 'Apresuraban'.

<sup>139</sup> *Augmentos*: mejorías.

<sup>140</sup> 'Aunque hubiese cometido el crimen obligado por sus adversarios'.

<sup>141</sup> *Discursivos*: reflexivos.

<sup>142</sup> *Bajo*: montículo en el fondo de los mares o los ríos.



por pagar los [s]altos de vacío<sup>143</sup> vacían la bolsa por cosas que el tiempo altera, disminuye y varía, como en la moneda el precio, que su intrínseco valor no iguala, desentrañando a sí propios<sup>144</sup> y a sus hijos y sucesores de su propio sustento; mayores desatinos son estos que, anteponiendo a la estimación de su propia riqueza la de la ajena cortesía, desprecian con la esperanza de esta la posesión de aquella.

El oficio de mayor utilidad es gobernarse el hombre con prudencia; el hábito<sup>145</sup> de mayor estimación es el de la virtud. [Entre] aquel [que] la tiene o [el] que se habitúa [a] tenerla, el título mayor es del que la tiene; y la mayor grandeza del que, poseyéndola, la sabe estimar en los otros. Gran dicha es heredarla con riquezas, pero no es menor el poseerla, aunque no las haya, pues excede la virtud a todas ellas, y no hay ninguna que con ella se comparen.

Tanto hace el desengaño, ¡y cuántos desengaños acarrear los trabajos! En tiempo me conocí yo que muy al revés lo sentía de lo que hoy lo digo. No se me escapan por la malla aquellos refrancillos a este propósito: duelos por duelos con pan son menos; poderoso caballero es don dinero;<sup>146</sup> el que tiene todo lo vence; y otros dos mil que, como cerezas, colgándose unos de otros, vaciará[n] la banasta por calificar al interés,<sup>147</sup> apoyando las riquezas sobre las virtudes de mayor estimación en el hombre. ¡Qué diferente hoy lo siento! Pues dándose a cierto príncipe renombre de prudente, como en sus acciones mostró serlo, en mi opinión lo perdiera solo por aquel dicho tan celebrado suyo, que no había más que dos generaciones: tener y no tener, si no nos quedara sentido más propio a que apelar; que se entienden virtudes, pues no dijo riqueza, como vulgarmente quisieron todos entender, y aunque no despreció estas, supo premiar con tan larga mano esotras, que así es bien que se entienda; pues la virtud es la generación de los príncipes y madre de la nobleza, y la falta della la de los pícaros, bajos y viles hombres.

Mire cada uno cómo vive y sabrá en qué le estiman; no se estime por lo que tiene, sino por lo que vale; rinda<sup>148</sup> al entendimiento el apetito, a la razón el gusto, la voluntad

---

<sup>143</sup> ‘Que para pagar el alto precio de su vacío...’.

<sup>144</sup> ‘Conduciéndose ellos mismos hacia la ruina’.

<sup>145</sup> Entiéndase *hábito* en su doble sentido: el de «costumbre» y el de enseña que distinguía las diferentes órdenes militares.

<sup>146</sup> «Madre, yo al oro me humillo: / él es mi amante y mi amado, / pues de puro enamorado, / de contino anda amarillo: / que pues doblón, o sencillo, / hace todo quanto quiero, / poderoso cavallero es don Dinero [...]» Quevedo, 1995, p. 170.

<sup>147</sup> ‘Por dar prioridad a los intereses personales’.

<sup>148</sup> *Rinda*: supedítese.

a la justicia, que como el fuego entre las cenizas son las riquezas entre los vicios: no dan luz ni provecho al que las posee; y por más ilustres que sean las cenizas de su tronco, no calienta su hueso ni resplandece su llama si el incendio de las virtudes falta.

Como lo digo lo reconocí siempre; en medio de un laberinto de embelecocos, entre las tinieblas de mi mal proceder, nunca la razón se me ocultaba; lo bueno jamás me pareció malo, ni lo malo bueno, aunque lo usase. Siempre viví con esperanzas de enmendar mi vida, pero, después de verme cargado de miserias y desdichas, firmísimas las tuve de la enmienda. Da Dios los trabajos<sup>149</sup> para que le busque el hombre, reconociendo en ellos su miseria; y así, si quieres consuelo, búscalo en el cielo. Miserable es todo lo de la tierra; cuando en mayor tribulación me vía, solo en él hallaba descanso, en los trabajos remedio, y en las adversidades paciencia. Y así, en este de esperar, con verme libre, [en] el remate de todas mis penalidades, me decía: «¡Oh, necio! Quien, pecador y malo, prosiguiendo en tus errores, te sacó con vida de la tinaja inmunda, como a Jonás de la feroz ballena, ¿no te sacará, arrepentido de ofenderle, de una galera en la cual ya como libre te paseas? Quien, del manteado genovés entre legiones de morciélagos<sup>150</sup> y del romano lechón entre mares de cieno y no bien oloroso,<sup>151</sup> te sacó a puerto seguro y libre, ¿no te dará libertad para que en su servicio te emplees?».

En estas y otras semejantes consideraciones había pasado la noche, cuando, al romper el alba, que de rendido me entregué al sueño, sentí que, revuelto en mi pobre manta, me levantaban en el aire, dando tan grandes golpes conmigo a una y otra parte, con tantos gritos y voces, de que apenas una sola palabra entendía. Se me figuró que aún estaba en Génova en casa de aquel buen tío, y que todo lo restante de mi vida, desde aquel hospedaje, había sido sueño. Pero, tocándome las barbas, que entonces no tenía, y las repetidas y confusas voces de los circunstantes, con el ruido de las trompetas y cajas, me hicieron formar segundo concepto y de mayor peligro, pensando que unos bajeles turcos que el día de antes habíamos visto eran ya señores de la galera, y en esto me aseguré, mas

---

<sup>149</sup> Entiéndase aquí *trabajos* como ‘tormentos’, ‘padecimientos’ o ‘sacrificios’.

<sup>150</sup> Primera de cuantas referencias a las dos partes de Alemán le sirven a Machado para establecer una continuidad real que sustente las diferencias de su tercera parte. A juzgar por la profusión de grabados que ilustran este episodio de la primera parte, podemos suponer que fue uno de los más populares entre los lectores. En su llegada a Génova, Guzmán es manteado por unos diablos en medio de la noche; a la mañana siguiente partirá para Roma. Mateo Alemán, *Primera parte de la vida de Guzmán de Alfarache*, edición de Manuel Gómez Canseco, Biblioteca Clásica de la RAE, Madrid, 2012, pp. 256-257. Desde este punto, referiremos a la obra de Mateo Alemán mediante abreviatura.

<sup>151</sup> De no menor impacto debió de ser el episodio en que el lechón arrastra al pícaro por la calle enfangada, en el libro primero de la segunda parte. Alemán, 2012, pp. 425-427.

cuando, con un grande golpe, me dejaron caer en el suelo. «¡Jesús mil veces! —dije—. ¡Jesús mil veces! ¡No me desamparéis, Señor mío». Y desenvolviéndome de la manta el cuerpo y del sueño los ojos, me hallé a los pies del capitán, que, alegre y risueño, me dijo:

—Libertad y dineros, Guzmán, tenemos.

Con todo mi dolor le respondí:

—¡Oh, qué bien que lo ha dicho!, ¡en copla ha caído!<sup>152</sup> —Acordándome de un loco que sin propósito lo decía; que no hay loco tan loco de que no se aprenda un poco.

Apenas, pues, habían salido de boca del capitán aquellas angélicas palabras, que con letras de oro quisiera ponértelas aquí: «Libertad y dineros, Guzmán, tenemos», cuando cogiéndome en volandas, como pelota en el aire, sin dejarme hueso sano, los que allí me habían traído por toda la galera muchas veces las fueron repitiendo. Los que me eran aficionados con gusto; con envidia, los opuestos. Unos y otros me maltrataban, en tanto que fue menester sacarme el capitán de sus manos para besarle las suyas por la merced que por su intercesión había alcanzado de mi libertad.

Después de haberlo hecho, me leyó la carta, cuyo capítulo en lo tocante a mi particular decía así:

Confórmome con vuestro parecer en que a Guzmán de Alfarache se le dé libertad, además de lo cual tengo por bien de hacerle merced de trecientos escudos de oro para ejemplo de otros en casos semejantes. Y por esta mando al pagador general de mis galeras que se los dé luego, por la necesidad en que me decís se halla de presente, y no sea ella causa que le obligue a degenerar del nombre de Guzmán.

Mira, ¡oh, curioso lector!,<sup>153</sup> cuál yo me quedaría oyendo tan reales palabras, que de reales no esperaba lo que de escudos se me prometió; cuál viéndome libre, estando condenado a un remo por toda la vida; y, sobre todo, considera cuál podría quedar el que, teniéndose por hijo de un levantisco enjerto<sup>154</sup> en ginovés, se hallaba introducido en Guzmán ilustre por boca de un rey tan grande. Y lo cierto es que el que lo dice lo sabe.

---

<sup>152</sup> *Caer en copla*: pasar involuntariamente de la prosa al verso en el discurso oral y espontáneo, como le sucede al capitán, cuya cláusula termina en pareado.

<sup>153</sup> La fórmula *curioso lector* ha sido ampliamente usada como apertura de prólogos a lo largo de toda nuestra época áurea. Machado, mediante dicha adjetivación, parece querer dirigirse a un determinado tipo de lector como objetivo de su artefacto literario: aquel que necesita ser entretenido, y a la vez conducido moralmente a través de la vida del pícaro, atendiendo a la máxima horaciana *docere et delectare*.

<sup>154</sup> *Enjerto*: injerto 'convertido'.

No se hizo el caldero a lumbre de pajas,<sup>155</sup> pues su majestad lo aprueba. Guzmán me soy,<sup>156</sup> aunque tres padres me engendrasen; si mi madre no me lo dijo, lo ignoraría, que a buenos hombres duelen los ojos, y en buen paño cae una mancha. Muchos Guzmanes hay; y así, de razón o por devoción, de algunos debo de ser.<sup>157</sup> Dejémoslo a la carrera de los tiempos, que ellos son los jueces de muchos desengaños.<sup>158</sup>

Con esto me quedé con tan desvanecida presunción, que apenas había recibido la cantidad referida cuando despendí una buena parte con los más necesitados de la galera. «¡Vitor, Guzmán!», a una voz decían todos. Y tantos eran ya los padres que me atrebuían, como los que de mi mano habían recibido beneficio. Con menos que yo despendiera con los que tratan desta facultad genealógica, pintando o engendrando abuelos al que mejor se lo paga, si acaso los cogiese hambrientos, me hartarían de Guzmán, poniéndome por uno de los pimpollos más sublimes de su dilatado árbol.<sup>159</sup>

Todo lo puede el dar si al ingrato no topa, que el que en buena tierra siembra colmado coge el fruto, como aquí sucedió, que, viendo el capitán lo que había despendido, de su bolsa me lo volvió al doble. «Haz bien, no cates a quién»,<sup>160</sup> decían los antiguos;

<sup>155</sup> *A lumbre de pajas*: tener descuido, dicese más negando: no estamos a lumbre de pajas, no dormimos a lumbre de pajas. (*Correas*).

<sup>156</sup> La forma reflexiva del verbo *ser* se usa comúnmente y con intención enfática en el español de los Siglos de Oro.

<sup>157</sup> Los Guzmanes eran considerados como una de las más nobles familias de la época. El hecho de que el rey confunda al protagonista con uno de ellos desencadena un proceso mediante el cual la identidad de este pasará a ennoblecerse, primeramente, mediante el autoengaño a que él mismo se somete convenciéndose de una ilustre ascendencia. «En el epitome que de esta familia (los Guzmanes) escribió Juan Alonso Martínez Calderón, bien que con las naturales exageraciones de los apologistas de la Nobleza, se leen las vidas de estos inquietos y hazañosos señores, de uno y otro sexo, desde su remoto origen; y esta lectura nos explica que la herencia fuera pródiga, todavía en el siglo de la declinación de los Austrias, en Guzmanes soberbios y ávidos de poder. Por aquellos años hubo un brote explosivo, pero el postrero del linaje, en doña Luisa de Guzmán, la verdadera autora de la sublevación portuguesa y de la independencia de esta nación; en el duque de Medina-Sidonia y el Marqués de Ayamonte, ambos Guzmanes, por cuya mente pasó la tentación de hacer un reino independiente en Andalucía; y por fin el conde-duque de Olivares, que con mayores ambiciones, pero con mayor rectitud, llegó a ser el valido de un monarca sin voluntad». (Marañón, 1980, p.15.)

<sup>158</sup> El manuscrito muestra esta última sentencia escrita sobre otra que ha sido tachada anteriormente, y que reza: «que adonde menos se piensa salta la liebre». Según Carlos Baladrón, esta sentencia esconde seguramente una alusión a la caída del conde-duque de Olivares, don Gaspar de Guzmán que, en 1642 había sido despojado, como valido de Felipe IV de la magistratura del reino. (Baladrón, 1983, p. 86.)

<sup>159</sup> 'Cuanto más dinero repartía Guzmán entre los forzados, más iban estos engordando su árbol genealógico'.

<sup>160</sup> «Haz bien y no cates a quien; haz mal y guárdate. (Con letras de oro había de estar escrito este refrán, digno de la nobleza y caridad española, que no le he visto en otra lengua. Haz bien y no mires a quien; la otra parte: haz mal y guárdate, aunque está en imperativo, por concordar con lo primero, aquí es condicional, y quiere decir: si hicieses mal, guárdate; y debajo de esto, por la consecuencia del daño que se te seguiría, amonesta que no hagas mal, que así como del bien se coge fruto cierto, aunque se haga a los que no pensamos ver mas, así también del mal se recibe castigo por caminos no pensados. Es la razón que Dios está a la mira para premiar el bien y castigar el mal.)» (*Correas*)

que a veces pagaba el que no debía lo que el agradecido no podía. Todo lo trueca el tiempo, porque hoy dicen muchos: «Haz bien y guárdate». El que sin esperanzas de premio da su hacienda y se la da el que le espera, como usuario mental la vende.

Parece que te oigo decir: «¡Ven acá, pícaro! Y el que hurta las ajenas, como tú has hecho toda tu vida, ¿para qué me da consejos?, pues el ejemplo es el predicador de más séquito y el retórico que más mueve».<sup>161</sup> Así lo confieso, pero escucha:

La reina doña Catalina de Portugal, cuando por falta de edad del rey don Sebastián, su nieto, gobernaba aquel reino, tenía por confesor a fray Tomás de Sosa, religioso de grandes prendas y calidad de sangre, por ser hijo natural de Manuel de Magallanes de Meneses, señor de la villa de Ponte de la Barca y otras tierras; y aunque era hombre de gran virtud, la envidia portuguesa de todo lo bueno es como el rayo, que a lo más fuerte se opone.

Saliendo, pues, este religioso un mañana de su celda, halló escrito en la puerta: «Fray Tomás *bem o diz, e mal o faz*».<sup>162</sup> Quisiera el compañero borrar lo escrito; no se lo consentió él, antes le mandó añadir en respuesta: «*Tomai vos o que elle diz e deixai o que elle faz*».<sup>163</sup> Tomad mis consejos, dejad mis obras; mira cuál me han parado,<sup>164</sup> que aún peor te podrá suceder si las imitas.

La merced que me hacía el capitán me detuvo allí algunos días. Y despidiéndome dél y de los amigos, que después de mi bonanza había cobrado (como sucede siempre), me partí a Sevilla por saber de mi madre y, aunque de rebozo, a ver aquella ciudad;<sup>165</sup> que no sé qué se tiene la patria que, con prosperidades o sin ellas, siempre es amable. La verdad es esta, diga cada uno lo que quisiere, que la madre muerta y mala, la madrastra buena y viva, por la madre se suspira.

Cuando allí llegué y supe del fallecimiento de la mía, no lo sentí poco, que, aunque me desobligaron mucho los términos que conmigo había usado al tiempo de mi prisión, ni por eso dejaba de quererla como a madre. Aliviome esta pena el saber que había sido con todos los sacramentos de católica cristiana. Dijéronme que había declarado en su testamento cosas tocantes a mi persona; procuré verle por si acaso mandaba que se me

---

<sup>161</sup> 'El orador más convincente'.

<sup>162</sup> 'Fray Tomás bien predica pero mal actúa'.

<sup>163</sup> 'Tomad lo que predica y olvidaos de sus actos'.

<sup>164</sup> 'Mirad dónde me han conducido'.

<sup>165</sup> 'Y también como pretexto para ver aquella ciudad'.

diese alguna cosa de lo que yo había depositado en su mano al tiempo de mi prisión.<sup>166</sup> Fuime al escribano y, sin decir quién era, le mandé sacar una copia. Diómela; y por ella vi cómo por vía del confesor de aquella señora a quien yo había mal servido y bien cobrado, mi madre se había compuesto con ella y recibido carta de pago del alcance de cuentas que por mis errores fui a descontar a galeras.

---

<sup>166</sup> «Yo me hallaba con algunos bolsos de los que había cortado y algunas piecillas que dentro de ellos había cogido. Di a guarnecer uno, el mejor que me pareció, y, metiéndole dentro seis escudos en tres doblones de oro, cincuenta reales con un dedal de plata y cuatro sortijas, lo llevé a mi madre y se lo enseñé muy de espacio y aún se lo di por escrito, que lo fuese decorando, sin que se le pudiese olvidar letra por lo que importaba la buena memoria». Alemán, 2012, pp. 712,713.

## CAPÍTULO II

### *En que Guzmán de Alfarache refiere lo que le pasó con el confesor de su madre y el síndico<sup>167</sup> de San Francisco, y su muerte della*

Mucho descubre la muerte. Admíreme de ver del testamento de mi madre que su codicia diese lugar a tal desengaño, y su poco amor a tal fineza.<sup>168</sup> Mirad lo que son madres, que hasta en la mayor infamia se duelen de sus hijos.

Decía, pues, que sacándome Dios de la galera, me pedía, por su bendición, me viese con un confesor en cuyo poder dejaba un papel que me importaba mucho. Creí, sin duda —como aquel mi padre ginovés había sido hombre de grandes tratos—, sería alguna letra de cambio o deuda cobradera; al interese se encaminaba mi pensamiento, que adonde la gallina tiene los huevos, allí tiene los ojos.<sup>169</sup>

Fuime luego a buscar el buen fraile con quien se confesaba; y diciéndole quién era y a lo que iba, con la boca más llena de risa que de dientes (porque era muy viejo), me dijo:

—Vuesa señoría se siente y sea muy bienvenido, que, desde víspera<sup>170</sup> de San Juan<sup>171</sup>, día en que Dios fue servido de llevar a su madre, esperaba yo este como Pascua de Flores.<sup>172</sup>

«Todos mis bienes son caducos», dije yo entre mí, pensando que el fraile por su mucha vejez lo estaba,<sup>173</sup> pues me había llamado de señoría.<sup>174</sup> Y por asegurarme si acaso

---

<sup>167</sup> *Síndico*: «hombre que tiene el dinero de las limosnas que se dan a los religiosos mendicantes.» (DLE).

<sup>168</sup> *Fineza*: «acción o dicho con que alguien da a entender el amor y benevolencia que tiene a otra persona.» (DLE).

<sup>169</sup> ‘Donde la gallina pone los güevos, allí se le van los güellos. (Güellos son los ojos en vulgo de las montañas de León.’ (Correas)

<sup>170</sup> ‘víspera’ en el ms.

<sup>171</sup> En la noche del 23 al 24 de junio, según la Biblia, nació san Juan Bautista. Los textos sagrados cuentan que Zacarías mandó encender una hoguera para anunciar el nacimiento de su hijo.

<sup>172</sup> Se refiere a la «Pascua de Resurrección», también «Pascua de Flores», fiesta central del cristianismo en la que se conmemora, de acuerdo con los evangelios canónicos, la resurrección de Jesucristo al tercer día de haber sido crucificado.

<sup>173</sup> [Caduco].

<sup>174</sup> Señoría: «Tratamiento que se da a quienes corresponde por su dignidad, como jueces o parlamentarios.» (DLE).

era descuido, que el ser muchas<sup>175</sup> las trae más barajadas que naipes en manos de tahúr, fui continuando la plática. Y por discurso della entendí que los suyos<sup>176</sup> eran de hombre cuerdo, con que no dejé de hacer muchos: ¿Qué causa podría moverle a tan repetidas señorías, siendo español él, y mi generalato de galeras en el remo de una?<sup>177</sup> «¡Esto misterio tiene! —repetí en el corazón—, ¡bueno va si no se enreda! Gran señor eres, Guzmanillo; no de balde te llamaste Guzmán, ni de burlas el rey te lo aprobó, pues te llaman de señoría los que, no siendo necios, no ignoran tus andanzas».

Con todo, por dar en el chiste le dije:

—Padre mío, no me puso mi suerte en estado de admitir semejantes cortesías.

—¿Cómo, señor don Juan de Guzmán? (nombre en que yo mismo me había bautizado<sup>178</sup>) —me volvió él—. Todo este respeto se debe a vuesa señoría por hijo de un tan gran señor como fue su padre.

Y llevándome a su celda, sacó un papel de letra de mi madre, firmado de su mano, que puso en las mías, diciéndome que le leyese, en cuanto<sup>179</sup> iba a buscar la persona en cuyo poder estaba lo demás que con aquel papel mi madre había mandado que se me entregase en la hora de su muerte.

Esto contenía:

Hijo mío, el verme tan cercana de la muerte y en los últimos días de mi vida en esta enfermedad, que entiendo será la postrera della, me obliga a sacaros del engaño en que siempre habéis vivido, pues no es razón, ya que no os dejo bienes de fortuna, ocultaros los de naturaleza en la sangre que tenéis. A aquel caballero por cuya cuenta estuve, al tiempo que mi marido se enamoró de mí, di a entender que vos erais su hijo por no perder el bien que me hacía; y a mi marido, lo mismo por empeñarle en casarse conmigo, como con efecto vino a hacerlo. A vos dije que este lo era por ignorar el tercero, que realmente lo fue en esta forma: tenía este caballero cierta dama, con quien gastó mucha hacienda, al tiempo que yo corría por cuenta de mi primero empleo, el cual se enamoró della, y consiguiendo la satisfacción de su gusto a costa de su dinero. Súpolo vuestro padre, a quien yo no parecía

---

<sup>175</sup> [Las personas merecedoras del trato de señoría].

<sup>176</sup> [Sus descuidos].

<sup>177</sup> [De una galera].

<sup>178</sup> «El mesonero y huéspedes, viéndome llegar bien aderezado y servido, preguntaban a mis criados quién fuese; y como no sabían otra cosa más de lo que me habían oído, respondían que me llamaba don Juan de Guzmán, hijo de un caballero principal de la casa de Toral». Alemán, 2012, p. 239.

<sup>179</sup> *En cuanto*: mientras.



mal, y, por vengarse de su agravio a costa de mi honor, me cogió por engaño en casa de una amiga mía, siendo de noche y sin luz.

Venía disfrazado,<sup>180</sup> no le conocí. Y por hacer más ruido la venganza que por este medio quiso tomar, publicó él, y ella, que había sido un lacayo suyo; entendiolo así, porque, al rendir a sus fuerzas mi defensa, me parecieron más de un rústico agreste que de un cortesano caballero. Sentilo con tanto extremo que, haciendo después muchas diligencias para verme aquella buena amiga, no pude acabar conmigo el verla.<sup>181</sup>

Ya veo que por no hacerlo vivía en este engaño hasta que os condenaron a galeras; pero como no se hace cosa que el tiempo no descubra, de allí a pocos días, fue Dios servido de llevar a N., vuestro padre, que, haciendo cuentas con su conciencia, os declaró por hijo, y por su confesor me envió mil escudos, con que, pagando yo la deuda por que os condenaron, tratase de sacaros del remo. Di los quinientos y cobré la carta de pago que con este papel os entregará mi confesor; cien escudos le di que se gastasen en misas por mi alma, y los cuatrocientos os entregará para que paséis a las Indias; que no es razón, siendo hijo de tan grande padre, vivir, con lo que os ha sucedido, adonde esa misma grandeza sea pregonero de vuestra mengua.

Atónito quedé, viéndome, por este papel, hijo de tres padres; pero, como en Castilla el caballo lleva la silla,<sup>182</sup> a este me acomodé por ser de mejor raza. Gran freno debe de ser la nobleza de acciones infames, porque, al mismo tiempo que entendí ser hijo deste último padre, tan horrendas se me representaron las picardías de mi vida, que, si posible fuera volver a deshacerlas, con ofrecirme a los mayores trabajos della, no reparara en nada por conseguirlo.

Y así entiendo que no es posible pensar los nobles, cuando ejecutan cosas feas, que son hijos de sus padres, sino que sus madres los tuvieron ya del lacayo, ya del esclavo o de otros semejantes en que ellas son más propias, y más propios ellos para producir

---

<sup>180</sup> 'Disfrazado'.

<sup>181</sup> El contenido de esta carta —cuyas ambigüedades y el retorcimiento de su prosa la hacen por momentos de difícil comprensión— resulta de capital importancia para el posterior desarrollo de la trama, así como para el propio desarrollo interno del protagonista que, una vez consciente de su «triple y complicada» ascendencia y de la nobleza de su sangre, experimenta un brusco y definitivo giro hacia el camino de la virtud. La carta de la madre difunta —cuya palabra no pondremos en duda puesto que a todos interesa no hacerlo— que, a falta de otros bienes materiales, deja a Guzmán la llave de su nueva vida, deja también la forma de romper con su deshonroso pasado de pícaro.

<sup>182</sup> La yegua era tradicionalmente menos apreciada que el caballo, pero la metáfora ecuestre del refrán hace referencia a la nobleza, que en el reino de Castilla se transmitía de padres a hijos varones, siendo de menor importancia el rango social de la mujer.

tales hijos. Porque así como supe de quién yo lo era, a ser posible dejara de serlo;<sup>183</sup> pues fue tal que, por ejecutar su venganza, mereció el castigo desta culpa en su propia sangre; que, como Dios es justo, por los mismos filos de su ofensa da la pena de nuestras culpas.

En este caso no pagó el justo por pecador; el hijo por el padre, sí; y aunque por mis delitos no estaba inocente, por ignorar quién, no dejaba de estarlo. Siempre me juzgué otro, y como tal obraba los sucesos<sup>184</sup> del que por padre en mi niñez facilitaron, en la mocedad, los de mis hechos; que, aunque los padres sean supuestos, siempre vienen a ser espejos de los hijos. Ríndese la naturaleza y sangre a la fuerza de la crianza y hábito, que las virtudes o vicios como contagio se pegan; pero, aun así, no sé qué me tenía<sup>185</sup> cuando me imaginaba ser algo; que jamás obré cosa mala que bien me pareciese, ni vi obrar cosa buena que no envidiase. Deseábame gran señor por dar a muchos y no pedir a ninguno, y estrañaba mucho el ver algunos pedir a muchos y no dar a nadie. Por no ser rico de bienes propios, fui liberal de los ajenos, socorriendo al pobre de lo que al rico hurtaba; de aquellos tenía compasión, con estos, ojeriza. Hartando al hambriento, robaba al sobrado.

Pensarás, oyendo estas cosas, que mi intención era buena; y si lo era, no lo era la obra; y aunque por buena la tenía entonces, hoy la tengo por mala. Dios sabe para qué da riquezas y a quién se las quita; no es tuya la enmienda de sus designios, Él sabe el cómo y para lo que te pone en necesidad o en aumento. Dale gracia con tu fortuna, no envidies las ajenas, que destas razones o sinrazones se hacen los ladrones; si cada uno se contentara con el suyo,<sup>186</sup> no habría horcas en el mundo.

Mucho me deslizaba; volvamos a nuestra senda, que totalmente me había olvidado de la señoría que sin pensar hallé en el convento, del cual aún [n]o he salido. Guzmán me soy, hijo de un gran señor. Hablemos con cordura, que, aunque es grave yugo<sup>187</sup> el de la honra, no es ligero el de la infamia. Tropezones hay en un camino y otro; probemos la fortuna de aquel, pues con tanto extremo me ha perseguido la deste, que, cuando no me vaya bien, fácil es sacudirla, como el asno la silla, y si no, andar al uso del tiempo;<sup>188</sup> caballos hay con albardas y asnos a la jineta.

---

<sup>183</sup> Nótese cómo el mero conocimiento de su noble ascendencia funciona, sin más, como llave conversora de la conducta de Guzmán. Se extrae de este pasaje una de las tesis centrales de la obra: la total disociación que se produce, mediante la fuerza de la sangre, del vicio y la virtud.

<sup>184</sup> 'Las acciones'.

<sup>185</sup> 'Qué me sucedía'.

<sup>186</sup> 'Con lo suyo'.

<sup>187</sup> 'yugo' en el ms.

<sup>188</sup> 'Disponer de una u otra según requiera el momento'.

Tal era mi discurso cuando, con el síndico del convento, se entró por la celda el santo religioso y le dijo que me entregase aquellos cuatrocientos escudos que él había depositado en su mano. Ya los tenía en las mías sin acabar de creerlo. Saqué diez doblones y, yendo a entregarlos al síndico para misas, no lo consentió, diciendo:

—No los reciba vuesa merced, señor Juan Martínez, que todos son muy pocos para la necesidad en que se halla este caballero. Yo diré todas las misas que fuere su gusto, sin más interés que recibir de mí esta buena voluntad.

Cuando oí nombrar a Juan Martínez, quedé sin sangre. «Ciertos son los toros,<sup>189</sup> —dije—, aquí se queda mi bolsa por las costas, que al que debe no hay plazo que no llegue». Era este Juan Martínez hombre de gran caudal y riqueza, a quien aquel padre segundo, con quien hice el noviciado de hijo, había quedado deudor de una gran partida. Temblando estaba, porque en no conocerme consistía la seguridad de mi bolsa,<sup>190</sup> cuando mi fraile dijo:

—Si vuesa merced supiera quién es este caballero, no dudo que en su mucha caridad hallara el socorro de mucho mayores cantidades.

Ya yo no sabía qué hacerme, porque el fraile parecía por decírselo; él, por saberlo y yo, por verme de allí a cien leguas por no pagar de la hacienda de mi verdadero padre la deuda del putativo. Y así, con grande prisa, le dije:

—No, padre mío, no conviene a quien tan mal ha tratado la fortuna como a mí, siendo quien soy como vuestra paternidad sabe, hacer ostentación de su calidad a vista de sus desdichas, que eso será doblarlas. Yo no quiero del señor Juan Martínez más que servirle.

Con esto atajé la plática, dejándole en mayor empeño, que el que en los primeros lances descubre el hilo de la codicia ni consigue el logro de su intento ni alcanza el premio de su estimación. También entre pícaros hay razones de Estado, como entre caballeros sinrazones de pícaros.

Despidiéndonos del religioso, salimos juntos los dos. Quiso el síndico acompañarme a mi posada y, viendo que no se lo permitía, casi por fuerza me llevó a su casa. Rehuselo cuanto pude y no pude excusarlo. Dios lo ordena todo; huyen los hombres de sus dichas temiendo sus pesares, y tal vez los topan adonde pensaban hallar sus dichas.

---

<sup>189</sup> Expresión que confirma la certeza de algo que se cree o se sospecha.

<sup>190</sup> 'Mientras no me conociera, no me arrebataría toda la bolsa en cobro de la viejas deudas de mi padrastro'.

Era el hombre viudo y tenía una hermana, mujer mayor, en su casa, que se la gobernaba; una moza berberisca<sup>191</sup> que los servía, y un criado solo, de toda broza,<sup>192</sup> destos por quien se dice entre paje y majadero, que con demasiada atención miraba mis acciones. Y mientras su amo se entró dentro, se llegó a mí y me dijo:

—Paréceme, señor, que ya en algún tiempo he visto a vuesa merced en esta ciudad.

—No dudo deso —le respondí yo—, que como ha tantos años sirvo a su majestad en la mar, muchas veces he llegado aquí.<sup>193</sup>

Con esto y con verme muy compuesto a lo soldado, con un vestido que de su persona me había dado el capitán de la galera, se desvanecieron sus sospechas.

El tiempo es variable en sus efectos, tal vez descubre los mayores secretos, y otras muchas [veces] borra de la memoria las cosas más patentes. Juntos los dos habíamos servido a aquella señora con quien mi madre se compuso; los años de mi ausencia le hicieron perder las especies de haberme visto.<sup>194</sup> Con esto me alenté mucho viendo que, pues él no me conocía, era defícilísimo reconocerme nadie.<sup>195</sup>

Púsose la mesa. El síndico y su hermana me ofrecieron el primer lugar della. Mucha fuerza me hicieron para aceptarlo, y por no parecer grosero en tomar el que a las mujeres se debe,<sup>196</sup> me puse en el peor, porque con la mujer nunca en ser cortés hay que perder.

Regaláronme mucho con varias y exquisitas cosas, no faltando el plato de más gusto que al convidado se ofrece, que es aquella alegría en que se reconoce el afecto de la liberalidad con que se hace; no hay cosa sin sazón con esta salsa, y sin ella en ninguna puede haberla.

Era la gente buena y virtuosa, como a breves lances reconocí dellos. Y después de haber comido, se movió la plática de cosas de Dios más que del mundo; y aunque no se esperaba de la profesión de mi hábito, de un san Pablo fue el papel que hice en ella.<sup>197</sup>

---

<sup>191</sup> *Berberisca*: perteneciente a alguna de las etnias autóctonas del norte de África.

<sup>192</sup> ‘Que servía para todo sin cometido específico’.

<sup>193</sup> El puerto de Sevilla era el más transitado en la época, en parte por su carácter fluvial que lo hacía más seguro frente a posibles ataques externos. De la muchedumbre que allí se concitaba se aprovecha Guzmán, astutamente, para evitar ser detectado. Ya es un pícaro converso que reniega de su pasado.

<sup>194</sup> ‘La hicieron borrar los recuerdos de mi persona’.

<sup>195</sup> Resuelve así Machado el problema de sucesivas anagnórisis.

<sup>196</sup> ‘El sitio en la mesa que se cede a las mujeres’.

<sup>197</sup> Según la tradición neotestamentaria (Hechos de los Apóstoles 9:1-18), la luz de Dios cegó a san Pablo, derribándolo de su caballo cuando este perseguía a los cristianos. La misma luz le mostraría el camino hacia la verdad divina.

Edifiquelos mucho con varios ejemplos de santos y personas de ejemplar vida y buenas costumbres. Inclináronse tanto que, creciéndole al síndico el deseo de saber quién era, para rastrearlo, me preguntó de dónde venía. Dije que de Italia, y refiriendo con noticias largas la grandeza de sus príncipes y pueblos, holgaronse mucho de oírme.<sup>198</sup> Y entre las personas conocidas suyas por quien me preguntaron, fue uno el capitán de galera napolitano con quien mi mujer se había ido.<sup>199</sup>

Mira bien cuál yo me quedaría, que las ofensas del honor siempre se ven en la cara. Respondí que bien le conocía por hombre rico de bienes y no pobre de vicios con que los dispende y gasta desordenadamente; pero que como mi mayor asistencia había sido en Roma, que había mucho tiempo que no sabía dél.

—En su oficio se ha muerto —dijo el síndico— por el más estraño caso que jamás se ha visto.

Su efecto hizo la venganza de mi agravio cuando tal oí. Revolvióseme la cólera; palpitaba el corazón encendiéndoseme la cara tanto, que muy fácilmente pudiera leer en ella el efecto de mi rencor y en mis movimientos la causa de mi inquietud. Y procurando reprimir mis acciones, por las cuales no fuera muy difícil el reconocermé, le pedí me refiriese el suceso, como en efecto lo hizo así.<sup>200</sup>

—Pocos años ha que, viniendo a España las galeras de Nápoles, era capitán de una dellas don Julio Campeche, que así se llamaba ese caballero. Enamorose en esta ciudad de una hermosa dama, que para serlo tenía facultad de su marido,<sup>201</sup> por ser hombre a quien la pobreza había puesto en semejante miseria, y a quien su mal proceder puso en otras no menos graves. Doña Gracia era su nombre, y mil dones de gracias tenía, con que toda la gente moza desta ciudad andaba revuelta. Al tiempo que a Italia volvía con las galeras, le tuvo ella de embarcarse en la de su amante, dejando la casa de su marido con las paredes solas.

---

<sup>198</sup> Siguiendo a Rosa Navarro, enmendamos *holgándose*, como aparece en el ms., por la forma perfectiva.

<sup>199</sup> Alemán, 2012, pp. 709, 710.

<sup>200</sup> Comienza aquí, por boca del síndico, la historia del capitán como otro más de los puentes que Machado se ve obligado a tender entre su obra y las dos anteriores de Alemán. De esta forma, se establece una cohesión argumental que pretende soslayar los problemas de verosimilitud que pudiera acarrear una tercera parte genéricamente tan distante de las dos anteriores. El narrador testigo remite a la vida pasada del pícaro como si de otra persona se tratara —a oídos del lector y a los del propio pícaro—, poniendo tierra de por medio entre su turbio pasado, y un presente con sólidas intenciones de cambio.

<sup>201</sup> Advuértase, tanto aquí como en las líneas sucesivas, el sentido irónico que el autor atribuye al término *dama*.

»Llegaron a Nápoles, adonde don Julio tenía la suya y su mujer, no menos hermosa que su dama, ni menos dama de lo que suelen ser aquellas que con la diversión de sus maridos su mismo desprecio las obliga a serlo. Sus divertimientos dél dieron causa a buscar sustituto de sus gustos.<sup>202</sup> Doña Claudia se llamaba; y don César, su galán; Camila la tercera,<sup>203</sup> que, por ser mujer de buen gusto en darlo a todos, había franqueado el mismo las puertas de su casa para que a todas horas entrase en ella.

»Esta, pues, tenía por huésped a doña Gracia, sin que doña Claudia lo supiese, que para cosas tales nadie observa mejor las leyes de una secretaria<sup>204</sup> que una tercera, jugando a todas manos sin descubrir el naípe.<sup>205</sup> Con la venida de don Julio a Nápoles, paró la continuación de visitas<sup>206</sup> entre doña Claudia y César; mucho lo sentían los dos, y no menos Camila por lo que interesaba en ello. Y estando juntas fabricando trazas<sup>207</sup> y modo para lograr, la una sus amores, la otra sus intereses, Camila la dijo así:

»—«Reina de mis ojos, vuestra calidad es grande; de lo mejor de Nápoles es vuestro marido; tenéis deudos honrados. Si esto viene a saberse, sin duda correremos las dos una misma fortuna; conviene gran cautela para poder lograr vuestros amores. Un medio se me ofrece en este caso, que es el único, para que con más facilidad consigáis vuestros deseos obligando a vuestro César, pues también sabe serlo en serviros, que es buscar a don Julio otro empeño; que el hombre divertido en casa ajena raras veces atiende a la suya. Una diversión levanta un sitio; un clavo, al otro; un amor, otra afición. Mujer fui de un soldado, así me lo decía, yo no lo entiendo ni es este mi oficio, pero por daros gusto y asegurar vuestra openión<sup>208</sup> y vida, nada será difícil a mi afecto, y muy poco imposible a mi deseo.<sup>209</sup> Mirad lo que mandáis; decid lo que queréis, que en vuestra mano está obedeceros quien nació para esclava de dos soles de que ese rostro es cielo.<sup>210</sup>

---

<sup>202</sup> 'Las infidelidades del capitán dieron pie a su esposa a cometer las suyas'.

<sup>203</sup> Adviértase el juego con el doble sentido de *tercera*.

<sup>204</sup> *Secretaria*: aquí tiene el sentido de «la que guarda secretos».

<sup>205</sup> De entre las habilidades celestinescas, es bien conocida la de aprovecharse de todas las partes implicadas en el enredo amoroso, sin desvelar a ninguna lo que pueda echar al traste su propia ganancia.

<sup>206</sup> 'Visitas'.

<sup>207</sup> 'Urdiendo planes'.

<sup>208</sup> 'Vuestra reputación'.

<sup>209</sup> Camila es el eje central de la narración del síndico. Su perspicacia y destreza en el arte de la manipulación sirven para dar una vuelta más al enredo, convenciendo a Claudia de que la única forma de que disfrute de los amores de César es buscándole otra amante a su propio marido. De esta forma, la situación permanece inalterada, pero Camila obtiene así los beneficios de un nuevo pagador.

<sup>210</sup> Los *ojos como soles* y el *rostro como cielo en el que brillan* constituyen, aquí en forma de chusca adulación, dos de las más comunes metáforas de nuestra tradición poética barroca.

Padres son de los celos el amor y la honra; quien a los inconvenientes de la falta desta saca la máscara y pierde aquel cuando debe tenerle, libre se queda de engendrar tales hijos, tanto puede la fuerza de un apetito en una mujer libre; la venganza, no menos en una depreciada. Verdugos son de su honor, cuchillo de su opinión, que con su mano ejecutan el golpe más cruel con que la pierden”.

»No pareció mal este consejo a Claudia, ni a Camila el aprobárselo, porque, sangrándose en salud,<sup>211</sup> dijo que en su misma calle paraba una moza española, de razonable cara y de muchas prendas, que, con empeñar con ella a don Julio, desempeñaría su intento.

»Despidiose de Claudia diciendo que iba a dar cuenta a su amante de lo referido para aliviar la pena que le daba la falta de su vista; así lo hizo, ostentándole el cauteloso enredo por único arbitrio<sup>212</sup> de servirle solo, siendo de tres el premio que aguardaba. Empeñado, pues, César como amante, en doblas como César se lo pagó luego; que para servicios tales los Acacios son Césares.<sup>213</sup>

»Contenta se fue a su casa Camila, adonde halló a don Julio haciendo su agosto, a quien con mil gracias Gracia entretenía. Y no con poca dijo ella entrando:

»—“Nora buena sea, y para bien se logre el santo matrimonio de Lutero, con fruto y bendición de Calvino y sus secuaces.<sup>214</sup> ¡Qué mala tarde me han dado, y qué cargada vengo de penitencias de un fraile, más escrupuloso que dama primeriza, con quien fui a confesarme para comulgar mañana! Esta vez lo hice y dos mil me he arrepentido, que a pan y agua me mandaba ayunar los viernes de todo el año; difícil me pareció la penitencia. Por mis achaques le dije me la comutase en misas, tantas como los viernes manda que sean, ¡abrenuncio!<sup>215</sup> Sobre los Julios y bolsa del señor don Julio, caiga tal sentencia.

---

<sup>211</sup> «Nunca dar satisfacción a quien no la pedía, y aunque se pida, es especie de delito si es sobrada: el curarse antes de ocasión es culparse; y el sangrarse en salud, es hazer del ojo al mal y a la malicia». Gracián, 2003, p. 477.

<sup>212</sup> Durante el siglo XVII, el término *arbitrista* se empleaba para denominar, tanto al mendicante que inventaba quimeras y pregonaba absurdas soluciones a los grandes problemas del Estado, como al tramposo que conseguía sus propósitos. *Arbitrio*: «Medio extraordinario que se propone para el logro de un fin» (DLE).

<sup>213</sup> Nótese aquí el doble juego que se establece entre el nombre del personaje y la figura de César Augusto, cuya escolta pretoriana percibía el doble de salario que los de inferior rango. Por otra parte, el antropónimo de origen griego *Acacio* (sobrenombre de Hermes), podría traducirse como ‘hombre sin maldad’, aquí en el sentido de incauto.

<sup>214</sup> A diferencia de los calvinistas, Lutero consideraba lícitas las segundas nupcias en caso de que el marido hubiera sufrido la traición del adulterio.

<sup>215</sup> *Abrenuncio*: «Interjección coloquial para dar a entender que se rechaza algo» (DLE).

Esto me faltaba, sobre cuernos cinco sueldos;<sup>216</sup> no me basta sufrir en mi casa estos gatuperios,<sup>217</sup> sino pagar de contado lo que otros han gustado. ¡Eso no, no, por cierto! Con la mano ajena sacaré la brasa que me quema, allá caiga el rayo en casa de Tamayo.<sup>218</sup> A su bolsa, rey mío, apelo de tal sentencia”.

»—“Pues, la pizperrilla<sup>219</sup> —dijo volviéndose a Gracia— no se eche de fuera y hágase de casa, pues está en la mía; que las limosnas que manda que yo dé correrán por su cuenta”.

»—“Por la mía correrá todo —dijo don Julio—, no se aflija vuesa merced, señora Camila, que las deudas de Gracia, de gracia las pagara yo todas, cuando no fueran tan debidas a la buena voluntad con que nos hace merced. Sosiéguese el ánimo, que es ya tarde, y haga penitencia con mi Gracia mientras mi desgracia me lleva a hacerla con doña Claudia”.

»Y, dejándolas, se fue a su casa. En esta conformidad pasaron algunos días. Aseguró Camila a Claudia el desempeño de su palabra, fingiendo tener ya acomodado su marido don Julio en la diversión y amores de Gracia, como si de antes no le estuviera. Pero el no poder lograr sin sustos los que ella y César tenían la daba grande cuidado. Y, viendo que su marido y doña Gracia habían salido para holgarse por unos días a una viña fuera de Nápoles —que de todo la daba soplo Camila—, se fue en casa de una hermana suya, no menos dama que ella, avisándolo a César para valerse de la ocasión. En todo hermanas eran las dos hermanas; todo se encubrían y nada se callaban, que una mano lava la otra, y ambas la cara. Y así fue fácil de conseguir que, a deshoras, por una puerta falsa, saliese Claudia aquellas noches en casa de Camila a entretenerse con su galán porque en la de su hermana no fuese sentida de los criados y criadas, de quien no se fiaban, como es bien que sea.

---

<sup>216</sup> En época de Carlomagno, tras decretarse que ningún cabrito podría costar más de cinco sueldos, cuentan que cierta mujer, en ausencia del marido, decidió comprar la pieza de carne pagando al carnicero con su cuerpo. Este, una vez satisfecho, no se dio por pagado y obligó a la mujer a abonar los cinco sueldos.

<sup>217</sup> ‘Intrigas’.

<sup>218</sup> *¡Allá darás, rayo, en casa de Tamayo!*: imprecación para desear que el mal recaiga sobre otra persona o cosa que no sea uno mismo. Recordando los versos de Luis de Góngora: «Allá darás rayo / en cas de Tamayo. / De hospedar a gente extraña, / o flamenca o ginovés, / si el huésped overo es / y la huéspeda castaña, / según la raza de España / sale luego el potro bayo. / Allá darás rayo / en cas de Tamayo». Góngora, 1967, p. 99.

<sup>219</sup> ‘Ganancia’.



»Sucedió, pues, que una noche, por haberse alargado más la conversación y cena, se acostaron tarde, entregándose al sueño, adonde los dejamos por saber lo que a Julio y Gracia ha sucedido.

»Quien con el diablo cava, la viña con él la vendimia. Mucho se habían entretenido en esta los dos amantes aquellos días. Descuidados estaban una noche, logrando la felicidad de sus amores, si tal nombre puede darse a empleos tales, cuando el cielo, que más sufre, cansado de sufrir tanto, con temerarios truenos amenazaba su castigo.

»Levantose don Julio a buscar luz a otra pieza y, volviendo con ella, vio a Gracia entre llamas de fuego abrasarse en el que un rayo había encendido. Sacola con gran priesa de la cama, que al infierno parecía, lugar adonde doblados adulterios se la tenían hecho y, aún viéndola insensible, así la exhortaba:

»—“Pide perdón a Dios, bien mío, de tus pecados; el corazón lo diga si no puede la lengua. Apriétame la mano en señal que me entiendes”.

»Esto y semejantes cosas la decía, pero de balde todo, pues todo era escusado a quien estaba sin vida.

»¡Oh, desgracia infeliz! ¡Oh, hora infausta en que a tal estado llega una alma! ¡Que el mismo que fue cómplice en los delitos de la vida sea el que recuerde el arrepentimiento dellos en la muerte! No fue singular este suceso en el mundo; y son tantas las ocasiones semejantes en que tantos se ponen, sin temerlas, que me admiran. ¡Oh, miseria humana! ¡Oh, locura del hombre que tan engañado vive, comprando por tan breve gusto tan larga pena!

»Viendo, pues, don Julio el castigo del cielo ejecutado tan repentina y impensadamente, por ocultarlo al mundo, metiendo en su coche a la difunta, se partió luego para que en casa de Camila, su tercera, publicase haber sucedido. Llegó a Nápoles antes de amanecer y, entrando en la calle donde ella vivía, dejó un poco atrás de su casa el coche. Fue a prevenir la entrada, abrió la puerta con llave que tenía della, muy despacio, por no ser sentido y, con la luz que estaba en el aposento de Gracia, reconoció en su cama a Claudia, su mujer, con don César. Dio vuelta a la llave y, al sacarla, con la turbación, no pudo ser de modo que no fuese sentido; echó mano a la espada y, antes que de una pistola César lo hiciese, ya él con ella había ejecutado en Claudia una mortal herida. Tirole su contrario al tiempo mismo que de parte a parte le había atravesado el cuerpo; y viniendo a brazos, a pocos lances, cayeron los dos muertos en el suelo.

»Al tiro de la pistola y voces de los tres, despertó Camila y una mozuela que tenía. Fueron tales las suyas que, alborotándose la calle, concurrió gente y luces. Toparon solo el coche que había desamparado el cochero por salvarse; corrieron la cortina; reconociose Gracia por la vecindad toda. Vino la justicia; mandó llevar el coche a casa de Camila y, rompiendo las puertas, toparon a Julio y César ya sin vida, y a Claudia en la última hora de la suya, para testigo de su tragedia; que, después de confesarse, espiró con muestras de arrepentimiento. Prendieron la tercera y criada; a esta azotaron con destierro, y aquella en la horca pagó lo que debía.

A todo estuve atento y, levantando los ojos al cielo, entre mí dije: «¡Bendito seáis, señor, que así sabéis castigar ofensas vuestras! Quien en vuestra mano deja las suyas, seguro tiene el desagravio».

Al síndico y su hermana mostré admiración grande de tan extraña tragedia y casos tan infames, como si yo no fuera la persona a quien tocaba el primer papel dellos.

### CAPÍTULO III

#### *Guzmán de Alfarache se despide del síndico y confesor de su madre. Prosigue su romería*

Con esto se pasó la tarde y, agradeciendo el agasajo que el síndico y su hermana me habían hecho, no pude excusar que no me acompañase a mi posada. Era ella tal que, compadeciéndose de verla, me quiso volver a la suya; no quise aceptarlo, con que obligó a la huéspeda a que por su cuenta me diese otra más a propósito.<sup>220</sup> Así lo hizo, y allí me quedé aquella noche. Y al amanecer me fui al convento, adonde, hallando a mi fraile, le referí la merced que del síndico había recibido, suplicándole se lo agradeciese. Pidiome licencia para decirle quién yo era, diciéndome que con otros de muy diferente calidad había hecho grandezas y obrado liberalidades no esperadas de su persona, si bien dignas de un ánimo generoso. Por cumplir su deseo y lograr mi intento, vine en ello, suplicándole con grandes encarecimientos me hiciese merced no decir quién era mi madre, porque así convenía para que no supiese el miserable estado a que mi fortuna me había traído. Pareciple muy bien esta cautelosa advirtencia, atribuyéndola más a mi vergüenza que a mi recelo.

Madre es la diligencia de la buena fortuna. Apenas habíamos acabado de conferir lo referido, cuando por la celda<sup>221</sup> se nos entró el síndico. Mucho se holgó de hallarme en ella, y no menos yo que él llegase a tan buen tiempo. Diole el fraile las gracias de lo que conmigo había usado,<sup>222</sup> y en la forma referida dijo quién yo era.

—Pues, ¿cómo, señor —le volvió el síndico—, habeisme negado un hijo de un padre que tanto me obligó?,<sup>223</sup> porque de su mano puedo decir que he recibido una grande parte de mi hacienda, por las ocupaciones que por intercesión suya en esta ciudad tuve. ¡No permita Dios que yo sea ingrato con un hijo de un señor a quien tanto debo! Dueño

---

<sup>220</sup> ‘En mejores condiciones’.

<sup>221</sup> *Celda*: «Aposento destinado al religioso o religiosa en su convento» (DLE).

<sup>222</sup> ‘Por los favores que me había hecho’.

<sup>223</sup> *Obligar*: «Ganar la voluntad de alguien con beneficios y obsequios» (DLE).

sois de mi casa que, aunque es corta jaula para tan gran pájaro, suplirá la voluntad las faltas que halláredes.<sup>224</sup>

Mucho le agradecí tan largo ofrecimiento, pero a los dos dije que era forzoso partirme el siguiente día a Santiago de Galicia vestido de peregrino, por voto que, en un peligro grande del que él me sacara, había hecho. Despedime del religioso; llevome a su casa el síndico, adonde espléndidamente fui hospedado. No sabían qué hacerse; todos me regalaban. Mandó luego llamar a un sastre; comprose tela y recados;<sup>225</sup> hízome vestir, y complidamente me compuso de peregrino en mi patria, sin consentir que yo pagase cosa alguna por más que intenté hacerlo.

Allí me detuve más un día por no desconsolar a quien con liberal mano despendía conmigo su hacienda. Por una parte, deseaba el partirme, y por otra, el quedarme.<sup>226</sup> Mira lo que hace una ocasión de buena suerte, pues en esta deseé de ser dos, habiendo deseado en muchas de no ser uno. Todo lo trueca el tiempo y la fortuna. Al invierno lluvioso sigue el verano hermoso, pero el no ser posible dejar de cumplir mi voto me obligó a poner en efecto mi partida.

Madrugué temprano; fuimos los dos juntos al colegio de la Compañía a oír misa, pues por ella y cebada no se pierde jornada.<sup>227</sup> Pareciome que sería bien confesarme y, aunque lo hice más de sobre peine que de raído,<sup>228</sup> comulgué con mucha atención; y cierto que no se me acuerda si fue más la que a Dios tuve, si la que a la bolsa de Juan Martínez tenía. Niño era aún entonces mi arrepentimiento; aún no estaban en la cuna mis virtudes, y así no me aseguro de lo bueno por estar siempre dudoso de lo malo. Fuese lo que fuese, no me quiero hacer contigo santo ni pecador con nadie. A Dios y a Juan Martínez hice mi confesión, en esto me afirmo, juzgue tu malicia o piedad lo que fuere tu gusto. Si algo tuve de hipócrita, Dios me lo perdone que, en efecto, no dejé de edificar al prójimo.<sup>229</sup> Si

---

<sup>224</sup> La forma arcaica del imperfecto de subjuntivo aparece frecuentemente, en la segunda persona, tanto del singular como del plural.

<sup>225</sup> *Recados*: objetos necesarios para el viaje.

<sup>226</sup> La sustantivación de ambos verbos pronominales se hace habitual a lo largo de todo el siglo XVII: «[...] Ya que es forzoso el partirme / y el quedarme es por demás, / en cierto modo procuro, / cómo partir y quedar [...]» De Castro, 1997, p. 747.

<sup>227</sup> «Por oír misa y dar cebada no se pierde la jornada, o por herrar y dar cebada» (*Correas*). En cualquiera de sus dos versiones, dice el refrán que no se desatiendan las obligaciones primeras por la premura de otras.

<sup>228</sup> 'hice una confesión superficial, más por cumplir que otra cosa'.

<sup>229</sup> Aparece en el ms., sin excepción, la forma 'prójimo' que, a partir de este punto, enmendaremos para evitar malentendidos entre adjetivo y sustantivo.

no eres casto, sé cauto,<sup>230</sup> que el hipócrita y lujurioso así quitan el reposo. Quien se olvida de sí por el extraño, ajeno es el bien y propio el daño.<sup>231</sup>

No lo consiguió mi bolsa en este lance, pues, acabando de comer y despidiéndome de mi buen síndico, le añadió cien doblones. Cuando Dios quiere, en verano llueve; si con Dios andas, él te llena las mangas. Preguntome si necesitaba de más, dije que solo de tenerme en su memoria, para mandarme que le serviese en toda parte adonde me llevase la fortuna.

Con esto nos apartamos y tomé el camino de Ayamonte para entrar por allí en el Reino del Algarve,<sup>232</sup> pero ir a pie y hacer cortas jornadas fue causa de detenerme algunos días primero de llegar a aquella villa, adonde, pasando por la plaza, vi que a pregones se estaba vendiendo una esclava en ella.

La cara y manos, blancas; estas tenía atadas, y en arroyos de agua desatados los ojos. Eran los sollozos tantos, y tantas las demostraciones que hacía a cada lance, que alteraban los circunstantes que, moviéndome a lástima, me llegué a preguntar a un mancebo, que vi más empeñado en la compra della la causa de su sentimiento. Díjome que era cosa suya, y por haberse casado sin licencia de un mercader de Sevilla de quien era esclava, la vendía a quien más diese por ella, y que por ser él pobre y no tener con qué pagar tan alto precio, suplía el de sus lágrimas y fineza lo que no igualaba su bolsa. Con tantas señas hice más reparo, y conocí ser la misma que en casa de mi ama tuve por amiga, y en la prisión por remedio de mi necesidad.<sup>233</sup>

Duplicábanse los pregones, los lances se alteraban, crecía el llanto, aflegíase el mozo. Y aguardando el último remate de su precio, ciento y cincuenta ducados fue el postrero; y yendo ya a entregar la candela al que los ofrecía, díjeles que parasen.<sup>234</sup> Pergunté a la esclava si me conocía, respondiome que no.

---

<sup>230</sup> «Si no eres casto, sé cauto» (*Correas*).

<sup>231</sup> No he encontrado documentos que reflejen los últimos dos refranes.

<sup>232</sup> El Reino del Algarve fue considerado como tal, por ser autónomo del resto del país Luso, hasta que el 16 de febrero de 1267 se firma el Tratado de Badajoz. A raíz de este, las Coronas de Portugal y de Castilla deciden establecer las marcas fronterizas que hoy lo delimitan.

<sup>233</sup> «Con esto la engañé, la robé y, sobre todo, la injurié, ofendiendo su casa; pues, teniendo en ella para su servicio una esclava blanca, que yo mucho tiempo creí ser libre, tal en cautelas o peor que yo, me revolví con ella. No sé cómo nos olimos que tan en breve nos conocimos. A pocos días entrado en casa, no había orden para poderla echar de mi aposento». Alemán, 2012, p. 719.

<sup>234</sup> Era costumbre que, en las subastas populares, se encendiera una vela que iba pasando de mano en mano entre los postores hasta que la llama se apagaba, poniendo de este modo fin al concurso.

—Pues, ¿cómo, Esperanza, no me conoces habiendo sido esclava mía —la dije—, y yo tu dueño?

Viendo ella que yo la llamaba por su nombre, al punto me conoció; y echándoseme a los pies, muda la lengua sin formar palabra, hablaron los ojos. Tomé la candela en la mano y púsela en la del marido diciéndole:

—Tomad, que el morir y el casar todo es uno. Mujer tenéis libre; y aquí, el precio de vuestra Esperanza.<sup>235</sup>

Paguelo en doblones, dejando a todos admirados que un peregrino pobre excediese en ánimo a un mercader rico.

Por no ser prolijo dejo de referirte lo que marido y mujer conmigo hicieron. Él estaba atónito de ver lo que con ellos había hecho; y ella, de verme en estado de poder hacerlo, me dijo:

—¿Qué es esto, señor capitán?, ¿vuesa merced ha dejado su galera?

Yo la respondí cómo su majestad me había dado licencia y dineros para ir a cumplir una promesa y voto que había hecho. Y como corrió la voz de lo referido, por más que general me tuvieron todos en Ayamonte. No hay felicidad mayor que el saber uno lograr lo que tiene para tener lo que desea; como una santa calló ella mis defectos: dignáreme, laudárete. Candados pone en la boca el que abre la de su bolsa;<sup>236</sup> llave pone en los labios quien da penas por agravios; si quieres que no ladre el perro, échale un hueso; la máscara de tus defectos serán tus dádivas, y su pregonero, tu avaricia.

A más llegó el lance que a generales aplausos, pues, viendo el mercader lo que yo había hecho con su esclava, vino a buscarme luego, envidiándome<sup>237</sup> la acción; que también hay mercaderes bizarros como caballeros mercaderes.<sup>238</sup> Llevome a su casa; con mucho regalo me trató en ella, porque, sobreviniéndome un poco de calentura, me asistió con todo lo necesario. Sangreme algunas veces, y por orden de doctor portugués, me purgué con unos piñones confitados del Brasil.<sup>239</sup> Hice algunos cursos,<sup>240</sup> y al tiempo que

---

<sup>235</sup> Pese a que, del juego de palabras, se infieren antropónimo y nombre propio en posición simétrica, preponderamos el primero de ambos.

<sup>236</sup> ‘Quien abre la boca de su bolsa de dinero’.

<sup>237</sup> Entiéndase aquí *envidiar* en un sentido elogioso.

<sup>238</sup> Nótese cómo, a pesar del carácter benevolo de la sentencia, se hace prevalecer la mala fama de usureros que tenían los mercaderes, y se aleja a la nobleza de sus actividades comerciales.

<sup>239</sup> Se refiere al *pinhão-manso* o *jatropha curcas*, que, en pequeñas dosis tiene propiedades laxantes, pero cuya toxicidad lo hace peligroso en ingestas superiores.

<sup>240</sup> ‘Tuve algo de diarrea’.

fue necesario parar con ellos, con beber un vaso de agua fría cesaron. Viendo yo su fácil operación, siendo naturalmente estítico,<sup>241</sup> para lo que pudiese suceder, me previne de una cajilla dellos que metí en mi faldriquera.

Doce días estuve allí. Y ya convalecido, agradeciendo mucho al mercader el regalo que me había hecho, al tiempo de despedirme dél, en presencia de Esperanza y de su marido, que un punto no se habían apartado de mí, me dio ducientos escudos. Rehusé el tomárselos con muchas instancias por no deslucir mi acción, pero, entendiéndolo él, me dijo:

—Ya, señor mío, habéis obrado como quien sois, y es pública a todos la generosidad con que castigastes el defecto de mi desatención. Permitid que le enmiende con tomar de mi mano estos escudos.

Mal podía yo resistir a tan forzosas razones. Alargué la mano, como el médico, y también alargara la enfermedad si a respecto de otros doce días se me doblara la dádiva de ducientos escudos; al fin tomé la ofrenda y bendije la prenda. Destas heridas muera quien bien me quiera. Él se quedo vano, y a mí, sana la mano; quien da por envidia ajena, en dos vicios se condena.

Por Castro Marim entré en el Reino del Algarve, y hasta llegar a la ciudad de Lagos no me sucedió cosa digna de referirse; y aquí tuve un suceso en que pudiera sucederme bien mal;<sup>242</sup> y, aunque estaba inocente, me vi en gran peligro; que ni siempre las dichas corren viento en popa.<sup>243</sup> Omitirte quisiera este cuento, pero como hay cosas que ofendiendo a unos a otros entretienen, si fueres melindroso y no te oliere bien, pasa a otro capítulo.

Topé unos arrieros, antes de entrar en Lagos, que llevaban una mula de vacío,<sup>244</sup> y aunque era de albarda, como no iba bueno, dispensé en los dos puntos del voto de ir a pie y, siendo caballero, cabalgar sin silla. Lleváronme a su posada, diciéndome que era la mejor de la ciudad, y que, pues iba malo, me regalarían mucho las sobrinas de la huéspeda.<sup>245</sup> Fue su dicho su hecho, porque, en diciéndolas que no iba bueno, me

---

<sup>241</sup> *Estítico*: estreñido.

<sup>242</sup> ‘En el que pudo sucederme mala cosa’.

<sup>243</sup> La utilización de la conjunción *ni* como adverbio de negación es habitual a lo largo del texto; resulta hartamente confusa, y asemeja la cláusula a la primera proposición de una oración disyuntiva.

<sup>244</sup> ‘Mula destinada al transporte de objetos en la albarda y no apta para la monta’.

<sup>245</sup> Se establece aquí un juego con el doble sentido del verbo pronominal *regalar* ‘procurar comodidades a alguien’, y *regalar* en su acepción insinuativa.

señalaron un aposento con buena ropa y cama adonde, después de acostarme, entraron ellas, que eran tres, un poco seseosas<sup>246</sup> y mucho relamidas. Gestosas sobre modo; y sin embarazo alguno me entertuvieron mucho cantando algunas tonadillas portuguesas, que al son de unas sonajas y pandero en cualquier otra parte pudieran ser de gusto; sin embargo, que la que era más moza y que las dos hermosa<sup>247</sup> estaba muy quebrada de colores de unas grandes tercianas<sup>248</sup> que la maltrataban.

Hízose hora de cenar; pedí dos huevos. Al instante me los trajeron con mejor sazón y gusto que en la venta cerca de Sevilla, si bien, al tragar estos me tuvo revuelto el estómago la memoria de aquellos,<sup>249</sup> por lo cual, viéndome repleto, saqué mi cajilla y, tomando tres o cuatro piñones para removerme, dejela en un bofete<sup>250</sup> cerca de mi cama. Mandé traer un vaso de agua; púsele al sereno. Todo ellas lo vieron y, cerrando mi puerta por asegurar mis doblones, me volví a la cama.

No había dormido dos horas cuando sentí tan grande alboroto en toda la posada, que pensé haberse muerto los dueños della. Las voces que más se oían eran de las sobrinas. Esta decía:

—¡Oh, Jesús, que me han muerto!<sup>251</sup> ¡Virgen santísima, valedme, que me muero!

Repetía aquella:

—¡Confesión!, ¡Confesión!

Pedía la otra:

—¡Llamen al cura, que es imposible llegar a la mañana!

Sobre todas, las de una mozuela, por no entenderla, me daba más que entender, que, puesta en una ventana a la calle, decía:

—¡Aquí del rey! ¡Aquí del rey, que han muerto aquí tres mujeres! ¡Llamen a la justicia! ¡Llamen al corregidor!

Levanteme de la cama a ver lo que era y, yendo a abrir la puerta, la hallé cerrada. Daba voces, y nadie me respondía.

---

<sup>246</sup> ‘Seseantes’.

<sup>247</sup> ‘A pesar de que la que era más joven y hermosa de las dos’.

<sup>248</sup> *Terciana*: «Calentura inminente que repite al tercer día» (*DLE*).

<sup>249</sup> Alemán, 2012, p. 71. El famoso episodio de los huevos podridos sirve aquí a Machado para introducir otro, también de corte escatológico, como se observará al final del mismo.

<sup>250</sup> *Bofete*: mesa pequeña.

<sup>251</sup> Es común a lo largo de todo el texto encontrar la forma *muerto* como participio.



Jamás pude conjeturar qué era aquello, y como no entendiese qué quería decir «¡Aquí del rey!», que es lo mismo que pedir favor a la justicia, y se me acordase que, como los ingleses por el rey Arthur, apellidaban<sup>252</sup> los portugueses por el rey don Sebastián, se me figuró que con alguna armada de moros había aportado allí aquella noche, y que a fuego y sangre asaltaban la ciudad aquellos bárbaros, porque entre cristianos no era posible estar al encubierto tanto tiempo. Estuve con grande atención a ver si oía su nombre. Por otra parte, el ser castellano, la puerta cerrada, sin haber quién me dijese cosa alguna ni persona en la casa a quien supiese el nombre para llamarla y saber el motivo de aquel alboroto, todo me había puesto en gran cuidado y acrecentaba las sospechas que tenía, juzgándome ya prisionero suyo, y que al fin solo yo vendría a pagar por todos. Una y otra cosa, piñones y sobresalto, hicieron su efecto. Todo me olía malo, uno y otro rebato me daban tanta prisa que, por cesar los cursos, me bebí el vaso de agua que tendría media azumbre.<sup>253</sup>

Vestime con diligencia y, apenas lo había hecho cuando, con grande estruendo y tumulto de gente se me entró por la puerta el corregidor, Merino, escribano y alabarderos; y sin decir cosa alguna, atándome las manos, me llevaron a la cárcel. Llamaron al verdugo para darme tormento. ¡Mira cuál yo, pobre penitente, me quedaría con tales acólitos al lado!

—¡Desnúdese! —me dijo el corregidor.

—Pues ¿qué términos de justicia son estos? —respondí yo—. ¿Por qué y para qué me he de desnudar?, ¿qué culpa he cometido? ¿Por qué se hace esta diligencia?, ¿con qué prueba me ha vuesa merced condenado?

—Con esta —volvió el corregidor.

Y abriendo mi cajilla de los piñones prosiguió:

—Con esta ponzoña con que habéis muerto tres mujeres.

Y, preguntándome si era mía y diciéndole que sí, volvió él:

—Pues con esto quedan acabando las sobrinas de la huéspeda.

Comencé a reírme; y él a encolerizarse tanto que fue menester, para desculparme, comer, a vista de todos, cuatro o cinco piñones que habían quedado; y diciéndoles lo que

---

<sup>252</sup> 'Aclamaban'.

<sup>253</sup> *Azumbre*: «Medida de capacidad para líquidos, que equivale a unos dos litros» (*DLE*).

eran y para qué los traía, y que fuesen luego a la posada, porque con agua que les diesen del sereno, cesando la causa de su mal, verían la poca con que me habían preso.

Hízose así, pero como la cantidad que ellas habían comido fuese mucha, púsolas a pique de morirse. Dos días me detuvo el corregidor, al fin de los cuales me mandó salir de la cárcel. Fuime luego a la posada, adonde hallé ya buenas las enfermas, y sin tercianas la que las tenía por lo mucho que le hicieron purgar mis piñones.

—¡Malas peladillas le dé Dios! ¡En confites de ahorcado se le vuelvan —me dijo la huéspeda—, que así paró mis pobres muchachas! Media caja de pebetes<sup>254</sup> y pastillas he gastado, y aún está mi casa mal olorosa.

Yo me disculpé con no se los haber dado; y al fin vinieron a confesar su golosina, y que por un abujero, que estaba cerca del bofete en que yo los había puesto, me habían sacado la caja de los piñones. Cuatro escudos di a cada una, con que, dejándolas buenas y contentas, me partí aquella tarde a Lisboa.

Mal convalecido salí de Lagos; íbame deteniendo en el camino, porque no caminaba sino por las mañanas y tardes, y aún así sentía grandes calores por ser la tierra de pocos reparos para su defensa.

Topé una jornada antes de Setúbal dos peregrinos. Dijeron que iban también a Santiago y ver a Lisboa de Camino.<sup>255</sup> Alentome mucho encontrarlos, porque a pocos lances eché de ver que eran hombre entendidos, y en aquel traje mostraban ser personas de respecto. De mí —entiendo— tuvieron la misma presunción, por no pesarles me juntase a su compañía. Fuimos caminando los tres un largo espacio, y por hallar sitio a propósito y repararnos del calor, nos sentamos a la sombra de una encina para pasar allí la siesta, por no nos ser posible con el sol llegar a la venta que estaba legua y media adelante. Allí comimos de lo que llevábamos, que era bien poco, si unos pastores no nos socorrieran con queso y leche, muy excelente y bueno.

Cuanto más me iba empeñando en su conversación, mejor me parecían, por echar de ver que eran hombres doctos en letras humanas. Apenas tocaba yo una historia cuando me dejaban sin hacer baza. Tenía alguna presunción de mí, pero en aquella ocasión la perdí toda; quedé rebotado como perdigón de jaula, porque el paso, que en sus discursos

---

<sup>254</sup> *Pebete*: «Pasta hecha con polvos aromáticos, regularmente en forma de varilla, que encendida exhala un humo muy fragante» (*DLE*).

<sup>255</sup> Se registran en la época algunas alternancias de este tipo, de presencia o ausencia de la preposición *a* precediendo al topónimo.

iba descubriendo tierra, perdiendo el pie della en los míos, rendía a los suyos mi voluntad por esclava; y no sé qué me tengo, que, aún en estado de pícaro, siempre me pagué de hombres de buen juicio. A cualquier señor que no fuese entendido no respectaba en nada, y a cualquier picarón que acertase serlo guardaba más respecto. Tantas ventajas hacen las prendas de la alma a las de la fortuna, que con su poder estas no pueden vencer aquellas.

Siempre me hablaron estos peregrinos en castellano, con tanta propiedad como si fuera su propia lengua; con los pastores, la portuguesa, y repitiendo algunos versos del Petrarca, me dieron ocasión de hablarles en toscano; respondiéronme como si fueran nacidos en Italia; el francés, de que yo sabía un poco, no tengo que encarecértelo, pues era su natural idioma.

No sé a quién no mueven prendas tales, que aquí te confieso deseé de ser un grande príncipe para estimar estas con obras iguales a las palabras con que lo hacía. Así lo dije a los dos; y agradeciéndomelo ambos, el uno dellos, que parecía mayor en edad, dijo:

—Pues, señor, eso que decís es lo que muchos años nos trae peregrinando por el mundo. Eso es lo que buscamos sin hallarlo en toda Europa; por todas las mayores poblaciones della habemos discurrido sin haber topado mercader de nuestras drogas. A este le parecen cosas muy viejas las ciencias, roídas de la carcoma, poco necesarias a unos, y menos útiles en otros que la buena fortuna; no hay escuelas adonde se enseñe, pues mil veces se ve conseguir el necio lo que el sabio no alcanza. Al otro, corta la vida para aprender ciencias largas, que de ninguna totalmente está perfecta la enseñanza, y que hay en todas ellas diversos autores de diferentes openiones; que el uno dice cesta, y el otro ballesta;<sup>256</sup> y los más convienen que de las cosas dudosas no es razón que sea cierto el premio, con que venimos a perderle los que habemos estudiado, de la mayor parte de los hombres, por ser poquísimos los que continúan las escuelas.<sup>257</sup>

»Todo lo caduca el tiempo. La openión de los más vence la verdad de los menos; con lo cual, vienen hoy a ser las ciencias alhajas incapaces de grandes señores, adonde todo se quiere flamante, nuevo y al uso. ¡Oh, miserables tiempos en que los caballeros hacen gala de no saber, y los que piensan saber algo, de no parecer caballeros! Al que les quita la honra, dan su hacienda unos; otros la quitan al que pudiera honrarlos, no saben

---

<sup>256</sup> «Decir en uno cesta y en otro ballesta. (Por poco concierto en hablar).» (*Correas*)

<sup>257</sup> La nostalgia por las buenas costumbres, la perfección moral, la instrucción y los auténticos valores del caballero, que deben delatar —y no delatan— al que no lo es, se presentan como ideas recurrentes a lo largo de todo el texto. Del mismo modo, vemos de nuevo al trasluz de este pasaje a un Machado de Silva inmovilista y en férrea oposición a cualquier forma de arribismo.

ganarla con los cuerdos y saben perderla con los locos. No son estos accidentes del tiempo ni acasos de la fortuna,<sup>258</sup> sino enfermedad de los siglos en quien las ciencias y las virtudes se desprecian, y los vicios y maldades se premian.

»Así como en los hombres fue descubriendo el tiempo nuevas enfermedades, sucede en sus discursos. Perdida está hoy aquella antigua estimación, aquel común aplauso, aquel venerando respecto de los antiguos filósofos: hombres eran aquellos, y no ángeles; y aunque de ángeles parezcan sus escritos, no fueron más que de hombres, si bien de hombres grandes, y sobre tales chapines pudiera nuestro ingenio alargar más el paso; y aunque fueran pigmeos en hombros de gigantes, más tierra nos pudieran descubrir, pues de más alto vieron. Todos lo consideran así, y pocos lo ejecutan deste modo. Está muy en los principios el contagio, no conocen la cura o la locura; crecen los enfermos, son pocos los doctores, no hay medecinas eficaces con que poder curar las faltas que proceden del juicio sino los premios,<sup>259</sup> y adonde faltan estos, siempre han de sobrar ellas.

»Lo más difícil, lo más arduo y casi lo imposible a las fuerzas humanas vence el premio. ¿Qué hay que no intente, a qué no se abalanza? ¿Qué hay que no consiga, y qué es lo que no logra? Lo arduo facelita, lo difícil allana, arrasa los montes, rompe las murallas, surca los mares, conquista los antípodas, hace las monarquías, sustenta los imperios, humilla los soberbios y exalta los humildes. Entre los filisteos e israelitas, Goliat, soberbio, resuelve la batalla a singular contienda.<sup>260</sup> Temen su valor todos, todos recelan sus fuerzas; su grandeza los atemoriza, su arrogancia los acobarda; y, juzgándose todos desiguales en todo, ya ninguno acepta el desafío; pero a vista de un tan grande premio, cual era la hija de Saúl, su propio rey, que ofreció por esposa al que le venciese, sale David al campo siendo un pobre pastor, y una honda por armas le rinde la victoria.

»Tanto ahondan los premios, aun en los humildes, que un pastoril cayado vuelven cetro regio; y tanto la falta dellos desvanece, que al más grande valor atemoriza y al mayor ingenuo desalienta. ¡Qué de ejemplares destos de las Sagradas y humanas escrituras pudiera repetir en este caso! Pero cuando los pasados nos enseñan el reparo de los presentes, y los presentes la prevención de los futuros, y, tropezando en aquellos nos deslizamos a esotros, de balde es gastar tiempo enseñando el espejo al que en él no se

---

<sup>258</sup> 'Casualidades'.

<sup>259</sup> Entiéndase aquí por *premios* las recompensas que mueven la voluntad a esfuerzos de virtud o bizarria.

<sup>260</sup> 'contenda' en el ms.

mira, ni mostrar el camino a aquel que no le sigue. Moneda antigua fueron los talentos<sup>261</sup>; no corre en nuestro siglo, y por esto faltan.

Otras muchas cosas dijo a este propósito aquel buen peregrino, que sin ser peregrinas en nuestra Europa las desconocen muchos. Dejo de referirlas porque veo que dices que por boca de ganso<sup>262</sup> lo quiero decir todo; si te pican, ráscalas; si te comen, quítalas, que yo digo lo que me han dicho; lo que oigo, escribo; lo que pasó, cuento; y de aquel que no calla sus defectos no pretendas que encubra los ajenos.

Lo cierto es que con mucha atención escuché todo por ser al gusto de mi paladar semejantes documentos, y por me agradar tanto la enmienda de ajenos errores como sentía la de los propios; más me ofendía el átamo<sup>263</sup> en el ojo de mi vecino, que la viga en el mío.<sup>264</sup> Siempre hace el amor propio de lo malo bueno; los malos y los buenos con antojos<sup>265</sup> miran todos: unos engrandecen ya los males, ya los bienes; otros aquellos y estos demenuyen. En todo son los hombres diferentes, y cada uno dice la feria como le va en ella;<sup>266</sup> el que topa buen camino alabe su destino.

Al paso que yo me iba alejando de malas compañías de hombre viles y malos, me las daba Dios buenas de nobles y entendidos; que el que a los vicios huye las virtudes descubre; quien se acerca a los buenos, no le hace Dios menos;<sup>267</sup> y el que a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija; quien a Dios sirve, aún forzado, le paga Dios de contado. Mucho deseé siempre de ser bueno en los principios de mi vida, pero llegando el caso, no lo ejecutaba; y ahora, en los fines della, me fuerzo para serlo, porque es cosa debida a mi sangre, sin poder conseguirlo: esto es infalible; cree tú lo que fuere tu gusto, y Dios me haga bueno ya que hacerme no puedo.

Mucho deseé saber quién eran los dos peregrinos, y en el discurso de la plática entendí llamarse al mayor Propercio; Ricardo, el otro, nombres que tuve por supuestos, y supuse no averiguarlo por entonces, que es ignorancia grande intentar saber uno más de

---

<sup>261</sup> Como unidad de medida monetaria, fue utilizado el talento por griegos y romanos y era equivalente al volumen de agua que podía albergar una ánfora, o a su correspondiente peso en oro o plata. Podría verse también una soslayada alusión a la *Parábola de los talentos* (Mateo, 25:14-30).

<sup>262</sup> 'Por boca de otros'.

<sup>263</sup> 'Átomo'.

<sup>264</sup> Siguiendo con el *Evangelio de San Mateo*, se alude aquí a la *Parábola de la paja y la viga* (Mateo, 7:1-5).

<sup>265</sup> 'Anteojos'.

<sup>266</sup> «Cada uno dice de la feria como le va en ella.» (*Correas*)

<sup>267</sup> Nótese la intención recta de la expresión en comparación con el sentido tergiversado de "arrimarse a los buenos" que tiene para Lázaro de Tormes, ejemplo seguido de su madre. Allí son los buenos todos aquellos de quien se puede sacar algún provecho. *Lazarillo de Tormes*, 2011, pp. 7.

lo que le dicen en tales casos. Así lo hacían ellos; pero con gran cautela, de palabra en palabra, me fueron empeñando a decirles mi nombre y apellido. Equívoca en todo fue la relación que hice para que, escogiendo ellos lo mejor, no les pareciese perjudicial mi compañía; en nada les mentí, mis trabajos les dije, si bien de máscara todos, que al confesor y doctor verdad dirás en rigor;<sup>268</sup> su secreto pone en la calle quien quiere que otro se lo calle. Para que te enmiendes si eres malo, no te encubro los tránsitos de mi vida; y si eres bueno, para que a Dios alabes y le des gracias. Esto es lo que me mueve a no callarte nada, que no hay ley divina ni humana que obligue al hombre a decir sus defectos, y al que no puede remediarlos<sup>269</sup> es necedad el decirlos.

Díjeles quién era mi padre, mis deudos y parientes, y cómo había vivido muchos años sin saberlo, pensando ser hijo de otro. Conocióale Ricardo; admiróse de ver lo mucho que en la cara y voz éramos parecidos. Como el oro es la sangre ilustre, que, aun hallado en el muladar, no pierde su estimación y precio; el hollín no le ofende, el tiempo no le gasta, el fuego no le consume; que, por ser metal más noble que los otros, le concedió naturaleza esta prerrogativa. Muy diferente fue el modo de tratarme desde allí *per adelante*,<sup>270</sup> con lo cual, tuve yo la debida para contarle algunos de los sucesos que te he referido, ya en cabeza ajena ya en la mía, como mejor me estaba, por no desacreditarme, y los más sazonados para entretenerlos; porque una de las mayores penalidades de la vida es hacer viajes largos con hombres melancólicos, que no abren la boca y cierran la bolsa.

Aunque sea de paso, siendo ya caballero, no dejaré de decir lo que en Madrid oí cuando servía aquel cocinero que te he referido. Mandáronle hacer unas tortas reales y otras cosas de regalo para un obispo italiano que iba a ver el Escorial,<sup>271</sup> adonde entonces estaban los reyes. Fui yo a llevarlas, y mi amo conmigo. Perguntóle el obispo si eran buenas.

—Tan buenas son —dijo mi amo— que se pueden<sup>272</sup> poner en la mesa del rey.

—En la del rey, no —respondió el obispo—, pero será en la del señor N.

Nombrando un secretario, hombre muy ponderado, triste y melancólico, con quien él iba, y queriendo saber de mi amo cuántas leguas había de Madrid al Escorial, siendo

---

<sup>268</sup> «Al médico, y confesor, y letrado, la verdad a lo claro; o hablarle claro. Al médico, confesor y letrado no le traigas engañado; o no le hayas engañado.» (*Correas*)

<sup>269</sup> ‘remediarlos’ en el ms.

<sup>270</sup> ‘de allí en adelante’. Mantengo la forma tal cual aparece en el ms.

<sup>271</sup> Aquí y más adelante, ‘Escorial’ en el ms.

<sup>272</sup> ‘podén’ en el ms.

siete, le respondió él que catorce. Espantose mucho el obispo, y diciéndole que muchas menos le decían que eran, pues no llegaban a ocho.

—Eso será —volvió mi amo—, y aun menos de cinco si vuesa señoría fuere en el segundo coche en que va su gracioso N., pero, yendo con el señor secretario, aun más de catorce le han de parecer a vuesa señoría.

Así le sucedió, como después se lo oí decir en otra ocasión; lo cual siempre me ha quedado en la memoria para no ser molesto en las jornadas a nadie.

Después de haber referido a los peregrinos lo más de mi vida, como el que recibe, aunque sean cuentos, siempre queda obligado a descontarlo en otros, les pregunté las suyas, a que Propercio dio satisfacción en esta forma:

## CAPÍTULO IV

*En que Guzmán de Alfarache refiere cómo el peregrino Propercio le contó su vida y la de su compañero Ricardo, y sus raras finezas*

En la ciudad de París, Corte del rey cristianísimo,<sup>273</sup> de madres francesas nacimos yo y Ricardo. Fue su padre flamenco, piamontés el mío; inclinámonos a las letras, de las cuales en aquella universidad tuvimos grandes principios, y no menores aplausos. Desta comonificación creció el amor en los dos, de manera que, vulgarmente, nos llamaban hermanos. Sucedió fallecerle su padre y quedar heredero de gran copia de hacienda. De allí a poco tiempo me llevó Dios el mío, quedando mi madre viuda, pobre y sola. Fuese en casa de una hermana; yo a la de Ricardo, adonde hallé todo si fuera propia mía. Algunos años vivimos en esta conformidad y, prosiguiendo en nuestros estudios, estudiaban otros nuestra ruina deste modo.

Trataba de casarse por amores un mancebo de la misma ciudad con [la] hija de un mercader rico, vecino nuestro. Tenía la voluntad della, si bien por su pobreza, no gustaba el padre que se tratase dello por ser su intento casarla con Ricardo; para lo cual hacía apretadas diligencias, y pensó vencer con su dinero lo que a Ricardo no pasaba por el pensamiento solo por desear enriquecer con aquel dote.

Confrontaba nuestro jardín con el suyo, y para granjearle la voluntad, en sintiéndola en él, ya con versos, ya con músicas que en alabanzas suyas se cantaban y repetían, tratábamos obligarla. Arrojábala por encima de la pared algunos papeles, y a todas estas baterías no daba oídos, porque las voces de una tercera de su amante<sup>274</sup> la tenían sorda, como sucede siempre a quien dellas se fía.

Empeñado, pues, el mozuelo, o del amor o de la codicia, o de los dos, como es más verosímel, pues, comenzando por uno, las más veces por ambos se acaban los casamientos que vemos desiguales, por impulsos de amor o de interese, que, como consejeros de la mayor atrocidad, fabricaron esta.

---

<sup>273</sup> Por su profundo carácter religioso, fue conocido Luis XIII como *el muy cristiano rey*, y lo sería de Francia y de Navarra desde 1610 hasta su muerte en 1649.

<sup>274</sup> 'Una medianera pagada por su pretendiente'.



Supo él que Ricardo había dado de palos a un hombre humilde por un agravio que intentó hacerle y, llamándole a su casa, le exhortó a la venganza; y como el afrentado siempre la desea, hubo menester poco para admitir su consejo. Fue el que por el jardín del mercader le ayudase a pasar al nuestro una cantidad de dineros que su hija le quería entregar, y que, enterrándolos en él con algunos papeles que fingió tener de Ricardo, dejarían en la pared algunas señales, para que por ellas indiciasen adónde estaba el robo, y por los papeles ser autor dél Ricardo, con lo cual vengaría su afrenta con mano de la justicia, pues con la suya le era imposible hacerlo; y él por este modo, quedando sin competidor, lograría su intento de casarse con aquella dama. Así quedó dispuesto.

Buscaron ocasión en que el mercader estuviese fuera de París para ejecutar su designio, y en la primera, que fue una noche de gran lluvia y aire, por la puerta del jardín les dio entrada la hija del mercader. Tenían prevenido llaves, y sacando ella de un cofre veinte mil escudos de oro, se los entregó volviendo a cerrar la puerta, y ellos se pasaron a nuestro jardín con una escala que traían. Enterraron el dinero en parte que con facilidad se hallase, dejando entre la tierra un papel que pensaron ser de Ricardo siendo mío.

Raras veces se cometen facinerosos delitos en que no se perturben los agresores dellos, y quien por tales caminos trata de vengar su afrenta, en la misma venganza halla el castigo de su traición, como aquí sucedió, pues para que Ricardo no quedase libre de pena capital, allí quedó muerto de dos puñaladas el que por este modo quiso vengar sus palos. Después de dárselas el traidor compañero, dejándole mal enterrado en unos cimientos que había en nuestro jardín, por la misma escalera se salió a la calle, llevándola a su casa por que allí no se hallase.

Faltó el muerto de la suya, y como no hubiese dicho a su mujer cosa alguna más de que esperaba vengarse aquella noche de su afrenta, pensó que por haber muerto<sup>275</sup> a Ricardo se ausentaría; pero viéndole pasar por su calle, temiendo lo contrario, por parecer del mismo matador que tenía por afecto su marido, dio cuenta a la justicia para que detuviesen a Ricardo en la prisión hasta averiguarse si su marido era muerto y quién lo había hecho.

---

<sup>275</sup> En la forma perifrástica, era común el uso de muerto como participio pasivo. No así más adelante, donde al mismo vocablo se le antepone el verbo *ser* en lugar de *estar*.

Hízose información de la enemistad por razón de los palos, en que uno de los testigos fue el matador y otros de su facción;<sup>276</sup> prendieron a Ricardo, lleváronle a la cárcel y a buen recaudo le dejaron en ella.

Avisáronme luego seis leguas de allí,<sup>277</sup> adonde había algunos días que con unos amigos me estaba holgando. Con gran priesa me vine a París, y no con menor pena, pensando ser verdad lo que se decía, por el cuidado y grande vigilancia con que después de los palos anduvo siempre Ricardo; que no es cuerdo el hombre que así no lo hace; y el que al hombre que afrenta no teme y fía la vida, con ella es bien que pague su soberbia ignorancia.

Llegué a la cárcel; no me dejaron verle. Fuime a casa, informeme de las personas della, y todas me dijeron que era falsísimo testimonio, por no haber salido Ricardo fuera en muchos días.

Sosegado el ánimo, vino la justicia a visitar la casa. Miraron las armas, vieron los papeles, tomaron sus dichos a los criados y el mío. Y como pasaba ya de cinco o seis días que el muerto estaba mal enterrado y oliese mal por toda ella, causándoles sospecha, salieron al jardín y a poca diligencia toparon con el cadáver. A mí y a todos los de casa llevaron presos, pero como los amigos adonde yo había estado lo supiesen, vinieron a París y fueron testigos; conque, probando la coartada, me sacaron de la cárcel. A todos los demás dieron tormento, y aunque no confesaron más que la verdad, como la prueba estaba tan clara, condenaron a muerte a Ricardo.

La prevención de los sucesos es el acierto de los negocios. Ya en este tiempo había yo puesto en casa de un tío suyo el dinero y joyas más considerables. Intentó él con favores y dineros, que todo lo vencen, alcanzar perdón de la veuda y justicia;<sup>278</sup> y, no pudiendo conseguirlo de ninguna manera, viendo yo la imposibilidad del remedio, no me sufrió el corazón<sup>279</sup> ver morir injustamente a un amigo que, con justas razones, más que a mí quería.

Al tiempo que le llevaban a [a]justiciar, antes de haber llegado a la parte para eso destinada, me presenté ante los jueces por autor del caso, dando todas las razones más aparentes que me fue posible para que me creyesen.<sup>280</sup> No menos fino Ricardo, viéndolos

---

<sup>276</sup> ‘Averiguaron el motivo de la reyerta y determinaron que el asesino estaba entre los allí presentes’.

<sup>277</sup> ‘Estando yo a seis leguas de allí’.

<sup>278</sup> ‘De la viuda y de la justicia’.

<sup>279</sup> ‘No resistió mi corazón’.

<sup>280</sup> ‘Creessen en el ms’.

perplejos en lo que habían de hacer, dijo que el amor me obligaba y no la verdad, a decir lo que había dicho, y que todo era falso, porque él confesaba ser el que había hecho aquella muerte y no otra persona.

Raros prodigios son los que obra el amor, no hay verdugo cruel que se le iguale; lo que el tormento no pudo con Ricardo, pudo el amor con él, pues confesó de plano lo que había negado por no verme morir, diciendo ser verdad lo que, por que él viviese, yo confesaba.<sup>281</sup>

Al fin, queriendo morir los dos por justicia y enjustamente, suspendió la razón su rigor por entonces, volviendo a él y a mí presos a la cárcel, para dar tiempo a la averiguación del delito.<sup>282</sup> Divulgose el suceso, con grande aplauso de nuestra fineza, por todo París. La veuda pedía a los ministros que nos condenasen a muerte, pues ninguno negaba ser el agresor de la de su marido, y el que la había hecho la fomentaba más en su propósito. Juzgaron los jueces ser imposible que yo fuese el que lo había muerto. Aunque yo lo rehusé, a petición de toda la Corte me echaron a la cárcel.

Raras veces parece el inocente cuando por otra culpa Dios no lo permite, ni finezas de amor quedan sin premio si ese amor es casto y virtuoso. Gran parte tiene para su defensa en tener uno la razón de su parte; véase en este ejemplo.

Vivía a las espaldas de nuestro jardín una viuda pobre con tres hijas doncellas, a quien Ricardo por su virtud favorecía con algunas limosnas. Vinome a ver la madre y me dijo cómo, en la misma noche que la muerte se había hecho, por llover mucho, habían andado ella y sus hijas de una parte a otra sin dormir un instante por repararse de la agua, y que, sintiendo abrir la puerta del jardín del mercader, que confrontaba con la suya, vieron entrar en él dos hombres con una escalera; y de allí a media hora les pareció que en nuestro jardín daba voces el uno, como quejándose, y después, con la misma escalera al hombro, vieron salir el otro por donde habían entrado los dos; que si esto era conveniente a Ricardo, ella, sus hijas y algunos vecinos lo jurarían todos, por haberlo visto también de la misma manera. Tomé los nombres de los testigos todos, dílos a los jueces y, examinados ellos en defensa de Ricardo, le enviaron libre a su casa, quedando la veuda sin dineros y sin marido.

---

<sup>281</sup> Adviértase aquí el sentido del *por que* causal a diferencia del *porque* común en oraciones finales.

<sup>282</sup> Quiere ser la historia de Propercio y Ricardo reflejo de las virtudes de ambos y modelo de honorable conducta para Guzmán. La idea de las buenas compañías, del ejemplo a seguir, funciona en la obra como mecanismo clave para la transformación del pícaro.

Fue nuestra libertad y finezas de recíproco amor por toda la Francia aplaudidas. De graves personas fuimos vesitados; todos nos estimaban, todos nos querían amigos, no habiendo nadie en París que no deseara conocernos, que estos premios alcanzan los que bien proceden.

Ya en este tiempo había vuelto el mercader a su casa, y también vino a vernos. Era hombre entendido y, con la acción de Ricardo, nuevos deseos tuvo de tenerle por yerno. Hizo grandes esfuerzos con su tío para que le obligase a hacer el casamiento; doblado le ofrecía el dote sin nada mover a Ricardo. Antes dijo que si aquella fineza le obligaba a desearle para marido de su hija, que yo la había obrado mayor en ofrecer primero mi vida por la suya y, que queriendo que conmigo se celebrasen las bodas, que él mismo quería dotarme en otro tanto cuanto él diese con su hija.

No hay cosa que no venza el dinero; el mismo que sin él no me tomaba en la boca,<sup>283</sup> ya con tenerle me quiso para yerno. Dijo a la hija cómo trataba de casarla conmigo y, como ella tenía por imposible el que se consiguiese por lo que con su galán estaba dispuesto, respondió que estaba a su obediencia para hacer lo que fuese servido. Hiciéronse las escrituras, dotola en treinta mil escudos; y a mí, Ricardo en otros tantos; y, por no dilatarse el casamiento, me fueron luego entregados a vista de mi suegro. Fuese él a su casa y, abriendo el cofre adonde tenía los otros treinta mil que daba a su hija, halló que todo le habían robado. Con muchas lágrimas hizo ella el papel del sentimiento; hiciéronse muchas y particulares diligencias para averiguar el hurto, pero todas de balde, que a ladrones domésticos siempre son difíciles.

Afligido el galán, así porque el padre se había resuelto a casarla conmigo, como por hallar medios de descubrir el robo, echó en el correo una carta de letra desconocida para el mercader, fingiendo que un confesor, por descargar la conciencia del que había echo el hurto, le daba cuenta cómo en nuestro jardín estaba enterrado. Avisó a la justicia, vino a nuestra casa y, estando nosotros presentes, a poca diligencia toparon el dinero. Y mientras se contó y reconocía adónde estaba enterrado, toparon mi fingido papel, al parecer de letra de mi mano, con tanta propiedad escrita, que, aunque negué serlo, confiriéndola con otra, la tuvieron por mía, y me llevaron preso, por ladrón, a la cárcel.

Esto y ver la liberalidad con que Ricardo me dotaba en otro tanto como allí se halló, y dos testigos más, criados del mercader, que juraron haberme visto saltar de su

---

<sup>283</sup> 'No se molestaba en mencionarme'.

jardín al nuestro, fue materia suficiente para que por sentencia me condenasen a morir en la horca. No tengo que referirte lo que por mí hacía Ricardo, que, siendo bastante a vencer mil imposibles,<sup>284</sup> no pudo conseguir que no me sacasen a ejecutarla. Ya iba saliendo por las calles con dos religiosos al lado que me exhortaban a bien morir. Ya de una y otra parte el compadecido pueblo de mi fineza tan próxima vía lamentar mi desdicha, cuando el propio que para yerno me había elegido y acusado hasta la horca, a cuyo pie estaba, vino con orden de los jueces de mi sentencia a suspender la ejecución della.

A la cárcel y vida juntamente me volvieron, porque el temor de murir me tenía sin ella. Unos daban voces, otros me abrazaban; todo era confusión y rumor grande, y lo que tan pocas horas antes se me había representado en infierno, ya me parecía gloria. Tales son las del mundo, y tal es su firmeza, pues apenas me vía libre de la horca por ajenos delitos, y ni aún respirado de tan mortal susto cual es padecer por falso crimen, cuando por el mismo veo entrar en la cárcel, cargado de yerros,<sup>285</sup> a Ricardo, mi amigo, que en la misma moneda quiso pagar mis finezas dándose por autor del robo, en que ni él ni yo tuvimos parte. Y esto había hecho con tan verosímeles circunstancias que, sin embargo de la reputación de su persona, al mercader y jueces había engañado.

Como ya hubiese precedido el otro lance, en que se acrisoló nuestra inocencia y finezas de amor que entre nosotros hubo, hicieron gran reparo los jueces en sentenciarle luego, y mientras nos detenían algún tiempo, vino el mercader a sospechar el galanteo de su hija. Y por que no hubiese algún empeño con el mozuelo, como hacen muchas que eligen las más veces por dictamen del gusto que conveniencias de la razón,<sup>286</sup> dio cuenta a la justicia que le inquietaba su casa.<sup>287</sup> Mandáronle que no pasase más por la calle adonde el mercader vivía.

Cayó mala la tercera de su correspondencia,<sup>288</sup> que no fiaban de otra persona los papeles; y para tenerlos descolgaba ella los suyos por un hilo a la calle, y por el mismo volvía su galán las respuestas. Como esto sucediese muchas veces, topándole una la justicia, le llevó preso; y teniendo malas sospechas de algunas razones del papel que le

---

<sup>284</sup> ‘Capaz de vencer mil imposibles’.

<sup>285</sup> ‘De injustas acusaciones’.

<sup>286</sup> La locución *matrimonio de conveniencia*, vinculada hoy en occidente a intereses materiales y espurios y cargada de connotaciones negativas, puede considerarse redundante cuando la extrapolamos a los siglos pasados. Un matrimonio había de ser, por fuerza, conveniente.

<sup>287</sup> ‘Alertó a la justicia de que el mozo alteraba el orden de su casa’.

<sup>288</sup> ‘Enfermó la alcahueta que servía de correo a los amantes’.

hallaron, fueron a su casa donde, en los que ella le había escrito, vieron manifiesto todo lo que referí, y la inocencia con que Ricardo y yo habíamos padecido tantas persecuciones.

Averiguada la verdad, después de haber puesto a tormento el autor de tales crímenes, que confesó de plano, ahorcándole a él, nos pusieron en la calle. No había intervenido en la muerte la hija del mercader; y respectándose a eso, fue condenada a destierro de la Corte por su vida, con pérdida de los bienes que de su madre había heredado, parte para la viuda y parte para los gastos de justicia.

Siempre en el propio pecho del traidor hace su misma flecha más incurable herida; lo mismo sucedió a este mozuelo que, pensando cogernos con el mismo lazo en que perdió la honra, hacienda y vida, nos dejó todas ellas aumentadas. La verdad se atenúa, pero no quiebra. A veces permite Dios trabajos a los justos, o para gloria suya, o para que se enmienden otros pecadores; y es ignorancia crasa querer nuestros juicios dar alcance a los suyos. Este desengaño de todo lo del mundo nos ha hecho dejar a nuestra patria; este nos trae hoy por las ajenas recogiendo varios sucesos a ver si topamos algunos que con los nuestros se igualen.

«Si yo volviera los míos por pasiva —dije entre mí, habiendo escuchado, no con poca admiración, lo que Propercio me contaba—, no tuviera él y su compañero poco que escribir». Grandes volúmenes pudieran ocupar ellos solos; que así como hay hombres antípodas unos de otros, hay inclinaciones opuestas en todo, como las mías, que habían sido al revés. Muchos amigos tuve, pero, con desearles mucha prosperidad, no antepusiera yo sus vidas a la mía; que, en esto de vivir más yo que nadie, siempre me conformé mucho con lo que Dios ordena. Sea Él alabado, pues me deja vivir más que los buenos para que tenga tiempo de enmendarme.

No siguiera yo tal ejemplo; duro es de admitir la muerte el que puede conservar una cosa tan estimable como es la vida. Y a no referirme esto un hombre tan entendido y de tanto respecto a vista de otro con quien había pasado, todo lo tuviera por cuentos de Caláinos<sup>289</sup> y de Maricastaña, o pasmatorios de necios.

---

<sup>289</sup> Caláinos: «Nombre propio de un héroe amoroso y de caballerías, asunto de unas coplas antiguas, que sirven de entretenimiento a los rústicos, de las cuales viene la frase ‘no importan las coplas de Caláinos’, para significar lo que no importa nada. Son cuentos de Caláinos todo lo que no es del caso de lo que se trata, y con especialidad cuando se gastan rodeos y ridículos episodios y cuentos sin pies ni cabeza. *De todo lo que me acuerdas / es de lo que más me olvido / y esas cuentas atrassadas / son cuentos de Caláinos*» (Autoridades).

Con la vida me jugáis al hombre,<sup>290</sup> no es material de burlas, espadilla en la mano, si no queréis perderla. Como la fénix es la fineza: nadie la ve y todos la publican.<sup>291</sup> A muchas cosas se deslizan las plumas a que no puedo cautivar el entendimiento,<sup>292</sup> y estas que parecen más abortos de la locura que partos de la prudencia, no siendo cosas de fe, ¿quién me obliga a creerlas? Adonde la duda es cierta, y la certeza dudosa, ¿quién me obliga a creer finezas de amantes en tiempos que no hay amantes de finezas? Lo que no toco y no veo, ¿quién me obliga a creerlo? Tales preguntas me hacía, y cuando me acordé de mi apellido y nuevo padre, ni aun quisiera haberlas pensado, cuánto más admitirlas en el discurso, pues por lealtad y fineza, para degollar a su hijo, dio cuchillo un Guzmán, y por haberlo hecho fue llamado el Bueno.<sup>293</sup> Guzmán me soy, no quiero ser malo dejando con vida tales pensamientos. Verdad sería todo, y aunque yo lo dudaba, no dejé de creerlo, que indicio de bondad es el creer, y de malicia el dudar.

Mil alabanzas di a Propercio y a Ricardo de sus duplicadas finezas; no quedó Pilades y Orestes,<sup>294</sup> con toda la caterva diamantina sacada de las minas del amor, a la ponderación del discurso que no saliese a la danza; a todos juzgué por inferiores suyos, y sus finezas exceder a todas.

Cuando en tu mano estuviere juzgar sin perjuicio de tercero, juzga siempre en favor del que tienes presente, que ese te lo agradece, y el ausente lo ignora. Alaba siempre la virtud, si no quieres que te tengan por sospechoso en el vicio. Nunca por el malo hagas finezas, ni por el bueno dejes de hacerlas; el que al malo favorece, con él mismo se perece; quien no da favor a buenos, por malo le juzgan todos.

Ya había pasado la fuerza del calor; fuimos continuando nuestro viaje hasta llegar a una venta. Allí pasamos la noche razonablemente, que no fue poco por ser en despoblado. Al otro día pagué yo la posada por todos, que a los primeros convites se reconoce el ánimo del que juega. Rehusolo Ricardo, y al fin asentamos en que un día hiciese yo el gasto, y dos ellos.

---

<sup>290</sup> Era el *hombre* un juego de naipes muy popular hasta el siglo XIX en el que participaban cuatro jugadores y se resolvía en tres bazas.

<sup>291</sup> 'Es la lealtad como el ave fénix, de quien todos hablan y nadie ha visto nunca'.

<sup>292</sup> 'Se ven tan claramente las intenciones en tantas cosas que no puedo llegar a comprender...'

<sup>293</sup> Alonso Pérez de Guzmán (1550-1615), noble leonés al servicio de Alfonso X y fundador de la casa de Medina Sidonia, ofreció su propia espada a los moros que amenazaban con matar a su hijo prisionero, antes de abandonar la plaza cuya defensa le había sido encomendada por el rey. El propio Alfonso X le concedió el título de Guzmán el Bueno tras protagonizar tan extraordinario episodio.

<sup>294</sup> La relación de Pilades y Orestes ha sido adoptada por la literatura, desde el texto de Esquilo, como uno de los grandes modelos de amistad y lealtad insobornables.

Continuándose, pues, nuestro camino, llegamos a Setúbal sin haber en él cosa considerable. Es esta villa fundación de Túbal<sup>295</sup> y la primera de España después del deluvio, puerto marítimo del océano, muy regalado de pescados de excelente gusto. Es de mucho comercio de extranjeros por respecto a la sal, que en ella se fabrica en abundancia, y en las partes del norte se estima más que toda la que de otras lleva. La mayor parte de la piedra de que las casas se fabrican es jaspe; y lo que en otras fuera de grande estimación, aquí no se hace caso.

Dos días nos detuvimos en Setúbal dándonos buen salmonejo con lindos salmonetes que en aquel mar se pescan, regaladísimo pescado y de estimación grande. Al tercero pasamos a Almada, villa que, hecho ya mar el Tajo, divide de Lisboa puesta en parte eminente, de donde se descubre a la del norte aquella gran ciudad, que, con haber visto las mejores de Europa, nos dejó admirados la grandeza desta. Es de figura prolongada, y de Belén a San Benito de Enjobregas, dos conventos insignes della, aquel de Jerónimos, y este de Franciscos, tiene cerca de dos leguas de distrito casi todo poblado.<sup>296</sup>

Como naturales de París mis compañeros, les pedí me dijese en qué sentían exceder la una a la otra. Respondiome Ricardo que Lisboa hacía ventaja a París en lo aparente, y que París se lo hacía en lo sustancial; y es así, porque el ver aquel pequeño mar o grande río cubierto de otra población de bajeles, y aquellos montes, de suntuosas torres, iglesias, conventos y otros edificios, ostentan una grandeza incomparable a todas las de Europa, con tanta satisfacción de la vista que deja en olvido los reparos del más insaciable deseo.

En Almada nos quedamos aquella noche, adonde en la misma posada concurrió también un mayordomo de cierto caballero de Lisboa. Por el discurso de nuestra conversación se nos aficionó mucho; que, como eran tan entendidos mis compañeros, y el hombre de buen gusto, como a la piedra imán se les acercó. Luego cenamos juntos, y no fue peor plato el de su salsa, porque era muy gracioso en sus palabras y no perdía punto a las que oía. Parte de la noche se gastó en esto, y al amanecer, sabiendo que íbamos a

---

<sup>295</sup> La tradición veterotestamentaria atribuye a Túbal, hijo de Jafet y nieto de Noé, la fundación de la ciudad de Setúbal.

<sup>296</sup> El primero, en el barrio lisboeta de Belén, es el monasterio de Los Jerónimos de Santa María de Belén, que Manuel I de Portugal mandó construir como conmemoración del regreso de Vasco de Gama de la India en 1501. El convento de San Benito de Enjobregas, ya desaparecido, había sido en otro tiempo una capilla anexa a la gran abadía de la Alcobaza, primera obra gótica edificada en Portugal en 1178.



Lisboa, nos dijo que él tenía un barco junto a una quinta de su amo, cerca de Caparica, que fuésemos todos, y nos llevaría en él. Acompañámosle hasta la quinta, adonde nos regaló mucho con excelentes vinos, pescado y variedad de frutas.

Después de haber comido, nos bajamos al barco, adonde dos esclavos de su amo estaban en guarda de algunos odres o pellejos de vino y otras cosas que para regalo de su casa llevaban a la quinta. Alegres y contentos estaban los esclavos y barqueros cual digan dueñas de los odres, o como digan odres de las dueñas.<sup>297</sup> Etiopes eran unos, portugueses los otros; en hebraico hablaban estos y en griego aquellos.<sup>298</sup> Mucho los riñó el mayordomo, y se les daba poco, porque, como cada uno tenía retratado en su cara a Baco,<sup>299</sup> no se reconocía en ellas la compunción de la enmienda ni el color de la vergüenza.

Vínome a la memoria que decía mi madre que, yendo a Lucena, en compañía de unos flamencos que iban a comprar vino [a] aquel antepadre mío, fueron a posar juntos en casa de un ventero; y hallando la mujer muy llorosa y afligida, preguntando la causa de aquel sentimiento, respondió ella:

—¿Qué más causa puedo yo tener que la que tengo?, pues mañana sacan a mi marido a la vergüenza<sup>300</sup> por decirse que echaba agua en el vino; y más de diez arrobas del puro he gastado con quien, pudiendo escusarle desta vergüenza, no lo ha hecho.

—Pues, señora —dijo uno de los flamencos—, con dos que vuesa merced me dé, a vuesa merced y a su marido aliviaré yo desa pena.

Hízose el concierto. Dejó él en prendas del vino un macho muy bueno a la ventera; y al otro día, muy de mañana, con una razonable<sup>301</sup> bota, arenques, pernil y queso, se fue a la cárcel. Y diciendo al preso que estuviese cierto que él tenía el modo de quitarle la pena de la vergüenza, poco a poco le fue empeñando con la yesca,<sup>302</sup> encendióse el fuego y, vacía la bota, vino en casa de la ventera, que con pocas persuasiones obligó a que hiciese lo mismo. Y sacando por su misma calle el marido a la vergüenza, el uno al otro se vieron, y ninguno la tenía; enviáronle a su casa, y muy contentos marido y mujer,

---

<sup>297</sup> También a la figura de la dueña se atribuyó la dipsomanía entre sus muchos vicios.

<sup>298</sup> ‘No tenían forma unos con otros de entenderse’.

<sup>299</sup> Son bien conocidas de la Antigüedad las bacanales, fiestas en honor a Baco —dios del vino y de la inspiración—, en las que los participantes se entregaban a la embriaguez y la disolución.

<sup>300</sup> *Sacar a la vergüenza*: «Poner a algún delincuente en paraje público, o pasearle por las calles para su confusión y para que todos conozcan su delito» (*DLE*).

<sup>301</sup> ‘razonable’ en el ms.

<sup>302</sup> *Yesca*: «Cosa que excita la gana de beber, y, con singularidad, de beber vino» (*DLE*).

dieron al flamenco otro tanto vino en gracias de haberlos excusado de aquella pena, que el que bebe mucho, libre está de tenerla dél vergüenza.

Poco nos habíamos alejado de tierra, cuando a la parte de Azeitao vimos toldado el aire, centelleando rayos, repitiendo truenos. No habíamos llegado aún al medio del Tajo hecho mar o del mar hecho Tajo, pues para uno es poco y para otro es mucho, sin que la tempestad no obligase a recoger la vela a los barqueros. Eran tales las olas que, oponiéndose al barco, ya desta parte, ya de aquella, con estar Lisboa y Almada tan eminentes,<sup>303</sup> la una y la otra perdimos de vista, no una sola sino muchas veces. Pero con ser tan grande el peligro y habernos hallado yo y mis compañeros en otros muy grandes en mares diferentes, ignorábamos si los barqueros, juzgándose ya perdidos, no saltaran en dos tablas al agua dejándonos solos en el barco.

Bien veo que me condenas cortar el hilo de la historia cuando deseas ver adónde para, y que es grande desahogo este para quien se está ahogando. Si no gustas de leer lo que de mi vida te escribo, déjalo, que en tu mano está el dejarlo; pero si gustas dello, ten un poco de paciencia, pues yo la tengo; que mi vida no es barco ni te coge en borrasca, ni yo soy barquero que te deja solo al arbitrio de la fortuna, a la competencia de los mares, ni al impulso de las olas.

Dime si eres entendido, y si no tuviste esa dicha, porque lo parezcas. ¿Hay cosa más intolerable, más insufrible y más perjudicial en el mundo que todo un gremio de hombres que sirven de conducir a otros, ya sea en burricos, ya en mulas, ya en caballos, ya en carros, ya en coches y literas, y cualquier otro modo de transportarse las personas de una a otra parte? Siempre van quejosos, siempre van descontentos, nada les satisface, nada los obliga, todo los desazona, todo los ofende; si madrugas porque lo haces; si no madrugas, porque no lo has hecho; si vas de espacio, porque no vas a priesa; si picas más un poco, por matarle el ganado; y al fin todo con ellos se pierde. Y, aunque los traten bien de bocólica<sup>304</sup> y mejor de palabras, a unos llevan a los despeñaderos, a otros a los barrancos y, tratando solo de sus comodidades, a unos meten en los peligros y a otros dejan en las borrascas, como aquí lo hicieron los barqueros. Y por sacarte deste cuidado, te diré luego el modo con que salimos desta.<sup>305</sup>

---

<sup>303</sup> *Eminentes*: altas y visibles.

<sup>304</sup> Entiéndase aquí *bucólica* en el sentido de ‘apariencia y burda ostentación’.

<sup>305</sup> Parece claro el sentido alegórico de este fragmento, en el que se alude doblemente a la conducción física y moral.

## CAPÍTULO V

### *Prosigue Guzmán de Alfarache el grande peligro en que él y sus compañeros se vieron pasando de Almada a Lisboa, y cómo por su arbitrio escaparon de la muerte*

Contrastaban las olas nuestro pobre barquillo; sobraba en él el agua y en nosotros el miedo; y estando resuelto el mayordomo y mis compañeros a sacar tablas para echarse al agua, ofreciéndome la necesidad otro más útil remedio, suspendí su intento disponiéndole de esta forma: Vaciamos todos los pellejos<sup>306</sup> y, atándolos de dos en dos, llenos de aire, a una sogá del barco, les dije que los que me siguiesen asegurarían sus vidas. Tomé la punta della en la mano y entre mis dos odres me eché al agua. Tanto que ellos me vieron, hecho un delfín, con las alas de Baco dominarla,<sup>307</sup> uno a uno se fueron descolgando. Y apenas estaban en el agua, cuando una grande ola sumergió el barco, sin más poderse ver dél cosa alguna; y como en mi mocedad yo me criase en Sevilla nadando el Guadalquivir muchas veces, por maestro en el arte fui tan buen capitán desta compañía que, con no saber ninguno de mis soldados cosa alguna della, con ayuda de los vecinos odres, aunque algunos lo estaban,<sup>308</sup> me fueron siguiendo todos.

Llevábanos el aire hacia Belém, y la marea, que entonces crecía, con sosegar-se más la tempestad, nos encaminó al terrero del palacio.<sup>309</sup> Y cuando la gente comenzó a vernos con tanta orden seguir unos a otros, nos juzgaron por delfines; pero viendo que íbamos encaminando a tierra, y por los odres parejos juzgasen ir de dos en dos, cosa que ellos no hacen, fue tan grande el concurso de gente que salió a vernos, que toda aquella grande plaza estaba colmada de hombres. Esto era ya después de haberse puesto el sol; que, así como íbamos llegando, se iba escureciendo el día tanto que hasta llegar a ellos estuvieron en este engaño, de que los sacó oír que pedíamos socorro a unos barqueros de unas muletas que pasaban cerca de nosotros. Y con dárnosle, en muletas al fin, como en

---

<sup>306</sup> *Pellejos*: odres de vino.

<sup>307</sup> ‘Con un odre a cada costado’.

<sup>308</sup> ‘Algunos estaban borrachos’.

<sup>309</sup> Se refiere a la actual plaza de Comercio, alrededor de la cual se ubicaba el palacio de Ribeira, sede Real durante más de dos siglos, hasta su destrucción en el terremoto de Lisboa de 1755.

la tierra los perniquebrados, salieron por esta vez del agua los despabiladores de Baco. Grande cosa es el agua para el vino, que aun por de fuera templa sus clavijas, y esto de manera que, con acordadas razones, hasta los que sin acuerdo se vieron en el peligro con cordura le contaban. En cueros salimos del agua, aunque vestidos, y esos tan mojados, que a no llevarnos el mayordomo a casa de su amo, lo pasáramos mal. Diéronnos luego camas en que nos acostamos; mandose lavar nuestra ropa en agua dulce, y puesta al aire, en dulce sueño, como duermen algunos el mal vino, dormimos nosotros el del agua a pierna tendida toda aquella noche.

Levantámonos al otro día, tan molidos del trabajo que habíamos padecido, como si allí nos hubieran vesitado los duendes y morciélagos de Génova o el lechón de Roma.<sup>310</sup> No sabía qué hacernos el mayordomo; y como juzgaba que me debía la vida, todo le parecía poco para regalarme. Era su amo un caballero de muchas partes;<sup>311</sup> y como él le refiriese las que de mis compañeros había reconocido, y por aquella acción mía me juzgase hombre de valor, bajó luego al cuarto de su mayordomo a vernos; y a pocos lances de la plática se inclinó mucho a nosotros.<sup>312</sup> Hízonos muchos ofrecimientos y mandó se nos diese todo lo necesario para nuestras personas en cuanto allí asistiésemos. No tengas esto en poco, porque el bajar algunos caballeros portugueses cuatro o seis escalones, del trono del pundonor al cuarto de un criado a visitar peregrinos, en muchos casos es peregrino y en otros raro.

Modelo de caballeros podía ser este: afable, cortés, liberal, entendido; y no como otros que, faltando en ellos todas estas cosas, solo por haber nacido hijos de una gran casa o en un lugar grande, piensan sobrarles todo para ser caballeros. No hay duda que a los hombres de humildes nacimientos y claras virtudes ennoblece más la grandeza del pueblo adonde nacen, siéndole solar noble de su nacimiento. Así lo dicen las leyes, y muchos lo dijeron. Y no lo dudamos en gente de baja esfera que se honra del lugar adonde nace; pero en caballeros de clara y ilustre sangre que en su trato, obras y partes continúan las de sus mayores, estos tales honran el lugar adonde nacen. Por la mano conocían los españoles el guante; por Carlos V conocieron el de Flandes, no le añadió grandeza el llamarle de Gante ni por nacer allí dejó de ser quien fue este gran príncipe.<sup>313</sup>

---

<sup>310</sup> Véanse notas 150 y 151.

<sup>311</sup> *Partes*: virtudes.

<sup>312</sup> ‘Tras una breve charla pronto simpatizó con nuestra causa’.

<sup>313</sup> Nacido en Gante en 1500, Carlos V habría de combatir, treinta y nueve años después, las permanentes sublevaciones contra la Corona que se sucedían en su ciudad natal. Paseando el monarca en compañía del

Los caballeros que realmente lo son, y no los que los reales hicieron, son como el oro, que aunque nazca en la más infecunda tierra, no llevando mezcla de algún bajo metal, en todas las partes del mundo adonde es conocido tiene por sus quilates su debida estimación; pero si le acompaña algún bajo metal, esa tendrá de menos. Muchas onzas de plata, muchas libras de cobre y arrobas de estaño, plomo y hierro son menester para valer tanto como una onza de oro, que es el metal más grave; no es así la nobleza y caballería, adonde, si la sangre es pura, vale más la poca gravedad; y adonde vieres mucha, no es todo oro lo que reluce: otros metales bajos le acompañan. Cuando se comienza un edificio grande, en ser más iguales las piedras de sus cimientos está su firmeza; acierten de poner o por desacierto pongan una que no lo sea, aquella parte se inclina, aquel lado se rinde, allí tiene su caída el más noble edificio. Muchos abuelos concurren para la producción de un caballero,<sup>314</sup> y como no es posible el ser todos iguales, si uno fue mucho menos y a aquel lado se rinde, por esta parte sola pone todos los otros en muy grande ruina.

Hija es de la soberbia la vanidad del hombre; págala de contado el que no se modera. En la India oriental, yendo por capitán de un socorro,<sup>315</sup> cierto caballero portugués le advirtió al piloto que se desviasen de un peñasco señalado en la carta, que allí dicen *penedo*.<sup>316</sup> Respondió con mucha arrogancia:

—Desvíese el penedo de mi nave; que, siendo yo capitán della, no se ha de desviar mi nave del penedo.

Como a la soberbia sigue las más veces juntamente el castigo, sucedió aquí a este caballero, que, apenas había intentado aquella temeraria locura cuando, hecha pedazos la nave, se vio en el naufragio.

La temeridad que intenta lo posible no deja de ser valor; pero, cuando emprende un peligro indubitable, no se exime de mengua; quien la alaba, de ignorante, quien la sigue, de necio. Con todo, en repentinos sucesos, adonde vence la cólera al discurso, el que mucho discurre parece cobarde, porque muchas veces se han visto prodigios raros en casos semejantes de temerarios partos,<sup>317</sup> no de humanas fuerzas; negarles alabanzas sería

---

duque de Alba, este último, observando las hermosas vistas de la ciudad desde una fortificación sentenció: «Su majestad dominará Gante con este guante».

<sup>314</sup> ‘Muchos nobles antepasados forjan la figura de un noble caballero’.

<sup>315</sup> *Socorro*: embarcación que acude en auxilio de otra.

<sup>316</sup> *Peñedo*: «Peñasco aislado» (DLE).

<sup>317</sup> *Parto*: «Producción del entendimiento o ingenio humano, y cualquiera de sus conceptos declarados o dados a luz» (DLE).

tiranía, tenerlos por prudentes sería ignorancia; con todo, no se les puede negar a sus hechos la gloria; a su fortuna, el aplauso.

A cierto caballero, siendo solo, quisieron maltratar otros con superchería. Fueron palabras los primeros lances y, no quedando inferior él del que movió la pendencia, como los otros eran muchos, hubo quien le advirtió se escapase por una puerta oculta, consejo de prudente, pero no de amigo. No quiso tomárselo, porque, con haber tiempo de considerar que el salir, siendo uno, por donde estaban aguardándole veinte, era poner la vida al último peligro, pudiendo con él más el valor de su ánimo que el recelo de perderla, vino a manos con su contrario por un lugar angosto y, tomándole en los brazos, le sirvió de escudo para que las espadas de todos los demás no le ofendiesen.<sup>318</sup>

Cuando al valor acompaña la razón, con prodigios raros pelea por los dos a veces la fortuna. Rige la justa causa muchas veces la débil mano a peregrinos aciertos contra el mayor orgullo, contra el mayor poder de los soberbios; pero no es mucho quedar vencido el que contra sí tiene el más soberano impulso.

Por la digresión larga, lejos me juzgaras de Lisboa. Las grandes partes de aquel caballero aún pueden motivar otras mayores, por lo menos a mí, que por beneficiado siempre tendré disculpa. La mayor ingratitud del hombre es no agradecer con palabras lo que no puede con obras; y la mayor traición, publicar faltas de aquel a quien se deben beneficios, sobrándole virtudes para rendirle alabanzas. En todos tiempos fui malo, pero en ninguno ingrato. Aquellos de quien recibí buenas obras siempre tuvieron en mí seguras las espaldas, aunque no las bolsas. Quitar hacienda al prójimo puede honestarse con la buena intención de restituírsela, dando el tiempo lugar de poder hacerlo, como hacen muchos sin acordarse al tiempo; pero quitar los honores, quitar las honras a quien se deben estas y a quien se concedieron aquellos, publicar infamias del que tiene virtudes, pregonar vicios del que vive sin ellos, poco mete en la bolsa quien lo hace, ¿de qué se aprovecha quien lo ha hecho? Ténganos Dios de su mano, no permitiendo ocasión en que nos empeñemos en deudas semejantes, que, no pudiendo restituirse en esta vida, se han de pagar en la otra. Y así, por no caer en estos errores, seguirás el refrán: «Dice bien de todos y no tendrás quejosos».

---

<sup>318</sup> «*Sucedeu esta historia ao author deste libro*» reza la glosa marginal del ms., escrita por el nieto del autor Félix Machado de Mendoza, que probablemente llegó a oír el relato por boca de su abuelo. A diferencia de las glosas del propio autor, escritas en los márgenes en español, aparecen estas, posteriores, en lengua portuguesa en la p. 66 del ms.

Volvamos a Lisboa, que ciudad tan insigne no es para olvidar. Dicen sus naturales que la fundó Ulises, después de dejar Troya hecha cenizas; que él la dio el nombre llamándola Ulisea o Ulisipo, y que allí hizo templo dedicado a Minerva, firmes cimientos de altas presunciones, logradas felizmente a muchos siglos.<sup>319</sup> El regalo y la abundancia que hay en aquella ciudad de todas las cosas necesarias para la vida humana es más para ser visto que escribirse. Con los que lo vieron es perder el tiempo en referirse; con los que no lo han visto, el crédito en contárselo.

Todo allí me parecía bien, todo bueno y todo excelente: hermosas las mujeres, bizarros los caballeros; el pueblo agradable, cortesés todos, y todos entendidos. Solo estrañé en algunos el pisar tieso, doblando poco las rodillas; y por parecerme que era forzoso imitarlos porque así me tuviesen por más caballero, por dos o tres veces que intenté hacerlo, sin mirar al suelo como es su costumbre, tropecé en las calles; y una, de manera que a los que me vieron fui motivo de risa, y teniendo la nariz a lo Guzmán, dos días me quedó a lo guineo.<sup>320</sup> De afectaciones impertinentes Dios me libre dellas; y desta de andar tieso que no se me olvide un punto, ya que tanto a mi costa tengo olido el poste.<sup>321</sup>

Concédaseme este poco de mormuración en estas niñerías, que en otras más pesadas, en otras ocasiones, vi ir la sogá allí tras el caldero; sirva esta de ejemplo:

Saliendo un día yo y mis compañeros por aquella ciudad, topamos un coche con grande ostentación de pajes y lacayos. Perguntamos quién era el caballero que iba en él. Respondíonos otro:

—No es hidalgo.

—Pues ¿qué es luego? —repliqué yo.

—Es un hombre —me volvió él—, que el rey le hizo hidalgo, y él quiere parecerlo.

---

<sup>319</sup> Siempre controvertida, la leyenda de la llegada de Ulises a la península ibérica, así como la de la fundación de la ciudad de Lisboa, se han apoyado en gran medida en la etimología del topónimo. Otros autores han atribuido el origen de este nombre a la lengua fenicia, lo que puede hoy resultar más verosímil si tenemos en cuenta que las costas portuguesas eran de tránsito frecuente para este pueblo comerciante. *Alis Ubbo*, que viene a significar ‘seno ameno’, cobra especial sentido si tenemos en cuenta que la capital portuguesa se encuadra en la boca del Tajo.

<sup>320</sup> Puesto que en la época se hablaba de Guinea para referir al conjunto de África, el gentilicio metonímico “guineo” también remitía a la nariz achatada de los negros. Los Guzmanes ostentaban nariz castellana, ya fuera más bien recta o aguileña, a juzgar por la de Luisa de Guzmán o el propio conde duque de Olivares, los dos más conocidos e influyentes influyentes de la época en España y Portugal.

<sup>321</sup> La expresión «oler el poste» se populariza a raíz de la famosa escena del *Lazarillo de Tormes*, en la que este se despidió del ciego conduciéndolo directo al poste que lo descalabre, y recordándole con sorna su fino olfato a la hora de custodiar la comida: «¿Cómo oliste la longaniza y no el poste?». *Lazarillo de Tormes*, 2011, p. 26.

Allí no se perdona a nadie: todos pagan lo que deben, y a veces con réditos; nadie se vende más de lo que vale, y el que vale mucho no se le quita el valor; la pobreza no le baja, las riquezas no le exaltan. No hay fiscales en ningún tribunal de aquel reino por ser el oficio de la fiscalía común a todos los naturales dél; y así, quien llega a ser hijodalgo por sus mayores, y no de sus riquezas por su dinero, es mucho más en Portugal que en los que en otras partes son mucho.

Las lenguas portuguesas son ascuas, son fuego, son fraguas adonde se apura toda la escoria del oro de la nobleza; ni lo digo por oprobrio ni lo tengo por malo, que el dar a cada uno lo que se debe es no deber a nadie ni temer a ninguno. No son alquimistas de las honras ni afectadores del engaño. El que en Portugal fuere mucho, no hay lengua que le ofenda ni malicia que le condene; el que no llegare a serlo, modestia que lo modere, bondad que lo desimule. Esto en cuanto a la nobleza. En cuanto a la religión, nadie les hace ventaja a los que son originarios portugueses. Son los templos de aquella ciudad sumptuosísimos muchos y de real magnificencia. Y lo que más me admiró fue ver el venerable respecto que a Dios se tiene en ellos; como sacrilegio se abomina el hablar los hombres con las mujeres, que es mucho de reparar en una nación no menos inclinada a ellas que otras, y adonde el amor no obra menos finezas ni emprende la afición menores imposibles.<sup>322</sup> Esto es lo que se ve en todos los conventos y iglesias de aquella gran ciudad. Mudas están las lenguas; hablar podrán los ojos, sentir el corazón; pero en lo aparente esto es lo que pasa, y tal es su ejemplo.

Edificome mucho ver esta, si no afectada policía,<sup>323</sup> católica política; y no como en otras partes ver iglesias de Dios templos de Venus;<sup>324</sup> y sin remediarse lo tienen, ya por flor o ya por flora, como los gentiles romanos; que a esta, siendo una mujer pública, veneraron por diosa. Entre ellos no era mucho, pues los dejó por herederos de todo lo que había ganado en su torpe oficio;<sup>325</sup> pero entre católicos, gastándoles sus haciendas, heredándoles en vida las floras deste tiempo, aplaudirlas por diosas en la casa de Dios,

---

<sup>322</sup> Sobre todo en el teatro, la fama de apasionados y mujeriegos de los portugueses llegó a convertirse en un tópico de la literatura del Siglo de Oro. Se les llamaba a menudo “derretidos” o “pastellosos”, y «prácticamente todos los entremesistas los llevaron a escena destacando sus rasgos más típicos: su fanfarronería, su arrogancia o su condición de músicos, pero, sobre todo, su tendencia al enamoramiento fácil.» Borrego, 2015, p. 67.

<sup>323</sup> Orden y pulcritud.

<sup>324</sup> ‘Ver iglesias de Dios convertidas en prostíbulos’.

<sup>325</sup> Ericina fue uno de los nombres que se le atribuyeron a Venus como representación del amor en su concepción más impura, y como patrona de las ramera en la Antigüedad.



poniendo a riesgo la salud y el peligro del alma, ni les hallo razón que pueda honestar su delirio, ni disculpa a la tolerancia de costumbre tan mala.

El retiro de las mujeres (principales, quiero decir) me admiró mucho y a mis compañeros, porque en esto hacen ventaja a todas; y aún las de menores obligaciones, por la mayor parte, complen exactamente los preceptos de la modestia, causando con pundonorosa gravedad las debidas atenciones a su respecto. En lo aparente juzgo, que los interiores solo a Dios pertenecen. No digo que adonde hay tantas pueden ser todas buenas; pero adonde muchas lo parecen, pocas ha de haber malas. Una golondrina sola no hace verano; en toda parte del mundo hay una legua de mal camino, pero en esta mucho tiene[n] andado las mujeres en el de la honestidad, el de la virtud y el del pundonor. Si bien aquellas que totalmente han perdido el de la vergüenza, a perder de vista en la carrera de los vicios, a todas las del orbe exceden.<sup>326</sup>

Cuando yo me paseaba por la ribera y vía aquellos modos de hablar, aquel torcer de bocas haciendo cucharitas de los labios, aquel remoquetear<sup>327</sup> de palabras meneando las cabezas, hacer de manos y ademanes de cuerpos de las pescaderas, quedándome suspenso por un rato y entretenido por muchos, me decía: «¡Qué tiempo te perdiste en tus mocedades, Guzmanillo! ¡Qué pies te llevaron a Madrid con tanta descomodidad y trabajos!, pues metiéndote en Sevilla con uno en un barco de Lisboa, saltando en esta ribera con el otro, aquí hallarás padre y madre y perro que te ladre,<sup>328</sup> las felicidades del pícaro, las dichas del vagamundo, los aciertos del ganapán, las maulas<sup>329</sup> del esportillero,<sup>330</sup> las ocasiones del gatillo,<sup>331</sup> con el mayor triunfo de la golosina y pompa de la bocólica.<sup>332</sup> No malograras el tiempo cuando muchacho; y cuando mancebo, subieras al estado de rufián de una destas. ¡Oh, ninfas del Tajo! ¡Oh, nereidas del océano! Oficio más honrado y provechoso que el de aguacil de Corte o de la villa en las plazas, tabernas y bodegones de Madrid, adonde por temor los sustentan, y aquí por amor los mantienen; allá, porque no las persigan, les dan; y acá, porque las defiendan, los regalan; aquí los visten ellas por su gusto; allá las desnudan ellos contra su voluntad. Tanto va de

---

<sup>326</sup> ‘Si bien aquellas mujeres que han perdido totalmente el camino de la vergüenza, en la carrera de los vicios aventajan a todas las otras’.

<sup>327</sup> *Remoquete*: «Dicho agudo y satírico» (DLE).

<sup>328</sup> ‘Aquí hubieras hallado...’

<sup>329</sup> *Maula*: «Engaño, artimaña o artificio encubierto» (DLE).

<sup>330</sup> Véase nota 112.

<sup>331</sup> *Gatillo*: epíteto usado en la época para denominar al pícaro.

<sup>332</sup> ‘Triunfo de la vida fácil, del poco esfuerzo y del sablazo’.

Pedro a Pedro<sup>333</sup> que a esos llaman pelones<sup>334</sup>; y esotros de acá, picones<sup>335</sup>; estos las defienden con la espada y aquellos las ofenden con la vara». <sup>336</sup>

Líbrete Dios de envejecidos errores, que siempre reverdecen si hallan ocasión pronta.<sup>337</sup> Esto todo, con tener el jubón estofado de buena moneda, relleno el cuerpo de la ilustre sangre de Guzmán, cargado de años y de desengaños, estaba envidiando interiormente; y sin acordarme de mí ni venirme al pensamiento quién era, trocara mi vida por una de aquellos picones, que, a cualquier palabra disonante dicha a una pescadera de aquellas, estaba jugada a los dados o dádivas de una pícara a uno o dos tomados de una bota, cosa que allí sucede muchas veces.<sup>338</sup>

Todos mis buenos pensamientos había puesto en olvido. Y cuando me iba a salir de entre las pescaderas que venden el pescado, vi que con otra de las que lo fríen, estaba una dellas en pendencia; y de palabra en palabra se fueron empelotando de modo que, no contentas con llamarse los nombres de las pascuas,<sup>339</sup> se fue acercando esta a la que freía,<sup>340</sup> y, volviéndole las espaldas, arremangándose hasta la cintura, la dijo que la besase. El decirlo esta y el hacerlo aquella con su sartén llena de aceite herviendo, fue todo uno. Tal baño lleve el Turco cual llevó su cuerpo; deshollado quedó él al bañar de las ollas; y la emperatriz Diocleciana, con el triunfo de la victoria.<sup>341</sup>

Al cielo llegaban las voces; sobre si fue bien o mal hecho, las amigas de la una y de la otra se dijeron maravillas. Eran los rufianes amigos, y por no averiguar la causa por la espada, remitiéndola a la pluma, tomó el escribano sus querellas. Lleváronse al juez, que dio sentencia en favor de la freidera por cuanto había obedecido a la otra en besar con

---

<sup>333</sup> *Algo va de Pedro a Pedro*: frase proverbial que pone de relieve las diferencias entre dos elementos. «Vuestra merced mire cómo habla, señor barbero, que no es todo hacer barbas, y algo va de Pedro a Pedro» Cervantes, 2004, p. 246.

<sup>334</sup> *Pelón*: que no dispone de dinero o posesiones.

<sup>335</sup> *Picón*: que pica o hurta.

<sup>336</sup> En este brusco y repentino giro de discurso —que pasa de condenar con virulencia el oficio prostibulario, a elogiar el «modélico» comportamiento de los rufianes portugueses—, observamos la necesidad del autor de reflejar ese tránsito del protagonista hacia la tan ansiada vida virtuosa, trufándolo de eventuales crisis y tentaciones. A lo largo de este proceso, aún aflora la permanente pugna guzmaniana que define la esencia de su convulsa personalidad: ese desgarró interno que lo hace debatirse a cada paso entre la luz de Dios y las más bajas pasiones del alma. De la regocijada contemplación de la vida del hampa portuguesa, advierte Guzmán una armonía entre toda suerte de pícaros, gatillos y rufianes, lo que sirve de nuevo al autor como excusa para el elogio de la vida y costumbres de su patria, en comparación con las del país vecino.

<sup>337</sup> *Si hallan ocasión pronta* ‘en cuanto hallan ocasión’.

<sup>338</sup> ‘Una breve conversación con cualquiera de aquellas pícaras o un simple trago de la bota, cosas que allí suceden a menudo, hubiera sido jugar con mi vida a los dados’.

<sup>339</sup> ‘No contentas con injuriarse’.

<sup>340</sup> ‘friya’ en el ms.

<sup>341</sup> La rebeldía de Prisca, esposa del emperador Diocleciano, le costó la vida y la de su hija Valeria.

lo que tenía más a mano; y no habiendo declarado con qué la besase, quedaba a su elección el hacerlo como le pareciese.

No se hallaban en aquella ocasión allí Propercio y Ricardo; y, viniéndome a casa, referíles el suceso, que celebraron mucho, y no menos la sentencia del juez; pues, con darla así, quedó castigada la inmodestia de la una y sin castigo la razón de la otra. Hay razones que las leyes hicieron dilitos, y dilitos que las leyes disculpan con razones. Y así es dichoso el que topa con jueces entendidos, porque el entendimiento fue quien dictó las leyes; y el que es más entendido es el que, no faltando a la justicia, la ejecuta mejor. Manda la una que la besase, ¡mirad la parte adónde mandaba hacerlo para que no fuese justo que la otra se la pelase!

No es mi intención enmendar a nadie; alabar lo bueno vituperando lo malo es mi deseo. Mis sucesos cuento; mis defectos digo; cada uno enmiende los suyos; que no haré yo poco en enmendar los míos, pues en toda mi reformatión en las obras jamás pude librarme de malos pensamientos. Si Dios no nos acude con particulares auxilios, con gran facilidad podrán vencernos. Cuando te llamen a la puerta, como de ladrones recela; que el mal pensamiento es como el villano, que, si le dan el pie, toma la mano. Si no quieres caer en sus lazos, no luches con él a brazos; que el buen luchador, apartando el cuerpo, más seguro está de su contrario. Es el pensamiento mal avechucho, que entra por poco y sale por mucho; con las alas de plumas<sup>342</sup> viene y con pies de plomo sale. El que liberalmente ofrece el cebo, para pescar trae anzuelo; que a veces, con capa de virtud y halagüeñas apariencias, tapándote los ojos al discurso, consigue tu mayor ruina.

Líbrete Dios del ladrón de casa; que si hoy te acuestas rico, mañana despiertas sin nada; no pierde ocasión ni hora ladrón que en tu casa mora. Pues si esto nos sucede todos los días con aquellos mismos a que damos el pan y lo demás necesario para la vida humana, con aquellos que tratamos todas las horas, y vemos con nuestros ojos y con nuestras manos tocamos, ¿qué será que puede intentar, y qué puede hacernos el enemigo invisible que en lo más oculto de nuestras casas se entra sin llamar a la puerta ni llave con que abrirla? No hay poder humano que resista a malos pensamientos, y solo el de Dios puede librar al hombre dellos.

Tenía el cardenal, mi señor, un negro en Roma, y como en Italia hay pocos, le quería mucho. Era hombre de buena alma y, porque los señores siempre sirven de espejo

---

<sup>342</sup> ‘plomas’ en el ms.

a los que les sirven, acostumbraba el negro, a imitación suya, gastar por la mañana una hora y otra por la tarde en oración mental. Para esto se retiraba a un sótano lóbrego y oscuro adonde tenía su cama. Y como los pajes sabíamos que el buen negro estaba ocupado en su santo ejercicio, todo el nuestro era buscar modos y trazas de inquietarle, teniendo entre todos repartidos los días para hacerlo; y esto de manera que nunca pudiese llegar a la noticia del cardenal, mi señor. El uno se fingía carcoma, contrahaciéndola de tal modo con las uñas en la puerta de su aposento, que si no le viéramos, todos juzgáramos por verdad infalible lo que era ficción pura. Afligióse el negro, diciendo:

—Señor, si mí he de estar contigo, líbrame deste gusanillo.<sup>343</sup>

El otro, que por su turno le tocaba la hora del día siguiente, traía en la bolsa grande de cuero un pequeño cascabel; tocábale con tal arte, que aún a los más atentos pudiera engañar pareciendo ser grillo.

—¡Oh, mala grilla, mala grilla! —decía el negro—, ¡no dejar para mí estar para Dios un poco!

Y por divertirle, que no reconociese nuestros embustes, este que hacía bien el gato, maullábale arañando en la puerta; aquel, con unas cortaduras de oropel, le hacía la chicharra; esotro, el morciélago con una vara seca a medio quebrar. De modo era nuestra persecución, que no había sabandija en el mundo que nuestra malicia no imitase para inquietarlo.

Todas las noches, después de estar acostado, el cardenal, mi señor, le mandaba llamar; y quedándose a solas, y nosotros escuchándolos, le preguntaba lo que había sucedido en la oración de aquel día. Él se lo contaba todo, y no con poca gracia le dijo una vez, en su lengua:

—Yo, señor, no me puedo averiguar con estas malas cosas o malos pensamientos por qué uno viene por aquí.

Y diciendo esto, metía un dedo en un oído y luego se daba de aquella parte una gran bofetada, y repitiendo de una y otras muchas veces esto. Condolido de verlo, el cardenal, mi señor, le asió la mano para que no se maltratase.

---

<sup>343</sup> Nótese la caracterización que se hace del negro, cuya ingenuidad y simpleza van ligadas a la idea de la bondad salvaje que destila su uso precario de la lengua. El habla del negro era un tópico cómico en la literatura de la época.

—Dejar, señor, a mí hacerlo, que mí hace —volvió él—; que malos pensamientos ser como las moscas: picar aquí, picar allí, picar acá, picar acullá; malos pícaros son, y a todo ser picardía, y a bofetones los habemos de echar de nosotros para estar con Dios y sin ellos.

Bien lo pensaba el negro. Blancos<sup>344</sup> hay que ni lo piensan,<sup>345</sup> ni lo ejecutan desta manera.

Ya veo que me dices: «¡Bueno va esto, Guzmanillo! Con pensamientos lo habemos, reformation hay en las obras».

Si una vez el malo ha de ser bueno, forzoso es comenzar para serlo, y, aunque caiga muchas, levántase para conseguirlo. Dios ayuda los buenos intentos; verdad prometo decirte. Si me has creído lo malo, ¿no me creerás lo bueno? Si no, cree lo que quisieres, que al fin serás lo que creyeres. Tan difícil es al bueno creer lo malo, como al malo creer lo bueno. No te espantes de nada, que Dios lo puede todo. Con creer al bueno, robó Dimas el cielo.<sup>346</sup> Si con la golosina de entertenerte hasta aquí me has leído la vida, y a ese buen tesoro te encaminó más el interese de tu gusto que el deseo de tu enmienda, frustradas hallarás las esperanzas de tu trabajo, como el que, hallando en Portugal escrito en una grande peña de aquellas que dicen movió el deluvio: «Revuélveme y verás lo que debajo de mí hallarás», y pensando ser algún tesoro de importancia, gastó la mayor parte de su hacienda en darle una vuelta. Consiguiolo con gran dificultad y, después de haber examinado el sitio que la peña ocupaba sin hallar cosa alguna, vio que en la parte que della se había descubierto estaba la respuesta a su codicia: «Bien hiciste que me revolviste, que muchos años había que desta parte yacía». Cuanto más me volvieres y revolvieres la vida, a menos costa hallarás en ella muchos desengaños para no errar en la tuya.

---

<sup>344</sup> En el ms. figura el adjetivo en portugués. Corregimos 'branco' aquí y en lo sucesivo.

<sup>345</sup> 'piensan' en el ms.

<sup>346</sup> Dimas, el buen ladrón crucificado junto a Jesucristo, obtuvo el perdón divino por su arrepentimiento en los últimos instantes de su vida. (Lucas, 23: 1-5).

## CAPÍTULO VI

*Tienen Guzmán de Alfarache y sus compañeros a Amaro de Laje por huésped. Cuéntales el mayordomo algunas cosas de su vida*

Volviendo, pues, a casa de aquel caballero, apenas había referido al mayordomo el suceso de las pescaderas, cuando se nos entró por las puertas un sacerdote, diciendo que venía a vernos y ofrecerse a nuestro servicio, así por extranjeros en la tierra como por ser él uno de los que de nuestro naufragio nos había visto salir en el terrero de palacio. Celebró mucho el arbitrio que yo había hallado para salvarnos las vidas, y sobre el aire y desaires de los pellejos, con no poca gracia repitió buenos dichos, y esto con una tan mesurada compostura que, aunque eran dignos de alegres demostraciones, con su fingido recato atajaba todo lo jovial de la plática. Entertuvimos en ella hasta que llamaron a comer. Hicimosle un cumplimento y fácilmente aceptó quedarse con nosotros. Habíamos tomado para servirnos un mozuelo por orden del mayordomo; y cuando vio la facilidad con que él se había quedado, llamome aparte y me dijo:

—Vuesa merced no tendrá noticias deste huésped, y así le advierto que este es el famoso Amaro de Laje, cuyos cuentos en este y otros reinos son tan célebres.

Holgueme mucho de oírle nombrar, porque ya en Italia me habían referido algunos suyos; no me dieron poca envidia por no ser autor dellos. Con esto nos sentamos a la mesa; y a cada plato que en ella se nos servía, tan sazonados cuentos aplicaba, que era menester otro mayor volumen que este para referirlos. Después de haber comido, se despidió de nosotros a tiempo que, entrando el mayordomo en nuestro cuarto, nos dijo:

—Por cierto, que han vuestras mercedes tenido un buen huésped, y me espanto que en agradecimiento del hospedaje no les haya hecho una burla, porque es hombre que al mayor amigo no se las perdona. Él buscará ocasión para que vuestras mercedes experimenten la capacidad de su ingenio en ellas.

Propercio y Ricardo le pidieron nos dijese quién era y cuáles sus burlas. Para guardarnos de que no nos asentase la mano con alguna, dijo así:

—Este sacerdote es cristiano viejo, nacido de padres labradores a las márgenes del río Homem,<sup>347</sup> en la provincia de Entre Duero y Miño, mi patria. Llámase Amaro de Laje, lugar donde nació, una legua de la ciudad de Braga. Allí estudió la gramática y, viviendo con otros estudiantes, hizo graciosas burlas. Determinó una noche dar asalto a unos perales que había en un huerto —«quintal» llaman allí— de un vecino suyo, por entender que no vendría aquella noche a casa. Eran excelentes las peras y, para hacerse dueño absoluto del robo, dijo a los compañeros que, en cuanto llenasen dellas los sacos que llevaba, él les haría centinela a una puerta que de la casa caía al huerto.

»Entraron todos. Y al tiempo que él vio que habían ya cogido buena cantidad, vistiéndose por encima de la sotana una camisa, disparando una pistola, dijo:

»—“¡Ay, que me han muerto!”.

»Atemorizados de oírle los compañeros, y, fingiéndose él ser el dueño de las peras y su voz otra, se fue adonde estaban, que con verle en camisa y apellidar: «¡Ladrones, ladrones!», dejando la presa por despojo al embuste, viendo en una parte más baja la pared, saltaron fuera del huerto, hallándose metidos en unos pelambres<sup>348</sup> hasta las cinturas. Ellos pensaron haberle dejado muerto, y saliéndose de la pecina<sup>349</sup> de aquellos cueros hediondísimos, que con cal y estiércol de perros se curten, hicieron sus discursos que, para no averiguar la justicia ser compañeros dél, sería bien ir a lavarse y todos sus vestidos al río deste, que en tiempo de los romanos bañaba los muros de la ciudad, y hoy sus arrabales. Y como para hacerlo de manera que por el olfato, como el perro demuestra la perdiz, no rastreasen los ministros el baño que se habían dado, era menester tiempo considerable, túvolo Amaro de poner en cobro las peras y, saliéndose por la misma parte por donde había entrado, se fue a su casa y acostó en un aposentillo más oculto; cerrándose por de dentro dormió parte de la noche.

»Tarde, mal y suciamente, y aún sin acabarse la colada, salieron del río sus compañeros, llegaron casi desnudos a su puerta, y como no tenían llave, se entraron por una ventana en la casa; encendieron lumbre para calentarse y enjugar su ropa.

»Estando, pues, en este tiempo, platicando y condoliéndose del miserable estado en que había cogido muerte repentina a su compañero, comenzó el de dentro a dar unos

---

<sup>347</sup> Es el Homem un pequeño río, afluente del Cávado, que se encuentra en el norte de Portugal, muy cerca del límite con la provincia de Orense.

<sup>348</sup> *Pelambre*: «Mezcla de agua y cal con que se pelan los pellejos en los noques de las tenerías» (DLE).

<sup>349</sup> *Pecina*: «Cieno negruzco que se forma en los charcos o cauces donde hay materias orgánicas en descomposición» (DLE).

ays tan doloridos, que totalmente juzgaron ser su espíritu. Conjurándole ellos le preguntaban lo que quería.

»—“¿Qué puedo yo querer, pues estoy muerto? —era su respuesta—. ¡Infames, traidores, enemigos de Dios, de cual estáis ya condenados al infierno por haberme dejado en el peligro!”.

»Y abriendo la puerta, desnuda la espada en la mano, imbistió con ellos, con la cara, boca y manos llenas de sangre, de un pollo que antes de acostarse había comido.

»Espíritu que habla mucho, y el hombre que habla poco, hace el uno lo que el otro. Y así fue fácil reconocer los estudiantes que aún vivía Amaro. Entendíolos él, y para disfarzar más su embuste, les fue enseñando por todo el cuerpo muchos cardenales que, refregándose con añil de Indias, había fingido. Lo que la presunción pinta, borra la vista; con facilidad le creyeron, y con tocarle, fingiendo él que le dolían, se aseguraron. Viendo, pues, él logrado bien sus designios, les fue dando cuenta cómo, al tiempo que le tiraron el pistoletazo, se había dejado caer en el suelo, y que el dueño de las peras, después de haberlas recogido, por ver que aún respiraba, le había puesto de aquella manera hasta dejarle totalmente por muerto; y que, arrastrándole, le había sacado a la calle, de donde, después de verse con algún aliento, se había venido a casa.

»Él se quedó con las peras; y por muchos días, sus compañeros, mal olorosos del baño.

»Cierta canónigo de la villa de Guimaraes tenía un sobrino estudiante en Braga. Era amigo de Amaro de Laje; quísole valer de su industria para vengarse del tío, que con tener una huerta suya gran cantidad de repollos, que en aquella provincia, aunque hay pocos, son notablemente grandes y por eso muy estimados, y no le enviaba ningunos.

»Preparándose los dos para darle jaque, informose Amaro de la casa, huerta y demás cosas que había en ella; y previniéndose de una soga y garrucha<sup>350</sup> fuertes, se partieron luego con un macho de carga<sup>351</sup> a hacer noche cerca de aquella villa.

»Esperando que el relox diese la una, hora en que todos ya estarían entregados al sueño, para que sin ser vistos mejor hacer su asalto, se fueron a la huerta. Tenían las tapias o muro que la cercaba más de dos estados,<sup>352</sup> y arrimado a él estaba un roble grande cuyas ramas pendían sobre ella; y atando la garrucha en un brazo fuerte de aquel árbol, bajaron

---

<sup>350</sup> *Garrucha*: polea.

<sup>351</sup> *Macho de carga*: acémila.

<sup>352</sup> *Estado*: antigua medida de superficie que tenía 49 pies cuadrados.



por la sog a la huerta. Cogieron sus repollos, y, cargado el macho hasta más no poder, dijo el estudiante:

»—“Amigo Amaro, esto bien hecho está, pero lo que más me importa es que mi tío, por ninguna vía, pueda entrar en sospecha que yo le pudiese dar este disgusto, porque, de entenderlo, es cosa infalible que ese poco que me da para mis estudios vendrá a ser menos. Y así en esto conviene mostrar vuestro ingenio como amigo, que en la prevención de los futuros se reconocen los grados de la prudencia”.

»—“Descansad —volvió Amaro—, y traedme aquí el asno que me dijistes que vuestro tío tenía”.

»Trájoselo luego; y por la misma garrucha, colgado de la sog a, en volandas lo pasaron a la huerta. Viéndose él en ella, se fue a los repollos, que era lo más tierno, adonde le dejaron, volviéndose a Braga.

»Era el canónigo hombre ya mayor, edad en que se duerme poco y a veces se estima más lo que menos vale; tenía puesta su felicidad en su huerta, como otros en sus tesoros. Despertó antes de amanecer; y, como estuviese ya harto de repollos y no hallase salida el asno, rebuznó para que le abriesen. Oyole su dueño y, llamando al ama, la dijo que mirase adónde estaba aquel asno, porque le parecía oírle en la huerta. Ella le desenmaginó<sup>353</sup> diciéndole que no era posible, pues no tenía por dónde entrar en ella. En esto de mandarla él y perecearlo<sup>354</sup> ella se estuvieron hasta el amanecer, que volviendo a segundar el asno con su alborada, saltó de la cama el viejo, abrió un postigo, y con grande admiración y desconsuelo vio desplantada su huerta de repollos, y echó el asno uno de los muchos que había comido. Lamentó su pérdida maldiciendo [a] su ama, y hallando ser cosa imposible poder entrar el asno en la huerta por naturales medios, mandó que le ahorcasen, visto ser instrumento que alguna hechicera había tomado, por medio del demonio, para destruirle sus repollos. Subiéndole por una escalera que bajaba a la huerta, le llevaban ya al suplicio, cuando, divulgándose el crimen y la sentencia por la villa, vinieron algunos amigos del canónigo a darle el pésame y a ser padrinos del asno. Animales dichosos son estos, pues nunca faltan otros que lo sean para no morir por sus delitos. Muchos pueden las intercesiones de buenos amigos, y así pudieron estas volver a

---

<sup>353</sup> ‘Desimaginar’: «Borrar algo de la imaginación o de la memoria» (*DLE*).

<sup>354</sup> *Perecear*: «Dilatar, retardar, diferir algo por flojedad, negligencia o pereza» (*DLE*).

su pesebre el asno, no dejando de tenerse por estraño y admirable el volar un asno en aquel tiempo; que, si fuera en otros, no se extrañara.

»Con estas y otras muchas travesuras, por no querer el arzobispo de Braga darle órdenes, se vino a esta ciudad. Y como no era mal estudiante, fácilmente se ordenó de todas y se hizo sacerdote; pero ni el nuevo estado le mudó las costumbres, por las cuales más tiempo asistía en la cárcel que en su casa.

»Pocos días ha que, acabando de decir misa en San Nicolás,<sup>355</sup> viendo que un hombre desembarcaba unas caponeras y banastas de gallinas, preguntándole de dónde era, le dijo que de Entre Duero y Miño.

»—“¡De mi patria! —volvió él—. ¡Vengáis nora buena! ¿Cómo queda fulano y citano?”. Y viendo el labrador que eran personas que él mismo conocía, quedó muy contento, y por el discurso de la plática vino Amaro de Laje a hacerse deudo suyo, y como tal ofreció buscarle compradores a su mercancía. Hízole llevar una banasta a la puerta de la iglesia de San Nicolás. Entrose; habló con el cura, que por ser en la Semana Santa estaba confesando; y llegándose a él en parte donde el gallinero le vía, enseñándoselo al cura, le dijo:

»—“Aquel hombre que allí está es de mi obligación; tráigole aquí para que vuesa merced me la haga de confesarle, porque está tan malo de una melancolía que le vuelve loco. Sírvasse vuesa merced de despachármele luego; y que la tema<sup>356</sup> que le da en sus locuras es decir que es ave; y no quisiera que, volviéndole, se nos volase”.

»Con esto salió fuera de la iglesia adonde el otro tenía sus gallinas, ajustó el precio, regateándolo mucho de parte del cura. Fuese al confisionario dando muestras que iba a conferirle con él. Después de fingir haberlo hecho, volviendo a llamar al gallinero, dijo en su presencia al cura:

»—“Aquí queda el hombre; en habiendo lugar, envíele vuesa merced a su casa”.

»Y mandando tomar la banasta a un ganapán,<sup>357</sup> se llevó las gallinas a la suya.

»Acabando, pues, el cura de confesar su penitente, con el gallinero se fue a la sacristía por ser parte más cómoda para su intento. Díjole:

»—“¡Hincaos de rodillas, hermano!”.

---

<sup>355</sup> Aquí, al igual que unas líneas más abajo, ‘Niculás’ en el ms.

<sup>356</sup> Aún en esta época, es habitual asignar género femenino a helenismos con terminación en *-a*.

<sup>357</sup> Ver nota 112.

»—“¿Qué rodillas, señor? —volvió el otro—. Págueme mis gallinas, que estoy de prisa”.

»—“Antes me parece que estáis loco, hijo —replicó el cura”.

»Y llamando un criado suyo, intentó o ya con buenas razones, o ya con la ayuda dél, que confesase el pobre hombre el pecado que no había cometido. Daba voces y reprendíale el cura hasta que, por discurso de la contienda, echó de ver el engaño y el robo que le había hecho Amaro de Laje, sin ninguno dellos conocerle.

»En la puerta de su casa amaneció un día fijado un cartel, de grande y hermosa letra, que era este:

Todos los curiosos que quisieren ser adivinos, en esta casa hallarán quien les enseñe a adivinar en menos de un cuarto de hora, por precio de un real de plata, sin ser por arte mágica ni otros medios reprobados por nuestra santa fe católica.

»Pasaban unos y otros, y a todos convidaba la hermosura de la letra a leer el cartel y la curiosidad del arte. Los que conocían la casa y el dueño della, temiendo algún engaño, no tratando de averiguar lo que era, se iban a sus negocios; pero los demás, entrando uno a uno, daban con mucho gusto su real, y saliendo adivinos, afirmaban a todos los de afuera que sin duda era ciencia cierta, como lo experimentarían todos los que entrasen. Creció con esto la curiosidad en muchos y, por espacio de dos días, juntó buena cantidad de reales. Como yo vi que todos decían que adivinaban y ninguno decía cómo, queriendo averiguarlo por tercera persona, y como solo a gente lúcida se permitía la entrada, vestí de negro a un lacayo de mi amo, hombre de buena traza y no mal entendido, y enviándole a saber lo que era, dio su real de plata. Entró, y cerrándole la puerta, le fueron dos hombres acompañando hasta el aposento adonde estaba Amaro de Laje con mucha autoridad, su bonete muy grande en la cabeza, sentado en una silla un poco mayor que las ordinarias, y otra menos en frente para los discípulos de sus arte adivinatoria. Entre las dos sillas, un bofetillo bajo con una alhombra;<sup>358</sup> a los dos lados, dos cazuelas de olor excelente; y en medio, una olla muy grande de porcelana de la china, cubierta con un pliego de papel, atado con curiosas lazadas de una colonia carmesí y un abujero en medio.

---

<sup>358</sup> *Alhombra*: alfombra.

»Desta manera le topó nuestro lacayo. Y levantándose un poco de la silla y no mucho el bonete, mandó que se sentase. Haciéndole con él señas para que se cubriese, le dijo:

»—“Vuesa merced viene aquí para que yo le enseñe a ser adevino por arte lícita y que no sea condenable. Y para que vuesa merced pueda conseguir la demostración desta ciencia, si gusta que yo se la enseñe, conviene que sea hombre confiado, porque la confianza es la madre de las ciencias; y el de desconfiar de la ignorancia. Si vuesa merced no es confiado, no es conveniencia mía el enseñarle ni de vuesa merced gastar su real; puede tomarle e irse nora buena, que mi intención es solamente enseñar a cuerdos que no comoniquen el secreto de mi enseñanza, porque solo consiste en la publicidad del perder yo el premio de mi trabajo y vuesa merced la reputación de su persona. Ahora, mire, si con estas condiciones le está bien mi enseñanza, luego será adevino”.

»Respondió el lacayo —hecho gentil hombre, juzgándose por el vestido un caballero andante, la parte adonde se vía de una grande aventura, y que por ser adevino, podía salir della un sabio Lirgandeo—<sup>359</sup> que aceptaba el partido y que le enseñase.

»—“Nora buena sea, y no se nos vuelva en alcaravea<sup>360</sup> —dijo Amaro de Laje, y preguntando al lacayo—: ¿Qué es lo que está en esta olla?”.

»—“¿Cómo puedo yo adivinarlo —replicó él—, si no lo veo?”.

»—“Pues esa es la ciencia que vuesa merced ha de saber —le volvió Amaro—. ¡Meta el dedo y huela!”.

»De servicio servía la olla, y a eso dijo el lacayo que le olía el dedo.

»—“Ya vuesa merced adivinó —dijo el maestro—, bien puede irse en hora buena a adivinar por todo el mundo, y por su reputación calle, que hay cosas que cuanto más se bullen, más mal huelen; y muchos que, por no perder un real, pondrán todas sus faltas en la calle”.

---

<sup>359</sup> Lirgandeo fue uno de los hijos de Orixergues, rey de Babilonia. Tras dedicar su vida al aprendizaje de la magia y la astrología —como se describe en el ciclo novelesco *Espejo de príncipes y caballeros*—, prestó ayuda al Caballero del Febo, hijo de Trebacio de Grecia y de la Princesa Briana de Hungría. «[...] Allí fue el llamar a su buen escudero Sancho Panza, que, sepultado en sueño y tendido sobre el albarda de su jumento, no se acordaba en aquel instante de la madre que lo había parido; allí llamó a los sabios Lirgandeo y Alquife que le ayudasen». Cervantes, 2004, p. 661.

<sup>360</sup> «Plegue a Dios que oregano sea, y que no se nos vuelva en alcaravea. Refrán con que se significa el justo recelo con que se debe vivir de la inconstancia de la fortuna, deseando que ya que en alguna cosa que se emprende no suceda todo el bien que se quisiera, sea el menor mal de los que debieran recelarse. Lat.» (*Autoridades*).

»Con esta cautelosa advertencia quedó Amaro con muchos, porque ninguno quiso confesar su mengua, confesándose todos por adevinos de su ignorancia.

»Varios cuentos hay suyos a este tono, pero de malos cuentos mejores son los menos, que ni siempre se ha de andar con guantes de ámbar en la mano ni pas[t]illas de olor en la boca.<sup>361</sup> Son diferentes los gustos de las personas, a unos mata el olor, a otros da vida el hediondo. Así lo dicen los naturales, y experimentan los estraños. El que escribe para todos no ha de ofender a ninguno; sino de unos o de otros ha de ser condenado. La ponderación mucha es un tesón grande, puede agradar a unos y a otros ofende. El descuido con cuidado hasta en la música hace mayor armonía, que, a componerse unto no de especias perfectas solas, fuera la mayor imperfición que en él pudiera hallarse. Y así vamos a otros cuentos, que en Amaro de Laje paño hay para todo.

»Después de haberle privado de sus órdenes por término de un año el arzobispo, cumplido, él le mandó llamar. Hízole un largo sermón, reprendiéndole mucho de su licenciosa vida, por ver que un sacerdote compliese tan mal con las obligaciones de su estado. Prometiéndole él de enmendarse, volvió a decir su misa. Vivía de la limosna della.

»Vino la Pascua de Navidad; dio memorial al arzobispo pediéndole licencia para decir tres misas. Atrebuyendo él, como bueno, a modestia lo que Amaro hacía de cautela, dióselo luego; y dijo seis. Prendieronle por el caso, pidió que le llevasen adonde estaba su señoría ilustrísima porque con licencia suya las había dicho; lleváronle. Y diciendo el arzobispo cómo decía tal, sacó su licencia y, poniéndosela en las manos, dijo que por ella se echaría de ver que no había incurrido en culpa en decir seis, porque para tres le había su señoría ilustrísima dado aquella licencia, y que para las otras la tenía él como los demás sacerdotes.

»Por la inclinación de cada uno le busca el demonio su despeñadero. Las burlas que a las aras se atreven de veras encaminan al infierno. Para entrar en un colegio, para ponerse un hábito en que va poco que le tome este o asista aquel, hay tantas pruebas y reprobaciones, ¡y para la dignidad del sacerdocio, que es la mayor de todas, hay tan poca atención! ¡Oh, locura de los hombres, que, dificultando lo fácil, siempre lo más difícil facilitan! Cristiano viejo es Amaro de Laje, pero más valiera que no lo fuese y fuera buen cristiano diciendo una misa sola, que decir seis, fiado en que no lo podían imputar

---

<sup>361</sup> Los guantes perfumados o las pastillas olorosas eran signo de distinción y refinamiento, cualidades escasas en quienes participan de los cuentos de Amaro.

defectos de la sangre, siendo para con Dios más ofensibles los de la persona que otros ningunos. La virtud propia del hombre se puede llamar suya,<sup>362</sup> y prestada la que heredó de sus mayores. Los defectos que por ellos ha heredado, si no los tiene, aunque para con el mundo sean reputados por suyos, para con Dios son ajenos. Suyos son los de Amaro de Laje, que tan aplaudidos son por el mundo. Y este es el huésped que vuestas mercedes han tenido, de quien he hecho esta relación por advertirles que el entendimiento más feliz no está seguro de borrascas en el mar de sus enredos.

Ricardo y Propercio le agradecieron mucho el desengaño, y yo, que en su vida estaba leyendo la mía, la merced que me había hecho en referírmela, aunque diminuta. Porque lo más acendrado de la picardía se queda al discurso del curioso lector, por el respecto que a los sacerdotes se les debe, que a no ser verdaderos los sucesos referidos no osara yo contarlos. Por la misma causa, si por ejemplo de otros no fuera conveniencia el repetirlos, pues no se compadece en dignidad tan alta tan humildes bajezas, ni para cosas tan de burlas hacer elección de un hombre que está obligado a serlo tan de veras.

Miren los prelados lo que hacen en casos semejantes, que hasta Guzmán de Alfarache escandalizan, y no se espanten que yo les condene; que sin orden den órdenes,<sup>363</sup> y entrada en la casa de Dios a los truhanes, pues no falta quien hasta de los palacios de los príncipes de la tierra quiere desterrarlos, siendo conviniencia, a veces, el tenerlos por la oposición que la bufonería tiene a la lisonja, y por las armas diferentes de que juegan, esta con la mentira, aquella con la verdad.<sup>364</sup> ¡Oh, si todos hablasen verdad y tuviesen a sus príncipes, a sus reyes, a sus monarcas en el corazón, en las manos, y no tratasen con enredos, con embustes, con mentiras y con engaños, a aquellos que ha destinado Dios por sostetutos<sup>365</sup> suyos en la tierra, y qué diferentes fueran sus aciertos! Todo lo disbarata la lisonja que, como dijo Demóstenes,<sup>366</sup> ha arruinado más reinos que las armas.

---

<sup>362</sup> Hacer hincapié en las virtudes propias del hombre, y no en las heredadas por la cuna, es una idea de raíz erasmista recurrente en el *Lazarillo de Tormes*, por no decir una de sus tesis seminales. Tras el Concilio de Trento, se comienza a insistir en las obras que conducen a dichas virtudes.

<sup>363</sup> Nótese el juego de palabras entre el orden y las órdenes (religiosas).

<sup>364</sup> Resulta bien curiosa la paradoja que aquí se plantea, mediante la oposición entre la mentira de los truanes (algunos sacerdotes), y la verdad que destila el bufón con su actitud y discurso. Basta recordar la relación del pícaro con el oficio de bufón, también desempeñado por Estebanillo y elogiado por el propio Guzmán en la obra de Mateo Alemán.

<sup>365</sup> 'Sustitutos'.

<sup>366</sup> «Demóstenes dice que todas las adversidades públicas, comúnmente, se deben atribuir a los lisonjeros. [...] Cicerón, que fue el Demóstenes de Roma, llama a la lisonja celo y ama de todos los vicios, y Quinto

Aunque no viene de molde en esta ocasión, moldémosle aquí de paso. Asistía en la Corte de un grande príncipe cierto caballero cuyas prendas estimaban todos; de todos era bien visto, y solo dél mal mirado. Vino a reconocer un deudo suyo la causa desta desatención del príncipe, porque, aunque callen ellos lo que sienten, sus secretos se revelan. Reprendióle mucho este deudo, no despreciando poco su saber, pues, no sabía callar verdades a quien no gustaba de oírlas. Diole sus disculpas este caballero, y entre los dos asentaron que convenía mudar de estilo para mejorar de fortuna.

Vestiose de luto él y sus criados, cerráronse las ventanas de su casa, y nadie sabía por quién hubiese hecho demostración semejante. Fueron a darle el pésame unos amigos suyos, y queriendo saber de los criados de qué se lo habían de dar, todos lo ignoraban. Entraron, pues, algunos que con él tenían más familiaridad, y preguntándole la causa de su sentimiento, respondió que en su casa se había muerto una señora que él estimaba mucho, y que de muchos años antes vivía en ella, a quien llamaban Verdad, y que esta era la razón de su luto.

Divulgose luego por la Corte, supolo el príncipe, y cuando en palacio le pensaban ver enlutado, entró él vestido de un tafetán de aguas verde, aforrada la capa de otro tornasolado. Admiráronse todos de variedad tan grande en caballero tan compuesto en sus acciones, y particularmente aquel príncipe, que le preguntó:

—¿Qué disfarces son estos, N.? Ayer tanto luto, como me han dicho, y por tan justa causa, y hoy tanta gala como traéis; que a cualquier meneo, como el camaleón, mudáis de colores.

—Por no entristecer a vuesa alteza —respondió él—, vengo desta manera, y me iré con la corriente de las aguas.

Mudó este caballero de estilo en tratar con aquel príncipe, y también mudó de fortuna en sus favores.

Agrias fueron siempre las verdades; y los visos de la lisonja, apacibles. «Miéntesme y huélgome», decía una señora bien entendida y que había sido en su mocedad muy hermosa, cuando en la vejez la decían que lo estaba. Mucho es en una mujer este desengaño, pero no es menos en hombres de buen discurso el dejar engañarse de otros que en los suyos no los exceden. Ciega la presunción a aquellos, y se hace lugar

---

Curcio escribe que *más veces los reinos han sido destruidos por la lisonja que por las armas de sus enemigos.*» Ribadeneyra, 1788, p. 429.

el engaño destos. Engrandeciéndole sus menguas, no reconocen sus defectos, y pensando ganar, pierden lo que desengañados adquirirían. Los que admiten lisonjas, esta pena se tienen.

De burlas y lisonjas —si lisonjas no son burlas—, salió el flux,<sup>367</sup> con que de veras se jugó en la conversación desta tarde. Varios cuentos se trajeron a este propósito, entre los cuales refirió Propercio este:

—En la Universidad de París tuvimos un gran maestro, en las divinas y humanas letras hombre insigne. Teníanle todos comúnmente por el mayor letrado de aquella Corte, y por la misma razón le comonicaban sus causas. Daba su parecer por escrito, y hasta estar determinado el pleito en juicio final por última sentencia, a ninguno llevaba premio de su trabajo; y si ellas se confirmaban con su voto y se lo traían, de ninguna manera lo aceptaba, diciendo a las partes que las verdades y desengaños no había precio con qué pagarlos. Si variaban los jueces de lo que él por escrito había dado, entonces lo aceptaba, y llegó a obligar por justicia a que algunos le pagasen, diciendo que como a las malas mujeres se les debía el precio en que para las ofensas de Dios se concertaban, se debía pagar a los letrados, el trabajo que ponían en buscar razones en ofensa de la verdad que representa Dios en el mundo.

»Era casado él, y sentía mucho la mujer —como a todas sucede— ver entrar dineros por sus puertas sin quedarse en la casa, por aquel tan extraordinario capricho en hombres que estudian para vivir de sus letras. Corría por cuenta della el gasto, y diciéndole en una ocasión que no tenía en su poder dinero alguno, tomó el marido la llave del escritorio en que estaba, para desengañarse, y hallando que aún había en él buena cantidad:

»—“¿Para qué me habéis dicho esta mentira —dijo él con mucha cólera—, si aquí tenéis aún dineros bastantes para muchos días?”.

»Respondió ella muy mesurada:

»—“Para que premiéis el decíroslo, pues solo a mentiras y engaños halláis deberse los premios”.

»—“¡Oh, loca!, pues —volvió él—, si de verdades y desengaños yo los llevara, ¿pensáis que tuviéramos un pan para comer en este siglo?”.

---

<sup>367</sup> *Flux*: «En ciertos juegos, circunstancia de ser de un mismo palo todas las cartas de un jugador» (*DLE*). El término funciona aquí como metáfora de que todos los cuentos e historias se refieren al mismo propósito.



El embuste vale, la mentira aprovecha, solecita<sup>368</sup> la maña, la cavilación agrada, la tramoya se admite, el enredo se logra y la lisonja, al fin, que es hija natural de todos estos, es quien gobierna el mundo. No hay pleito sin trampa, y en la trampa se queda quien sin trampas lo comienza. Los respetos son textos, ducados los letrados, doblones openiones.

Con esto dio fin a la plática, que hoy se platica tanto en todas las partes del mundo, que todo el mundo es uno. Es un valle de lágrimas, llóranse cuando nacen, llóranse cuando viven, llóranse cuando mueren.

---

<sup>368</sup> *Solicita*: insta.

## CAPÍTULO VII

*Guzmán de Alfarache y sus compañeros topan en el terrero de palacio a Amaro de Laje.<sup>369</sup> Súbelos al fuerte y les cuenta algunos sucesos suyos y de doña Catalina de Melo*

Gastamos algunos días en ver aquellas suntuosas iglesias y insignes conventos, que, por no particularizar a ninguno, dejo de referir las excelencias de todos, que en todos hay que admirar y pocos en que no se repare. Solo un defeto hallé en Lisboa, que es grandísimo: ser la mayor parte de las calles angostas para corazones tan anchurosos. Y esta debía de ser la causa porque, no cabiendo los portugueses en ellas, alargaron hasta el Oriente sus conquistas; para las cuales y otras partes de aquella Corona, en la África, Asia, América e islas que domina, vimos una vez salir juntos más de cien bajeles. Y por estar poblado de barquillos todo aquel río y de gente todas las eminencias que le dominan, salimos mis compañeros y yo, dando una larga vuelta por la ciudad, a ver si, como antes, estaba poblada de aquel grande concurso que siempre por las calles se topa. Dejonos admirados ver que no parecía faltar una persona en ellas. Bajando al terrero de palacio, que es la mayor plaza de aquella ciudad, topamos a Amaro de Laje, que, después de saludarnos, nos dijo:

—Buen coronista de mi vida dejé con vuestras mercedes el día pasado. ¡Qué de ensanches pondría a mis cuentos!, ¡qué de ribetes a mi capa y añadiduras a mis sucesos! Tal sea su vida cual haría la mía.

No, por cierto —volví yo—, no tiene vuestra merced razón para desconfianza semejante, porque todo lo que nos ha contado fueron cosas de muy buen gusto y fábricas de un sutilísimo ingenio.

—En fin, séase lo que fuere, quiero creer lo que vuestra merced me dice —respondió él—, y para que vean que ni este pueblo junto está seguro de mis burlas, estense atentos y verán cómo los junto a todos a la parte que quiero.

---

<sup>369</sup> Ver nota 309.

Apartose un poco de nosotros, y poniéndose en medio de aquel grande terrero, aún no tenía dados dos paseos cuando, con admiración grande, levantando la mano al cielo comenzó a decir:

—¡Cometa, cometa!

Era ya tarde, había nubes en él que con viento sur corrían al norte; en una abertura, que hacia el cielo apuntaba la mano fueron concurriendo los que estaban más cerca.

—¡Larga cola tiene! —decía él.

—¿Adónde está? —perguntaban los unos a los otros.

Y como él fingiese ser cerca del sol, cuyos rayos no dejaban averiguar bien su embuste, les respondía:

—Conforme la distancia que del sol se aparta, en la canícula tiene la cola que entre aquellos nublados aparece.

No faltaron algunos que afirmaban verla, con lo cual no quedó persona en aquella plaza que allí no concurriese. Dejando a todos en la disputa, se vino hacia nosotros, y muy mesurado y compuesto dijo:

—Allá dejo esos bobos espulgando en la cola de mi mentira, la del perro muerto que les he dado.<sup>370</sup>

Dijonos si gustábamos de ver el fuerte, que tenía persona que nos le enseñase. Fuimos a verlo, y nos pareció obra tan excelente como de Felipe II, que mandó fabricarle.<sup>371</sup> Llevonos hasta el capitel,<sup>372</sup> de donde se descubre la mayor parte de aquella ciudad, y haciéndonos relación de lo más notable que de allí se vía, vino a parar, como todas las suyas, en lo más inundo, que es la quinta de Jorge Seco, un edificio bajo, de piedra y madera, sobre el mismo río, que a unos sirve de proveer necesidades del vientre, y a otros de vaciar las resultas dellas.

—En aquel paraje —nos dijo— pocos días ha sucedió un cuento muy gracioso. Fue el que llegando para remediar su necesidad un hombre de buena capa, para más libremente poder hacerlo, púsola con el sombrero a un rincón sobre su espada. Ajeno a

---

<sup>370</sup> Nótese el claro regusto que el final del pasaje nos deja al cervantino *Retablo de las maravillas*.

<sup>371</sup> Este fuerte o torre, que aún se yergue junto a la plaza de Comercio, se mandó construir en 1580, cuando la Corona portuguesa cayó en manos de Felipe II. El proyecto fue concebido por el arquitecto e ingeniero italiano Filippo Terzi, que diseñó la torre de estilo manierista que poco después albergaría la Real Biblioteca de Palacio.

<sup>372</sup> ‘chapitel’ en el ms.

su desdicha, pagaba aquel forzoso tributo que a la naturaleza se debe, cuando fingiendo otro entrar a hacer lo mismo, le dijo:

»—“Pues ¿para eso, señor, dejáis tan lejos de vos la espada, capa y sombrero? ¿Y si acaso por aquí entrase un ladrón como yo entro, y poniendo vuestro sombrero sobre el suyo, y la capa sobre la que traía, y la espada debajo de su brazo, como yo ahora hago, qué podríais hacer vos?”.

»—“Siguíerale —respondió él”.

»—“Pues, ¡seguidme! —dijo el otro”.

»Y mientras él atacaba su plaza,<sup>373</sup> fuese en hora buena.

—No soy solo, señores míos, en esta ciudad —nos dijo Amaro de Laje—, muchos Amaros como yo hay en Lisboa, de los cuales, como sucedió a Hércules, todas sus acciones se me acumulan,<sup>374</sup> que esta es la dicha o la desdicha de los hombres únicos: en cualquier cosa buena o mala atrebuírse a uno lo que muchos hicieron, y decirse de otro lo que muchos han dicho. Así lo dicen las viejas de mi patria: la buena o mala opinión hace o deshace al varón. A todos libre Dios de malas lenguas, que de malas lenguas nacen las grandes menguas. ¿Qué buen dicho se dijo que al conde de Redondo<sup>375</sup> no se atrebuyese en su tiempo? Y, ¿qué mal hecho se hace en el mío que no se me acomode? Tanta fuerza como esto tiene la presunción en todo; pequeña presunción descubre el gran ladrón.

»Pocos días ha que, estando yo comprando unos guantes en una de estas tiendas de la capilla,<sup>376</sup> vi que en un corrillo de gente de buen pelo a tijeradas me hacían la barba; a coros referían mis cuentos sin el decoro que a un sacerdote se debe; no conocía yo a ninguno dellos ni ellos a mí tampoco. Llegueme para oírlos, y allí eché de ver qué novelero es el mundo, viéndome harto de cuentos que por la imaginación no me habían pasado. Este decía uno, aquel decía otro, y, al fin, todos me daban con la mano del gato.<sup>377</sup> Por no hacerme sospechoso fingí irme, que no deja de ser cordura no hacer sentimiento el hombre de lo que piensan otros que dicen en su ausencia.

---

<sup>373</sup> Entiéndase la expresión *atacar la plaza* en el sentido metafórico de ‘intentar contener al otro en sus argumentos’.

<sup>374</sup> Los doce trabajos de Hércules fueron impuestos al héroe como penitencia por el asesinato de su mujer e hijos.

<sup>375</sup> Redondo: villa portuguesa de la zona del Alentejo, cuyo condado fue concedido por vez primera por el rey Manuel I Portugal en 1500, en favor de Vasco Coutinho.

<sup>376</sup> Adviértase la sinécdoque por la que se designa el Palacio como Capilla (real de Palacio).

<sup>377</sup> *Mano de gato*: «Corrección de una obra hecha por persona más diestra que el autor» (DLE).

»—“El cuento más gracioso de los que le han sucedido —dijo un clérigo que de nuevo se agregó a la conversación, y yo conocía muy bien— es la burla que le hizo esta embustera que llaman doña Catalina de Melo, que en esta ciudad vive sin saberse adónde. Pagó a un pregonero que por toda ella pregonase se darían grandes albricias a quien hubiese hallado un cofrecillo de filigrana y rubios,<sup>378</sup> que llevaba dentro cuatro sortijas de diamantes de valor de diez mil escudos. Decía el pregón haberse perdido en la misma calle adonde Amaro de Laje vivía, en la cual en diferentes días mandó dar duplicado pregones”.

»“Tanto que ella vio que era tiempo de haber llegado a sus oídos la noticia de aquella pérdida, fue [a] aguardarle a la Misericordia,<sup>379</sup> adonde él acostumbra decir su misa; y, fingiendo no conocerle, dijo que la oyese de confesión. Hízolo él, y a pocas palabras vino a declararle cómo había hallado aquel cofre de que dio las señas referidas, y que por estar cerrado y sin llave, no sabiendo ella lo que tenía, le había empeñado en cien escudos de oro en casa de un mercader de la rua Nova por hallarse en gran necesidad; que si él quería volverle a su dueño, le buscase aquellos escudos, y que juntos los dos irían a desempeñarle para partir los dos lo que le diesen de hallazgo”.

»“¡Mirad qué dicha esta y qué confesión para que Amaro de Laje no la admitiese! Hasta el otro día tomó de plazo para buscar el dinero, y que en la misma hora le aguardase allí para que fuesen juntos a desempeñar la prenda. Con puntualidad lo hicieron ambos, y diciéndola él cómo allí traía aquellos escudos”.

»“—Ya que vuesa merced los trae —volvió ella—, vamos a la rua Nova; que en dándole al mercader, entregará a vuesa merced el cofrecillo en sus manos”.

»“Sabía ella que a uno había él hecho una pesada burla y, llevándole a su misma puerta, le dijo que allí estaba la prenda. Cuando él se vio en aquel empeño de ser conocido si entraba, y si no lo hacía, no cobrar las jcoyas, asegurándose que de la casa no había otra salida, entregó cincuenta doblones a doña Catalina de Melo. Rehusaba ella el aceptarlos por asegurarle; y después de mucha profia<sup>380</sup> sobre que él mismo los había de entregar por su mano, persuadida de sus razones dél, pediéndole que le aguardase allí, aunque se detuviese un poco con la mujer del mercader, se entró en la casa. Era el zaguán

---

<sup>378</sup> *Rubios*: rubíes.

<sup>379</sup> Igreja de Nossa Senhora da Conceição Velha.

<sup>380</sup> ‘Porfia’.

muy estrecho, oscuro y largo, que venía a parar en un patinejo,<sup>381</sup> que de tres altos recebía alguna luz; y en él tenía ella una silla alquilada. Y metiéndose en ella, quitándose el color, se puso toca larga, y a vista de Amaro, sin poder conocerla, se salió de viuda la que entró dama, llevando sus doblones por las fingidas joyas, las cuales hasta hoy está él esperando”.

»Aquí, perdiendo los estribos mi cordura, y el sufrimiento mi paciencia, echeme a la carga, preguntando a aquel sacerdote, inadvertido coronista de mis hechos, tesorero de mi bolsa, si conocía a Amaro de Laje. Respondiome que no.

»—Pues, hombre es —repliqué yo— que en su vida no tuvo en su poder treinta escudos de oro, cuanto más ciento.

»—“Y vuesa merced, ¿conócele? —preguntó él”.

»—Sí, señor —respondí yo—, y a vuesa merced también, que es el mismo a quien doña Catalina de Melo ha dado ese cofre, y se llama N., y vive a la Cruz de Cataquefarás.<sup>382</sup> Y ahora mire vuesa merced lo que ha de hacer para deslumbrar estos señales<sup>383</sup> que con tanta evidencia han reconocido estos señores.

»Con esto le dejé avergonzado, y a los circunstantes confusos. El que cuando habla no mira adónde, con quién y cómo, otras peores cosas pueden sucederle. Lo que no se dice tiempo hay de decirse, y lo que una vez se ha dicho, no le hay de enmendarlo.

Admiráronse mis compañeros de ver en una mujer tanta sutileza; pero a mí nada me admira porque conozco las suyas, que con ser las mías las que te he contado, raras veces pude ejecutar una con ellas que no me pagasen dos en retorno.

—¿Deso se espantan vuestas mercedes? —dijo Amaro de Laje—. Es niñería para lo que esta mujer hizo. Este San Juan pasado, llegó aquí aviso que estaban en la isla de la Madera tres naves de la India, y como escribiesen a sus conocidas los que venían en ellas, cogió ella carta de un piloto para su mujer. Vio por ella ser conocido de cierto indiano, hombre mayor en edad y mozo en las costumbres, que pocos años antes había venido con mucha riqueza de la India. Fingiendo ser aquella para quien era la carta, alquiló casa en frente de la suya. Cerraba sus puertas temprano, tarde abría sus ventanas, dejábase ver poco, y en todo había muy gran recato y apariencia de honestos procedimientos.

---

<sup>381</sup> *Patinejo*: patio pequeño.

<sup>382</sup> Actual plaza Lisboeta de los Remolares.

<sup>383</sup> Se asigna al término *señal* género masculino hasta bien entrado el siglo XVIII.

»Serviendo, pues, todo esto, al gorrión vecino de reclamo, valiéndose de una criada que ella había recibido, conocida de otra que a él le servía, vino a saber que era la que fingía ser. Enviola luego un recado de mucho cumplimento, ofreciéndose a su servicio, y a todo lo que en su casa había, fundado en la amistad del piloto de quien ella supuso ser mujer.

»De la continuación de los recaudos y respuestas entraron las vistas; y significando él la grande amistad que a su marido debía, ella le enseñó la carta para que viese que aún no se olvidaba. Duplicáronse los ofrecimientos, a que con fingida modestia y corteses palabras respondió ella, dejando al viejo mozo enamorado, que era lo que intentaba y que quería.

»Llegando, pues, a lances más apretados, que adonde quieren dos no hay quien los estorbe, dijo ella, con lágrimas fingidas, semejantes razones:

»—“No soy la que pensáis, señor N., sino la más desdichada mujer que habéis conocido, pues en el mayor colmo de bienes de la fortuna, es tan corta la mía que me impide el logro dellos. Las riquezas que yo y mi marido poseíamos no podéis ignorarlas, pues las habéis conocido; y las que hoy trae de la India, de la misma manera lo vistes en su carta; pero a quien la dicha no ayuda, toda la fortuna le estorba”.

»Intentó él consolarla con palabras de un afectuoso amor, como todos los hombres a los principios muestran; y preguntando la causa de su tristeza, respondió ella:

»“—Esa, señor, es cosa sin remedio; y por no hallarle otro, me retiré de mi casa, vendí mis esclavas, dispuse de todo lo que tenía reduciéndolo a esos dos baúles; y determino ausentarme adonde, cuando mi marido llegue, no tenga de mí noticia alguna. No tengo poco en ellos con que pasar la vida, de la cual solo trato, pues sin tener culpa he perdido la honra que más que todo estimaba. Nada puedo negaros, fiando de vuestra hidalguía y procedimientos tan caballerosos el remedio de una mujer afligida, que de vos quiera valerse en aprieto tan grande como es verse preñada al tiempo que su marido puede entrarsele por las puertas cada día. Dejome él a cargo de un deudo suyo; ya veis la facilidad con que entraría en mi casa un hombre que mi marido me fiaba dél. Algunas veces reconocí sus deseos, y viendo él que no me daba por entendida, buscando ocasión, me cogió una a solas que, sin poder resistir sus fuerzas, me dejó preñada”.

»“Viéndome, pues, yo en este miserable estado, traté de tomar venganza de mi afrenta, siendo yo misma el verdugo de quien lo fue de mi honor. Fingime un poco más

blanda a las importunas instancias que él hacía para lograr en paz lo que en guerra usurpó. Dijele que, porque fuese más secreto, convenía no saberlo persona más de los dos; y que, antes de cerrarse la puerta de la calle, podía entrar en un aposento bajo y que, al bajar mis criadas a cerrarla, se metiese en una caja grande que allí tenía para no ser visto dellas. Pareciole bien mi consejo, como a todos aquellos que, ciegos de su apetito, se fian de quien agravian”.

»“En la primera ocasión que lo ejecutó, cuando mis criadas bajaban a cerrar la puerta, bajé yo con ellas, como algunas veces hacía, y mirando la caja, viéndola con el pestillo abierto, riñéndolas mucho, la cerré con llave y me fui a la cama. No daba lugar al sueño la ejecución de mi venganza, haciendo mil discursos si sería mejor matarle con mis manos muy a prisa, si dejarle murir allí de espacio; que como las tablas de la caja estaban ajustadas, faltando respiración, en pocas horas faltaría la vida. Muy poco se detuvo que yo no oyese dar golpes; pero como dormían mis criadas y mi rencor velaba, ni a estos ni a las voces que después dio se rendía mi honor a perdonar su agravio. Así se estuvo cerca de dos horas, y hasta el fin dellas con tenerse su vida, tuve inquieto el ánimo. Saltaba el corazón; no dormían lo ojos, que, hechos arroyos de lágrimas, lloraron mi afrenta, aunque vengada, toda aquella noche.

»“Esperé la siguiente y, después de recogerse mis criadas, bajé sola sin más compañía que el ánimo que en mí infundió el desempeño de agravio y venganza de mi honor. Abrí la caja; miré aquel cadáver en quien deseé mil vidas y quitárselas todas por ser ejemplo al mundo el castigo de su traición; y echándole una gran cantidad de cal, que para reparos de la casa allí estaba, volví a cerrar la caja, dejando en tapadera della, de la parte de dentro, un papel de mi mano que así decía:

A N., mi marido:

El mismo que habéis dejado por guarda de vuestra casa y honor, no estimando las leyes de la confianza, parentesco y amistad que con vos tenía, atreviéndose a conseguir de mí lo que yo rehusé, por fuerza a los dos quitó la honra. Aquí dejo su cuerpo sepultado, del cual fui el verdugo, para que de sus huesos toméis la satisfacción que os pareciere, pues de su vida la tomé yo en venganza de mi honor; de manera que a todas las mujeres del mundo hice en esto ventaja, y a los hombres dél será un raro ejemplo.

Vuestra infeliz mujer, N.”.



»«Después de haber hecho lo que digo y dispuesto todas las cosas de mi casa en la forma que os refiero, dando a entender a los vecinos que me iba a una hacienda que fuera de esta ciudad tenemos, a prevenir las demás necesarias para cuando llegase a casa mi marido, me pasé a esta. De la otra tengo las llaves para enviárselas antes que desembarque, y a darle cuenta de mi desgracia. Intenté que mi confesor lo hiciese con suavidad y modo, por ser fraile francisco, hombre bien entendido, entrado en edad y de mucho respecto. Hame dicho que no se atreve, ni yo tampoco, a manifestar a más personas mi desdicha, pues en ocultarla, hasta que mi marido sepa la grande satisfacción que he tomado por su honra o la mía, libro las esperanzas de volver a su casa; que como es hombre cuerdo, informado desta verdad y de mi firmeza, no viendo su honor en opiniones, y con tanta satisfacción castigada mi afrenta, me perdonará la culpa en que no he incurrido».

»«Si vuestro amor es tanto como significáis tenerme, señor N., aquí podréis mostrarle, que en la mayor desdicha del que se ama se ve la mayor fineza del amante».

»Asegurándola él que todo lo que estuviese en su mano haría por darla gusto o que, como de esclavo, dispusiese dél, porque a sus pies estaba para obedecerla en todo.

»«—Pues, señor —dijo ella—, en vuestra mano está todo mi remedio, el reparo de mi honor y la quietud de mi vida. Vistiéndoos un hábito de san Francisco, podréis en un bajel llegaros a la nave Santa Elena, en que mi marido viene; y enseñándole la cruz de mis trabajos, refiriéndole todo cuanto os he dicho, descubriréis vado<sup>384</sup> si con seguridad de mi vida puedo aguardarle en mi casa. Reconocer su intento no será difícil porque, si él os dijere que no me vaya a ella sin que primero, antes de ser visto en la calle, examine de noche el cuerpo de aquel desventurado autor de mi desdicha, ni él dejará de reconocerle ni yo de fiarme dél, porque es hombre entendido, y una afrenta oculta con tan grande venganza sabrá desimular. Y si en la quinta<sup>385</sup> quisiere él que me retire hasta cumplir el tiempo de mi preñado, para que más ocultamente pueda yo disponer de lo que pariere, también es señal clara de mi seguridad. Y cuando en estas cosas habléis a mi marido, miradle bien a la cara y en ella veréis su corazón, que el hombre es honrado y no tiene más de una, en que podréis leerle todas sus pasiones. Y cuando en acomodarnos halléis

---

<sup>384</sup> 'Descubriréis sin riesgo'.

<sup>385</sup> 'Y si a la casa...'.

dificultad en mi marido, no habrá ninguna en ser yo esclava vuestra, y vos dueño mío para toda la vida”.

»Con esta proposición de doña Catalina de Melo, señor del juego en que iban a perderse, se juzgó<sup>386</sup> su amante. ¿Qué hay que una mujer no intente por difícil que sea, y que un hombre no conceda si está enamorado? Luego la dio palabra de poner en ejecución su designio; conque empeñándole ella con muchos favores, en pocos días se hizo señora de su casa; y despidiendo las criadas que él tenía, se quedó con la suya en ella. Decía él ser su deuda para desimulación de las en que quería ponerse.

»Así se estuvieron algunos días hasta que llegó aviso de cómo a vista de Cascais estaban las naves de la India; conque al mismo punto alquiló un barquillo, diciendo al barquero que al amanecer había de llevar un hermano suyo a ver un amigo que venía en ellas. Previno el hábito, y aquella noche, serviéndole doña Catalina de Melo de barbero, le rapó la barba y cabeza dejándole un largo cerquillo con que representaba un religioso venerable.<sup>387</sup> Y pensando el uno engañar al otro, antes de amanecer salió a embarcarse para ir a su embajada, volviendo primero ella a repetir la atención que había de tener a todas las acciones que viese en su marido al tiempo que él reconociese el estado en que ella quedaba.

»Todos estos encarecimientos hacía esta dama para dar más colores a su embuste, y todas esas finezas fingía él sin pasarle por el pensamiento hacer sus partes, porque en desesperarla fundaba solamente la esperanza de tenerla por amiga; que ál<sup>388</sup> piensa el asno, y ál piensa quien le ensilla.

»Mientras el fino amante fue a hacer su fingido papel, hizo doña Catalina los suyos. Desclavando las cerraduras de los escritorios, cajas y baúles, recogió la plata, joyas y dineros con otras cosas de más de veinte mil ducados de valor. Despidió a la criada y, con todo se pasó a otro barrio adonde tenía su casa, dejando en la de su amante solo sus dos baúles; y a la mujer del barquero llevó las llaves de todo diciéndole las entregase a aquel fraile que con su marido había ido para Cascais aquella mañana.

»Al otro día vinieron los dos; entregóselas ella, y él se quedó atónito; preguntó quién se las había dado, y dándole las señas de doña Catalina, el corazón le dijo lo que ella había hecho. Fuese luego a su casa, adonde ni el vestido que traía halló, y le fue

---

<sup>386</sup> ‘Se convenció’.

<sup>387</sup> La tonsura romana era seña distintiva de los monjes franciscanos.

<sup>388</sup> Ál: «Pronombre indefinido en desuso, que significa ‘otra cosa distinta’» (DLE).

forzoso quedar en hábito de fraile. Fue reconociéndolo todo, y en lugar de su cama halló un corcho grande, con un crucifijo a la cabecera, unas deciplinas,<sup>389</sup> un cilicio y dos o tres libros espirituales. Parecióle ser sueño lo que vía: el día de antes, seglar enamorado; y aquel, religioso penitente. Fuera de juicio estaba el hombre y sin saber qué hacerse ni a quién comonicar su aflicción; pieza por pieza fue mirando toda la casa hasta llegar al aposento adonde doña Catalina tenía su cama, y no halló en él sino sus dos baúles.

»Admirado de ver trocadas sus alhajas con las della, y habiéndole dicho que en ellos había reducido toda la hacienda de su casa, que era de grande precio, viendo que tenían llaves, abrió uno de ellos, en que no halló más que una anotomía<sup>390</sup> y en sus manos un papel para este caballero, que es el que se sigue:

Al señor N.:

Aquí paran las honras y riquezas del mundo, aquí la bizarría y hermosura de todos, aquí la vanidad y soberbia de los hombres y el lacivo<sup>391</sup> amor de su apetito. No desprecies el hábito que tienes, pues la mayor riqueza de la vida es el desengaño del mundo. Agradece a quien los últimos años de la tuya, con quitarte el tesoro que adorabas, te sacó del cuidado que de guardarle tenías; y si esto no te sirve de consuelo, abre esotro baúl, y verás a dónde paran los que, despreciando semejantes desengaños en la vida, vivieron hasta la muerte engañados, de que Dios te guarde y conserve en tu nuevo y feliz estado.

Tu servidora y tesorera, doña Catalina de Melo

»—“¡Oh, infame traidora! —dijo él—. ¡Tú sola pudieras hacer semejantes enredos, tu sola felicidad lograr tales trazas, y sola tu dicha la siguridad de tu persona! ¿Quién si no yo pudiera creerte, y a quién si no a mí pudieras engañar tanto?”.

»Y, al fin de todos estos sentimientos y justas lamentaciones, abriendo el segundo baúl, no halló más en él que un lienzo de pintura. Desenrollóle y vio pintado el infierno,

---

<sup>389</sup> *Disciplinas*: Instrumentos de penitencia, hechos normalmente con varias ramas de cáñamo, que servían para azotar.

<sup>390</sup> *Anotomía*: esqueleto.

<sup>391</sup> *Lacivo*: lascivo.

poblado de coronas, tiaras, mitras y todas las insignias que ilustran al hombre en dignidad y riquezas.<sup>392</sup>

»Admirado le tenía aquel horrendo espectáculo, y absorto estaba en la consideración dél, con grandes impulsos de aceptar de veras el hábito que de burlas le habían hecho vestir, cuando vio que con grandes golpes le rompían las puertas de su casa.

»Nunca las desdichas vienen solas; eslabonadas vienen las unas de las otras. Hallábase el rico indiano ya pobre caballero, la casa sin criados para abrir las puertas a quien se las rompía, él vestido de fraile, con cerquillo y sin barbas, en forma indecente de asomarse adonde poder ver qué exceso era aquel que a sus puertas se hacía; lo que la vista no pudo reconocer declararon las grandes voces que daban los ministros de la justicia. Pues no contenta doña Catalina con lo que había hecho, dio soplo a un deudo suyo del que pensaba heredarle, por ser el más cercano, cómo se le había vuelto el juicio.

»Acudió él luego a la justicia, que, para heredar uno mucho o poco, al más cuerdo vuelve loco. Hizo ella su oficio, y como doña Catalina había informado que una noche, vistiéndose un hábito de fraile francisco, por las ventanas había arrojado todo lo que tenía a la calle, diciendo que era imposible salvarse sin hacerlo así un hombre que injustamente había muerto a otro. Entró, al fin, el corregidor del crimen y, viéndolo en aquel hábito, la pintura y el baúl de la anatomía, por cama un corcho, y compuesta la casa como de hombre penitente no siéndolo él, por más razones que dio en su disculpa, juzgándole por criminoso cuando no por loco, lleváronle a la cárcel, adonde estuvo muchos días primero que se averiguase la verdad de todo. Y así vino a quedar pobre este rico indiano, pelado hasta las barbas, en openión de loco, su honor ultrajado, y su hacienda perdida; que al fin este es el premio que dan algunas mujeres a aquellos que más finezas hacen por amarlas.

—Otras muchas cosas pudiera decir desta —dijo Amaro de Laje—, pero por no cansar a vuestas mercedes, y ser ya la una, dejo de referirlas.

Con esto nos bajamos del fuerte. Él se fue a su casa; nosotros, a la nuestra con grande admiración de que una mujer, y mujer portuguesa, para cosas tales tuviese tales trazas.

---

<sup>392</sup> Tiene la imagen descrita del lienzo fuertes reminiscencias con los temas de la pintura barroca que tratan de la *vanitas*, la muerte como poder igualador y el carácter perecedero de los bienes materiales. Nos hace pensar en los *Jeroglíficos de las postrimerías* de Valdés Leal o en el *Sueño del Caballero* de Antonio de Pereda.

## CAPÍTULO VIII

*Confórmanse<sup>393</sup> Guzmán de Alfarache y sus compañeros cómo han de gastar el tiempo ocioso. Lléalos aquel caballero de quien eran huéspedes a un jardín, donde sobre la verdad y mentira discurrió Propercio*

Quien más vive más ve, y nadie sabe tanto que no tope con otros que más sepan. ¿Quién pudiera decir que el discurso de una mujer era capaz de fabricar enredos semejantes que a perder de vista dejan los míos? Dije yo comigo: «¡Si doña Catalina fuera mi Gracia, o si en ella se hallaran las gracias desta, qué diferente fortuna a los dos corriera!» Desiguales matrimonios ruina son de las casas; pero ¿quién tuviera sigura la suya si los dos juntos viviéramos en una? Deslizándome iba a mis antiguas costumbres, sin acordarme quién era, a tiempo que Ricardo, llamándome por mi nombre, hallé que iba perdido. Y para librarme de aquel pensamiento, ocultamente hacía la señal de la cruz sobre mi corazón —que tal es su virtud que divierte los malos—,<sup>394</sup> cuando él, como si me los viera, comenzó así:

—¡Qué ocioso gastamos el tiempo, señor don Juan, siendo, como dice Teofrasto, preciosísima joya el que bien se gasta!<sup>395</sup> ¡Y qué malas han sido las de Amaro de Laje y doña Catalina de Melo, como nacidas del ocio a que llama Ovidio manantial de vicios!<sup>396</sup> Todo corrompe el vicio, como el tiempo, si bien con diferencia; que este es para mejorar las cosas muchas veces, y aquel, para ponerlas de peor condición siempre. ¿Qué buen

---

<sup>393</sup> *Confórmanse*: acuerdan.

<sup>394</sup> 'Que aleja los malos pensamientos'.

<sup>395</sup> «Con frecuencia, solía decir Teofrasto que el tiempo es el gasto o empleo más precioso.» Diógenes Laercio, 1792, p. 290.

<sup>396</sup> Fue un tópico enormemente extendido, en especial en la literatura áurea, el del ocio como madre de todos los vicios. Ovidio nos advierte de los peligros de la falta de ocupación en su *Remedia amoris* para evitar caer en las redes del deseo amoroso. De la misma forma, aleja Ricardo a Guzmán de los malos pensamientos desencadenados por la historia de Catalina de Melo, que le han devuelto el recuerdo de Gracia. Esta necesidad de acordar en qué gastar el tiempo ocioso (como así reza el título del presente capítulo) también esta tomada de Ovidio que, en la ya citada *El remedio del amor*, propone algunas actividades como la caza o la ornitología para disuadir las inclinaciones amorosas. «Si vences la ociosidad romperás el arco de Cupido, y blanco de tu desprecio, caerán por el suelo sus antorchas pagadas.» Ovidio, 1966, p. 136.

natural hay que la ociosidad no previerta, y qué malo que buenas ocupaciones no enfrenten? Con poca lección de esa Catalina otro Catilina fuera yo a la república,<sup>397</sup> y tan amargoso como Amaro si tomara las suyas. Al que es bueno las advertencias de lo malo sirven de antídoto a su veneno, y al que es malo duplican a más grados su ponzoña. Todo conviene saberse para obrar lo uno y huir de lo otro; pero tales están los tiempos y tan depravados algunos naturales que las cosas más útiles convierten en venenos. Al revés la abeja, que aun de malas flores saca la miel dulce. Esto hacen los buenos, que esotros son avisvas sin utilidad alguna; sus panales, acíbar,<sup>398</sup> sin provecho, su cera. A no ser conocidos estos animalejos, ¿quién juzgara de la hidalguía de una avispa, a quien dotó naturaleza —tan noble en el vestir, tan sutil en sus miembros, tan veloz en las alas, tan delicada en el cuerpo, tan ágil en sus meneos—, que no excediese en obras a una villana, rústica y grosera abeja, vestida de pardo, bronca de alas, polainas en las piernas, continua en el trabajo, en adquirir incesante, en obrar codiciosa, en prevención notable, en tanto que hasta las mismas flores deja exhaustas de aquel sudor del cielo o saliva de las estrellas, como Plinio dice: “para enriquecer su casa”?

»Tanto engaña la vista al que sin experiencia se arroja a creer lo que le representa. Las hidalguías aparentes son de avisvas, no dan provecho a nadie; si las tocas, pican; no hay cera en sus panales, su miel es amarga; nada tiene de cielo; todo es hediondo, malo y terrestre. La verdadera caballería y virtud intrínseca, debajo de un corcho rústico o de un sayal grosero resplandece y comúnmente a todos aprovecha con sus dulces ejemplos y agradables obras; pero como el primer sentido, que es la vista, lleva la primacía de todo lo visible, vulgarmente la creen los que no la experimentan, y por esto exceden siempre en número los malos a los buenos, y a las virtudes los vicios, como no se distinguen con facilidad siempre; por lo cual dijo Séneca que la ciencia de los vicios era dificultosísima.<sup>399</sup>

»Aún la vida humana fuera más dilatada adonde, siendo posible, se hallase una república compuesta solamente de buenos sujetos y virtuosos hombres, porque en buena filosofía las pasiones del alma, causadas las más veces de la sinrazón y malicia del

---

<sup>397</sup> De la figura del político romano Lucio Sergio Catilina nos ha quedado, sobre todo, su fama de conspirador, y la de instigador de la conjura que pretendía terminar con la república.

<sup>398</sup> El jugo de la planta del acíbar es conocido por su extremo amargor.

<sup>399</sup> La contraposición de los vicios y las virtudes de la naturaleza humana, siempre en permanente pugna, es una de las ideas nucleares de la filosofía de Séneca, que, como Machado de Silva, propone la rectitud moral y el conocimiento de las buenas y malas acciones como única forma de perfeccionamiento humano.

prójimo, vienen a ser el mayor verdugo de las vidas, alterando los humores, de cuya conformidad se sustentan, de manera que de su disonancia proceden las prolijas enfermedades en los cuerpos humanos, que, a unos más apriesa y a otros más de espacio, reducen a la sepultura. Pues si esto hace la mala vecindad a la vida temporal, ¿qué hará a la perdurable a que debe el prudente mayores atenciones en todo?

»Al fin no pretendamos imposibles de los hombres. De varios naturales y sujetos pobló Dios el mundo, imperios, monarquías, reinos y provincias; no le fuera difícil hacerlos todos buenos; pero, como la luz entre las tinieblas, quiso que resplandeciese la virtud entre los vicios; siempre es menos perfecto lo confuso, y con esta orden de la primera causa han obrado siempre las segundas, con tanta diferencia en los naturales de los hombres como visiblemente sus rostros nos representan; porque así como jamás puede haber total conformidad en sus miembros, no la hay también en sus virtudes, vicios y pasiones. Por regla infalible de naturaleza, desde el principio del mundo se ha obrado esto inviolablemente, y en su mayor variedad consiste su más grande hermosura.

»Pero para que el hombre no tuviese disculpa en sus culpas, le concedió Dios el libre albedrío;<sup>400</sup> hízole discursible, dióle uso de razón para distinguir lo bueno de lo malo, ciencia y arte poderosa para enmendar la misma naturaleza. Y puede conseguirse formando una república de los más insignes hombres del mundo en doctrina y virtudes, dispuestos a su voluntad y orden, para en cualquiera hora que quisiere poder comonicarlos. Estos, pues, son los libros de una escogida librería, cuya ocupación dice san Jerónimo ser la mejor de todas;<sup>401</sup> si te cansan, los dejas; si los dejas, no se ofenden; si les pides consejo, te lo dan sin pagárselo; si sabes más y quieres censurarlos, aunque los reprendas, no se ofenden; si menos, te reprenden sin ofenderte, alábante lo bueno para que lo imites, repruébante lo malo para que no lo sigas.

»Decía aquel gran maestro que en París tuvimos que, así como a veces acostumbran los señores para reconocer la fidelidad de sus criados dejar dineros en parte adonde los topen, han de hacer los maestros a sus discípulos con los libros para reconocer sus inclinaciones. Jamás se verá que hombre lacivo se incline a libros que no lo sean, ni que el virtuoso traiga entre las manos los que son lacivos; como los manjares que unos

---

<sup>400</sup> Frente a las teorías luteranas, El Concilio de Trento subrayó la primacía del libre albedrío y la responsabilidad en las acciones del individuo, así como sus consecuencias ultraterrenas.

<sup>401</sup> San Jerónimo (340-420) es considerado uno de los cuatro padres latinos de la Iglesia, junto con Ambrosio de Milán, Agustín de Hipona y Gregorio Magno, y tradujo, por mandato del Papa Dámaso I, los primeros libros de la Biblia del hebreo y el griego a la lengua latina.

apetecen, y desechan otros, son las lecciones dellos. Solo la Sagrada Escritura, como dice san Agustín,<sup>402</sup> es el maná<sup>403</sup> que a todo sabe; pero es ya tan grande la malicia de los malos que hasta a este sagrado se atreve, queriendo al mismo sol que nos alumbra escurecer con heréticos nublados.<sup>404</sup>

»Y esto digo,<sup>405</sup> porque en el juicio de los malos no hay libro, por mejor que sea, de que su malicia no saque venenosos documentos; ni en el de los buenos ninguno, aunque no sea bueno, de que no se aprovechen para dar verdaderas enseñanzas. Por más clara que el agua sea, si en mal vaso se echa, sus resabios le quedan; y a veces, siendo el vaso bueno, disimula la malicia de otra. También hay naturales indiferentes; estos son papel liso que con facilidad recibe los buenos o malos caracteres que en él se imprimen, por lo cual siempre es de grande utilidad huir el trato de los malos.

»Largas son las tardes, desocupado tenemos el tiempo, no falta caudal a vuesa merced, señor don Juan, ni a mi amigo Propercio; y yo de mi parte haré lo posible para que, así como para sustentar el cuerpo entramos todos a la parte,<sup>406</sup> para sustentar la alma hagamos lo mismo todos, tomando cada uno por su cuenta, el día que hace el gasto de su bolsa, hacerle también de su ingenio, entreteniendo a los demás en la materia o cuento que más a cuento estuviere; y esto será solo mientras en esta ciudad nos detuviéremos.

A todos les pareció bien el arbitrio para entender el tiempo que de sobra nos restaba, si hay sobras de tiempo a los que en semejantes le pasan. Con todo, como estaba yo un poco ahído de cuentos largos, como aquel de Ozmín y Daraja<sup>407</sup> y otros que te he referido, le dije que venía en ello con condición que todo lo que se tratase, de cualquier género que fuese la materia, había de ser breve, porque si era buena, dejaba deseosos los oyentes para oír las demás; y si mala, menos cansados de escuchar con atención cosas de que no se gusta.<sup>408</sup>

---

<sup>402</sup> ‘Agostin’ en el ms.

<sup>403</sup> Manjar milagroso en forma de escarcha enviado por Dios para alimentar al pueblo de Israel, con Moisés a la cabeza, en su travesía por el desierto de Sinaí.

<sup>404</sup> La imprenta alemana fue una de las claves para la difusión de las heregías luteranas que defendían una libre interpretación de las escrituras.

<sup>405</sup> ‘E esto digo,...’ en el ms.

<sup>406</sup> ‘Compartimos todo de cuanto disponemos’.

<sup>407</sup> El cuento de los enamorados Ozmín y Daraja es una de las historias que aparecen intercaladas en la primera parte de la obra. Alemán, 2012, p. 112.

<sup>408</sup> Podemos inferir de este solapado apunte metaliterario toda una concepción del género novelístico. Recordemos que tanto Mateo Alemán como el mismo Cervantes en su primera parte del *Quijote*, apuestan por la inserción de novelas cortas en sus obras, probablemente con la intención de demostrar su capacidad en el cultivo de diversos géneros. Como venimos observando desde el principio del texto, Machado es más



Así lo teníamos dispuesto, cuando el mayordomo vino a nuestro aposento, de parte de su amo, a decirnos que aquella tarde tenía ordenado de llevarnos a una quinta fuera de Lisboa: con lo cual, metiéndonos todos en un barco, pasamos a Enjobregas.<sup>409</sup>

Grande era la casa para un caballero, con un curioso jardín y huerta de muchas y varias plantas y árboles de diferentes frutas. Dijéronnos que en algún tiempo había sido palacio, viviendo personas reales en ella. Espanteme mucho en ver lo que va de un tiempo a otro, pues en este he visto casas de personas que, no teniendo un real de real sangre, tanto las realzó la fortuna que todo es real lo que poseen, y tantos los reales que pudieron hacerlas.

La casa era excelente en su esfera, pero a todo excedió en abundancia una costosa merienda con que allí nos mandó regalar aquel caballero; que, después de acabarse, nos dijo:

—Yo no he de ser estorbo para que vuestras mercedes gasten el tiempo en su acostumbrado ejercicio, de que mi mayordomo me ha hecho largas relaciones, dejándome con tanta invidia de no lograr lo pasado, como codicia de lo futuro; y así les suplico, por hacerme merced, se refiera en mi presencia lo que para esta tarde tenían prevenido.

Con esto fue forzoso previrtir<sup>410</sup> el orden que teníamos asentado, y echando los tres suertes, salió en primer lugar Propercio para que con algún cuento entretuviese aquel caballero.<sup>411</sup> Y fue este:

—Aunque mi ingenio es corto, no me siento tan pobre de caudal que no pudiera entretener a vuestras mercedes, o ya con cuentos amorosos de enredos varios, o ya con sutilezas grandes de no pequeños hurtos y trágicos sucesos, de infaustas muertes y falsas amistades. Pero como todas estas materias son las más veces fabulosas, opuestas a la verdad, ni aun, para el tiempo que se pierde, hallo que es ganancia gastarse en ellas. Si el que el sabio las oye, por inciertas, no las estima; si el que no las escucha, por verdades las aprende; y no aprovechándose de lo moral dellas, por no alcanzarlo, las siguen.<sup>412</sup> Así

---

partidario del cuento corto y de la profusión de anécdotas de que, por boca de sus personajes, viene trufada la presente obra.

<sup>409</sup> Xábregas es un barrio lisboeta situado al oriente de la ciudad.

<sup>410</sup> ‘Pervirtir’.

<sup>411</sup> Advuértase la similitud con el *Decamerón* en cuanto a la disposición narrativa de los personajes, que irán alternando sus historias al modo de la obra de Boccaccio.

<sup>412</sup> ‘Si quien no comprende su contenido moral las imita...’.

que, juzgando en mi opinión por inútiles entretenimientos tales, me parece que será de más gusto la explicación desos dos desposorios que vemos.<sup>413</sup>

Esto dijo él por dos cuadros grandes en que las principales figuras eran dos hombres y dos mujeres que se estaban dando las manos. Estaba el primero vestido de luto, tan flaco en extremo que parecía la misma figura de la muerte, de la cual solamente se diferenciaba en tener ojos, que eran hermosísimos. Representaba este el Desengaño. La mujer a que daba la mano excedía en hermosura a todas las del mundo: esta era la Verdad, y estaba desnuda. A estas dos principales figuras acompañaban otras en segundo término, que eran la Certeza, el Crédito, la Razón, la Justicia, la Averiguación, la Confianza, La Osadía, la Libertad, la Inteligencia, y todas estas seguían a la Honra como a caudillo que las guiaba.

Era la principal figura del segundo lienzo un hombre embozado en una capa, que por imitar a un tafetán tejido de varios colores hacía diferentes visos. Este era el Engaño; y su consorte, la Mentira, a quien daba la mano. Estaba vestida de primavera, con toda variedad de colores que pudo imitar el arte; tenía vueltas las espaldas, sin verse de su rostro cosa alguna. A estos acompañaban el Mundo, el Temor, el Embuste, la Lisonja, el Enredo, la Traición, el Doblez, la Esclavitud, el Fingimiento, la Tramoya, la Alevosía y la Infamia, que a todos estos gobernaba. Todos traían unos velos, más sencillos unos que otros, que apenas dejaban reconocer las facciones de sus caras.<sup>414</sup>

Estas y aquellas figuras del primero y segundo cuadro estaban con sus insignias y diferencias, como acostumbran pintarse. Y después de haber discurrido Propercio con la vista por todas ellas, mirando el grande afecto con que representaban los suyos, preguntó a aquel caballero:

—¿Cuánto, señor don N., han costado a vuesa merced estos dos lienzos?

—A ducientos escudos cada uno —respondió él.

—Dese modo, señor —volvió Propercio—, que os ha costado lo mismo el Desengaño y la Verdad con todas esas virtudes, que el Engaño y la Mentira con todos

---

<sup>413</sup> El rechazo del cuento y la historia popular por parte de Propercio, en favor del puro ejemplo moral, puede interpretarse como una declaración de intenciones por parte de Machado, como así deja constancia el tono general del libro.

<sup>414</sup> La personificación de conceptos abstractos como son las virtudes o los vicios comienza a proliferar en el periodo clásico. Las nuevas técnicas pictóricas del Renacimiento hacen posible la plasmación de toda esta iconografía que tendrá su mayor auge en el Barroco, época en la que abundan este tipo de cuadros alegóricos.

esos vicios y defectos, siendo un hombre tan entendido, de tan grandes prendas y discurso, así no me espanto que los ignorantes compren a más precio los engaños y mentiras que creen, que los desengaños y verdades que no admiten.

»Tanto costa al verdadero el mentir, como al mentiroso el hablar verdades; van ambos contra su natural dictamen, y así hallan los dos una misma violencia en contradecir su impulso, y un mismo impedimento en articular voces ajenas de su propia lengua; pero ni aún así tienen igual precio estas dos cosas, porque de la boca del que miente no estiman mucho las verdades, ni las mentiras dejan de tener mayor estimación cuando sucede hallarlas en los que no acostumbran a decirlas.

»Ciego de su engaño, siguió san Pablo la mentira antes de su conversión, y tanto la estimó que era el mayor persiguidor de los cristianos. Vuélvele a cegar Dios para dos veces darle vista en los ojos del cuerpo y en los ojos del alma.<sup>415</sup> Tanto merece el celo del que desea acertar, que en el camino de sus errores le enseña Dios sus aciertos. Vuelve a Jerusalén ya cristiano, predica la verdad; y, como dice el padre Juan de Torres,<sup>416</sup> no se la creían los demás discípulos, pensando ser el mismo que era antes. Pero el que fue poderoso para mudarle en un instante, lo sería para que predicándola tan repetidas veces viniesen los discípulos a creerle una. Si bien, no lo hizo con esa facilidad, porque aunque le perdonó la culpa de sus pasadas mentiras, no le quiso quitar la pena que el que las dice tiene, que es la de no creerle cuando dice verdades.

»Perguntado Aristóteles qué ganancia tenían los mentirosos en sus engaños, «No ser creídos cuando dicen verdades», respondió él. Así lo refiere Diógenes Laercio y Brusinio,<sup>417</sup> y la experiencia nos lo enseña, y el maestro de los maestros, Cristo, redentor nuestro; pues dice san Marcos que, estando expeliendo el demonio de un hombre, le mandó que callase, al mismo tiempo que exclamaba aquel padre de la mentira: «Sé que eres santo de Dios».<sup>418</sup> Muchos dice el evangelista que expelió sin dejarlos hablar. Advierte Teofilato que no los consentía que hablasen para enseñarnos; que no los hemos

---

<sup>415</sup> Ver nota 197.

<sup>416</sup> Padre Juan de Torres, *Philosophía moral de príncipes para su buena criança y gobierno, y para personas de todos estados*, Burgos, 1596. Además, este relato de la incredulidad de las gentes se recoge de la tradición evangélica. (Marcos, 6:6).

<sup>417</sup> Si bien es Diógenes Laercio quien atribuye tal sentencia a Aristóteles (Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, libro V), son abundantes las reflexiones sobre la mentira por parte del filósofo que, en el capítulo IV de su *Ética a Nicómaco*, desarrolla más ampliamente estas cuestiones. Aristóteles, 1994, p. 231.

<sup>418</sup> Narra el Evangelio de san Marcos la curación de un poseso en la sinagoga de Cafarnaún. Marcos, 1:21-28.

de creer, aunque digan verdades.<sup>419</sup> Por la boca que miente habla siempre el demonio; el que no dice verdad discípulo se hace suyo, y como del demonio se ha de huir de hombres mentirosos. Como los magos de Faraón,<sup>420</sup> dijo Tertuliano que eran los tales, que, fingiendo varas y serpientes con sofisticos encantos, la vara de Moisés,<sup>421</sup> en el cual asistía la verdad, tragó las dellos.<sup>422</sup> Para que se apurase la verdad, premió Dios a Moisés el milagro, y ese en una sola vara.<sup>423</sup> ¡Oh, Majestad inmensa, sabiduría infinita, rey de los reyes, señor de los señores! Pues permitís que seamos hoy tantas las varas de Moisés, tragadoras de mentiras en el mundo, y somos hijos de vuestra católica Iglesia, dadnos luz para librarnos dellas o antídoto para que no nos corrompa las entrañas el veneno destas serpientes.

»Nada nos presenta con más propiedad la mentira que aquel vidrio triangular, que, puesto delante de los ojos, con tanta diversidad de colores y agradables matices nos lo vuelve todo lo debajo arriba, y lo de arriba abajo; y reconociendo el engaño que a la vista nos hace, aun así nos divierte; de manera que, si hoy lo dejamos de la mano, mañana nos volvemos a entretener con lo mismo que el día antes habíamos dejado.

»Hasta los brutos nos enseñan a despreciar la mentira y no admitir el engaño, y, siendo racional el hombre, a veces no los imita. Mírase el gato al espejo y, viendo su figura una y muchas veces, mete la mano por detrás dél a ver si topa otro, y para asegurarse llega a mirarlo, y, no hallando nada, le vuelve las espaldas. Si así hicieran todos al mentiroso, al engañador, al lisonjero, no mirándolos, no escuchándolos ni admitiéndolos, con facilidad se enmendaran estos vicios que tanto daño hacen en el mundo. Estrañábase tanto entre los gentiles la mentira, que el emperador Marco Aurelio solo por este vicio intentó desheredar a su hijo Cómodo. Es hoy el mayor cómodo para heredarlos el acomodarse con él.

---

<sup>419</sup> Teofilato I, *Iudices palatii* de Luis III el ciego, fue el decimoprimer emperador del sacro Imperio romano Germánico.

<sup>420</sup> Janes y Jambres son dos hermanos identificados en la tradición bíblica como los nigromantes que se opusieron a Moisés y Aarón en defensa del faraón de Egipto.

<sup>421</sup> 'Moisés'.

<sup>422</sup> Relata el libro del Éxodo cómo Moisés hubo de enfrentarse a los magos del faraón de Egipto para liberar al pueblo hebreo. Tertuliano, que compara sus artificios con las falsas artimañas del demonio, dice que la verdad de Moisés acabó por devorar las mentiras de los magos. «Aquí varían bastante los intérpretes. Tertuliano, San Justino, San Jerónimo y otros, defienden que esta transmutación de las varas no fue sino un prestigio de los magos, que fascinaron, o deslumbraron por arte del Demonio los ojos de los circunstantes». Herra, 1774, p. 25.

<sup>423</sup> A la vara de Moisés se atribuían poderes milagrosos.

»Dijo Platón que la mentira era vicio aborrecido de los dioses.<sup>424</sup> Eran, pues, ellos entre los gentiles hombres como los otros, o como entre cristianos vemos algunos, que quieren parecerlos, y aquella deidad o potencia sobrenatural se les atribuía por exceder a los demás en poder, o virtud o ciencias, y tal vez en vicios; estos representan hoy nuestros magnates. Pues ¿cómo se compadece, siendo estos cristianos y gentiles aquellos, hacerse tanto lugar en nuestros tiempos la mentira, que entre [el] gentilismo fue tan odiosa? A razón de tanta fuerza no sé qué responder, si no es que los hombres, que por sí se hacen dioses, para conseguir su intento de fuerza, han de abrazar la mentira; pero aquellos que los hacían los pueblos, era conveniencia suya el condenarla para que los tuviesen por tales.

»Al mayor amigo se precian ya los hombres de hacer el mayor engaño. De Menón refiere Jenofonte que se jactaba de poder<sup>425</sup>, con persuasiones falsas, engañar hasta a los amigos; en aquel tiempo uno se notaba; hoy, que hay tantos Menones, no se estraña ninguno. Aquellos que más mienten estiman por más vistos, por más ingeniosos, aquellos que más fingen; y por más entendidos, a los que más engañan. De los cretenses dijo san Pablo que eran naturalmente mentirosos.<sup>426</sup> Si hoy escribiera el santo, ¡qué de Cretas hallara en el mundo, y qué laberintos de mentiras, de los cuales no es menos difícil la salida, que de aquel que en aquella isla fue tan célebre!

»Difiniendo san Agustín la mentira, dice que es decir una cosa con la boca, o darla a entender con exteriores demostraciones, teniendo en el corazón lo contrario; y santo Tomás, que es ir contra la mente. Otros dicen que la mentira es una significación falsa, hablando con la lengua lo que no la dicta el ánimo. Muchos géneros hay de mentira; ocho apunta un capítulo del derecho, si bien a tres se reducen todos. Pernicioso es aquel que redunde en daño de tercero; jocoso, el de los que se burlan; y oficioso, que es aquel que aprovecha a alguno y a ninguno daña.<sup>427</sup> Deste género son las novelas y cuentos que sirven de entretenimiento a unos, y sus moralidades, de enseñanza a otros; y solo este se puede admitir en una conversación por la similitud que tiene con las parábolas en que los

---

<sup>424</sup> «Pues qué ¿vos ignoráis que la verdadera mentira, si me es lícito hablar así, es aborrecida por los hombres y por los dioses? ¿Cómo entendéis vos esto? *Soc.* De este modo: que nadie quiere alojar voluntariamente la mentira en la parte más noble de sí mismo.» Platón, 1805, p. 99.

<sup>425</sup> Jenofonte, 1781, p. 108.

<sup>426</sup> La evangelización de la isla de Creta fue atribuida al apóstol san Pablo.

<sup>427</sup> Esos ocho tipos de mentira que propone también Agustín de Hipona, serán sintetizados en esta misma taxonomía por santo Tomás de Aquino: las mentiras que se profieren con la intención de perjudicar al prójimo son las consideradas de mayor gravedad, los otros dos tipos relativizan la abyección de la mentira pues, o bien pueden buscar un fin positivo, o tener como finalidad la chanza intrascendente.

santos profetas hablaban, y aun Cristo, redentor nuestro. Como dice san Mateo que casi no predicó sin ellas para que, disfarzando la verdad con ajena capa, hallase entrada en los oídos de los hombres; de los cuales raras veces acostumbra ser bien admitida, y particularmente de los grandes y poderosos, a quien ella siempre más ofende. Es la verdad como el rayo, que en mayor resistencia muestra su mayor fuerza, y en lo más alto y eminente con más furia frecuente su poder.

»Si los príncipes, los reyes y los grandes monarcas, despertando del sueño de la muerte volvieran hoy a la vida —de aquellos hablo cuyas corónicas merecían más estar en abismos del olvido que en las aras de la fama— y vieran escritos sus hechos con la pluma de la verdad, desnudos de toda lisonja con que la adulación los escribió en sus vidas, ¡qué reformation de costumbres, que enmienda de vicios, qué rectitud en la justicia viéramos en sus estados y personas! ¡Qué premio se daría a la verdad y desengaño, y qué castigo a la mentira y la lisonja! En resolución digo que, cuanto más grande es un hombre, cuanto mayores dignidades ocupa, tanto más necesario le era el morir y resucitar para totalmente desengañarse; y es casi imposible, si no es por auxilio particular del cielo, hallar los tales quien les diga verdad y los desengañe hasta el último punto de la vida.

»Preguntándose a un cortesano —en los siglos pasados, digo, que en estos no se pregunta tanto, por ser más cortesanos— cuáles eran los mayores enemigos de los príncipes:

»—”El respeto que se les tiene —respondió él—, y los respetos que nosotros nos tenemos son su total ruina”.

»¿Cuál era el principal oficio de palacio? El de bufón, si sabe decir verdades al príncipe. ¿Cuál era el tiempo que mejor gastaban los príncipes? El que ocupa[ba]n en deshacer agravios. ¿Cuál el que más mal ocupaban? En el que escucha[ba]n lisonjas. ¿Cuál el más rico del mundo? El que generalmente, y no en particular, tenía más ricos sus vasallos. ¿Cuál más sabio? El que, amando a todos, no dejaba gobernarse de ninguno. ¿Cuál el más querido? El que a todos escuchaba. ¿Cuál el más liberal? El que premiaba a cada uno conforme a sus méritos. ¿Cuál más prudente? El que buscaba los hombres para los oficios y dignidades, y no las dignidades y oficios para los hombres. ¿Cuál era el que usaba de más alta razón de Estado? El que no retratando su real palabra no dilataba premios ni castigos. ¿Cuál el que goberna[ba] mejor sus estados? El que más derecha

tenía la vara de la justicia en ellos. ¿Cuál era el estado, reino o monarquía más feliz? Aquel donde la verdad se ama y se aborrece la mentira.

»El mayor adorno de los príncipes es la verdad de sus palabras; y el mayor defecto, el faltar a ellas. Dice Cagnolo<sup>428</sup> que se da a besar a los reyes y príncipes el libro de los Evangelios cuando oyen misa para que, amonestados de la verdad divina que en ellos se encierra, la sigan y traten en sus hechos. La mayor verdad es el mayor blasón de la nobleza. Los príncipes antiguos de los egipcios traían por insignia un collar de oro adornado de ricas piedras, y era su nombre o título verdad. ¡Gran título, gran nombre en insignias de príncipes para ser insignes!

»El collar es símbolo<sup>429</sup> de la prisión, compónese de eslabones como las cadenas que en las cárceles se usan para delincuentes. Querían aquellos príncipes dar a entender a sus vasallos que estaban presos de la verdad, y que solo con ella podían en rigor ellos obligarlos. ¡Gentil demostración entre gentiles era esta, por cierto! Dignísima de usarse entre cristianos, para que así pudiesen los vasallos obligar a sus príncipes, que nacieron libres y solo a Dios tienen por superior; mal podrán conseguir desagravios de los que no tuvieron la verdad por prisión.

»Como a los mercaderes, conserva el crédito los reinos y monarquías. Tal vez sustenta la opinión lo que no puede la fuerza. Lo difícil que se imagina defiende lo débil que se posee. El trato de la verdad lo dudoso acredita, y el de la mentira lo cierto dificulta. ¡Oh, si los príncipes y grandes señores trajeran, como los egipcios en sus cuellos, colgada la verdad por insignia sobre sus corazones, imitándolos todos, todos los siguieran! Que el ejemplo de los grandes es el que reforma los pueblos; y el de los señores, los criados.

»Y así, señor N., ni aun de pintura, quisiera ver el engaño y la mentira en vuestra casa, pues ni esta ni aquel tienen lugar en ella. Mandad quitarlos de aquí, con todos esos vicios que los acompañan, para que no conciban por la vista, como a las mujeres sucede,<sup>430</sup> monstruos semejantes, cuyos prodigiosos partos son la total ruina de la república.

---

<sup>428</sup> Girolamo Cagnolo (1491-1585) fue un humanista y jurisconsulto italiano que abordó el estudio de las ciencias legales desde la teología y la lingüística. Compuso su *Epistola de regimini boni principes* (impresa en 1540) dedicada al entonces infante Manuel Filiberto de Saboya, adaptada a las circunstancias de su edad y a las que serían sus futuras funciones como mandatario.

<sup>429</sup> 'símbolo' en el ms.

<sup>430</sup> El tema de los prodigiosos partos (considerados "mirabilia") era recurrente en las relaciones de sucesos. En los más de los casos fruto de la exageración, lo que hoy consideraríamos como malformaciones, eran interpretados en la época como algo monstruoso, cuando no diabólico.

Con estos y otros semejantes ejemplares sobre la verdad y la mentira, elegantemente dis[c]urrió Propercio aquella tarde.

Mucho le agradó a aquel caballero el discurso, y a mí también no dejó, en parte, de agradarme; pero grande lástima me hizo ver tan vituperada la mentira, y tan abatido el engaño, pues con una muchas veces saca la verdad el prudente, y con uno algunas se libra de dos el entendido. Yo aseguro que, si en estos tiempos se pusiera en tela de juicio el título de su graduación destos cuatro, que no faltara a mi señora doña Mentira y al señor don Engaño muchos que favoreciesen su partido.



## CAPÍTULO IX

### *Prosigue la materia, refiere Ricardo algunos cuentos graciosos de criados que había tenido en París*

Entramos en el barco y volvimos a Lisboa ya bien tarde. Y pareciéndome a mí que no había cumplido yo con las obligaciones de leal criado y servidor del Engaño y la Mentira, cuyo pan comí tantos años, dije a Propercio:

—Ya que tanto habéis condenado el engaño y la mentira, decidme, señor: Y cuando preguntaron a san Francisco por aquel dilincuente, que había pasado por donde él estaba, si le había visto, y metiendo él las manos en las mangas respondió: «¡No pasó por aquí!», ¿no los engañó?

—No, por cierto —me volvió Propercio—, porque el santo dijo lo que tenía en el corazón, que era hacer bien al prójimo, y no les mintió porque el hombre no había pasado por sus mangas, sino por el camino; y el que desea acertar en sus acciones no puede faltarle paño para las mangas, como al santo mangas para no errarlas. Mirasen ellos adonde apuntaba con los dedos, y no se equivocaran en el discurso; que el santo con las manos y boca dijo la verdad.

—Pues ¿no es este aquel tercer género de mentir —dije yo—, a que vos llamáis oficioso?

—No —replicó él—, porque ese ha de ser decir en realidad una cosa por otra, como: «N. es cristiano viejo, es gran caballero», no siéndolo. Y si gustáis de ver así esta, como las demás definiciones de las mentiras, mirad a Juan Altenstac, *in Lexic. Theol. Litt. m., verbo mendatiun*,<sup>431</sup> que con mucha particularidad las refiere.

A todo lo que decía Propercio estaba con mucha atención nuestro *mochila* o medio paje; y en los ojos le reconocí yo que le pesaba el ver que se ponía de participante en nuestra casa la mentira; cuando, no pudiendo abstenerse más, dijo él:

—Con perdón de vuestras mercedes, señores míos, acá se dice: quien no miente no viene de buena gente, y que a veces refrena la ira la mentira, en donde verdad se habla,

---

<sup>431</sup> No he conseguido dar con el autor ni la obra citadas.

criado no para. Y si con estas condiciones vuestas mercedes se quieren servir de mí, aquí me tienen para asistirlos con título de sofista, y no de evangelista; que esos solo Cristo, nuestro redentor, puede tenerlos. Con el ángel de la verdad se fueron los cuatro al cielo. El buey, el león y la águila se quedaron en la tierra, y de los naturales destos tres son todos los criados que hoy sirven.<sup>432</sup>

»Hay criados águilas en el entendimiento y la agilidad, que no hay más que pedirles, en cuanto no usan las uñas; que, como al fin son aves de rapiña, cuando menos se piensa, agarran y vuelan. Otros hay de valor y fuerzas, espadachines, valientes, pendencieros, indómitos, incorregibles, habladores, arrogantes, glotones, presumidos, en tanto que hasta a sus mismos amos se atreven perdiéndoles el respeto y cortesía. Estos nacieron más para ser servidos que para servirse dellos; más para mandar que obedecer. Son estos los que imitan los leones. Los otros que sirven de carro y de arado son los boyes,<sup>433</sup> han menester la aguijada, y que los asista el amo a todo lo que hacen; son perezosos, lerdos, comedores, amigos del ocio; rumian toda la noche lo que tragan de día, y tal vez se defienden y ofenden con sus armas.

»Ahora escojan vuestas mercedes destos como en peras, y Dios se la depare buena.

—A águila os remontáis, Perico el tuerto —dije yo (que este era su nombre, por mirar a dos partes con los ojos haciendo encrucijadas con la vista)—; buen criado tenemos, pues en salud se sangra.

—No hay de qué quejarnos —dijo Propercio—, porque, aun defendiendo la mentira, la verdad nos dice.

Entonces asentamos que, de los tres naturales referidos, este era el más sufrible, por lo menos para los que no son ricos de dinero ni pobres de juicio, y saben guardar lo que tienen y entienden lo que guardan.

—Intolerable cosa es —dijo Ricardo— un criado necio. Fuerza parece de estrella mía el topar con bobos. En París recibí un paje, de buen arte en lo aparente, pero de moderado juicio en lo interior. Enviáronme de regalo dos garrafas de excelente vino; dile la una para que la llevase a unos estudiantes mis amigos; fue él con mucha priesa, y volviendo un instante, preguntele:

---

<sup>432</sup> Aplica Machado a los criados la misma teoría tetramórfica que se ha vinculado a los evangelistas. Se identifica a Marcos con el león, por destacar la voluntad de Cristo; a Lucas con el toro, símbolo del corazón y el sentimiento; a Juan con el águila, ya que refleja en su evangelio el pensamiento más elevado del salvador, y a Mateo con el hombre, figura predominante del suyo.

<sup>433</sup> 'bueyes'.

»—“¿Qué recado me traes?, ¿ha parecido bueno?”.

»—“Ni bueno ni malo —me respondió él—, porque, antes de llegar a dárselo, me cayó la garrafa de las manos”.

»—“Pues ¿cómo hiciste eso, bestia? —repliqué yo”.

»—“Así —me volvió él”.

»Y tomando la otra que me había quedado, la dejó caer como la primera.

»Mandele en otra ocasión acostar temprano, porque como me quedaba, después de haber cenado, hasta la una en mi estudio, me despertase a hora que no hiciese falta en la universidad.

»Apenas había yo cerrado los ojos, cuando él comenzó a llamarme:

»—“¡Señor, señor, ya el reloj dio las tres!”.

»Y así, contándome las horas y descontándome el sueño, aunque se lo riñía,<sup>434</sup> me tuvo entonces y otras muchas veces en perpetuo desvelo.

»Sucedió una vez dar de comer a unos amigos, y como yo le tuviese advertido que nunca en presencia de nadie me tocase con la mano, como sucede a muchos, que las motas que en el vestido de sus amos dejan en la casa van [a] quitar a la calle. Al tiempo que a un brindis hacía ya la debida razón (como sin ella y con ellos hacen otros muchos), sin razón ni tiempo, por parecerle que el sombrero se me podía<sup>435</sup> caer viendo que levantaba mucho el vaso —que, por levantarle, algunos muchas veces se caen con él—, entiendo que de mí debía formar el mismo concepto; pues tomando un baúl pequeño, que halló más a mano, como si fuera una pieza de artillería para arruinar un castillo, apuntaba a mi sombrero. Reíanse los huéspedes de verle; y volviendo yo la cara muy apriesa a ver lo que era, di con una sien tan grande golpe en el baúl, que si él fuera vino, no me pudiera privar más de los sentidos.

»Tenía yo un libro de secretos de naturaleza,<sup>436</sup> estampado en siete lenguas<sup>437</sup>, con que él se entretenía algunas veces. Halló uno entre ellos para matar las pulgas con una

---

<sup>434</sup> ‘Reñía’.

<sup>435</sup> ‘podía’ en el ms.

<sup>436</sup> En la segunda mitad del siglo XVI comenzaron a circular por Europa múltiples ediciones de estos tratados que decían contener «los secretos de la naturaleza». Eran, por lo general, compendios de fórmulas disparatadas, y planteaban una idea de la naturaleza arcana y misteriosa de la que decían revelar las más preciadas claves. De este fenómeno editorial fue precursor *El libro de los secreti* (1555) del reverendo donno Alessio Piemontese, que fue traducido a varias lenguas y conoció más de veinte ediciones.

<sup>437</sup> Se conoce como *estampado en lenguas* aquel que forma dibujos y formas geométricas, por lo general en variados y alegres colores.

hierba que en portugués llaman «pulguera»; las señales que daba para conocerla era que, tomándose en la boca picaba como la pimienta. Figurósele a él ser las ortigas; y como oyese quejar que una noche no me habían dejado dormir las pulgas, tomando una grande cantidad dellas, me la echó en la cama. Al tiempo de acostarme dijo él:

»—“Esta noche dormiré vuesa merced muy a su gusto, que buen recado han llevado las pulgas”.

»Pensé yo, que, por haberme espulgado las mantas, me lo decía. El calor era tan grande, y desnudándome detrás de una cortina, le di la camisa para que me la sacudiese en otra pieza. Llevola con la luz, y en cueros me eché en la cama sobre las ortigas de que estaba llena; hasta el alma me atravesaron sus púas. Fui muy a priesa a saltar de la cama, y de nuevo me enclavé en ellas.

»—“¡Valga el demonio las pulgas! —dije con grande rabia”.

»—“¿Aún le pican, señor? —respondió él—. Pocas debían de ser las ortigas; la noche que viene lo pagarán todo”.

»Quien se sirve de necios, a todas estas cosas se sujeta.

»Escandalizado, pues, yo de estos sucesos, que con este y otros tales criados me habían sucedido, me resolví a no servirme de semejantes personas. Recebí luego un mozo natural de París; buen estudiante, de buena pluma, hijo de un platero que por haber dado en alquimista y por ese respecto en pobreza, vino a murir miserablemente, dejando a este mozo solo por herencia eso de la química, de que sabía algo; y con esa atención, para entender los que della han escrito, le había hecho estudiar la gramática y un poco de filosofía, siendo toda poca para alcanzar la piedra filosofal, que a tantos ha hecho tirar piedras.<sup>438</sup>

»Pidíome un aposento retirado para recoger ciertos muebles que de su padre heredaba, y ocupar el tiempo que de mi ausencia le restase. Díselo, y pensando ser cosas de provecho de que quería deshacerse, vi que traía dos o tres chirriones<sup>439</sup> llenos de hornillos, alquitaras,<sup>440</sup> trébedes,<sup>441</sup> peroles, ollas, tenazas, burreños,<sup>442</sup> redomas grandes

---

<sup>438</sup> Obsérvese el juego de palabras entre la piedra filosofal, sustancia alquímica legendaria capaz de convertir el plomo en oro, y el acto de tirar piedras.

<sup>439</sup> *Chirrión*: «Carro fuerte de dos ruedas cuyo eje gira con ellas» (DLE).

<sup>440</sup> *Alquitara*: alambique.

<sup>441</sup> *Trébede*: «Aro o triángulo de hierro con tres pies, que sirve para poner al fuego sartenes, peroles etc.» (DLE).

<sup>442</sup> ‘Barreños’.

y pequeñas;<sup>443</sup> de vidrio unas, otras de barro; unas de cuello torcido, otras derecho; fuelles, zafras,<sup>444</sup> bigornas,<sup>445</sup> martillos, con otra grande multitud de instrumentos o quimeras de su dudosa arte y loca ocupación.

»Cuando yo vi todo aquel ajuar y tan ajeno de mi profesión, le dije:

»—“¿Esto os ha dejado vuestro padre?”.

»—“Todo, señor —volvió él—, y no es poco para lo mucho que expendió en ello, y para lo que yo espero que me valga; que a vivir mi padre algunos años más, crea vuesa merced que librado nos tenía la fortuna los mayores tesoros del mundo”.

»Viéndole yo, pues, empeñado en semejante locura, fui luego a despedirle; pero, por ser hijo de una viuda pobre, que, para que yo le disuadiese de aquel disparate, me lo había metido en casa, con intención que la vista de sus falsas experiencias y mis verdaderas persuasiones le convenciesen a dejar su intento, no ejecuté el mío.

»Con mucha pontulidad me servía, sin hacerme falta en ninguna ocasión; pero, todo el tiempo que gastaba yo en mis estudios, gastaba él en sus ensayos; y la mayor parte de lo que daba, en dos mil badulaques e ingredientes, con que hacía muchas y diversas experiencias y embelecos, sin jamás lograr efecto alguno —como sucede a todos los que con arte intentan obrar en tiempo breve lo que en dilatados años los rayos del sol, e influencias de estrellas obran en parte, adonde la materia está dispuesta— para transformarse en oro lo que no lo había sido. Jamás dejó de hallar disculpa en los defectos de los ingredientes, tiempo o fuego, en cualquiera de aquellas experiencias que hacía; ya era de mala calidad este ingrediente, ya el otro, ya no era bastante el tiempo, ya el fuego. Y hasta llegar a valerse de observancia<sup>446</sup> de estrellas y aspectos de planetas llegó su locura, sin darse por vencido de mis razones ni de la incerteza desta ciencia.

»Era grande el desvelo y asistencia del mozo; poco el comer, el sueño menos; conque dentro de un año volvió loco rematado, de manera que fue forzoso atarle. Parecía su locura especie de gota coral,<sup>447</sup> de modo que, si se descuidaban con él, tantos eran los golpes y porrazos que daba, maltratando el cuerpo de manera que a todos causaba lástima.

---

<sup>443</sup> *Redoma*: «Vasija de vidrio ancha que va estrechándose hacia la boca» (DLE).

<sup>444</sup> *Zafra*: «Vasija de metal ancha y poco profunda, con agujeros en el fondo, en que los vendedores de aceite colocan las medidas para que escurran» (DLE).

<sup>445</sup> *Bigornia*: «Yunque con dos puntas opuestas» (DLE).

<sup>446</sup> ‘Observación’.

<sup>447</sup> *Gota coral*: epilepsia.

Decía que era martillo, como muchos sin decirlo suelen serlo,<sup>448</sup> pero este dos veces se [d]escalabró la cabeza contra los pilares de la cama. No comió cuatro días cosa alguna, diciendo que los hierros no comían.

»Mandé llamar un médico, hombre de experiencia en curar enfermedades semejantes. Mandé traer una hamaca, y colgada en el aposento, quedando en el aire, le ataron en ella pies y manos; y con decirle él que no sabía lo que se decía en decir que era hierro, porque los hierros no estaban en el aire, le dejamos allí aquella noche. Y cuando al otro día volvió a verle, se estaba columpiando de una parte a otra, haciendo con la boca como los sombrereros cuando trabajan y el agua les pela.<sup>449</sup>

»—“¿Qué es eso, Perres, amigo? —dijo el doctor (que así se llamaba aquel mozo)”.

»—“¿Qué he de ser, señor Araña —volvió él—, sino una mosca; y que para matarme, como hacéis a todos, me habéis revuelto en vuestra red, prendiéndome y atándome en ella para chupar mis entrañas como si fuera bolsa de enfermo peligroso y rico o tesoro de prelado que desea la vida más que el cielo? Poca ganancia hallaréis en mi posada; en pañales está aún mi piedra filosofal”.

»—“De tesoros —dijo el médico— es la tema.<sup>450</sup> Gran fuerza de locura induce a este pobre mozo”.

»—“Pobres llamara yo —replicó el loco— a los necios que de vos y otros tales fían sus bolsas, y más locos a los que en manos de doctores ponen sus vidas. Si cuando yo fui martillo hiciera mi oficio rompiéndoos la cabeza, no me hallara hoy mosca, ni murieran como moscas los ignorantes que a vuestras manos rinden el espíritu, y a vuestra, no infusa sino confusa ciencia, entregan las vidas”.

»“No basta haceros dueños de la salud de los hombres, que Dios da y quita cuando es su gusto; sino de sus juicios, que solo a Dios pertenecen, queréis ser dispenseros. ¿En qué Dioscórides, Galeno y Avicena habéis hallado curar locos en red? Invención vuestra ha sido, que, como peces o pájaros, ni los locos queréis se os escapen por la malla”.

»“En lugar de los tres enemigos del alma, hallado tengo los tres del cuerpo. Al mundo corresponde la náutica; al demonio, el médico; a la carne, la pólvora. Más cuerpos

---

<sup>448</sup> En el sentido de cargantes o insistentes.

<sup>449</sup> «Unas hablaban algo recio, otras tosían; cuál hacía la seña de los sombrereros, como si sacara arañas, ceceando» Quevedo, 1967, p. 269.

<sup>450</sup> Como a muchos otros helenismos, a *tema* aún se le atribuía entonces género femenino.

han privado de la vida estos, que almas de la gloria esotros.<sup>451</sup> Hermosa en sus principios ha sido la medicina, como en su creación el demonio; a este ha afeado su soberbia, y a aquella vuestra ignorancia; ambos curáis con venenos y ambos matáis sin armas; sus dulzuras y las vuestras, en dulce empiezan y paran en amargo. No se contenta el demonio con una vesita sola a uno de sus enfermos, el visitar a todos es su mayor ganancia; discípulos son suyos los doctores en esto, que por visitar a muchos no sanan a ninguno”.<sup>452</sup>

»“La conformidad de las criaturas es quien eslabona el amor entre ellas. Entre demonios y médicos, quien le destruye y desvanece; que si no es por sus particulares respectos, jamás unos y otros se conforman; que en las openiones de las ciencias, cuanto más dellas se sabe, tanto más difíciles son de ajustar los entendimientos”.

»Después de haber dicho estas y otras semejantes pesadumbres a mi buen médico, que, frunciendo la boca y arqueando las cejas, se las escuchaba, alzándose en los codos, como mosca, y columpiándose en la hamaca, volvió a su zumbido. Trajéronle algunos dulces, de que luego comió, y no se hartaba, diciendo que aquel era el verdadero sustento de las moscas, por ser dulce todo lo que ellas más apetecían. No quiso beber sobre ellos cosa alguna. Tenía dado orden el doctor que se le trajese vino moscatel; hízose así. Bebió luego un poco, diciendo que de aquel le trajesen por ser aquella su natural bebida.

»—“Más parece malicia que locura —dijo el médico”.

»Pero tal fuerza tiene la verdad, que, cuando con ella habla uno loco, se atribuye a malicia.

»Vino una tía suya a verle aquella tarde, dueña<sup>453</sup> de una gran señora, y hallándose en aquel estado, hechos ríos de lágrimas sus ojos, le dijo:

»—“Sobrino mío, Pierres, ¿qué mal ha sido este que os ha dado? ¿Qué nuevas podré dar a vuestra madre, que del mal de que murió la suya la han desahuciado los doctores? ¿No me decís nada, sobrino mío?”.

---

<sup>451</sup> Según la tradición cristiana, tres son los enemigos del alma: el mundo y sus tentaciones materiales, el demonio y la carne, y deben combatirse, respectivamente, mediante la vida austera, la oración y la castidad.

<sup>452</sup> Como tratamos ampliamente en el estudio crítico, hé aquí otra vez el tópico tan exprimido por Quevedo de los médicos que matan y se enriquecen a costa de sus pacientes, tratado aquí con tintes demoníacos.

<sup>453</sup> Se reúnen en este pasaje todos los tópicos atribuidos a la dueña. «Si bien en la tradición folclórica se presentaba a la viuda en busca de un nuevo matrimonio como remedio a sus problemas de sustento, en la poesía jocosa y en el teatro breve del siglo XVII aquellos se resuelven por otros cauces: engañando, mintiendo o mediante negocios poco fiables, tales como acomodar mozas o actuar de intermediaria en no muy honestos menesteres. [...] Es la dueña la peor de las modalidades posibles de vieja, a juzgar por los numerosos escritores de nuestra era dorada que abusaron del tipo hasta desfigurarlos.» Borrego, 2003, p. 3.

»—“¡Oh, dueña de las dueñas! —respondió él—, ¿no sabéis que soy mosca? ¿Quién sino vos pudiera hallarme, tía, madre, y abuela y ascendencia mosquita en las aras de Baco, del séquito dueñuno venerando? ¡Oh, dobles centinelas, veletas de tejados, que donde sopla el viento del interés con desatenta atención ponéis la mira, sin reparar en la fidelidad y confianza de los que, para guardar sus casas, eligen dueñas y se hallan con cigüeñas, que dos mil sabandijas llevan hasta el palacio más sublime! ¡Oh, perras perdigueras, cuyo olfato penetra las entrañas del corazón más oculto de cocina o despensa retirada! Sois gremio impertinente, fantasmas de palacios, urracas de desvanes,<sup>454</sup> maestras de los gatos, emulación de pajes, arpías de las ollas, polilla de los trapos, de enfermedades nuevas inventoras. Quien no os conoce os compre; que, devotas de botas, fiscalizan a quien las da el pan hasta los sueños”.

»”¡Oh, trompeteras de toda falta ajena! Simiente sois de chinches y garrapatas,<sup>455</sup> cementerio<sup>456</sup> de pulgas y piojos, adonde anidáis torpes garrapatas. Almagacén<sup>457</sup> de toda trastería es cualquier cofre vuestro o alacena, que, oliendo a carneruno y abadejo, toda una pieza tienen contagiosa. No hay carbón que os sobre en el invierno; la bóveda en verano os abrasa; y si no es bodega y es proveída,<sup>458</sup> en cualquier otra parte no halláis vida”.

»“Estas, pues, son las dueñas, que de uñas su nombre se deriva por ser agarrativas. ¡Mirad qué buena tía! para qué, siendo mosca, me fie della sin muy grande recelo. Váyase norabuena, que las moscas por todo nos entramos<sup>459</sup> y sabemos muy bien vidas ajenas. Quien no quisiere oír sus malas mañas no venga a mi aposento, que soy mosca y digo lo que siento”.

»—“¡Jesús sea conmigo! —dijo la tía—. Poeta te has vuelto sin saber hacer un verso solo en toda tu vida teniendo perfecta salud, y hoy sin ella haces tantos con tu locura. ¿Esta es la modestia con que hablabas? ¿Este es el respecto que siempre me tuviste? ¿Esta la ponderación de tus palabras, en boca de quien jamás cayó una mala? ¿A tu tía te atreves? ¿Tu tía, preparada en mala dueña?”.

---

<sup>454</sup> *Urraca* era otro de los apodos típicos de las dueñas, cuya semejanza venía dada por el luto de su característica indumentaria en contraste con su toca blanca.

<sup>455</sup> ‘alcaparras’ en el ms.

<sup>456</sup> ‘Cementerio’.

<sup>457</sup> ‘Almacén’.

<sup>458</sup> ‘Y está bien provista’.

<sup>459</sup> ‘Por cualquier sitio cabemos’.



»Respondió él:

»—“¿No sabe que de moscas y poetas nadie puede librarse de sus tretas? Jamás vuelan derechos ellos y ellas; a todos pican sin hacer reparo; y aunque les cueste caro, han de picar; que sin picar no vive el poeta, la mosca y el que escribe”.

»Habíase criado Pierres en casa desta tía algunos años; y, como le tuviese amor, sintió mucho verlo de aquella manera. Quise yo consolarla trayéndole ejemplos de muchos que habían vuelto de sus locuras.

»—“No, no, señor —respondió ella—, no es lo que más siento la locura de Pierres, que para todo dejó Dios remedio en el mundo, y así confío que se le dará. El quedarse poeta es lo que siento,<sup>460</sup> por oír siempre que es irremediable esta enfermedad, y que los remedios la aumentan, que viven pobres y mueren necesitados; que por hacer en unos y deshacer en otros, a veces los castigan por estos, dejándolos sin premio aquellos. Este es mi sentimiento, y que, no saliendo aún de la química, topase luego, por medio de la locura, con la poesía”.

»—“Callad, señora —dijo otra que la acompañaba—, que aunque esos males os parezcan diferentes uno y otro, por diversos caminos vienen a un paradero. Curad vuestro sobrino de loco, y quedará sano de poeta”.

»Profecía fue esta que brevemente se vio cumplida, porque, sanando de su locura, fueron los remedios que le aplicaron tales, que en algunas ocasiones le provoqué a que hiciese algunos versos; deseó él hacerlos y no le fue posible hacer solo uno que imitase a muchos que, cuando estaba loco, había hecho. Dispuso de sus trastos, continuó las escuelas y fue grande letrado.

»Si entendiera que semejantes disparates podían entretener nuestra conversación, otros muchos sucesos de criados que he tenido pudiera referiros, y no de poco gusto. Unos me querían enseñar sin tener lición<sup>461</sup> mía; otros, gobernarme sin saber gobernarse; este, que yo le serviese en lugar de servirme; aquel, aconsejarme en lo que él inoraba; y, totalmente, ninguno me quería por dueño de su voluntad, intentando todos serlo de la mía. El primero mes eran mis criados; el segundo, suyos; y ajenos, el tercero; y si acertaban

---

<sup>460</sup> Es la obsesión por ser poeta otro de los tópicos de la literatura de la época, también muy recurrente en la prosa satírica de Quevedo.

<sup>461</sup> ‘Lección’.

algunos de llegar al cuarto, no me dejaban hueso sano en sus conciliábulos<sup>462</sup> y juntas que hacían unos con otros para desconjuntarme la bolsa y destruir la hacienda.

»Uno tuve traviesísimo<sup>463</sup> en materia de golosina; más tenía de águila que de buey este, que ni todos pueden ser necios. En joyas de garganta y bucólica gastaba lo que tenía.<sup>464</sup> Llamábase Jonás y, como tal, aun en el vientre de la ballena no estaba en él cosa segura.<sup>465</sup>

»Había yo guardado cantidad de fruta para el invierno en un cuarto alto, y, para tenerla en mayor resguardo, mandé cerrar bien las ventanas. Tenía solo yo llave de la puerta; y todas las veces que miraba mi fruta, hallaba que se me iba desminuyendo la mayor parte y, pensando que habría llave falsa,<sup>466</sup> puse un candado en la puerta segurísimo. Viendo, pues, que aun así sucedía lo mismo, me aseguré que por una gatera que había en la puerta, como peces, con caña me pescaban la fruta. Mandé ponerla en parte muy distante, adonde no podía verse de la gatera ni llegar caña o vara de ningún modo a ella. Y viendo que ninguna prevención era bastante, volvíaseme el juicio en hacer discursos, cómo y de qué manera se daban a mi fruta aquellos asaltos. Y sin poder dar salida a ninguno, me metí una tarde en el mismo aposento, mandando cerrar la puerta por de fuera a un amigo, a quien di las llaves, por que mis criados no tuviesen noticia que allí me quedaba.

»Hízolo él y les dijo que yo me había ido con otros amigos a holgar a una huerta y que no vendría hasta la noche. De allí a muy poco sentí que por la escalera subía una persona; prevíneme para el encuentro de un garrote. Y al tiempo que yo pensé que abrían la puerta, por oír andar en ella, vi que entraba un mico por la gatera arrastrando la cadena con que yo le tenía atada. Estaba con poca luz el aposento; y como él no me vio, se fue luego a las manzanas; y apenas tenía agarradas dos de las mejores, cuando, por un cordel que a la cadena estaba asido, le sacaron arrastrando por donde había entrado. Quitáronselas fuera, y volviéndole a encaminar otra vez, fui yo muy aprisa [y] puse el pie en la cadena para detenerle. Cuando él se vio asido, no conociéndome, fueron tantos los saltos y chillidos como si tuviera discurso, por haberle cogido con el hurto en las manos.

---

<sup>462</sup> *Conciliábulo*: «Concilio no convocado por autoridad legítima» (*DLE*).

<sup>463</sup> ‘travesísimo’ en el ms.

<sup>464</sup> ‘En collares y otros aderezos de la apariencia’.

<sup>465</sup> Es bien conocida la historia del profeta Jonás, a quien la desobediencia a Dios conduciría al vientre de una ballena. (Jonás, 1:1-17)

<sup>466</sup> ‘Ganzúa’.

El que estaba de fuera hacía gran fuerza para sacarle, yo para detenerle, y él para desasirse; forcejose tanto que, con darme muchos mordiscones en las piernas y carcañares,<sup>467</sup> le dejé salir fuera sufriendo como un santo, por no ser sentido hasta ver quién le encaminaba.

»Como intentase el que le traía volverle dentro, y él rehusaba, haciendo gestos y cocos, en esta contienda vine yo a reconocer a mi buen Jonás.

»—”¡Oh, villaco!<sup>468</sup> —le dije—. ¡Si yo tuviera la llave de la puerta, vos pagaríades la fruta y mordiscones que me ha dado el mico!”.

»—“Mucho me pesa —respondió él—, pero ya que he sido tan dichoso que no está en mano de vuesa merced ni el abrirla ni el castigarme, y tengo en las mías el salir de su casa antes que vuesa merced ejecute su cólera, sírvase de echarme por la gatera trecientos reales que me debe de mi salario, que doblones tiene en el bolsillo con que puede hacerlo; y sea luego, antes que venga alguna persona que lo estorbe, porque, si no me paga, me dará licencia para que de la plata que hay abajo pueda yo satisfacer mi deuda de mi mano antes que vuesa merced me ponga las suyas. Y esta será la primera puerta que, con estar cerrada, abra camino a un criado para conseguir justicia contra su propio amo”.

»Miren vuestas mercedes cuál yo me quedaría oyendo tal desvergüenza a un pícaro, que, después de haber comido mi fruta, me hablaba con este descoco, y aún sonreyéndose de cualquier palabra que yo le decía, y viéndome roídos los zancajos de un mico,<sup>469</sup> me pedía la bolsa por la gatera. Quise volver a las buenas, pero como él sabía tanto de las malas, vista su resolución, fue forzoso rescatar mi plata con pagarle el salario que le debía. Y se fue libre adonde quiso, dejándome presionero en un aposento; que, aunque daba voces, nadie me las oía por estar retirado.<sup>470</sup>

»Allí me estuve hasta cerca de la noche, que vino a abrir la puerta aquel amigo que tenía la llave. Cuando supo lo que me había sucedido, refiriéndoselo yo con tanta pesadumbre, en vez de moverle a sentimiento el desafuero tan grande de aquel pícaro, y a lástima mis piernas, hechas una llaga como de pobre en pórtico de ermita de San Lázaro,

---

<sup>467</sup> ‘Calcañares’.

<sup>468</sup> ‘Bellaco’.

<sup>469</sup> ‘Por un mico’.

<sup>470</sup> Se produce en toda esta relación de criados una significativa inversión del punto de vista picaresco: las fechorías del pícaro son ahora relatadas por los amos entre los que Guzmán se encuentra; nuestro protagonista se mueve ya entre caballeros y asciende así otro grado en su proceso de ennoblecimiento.

fue tanta su risa, y mi rabia tanta que, estando ya casi descompuestos de palabras, me consoló con estas:

»—“Perdóname amigo, que no es mi risa solo de vuestro daño, que otros semejantes y peores han sucedido que este. Consuelo es de tristes el mal de muchos, que el ser único en ellos es muy gran desconsuelo. El mundo es largo, y así, creed que, por singulares que sean los sucesos en una parte dél, en otras los repite muchas veces el tiempo. Nada se hace que no se hiciese, nada sucede que no hubiese de antes sucedido, ni hay cosa que se diga que no esté dicha”.<sup>471</sup>

»“Estando yo en la Corte de Madrid con el embajador, mi amo, sucedió otro caso aún peor que el vuestro, que, aunque no tocó a maravedís, tocó en partes más sensibles. Tenía cierto religioso un mico tan amigo de fruta —como Jonás y el vuestro—, que no dejaba cosa en su celda que no le comiese. Tan amedrentado le tenía el castigo y azotes que, en sintiendo abrir la puerta, se metía en la parte más oculta de su celda. Sucedió, pues, que viniendo aquel religioso con grande priesa a proveer un aprieto grande, al meter la llave en la cerradura, se embarazó tanto, que, oyendo el mico el rumor que hacía, no dándose por seguro en parte alguna, se metió en el servicio, que estaba en un rincón más apartado. Apenas se había sentado en él, cuando fueron tales los que le hizo en las partes ocultas, que, siendo menester serujanos y médicos para la cura, quedó público el suceso en toda la Corte, y estuvo el religioso a peligro de perder la vida, no escusando de perder partes que en los religiosos podían escusarse”.

»“Dad gracias a Dios y a los calzones, que, a no tenerlos, fuera muy posible sucederos lo mismo”.

»“Hice lo que pude para ocultar el caso, pero en pocos días se divulgó de modo que en todo París solo dél se hablaba”.

---

<sup>471</sup> Se sirve aquí el autor del tópico literario *Nihil novum sub sole* para remitirnos a la idea de lo cíclico.

## CAPÍTULO X

*Refiere Guzmán de Alfarache algunos cuentos diferentes, la burla de dos competidoras sobre lo que obra la imaginación y la contienda de los dos doctores sobre el licenciado Calabazas*

Esto de decir mal de criados, como yo lo había sido tan bueno como aquellos, no me dejaba la ponderación libre para festejar tales cuentos. Con todo, si se reían, me reía, porque es necesidad, cuando uno piensa dar gusto en lo que dice, mesurarse el oyente. Alabaron a cierto príncipe un gracioso, que realmente lo era mucho, y no mal entendido. Mandó que se le trajesen a palacio. Rehusábalo él, así por hacérselo desear como por temer el maltratamiento que algunas veces en los palacios se suele dar a los tales.<sup>472</sup> Al fin no pudo escusarse, acetándolo con algunos partidos y capitulaciones; fue la primera que nadie le tratase mal de palabras ni de obras. Antes de entrar, advirtió aquel príncipe a los que le asistían que ninguno hiciese demostración de reírse.

Entró el gracioso, besole la mano; y después de haber dicho una y muchas gracias, sin hacer en nadie movimiento alguno, fue recorriendo por los defectos de todos y picándoles en las faltas; nada fue bastante a hacerles quebrantar el precepto. Hallándose, pues, atajado<sup>473</sup> el hombre, volviéndose al príncipe, le dijo:

—Quedaos en hora buena, que adonde hay tantos bufones cuerdos, no sirven de nada los locos.

La graciosidad se pierde, el buen dicho se malogra, el concepto se desvanece si el aplauso les falta. Más lo encareció el que dijo que, por no perder un buen dicho, se podía perder un amigo. No se lo alabo, que es corto todo el premio o interese que hace perder amigos; pero perderlos por no festejar lo que dicen, aplaudiendo sus cuentos, nadie puede

---

<sup>472</sup> Como explica en detalle el estudio de Bouza, no solamente bufones o graciosos tenían cabida en la Corte de los Austrias, sino todos aquellos que, considerados “sabandijas de palacio”, poseían rasgos de deformidad o anormalidad que los hicieran objeto de cruel entretenimiento, y que resaltarán contrastivamente las virtudes físicas y la dignidad de nobles y cortesanos. Fernando Bouza, *Locos, enanos y hombres de placer en la Corte de los Austrias*, Madrid, Ediciones temas de hoy, 1991, 223 pp.

<sup>473</sup> Atajado: avergonzado.

aprobarlo; que como la hermosura tiene libradas en la opinión sus dichas, tienen los buenos dichos en el aplauso su fortuna.

Servía a dos damas un caballero mozo y galán; la una hermosísima; y la otra, no tanto. La competencia de sus celos era entre las dos intolerable, y el vulgar aplauso, de la menos hermosa; a ambas regalaba igualmente, y no dándose ninguna por contenta, pidió consejo a un amigo suyo qué modo podía hallar para que le agradasen sus dádivas. Díjole que a la más hermosa enviase un manto; y a la otra, un espejo. Hízolo él, y sin hacer el efecto que el otro aseguraba, se aumentaron las quejas de ambas, de tal modo que la fea hizo pedazos el espejo, diciendo que no necesitaba de juez su hermosura, pues con general aplauso excedía a todas. Lo mismo hizo la hermosa al manto, fundándose en que su hermosura podía verse a toda luz y no necesitaba de nublados para desimular defectos. Así se lo enviaron a decir las dos a aquel caballero.

Quejándose, pues, al amigo del consejo que le había dado, respondió él:

—No os canséis, señor N., que adonde el aplauso ciega, no se admite razón, ni adonde la hermosura desvanece, disculpa. Incurable es el mal desas señoras. Invención de las feas fue el manto, y de las hermosas el espejo; por eso os aconsejé que, trocando las manos, enviásedes a cada una lo que era más propio de la otra; porque, como es condición de las mujeres desear más el estraño que lo propio, tuve por infalible que cada una se contentase más del ajeno.

No hay duda que la opinión, así en la hermosura como en el entendimiento, produce en el discurso grande confianza; y por el contrario, la falta della, poca seguridad en todo. Cuando yo en mis mocedades servía en Madrid a aquel cocinero —de que hoy no me desprecio, que es muy propio de un pícaro despreciarse del amo viéndose en otra altura—, ayudé a llevar una merienda a ciertas damas —si en aquel lugar hay damas ciertas—<sup>474</sup> que en la Casa de Campo quiso un gran señor regalar una tarde.<sup>475</sup> Iba entre ellas una que comúnmente tenía opinión en la Corte de la más hermosa y discreta mujer que había en ella. Llegó a saber desta merienda otra competidora suya, que adonde no hay competencia, no hay hermosura ni ciencia. Esta tal dio orden a una labradora que, al

---

<sup>474</sup> Adviértase el juego de palabras entre el determinante indefinido y ‘damas ciertas’: mujeres que pudieran ser consideradas como tales.

<sup>475</sup> Perteneció la madrileña Casa de Campo a los dominios reales desde que Francisco de Vargas y Medina, privado de los Reyes Católicos, mandara construir en ella una residencia de recreo en 1519. Durante el reinado de Felipe III, comenzó a aprovecharse su vasta extensión como lugar de caza, de cultivo y de cría de aves y ganado.

tiempo que la otra pasase con las demás por la puente segoviana,<sup>476</sup> haciéndose en contradicción con ella, las dijese:

—Dios las bendiga, y, ¡qué hermosas van estas señoras!, y, particularmente la pelinegra de las lazadas blancas, que, aunque parece no tiene buena salud, hace ventaja a todas.

—¡Tan buena me la diera Dios siempre! —respondió ella.

Y caminando el coche, al salir de la puente,<sup>477</sup> estaban dos tapadas. Dijo la una a la otra:

—Mira cómo se parece aquella de las lazadas blancas a Doña N. —nombrándola por su nombre.

—No, por cierto —replicó la compañera—; vale más el color desotra que toda la hermosura desta.

Púsose la mujer pálida con estos dos encuentros. Y, reparando en ello sus compañeras, le preguntaron si le dolía algo. Ella las respondió que no le dolía cosa alguna, sino palparle el corazón después que había topado la labradora.

—¡Ay, hermana! —dijo una dellas—, muy de hito en hito os miro. ¡Mirad, no sea mal de ojo!

Con esta imaginación fueron hasta los estanques. Apeáronse en aquella verde alfombra, a quien los árboles sirven de toldo y reparo del sol, que hacía entonces por ser en verano.

Era<sup>478</sup> la mujer blanquísima. La fuerza de la imaginación, el sobresalto y el reflejo del verde la pusieron de tal color, que, al tiempo que llegó aquel caballero que por su respecto daba la merienda, la dijo:

—Parece, señora mía, que no venís buena.

—No, por cierto, señor —respondió ella—, que una mala mujer que encontré en la puente me miró de manera que me siento muy mala.

—No será cosa de consideración —dijeron todas— ¡Venga la merienda!

Al punto se hizo así. Tendiéronse luego los manteles en el suelo; y en ellos, principios, medios y postres, y tal era la priesa que la imaginaria enfermedad dio a todos

---

<sup>476</sup> Se refiere al todavía madrileño Puente de Segovia.

<sup>477</sup> Como sucede en multitud de nombres acabados en -e, son muy habituales las vacilaciones de género en la palabra *puente*.

<sup>478</sup> 'Estaba'.

que, con ser la merienda de gran costa, la mayor parte della quedó a los mirones de aquel juego barato.

Lleváronla a su casa. Vinieron los doctores, que, hallándola con una grande y recia calentura, dentro de cuatro días fue sangrada seis veces, y estuvo a punto de murirse de veras la que de una burla perdió la salud.

Con grande cuidado miré aquella dama, tal la puso su desconfianza y fuerza de la imaginación, que no me pareció hermosa; y tan confusas eran sus razones, que no la juzgué por entendida. Acompañado de malicia, el vituperio la mayor luz eclipsa; y al contrario, desnuda de lisonja, la alabanza todo lo mejora.

Sobre el efecto de lo que obra la imaginación contó Propercio casos notables, y Ricardo lo mismo; pero como hay tanto escrito en esta materia, de que muchas veces vemos sucesos raros, por no ser todo el ajoar<sup>479</sup> manteles, dejó de referirlos.

Al otro día por la mañana fuimos a oír misa a San Antonio, templo, casa y solar adonde nació este ilustre portugués, honor de su patria y que pudo honrar las ajenas.<sup>480</sup> Corta jaula nos pareció aquella para tan gran pájaro; y para la devoción portuguesa, lemitado templo; pero fue tanta la humildad del santo, que previno Dios de antemano el sitio en parte tan estrecha [por] que los portugueses no edificasen suntuosa y soberbia casa a quien fue tan humilde.

En esto estábamos discurriendo los tres, con algunos naturales de aquella ciudad que allí se hallaban, cuando Ricardo dijo:

—No hay duda que ha sido san Antonio muy gran santo, si bien, como portugués, su poca de ambición hallo que tuvo en lo honorífico.

—¿San Antonio, ambicioso? —dijeron ellos—. Díganos vuesa merced en qué, que nos holgaremos mucho de saberlo.

—En osurpar dos letras al nombre de san Antonio Ermitaño<sup>481</sup> —volvió Ricardo—, dejándole Antón, como hoy se llama vulgarmente.

—¡Bueno está esto! —replicó uno—, halla vuesa merced que fue mucho quitar nuestro san Antonio dos letras a esotro, cuando san Pablo quitó la primacía de los

---

<sup>479</sup> ‘Todo el ajuar manteles (dice que no ha de haber una cosa sola)’ (*Correas*).

<sup>480</sup> El mismo Mateo Alemán compuso una hagiografía de san Antonio de Padua que se publicó en Lisboa en 1604, y que dedicaría al «reino y nación lusitana». La actual iglesia de San Antonio de Padua fue construida en el barrio de Alfama, en el mismo punto donde se hallaba el templo del que aquí se nos habla, tras su destrucción por el terremoto de 1755.

<sup>481</sup> San Antonio Abad fue un monje considerado fundador del movimiento eremítico.



ermitaños a san Félix, nuestro portugués, que lo fue muchos tiempos primero que él en la región de Entre Duero y Miño, cerca de la ciudad de Braga y no muy lejos de San Pedro de Rates,<sup>482</sup> como testifican muy graves autores. Y así, señor mío, no quiera nadie lo ajeno, y no le quitará Dios lo que es suyo; ni adonde un portugués pierde la capa, vaya nadie a buscarla.

Poco a poco se fue este encolerizando de manera que, con un gran voto, dijo:

—¡Si esotro san Antón topara el nuestro en el desierto, aunque vestido en su pobre hábito, le hiciera temblar, temiéndole mucho más que todas las tentaciones y fantasmas juntas!

«Rematado está este —dije yo entre mí—, pues quiere meter en pendencia hasta los mismos santos que están en el cielo». Y para picarle más, le pregunté cómo para ser santo se había ido a tierra ajena, dejando su propia patria.

—Tal es esta —respondió él —, que aquí ni los malos padecen, cuanto más los buenos; y como para uno ser santo le es forzoso padecer trabajos, miserias y necesidades, se fue adonde los halló para poder serlo.

—Esos hallazgos —volví yo—, sin pedírselos a él, se topan en cualquier parte; pero en lo que veo cuán gran santo ha sido es en hallar un portugués en su casa, como yo a vuesa merced hallo que, siéndolo él también, le hace tan buenas ausencias.

A todo lo que te he referido respondía él con dos piedras en la mano y, tanto que oyó estas últimas razones, con la boca llena de risa, me dijo:

—Por la fe, por la patria y por la verdad he de murir; y así en esto no puedo negaros que os sobra razón, que si los portugueses no tuvieran ese defecto, nadie en el mundo pudiera igualarlos. Son como los jardines curiosos, que, aunque sea la yerba buena o mala, en queriendo salir un poco del límite de su nivel, a todas trasquilan igualmente sin perdonar a ninguna; con el golpe de sus tijeras pagan tributo a su envidia.

Por estas formales palabras lo dijo el portugués. Allá se lo hallan, con su pan se lo coman, que a mí solo me toca el referirlo, porque el que dice mal de quien maldice, en algo se bendice; y si es malo alabarse uno a sí mismo, mucho peor será deshacer en otros por alabarse.

---

<sup>482</sup> San Félix el Ermitaño, guiado por el ejemplo de Pablo de Tebas en su vertiente más anacoreta, llegó a pasar hasta veinte años de soledad y recogimiento en el monte de la Sierra de Rates que hoy lleva su nombre.

Lo que yo reconocí de los portugueses, o fuese fingido en algunos o natural en todos: mucha compostura en sus acciones, corteses en sus palabras, entendidos en sus discursos, ambiciosos de la honra, sutiles en los dichos; en lo exterior digo, que los interiores Dios puede conocerlos. De su valor no trato; el que quisiere verlo, lea el *Epítome de las historias portuguesas*, por Manuel de Faria y Sosa, primera, segunda y tercera parte;<sup>483</sup> que en cualquier dellas hallará tantas excelencias suyas que es corto mi discurso para referirlas. Con las armas hieren, con el discurso se remontan, con la pluma vuelan, y con el amor se atreven a emprender lo difícil y a vencer imposibles. Tales son las veras, vamos a las burlas.<sup>484</sup>

Estando yo en Madrid, cayó mala mi primera mujer de una enfermedad grave, y como era a pocos días de casado, tiempo en que procuran todos con mayores finezas acreditar lo que las quieren, asistí en esta con toda puntualidad. Llamé luego dos médicos de cámara para que la viesan, y después que hicieron su visita con la brevedad que acostumbran, salieron a un aposento más afuera para consultar lo que habían de hacer en su cura. Fui yo a acecharlos por una ventanilla que estaba debajo de un tapiz, tanto por que mi mujer lo viese como por saber si el mal era peligroso. Poco se detuvieron en disputar lo que convenía hacerse, o fuese por esperar más limitado el premio<sup>485</sup> o por la enfermedad no ser tan peligrosa; en breves razones, de la cura de mi mujer pasaron a la de sus mulas, en la cual se detuvieron con mucha más atención que en la primera.

A uno dellos, que en un año se hallaba casado dos veces y enviudado tres, plaga que muchos desean y pocos alcanzan, dijo el otro, quejándose el que estaba pobre:

—Por cierto, señor, que si, en tan breve tiempo como os es sucedido, recibiera yo tres dotes tan considerables como se os han dado, de ninguna manera tratara de curar enfermos, sino de mi salud y regalo.

—Muchos se engañan con eso —respondió el otro— pensando que estoy rico, pero los gastos y galas de las bodas, los lutos, misas, funerales y cera de los entierros me

---

<sup>483</sup> Manuel de Faria e Sousa (Pombeiro, 1590-Madrid, 1649), fue un escritor, poeta, crítico, historiador, filólogo y moralista portugués cuyas obras fueron escritas en castellano en casi su totalidad. Dividido en cuatro partes, ese *Epítome de las historias portuguesas* fue publicada en 1628 y hace un recorrido por la historia y hazañas de los más nobles reyes portugueses. Además, fue el autor responsable de la traducción al castellano de la obra *Notas al nobiliario de don Pedro*, firmada por Félix Machado da Silva y Castro.

<sup>484</sup> Miguel Herrero dedica en su obra todo un capítulo a los portugueses, entresacando pasajes de la literatura de la época en los que deja ver la imagen que los españoles de la época tenían de ellos. Miguel Herrero García, *Ideas de los españoles del siglo XVII*, Editorial voluntad, 1928, 669 pp.

<sup>485</sup> 'Porque no contaban con cobrar demasiado'.

llevaron la mitad de contado; y en regalar suegros, suegras, cuñados y cuñadas, sin dejarlos contentos, se fue la otra parte. Ahora, para que el cuarto casamiento me suceda mejor, os suplico, pues sois tan entendido, me deis vuestro parecer para que no me engañen, así en el dote como en la limpieza, porque en tres mujeres que tuve, que puestas en cuartos no tenían más de doce, me hallé con veinte y cuatro de cristianos nuevos de que descendían, y pocos dineros para sustentarlas.

—Pues señor —volvió el otro—, si queréis casar y que no os engañen, no sea en Castilla, adonde las ceras y los ceros son inexcusables, porque las añadiduras de los dotes siempre vienen a ser más que el principal, y el más principal quien más añade y engaña, si bien diciendo la verdad, en que pocos advierten; porque siempre dicen en las escrituras de dote: «Esto doy a mi hija, deuda o criada, para su casamiento», y, como los escribanos no reparan en la ortografía y se les olvidan las comas que han de poner entre «casa» y «miento», con decirlo tan claramente no lo entienden los pobres o ricos que de sus escrituras se fían. En la lengua de mi patria, que es la portuguesa, no hallaréis razones con equivocación tan dañosa y encontrada como esta: «Doy a mi hija para su casa, miento». Y así soy de parecer que para casar donde no recibáis engaño, sea en Portugal, que allí<sup>486</sup> hallaréis quien quite ceros a las dotes y añada cerotes a la sangre,<sup>487</sup> de manera que, cuando uno llega a casarse, tan averiguado está todo que en ningún tiempo podrá decir que hubo engaño en el dote, y en la sangre menos, porque ni la introducción de actos positivos ni el discurso de largo tiempo borran en Portugal la memoria de los defectos de la sangre, que por remotos y apartados que estén, no hay dignidad que los encubra ni grandeza que los modere. ¡Bendito sea Dios, que nos quitó de Europa el gentilismo!,<sup>488</sup> pero si en ella se hubiera de edificar templo al desengaño, en Portugal había de ser primero que en ninguna otra parte del mundo.

—Mucha pasión es esa —dijo el castellano—, pero escuchadme un cuento de un cura portugués, que no reparaba en hacer casamientos en Castilla.

»Cerca de la ciudad de Segovia hay un lugar que llaman Calabazas.<sup>489</sup> Vivía en él un labrador rico, hombre de mucho caudal y ganado, aunque no bien, pues por ser mayoral de un grande ganadero, convirtió a sus ganancias una buena parte de las de su amo. Tenía

---

<sup>486</sup> 'En España'.

<sup>487</sup> 'Quien añade mugre o excremento a la sangre': quien se burle de la sangre y, en definitiva, de la honra.

<sup>488</sup> Se consideraban gentiles a las almas paganas o politeístas.

<sup>489</sup> Calabazas de Fuentidueña, municipio de la provincia de Segovia.

una hija; intentó casarla. La moza hermosa, el dote grande, la tierra corta, obligaron al padre a buscar yerno fuera de aquella que la mereciese. Era portugués, como he dicho, el cura Calabazas, tan pundonoroso como todos y tan hallado entre sus feligreses como si allí fuera nacido; y por ser hombre que no diría una cosa por otra, no admitiendo que nadie se la dijese por ningún modo ni camino, todos le querían y estimaban mucho, y particularmente por ser más inclinado a hacer casamientos en Calabazas que en Madrid Bargas el Sucio, o que en deshacerlos Cetina el Vicario;<sup>490</sup> este por haberlo sido contra su gusto, y aquel por nunca serlo ni exprementarlo.<sup>491</sup>

»Dio, pues, cuenta de su intento aquel buen labrador al cura —que, por respetarle más, llamaban todos señor Licenciado Calabazas— fiando de su elección y buen discurso el feliz acierto de su hija. Buscó luego un caballero de hábito —en los pechos digo—,<sup>492</sup> pagando muchos, como otros en no serlo por las costumbres. Era mozo galán, pisaverde<sup>493</sup> y estirado; vestía justo el cuerpo y larga la conciencia; la hacienda poca, y la presunción mucha. Don Luis se llamaba, y de apellido que no nombro por el respeto que se le debe. Al fin era campanudo,<sup>494</sup> y por disposición precisa de los astros le estaba concedida herencia en Calabazas.

»Ajustose el dote entre don Luis y su suegro; y a Mariquita, la novia, bautizaron en la escritura doña María de Calabazas. Era de Madrid el novio, y cuando se la leyeron, mesurándose un poco, preguntó si era de burlas o de veras el apellido.

»—¿Cómo de burlas? —dijo el suegro—. Yo me llamo Martín Cornejo de Calabazas, y si en la Corte es de burlas el apellido de Calabazas, escoja vuesa merced el de Cornejo si allá le tienen por más de veras”.

»—“Mal me suena también esotro —respondió el yerno”.

»Con lo cual fue forzoso repetir los de los abuelos de la novia para que eligiese uno. Al abuelo materno llamaban Miguel Pollino,<sup>495</sup> su mujer, María de Toro.

---

<sup>490</sup> No se ha hallado información alguna sobre Bargas el Sucio. Con Cetina el Vicario bien podría referirse al doctor Gutierre de Cetina, vicario general de la villa de Madrid y censor que concedió a Cervantes la aprobación para su segunda parte del *Quijote*.

<sup>491</sup> ‘Experimentarlo’.

<sup>492</sup> Juego de palabras entre los hábitos del indumento eclesiástico o de las órdenes de caballería, y el significado de pechar: pagar tributo.

<sup>493</sup> *Pisaverde*: «Hombre presumido y afeminado, que no conoce más ocupación que la de acicalarse, perfumarse y andar vagando todo el día en busca de galanteos» (*DLE*).

<sup>494</sup> ‘Hinchado y arrogante pero también con suerte y oportuno’.

<sup>495</sup> *Pollino*: burro joven.

»—“Si ese toro fuera vaca —replicó el novio—, no se estrañara en Madrid, porque es muy noble apellido; pero los toros son mejores para la plaza que para la casa, y el de Pollino de mayor reparo será en la corte que el de Calabazas. Y así, señor Martín Cornejo, será más acertado buscar uno de su varonía de vuesa merced que suene más un poco”.<sup>496</sup>

»—“Oh, pesar de quien me ha parido —respondió el suegro—. En la corte y fuera della no hay otro que más suene y resuene que Pollino, y a fe mía que suena y resuena más este en toda parte, de cuantos vuesa merced puede nombrarme, pero dejemos estos”.

»“Fue mi abuelo materno Martín Gallo, hombre de gran respeto por hacienda y persona, y por sonar un poco menos que Pollino, no puse ese apellido a mi hija, ni vuesa merced querrá, siendo el marido, que su mujer sea en su casa el gallo. De los de mi padre no sé más apellidos, porque era muy niño cuando Dios le llevó. Mi abuelo materno decía que fue nieto de un Luis Fernández de Lisboa por ser de aquella ciudad”.

»—“No es malo este —advirtió el cura— para que en Madrid se estime un poco más que el de Pollino, con traer su origen, desde el tiempo de nuestro primero padre Adán, del dueño de la quijada con que mató Caín a su hermano Abel”.

»Y verdaderamente cosas viejas y rancias no son para las cortes, adonde solo lo flamante y nuevo resplandece y se estima. Con el apellido de Lisboa se doró la píldora de Calabazas, y Mariquita dellas quedó en pública escritura mi señora doña María de Lisboa.

»Conformes en el dote y apellido, efetuaron las bodas. Anduvo la trulla y la bulla,<sup>497</sup> revolviose el lugar todo, y el son de gaitas gallegas, tamboriles, pífanos, sonajas, panderos y castañetas bailaron los mancebos y mozas; hicieron un sarao aquella noche, al cual presidían los novios en lugar eminente. Allí se estuvo don Luis muy regalado algunos días, pero pasados ellos, que en toda parte duran poco, en idas y venidas de Madrid, dares y tomares, dependencias y preminencias en Calabazas, juegos de garitos<sup>498</sup> y veras de damas sobre da más o da menos, presto se acabó todo; que en desiguales matrimonios todo se acaba presto. Lo que bien se mira cuando se hace, después de una vez hecho, raras veces admira. El suegro con la nobleza, el yerno la riqueza, los dos se engañaron; y doña María de Lisboa o Calabazas lo lloraba todo, sintiendo su desdicha,

---

<sup>496</sup> En el tono jocoso de la historia producido por el sentido de los distintos apellidos parlantes, se deja ver de nuevo la influencia cervantina que, en este caso, nos devuelve al entremés *El retablo de las maravillas*.

<sup>497</sup> ‘La algarabía y ruido de las gentes’.

<sup>498</sup> ‘Juegos de azar’.

pues, con mil trampas atrás y adelante, en pocos días se vino a perder todo lo que en muchos años se había mal ganado.

»Llovían sobre el cura maldiciones; sobre la novia, palos; acreedores sobre el suegro. Todo lo mete a pleito; viene el procurador, daca letrados,<sup>499</sup> toma escribanos, no parecía blanca ni cornado;<sup>500</sup> que era la tierra corta, los gastos muchos, los galanes pocos, y la mujer honesta, que sentía el gastarlo por no poder ganarlo. Al fin, ejecuciones y comisiones, cobranzas y malandanzas lo llevaron todo, como sucede siempre a lo mal ganado; que o por aquí o por allí, raras veces, que tarde que temprano, se escapa de personas que no lo malbaraten. De Lisboa se llamó la novia, portugués era el cura que le buscó tal marido, ¡mirad, pues, a vista deste suceso cómo tomaré yo vuestro consejo para casar cuarta vez después de errar las tres!

»Tal era la consulta que sobre la enfermedad de mi mujer se hacía; y tan divertidos estaban mis buenos doctores, que si yo no saliera a interromper la plática y discurso en que estaban, probando y reprobando cuál de sus tierras o calabazas era más a propósito o dejaba de serlo para tomar estado de matrimonio, aún ahora me parece estuvieran en la disputa.

»Sin tomar en la boca el mal de mi consorte, ni aun el pulso, tomaron su porción; y cabalgando en sus mulas, se iban sin recetar cosa alguna.

»—“Pues ¿cómo se van así —les dije desde la puerta—, sin decir lo que se puede dar a la enferma?”.

»A esto respondió el portugués ya de la calle:

»—“Agua fría y calabazate, agua fría y calabazate”.<sup>501</sup>

Si eres doctor el que me leyes<sup>502</sup> la vida y te pica el cuento, no me condenes, que no hay guisado de calabazas, si no es de conserva, que no lleve pimienta, para que bien se sepa.

Viniéndonos, pues, a casa, en una calle cerca del Rocío<sup>503</sup>, acertamos topar en una gran pendencia un panadero con otro hombre que le había traído unas cargas de leña para

---

<sup>499</sup> *Daca*: interjección formada por la contracción del imperativo *dame* y el adverbio demostrativo *acá*.

<sup>500</sup> En *El peregrino en su patria*: «Vete, pelado, pelado / que no llevas blanca ni cornado». De vega, 1776, p. 281.

*Cornado*: moneda de muy escaso valor que circuló desde el reinado de Sancho IV hasta la época de los Reyes Católicos. Tres cornados hacían una blanca.

<sup>501</sup> *Calabazate*: dulce hecho de trozos de calabaza hervidos con azúcar.

<sup>502</sup> ‘Lees’.

<sup>503</sup> Plaza del Rocío, Lisboa.

el horno. Las armas de que usaban eran palos, y como era más mozo el panadero, sobre el otro cargaba la mayor parte dellos.

Compadecidos dél fuimos a meter paz entre los dos con nuestros bordones, y teniéndolos ya devididos, salió la hornera con su pala en defensa del marido, que con buenas razones estábamos reprendiendo. Y, al punto que nos oyó hablar castellano, nos dijo:

—Váyanse norabuena, dejen a mi marido; que han sido muy dichosos en venir solo tres; que, si vinieran siete, ninguno de mis manos escapaba con vida.

No poco nos reímos de su mucha arrogancia; muy enfadada ella, se metió en su casa; nosotros nos fuimos a la nuestra.

No hay nación que no sea notada de algún defecto; de ser arrogantes condenan los españoles, pero aun entre ellos hay unos más que otros. Entre las mujeres lo son las portuguesas.

Acudía a casa de aquel caballero adonde estábamos un médico, gentil filósofo, grande matemático y tocado un poco de la enfermedad química; era muy buen poeta, cantaba con donaire, y por tener parte de francés, o porque entre los sabios la amistad es deuda, pagábala él tanto a Propercio y Ricardo, que raro era el día que no llegase a verlos. A este, pues, dio grandes quejas nuestro mozo de lo mal que, en el día que habíamos estado y venido de la quinta, se había tratado de los criados: de la poca ley, poca verdad, grande codicia, menos amor que tenían a sus amos; pidiéndole mucho que acudiese por ellos, pues era tan entendido, no siendo justo que, por haber cuatro malos, se condenasen todos.

No era este solo el intento de nuestro Perico el tuerto; como su mirar, eran siempre los suyos. Había sabido que aquel médico, siendo mozo, fuera paje de un embajador de Francia en Roma; y como él era tan presumido y se hacía tanto lugar por sus muchas partes con todos los señores, quiso mortificarle con querer que entendiese que el pícaro sabía cómo también él había sido paje.

Los hombres entendidos no los perturba nada ni jamás se desprecian de lo que hubieron sido. Así lo hizo el médico, que en la primera ocasión que tuvo lugar de introducir la plática sobre los criados, comenzando por quejas, acabó con finezas, muy dignas de saberse; de las cuales referiré una sola, por sus mismas palabras, que son estas:

—De todo hay en el mundo; ya que condenamos los malos, alabemos los buenos. Aquí en esta ciudad vive un caballero de ilustre sangre; que tenía un criado que estimaba mucho; de lo que él le quería, veamos el ejemplo.

»Quiso salir a una quinta este caballero, y yendo a cabalgar en un macho, no estando aún seguro en la silla, revolvió con tanta prisa a un lado, que en su mismo zaguán dio una caída de que rompió un brazo; la cura fue notable, y, porque anda impresa deo de referirla; yo fui uno de los que asistieron a ella. Canceroso el brazo, fue menester cortárselo; y porque este caballero no lo entendiese por estar ya muy rendido, temiendo nosotros que se nos muría, mandamos hacer otro para que, dejándole en su lugar, no lo tuviese la pasión y sentimiento de hacerle mayor daño, quitándole la vida.

»Fingiéndose, pues, que solo se trataba de cauterizarle<sup>504</sup> aquella parte, se aserró la caña más abajo del hombro, y se hizo la cura sin que la entendiese ni la falta del brazo hasta que estuvo sano, como hoy le vemos. Y los dolores, la corrupción de miembros, la caída grande, el desvelo continuo, el largo tiempo que duró la cura, que no fueron bastantes a quitar la vida a este caballero, lo fueron el grande amor que aquel criado le tenía y el sentimiento de verle cortado el brazo, porque al mismo punto se quedó sin ella. Solo un criado destos recompensa mil malos.<sup>505</sup>

Y volviéndose al nuestro que con mucha atención escuchaba, el doctor le dijo:

—¿Qué decís, Perico el tuerto? ¿He defendido bien nuestro partido?

—Pues, si vos os hallárades en Roma al tiempo que yo servía de paje al embajador de Francia, mi amo, yo os diera un compañero que tuve que os asentara las costuras de todas vuestras bellaquerías, trampas y embustes, de manera que, no os quedando a deber nada, os dejase deudor de buenas enseñanzas.

Al mismo punto le reconocí, y que por mí lo decía; pero como el tiempo largo, aun de hijos a padres o de los más que se aman, es padre del olvido, no fue mucho que entre los dos lo fuese, siendo él siempre mi fiscal con el embajador a quien servíamos. Al fin, no me reconoció ni fue poca dicha mía, porque fueron tales los cuentos que de mí

---

<sup>504</sup> ‘cauterizarle’ en el ms.

<sup>505</sup> En contraposición a las abundantes historias de pícaros e infieles criados que pueblan el texto, ninguna como esta para apreciar la concepción de Machado de las relaciones entre amos y sirvientes. Se desprende del relato una clara idealización de la servidumbre medieval, que el autor pretender poner como ejemplo en un mundo donde lacayos así son tan inexistentes como los propios caballeros a los que tan a menudo remite.



refería en mi presencia a Propercio y Ricardo, que por no ser un singular escándalo al mundo, dejé de referirlos en la primera parte de mi vida.

¡Oh, si los hombres supieran que podrían llegar a lances semejantes cuando hacen cosas indignas de ser vistas en el teatro del mundo!<sup>506</sup> ¡Y cuántas dejarían de hacerse, siendo honrados ellos, sin temer más castigo que el azote de la vergüenza! Este hiere en el alma, y no en el cuerpo, en ella más que en él son las penas sensibles.

---

<sup>506</sup> El tópico del *theatrum mundi*, omnipresente en toda la literatura barroca, trata de alejarnos de nuestra pertenencia al mundo real como forma de tomar conciencia de las innumerables máscaras y embustes que lo constituyen como tal. Este planteamiento, así como la idea típicamente quevediana del mundo al revés —ambas muy recurrentes a lo largo del texto— destilan el continuo e idealizado anhelo de Machado —casi podríamos decir que su obsesión— por la restitución de un orden social justo en el sentido más jerárquico.

# LIBRO SEGUNDO DE LA TERCERA PARTE DE GÜZMAN DE AL FARACHE.

Por Felix Márquez Catredatico de prima en-  
La Picardia sin salario.

Capitulo, I. Como despues de aver visto  
Guzman de Alfarache y sus companeros  
el Convento, y Torre de Belen toparon  
en ella el Capitan con quien pasó a Ita-  
lia. Ricardo, y Propercio, tienen nuevas  
de Francia, parten a Paris.

Pocos dias despues, nos lleuó el Maiordomo de aquel Convento,  
aver el Convento de Belen: fuze menovedad el nom-  
bre, y no poca lagrandeza del edificio, y bolviendo á  
preguntarle como se llama, me dixó. Belen se llama,  
sin ser en Judea, por más que lo murmuran malas len-  
guas. Hize me des entendido, que el querer entender más  
de lo que me entendio fueramos ~~armenecio~~. Es aquel Con-  
vento <sup>es su</sup> ~~obra~~ insigne, como obra de Reyes, cuyo menor  
es más que el mucho de los que no lo son. De algunos vi-  
mos alli las sepulturas; Últimos adornos de su gran-  
deza, que en lo de más que es nacer, y murir todos so-  
mos iguales. Ensenósenos todo lo más notable.  
Dormitorios muy largos, Claustros hermosos, y  
Estanques, Jardines, guerta, y todo lo que para  
la vida humana puede dese ar, el que ser viendo á Di-  
os fuere alli Religioso. En muy pocas palabras lo cifra re-

LIBRO SEGUNDO DE LA TERCERA PARTE  
DE GUZMÁN DE ALFARACHE

Por Félix Márquez, catedrático de prima en la picardía, sin salario

## CAPÍTULO I

*Cómo, después de haber visto Guzmán de Alfarache y sus compañeros el convento y Torre de Belén, toparon en ella el capitán con quien pasó a Italia. Ricardo y Propercio tienen nuevas de Francia; parten a París*

Pocos días después nos llevó el mayordomo de aquel caballero a ver el convento de Belén.<sup>507</sup> Hízome novedad el nombre, y no poca la grandeza del edificio; y volviendo a preguntarle cómo se llamaba, me dijo:

—Belén se llama, sin ser en Judea, por más que lo murmuren malas lenguas.

Híceme desentendido, que el querer entender más de lo que me entiendo fuera mostrarme necio.

Es aquel convento cosa insigne, como obra de reyes, cuyo menos, es más que el mucho de los que no lo son. De algunos vimos allí las sepulturas, últimos adornos de su grandeza; que en lo de más, que es nacer y murir, todos somos iguales. Enseñósenos todo lo más notable: dormitorios muy largos, claustros hermosísimos, estanques y jardines, huerta y todo lo que para la vida humana puede desear el que, sirviendo a Dios, fuere allí religioso. En muy pocas palabras lo cifraremos todo.

Al tiempo que llegó a verlo don Felipe segundo, volviéndose a don Cristobal de Mora, que le acompañaba, dijo:

—¿Qué os parece, don Cristobal? ¡Muy atrás queda el Escorial!

Pasamos al castillo que está en el agua,<sup>508</sup> adonde el castellano, por serlo, se holgó mucho de vernos. Enseñonos todo lo que había en él, y después de sentarnos, por discurso de la plática vine yo a reparar que había visto aquel hombre en otra edad muy diferente de aquella, en que estaba más blanco que una paloma, aquel que, por verle una señal de una herida en la cara, reconocí que había sido muy gentil gavilán: el capitán, quiero decir,

---

<sup>507</sup> Se refiere el autor al Monasterio de los Jerónimos del barrio lisboeta de Belén.

<sup>508</sup> La torre de Belén.

con quien yo de España había pasado a Italia, como te he referido en la primera parte de mi vida.<sup>509</sup> Ni todas horas son buenas en que andan señaladas las personas.

Acción de Guzmán de Alfarache fue la que quiero decirte, en acordarme de imprevisto de todas las buenas obras que le había hecho de mi bolsa, y aun de las ajenas, cuando fui su camarada, y después me redujo<sup>510</sup> a servirle; los ciento veinte escudos que con la yesca de su *agnus dei* de oro saqué con tanta sutileza a aquel platero confeso para socorrerle en el aprieto en que se hallaba en Barcelona, poniendo a riesgo mi vida y alma, para sustentar su reputación y crédito, quitando a muchos mucho por dárselo a él todo;<sup>511</sup> el mal término que conmigo había usado echándome de su servicio viéndome en Italia.

Sobre todo consideraba, recorriendo pieza por pieza con los ojos, que bien tenía puesto su cuarto, con tanta plata y alhajas aquel que en otro tiempo había yo conocido con muy pocos y sin ninguna; tan excelentes colgaduras, muy buenas y muchas sillas, aquel que por no tener una para un rocín había yo visto caminar en albarda. «Mal podrá este decir —decía yo entre mí—, que todo el tiempo pasado fue mejor». Tan lindas camas, tan ricos escritorios y contadores de la China, quien, teniendo tan poco que contar, no valía dos chinas su ropa y bagaje. Cuánto valen las armas al que tiene garras, reparaba yo, que, como ladrón de casa y secretario de sus antiguas costumbres, podía así decirlo, sin encargar la conciencia venialmente. Tenía en el sombrero un cintillo de diamantes de gran precio, que a no estar yo confirmado en don Juan de Guzmán por carta del rey, yo se la diera de libertad, con que, dejando a su dueño, saliese libre de aquella prisión en nuestra compañía, para satisfacerme de la mala que en Italia me hizo.

Así estaba yo discurriendo, y mis compañeros no dejarían de hacer sus discursos; que la fortuna próspera en soldados siempre fue sospechosa en hombres de discurso, cuando el señor capitán llamó a priesa:

—¡Guzmanillo, Guzmanillo! Trae aquí agua y dulces a estos caballeros; ya sabes, no hagas como el otro.

Y para darnos satisfacción, nos dijo:

---

<sup>509</sup> Desde el libro tercero de la primera parte, donde *Trata en él de su mendiguez y lo que con ella le sucedió en Italia*, hasta volver a España, en el capítulo VIII del segundo libro de la segunda parte. Alemán, 2012, pp. 244-562.

<sup>510</sup> ‘Redució’ en el ms.

<sup>511</sup> Otro de los episodios embleáticos que sirven a Machado de puente para con la primera parte de Alemán: Lo que a Guzmán de Alfarache le sucedió sirviendo al capitán, hasta llegar a Italia. Alemán, 2012, pp. 235-243

—Esto digo porque no he visto cosa más parecida en todas sus acciones que este muchacho a otro que en Italia tuve, siendo mozo; a su devoción le puse este apellido, que también así se llamaba. Pues las caras, si hoy fuera posible juntarse aquí los dos, creo, sin duda, que el uno por el otro se trocara; más confianza hiciera de mi bolsa en sus manos que de sus manos en mis dulces, y por esto le hice esa advertencia.

Considera, ¡oh, curioso lector!, los peregrinos casos que me han sucedido, cuál yo me quedaría; porque el verme hoy con un padre, mañana con dos, esotro día con tres no es gran maravilla, que hijos hay en el mundo que, por tener muchos más, ninguno los reconoce; pero, ¡hallarme otro yo! Así, sin pensar, de manos a boca, escupido y lamido, de artes y partes, de nombre y renombre, solo a mí pudiera suceder en Lisboa caso semejante;<sup>512</sup> y más en tiempo que apenas se hallaba la sepultura de Luis de Camões, porque, a ser vivo,<sup>513</sup> pudiera fingirme otro yo como en su comedia de *Anfitrión* hizo.<sup>514</sup>

Con todo, hablando de veras, no las tenía todas conmigo; porque por una parte me remordía la conciencia, o el recelo para mejor decir, de que me conociese el capitán, no por la servidumbre, sino [por] la presunción que con Ricardo y Propercio, mis compañeros, tenía adquirida. Por la otra, el haberseme pegado mucho aquel mozuelo otro yo, y tener algunos dobloncillos en la faldriquera que me los pescase; y no osaba examinarlo porque los circunstantes no reconociesen mi flaqueza, si bien fui retirando la mano hacia atrás, y por encima de los calzones palpando, hasta enclavarla en un alfiler, con el cual, como si fuera en carnelendas,<sup>515</sup> me había pegado una larga cola de zorra.

«Ahí me las den todas antes que en mis doblones», dije yo en el corazón, adonde más que en mi bolsa los tenía. Y quitándoseme dél aquel nublado o mala sospecha, fui poco a poco retirando mi cola, que al fin era mía, y la metí en parte que, a estar desnudo, quedara una zorra hecha y derecha.

Mira, en casos semejantes, más vale desimularlos que sentirlos. No estaba la cola, si yo fuera entendido, fuera de su centro, ni yo fuera de mí para hacer alharacas o

---

<sup>512</sup> En palabras de Rosa Navarro: «La genial venganza literaria de Alemán contra el autor de la espuria segunda parte lleva al autor de la tercera a imaginar el desdoblamiento del propio Guzmán». Navarro Durán, 2010, p. 167.

<sup>513</sup> ‘De estar vivo’.

<sup>514</sup> La obra de Camões, basada en la homónima de Plauto, cuenta cómo Júpiter adopta la forma física de Anfitrión para yacer con su esposa Alcmena.

<sup>515</sup> ‘Carnavales’.

descomponerme por tener cola o dejar de tenerla. Cola por cola, más vale la de la zorra, que al fin sabe mucho y no rebuzna. El haber sido pícaro parte es de entendido.

Cualquier otro sujeto en una ocasión destas no dejara de embarazarse y perder los estribos de la confianza, mayormente yo y mis compañeros, que íbamos compuestos muy a lo grave, para sufrir burlas tanto a lo pícaro. Con todo, yo tuve esta a buen presagio y anuncio de alguna felicidad grande, porque la noche antes había soñado que me hallaba con la misma cola, de la misma manera que me la habían puesto, en casa de un grande príncipe a quien yo iba a hablar, y queriendo quitármela me decía un portero que no lo hiciese.

—Pues ¿cómo, N. —le replicaba yo—, queréis que vaya desta manera hablar a un señor tan grande?

—Tomad mi consejo —me decía él—, que soy vuestro amigo. Cobrid vuestra cola con la capa y entrad, que así lo hacemos todos los que no podemos alcanzar de la zorra más que la cola; que estos grandes señores, que entran sin ella, es porque llevan su corazón, como *agnus dei*, en el pecho, por defensivo de la mala fortuna de los que sin él hablan a sus príncipes o a grandes señores, que estiman más la lisonja que el desengaño.

Disparate será dar crédito a sueños, pero cuando se ven tan a las claras como yo vía el mío, ¿quién será tan incrédulo que pueda dejar de dársele? Yo te confieso que me juzgué entonces en el trono de una grande fortuna, y que por la cola comenzaba a tener la dicha que otros por la cabeza tienen. Era segundo discurso, que como el mundo anda al revés en muchos, por allí debía de tener principio mi buena suerte, estando lo más andado; y aunque la cola es peor de desollar, y que hay cabezas de algunos que les estaba muy ancho ser colas de otros, una vuelta de la fortuna, un disponer de los hados o de los dados lo trastornaría todo, comenzando a unos por la cola sus aumentos y a otros por las cabezas su ruina. Gran dicha es comenzar por donde otros acaban. Desta me juzgaba yo ya dueño, que el conseguir los fines por principios y medios regla es de los antiguos filósofos; pero ya a lo moderno filosofaba mis dichas, hasta que, desengañado con el tiempo, como judicial astrólogo, reparé que si en el cielo la cola de dragón es infortuna, ¿qué puede ser la de la zorra en la tierra?

Esta, pues, que es símbolo del engaño, figura de la sagacidad, imagen de la asechanza, de quien hasta las aves (que Naturaleza previno de alas, dándolas por morada la región del aire, para huir mejor de los animales de la tierra) no se escapan della, imitan

los hombres que, dotados de uso de la razón, sin razón ninguna quieren engañar a aquellos que por leyes devinas y humanas es obligación precisa tratar con todo el desengaño; poco hay que fiar de estos tales.

Bien veo que en la primera y segunda parte de mi vida me has condenado semejantes digresiones, o descuidos por mejor decir, a gusto de tu paladar o disgusto de los ajenos. Perdóname, que, como los huevos de aquella mala ventera,<sup>516</sup> la ocasión me las trae a la boca, y ahora más veces, pues soy don Juan de Guzmán, por la gracia de Dios y de mi rey; y no hay caballero cuerdo a caballo, como dice el refrán.<sup>517</sup> Tales son mis pensamientos: ellos se vienen, ellos se van.

Volvamos a nuestros dulces —dejemos el amargo—, que, colmando una grande fuente dorada, nos presentó aquel muchacho, aquel Guzmanillo, aquel otro yo, que verdaderamente, mirándole con más atención, hallé disculpa a su amo; porque me parecía tanto, que a tener yo hijos como mis padres me tuvieron, le reconociera por tal.

Aquí me fue forzoso, usando de prevención, prevertir<sup>518</sup> la cortesía y cumplimento; y porque mis compañeros no me la hiciesen nombrándome, por ganarles de mano, la metí primero en la fuente, sacando algunos mazapanes que di al que los traía. Rehusó aceptarlos, y por asegurar al capitán de alguna sospecha, si acaso le ocurriese al pensamiento de conocerme, dije a aquel segunda parte mía:<sup>519</sup>

—Por vida de don Juan de Guzmán, que, si no lo tomáis, nos os he de confesar por deudo.

A esta palabra me puso su amo los ojos, y con gran cuidado parece que quiso conocerme por el nombre con que yo había servido. Mirábame el talle, la cara, las manos; el mozo, adónde tenía su cola; y yo, adónde estaría el corazón del capitán. Así estuvimos un gran rato, en cuanto se iban despabilando los dulces, con alguna suspensión él, pero yo con mucha confianza, hablando de aquí y allí, metiendo dos chistes y tres chanzas. Fuese lo que fuese, o él no quiso conocerme o no quiso que yo le conociese,

---

<sup>516</sup> Es especialmente significativo, para la formación del personaje que construye Alemán, el episodio de los huevos empollados: puerta de entrada para un joven Guzmanillo al mundo despiadado que le ha tocado en suerte. Alemán, 2012, pp. 71.

<sup>517</sup> «Si yo cuando a otros muerdo / mordido me hallo / es que no hay hombre cuerdo si monta a caballo. / Si un varón mirado / sube al magistrado, / y hace, cual magnate / más de un disparate / no es mucho su fallo, / que no hay hombre cuerdo / si monta a caballo [...]». Iglesias de la Casa, 1821, p. 107.

<sup>518</sup> 'Pervertir'.

<sup>519</sup> Otra posible alusión metaliteraria para con ese «otro yo», aludiendo a la propia obra que tuvo segunda, y ahora tercera parte.



pues, de ninguna manera se dio por entendido, mostrando en ello serlo más, así por no deslucir la estimación que hacían de mí mis compañeros como por no obligarse a hacer conmigo alguna demostración grande, pues estaba tan lleno de riquezas; si bien, para no dar, hay amos muy entendidos.

¡Quién podrá creer que me desconociese un hombre que de mis niñerías, ajenas cobranzas o latrocinios propios, había tenido tanta parte y más que yo, pues era el dispensero de lo que yo hurtaba, dándome por onzas lo que le daba a él ganado por mis trazas, artes y embelecos! Aquí verás cuál es el mundo, cuáles son sus pagas, cuáles los premios de los hombres y señores a quien servimos, ofendiendo a Dios por darles gusto, al prójimo por agradarles. Y, ¿por qué lo hacemos? Por un desdichado premio o caduco interese, que a veces antes de salir de su servicio se ha desvanecido y malbaratado. Como sucede a todo lo que por semejantes medios atrae aquella esponja, aquella sanguijuela, aquella piedra imán que llaman codicia, que juntando hierros a yerros, aceros a aceros, riquezas a riquezas, a tantos ha privado de la gloria, con las cuales todos los tesoros del mundo a respecto de un átomo<sup>520</sup> de aquellos son incomparables. En esto paran los servicios en que, anteponiendo a Dios los hombres, ya con el hurto, ya con la traición, ya con la alcagüetería dellos, se esperan premios. Tal es el mal de los bienes castrenses ganados en la guerra de Cupido,<sup>521</sup> y el bien de los mal adquiridos en la de Caco.<sup>522</sup>

Íbamos saliendo ya del castillo para embarcarnos, cuando en un batel<sup>523</sup> llegaron dos franceses a pedir licencia al capitán para pasar a Lisboa un navío que traía cargado de trigo de Burdeos.

—¿Qué es esto, Lauque? —a uno dellos, que así se llamaba, dijo Ricardo—. ¿Cómo queda mi tío y mi prima?

El cual, echando a sus pies los brazos, rasos los ojos de agua, respondió así:

—¿Qué nuevas os podré dar, señor Ricardo, de un tío que, por perderos, habéis perdido? Luego que supo que os habíais ausentado de París, hizo muchas y extraordinarias diligencias para saber adónde os habíais ido; y desengañado que ninguna

---

<sup>520</sup> ‘Átomo’.

<sup>521</sup> El caballero de Cupido no es otro que *Leandro el Bel*, título de la novela de caballerías del autor italiano Pietro Lauro, que vería la luz en Venecia en 1560, y que continuaba a la española *Lepolemo*, mejor conocida por *El caballero de la Cruz*, publicada por Alonso de Salazar en 1521.

<sup>522</sup> La batalla contra el gigante Caco fue popularizada por Fernando Basurto en su *Florindo*. Debían de ser, un siglo después, referencias aún conocidas las de algunas de las más famosas hazañas de los libros de caballerías.

<sup>523</sup> *Batel*: bote o embarcación pequeña.

era bastante para hallaros, fue tan grande su sentimiento y su pena tanta, que por discurso de siete años no le oí una hora de alegría; de la misma manera, vuestra prima. Solo puedo afirmaros que habéis perdido su casa por vuestra, a él por padre, vuestra prima por esposa. Esto ganastes por ausentaros de la patria, deudos, amigos, sin causa, sin razón ni fundamento.<sup>524</sup>

»No sé qué podía moveros a usar de un término tan ajeno de vuestras obligaciones con quien os quería hacer dueño de la mayor riqueza, de la mayor hermosura y más entendida dama que tiene Burdeos. Yo fui el que le pedí las albricias<sup>525</sup> a vuestro tío y mi amo cuando, con tanto aplauso, salistes de la prisión en que tan falsamente y con tanta infamia os habían puesto; yo, quien por orden suya fui a París, adonde ya no os hallé, para daros la norabuena, así del suceso como de la fineza que con vuestro amigo Propercio habíais usado; acción que jamás podrán borrar los futuros siglos de la memoria de las gentes.

»Ya no tenéis tío, ya no tenéis hacienda, ya no tenéis esposa, porque, siendo Dios servido de llevarle a él para sí —como confío de su misericordia— a poseer las riquezas del cielo, dejó las suyas y su hija en un convento, por pedírselo ella, con cláusula que, no pareciendo<sup>526</sup> vos ni tomando estado de matrimonio, de sus bienes se edificase otro. Otros siete años ha que asiste en él, viviendo en la esperanza de teneros por dueño, siendo en lugar de Raquel, Jacob; y vos, en lugar de Jacob, Labán en dilatarlo.<sup>527</sup> Muriendo se quedaba, al tiempo de partirme, de una melancolía profundísima en el último tránsito de la vida, a que, por no hallaros, no han hallado remedio los doctores; que ese solo por único han resuelto.

Con demostraciones de grande sentimiento oyó Ricardo lo referido; los ojos y sollozos lo aseguraban; hablaron ellos mientras él se quedó mudo. A veces, las finezas de amor suelen tener el premio que se les debe al mismo punto de perderse quien las obra. Cuestión dudosa ha sido (dudo que en pechos generosos pueda serlo) cuál tiene más poder: si el amor, si el interese. Las fuerzas deste y los esfuerzos de aquel ponderan muchos, trayendo unos y otros varios ejemplos en su abono; que no hay cosa, por más

---

<sup>524</sup> ‘fundamiento’ en el ms.

<sup>525</sup> *Albricias*: «Regalo que se da por alguna buena nueva a quien trae la primera noticia de ella» (*DLE*).

<sup>526</sup> ‘Apareciendo’.

<sup>527</sup> Antes de casarse con su prima Raquel, Jacob hubo de prestar siete años de servicio como pastor a su tío Labán.

justa o injusta que sea, que la pasión del hombre no apruebe o condene, ya lo bueno, ya lo malo en ella, o conformándose con la razón o con su antojo.

En este caso los ambiciosos hacen lo que dicen, los enamorados dicen lo que sienten, siguiendo cada uno su natural pasión o su mayor afecto. Esto es infalible y cosa indubitable; nadie puede negarlo, pues, si para la solución desto recurrimos<sup>528</sup> a los cuerdos, como es razón que sea, ¿cuáles serán aquellos que el amor o el interesse, la codicia o la afición no los tenga de su parte? Y así, los ejemplos de los tales no pueden poner leyes que por justas debamos guardar, que una pasión ciega a ciegas anda; ni está lejos de la caída quien al percipicio se acerca. En la ponderosa cordura está el acierto de la sentencia. Ricardo, a quien no moviendo la codicia de un dote grande con una dama hermosa y entendida en tantos años de ausencia, al volver a verla, al mismo punto que supo que con tales finezas de amor había sentido el no saber dél, se confesó rendido; y lo que el interesse no pudo obligarle, obligó el amor, que es parto del entendimiento, y el poder que le vence es el mayor, pues es la mayor posesión del hombre el entendimiento.

Despedímonos del capitán de Belén, y en la misma nave de Burdeos pasamos a Lisboa, adonde solo tres días, en que se descargó al trigo, se detuvo Ricardo, que, dando cuenta a aquel caballero de su partida y agradeciéndole la merced que en su casa habían recibido él y Propercio, se fueron a embarcar, y el mayordomo y yo acompañándolos hasta la ribera, donde con lágrimas se apartaron de nosotros, dejándonos con mucha soledad. No lo sentí poco, que, aunque no era mucho el tiempo que nos habíamos tratado, eran tales sus prendas que me obligaban a reconocer la falta de su compañía. Intentaron llevarme a ver su patria, pero como tenía hecho voto de ir a Santiago, aunque lo deseé, no quise quebrantarle.

Gran cargo es el de un voto, con grande consideración conviene hacerse, aunque sea para salir de una galera y tiempo limitado, pues por este imposibilité de poder, en esta ocasión, pasar a Francia, que tanto deseé ver toda mi vida. ¡Cuánto mayor debe tenerse de entrar en una religión para hacer tres,<sup>529</sup> adonde se ha de vivir hasta la muerte, en obediencia, pobreza y castidad! ¡Dichoso aquel que con verdadero desengaño del mundo, sin otra pasión que le mueva, elige este camino para el cielo! ¡Y mil veces dichoso el que, no quebrantando sus preceptos, le logra! Pero infelicidad grandísima será, siendo la

---

<sup>528</sup> ‘recurrir’ en el ms.

<sup>529</sup> ‘Cuánta mayor consideración ha de tenerse...’.

religión —como en efecto lo es— el camino real para la gloria, por descuido del que llega a intentar, al cerrar de los ojos, hallarse en el infierno entre demonios aquel que pensaba hallarse entre ángeles; en compañía de condenados, quien enmaginó tenerla de los santos; en penas eternas, quien aspiraba a glorias perdurables, y, sobre todo, privado de aquel infinito bien incomprensible que es la visión beatífica de Dios, pena a que llaman de daño<sup>530</sup>; y además de esta, tener la de abrasarse sin jamás consumir cuerpo y alma, en fuego material, como el nuestro, y no espiritual, como la ignorancia de algunos ha querido.

¡Oh, desdicha intolerable!, ¡oh, miseria sin remedio, que de fuerza ha de sufrirse para siempre, para siempre! ¡Quién dejara de ser Guzmán de Alfarache para repetir siempre este «siempre»,<sup>531</sup> con que una vez sola reparase en enmendar la vida, moderando costumbres y haciendo penitencias de sus culpas para no expremmentar a tanta costa tales tormentos, en tantos años sidos y duración de tiempo, a que llaman «evo» por tener principio y no tener medio ni fin,<sup>532</sup> como las penas del infierno, en que no hay ejemplos con que compararlas, ni números con que comprenderlas! Ello es así; los santos lo dijeron, los teólogos lo predicán; unos y otros lo dejaron escrito y hoy lo escriben. Aunque Guzmán de Alfarache te lo diga, no lo desprecies, que a veces por humildes medios hace Dios cosas grandes; si das crédito a lo que predicán los ahorcados al pie de la horca, dámele a mí, que algunos pasos he dado hacia ella.<sup>533</sup>

¡Jesús sea conmigo, y qué terribles ponderaciones son estas para una vida tan anchurosa como la mía! ¡Tantas ofensas de Dios, tantas del prójimo, que unas a otras se atropellan! Cuando se me representa el infierno, en una profundidad hondísima que penetra hasta el punto más apartado de los cielos, más distante de la superficie de la tierra, y que estoy mirando perpendicularmente, colgado de un hilo sobre aquel boquerón de los abismos —en tal peligro está siempre la vida del hombre—, aquellos condenados, que

---

<sup>530</sup> Para la teología católica las penas del infierno se reducen a dos: la de sentido y la de daño. Mientras que la primera atormenta los sentidos y el cuerpo de los condenados, la pena de daño es la privación eterna de la visión beatífica y de la compañía de Dios.

<sup>531</sup> Tiene este «Siempre, siempre» resonancias a las primeras páginas de la Vida de santa Teresa de Jesús: «Con este hermano mío, concertábamos ir a tierra de moros pidiendo por amor de Dios que nos descabezasen; y parece que nos daba el señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecía el mayor embarazo. Espantábanos mucho el decir que pena y gloria era para siempre. Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto, y gustábamos de decir muchas veces: “para siempre, siempre, siempre”. En pronunciar esto mucho rato era el Señor servido me quedase en esta niñez impreso el camino de la verdad. Santa Teresa de Jesús, 1957, p. 55.

<sup>532</sup> *Evo*: voz poética que denomina un tiempo sin final.

<sup>533</sup> *Chirrión*: «Carro fuerte de dos ruedas cuyo eje gira con ellas» (*DLE*).

con la consideración veo abrasarse todos, dando voces, gemidos, quejas, saliéndoles por las bocas mil blasfemias, revueltas en vivas llamas de fuego;<sup>534</sup> y no bastándoles esta intolerable desventura, con variedad de tormentos, legiones innumerables de demonios lo están incesablemente atormentando. ¡Oh, Dios mío!, grande es vuestra misericordia, pues a vista del más peregrino espectáculo, de la visión más terrible, dejáis vivir a un hombre como yo, pendiente del sutilísimo hilo de la vida, que tan mal la ha pasado en ofensas vuestras, a costa de lo ajeno, que pródigamente despendía, ya en las galas, ya en las meriendas y banquetes, con los que tenía por amigos, ya en juegos, ya con damas; y por otra parte el juramiento, la venganza, el voto, la pendencia, el engaño, la murmuración y la mentira con que trataba a todos, ofendiéndolos a vos y al prójimo sin reparar en nada. ¡Bendito seáis vos, Rey de los reyes, pues con tantas misericordias dais tiempo al tiempo, para que un pobre gusanillo de la tierra le tenga de arrepentirse de lo que os ha ofendido para no condenarle a todas esas penas que tiene merecidas!

Yo te confieso que tengo por imposible el dejar de enmendarse el hombre que no es loco si estas consideraciones le ocurren muchas veces, y particularmente cuando intenta hacer alguna cosa mala. A aquellos que el amor de Dios no refrena en sus malos intentos, gran freno es el temor del infierno para no proseguirlos. Aquella eternidad de penas, aquel padecer infinito, aquella compañía horrenda, aquella queja perenne, aquella confusión de demonios, aquel incendio implacable, ¿cómo será posible que el que estas cosas cree no las tema? Pues, si el temor del mal basta para el malo ser bueno,<sup>535</sup> ¿qué hará el temor de ofender al sumo Bien en el bueno para no ser malo? No es la respuesta para Guzmán de Alfarache; dejémosla a los teólogos, que los buenos por su bien son buenos, y los malos por su mal son malos.

Pero con todo no dejaré de traerte ejemplar a que no podrás huirme de ningún modo, que la fuerza de la razón ata las manos al más valeroso entendimiento. Tienes una deuda,<sup>536</sup> tienes una hermana o tienes una hija a que quieres mucho, y ella te quiere con tanto extremo que ni ella de ti ni tú también della os apartáis un momento. Es precisa obligación tuya darle estado,<sup>537</sup> porque es forzosa heredera de todos tus bienes; su

---

<sup>534</sup> Remite este fuego al del infierno como simbología del tormento y la destrucción del pecador.

<sup>535</sup> Ejemplo de lo que se ha llamado el *don de temor de Dios*, primer paso del camino de la ascética: búsqueda de las buenas obras, al menos por temor a los infiernos.

<sup>536</sup> 'Una pariente'.

<sup>537</sup> 'Entregarla en matrimonio'.

hermosura es rara, su entendimiento peregrino, y en todo perfetísima;<sup>538</sup> no hay que dudar, que para dueño de tales prendas, para esposo de tal dama, queriéndola lo que la quieres, buscarías, si te fuere posible, el mayor rey del mundo; y dado el caso que le hallaste, también se ha de dar que, para que se efectúe este desposorio, has de hacer de tu parte todo lo posible en dar gusto aquel príncipe, por no perder con desagrado lo que has de alcanzar con finezas. Siendo tú entendido, no puedes faltar en esto un punto; así lo entiendo.

Llega hoy un criado suyo a tu casa y dícele que viene a avisarte de una cosa en que sabe que darás grande gusto a aquel príncipe; pregúntasle qué es, y te responde que ha entendido que N. te ha hecho un agravio, tocando mucho a tu honor, que la mayor lisonja que le puedes hacer será perdonárselo. Ponderada la honra que te resulta del desposorio de tu deuda, hermana o hija, con la que pierdes con aquel perdón, viene a ser tanto menos esta que aquella, que por tu comodidad propia dices a aquel mensajero que puede decir a su señor que por servirle perdonas con mucho gusto aquel agravio o aquella afrenta, si llegó a serlo.

Al otro día vuelve y te dice lo mismo de una deuda grande que te debe un hombre pobre, que por no poder pagarte le tienes preso en la cárcel, padeciendo<sup>539</sup> grandes miserias y trabajos, y haciendo la misma ponderación de las riquezas de aquel príncipe, con las del dote que pretendes darle, vienen a ser estos nada a respecto de aquellas; lleva el mismo despacho.

No tardó mucho tiempo que no viniese a verte; mucha era la gente que le acompañaba, pero todos ellos cojos, mancos, lacerados, tullidos, desnudos, hechos mil andrajos, cosa tan redícula en ocasiones tales, como lo fuera el demasiado lucimiento para después deslucir a sus señores. A vista de tanta y miserable turba, te suspendes cuando él te dice que todos aquellos son criados de su señor, y que aunque él podía sustentarlos mucho más fácilmente de lo que tú puedes, que te los envía para ver la fineza con que le amas en la estimación que haces de la más humilde gente de su casa. Aunque esto pareciera desprecio y hacer poco caso de ti, si tú reconocieras que aquel príncipe era persona verdaderísima y que primero faltaría todo que faltar su palabra, ¿quién puede poner duda que dejarías de comer primero que faltar el sustento a aquella pobre gente?

---

<sup>538</sup> 'Es su belleza única, así como su inteligencia, y en todo virtuosísima'.

<sup>539</sup> 'padeciendo' en el ms.

Pues, si con un príncipe o con un rey del mundo, por las comodidades de una deuda, de una hermana o de una hija que ha de heredar tus bienes, habías de hacer esto, ¿será cosa puesta en razón que, siendo tu alma única heredera de todos tus bienes, que son las virtudes de que usares en esta vida, para que con su esposo Cristo, Señor nuestro, logre en la otra aquellas infinitas eternidades de gloria, la tengas tan pobre dellas? Y siendo tan hermosa, tan manchada y fea por medio de tus culpas, por causa de tus pecados, que el mismo Criador que la crió, el mismo esposo que había de ser suyo, el que se puso en el árbol de la cruz por redemirla, sea el mismo juez que la condene —porque no perdonaste los agravios, las afrentas, las traiciones, las deudas, los hurtos, los testimonios, las muertes— a la muerte eterna y penas del infierno; de que Dios nos libre a todos los fieles cristianos, y nos dé por su grande misericordia en el último punto de la vida un arrepentimiento tan grande que merezcamos, en algún tiempo, ir a poseer los lugares más ínfimos de la gloria.

## CAPÍTULO II

### *En que se refieren algunos cuentos sucedidos en Portugal de que tuvo noticia Guzmán de Alfarache*

Digámoslo en portugués, pues en castellano no hay palabra con que realmente se declare el mal que padece la alma cuando se ausentan los que se aman: con grandes *saudades*<sup>540</sup> me dejaron Propercio y Ricardo; ellos se fueron y yo me quedé en Lisboa, el cuerpo digo, que el espíritu a Francia hacía su jornada. Que yo no soy saduceo<sup>541</sup> para negar el tenerle, ni tan grosero como ellos para desconocer sus operaciones, ni tampoco tan gran señor que no sienta la falta de mis amigos; aunque en la cátedra de la política destos tiempos comúnmente se lea esto por grandeza y valor del ánimo. Podrá serlo, si bien yo, como pícaro, no entienda estos grados de gloria que en este limbo político se atribuyen a los cuerpos humanos, como si fueran almas, adonde no llegan las pasiones después de devididas de aquellos a quien animaban.

A nadie aprobaré que las cosas de gusto o pena temporal sienta con demasiado afecto, ni que en uno o otro caso se hagan extremos, pero no quisiera que los hombres se estremasen de parecer hombres en esto. Muérenseme los padres, muérenseme los hermanos, muérenseme los hijos, muéreseme la mujer, los deudos, los parientes, los amigos, que a veces se estiman tanto como cualquier desotros, y no he de hacer demostración pública de sentimiento entrañable, porque no conviene a la grandeza de mi persona, a la severidad de mi ánimo, al puesto que ocupo, en las adversidades mostrar más de una cara a la fortuna.<sup>542</sup> No se puede negar que en ocasiones de guerras es cosa necesaria y valor grande, pues de lo contrario se pudiera seguir la pérdida de un buen

---

<sup>540</sup> El sentimiento enigmático de la *saudade*, por la que a menudo se ha definido el alma portuguesa, es inefable en su esencia más profunda. A diferencia de la nostalgia o la melancolía causadas por la ausencia de la persona o del lugar amados, la *saudade* es un sentir más puro y visceral que no requiere necesariamente objeto, y que es ajeno a la voluntad o la razón. Para Piñeiro, es de este rasgo de la interioridad de lo que está imbuida el alma galaico-portuguesa, de la misma forma que el misticismo inunda el alma castellana (Ramón PIÑEIRO, *Filosofía de la saudade*, Santiago, editorial Galaxia, 1984).

<sup>541</sup> Los saduceos negaban la inmortalidad del alma, así como cualquier premio o castigo después de la muerte.

<sup>542</sup> Si la voz del autor parece a menudo suplantar a la del pícaro, es este uno de los pasajes donde dicha intromisión resulta más clara. A las alturas de la vida en que escribía la novela, Félix Machado había sobrevivido ya a su mujer y a cinco de sus hijos.



suceso, la de una facción utilísima y a veces de una superior vitoria; pero en las de la paz sería defecto gravísimo, mengua intolerable, brutalidad indigna del hombre que es agradecido, rehusar el sentimiento que debe a la obligación que le oprime. Cristo, nuestro redentor, Dios y señor nuestro, para padecer por nosotros y para enseñarnos, vino al mundo; algunas veces lloró, así lo dice el Evangelio,<sup>543</sup> ¿cómo podrá condenarse el imitar a Cristo, siendo nuestro mayor bien el imitarle?

En reír y llorar se diferencian los hombres de los brutos, pasiones son estas solo del alma racional. Mira a cuánto ha llegado la caduquez y delirio de los tiempos, pues lo que teníamos en los pasados por definición de los hombres en este canonizamos por gravedad de entendidos; al fin, como no me tengo por tal, confesaré mi flaqueza, pues con no pocas lágrimas lloré la ausencia de mis amigos Propercio y Ricardo. Aquí vi qué inestables son los gustos desta vida, qué poca duración tienen las cosas della, qué presto se acaba todo, y la facilidad con que se desvanece. Mucha merced me hacía aquel caballero y su mayordomo, quedando allí por huésped todo el tiempo que en Lisboa me detuve; pero, con todo, mejor me hallaba con aquellos que con estos; y no por culpa suya, sino un no sé qué que no puedo entenderlo,<sup>544</sup> que hay menos de grados en la proximidad de castellanos y portugueses, que aunque unos y otros somos españoles, siempre nos miramos con recelo.<sup>545</sup>

¡Qué de cuentos graciosos, qué de sucesos ridículos, qué de chistes agudos y respuestas sutiles pudiera referir a este propósito para entretenerte un poco! No con poca lástima los dejo; la culpa tiene el tiempo; dejémoslo para otro más oportuno en que servirán de gracias los que en este podrán condenarse por malicias.

Grande trabajo tiene quien ha de ajustar las palabras a los tiempos, andando ellos mal ajustados a las palabras; que a veces son más los sentidos que se dan a cada una, que las letras de que se compone. Tan desenfrenada corre en esto la malicia de algunos, que, ni aun haciéndose un hombre de las comas, dejan de censurarle, con tan poca puntualidad en la conciencia como retruécanos en la lectura; y si esta fuera en morisco y de moros

---

<sup>543</sup> ‘Evangelio’ en el ms.

<sup>544</sup> Posible alusión a la insistente epífora «un no sé qué, un no sé qué», del poema *A lo divino*, de san Juan de la Cruz.

<sup>545</sup> A pesar de que la unión ibérica se había disuelto con la independencia de Portugal en 1640 (casi una década antes de la redacción de la obra), no definitiva hasta el Tratado de Lisboa en 1668, dan cuenta estas palabras del doble patriotismo del autor y de la permanente deuda en que se siente con la Corona española.

aquella, no pudiera obrar más su mala intención. Grande miseria es esta, y sería más grande si de los pícaros como yo se hiciesen escrutinios de anfibológicas atenciones, trayendo<sup>546</sup> para todos el corazón en las manos, y podrá muy bien ser que, metiendo cada uno la suya en su lado, no la saque más limpia al teatro del mundo.

A todas estas sinrazones está sujeto el que ha reducido la fortuna al estado de pícaro, que solo de bien tiene no tener envidiosos. Otros el tenerlos tienen por fortuna; nada los envidia, si no es en las ciencias, pues si a los más envidian las honras o riquezas desacostumbradas en quien las alcanza, si les falta cordura, como mil veces vemos, con trompetas y atabales pregonan sus defectos, con su salsa las comen, pues salen mal saladas a la plaza que atún añejo o salchichones de Italia.

Todo lo bueno se envidia y con emulación se posee; pero adonde ellas hacen más baterías,<sup>547</sup> después de las riquezas que habemos referido, es a los honores y a las ciencias. El pobre envidia aquello de que más necesita para pasar la vida; el que tiene riquezas con qué pasarla, las honras para que más le estimen; y el que tiene lo uno y lo otro, me parece que a este tocaba el envidiar las ciencias: y no es siempre así, por lo cual muchas veces llevo a ponderar que, siendo las ciencias lo más que debe estimarse en los hombres, ¿cuál será la razón porque se estiman menos? Sola una hallo que adelante referiré.

La envidia de cosas visibles tiene su entrada y puerta por la vista, y todos los que ven pueden tenerla, y aún no siendo racionales; como los perros, que, regalando a uno, el otro se deshace en rabiosa envidia que tiene de verle más valido. Esta envidia de los regalos, de las estimaciones, de los valimientos, es envidia en que cooperan los brutos con los racionales, y es muy baja envidia; no puede competir con la de las ciencias.

Otra envidia hay de los honores; esta es más noble; y así siempre los nobles incurren más en ella. No es vicio el tenerla si en perjuicio de tercero no se tiene, porque como proceden de la gracia del príncipe y puede hacerlas a todos lo que fuere su gusto, podemos desearlos sin que a nadie se quiten, y sin tener envidia de verlos en otros que no los merecían, que esto fuera en un príncipe aún mayor desgracia que al que los merece el no conseguirlos. Ni tampoco a esto camina mi reparo; vamos a la más noble de todas las envidias, que no puede ser vicio, sino grande virtud.

---

<sup>546</sup> ‘traendo’ en el ms.

<sup>547</sup> ‘Donde las envidias golpean con más fuerza...’.

Envidia generosa es la de las ciencias y virtudes; débesele alabanzas y no vituperios. Las virtudes y ciencias son dotes del alma; dadas Dios a quien quiere, como quiere y cuando quiere; como a Salomón dio ciencia infusa, a muchos santos sucedió lo mismo, y a los demás hombres —que no fue su gusto hacer este particular favor—, dio el libre albedrío y las potencias del alma: memoria, voluntad, entendimiento.<sup>548</sup> Con aquel podremos elegir lo que más nos conviene; que realmente, en cuanto al mundo, digo, es el saber, y aun para el cielo también encamina; y con estas, alcanzar las ciencias, que aunque adquiridas a costa de nuestro desvelo y trabajo, son dotes del alma. Veamos, pues, las causas de ser pocos los envidiosos de tan justa envidia.

Hombres hay a que pone la fortuna en tal estado, que no se les permite que tengan memoria, así de los agravios que reciben como de los que pierden, voluntad para recuperarlo ni entendimiento para sentir el verse despojados hasta de las potencias del alma, que solo Dios puede dar y quitarlas. Más cerca están estos, sin ellas, de volverse locos que de aprender las ciencias. ¡Váyanse a la casa de los orates!<sup>549</sup>

Otros hay también que, por flojedad suya, ni tienen memoria del beneficio que reciben ni voluntad propia para agradecerlo ni entendimiento para estimarlo. Cerradas tienen estos las puertas a las ciencias; no hay por dónde entrarles; que como, o no quieren o no pueden saber nada, ignorantes se quedan y de peor condición que esotros. ¡Al hospital con ellos, el de los incurables!

El tercer modo de personas que se incapacitan de continuar los estudios y, por falta de las ciencias, grandes tributos pagan a la inorancia, son unos que viviendo en el limbo, con los pies en el infierno, olvidados de las potencias del alma, solamente ejercitan el cuerpo. ¡Novena a san Antón Martín!<sup>550</sup>

En estas cosas, pues, vienen a parar las más de las personas que podían estudiar ciencias, y paran algunos de los que las estudian; y como esta parte de los hombres viene a ser la menor, y no tiene lugar la envidia sino de lo que se reconoce, esta es la causa de haber menos envidiosos de las ciencias que de las demás cosas. Siglos hubo en que esta envidia tocaba a muchos, porque no eran pocos los que trataban de las ciencias. Vémoslo

---

<sup>548</sup> Forman la memoria, la voluntad y el entendimiento la tríada del clásico esquema antropológico tomista.

<sup>549</sup> ‘Casa de locos’.

<sup>550</sup> El hospital de San Juan de Dios, fundado en 1552 por Antón Martín en la actual calle madrileña de Atocha, era conocido por atender especialmente a aquellos que padecían enfermedades venéreas. Refiere aquí el autor a aquellos que viven en pecado carnal, incapaces de adquirir conocimientos superiores.

por sus escritos, que no pudo borrar el tiempo, ni en este también en hombres de juicio la estimación de los que las alcanzan. Tesoros son del cielo que a todos deben estimarse; así lo hacía yo con Ricardo, que por verle en todo tan perito, y del mismo modo a su compañero Propercio, solo el serlo dellos tenía por mayor felicidad, que no la es pequeña tener conversación con entendidos; uno decía que era el quinto elemento para la vida humana.<sup>551</sup>

Reconociendo, pues, aquel caballero y su mayordomo mi justo sentimiento, para divertirme me mandaban entrar en una pieza de un cuarto, que con muchas y grandes curiosidades estaba gentilmente adornada. Perguntábame por otras de Italia. Era muy inclinado a la geografía, sin haber parte en el orbe que no tuviese en la memoria, y más particularmente las ciudades y villas de Italia, y tanto que me hizo creer que había estado en ellas. Todo esto puede el ejercicio de las letras en hombres curiosos, que alcanzan con leer en breve tiempo lo que otros no pudieran caminando mucho con grandes dispendios y no pocas calamidades.

Tenía muchos libros, para leer digo, y no para ornato, como sucede a muchos, que inorando sus títulos quieren que los juzguemos por muy vistos en ellos, teniéndolos en un rincón y no en la memoria, que comúnmente ocupan en cosas de menos utilidad. En diferentes ejercicios gastaba por sus turnos las horas del día y parte de la noche, no olvidándose de Dios, aunque seglar; que hay muchos que por serlo se juzgan más privilegiados de Él para no hacer demostraciones de verdaderos cristianos. Daba muchas limosnas a pobres que no querían parecerlo, y aun sin pedírselas buscaba ocasiones para hacerlas, como si no lo fuesen y no se avergonzasen de aceptarlas; conociendo que a muchos más (si son honrados) trae a miserable estado la vergüenza que la pobreza.

A los portugueses sucede esto más que a otra nación alguna; porque son raros los que llegan a confesar sus menguas. No dejaré de referir a este propósito lo que allí me contaron.

Supo un arzobispo de Lisboa que cierto caballero pasaba muchas necesidades en su casa; envíole por un capellán suyo ducientos ducados, diciendo que en un libro de

---

<sup>551</sup> A los cuatro elementos determinados por los filósofos presocráticos: agua, tierra, fuego y aire, se integra aquí el del trato humano en beneficio del conocimiento del mundo. «Mas como era el quinto elemento sin que los otros cuatro no pueden sustentarse, y la repugnancia los conserva, continuamente andaba solícito [...] favorecido de toda particular viveza mía, por faltarme letras; pues entonces no tenía otras que las algunas lenguas que aprendí en casa del cardenal mi señor». Alemán, 2012, p. 390.

memoria de su padre hallaba una en que se contenía deber a aquel caballero la misma cantidad, y que así se la enviaba.

—Grande memoria tiene el señor arzobispo de lo pasado —respondió él— y muy poca de lo presente. Dígale vuesa merced que yo estimo mucho la que se me hace su señoría, pero que la caridad bien ordenada ha de comenzar primero en los suyos que en los ajenos, y así yo hago servicio a vuesa merced deste dinero, pues es mío, para una sotana, porque la que trae no es a propósito para aparecer en presencia del señor arzobispo.

En toda parte del mundo, en lo antiguo, estaba más el pundonor en su punto. Algunos sucesos destos tengo leídos, y de otros noticia. El tiempo lo varía todo, y así hay muchos hoy que no esperan que les den, porque lo piden primero, no de limosna, sino de prestado, por desimular con esa capa los primeros impulsos de la vergüenza, si bien al tiempo de pagar se quitan la máscara con no hacerlo, teniendo también este término por una de las caballerías<sup>552</sup> más usadas deste siglo.

Vivía en una ciudad de aquel reino un hidalgo pobre de hacienda, si bien de pensamientos rico; con aspiraciones de caballero no tenía con qué sustentar un rocín para parecerlo. Eran los adornos de la primera pieza de su casa, en nuestros tiempos como en los antiguos, lanzas, adargas, escopetas, con algunos aderezos de jineta y brida,<sup>553</sup> pretales de cascabeles y campanillas;<sup>554</sup> y para toda esta recámara y aparato no tenía más que un criado solo y una mujer vieja, entre hechicera y alcagüeta. Estos se la gobernaban y desponían, de manera que todo el tiempo gastaba en filosofar caballerías, leer libros dellas y hacer versos, que es muy propio de hambrientos ejercitar las musas.<sup>555</sup> Hoy salía con un romance, mañana con una décima, al otro día con un soneto, más en alabanzas de Marte que de Cupido, que ni todos los portugueses son enamorados, aunque tengan esa openión.<sup>556</sup> Si admitiera el asunto repetirle algunas coplas tuyas, no dejaran de entertenerte un poco más que algunos cuentos de mi historia.

---

<sup>552</sup> *Caballerías*: empresas o acciones propias de caballeros.

<sup>553</sup> La jineta y la brida son diferentes tipos de corraje usados en equitación para sujetar la cabeza del caballo, ganando así la voluntad de este.

<sup>554</sup> *Petral*: «Correa o faja que, asida por ambos lados a la parte delantera de la silla de montar, ciñe y rodea el pecho de la cabalgadura» (*DLE*).

<sup>555</sup> Nótese las similitudes del hidalgo con el personaje cervantino.

<sup>556</sup> De nuevo se reitera la fama de galantes y enamoradizos de los portugueses.

Pertendía, pues, este remedo de caballeros —o caballero de remiendos, como hoy se ven muchos—, por la similitud y derivación de su apellido con los godos, venir dellos y, vistiendo pobre y raído, pisaba tieso y grave. El sombrero muy largo, falda corta, una rueda de molino por valona,<sup>557</sup> parecían baúles los cañutos;<sup>558</sup> zapato pontiagudo, dos hilos por bigotes, un clavo por barba. Andando en todo extraordinario, todos tenían que reparar en él; esto, que a cualquier otro le parecía mengua, juzgaba él por la mayor grandeza. Tanto ciega una presunción vana que hasta los oprobrios<sup>559</sup> atrebuye a respetos, teniendo sus caprichos por evidencias ciertas y por admiraciones los reparos ajenos.

No perdía punto la familia en apoyar con gran desvelo todo lo que ostentaba de grandezas y sobras en su casa. Al amanecer salía su criado por las calles mirando si de las ventanas habían echado los vecinos cascarones o plumas de diferentes aves o mariscos, y con desimulación pasaban luego todo enfrente de la suya, para los que por allí pasasen lo tuviesen por despojo de su aparador o cocina. No faltaba jamás el humo en ella, que adonde todo eran humos no podía faltarle. El capón, la gallina, el conejo, la perdiz de que llegase a ser dueño, primero de comerla pasaba muchas muestras, poniéndose al sereno en la plaza, para que, viéndola, todos reconociesen la abundancia de su fallida despensa.

¡Dichoso amo! Pues, siéndolo de dos criados solos y hambrientos, con tanta puntualidad y desvelo trataban de su reputación y crédito, cuando otros, teniendo muchos, no les faltando nada, pretenden solamente desacreditarlos. Tanta diferencia va de servir con esperanzas o sin ellas: aquellos en la fortuna de sus amos libran la suya; y estos en destruir los suyos, sus aumentos, porque es muy ordinario, cuando el interés y no el amor obliga a servir, pregonar menguas esperando sobras sin reparar que esto, que suele ser espuela a la liberalidad de los necios, sirve muchas veces de freno a la de los cuerdos, con que esterilizan el árbol de quien quisieron coger fruto antes de sazonarle. Dios libre a todos de querer adelantarse ninguno por este camino en el estado servil, que esto es el servir, por donde pocos llegan a ser hombres de importancia si topan con amos cuerdos; que, reconociendo la falsedad del envite, echando el resto en la bolsa como otros en la

---

<sup>557</sup> *Valona*: cuello grande muy utilizado en la época, que envolvía también los hombros y parte del pecho.

<sup>558</sup> ‘Sus botas’.

<sup>559</sup> ‘Oprobios’.

tabla, quedan con la ganancia de no dar a los ingratos lo que es bien guardarse para agradecidos.

¡Bendito sea Dios!, que, aunque he sido tan malo todo el tiempo que te he referido mi vida, en esta parte a nadie engañaba, la verdad decía a todos; si ellos no la querían entender no era culpa mía. Cuando me preguntaban: «¿Con quién estás, muchacho? ¿A quién sirves, Guzmanillo?», siempre era mi respuesta: «Estoy en servicio del señor N.». Si yo dijera: «Estoy en servitud»,<sup>560</sup> fuera muy grande engaño: entendiésemelos, como es bien que entiendan todos los caballeros, todos los señores y todas las personas que se sirven de otras que los desacreditan, que aquello no es estar en su servicio, sino a servicio suyo, y no pueden los señores tener mayores vicios que sufrir personas que los desacrediten.

Volvamos las nueces al cántaro. Vino de la India Oriental a Lisboa un hombre más rico de openión que de dineros. Era natural de la ciudad adonde mi buen caballero vivía. Allí estaba su casa; hacienda poca, y parientes muchos, si bien de corta esfera, entre oficiales y escuderos, a quien el tener y no tener baja o sube de ciudadanos a caballeros. Tenía un hija —doncella decían todos— con impulsos de monja, en lo aparente digo, que en los interiores no me meto. El dinero lo revuelve todo. Apenas llegó la nueva de la fingida riqueza a su madre, cuando la que hasta entonces estaba contenta con un hábito de beata, ya no había gala que la contentase. Vivía en los arrabales de la ciudad; pasáronse a la plaza, cerca de aquel hidalgo, que a vista de tantas galas no le pesó dello. Vino su padre dentro de pocos días, y entre las vesitas que tuvo, no fue él de los últimos. En fin, el trato y la vecindad, la openión, la riqueza, la moza que no era mala, todo dio motivo a tratarse el casamiento de los dos.

Pediola él a su padre. Usando, pues, el suegro de cautela —que hay muy pocos en quien no la haya—, dotó la hija en todos sus bienes para después de sus días, y de presente la mitad de los mobles, que no dejaban de ser lucidos, con algunas joyas y dinero que es lo que más luce. Hiciéronse las bodas con general aplauso; en breves días se fue gastando todo. Vendíanse las joyas, rompiéronse las galas, y como la familia contase ya de más número, por medio della comenzó a divulgarse que, de cosario a cosario,<sup>561</sup> el suegro y

---

<sup>560</sup> ‘En condición de siervo’.

<sup>561</sup> *Cosario*: encargado de transportar personas o cosas de un sitio a otro. El mismo Lope de Vega titularía una de sus comedias *De cosario a cosario*, para, como en este caso, querer significar ‘aquello que se pierde entre una cosa y otra de lo prometido o esperado’.

yerno se habían engañado. La renta no caía; alargábase el tiempo; el desengaño mostraba su hilaza; su trama, el embuste. Hallábase la novia sin sayo, el novio sin pelote,<sup>562</sup> y de dimes y diretes vinieron a pelotera muchas veces; tanto que, de común consentimiento, los dos se compusieron en encubrirse sus menguas porque no los tuviesen por menguados; que el necio saca a la plaza las faltas de su casa.

En esta conformidad vivieron algunos años, remitiendo su mayor fortuna a las supuestas riquezas indianas. Desto los desengañó el tiempo, como acostumbra hacer siempre con aquellos que en las muertes ajenas tienen librado las comodidades propias de su vida; porque, muriéndose los suegros dél y padres della, uno y otro quedaron desengañados, como te diré luego. Tomando, pues, las llaves de la casa él y su mujer, con prevención cuerda fueron solos ellos a reconocer lo que había en ella, y como en lo más oculto y retirado está siempre el blanco adonde tira la mayor codicia, esa los llevó a un camarín adonde no entraba nadie. Había en él algunos baúles, contadores y escritorios de charol,<sup>563</sup> muy vistosos, con mucho follaje de oro y madreperla; fueron acertando<sup>564</sup> las llaves, y con mayor acierto toparon en uno, en lugar de riquezas, este papel no pobre de consejos:

Hijos míos:

Esto que veis es todo lo que yo tenía, y casi todos los bienes del mundo son estos para los que, atesorándolos, no saben, en cuanto viven, desponderlos.<sup>565</sup> La openión me hizo rico de bienes de la fortuna, y como tal respetado; si fue engaño de los que me los han supuesto, no fue la culpa mía el admitirlo, que aquel es mayor necio que su propio crédito desvanece, y quien sus menguas publica, cuchillo de su fortuna. Del decir tomó el nombre la dicha; aquella tiene mayor de quien más bienes se dicen.

El que saca las riquezas a las plazas del mundo representa lo que tiene y no tiene lo que representa, pues siempre se deslizan, aun de las propias manos, cuanto más de las ajenas. Al que no puede enriqueceros no os hagáis pobres, ni al que puede deminuir lo que tenéis conviene haceros ricos. Si lo diéredes sin orden, de fuerza os faltará en la ocasión precisa; y si lo dais para tenerlo, en breves días lo perderéis todo; que es hoy tan evidente la ingratitud como dudoso el agradecimiento. Si dais al poderoso, piensa que se le debe

---

<sup>562</sup> *Pelote*: abrigo.

<sup>563</sup> 'del charón' en el ms.

<sup>564</sup> *Acertando*: probando.

<sup>565</sup> *Desponderlos*: gastarlos.



todo a su grandeza; si al que no le es, a la vuestra. Si lo prestáredes a este o a aquel, uno y otro tendréis por enemigos en llegando a pedir lo que habéis prestado. Solo al pobre que se contenta con poco es conviniencia el darle, aun para el mundo, digo; porque en él, lo poco que se da luce mucho, y lo mucho que se da al rico, nada. Aquel que, sin esperanza de premio humano lo recibe, lo agradece; y este, solo con sospechar la retrebuición, los desprecia.

Si para tener más casa y criados deseáis las riquezas, es engaño, que aquel es más bien servido que menos familia tiene. De los enemigos, los menos; y pues estos lo son no escusados, siendo los domésticos los más perjudiciales, cordura será siempre evitar mayor daño. En lo superfluo de las galas no pongáis vuestra felicidad, que aquel es más infelice que a costa ajena las trae. Si os juzgan caudal para poder traerlas, es la mayor gala el despreciarlas, y, no lo teniendo, la mayor locura traer las ajenas, pues no es proprio de la persona lo que de bolsa ajena sale.

Otros hay que para tres o cuatro platos más en la mesa desean ser más ricos, no advirtiendo que todo lo superfluo en las viandas disminuye la vida y la salud, que es la mayor riqueza; embaraza el discurso, ofusca los sentidos, perturba el entendimiento y, finalmente, hasta para el alma es malo todo lo que el cuerpo apetece y tiene por bueno, ya sea en las galas, ya en los manjares, ya en otras delicias y gustos que el dinero facelita y acarrea; a cuyo imperio todo lo profano se rinde, y casi todo lo del mundo se profana.

A vuestra ambición ofrece estos diamantes, estos robíes, estas perlas, estos tesoros,<sup>566</sup> quien todo lo del mundo tuviera por corto caudal para dejaros. No los despreciéis, pues sin envidia se poseen y sin cuidados se logran, que es la mayor felicidad del que llega a tenerlos. El cielo os guarde y aumente en todo para que en él tengáis el lugar que os deseo.

Vuestro padre N.

Miráronse los dos, marido y mujer, y estando un largo espacio sin saber responderse, interrumpió el silencio con suspiros él, y con lágrimas ella dijo:

—¿Quién tal pensará?

—Yo —respondió el marido—, que ha muchos años que sembrado tengo el fruto que cojo en este, si bien con diferente intención, pues entonces fue para engañar a todos, y ahora para desengañarme a mí.

---

<sup>566</sup> ‘Estos buenos consejos’.

Viendo, pues, ellos que a lo hecho no había remedio, usando de maduro consejo, después de examinado todo lo que tenían en el aposento, que en realidad era nada, volvieron a cerrar la puerta, muy alegres y contentos, a vista de su familia, que todos les estaban leyendo en las caras anuncios de un gran tesoro. Y para que más se certificasen, procuraron secretamente llenar de arena y piedras todos sus cofres y contadores, y de ahí a pocos días los mandaron pasar por los mismos criados de un aposento a otro, cerca de donde dormían. El peso de los cofres, el pesar dellos de ver que no le habían dado nada, habiendo heredado tanto, vino a causar entre todos una continua mormuración, con la cual los que hasta entonces habían sido buenos se volvieron malos.

Reconociendo los amos el poco amor con que les servían, llevando todo su moble se fueron a vivir a la aldea pensando que, en mudar de sitio mudarían de fortuna. Al revés les sucedió, porque como en ella hubiese más libertad, y siempre suele ser el ocio padre de los vicios, en breves días se le enamoraron dos criados de otras dos criadas que tenían. Sabíanlo todos; todos se hacían espaldas para que sus amos no lo supiesen.

Comenzó desde entonces una conformidad grande en la familia, siendo así que, antes desto, todos eran fiscales los unos de los otros. Mira lo que hace amor, que hasta los dueños de la casa juzgaban por muy buenos los mismos que pocos meses antes tenían por muy malos, y no haber más vida que la de la aldea. Alababan su quietud, sus comodidades, su descanso, hallándose dueños del tiempo, del cual en la ciudad eran esclavos, ya les sobraban horas a los que ni aun los momentos tenían por suyos. Como pájaros en jaulas —decían ellos— viven los ciudadanos, comiéndose y maltratándose los unos a los otros las acciones, la compostura, la carestía, la mormuración, la envidia, el recogimiento y el recato. Todo les molestaba en el poblado, hasta el aire que en el campo se respira tenían por grande felicidad, y por infelices los que de exhalaciones de ajenos estómagos se alimentaban.

Vanidad grande será el disputar esta materia, y grandísima el querer resolverla. A nadie se limita la fortuna en parte cierta, porque, si así fuera, todos la buscaran adonde la tuviesen por infalible. En las tierras más infecundas se hallan las más ricas minas y, a veces, las topan otros en las cortes y ciudades más populosas, si bien en ellas siempre sucede ser con daño de tercero, topando a veces unos lo que era de otros.

Dejemos los poblados, volvamos al campo, que, aunque en toda parte no falta un poco de mal camino, no va muy descaminado el que en la cultura de su tierra, sin

desterrarse a las ajenas, alimentando a su familia, trata de acrecentar su casa y, sin detrimento de tercero, procura por este modo su fortuna. Así lo hacía mi buen ciudadano y su mujer, con lo que comúnmente eran ya juzgados por muy ricos en la aldea los que en la ciudad no tenían más que la opinión de serlo; que, adonde a una pequeña luz no deslumbran otras, todos la perciben más clara.<sup>567</sup>

Multiplicaban su hacienda con grande mejora en sus alhajas, y con mayor regalo en su mesa aún eran servidos con mayor puntualidad, que esto de servirse un hombre de personas que sin cuidados ni emulación alguna logran sus amores, si no pareciera burdel su casa, para vivir con gusto no puede tener mayor dicha. La agilidad, el desvelo, el aliño, el cuidado con que estos sirven son grandes particularmente al amo que hace la vista gorda y, no flaqueando en la desconfianza —qué dirán o qué dejaron de decir—, se descuida de lo principal que es la honra de su casa; pero es grandísima la pensión<sup>568</sup> del que por un buen servicio sufre un gran desprecio. Con todo, no dirás: desta agua no beberás; lo que hoy no me sucede, mañana me acontece. Gran cosa es comer el buen bocado, dicen algunos, y este está en mano de tu criado; y, como te curas, duras. Estos interesillos lo varían todo en los que al honor los anteponen.

Como no se guardase nadie de mí cuando yo me hallaba en estado de pícaro, ¡qué de ejemplos destos llegaban a mi noticia! ¡Qué niñerías destas pudiera referirte! De muchos secretos somos dueños los pícaros y confesores. Casa conocí yo que pudiera serlo de Mahoma, que otros la tenían por una *sancta sanctorum*. Tal era la deste buen hidalgo; pero cuando él y su consorte se hallaban a su opinión y de todos en la mayor felicidad de su vida, por medio de sus criados, con trágicos sucesos lo trastornó todo la fortuna.

Entraba la Cuaresma, y con la incomodidad de la aldea para oír sermones y gastar el tiempo en otros santos ejercicios, tuvo la malicia dellos capa de virtud para obligar a que sus amos se pasasen a vivir a la ciudad hasta Pascua de Flores. Dispúsose la jornada que entrasen de noche para encubrir así mejor su poca autoridad. De molde les vino a los que deste modo la habían imaginado para tenerlo ellos de lograr con poco peligro una traición horrenda.

Llegaron a su casa que en la ciudad tenían a las diez de la noche, y apenas se habían entregado al sueño marido y mujer, cuando a puñaladas los dejaron muertos en la

---

<sup>567</sup> El tratado de Antonio de Guevara *Menosprecio de Corte y alabanza de aldea* (1539) sentaría las bases de lo que, a estas alturas del siglo XVII, era ya considerado como un lugar común de la prosa moral.

<sup>568</sup> *Pensión*: molestia.

cama y, volviendo a cerrar las puertas para que la vecindad imaginase que se habían vuelto, en dos rocines en que sus amos habían venido, con las dos criadas a la grupa,<sup>569</sup> se pasaron a la aldea.

Abriendo luego cofres, arcas, escritorios, para recoger todo lo que en su fantasía tenían supuesto, se hallaron sin dineros, sin joyas, sin riquezas, sin honra, sin amos y sin libertad para jamás vivir en su patria, obligados a mendigar las ajenas. En estas idas y vueltas se había gastado la noche sin saber deliberar lo que harían de sus personas, resolvieron por entonces quedarse allí hasta la que venía. Una maldad, una traición, un engaño siempre facilitan otros, y un percipicio otro mayor provoca. Tal sucedió a estos, que, echándose a dormir todos, los dos dellos que habían tenido menos culpa, por ser movidos de los otros a cooperar en el dilito, viéndose totalmente perdidos, la dificultad con que todos cuatro habían de pasar al Reino de Galicia, que distaba de allí algunas leguas de tierra asperísima, que, si el caso se divulgaba y fuesen en su alcance con facilidad podrían prenderlos, se resolvieron en matar a los otros. Y después de haberlo hecho se pasaron a Galicia, dejando por dos o cuatro cofres y escritorios, llenos de arena y tierra, la misma donde habían nacido. Y este es el premio de la codicia. Estos fines consiguen los que con engaños quieren acreditarse para que con mayor atención los traten aquellos que a la riqueza y no a la virtud se rinden y obedecen.

---

<sup>569</sup> *Grupa*: parte posterior del caballo y demás équidos.

### CAPÍTULO III

#### *Cuenta Guzmán de Alfarache algunas tentaciones que tuvo para el estado de pícaro en este de caballero, y cómo Dios le libró dellas*

Ya veo, curioso lector, que en el juicio de tu estimación me condenas los impulsos de bueno, siendo malo, y los primores de caballero habiendo sido pícaro, por hallar reprensiones de vicios con alabanzas de virtudes, adonde buscabas entretenidas sutilezas de mentiras, latrocinios y engaños de importancia. Mira: ni siempre los buenos fueron buenos ni los malos malos. Santos hubo que cayeron, y pecadores arrepentidos de sus caídas. No es oro todo lo que reluce; debajo de la mentira se halla muchas veces la verdad; con esta engañan unos, y con esotra desengañan otros. Truécanse las capas muchas veces sirviendo la verdad, si desnuda se dice de infamias; y el pícaro en lo aparente, de algunas virtudes en lo interior del alma. Mira tú bien las cosas y verás lo que digo. Veamos en mí el ejemplo.

¿No me tenías tú, y todos me tenían, y yo mismo también, por hijo de aquel mi padre levantisco? Y aun mi madre, que era la que de buena razón mejor lo podía saber, ¿no juzgaba que yo lo era? Pues, ¿quién descubrió la verdad deste engaño, sino mi padre, que fue quien le hizo; que, remordiéndole la conciencia a la hora de su muerte a dolerse de su sangre, me declaró por hijo? Tiempo para que todos los señores grandes guardan los descargos de sus almas, fiándose más de sus herederos, que a veces se la desean, que de sí mismos. Así, pues, siendo yo la misma mentira, por ser engendrado della, le cobré tal odio por lo que me ha costado, que así por esto como por andar al uso del tiempo,<sup>570</sup> en que la mayor parte de sus hijos no tratan más que de degenerar de sus padres, soy digno de que me perdones el error deste acierto en condenar las acciones de pícaro, aplaudiendo siempre las de caballero.

---

<sup>570</sup> Como ya se advierte en la nota 176, la expresión «andar al uso del tiempo» remite a una actitud típicamente picaresca, que pasa por aprovecharse irresponsablemente de lo que en el momento es provechoso sin atender a ulteriores consecuencias.

Líbrenos Dios de aquellos que, engreídos de las riquezas, con ostentaciones quieren parecerlo; que como no lo son por la sangre, piensan que, con tenerlas, lo tienen todo; y el que tiene poco, que no tiene nada. Son estos como los pavos, que, a cuatro regüeldos que recibieron de la fortuna,<sup>571</sup> lleno de aire el pecho, no se acordando de lo que sus padres pagaban, ya aquí, ya allí, dando muy hinchados una y otra vuelta, quieren que todos se los paguen; al mismo tiempo que los que reciben, o dejan de recibir dádivas, o beneficios de su mano, unos y otros la toman para desacreditarles, volviendo y revolviendo hasta la más olvidada sepultura sin dejar a sus mayores, si los tuvieron, hueso sano.

Había en mi patria un hombre de bien que, cargando para las Indias, vino a ser rico en pocos años; era de nacimiento humilde y no de soberbia condición. Todos le honraban en ocasiones públicas. Viniendo a tener hijos de mujer noble, y como fuesen criados en mejores pañales, parecíoles que della y dellos les venía el poder llanamente llamarse caballeros, queriendo entre los tales mostrar que lo eran. Mal sufre la emulación de entendidos parcialidad de necios, y vino esto a tanto que el lugar que habían dado al padre en algunas ocasiones, en cierta función se le negó a los hijos, en la cual, después de muchos dimes y diretes, viniendo unos y otros a las espadas, fueron las mayores heridas las de las lenguas: al fin, llamáronles judíos. Hubo pleito sobre el caso, que hay hombres tan necios que los que oyen veinte quieren que sepan ciento; peor les sucedió a estos, pues se probó que lo eran.<sup>572</sup> Tanto puede la soberbia que hasta sambenitos<sup>573</sup> pone en hijos de aquellos a quien la humildad se los había ocultado.

¡Bendito sea Dios!, que siempre pensé menos de mí de lo que era, y así entiendo que esta fue la causa de venir a ser más de lo que pensaba. ¡Téngame Él de su mano en no volver a la vida de pícaro!, porque tantas veces me veo con tan grandes impulsos de volver a ella, que me hago fuerza todo lo posible; y particularmente, cuando la ocasión me pone a cabe de paleta el buen suceso de un hurtillo considerable, me ha rendido a mi inclinación envejecida. ¡Alabado sea Dios y la ilustre sangre de mi buen padre!, porque a él y a ella debo la moderación de mi natural malo.

---

<sup>571</sup> *Regüeldo*: «Acción y efecto de eructar» (DLE).

<sup>572</sup> Fueron los Estatutos de limpieza de sangre un mecanismo jurídico por el que se expulsaba o condenaba a judíos y moriscos conversos, bajo sospecha de practicar sus religiones en vez de la católica.

<sup>573</sup> Era el sambenito prenda utilizada por los penitentes católicos para mostrar público arrepentimiento de sus actos. La Inquisición española también obligó a llevarlos a los herejes o judaizantes que el tribunal condenaba, como inequívoco signo de su infamia.

Ya te he referido cómo era muy rico aquel caballero en cuya casa yo asistía en Lisboa. Servíase de mucha y muy lucida plata; y cuando algunas veces bajaban a mi posada alguna della con los regalos que me enviaba a mí mismo, decía: «¡Ah, don Juan de Guzmán! ¿No te fuera mejor el ser solamente Guzmanillo de Alfarache, hijo de levantisco, que ser quien eres, para rehusar con obligaciones caballerosas los lances picarescos, que tantas veces te ofrece la fortuna y la ocasión sin asirla de la melena?»<sup>574</sup> ¡Mal haya quien te puso en tan altos chapines, para tropezar con plata sin levantarla en tus garras!».

Estos eran mis discursos, y lo que no obraba despierto por las obligaciones de caballero, por las de pícaro se me representaba en sueños muchas veces, y de manera que, aun después de haber despertado, sentía el hallarme sin ser dueño de lo que durmiendo tenía por mío.

Otras veces —como sucede al tahúr jugador si no halla con quien ejercitar su deseo, barajando naipes y repartiéndolos a sus imaginarios compañeros, jugar por sí y por ellos, sin que los mismos naipes del juego que cada uno tiene se vean unos a otros, como si no fuera un mismo sujeto el que los gobernaba todos—, me sucedía a mí también meter la mano en una de mis faldriqueras, y sacando lo que hallaba, meterlo en una de las otras, sin que la izquierda viese lo que la derecha hacía,<sup>575</sup> como si a ella misma se hiciera el robo, y no fuesen, la una y la otra, ambas de mi cuerpo. Dicen que otros hacen lo mismo en las navetas de sus escritorios, escondiendo los dineros que de unas sacaban en otras. Poca dicha tuve no topar tales amos, que yo me hiciera naveta por escusarles el trabajo. No dudo que sea así, pero como no soy de los codiciosos, que los atesoran, solo lo que me sucedió te cuento por verdadero, para que veas cuán malo es de domar un natural desenfrenado en vicios envejecido.

No te espantes de nada, que todo sucede a los hombres; y de mí menos debes espantarte, que aunque mentalmente había hecho profesión de caballero, era en el principio, no estaba cumplido el año del noviciado. Para no faltar a las obligaciones de

---

<sup>574</sup> Quevedo personifica la ocasión de manera perversa: [...]«detrás venia como fregona la ocasión, gallega de *coramvovis*, muy gótica de facciones, cabeza de contramoño, cholla bañada de calva de espejuelo, y en la cumbre de la frente un solo mechón en que apenas había pelo para un bigote». Quevedo, 1987, pp. 154-155.

<sup>575</sup> Obsérvese la alusión irónica al pasaje evangélico. «Al dar tú limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecho, para que tu limosna quede en lo oculto y tu padre, que ve lo que está oculto te lo pagará». (Mateo 6:1-4)

los tales, muchas veces me ponía a la ventana mirando los que pasaban, para tomar dellos lo que mejor me pareciese, porque, como en aquella grande ciudad dicen algunos que está la caballería más en su punto que en todo el reino, no quise perderle para acertar en ella, sin quedarme ninguno en el tintero. Larga relación pudiera hacerte, si me fuera posible referir todo lo que en ellos reparé, solo te digo que aquellas exageraciones grandes con que en Castilla encarecen un caballero, cuando por más calificarle, dicen: «N. es muy copetudo o muy estirado caballero»,<sup>576</sup> las vi en la mayor parte dellos tanto al pie de la letra, que creo que de los portugueses traen su derivación ellas.

Como era tan entendido aquel caballero adonde yo estaba, díjele mi sentir en razón desto, porque realmente toda la demasiada compostura es una afectación inútil. Respondiome que no me espantase de ver tan derechos y estirados los portugueses, porque, como en aquel reino tenían por costumbre los padres a los hijos, y los amos a los criados, cuando no procedían cuando era razón, decirles: «¡Callaos, pícaro (o patife, que viene a ser lo mismo), que yo os haré andar derecho!», se estiraban y enderezaban ellos tanto, porque nadie quisiese enderezarlos ni decir que andaban tuertos, como se usaba en los palacios de los príncipes, que no se ve ya cortesano sin corcova, ni corcova sino en los mayores cortesanos.

Allí vi también algunos caballeros mozos que iban por la iglesia con antojos,<sup>577</sup> y pensando yo que, por ser cortos de vista, usaban del remedio de los viejos, viéndolos después que no los traían en sus casas por no necesitar dellos, alabéselo mucho a aquel caballero, por entender yo que, como son tan entendidos los portugueses, usaban dellos en las ajenas por más modestia y ver menos que en las suyas, adonde es bien que se vea todo lo que pasa en ellas sin antojos. Díjeselo así, pero como los portugueses a nadie perdonan, me volvió él:

—No es lo que vuesa merced piensa, señor don Juan; esos caballeros tienen una enfermedad grande que llaman de obispar,<sup>578</sup> y esa les antecipa tanto la vejez, que todos son antojos de mitra.<sup>579</sup>

No quisiera mormurar de los portugueses, por más que ellos mormuren de todos; pero deseé de advertirles algunas cosillas destas, porque, recibiendo de mí este pequeño

---

<sup>576</sup> *Copetudo*: «Dicho de una persona que hace vanidad de su nacimiento o de otras circunstancias que la distinguen» (DLE).

<sup>577</sup> ‘Antejos’.

<sup>578</sup> *Obispar*: «Morirse y algunas veces se toma por perder alguna cosa que se tenía.» (Autoridades).

<sup>579</sup> *Mitra*: «Dignidad de arzobispo u obispo» (DLE).



beneficio, no pareciese ingrato a los agasajos que de muchos recibí en aquella ciudad; que verdaderamente en esta parte saben ser caballeros, haciendo muchas galanterías con los extraños que dellos llegan a valerse, y sin eso también. Ya si uno es discreto y entendido, es reclamo universal de todos ellos, o si trae la campanilla de algún apellido campanudo, como yo la llevaba en el de Guzmán, todo les parece poco para regalarle, y muchas veces, sin valerse dellos, se valen ellos de la ocasión para hacerlo con liberal mano y demostraciones generosas. Un chiste, un retruécano, una sentencia, un buen dicho, jamás entre ellos se pierden; todos allí son dichosos de los aplausos, o ya por lo sutil del ingenio, o ya por lo picante de la sustancia; en lo dulce de aquel y en la sal deste, recrean y deleitan sus claros entendimientos.

Háceme lástima el desperdicio de cosas tales entre algunos sujetos, tan moderados que les parece que se les dice en lengua estraña lo que en la suya no entienden. Más me lastiman otros, que, sin alcanzar lo que oyen,<sup>580</sup> aplauden lo que ignoran, y por no preguntarlo, rindiendo su discurso a quien se lo trueque en menudos,<sup>581</sup> dejan de entenderlo. Son estos almas del limbo como los niños de tierna edad, que juntos en buena conversación, sin nadie penetrar en lo que dicen, dan a entender que unos a otros se entienden con sus meneos y ademanes que hacen muy graciosos; ya ríen, ya lloran, ya se admiran, arqueando las cejas y frunciendo las bocas como que se espantan de los que les refiere, y cada uno dellos da a en[ten]der que se entiende, o se entienden ellos sin nosotros poder entenderlos.

Destas niñerías de niños grandes se hallan muy pocas entre los portugueses, y cuando llegan a hallarse en algunos, son muy pocos los que salen adonde puedan estrañárselas, que hasta en esto se saben entender los que menos se entienden. Un poquito de envidia, si es de cosas grandes, y alguna mormuracioncilla, si es con buena gracia, de gracia se les puede conceder, que no hay cosa tan perfecta en el mundo que no tenga sus defectos. Solo Dios es perfecto, todo lo demás tiene más o menos grados de perfición o imperficiones.

No se compone una monarquía, un reino, una república, una provincia, una ciudad, ni aun una casa particular, toda de buenos, porque eso fuera ser la tierra cielo; pero de abajo, en variar más la naturaleza se muestra más hermosa. Si todas las piedras

---

<sup>580</sup> ‘Sin entender lo que oyen’.

<sup>581</sup> ‘A quien se lo explique de forma simplificada en un lenguaje vulgar’.

del mundo fueran diamantes, muy corta fuera la estimación dellos; y con ser esta la piedra más perfecta y preciosa en calidades de hermosura, resplandor y dureza, sus defectos tiene de jasas,<sup>582</sup> cabellos, puntos y colores; y al fin, es veneno que mata. El robí, además de lo referido, tiene calcidonias,<sup>583</sup> la esmeralda sus yerbas y otras muchas cosas que las imperficionan y hacen de menosprecio, pero en la esfera de cualquier dellas se les da su debida estimación y valor; porque por más limpias que sean las pequeñas, de tantos más quilates pueden ser las grandes; que, aun no lo siendo, se estimen más que ellas por la grandeza solamente. Lo mismo sucede a aquellos a quien los reyes dan estos títulos, que cuantos más puntos tienen se hacen estimar menos. En una lámina de pequeñas figuras se desimula más la imperfición de la arte; y si en un lienzo grande las queréis hacer grandes, en él campear y se reconocen más los defectos dellas.

Dejemos lo pintado, volvamos a lo vivo de mi buena o mala vida, o pícara o caballerosa, que quiero contarte de mí una gran fineza, pues no tengo quien, para más acreditarla, pueda referirla. Cree lo que quisieres, que yo cuento la verdad como ha sucedido.

Estando yo en casa de aquel caballero, servíale una doncella de grande hermosura. Nada le pesaba de haber nacido ni a mí de verla, para alabar a Dios quiero decir; que intención mala Él sabe que no tuve. Como en casas tales acostumbran a andar algunas sabandijas,<sup>584</sup> para entretener a los señores dellas y darles gusto, que a veces con grande perjuicio de su reputación se vuelve en pesadumbres, había en esta una negrilla muy graciosa y bufona. Bajaba a mi aposento muchas veces, y en cierta ocasión que por no hallarme bueno me quedé en la cama, me trajo una bandeja con muchos dulces, diciendo que aquella dama hermosa me los enviaba, y pedía no lo dijese a nadie, que como los portugueses eran sospechosos,<sup>585</sup> no diese yo ocasión a malos pensamientos. Agradecíselos mucho y, por no quedar corto, le envié unos guantes y otras niñerías de poco precio, si bien de gusto.

La puerta que el demonio abriere, no hay candado que la cierre. Bajaba la negrilla más a menudo, ya con el cuento ya con el descuento, y al fin, o yo no la entendí bien sus razones, o que ella entendiese mal las mías, la muchacha lo enredó de manera que, sin

---

<sup>582</sup> *Jasas*: grietas y rebabas.

<sup>583</sup> 'Calcificaciones'.

<sup>584</sup> Al margen del reptil, «Por translación, significa la persona pequeña o despreciable, por su forma, acciones o estado.» (*Autoridades*).

<sup>585</sup> 'Suspícales'.

haber papeles ni plumas en el caso, tomó alas la tal doncella para venir a ser dueña a mi aposento,<sup>586</sup> desclavando dos puertas en una escalera de caracol que a él bajaba.

Era de noche, y traía una luz en la mano; para que la viese, debía ser, y cierto que podía excusarla, porque era tanta su hermosura que al mismo sol pudiera prestar luces. El abrir la última puerta, el llegar a mi cama, y el despertarme yo, todo fue uno, si bien tan mal despierto, que en sueños pensé ser lo que vía alguna angélica visión; pero en llegando a reconocerla bien, con grande pena del empeño en que me hallaban, la dije:

—¿Qué es esto, señora? ¿Por dónde habéis venido?

—Por esta escalera de caracol, marido mío —respondió ella.

«Bodas tenemos —dije yo entre mí—, y que, sin saberlo yo, se comienzan a tratar por caracoles. ¡Dios me libre de mal agüero!» Hice una cruz en el pecho; que viéndolo ella, me preguntó, con cariñoso ceño, si era demonio para hacerla cruces.<sup>587</sup>

Satisfícela muy de veras mientras daba mil vueltas al pensamiento, de qué manera podía evitar acción tan vil y alevosa, en una casa adonde, teniéndome todos por caballero, me estimaba tanto el señor della.

No puedo dejar de repetir muchas veces que es pensión gravísima la que tiene el hombre que Dios hizo caballero, si ha de cumplir con sus obligaciones. ¡Oh, cuántos en este lance perdieran los estribos y aun la silla, quedándose en pelo a vista de una hermosura singular, un entendimiento claro, un gracioso donaire, en diez y ocho años que podía tener esta dama! ¿Qué pecho varonil no pagara pechos a lo que esto puede?<sup>588</sup> ¿Qué fortaleza de ánimo dejaría de rendirse a las baterías de semejantes balas? ¿Quién dirá que aquel Guzmanillo de Alfarache que has leído es el que ahora lees? Más anda quien Dios ayuda que el que mucho madruga.<sup>589</sup> A lo que Él quiere nada es imposible; en la parábola de la viña nos lo enseña por su boca,<sup>590</sup> y así me inspiró que la dije estas razones:

—Señora mía, yo soy el más desdichado hombre que cubre el cielo, como pudiera mostraros a ser posible relatar enteramente el trágico discurso de mi vida. Fui mozo, usé de algunas libertades que aquella edad trae consigo, y pensando moderarlas con tomar estado de matrimonio, no fui en él menos persiguido de la adversa fortuna. Perdí mi

---

<sup>586</sup> Como Oriana en *Amadís de Gaula*, deja de ser doncella para ser dueña.

<sup>587</sup> Es bien conocido que, tanto exorcistas como personas en extremo devotas, se persignaban para espantar a los demonios.

<sup>588</sup> ‘Pagar pecho’: pechar, pagar..

<sup>589</sup> ‘Más vale a quien Dios ayuda, que al que mucho madruga’ (*Correas*).

<sup>590</sup> Mateo 20:1-16.

consorte; dejé mi patria por buscarla en la ajena; y viéndome en el mar en grandes aprietos y evidentes peligros, hice voto de ir al apóstol Santiago en romería, primero de volver al estado conyugal, que es él a[l] que más se inclina mi flaqueza.

»De la virtud desta casa y honesto proceder que en las personas della he reconocido, no puedo dudar que esta merced que me hacéis se encamina solamente a hacerme dueño de las excelentes prendas que con tan pródiga mano os dotó naturaleza, ni yo puedo creer menos de vuestro buen juicio. Y para lograr bien tan grande me habéis de permitir que primero de todo compla mi romería y voto, mientras vos alcanzáis licencia del señor a quien servís para hacerme tan dichoso que los merezca.

—Pues ¿cómo? —respondió Angélica (que de fuerza se había de llamar así esta hermosa dama) —. O la muchacha me ha engañado, o vos a ella; mucho más adelante pensaba yo que estaban nuestras bodas.

Al fin, después de muchas preguntas y respuestas en averiguación de la materia y verdad del caso, remitiolo a testigos. Y tirando por la punta de un bramante<sup>591</sup> que había traído por el caracol abajo para acertar el volverse —como en laberinto de Creta, pensé yo que era—,<sup>592</sup> cuando vi que, atado en una mano, cual si fuera perro de ciego, por él bajaba la negrilla, con un cofrecillo que puso en mi cama, y tras della su madre, otra esclava de casa que llamaban Esperanza, con un grande cestón encuerado, que apenas podía traerle.

«No viene en cueros la novia», dije en mi pecho, viendo que todo lo que en ellos traían eran joyas y piezas ricas de grande precio y valor, en que entraba todo lo bueno de aquel caballero. Considera a quién el demonio hacía el brindis para no hacer la razón, ¡qué envite este para no aceptarle, cuando yo era guzmanillo solamente! Por mi madre me decir<sup>593</sup> que mi abuela le había dicho que su más cierto padre le parecía ser un caballero de aquella grande casa de Medina Cidonia,<sup>594</sup> como lo referí en la primera parte de mi vida, no dejara yo pasar la mano sin tener y retener y echar la garra; no me embarazara a mí la caballería dudosa el logro tan cierto. Y no digo yo a aquel caballero con estarle tan obligado, sino al mismo rey diera yo jaque con tal dama.

---

<sup>591</sup> *Bramante*: «hilo gordo o cordel hecho de cáñamo» (*DLE*).

<sup>592</sup> Con la ayuda del hilo de Ariadna, encuentra Teseo la salida del laberinto cretense.

<sup>593</sup> Mantenemos esta construcción agramatical tal y como aparece en el ms.

<sup>594</sup> Son habituales en toda la literatura áurea los constantes elogios a la casa de Medina-Sidonia.

Como si estuviera a los pies de mi confesor, te diré la verdad pontualmente. Vencido estuve de aquella tentación diabólica, y así como Angélica me iba enseñando una y otra joya de tan grandes y hermosos diamantes y encendidos robíes, abrasábaseme y palpitaba el corazón. El alma se me iba tras todo, temblábanme las manos, titubiaba la lengua, ya arrepentido de haberla dicho de mi voto, y mucho más de que a mi noticia hubiese llegado quién fue mi verdadero padre. Dos veces fui a desdecirme, y muchas me vino al pensamiento si cuando mi madre escribió aquella carta, a la hora de su muerte, estaba en su perfecto juicio; si la habrían engañado, o si algún delirio en la enfermedad de que murió mi padre sería causa de hacer aquella declaración. En fin, yo me retuve.<sup>595</sup> Tanto puede la sangre buena al que la tiene, pues, estando resuelto en aceptar como pícaro lo que como caballero rehusaba, se me presentó que otra vez que me vía bogar el remo, el sentimiento con que llevaba aquella miserable vida sin más estimación que los otros de aquella esfera; y que, si teniéndome por pícaro, sentía tanto los trabajos y miserias, ¿cuál sería el sentimiento, siendo ya caballero, de verme en tal estado?

Esta consideración fue bastante, sin acordarme de la primera, que es la ofensa de Dios y del prójimo, y el llegar a murir en una horca, para resolverme en despreciar toda aquella riqueza, toda aquella hermosura, con la facilidad con que la esclava tenía dispuesto el ponernos a salvo, pasándonos a Galicia, en una barca de unos pescadores de Bayona, que al amanecer daba a vela. Ella lo hacía por verse a sí y a la hija libres, y fue quien fabricó todo este enredo, fingiendo las respuestas de mi parte; imaginando que, viéndome yo dueño de toda aquella riqueza, no dejaría de tejer la tela que ella había tramado.

Solo un santo Tomás pudiera hablar por mi boca el sermón que las hice, representando, por una parte, el peligro en que nos poníamos si acaso nos cogiesen con el hurto en las manos; el descrédito, la deshonor, la infamia, el murir ahorcados. Por la otra, [la] ingratitud que sería intentar yo caso semejante en casa adonde se me habían hecho tantas honras y favores; y pues ellas se habían criado en ella debajo del amparo de un señor tan benigno, cuánto más se le estrañaría una acción tan infame contra aquel caballero que, como padre, las trataba. Fue el tercero punto —y a mi ver el que hizo más al caso— cómo era posible poner a riesgo de un cautiverio un hermosura tan rara, pues

---

<sup>595</sup> A pesar de la férrea convicción del autor en la fuerza de la sangre, no debemos ignorar la ironía que esconden las vanas excusas de su héroe.

era muy contingente en una barca o pinaza<sup>596</sup> —como allá llaman a aquellas—, topando un bajel de turcos o moros, no poder resistirle; y en lugar de Bayona, desembarcar en Argel o otro puerto de África, adonde ni Angélica tendría libertad ni las esclavas tampoco, si no fuese por su grande hermosura llevar a ella por sultana al Gran Turco,<sup>597</sup> y a mí por testigo de mi mayor desdicha.

Mucho puede la fuerza de la razón, y como no hay cosa que más persuada a mudar una mujer de su intento que el mal logro de su belleza, cuadraron a Angélica tanto mis razones, que me dio mil gracias por el buen consejo que la había dado.

Iban ya a subir por la escalera, cuando en un patio<sup>598</sup> grande de la casa, adonde estaban aposentos de criados y ofecinas della, oímos grandes voces y ruido de espadas.

—¡Ladrones, ladrones! ¡Cierren las puertas de la calle! —decía su amo de una ventana, que caía al patio.

Apenas tal oí, cuando me encerré por de dentro. Las negras se pusieron blancas. Angélica parecía difunta, y yo me echaba ya por la ventana, como gato escaldado que el agua fría teme, acordándome de lo que me había sucedido con aquel buen arriero que me llevaba en mi primera perigrinación, y de la palizada que llevamos, trocándome por aquel paje que había robado a su amo.<sup>599</sup>

Pero como el buen consejo de la mujer es el primero, no despreciando el de Angélica, me volví a la cama, que ángel fue para mí en esta ocasión. Ella y las negras, subiendo la escalera con lo que habían traído, cerraron la puerta y se fueron a su aposento.

Al mismo punto llamó un paje a la mía, diciéndome que saliese, que andaban robando la casa unos ladrones. Abrile, díjome que tenían ya cogido un gallego con un grande lío de ropa, y que los demás se habían huido.

¡Hombre que tal dijiste! Gallego el ladrón y gallego el barquero que había de llevarnos. Esto es ropa de la esclava, me dijo el corazón. No sé cómo le tuve para vestirme, y saliendo al patio, le estaban preguntando los criados qué ropa era aquella. Respondió él que no sabía, que la mirasen; que un negro le había traído allí para llevar aquella y otra

---

<sup>596</sup> *Pinaza*: «Embarcación de remo y de velas, pequeña, estrecha y ligera, que se usó en la marina mercante» (DLE).

<sup>597</sup> El Gran Sultán o Gran Turco es una metonimia recurrente en toda nuestra literatura áurea que designa al temido Imperio turco, cuyos piratas, así como los del norte de África, solían atacar a los barcos españoles en busca de riquezas y esclavos.

<sup>598</sup> Aquí y más adelante, ‘pateo’ en el ms.

<sup>599</sup> Alemán, 2012, p.77.

de unos señores que allí vivían, que al amanecer se iban a embarcar en una barca de su amo para Galicia; que, por salir con ellos, viniera a dormir a aquel aposento adonde le habían hallado dormiendo.

Considera, pues, cuál yo estaría, oyendo estas demandas y respuestas; cuál podría ser mi aflicción, mi susto, mi desconsuelo, viendo que se manifestaba un caso tanto en mi descrédito, sin tener culpa alguna, estando inocente en el delito.

Como todo lo que pasaba abajo se oía arriba, y se gastase algún tiempo en estas conferencias, túvolo Angélica y las esclavas de tomar parecer en lo que harían, que fue este:

A la madre y la hija ató las manos atrás a dos columnas de la cama en que dormían, y con el bramante con que bajaron la escalera, las ató por las bocas al cogote, y de allí a las mismas columnas, de manera que aunque hablasen no se las entendiesen las razones. Y, cerrándolas, se fue a su aposento; y de una ventana que caía al patio daba voces:

—¡Ladrones, ladrones! ¡Acá están, acá están, suban arriba! ¡Apriesa, apriesa, que ya han muerto Esperanza y su hija!

Y mientras los criados iban subiendo, por una buharda que había en el tejado, tiraba ella pedazos de tejas, diciendo:

—¡Ya van al tejado, tómenle los pasos!

En fin, ella lo fingió de manera, y tales eran los gritos, voces, chillidos y rumor que hacía en el tejado, que me hizo creer que era verdad. Y algunos de los del patio decían:

—¡Por allí van, por acullá vuelven! —representándoseles en cada golpe que oían en las tejas otros tantos ladrones.

Como todos fueron subiendo, por acudir a los que más *dolía*, que eran las negras, tuvo lugar el gallego de desasirse. Daba voces el lacayo que le guardaba. Y yo, en el corazón: «No fueras tú gallego si no tomaras las de Villadiego». También le siguiera yo, que el buey suelto bien se lame,<sup>600</sup> sino fuera hacerme cómplice en el delito que yo mismo había reprobado. Fui subiendo las escaleras, con la demás bulla, para hacer el papel de ignorante en el caso de que había sido confesor. Llegando al aposento adonde estaba Angélica, la hallamos con un mortal parasismo,<sup>601</sup> fingiéndolo de suerte que me persuadí haber otros ladrones; pero por más que se lo preguntaban, a nada respondía.

---

<sup>600</sup> ‘El hombre que es libre bien puede hacer su voluntad’. Refrán también aplicado a las bondades de la soltería.

<sup>601</sup> ‘Paroxismo’.

En el aposento de las esclavas oíamos voces confusas, como cuando las dan los mudos, sin formar razones. La puerta estaba cerrada; no parecía<sup>602</sup> llave; fue menester romperla. Entramos dentro adonde vimos aquel espectáculo de las dos negras, como he referido, atadas a la cama, las bocas abiertas, babeando sangre, fuera las lenguas, deshechas en lágrimas, colgando los cuerpos, torcidos los brazos, y de manera todo, que a todos movieron a compasión grande; y a mí, a creer que no era fingido nada de lo que vía.

Desatándolas luego, quedaron como muertas, tendidas en la cama. Y reconociendo los demás aposentos, hallaron abierto el que servía de guardarropa; y en una sotea<sup>603</sup> arriba, el cofrecillo y cestón de las joyas, aún cerrados; con que se tuvo por infalible que las voces de Angélica habían sido causa de hacer dejar a los ladrones allí la presa. Pero tales eran los gritos de las otras criadas que estaban más adentro, que pensamos todos que aún con ellas estaban ellos.

Llegó su amo; hízolas que callasen. Y después de habérsele referido lo pasado, mientras él se vistía, mirando lo presente, tuvo por infalible lo que yo solo tuve por dudoso. Llamó a Angélica, que como si de un profundo sueño despertara, no sabía dar razón de las llaves del cofrecillo y cestón, que ella siempre guardaba. Buscándolas en una y otra parte vinieron a aparecer, como por descuido, en su faldriquera; y no con poco cuidado, abriéndolos, pues aquel caballero quedó con muy poco viendo que no faltaba cosa alguna. Aún andaban haciendo diligencias por coger los ladrones todos de la casa. Llamolos; y viniendo ellos, les dijo:

—Dejaldos ir, que harto mala noche se llevan los cuitados, de tejado a tejado, y yo me quedo con mis joyas reyendo dellos.

Desde aquel día hice propósito de no creer nada que de casos repentinos se me contase. Decía uno que había visto los ladrones; otro, que los sintiera andar por los tejados; aquel los había oído hablar, y los más afirmaban que era gente de pelo y traían guantes de ámbar, por el olor que el cestón tenía de haberle manoseado,<sup>604</sup> de manera que si no fue con el gusto, con todos los demás sentidos atestiguaron el delito.

Todo estaba ya sosegado, cuando, de las criadas de adentro, sale una dueña, que —¡Dueña había de ser ella!—, deshaciéndose en lágrimas, decía:

---

<sup>602</sup> ‘Aparecía’.

<sup>603</sup> ‘Azotea’.

<sup>604</sup> Ver nota 361.



—¡Sola yo fui la desdichada, sola yo nací sin ventura! ¡Para mí se inventaron las desdichas y se hicieron los trabajos! ¡Todo se halló, nada se ha perdido de lo que vuesa merced tenía —dijo a su amo—, y a mí sola, triste, no dejaron nada! ¡Toda la dote de mi hija me han llevado! ¡Pobre queda la triste huérfana sin padre! ¡Cuántos mares sulcó ¡Cuántos viajes hizo a la India, y tantos años para buscárselo y perderlo todo en una hora!

—Pues ¿cómo? —dijo su amo—. ¿Entraron adonde estábais?

—No, señor —respondió ella—, de la guardarropa fue el hurto. Angélica dirá cómo yo tenía allí seis bisallos de diamantes en una cajilla de charón<sup>605</sup> que mi marido deste último viaje trajo de la India. Todo se ha revuelto, y no parece;<sup>606</sup> que, como era pequeña, no fue de embarazo el llevarla.

En voz baja dijo Angélica a mis espaldas:

—¡Qué grande embuste!, ¡qué grande mentira!

Y a su amo:

—Es verdad, señor, todo lo que dice. Perdida queda, mucho la llevaron, en muchos ducados estimaba su marido los diamantes.

Y como si fuera verdadero el hurto que su embuste había fabricado, maldiciendo su vida y hora de su nacimiento, besaba la tierra, y puestos los ojos en el cielo pedía justicia sobre los ladrones.

Mucho vencen lágrimas en pechos generosos. Aquel caballero lo era mucho. Consoló la dueña con muy buenas palabras, diciéndola que no se afligiese, que Dios lo remediaría todo; y caso que no pareciese el hurto, él le daba palabra de casar a su hija.

Besole la mano, que el besar y rebesar no se olvida a las dueñas. Al punto se enjugaron las lágrimas, y quedó muy contenta; y yo, reparando que pues de aquel reino había salido la invención de las dueñas, que bien podrían las dél leer cátedra dueñuna<sup>607</sup> a todas las del mundo.

Fuimos saliendo todos, y quedándome yo el postrero, porque no me oyesen, dije a Angélica:

—A vuesa merced se debe el amparo desta huérfana.

Y me respondió ella:

---

<sup>605</sup> ‘Seis biseles de diamantes en una cajilla de charol’.

<sup>606</sup> ‘Aparece’.

<sup>607</sup> Este gracioso neologismo incide, una vez más, sobre los tópicos de las dueñas, sumándose aquí, además, el de mentirosas.

—De tan buen consejo como se me había dado, no podía dudarse que esto parase en bodas.

## CAPÍTULO IV

### *Sale Guzmán de Alfarache de Lisboa por no empeñarse en nuevas bodas. Embárcase en el Tajo. Cuenta lo que le sucedió con un religioso, confesor de Angélica*

¡Mucho desengaña la experiencia! ¡Cuántas horas antes estaba yo arrepentido de ser caballero y cuán a prisa me arrepentiera de dejar de serlo si a la ocasión cogía el copete! Forcé mi voluntad para vencerme, y Dios me premió luego con librarme. No hay dinero como ser caballero, ni hay riqueza como la nobleza. Viéndome, pues, libre de aquel trabajo que sin buscarle hallaba, dispuse el hacer mi viaje por no exprementar otros mayores.

El día siguiente, después de despedirme de aquel caballero y darle las gracias de la merced que me había hecho, y a su mayordomo, me fui a la ribera. Entreme en un barco en que otras personas iban a Santarém, villa que de Lisboa está a catorce leguas, siempre Tajo arriba. En cuanto con el impulso de la marea caminaba la barca, fuimos viendo muy lindas y hermosas casas de placer, a que llaman quintas, que de la parte del norte hacen frente a medio día. Iban los barqueros diciendo cuyas eran a los que no habían pasado por allí,<sup>608</sup> y contando algunos cuentos de los señores dellas, que yo no dejaba de oír con atención, así por lo picante como por lo gracioso, en que ellos hacen particular estudio para divertir<sup>609</sup> con aquella salsa el fastidio de la jornada.

Cuando se cuentan cosas de gusto, jamás falta un ignorante que las interrumpa, o un necio que las desprecie. Perturbaba mi atención un medio caballerote, destos de nueva emprenta, que en todos quieren ser más leídos no dejando leerse de nadie, destos que desprecian todo, porque entienden que todo lo saben, que no escuchan a ninguno pensando que pueden enseñar a todos; uno destos, pues, desde Lisboa vino siempre riñiendo a un semipaje que le acompañaba por lo que se le había olvidado para el camino, y adonde iba a parar era necesario; que el que más mete en la barca, mas saca. A todo

---

<sup>608</sup> Adviértase cómo el uso del posesivo *cuya* en la oración interrogativa indirecta hace que esta pueda conmutarse por ‘iban diciendo a quiénes pertenecían’.

<sup>609</sup> ‘devirtir’ en el ms.

callaba el pobre, que al buen callar llaman santo,<sup>610</sup> temiendo alguna palizada si por su desgracia sus respuestas no conformasen con el intento del amo, que era dar a entender que todas aquellas cosas que no traía quedaban en su casa. Los barqueros, por no perder la ocasión de sus cuentos y aquietar la pendencia, disculpaban al muchacho; con lo cual tomó alas para responder; y el amo el desastre para castigarle; como lo hiciera si no se lo atajaran.

Lllaman desastre allí a un cuerno puesto en un palo con que los barqueros recian las velas para coger más aire; en muchas partes hay destos desastres, pero en algunas con más aire, con que navega viento en popa la fortuna de aquellos que los tiene por donaire. Solo yo no logré estas relevantes dichas; a cuatro doblones más o menos se alargaba mi suerte; comido por servido era toda mi ganancia; oficio ni beneficio nunca le hubo en mi casa, tampoco en la de mi madre ni mi abuela, no faltando en ellas nunca de estos desastres. Pícaros hay que tienen ventura, y pícaros hay que no tienen ninguna. Hasta para esto es malo ser pícaro sin primero haber sido caballero. ¡Alabado sea Dios que me sacó de semejantes empeños!

Volvamos a la barca. Llegando a una quinta que está muy cerca de Lisboa, me dijeron los barqueros:

—Esta es la que llaman «del grillo». Fue de aquel conde del Redondo de quien hay grandes dichos en este reino, porque tuvo dicha, siendo entendido con los reyes de su tiempo, que no dejaban de serlo en aplaudirle todo lo que decía. Era gran cortesano, gastaba buen humor, entendía con todos y todos entendían con él; pero como no hay hombre perfecto en todo, tenía él una imperfición grande, que una pequeña falta no perdonaba a sus criados, con lo que hoy salían unos, mañana entraban otros, y particularmente era más ordinaria esta mudanza de escalera abajo, que siendo personas de pocas obligaciones pocos le sufrían; y él, a ningunos.

»Vino un lacayo para acomodarse con él. Gentil de cuerpo, de buenas razones, sabía leer y escrebir (cosa que en aquel tiempo algunos caballeros ignoraban, y aun en este se mormura de algunos). Contentándole mucho, le dijo que quedase.

»—“De muy buena voluntad —respondió él—; pero, señor, hanme dicho que vuesa señoría por cosas muy leves o pequeñas faltas despide a los criados, y para que yo

---

<sup>610</sup> ‘Al buen callar llaman Sancho, al bueno bueno, sancho Martínez (es de advertir que algunos nombres los tiene recibidos y calificados el vulgo en buena o mala parte y significación, por alguna semejanza que tienen con otros por los cuales se toman. Sancho por santo, sano y bueno’ (*Correas*).

no incurra en ellas y sepa lo que he de hacer, se servirá vuesa merced de que se me dé un papel, firmado de su mano, de todas las cosas en que le he de servir, sin que quede ninguna en olvido; que, como sé leer, las estudiaré de manera que no falte a mi obligación, ni vuesa merced quiera de mí más que las contenidas por escrito”.

»Pareció al conde justa la petición del lacayo, mandó que se le diese el papel como le pedía. Fue continuando en su servicio algunos meses, con tanta puntualidad y modo, que afirmaba no haber tenido mejor criado en su vida.

»Saliendo un día a caza, dividiéronse dél los que le acompañaban; pero este, por no faltar un punto de su obligación, le siguió siempre, hasta que, resbalando el caballo en un paso estrecho, se cayó, cogiendo una pierna al conde entre sí y el suelo, de manera que, cuanta más fuerza hacía el caballo para salir del aprieto, tanto más mal le trataba a él.

»Dio voces al lacayo que le socorriese; el cual, sin hacerlo, le dijo:

»—“Aguarde vuesa señoría, que estoy leyendo<sup>611</sup> el papel y no hallo que en caso semejante me obligue a que le socorra”.

»Con mucha paciencia le volvió el conde:

»—“¡Pues llama quien lo haga!”.

»—“Eso sí —respondió el lacayo—, que es obligación mía el hacerlo”.

»Llamó a los demás: sacáronle. Fuese a su casa, y pagándole el tiempo que le había servido, le dijo:

»—“Tomad lo que os debo por puntual que me habéis servido, y id en hora buena a buscar otro amo, que ni tan puntuales quiero mis criados”.

»Divulgose el cuento por toda la corte, y como los barqueros a nadie perdonamos, al pasar por aquí le daban ellos baya con muchas algazaras:<sup>612</sup>

»—“¡Ah, señor conde, aquí va un lacayo! ¡Venga el papel, añádale más puntos, para lo que puede sucederle, y no dispunte tanto de entendido, pues tal copla le hizo su lacayo!”.

»Al fin, todos sus cuentos salían al vejamen. Inquietáronle de manera que, por no oírlos, siendo la casa alta, la mandó bajar, dando por razón, a quien preguntaba la causa, que, por andar en ella un grillo que le inquietaba sin dejarle dormir, lo había hecho. De

---

<sup>611</sup> ‘leendo’ en el ms.

<sup>612</sup> Entiéndase ‘dar baya’ por hacer burla: ‘Se mofaban de él armando gran escándalo’.

aquí tomó esta quinta el nombre; y para con el vulgo lo perdió él de su título, llamándole después conde do Grillo.

Muy atento estuvo a este cuento aquel medio caballero, y bien echó de ver que el barquero había tomado motivo para contarle de la pendencia de su criado, el cual de cuando en cuando se sonreía; y, no desayudándole el barquero con otros, hubiera de dar principio a nueva pendencia si un fraile francisco que venía en la barca no barajara los naipes diciendo:

—Este caballero tiene mucha razón, y es muy bien que de pequeños tengan buena doctrina los criados, porque después, de hombres, sepan lo que han de hacer. Mucho se padece con ellos, y ni sus amos lo saben tan bien como los confesores, pues todo lo que dicen con la lengua y hacen con las manos llega a nuestros oídos y a nuestros pies cuando se confiesan. Muy bueno es no desimular nada, porque muchas veces sucede ser el perdón de pequeñas culpas en los mozos licencia de grandes delitos cuando hombres. ¡Ah, si los padres, si los amos, y todos los que tienen en pupilaje<sup>613</sup> gente moza supiesen lo que hay en esto, cómo no quedaría error sin castigo, ni descuido sin recuerdo! Véase en este caso, que poco tiempo ha me sucedió:

»Fui confesor de cierto caballero de muchas prendas y virtud rara. Fue casado y, durante el matrimonio, no faltó un punto a las obligaciones dél, ni con buenos ejemplos a su casa. Era su mujer una santa, si se puede decir así de los que la Iglesia no canoniza; y como siempre las cabezas son las que rigen los demás miembros, a ellas imitaba su familia. Todo en ella era virtud, y nada vicio. Muriéndose, pues, esta señora, quedó aquel caballero con tanto sentimiento de faltarle quien amaba tanto, que, por más conformarse con la voluntad de Dios y no renovar su dolor, envió a un convento, adonde tenía dos hijas, el retrato de la madre, como si más al vivo no quedase en el corazón del que bien ama. Las joyas y otras alhajas ricas de su casa entregó a una doncella que ellos habían criado, y otras cosas de que también tenía las llaves. Era moza noble y de mucha virtud. Toda era perfecta y muy entendida, la cara hermosa y hermosísima el alma.

»Adonde el demonio halla más virtudes, son más fuertes sus baterías; para hacerlas a esta doncella tomó por instrumento dos esclavas con deseo de verse libres. La dieron a entender que un forastero se quería casar con ella por su grande hermosura; que se huyesen con él, llevando aquellas joyas y todo lo más precioso de la casa. Pusiéronlo

---

<sup>613</sup> 'popilaje' en el ms.

en efecto hasta entregarle todo; pero tal debía de ser el hombre, si no fue ángel, que, en lugar de hacerse dueño de tanta hermosura y riquezas juntas, las predicó de manera y con tales razones que, dejándolas convencidas, volvieron todo a su amo sin que él supiese nada.

»Fuese luego a confesar conmigo esta doncella, mi hija de confesión, y con tal arrepentimiento que, entre lágrimas y sollozos, con mucha dificultad, pudo formar razones para acusarse desta culpa. Y reparando en el caso, no hallo más razón para intentarse que la benignidad y blandura de aquel caballero, su modestia, su trato, más para ser amado que temido; y adonde no hay temor, todos se atreven.

Cuando yo oí referir a un religioso docto el caso en que la noche antes había yo hecho el mejor papel, que por la confesión de Angélica él había sabido, reparé en el grande error que hacen los que por enmendar a unos apuntan lo que otros les han confesado;<sup>614</sup> que, aunque sea en lugares grandes o en partes remotas lo sucedido, como no es pequeña la malicia del hombre juntando partes,<sup>615</sup> se viene a revelar el secreto de la confesión; tan perjudicial, que muchas veces se ha visto matar unos las mujeres, otros las hermanas, y algunos sus hijas por casos tales. De la pequeña hormiga forma un gigante el celoso; y del aire, fantasmas la sospecha.

Si no temiera que, por verme aquel religioso en hábito de peregrino y, tratándome, me reconociese por hombre habiéndome tenido por ángel, dos veces fui para nombrarle a Angélica, para que una quedase advertido del daño que puede causar, aun a los mismos confesores, la desatención en estas materias. Pero no dejé de holgarme de ver cuánto correspondía la hermosura de la alma de Angélica a la del cuerpo. Confiésote, curioso lector, que hasta aquella hora no había reconocido en mi afecto pasión amorosa. Ni aquella hermosura tan peregrina, ni aquella gracia tan singular, ni aun tan extraordinaria gentileza, acompañado todo de un claro entendimiento, sirvieron a Cupido de saetas para rendir mi deseo. Aquí pudo el oír más que la vista, pues consiguió aquel, con la relación de la hermosura del alma, lo que esta no pudo teniendo presente la del cuerpo.

Dos cosas reconocí en esta ocasión, que hasta aquel punto no había expremetado. La primera, ¡cuánto más enamora cualquier luz, aun por tradición, de lo perfecto del alma,

---

<sup>614</sup> Como es bien sabido, el secreto de confesión, antes de ser desvelado, debía ser protegido con la vida. Con buen juicio Guzmán acusa al fraile de violarlo, temiendo que al final todo se sepa. Basta recordar el *Lazarillo de Tormes* para saber las consecuencias que pueden desatarse de infracción semejante.

<sup>615</sup> 'Atando cabos'.

que todas las gracias naturales del cuerpo más perfecto y más gentil presentes a la vista! La segunda, el efecto que hacen los aplausos, encomios<sup>616</sup> y alabanzas, cuando los oye aquel que por sus hechos le engrandecen; que, como yo era primerizo en semejantes partos, no dejaron de desvanecerme un poco las exageraciones con que el buen religioso ponderaba mi prudencia, mi consejo, mi cristiandad y mi buen celo.

Desvanecido me vía si no volviera atrás los pasos, recorriendo en la memoria lo que va de ayer<sup>617</sup> a hoy, en lo que has oído de mi vida. Así pensaba: «¡Qué engaños se padecen en el mundo! Si este fraile supiese lo que yo sé de mí, y ponderase en una balanza mis bienes y mis males, ¡qué diferente me pintara! ¡Con qué oprobrios pudiera dibujar mis defectos! ¡Con qué sombras escurecer las tinieblas de mis costumbres! ¿Adónde hallaría compás para medir el mal término de mis procedimientos? ¿Qué lienzo en que cupiesen mis bajezas? ¡Bendita sea la hora en que mi verdadero padre pasó desta vida! ¡Bendita la pluma con que me declaró por hijo! Y, sobre todo, ¡sea Dios bendito por permitir que yo llegase al estado de caballero, sin ser andante, saliendo del de pícaro andarejo!».<sup>618</sup>

Tales eran mis discursos mientras, navegando, fuimos a hacer noche a una villa que llaman la Allandra. El religioso y yo hicimos rancho aparte; cenamos juntos, y nos íbamos ya [a] acostar cuando se nos entró en nuestro aposento el muchacho de la barca llorando y maldiciendo su vida. Con gran pasión dijo al religioso:

—Mejores noches dé Dios a vuesa reverencia de lo que vuesa reverencia me ha dado esta.

—Pues ¿en qué, hijo? —respondió el fraile.

—En los buenos consejos —volvió el muchacho— que vuesa reverencia ha dado a mi amo; que, al hacer la cuenta de unas acedías<sup>619</sup> que comió, después de habérselas pagado a la huéspeda de muy mala voluntad, parecieronle caras, quedó echando retos y me dio muchos palos, porque le dije el cuento del negro, que, posando aquí una noche, después de haber comido un plato dellas, por saberle bien, pidió uno y otro, y como al hacer cuenta le hiciesen pagar cinco reales, llorolos mucho el pobre, y a todos los que topaba en las barcas que venían por el río les decía:

---

<sup>616</sup> ‘Incomios’ en el ms.

<sup>617</sup> ‘aier’ en el ms.

<sup>618</sup> *Andarejo*: término portugués que designa al caballo que camina mucho y rápido.

<sup>619</sup> *Acedía*: pez marino de forma parecida al lenguado.



»—“Se vos pasar por la Callandra, non comer pez de espina de peine, que saber bien, e costar cara”.

»Caro me costó el cuento, pues solo con referírselo y decir que me espantaba no haber llegado a su noticia, teniendo más edad de la que yo tenía, sin más ni más embistió comigo con un manojo de varas, que solo el demonio pudiera tener tan a mano, diciendo:

»—“¡Tomad, tomad, por que no sepáis tanto!”

»Cada “tomad” era un puntapié; cada “por que”, <sup>620</sup> un palo, y cada “tanto”, doce de a ocho en menudos del manojo de varas. Y si no me saliera del juego por una ventana, allí dejara el pellejo, siendo tan largo.

El fraile conocía al amo y trataba con buenas razones de apaciguar al muchacho; pero nada bastó, que, en cuanto hay duelo, no se admite consuelo.

—Por cierto —dijo el reli[gi]oso viendo que no podía reducirle—, o tú eres muy malo o tu amo dejó de ser bueno, porque yo le traté algún tiempo familiarmente y no conocí en él esta aspereza de condición que hoy le veo contigo, y me holgara mucho de saber la causa porque no te trata como trataba a los que de antes le servían.

—Pues, padre mío —respondió el muchacho—, eso no niego yo, porque la verdad no puede negarse. Ocho años ha que le sirvo, los dos primeros, bueno; los dos últimos malo; ahora es un demonio, y de antes era un ángel. Un poco de vanidad siempre la vi en él antes de ser fidalgo; pero después que vendió la quinta que tenía en Alvalade por dos mil ducados, que le costó la fidalguía ¡Dios nos libre dél! ¡No hay quien le sufra! Todos son pícaros, todos villanos, todos patifes,<sup>621</sup> y solo él es caballero, y quiere ser fidalgo por medio pliego de papel en que toda su fidalguía cupo, y no todo escrito, que más fueron los reales de [a] ocho que dio que las letras que tiene.<sup>622</sup> Y desde entonces me trata a mí y a una ama que tiene como si fuéramos esclavos.

»Pues cuando va a palacio o en casa de algún ministro y dice que aquí le dieron silla en primero lugar y que acullá se cubrió,<sup>623</sup> ensánchase en la que tiene, cala el sombrero. ¡Dios nos tenga de su mano! que el plato vuela de la mesa, del pie la chinela,

---

<sup>620</sup> Apréciase el sentido del *por que* causal.

<sup>621</sup> *Patife*: persona mentirosa y sin carácter.

<sup>622</sup> Una de las formas de obtener la hidalguía era acreditarse hombre culto, conocedor y practicante de las ciencias y las letras. El real de a ocho, también conocido como «peso duro» —nombre del que derivará la forma coloquial para denominar la moneda de cinco pesetas— era sinónimo de moneda fuerte y equivalía a ocho reales.

<sup>623</sup> ‘Acullá se puso el sombrero’.

y todo nos da en la cara. ¡Ave María, y qué cara fidalguía ha sido esta para sus criados, y no barata para él! Que, en cuanto hubo Alvalade, había más pan en casa, y más criados que le serviesen; hoy para dos que somos se compra de la mar hediondo y negro.<sup>624</sup> De antes se comía el mejor pescado, hoy sardinas y más sardinas, unos carapaucillos,<sup>625</sup> un poco de marisco. Todo es Cuaresma en su casa, todo el año ayuno. De antes un poco de bayeta servía a todos tiempos, como en chapitel las volutas,<sup>626</sup> pero hoy es tal la de sus cascos, que con andar a pata (de donde derivamos el nombre de patife) lo que de antes nos hacía, no le ha de faltar tafetán de verano, de invierno terciopelo; y quien le sirve, ¡tan pelado y desnudo como vuesa reverencia me ve a mí! Perdone Dios a quien inventó estas fidalguías como oficios vendibles, o estos embelecocos como suposiciones de moneda,<sup>627</sup> que más val[i]era para todos dejar a cada uno ser lo que era y, no intentando nadie ser lo que no había sido, todos vivieran contentos con su fortuna.<sup>628</sup>

»Mi tío, el sacristán de la Magdalena, que Dios perdone —que no tiene poco que perdonarle—, pues me dio tal amo, era muy entendido, como lo son los demás sacristanes porque entienden con muchos, y así medró tanto que de monacillo vino a ser sacristán —el cielo halla su alma—, decía que Dios, las buenas obras y el tiempo habían hecho los fidalgos antiguos, y que estos de ahora los hacían los reyes, la maña y la moneda; y que el ser Portugal tan corto había sido causa de poner estanque en las fidalguías para que los reyes dél tuviesen más en que hacer merced a sus vasallos, y ellos más necesidad de servirlos, para conservar unos lo que tenían por su sangre, y otros merecer, o con nuevos servicios de sus personas, o con los del dinero, que hoy más estiman estas fidalguías, empapeladas como ciruelas de Génova, que ocupa más el papel con que las dan que ellas mismas cuando las venden.

»Y así, padre mío, no hay para qué gastar tiempo en que vuelva al servicio de mi amo, porque de dos ha de ser una: o él ha de volver a vender la fidalguía, o yo he de buscar otro a quien sirva sin estos papelones, que me cuestan más caros que si yo volviera a embolsar el dinero que se dio por ellos. Que en palacio le manden cubrir los virreyes,

---

<sup>624</sup> El doblemente cocido *biscotto* —término del que procede nuestro actual *bizcocho*— era el pan que solía emplearse, casi como único alimento, para las travesías marinas, aunque ofrecía la ventaja de ser más duradero; era negro, más duro e insípido.

<sup>625</sup> ‘Chicharros’.

<sup>626</sup> ‘Valetas’ en el ms.

<sup>627</sup> ‘Como apariencia de riqueza’.

<sup>628</sup> Abierta crítica a la hipocresía en la “compra” de hidalguías —cada vez más común en la época—, y exhortación a la conformidad para con lo que uno posee.

que los ministros le den la mejor silla, ¡vaya en hora buena! Pero que yo, descalzo y desnudo, le sirva ayunando por su locura, y los vecinos, que no le deben nada, le paguemos todos con nuevas cortesías lo que esotros han recebido en antigua moneda, ¡vaya en hora mala!

»Lo que hay en sus casamientos, Barrabás se lo sufra. De antes, con tener hacienda, no le parecía mal una Mari González, una Isabel Díez y otras de apellidos adocenados. Del papelón acá, si no son mis señoras doña Juana de Meneses, doña Catalina de Sosa, [doña] Isabel de Portugal, doña Antonia de Noroña, doña Luisa de Lancastro, doña Costanza de Melo, doña Francisca de Silva, y otras doñas fulanas y citanas, de los demás apellidos que vuesa reverencia conoce desta primera clase. ¡Dios nos libre ya quien tal le proponga!, porque antes tomará una destas sin camisa, no teniendo él más que la que trae y otra que remuda, que ninguna desotras por más dote que traiga, como si él fuese camaleón que del aire de su fidalguía hubiese de sustentar los desaires de una gran señora, puesta en necesidades y miserias grandes.

»Cuando algunas de las que él quiere, o por no tener dote o por desear casarse, admiten la plática, es mucho para ver los informes que hace, las motas que les espulga. No tienen cuenta los defectos que halla a cualquiera que sea. Esta que mira bizco, que le dará mal de ojo. Esotra, hacia fuera; que, mirándole a él con un ojo, puede mirar al mismo tiempo con el otro al que se la galanteare, sin echar de verse adónde hace el tiro. Aquella, que es muy coja, que poniéndose en uno o en el otro pie no podrá reconocerla entre otras, o ya por enana o ya por gigante. La que no, es picotera,<sup>629</sup> que está ya en el limbo, y le tendrá a él en el purgatorio. La manca, que no hará nada en su casa; y la sana, que la revolverá toda. La desaliñada, que no hay [que] revolverla de un lugar, y la de mucho aliño, todos la mirarán por no parar en ninguno. Que la de malos dientes siempre está fruncida, y es menester un garabato para sacarle las palabras, que es mejor para estatua de jardín que para mujer de un caballero. La que los tiene buenos, que no cierra la boca para que se los vean, y que con mucho hablar podrá desvanecerle. Si se embelesa, como muchas, que harán las moscas en su boca lo que las abejas en sus corchos. La de grandes narices, que lo olerá todo; que si es roma, la hiede mal el aliento. Que la que oye poco, nada se le dice en secreto; y la que mucho, que le será forzoso salirse de casa para hablar en aquello que quisiere ocultarle.

---

<sup>629</sup> *Picotera*: «Que habla mucho y sin sustancia ni razón, o dice lo que debía callar» (*DLE*).

»Las que comen bien dice que están sujetas a una [a]poplejía. Las que poco, a una ética o tísica, males contagiosos, que podrán pegársele. Si es liberal, que le pondrá en más pobreza; y si miserable, en más hambre. Que si es ambiciosa, que admitirá quien la dé a ella y a él le quite la honra de la fidalguía, que tan cara le ha costado. La que tiene muchas migas,<sup>630</sup> que es malo, pues ni siempre todas pueden ser buenas; y la que pocas, que no lo será ella. Si es muchacha, que no sabrá mandar nada; y si mujer mayor, lo querrá mandar todo, no dejándole esta dormir con su desvelo, ni aquella que repose con su pereza. Solo las entendidas dice que le agradan, si supiesen serlo en no querer jugar con sus maridos [a] los batanes, mandándolos a zapatazos.<sup>631</sup>

»Mire vuesa reverencia, si esto pasa con las mujeres que aún no tiene de puertas adentro de su casa, qué será con un pobre mozo que quiere que le sirva sin perder punto en nada, teniendo él más puntos que estas medias que traigo. Pues, lo que padece la pobre ama, fuera un cuento infinito el contarlo. Es muy buena mujer, medio beata, a que llaman tercera,<sup>632</sup> y sobre que ella lo sea de sus amores, la quiere dar a entender que todo va a buen fin encaminado. Como las deste hábito tienen más entrada que muchachos como yo, con ella comonica sus secretos muy de ordinario, y la pide que encomiende a Dios el logro de su deseo. Ella huele el poste,<sup>633</sup> porque, por una parte, repara en su desvanecimiento y que mujer ninguna le contenta de cuantas le proponen; por otra, que las casas adonde la envía son de mujercillas muy ordinarias y de mal trato. Es muy escrupulosa y todo me revela, como si yo fuese confesor suyo.

»Habíala él dicho que una casa de estas mujeres que más a menudo frecuentaba era de gran virtud, y que la doña della tenía una prima en servicio de cierto caballero, con cuya hija intentaba casarse, y a este título, por no fiarlo de mí, la enviaba por ella algunos regalos. Para disfarzar más el embuste, la tal dama, llevándola un cestillo de melacotones, que eran los primeros de aquel año, la pidió que de su parte los fuese a presentar a aquella deuda suya; hízolo, y la otra lo festejó mucho, diciéndola que sin tocarlos los pondría en manos de su señora, que era la hija de aquel caballero quien servía. Con esto volvió a casa el ama muy contenta; pareciéndola que el casamiento se encaminaba bien y ser verdad lo

---

<sup>630</sup> ‘Amigas’.

<sup>631</sup> *Batán*: «Juego entre dos o más personas que, intercambiando golpes con una zapatilla, imitaba el sonido y ritmo de un batán» (*DLE*).

<sup>632</sup> Era la beata otra de las variantes de las dueñas.

<sup>633</sup> Ver nota 321.

que mi amo la había dicho, no escrupuleó más en llevar los regalos y papeles que él le daba.

»Como la pobre mujer es buena y sin malicia, sucedió, pues, que, yendo con uno en casa de aquella dama y diciéndola su criada que estaba en casa de su prima, por no volverse sin respuesta, se fue hallá. Halló el jardín abierto, entrando en él iba cogiendo flores, a tiempo que la hija de aquel caballero, con dos criadas, venía a recrearse, y como la viesan en aquel hábito, perguntáronla si era para algún oratorio o imagen de devoción lo que cogía. Respondió ella que era para un santo de que era muy devota, y por aquí fue encadenando sus boberías; de que reyéndose ellas, las dijo:

»—“Pues, por cierto, que si viniera con vuestas mercedes N. (nombrándole la criada a quien había llevado los melacotones), no se reyeran tanto de mí”.

»—“¡Qué bien me conoce! —dijo la señora—, pues, estando conmigo, dice que si yo estuviera aquí, no nos reyeramos della”.

»Como la buena vieja no la había visto más que una vez sola, y esa en un aposento oscuro, pensando ser la otra, la dijo:

»—“Pues, señora, tome vuesa merced este papel que traigo para su prima, que por decirme su criada que estaba acá, vengo a traérsele”.

»—“Lo mismo es darme a mí que a ella —respondió la hija de aquel caballero—, porque entre las dos no hay secreto oculto”.

»Y tomándoselo de la mano, con curiosidad, le abrió para ver si los conceptos dél igualaban a los de quien le traía.

»Estaba su padre desta señora viendo la burla de una ventana y, pensando ser otra cosa, mandó cerrar por de fuera la puerta del jardín, y a su hija que subiese arriba. Perguntola qué papel era el que leía; contole la verdad, dándoselo en su mano, y como en casos tales nunca son bien creídas, viendo que era de amores menos, mandó moler a palos la pobre ama, de manera que, volviendo a nuestra casa, más de tres semanas no se volvió de un lado. Sangrose cuatro veces, y aún hoy está tal que anda en dos muletas; llorando su pecado por una parte; por otra, las pesadumbres que mi amo la dice sobre entregar la carta a quien no la enviaba; vive con gran desconsuelo. Pero lo que él más siente fue que, como aquel caballero se enterase de la verdad y volviese a leer el papel, hallolo de tan buen gusto que, divulgándole a muchos, pocos hay que en Lisboa no tengan copias dél, estudiándole algunos como el *paternoster* o otra oración de la cartilla.

»Pero aquel a quien persigue la desdicha tropieza en lo más llano. Tal me sucedió a mí en este caso, que, viniéndome a ver otro muchacho conocido mío, como yo hago letra razonable, me pidió le copiase aquella carta; por hallarla de gusto me quedé con copia. Viniendo a ver a mi amo unos amigos suyos, moviose la plática della, solemnizando mucho sus disparates, a que añadían todos y ninguno quitaba. Les dije yo:

»—“La misma carta sacaré a vuestras mercedes de lo que varían, que aquí hay copia della”.

»—“¡Venga, venga! —dijeron ellos.

»Díselas, y tales eran sus razones:

Señora mía:

Después que me aparté desos dos soles, en cuyos rayos hasta los etíopes se abrasan, estoy hecho un yelo. Las noches me parecen días, las horas momentos. Tal es el afecto de vuestro amor en cuya presencia, como a Josué, se alarga el tiempo y para el sol, de que es buen testigo el relox del Carmen; el cual, después que de vos me aparté, dio las seis siendo mediodía, como si fuera en Italia. Seis mil años viváis con las felicidades que os desean los que bien os quieren, pues hasta los relojes hacen por vos sus desconciertos, y para hacerme otros tantos dichoso en vuestra ausencia, y todos me parecen pocos para el logro de mis deseos, que siempre os traen en las niñas; poco dije, pues en las viejas de mis ojos andáis siempre retratada. En lugar de los guantes que me pedís de Italia, van esos de Roma, que por ser de más lejos los estiman más. Para remedio de todos os guarde Dios.

De mi posada

Menor galán vuestro y humilde siervo

»Esto contenía la carta. Y como ellos eran de buen gusto, comenzaron a apretar con mi amo, diciendo que en las razones della conocían ser suya, y que el tenerla yo se lo aseguraba y haber perdido los colores. Él lo negó siempre; pero fue de manera que, si yo bien reparara, reconociera lo que había en ello. Yéndose ellos, quedó mi amo suspenso, y como no escribe carta sin hacer borrón della, debía figurársele que yo se lo copiaría.

»Cenó con poco gusto; y al tiempo que para acostarme yo me desnudaba, se entró en mi aposento, y con unas disciplinas, sin ser Semana Santa, me hizo penitente de su culpa. Diciéndole yo por qué me trataba de aquella manera, me respondía:

»—“Por que no seáis juez de mis conceptos”.

»Hasta que, entendiendo ser suya la carta, le mostré la copia de donde la había sacado. Conoció la letra y desengañose. Yo me quedé quejando de mis azotes; y él, para consolarme me dijo:

»—“¡Callad, callad! Poco habéis perdido, con ganancia quedáis; que en otra ocasión se descontarán estos”.

»Este es mi amo. Si él quisiere que le vuelva a servir, venda la fidalguía. Y vuesa reverencia quédese en hora buena, que a Lisboa me voy, y allá nos veremos.

Fuese el muchacho, y como yo no sabía de aquellas fidalguías, pedí al religioso que me lo dijese, por ver si a mi nuevo estado de caballería era necesario algún pasaporte de aquellos, para que sin embarazo hiciese mis jornadas por todo aquel reino.

Él se me reyó mucho diciendo:

—Por cierto, que tiene vuesa merced mucha razón de llamar pasaportes a estos fueros de fidalgos, pues no fueron más que querer los reyes deste reino habilitar las personas a quien los dieron para tener, conforme a ellos, más o menos entrada en palacio y diferentes lugares en actos públicos con mejor tratamiento de sus ministros. Y para endulzar esta ley, que para la antigua nobleza no dejó de ser agria, señalaron a cada uno ciertos maravedís al mes y cebada para su caballo más o menos cantidad, conforme se declarase en los fueros que a cada uno se daban; pero que solamente lo cobrasen los que sirviesen al rey y los que asistiesen a la corte.

»Este pequeño interés de los que asistían en ella los hizo abrazar ley tan dura, pero la verdad es que el que tiene la sangre más o menos ilustre o noble por sus abuelos, el foro o pasaporte ni se la pone ni se la quita, ni tampoco puede mejorar la de aquellos que, siendo humildes por ella, vinieron a alcanzar estos fueros por que vuesa merced me pregunta.

## CAPÍTULO V

### *Refiere Guzmán de Alfarache la pesadilla y sueño que en la villa de Allandra tuvo esta misma noche*

Eran ya las doce de la noche, y como la pasada había dormido poco con el susto de los ladrones, acosteme con sueño y no poco desvelo con las relaciones que me habían hecho de las fidalguías que te he referido. Diome una pesadilla tan grande, que me estaba muriendo; privome del aliento. Tenía el mundo a cuestras, sin poder revolverme, y al fin era mi sueño que él daba una vuelta con un grande terremoto, y que todas las cosas quedaban al revés. Los hombres y mujeres, a gatas como los brutos;<sup>634</sup> y estos, como los hombres, vestidos con sus ropas; y desnudos ellos. Las aves, caída la pluma, sin poder volar, andaban arrastrando como las culebras; y estas con otras sabandijas, por los árboles. Los perros y los gatos con otros animalejos semejantes, muy emplumados aleando para volar adonde se les antojaba. La misma confusión había en la mar, sus pescados y monstruos marinos, que dejo de referir por no cansarte con la patarata <sup>635</sup>de una pesadilla.<sup>636</sup>

Pero, volviendo a tierra, hice más reparo en los osos, monos y micos, que destos solos andaba cada uno a su voluntad, o ya como los hombres, o ya como los brutos. Envidieles mucho su dicha en trabajo tan común de los racionales. Todos los brutos se me representaron, y solo los leones y las zorras me hicieron lástima, viendo tan ultrajado el real poder de aquellos y tan desvanecida la industriosa maña desotras; porque aunque todos vestían lo más rico y precioso, que con poder ellos y con maña ellas, habían sacado del espolio del hombre, como las colas de los leones eran tan largas, yendo los demás animales, conforme a la grandeza de cada uno, más cerca o más lejos acompañándolos como a reyes suyos, ya con la herradura este, ya con las uñas aquel, le pisaban las colas de manera que no podían libremente dar un paso; y cuanto más iban a desasirse, más los

---

<sup>634</sup> ‘Como las bestias’.

<sup>635</sup> *Patarata*: cosa ridícula y despreciable (*DLE*).

<sup>636</sup> Tiene esta pesadilla animalística mucho de lucianesco, y conecta, además, a algunos de los autores que con más deleite debió de leer Machado; de *Los sueños* de Quevedo al cervantino *Coloquio de los perros*.



embarazaba el grave peso de las bordaduras, telas y brocados que vestían. Y así, en sueños, decía entre mí: «Si entre los brutos que no tienen uso de razón padecen sus reyes tanto, ¿qué será entre los racionales que con tantos usos de razones d[e] Estado, con ella o sin ella, atropellan todo para llegar más la brasa a su sardina, estando en ellos más en su punto la codicia, la ambición y la envidia? ¡Cuánto más pesadas serán a los reyes bestias semejantes!»

Volvamos a las zorras, que ni aun en sueños dejan de olvidarse en esta vuelta del mundo. No se alejaban mucho de los leones, y con ser pequeños animales precedían a los burricos. Iban también vestidas como de su mano, pero tan cargadas, cada una dellas de alforjas tan grandes, que aun en sueños me movían a compasión. Eran los que llevaban Bártulos,<sup>637</sup> Baldos,<sup>638</sup> y todos los demás jurisconsultos que ha habido en el mundo desde el Imperio romano a esta parte, con otros grandes legajos de procesos, en los cuales se habían resuelto sentencias finales, para por ellas poder juzgar otras en casos que sucediesen con esta revuelta del mundo. Imprudencia grande me pareció esta en animales tan discretos, pues no juzgaban que con sellos y resellos en el papel se había de acabar la universal guerra de las plumas y pleitos.

Esto me hizo volver los ojos a mirar los gatos, en los cuales no había aún bien reparado, y vi por entre las plumas de que se vestían colgadas muchas faldriqueras atestadas hasta más no poder de muchos envoltorios de papeles; y por no querer quitárselos unos a otros eran el miar<sup>639</sup> y las uñadas tantas, que tuve por infalible andar allí la gata de Antón Pintado,<sup>640</sup> y que solamente celos podían ser causa de tan reñida pendencia. Y no era así, porque, mojándose ciertos pergaminos, que no lo son mucho, que con la bulla habían caído en un lodazal, salieron tales dél que, pensando ser tripas, la gata de la tripera los había agarrado sin poder quitárselos de ningún modo. Aparteme un poco, por no alcanzarme alguno con sus uñas, a una ruina de un grande edificio que con la revuelta del mundo no pudo sustentarse, y a un rincencillo, adonde habían estado las

---

<sup>637</sup> Se debe a la figura de Bartolo de Sassoferrato, famoso jurista italiano del siglo XIV, la creación del sustantivo *bártulos*, en un primer momento aplicado a los libros mamotréticos de leyes con los que los estudiantes cargaban —como aquí hacen las zorras— en las primeras universidades europeas.

<sup>638</sup> Pietro Baldo degli Ubaldi, jurisconsulto italiano del siglo XIV.

<sup>639</sup> ‘miyar en el ms.’

<sup>640</sup> «La gata de Antón Pintado / y el gato de la tripera /el uno al otro se espera / a la falda de un tejado. / El gatillo enamorado a la gata dijo: «Fuz, / olenta y puz, ni gabao ni gabuz, / oleala polao, / ñarrañao, ñao, ñao (...)» (Labrador Herraiz, 2002, p. 147)

ofecinas, vi desorejada y sin cola a la pobre gatica de Mari Ramos.<sup>641</sup> Lastimome el verla tan humilde entre dos piedras sin aquellos faldriquerones de los demás gatos, que sin tullir ni mullir, a mi parecer, hacía el duelo de todas aquellas desgracias del mundo. Y como yo no era el que menos la sintiese, viéndome en tanta desnudez, a gatas y como pude, para hacerla compañía, me subí en una alacena vieja que estaba a sus espaldas.

Era toda de unas tablas viejas y carcomidas que, con los golpes de la ruina, estaban los clavos tan desasidos de la madera que el subirme y el abrirse como una granada todo fue uno. Siempre Dios me socorre en los trabajos, y así lo hizo en este, pues cuando yo pensaba hallarme enclavado al caer, me hallé entre papeles y más papeles: testamentos supuestos, escrituras de ventas y reventas con antedatas<sup>642</sup> y estelionatos,<sup>643</sup> y todo lo demás deste género prevencional, cauteloso y osurpativo.<sup>644</sup>

Con esto me desengañé de los gatos, de quien, por animales domésticos, tenía mejor concepto, y mucho más de la gatilla de Mari Ramos, a quien tuve siempre grande cariño desde la cuna, en que con ella mi madre me arrullaba. No los quise por compañeros en mis trabajos.

Fuime a buscar los perros, que, por símbolo de lealtad y por el pan que en casa de los hombres habían comido, juzgué hallar en ellos más piedad, más agasajo y mayor reconocimiento. Pero como yo no los hubiese visto cuando los demás animales acompañaban a los leones, ni osase preguntar por ellos a muchas personas conocidas que vía de lejos, que, por la desnudez en que estábamos, huíamos los unos de los otros; como en esto me detuviese un poco, me pareció en el mismo sueño que dos días había andado a buscarlos sin topar con ellos.

Hice mil cuentas que, como ya no tenían dueños, viéndose vestidos de las plumas de las aves, por intentar mejor fortuna volarían a diferentes partes por no obedecer a los leones. Mucho me entristeció el discurso, que, así durmiendo como estaba, se me figuró no haber comido en todo aquel tiempo. Después he reparado si sienten los que duermen

---

<sup>641</sup> Fue la gata de Mari Ramos protagonista de infinidad de refranes a uno y otro lado del océano: «La gatica de María Ramos, que tira la piedra y esconde la mano», «La gatica de Mari Ramos, que hacía asco a los ratones y engullía los gusanos». (Montoto y Rautenstrauch, 1912, p. 165).

También Ricardo Palma titula así una de sus tradiciones peruanas: *La gatita de Mari Ramos, que halaga con la cola y araña con las manos*. (Palma, 1893, pp. 343-352)

<sup>642</sup> *Antedata*: «Fecha falsa de un documento, anterior a la verdadera» (DLE).

<sup>643</sup> ‘estalionato’ en el ms. *Estelionatos*: «Fraude que comete quien en un contrato encubre la obligación que tiene hecha con anterioridad sobre un bien» (DLE).

<sup>644</sup> ‘osurpativo’ en el ms.

tanto el hambre, ¿cómo quieren que hagan finezas aquellos que despiertos tienen hambrientos?

De puro rendido me eché en los despojos de un árbol, que el invierno furioso había arrojado; cerca de unas verdes zarzas (perdóneme, por hambriento y dormido, el ser poeta en prosa, pues perdonas a muchos muchos y malos versos que despiertos hacen), y si no, diré hojas, porque esas me servían de colchones, cuando de entre las zarzas vi salir una vieja a cuyos años había perdonado la vergüenza, para llegarse adonde yo estaba. Traía muy tostado el cuero, blanco el cabello, temblaba toda, crujíanle los colmillos, y tan espeluzada venía, que sin traer corozas<sup>645</sup> juzgué ser hechicera.

—¡Lléguese acá, hermana! —la dije yo, sin embargo que ella venía andando— para siquiera<sup>646</sup> de palabras hacerla algún agasajo, pues en obras estábamos iguales en hacerlos.

Sentose junto a mí, llorando su desdicha; mas como era general en todos, se consoló presto, que siempre el mal de muchos consuelo es de tristes. Perguntela si había visto algunos perros después de la revolución pasada. Díjome que los más dellos los habían recogido en unas prisiones oscuras, adonde también ella había estado, y estuviera toda la vida si con la revuelta del mundo al cayerse la casa no volara por una ventana; y que otros se habían retirado con miedo a las casas de los grandes señores que del terremoto quedaron libres de ruina.

Con estas y otras señales que me dio, me despedí della y me fui a buscarlos a donde me decía. Tuve tan buena fortuna que, al pasar por la plaza de un palacio que había sido de un señor grande en dignidad y en riquezas, oí dentro muchos ladridos dellos. Entreme por la puerta y, al andar del patio, vi por una reja en un grande aposento tres mesas rodeadas de perros que, sobre las plumas de que se vestían, se vislumbraban otras verdes, coloradas y algunas amarillas, como de papagayos. En las mesas estaban muchos libros de cuentas, letras de cambio, cartas de pago, y otros papeles semejantes. Pero el ladrar, el morderse, el regaño dándose mano todos los unos a otros, era tal y tanta la bulla que tenían, que me pareció venirse la casa abajo.

---

<sup>645</sup> Era la corozas un capucho antiguo con falda que caía sobre los hombros y a veces llegaba hasta la cintura. Fue utilizado por la inquisición en el escarnio público de las hechiceras, a las que, tras ser emplumadas, se las paseaba con tan ornamental tocado.

<sup>646</sup> 'sequiera' en el ms.

No estaban estos en pie como los demás animales, y decían malas lenguas que al morir se habían de enterrar así. Todos estaban sentados, con las colas de fuera los que la tenían, y sus asientos eran sus servicios. No me espantó aquello, que como era en tiempo de uvas, algunas viñas ajenas debían de haber vindimiado, y para algún desconcierto estaban tan a mano los servicios, para echar en ellos lo que podía muy bien ser, o ya de la viuda o ya del huérfano o de otro pobre que, por no serlo más, fiaba dellos sus viñas para tenerlas más seguras. En viendo, pues, esto, no me detuve un punto, sin volver a salir por donde había entrado. No se dijo por estos: «El perro guarda la viña, aunque su dueño la vendimia».

¿Qué podía yo esperar, con estos desengaños, de los perros y gatos, ni de otros animales que no son tan domésticos? Poco, por cierto; pero, considerando que los monos y micos son los que más parecen a los hombres, resolví en buscarlos en los grandes palacios y casas de señores, adonde del desperdicio de su ración tuviese mi necesidad algún reparo.

Fuíme luego adonde vivían los leones; complíome Dios mi deseo, pues, en lugar de uno, hallé tantos que no supe deliberarme a cuál dellos me acomodaría, y considerando que del mayor habría más sobras y que esperar dellas, por su grandeza, me llegué a un monazo tan grande como cualquier hombre. Rióseme,<sup>647</sup> y, enseñándome los dientes, tan apriesa los meneaba que, entendiendo que por señas me decía que comiese, fui a meter la mano en una tortera que él tenía llena de sopas, y me la atravesó de parte a parte.

—¡Maldito seas de Dios, bestia salvaje! —dije yo—, pues riéndote me ofreces, y mordiendo me desengañas.

Hízome un hocico de un palmo, dando tan grandes chillidos como si yo ejecutara en él la herida que mi mano había recibido. Y tal era la algazara y bulla que metió que, ya por las ventanas ya por los tejados, llovían sobre mí legiones de monos y micos de diferentes castas y maneras. Como yo andaba a gatas y no podía tan fácilmente salir de entre ellos, me cercaron todos de una y otra parte; estos me arrancaban los cabellos, otros las orejas, otros las barbas, y dejándome el cuerpo hecho un mordiscón.

Un mico destos negros de cola larga me dio con ella una vuelta a la garganta que me tuvo casi ahogado; pero el que más me lastimó de todos ellos fue un mono cojo, que,

---

<sup>647</sup> 'reióseme' en el ms.

aunque todos me habían roído los zancajos,<sup>648</sup> este, que por alguna travesura debía de estar así, y en él el diablo cojuelo,<sup>649</sup> como si fuera alano, me hincó los dientes en uno, de manera que, a no acodir un león al grande ruido que conmigo hacía, me chupara la sangre por un zancajo, y si no fuera tan colorada, no me dejara gota en el cuerpo.<sup>650</sup>

Al punto que entró el león, se pusieron todos en ala de una y otra parte, muy mesurados. Y me holgara mucho de poder referirte lo que con él hicieron, porque, a tener discurso, no pudiera obrar más la lisonja de los más políticos cortesanos. Todos le besaban la mano, enseñándole los dientes, con aquella risa falsa con que el grande monazo me había mordido, que con una misma acción halagan, engañan, amenazan y muerden. Unos le espulgaban la cabeza, otros le abrazaban por las piernas, este le levantaba la cola, el otro se la olía, y me pareció que todos se quejaban los unos de los otros, no dándose ninguno por seguro de su compañero. Tales eran las acciones de todos ellos, que entre racionales no pudiera obrar más el fingimiento, la envidia y el engaño. Cuando yo pensaba que el león venía a socorrerme —que es acción propia de los que son reales favorecer al hombre—, fueron tantos los gestos, visajes y monerías que le hicieron, que en lugar de castigarlos por el mal tratamiento que me habían hecho, embelesado, sin hacer demostración alguna, se volvió a entrar por donde había salido.

Mucho me apretaba el hambre, y como ella es madre de los discursos, inventora de las artes, viendo yo que ya no había lugar de emplearme en alguna de las que tenía noticia, pues los hombres no necesitaban dellas por dejarlos la vuelta del mundo inferiores a las bestias, fui discurriendo en la memoria lo que había leído de la lealtad del caballo por lo que algunos habían hecho con sus dueños; y, para valerme dellos, me fui a una grande plaza adonde muchos se paseaban. Llegueme cerca, pero como andaban en los pies solamente, y yo a gatas, no podía levantar la cabeza para que, viendo mi necesidad, me la socorriesen, ni ellos bajarla para verme. Y era ya tanta su soberbia de verse en aquel nuevo estado, que hasta unos a otros se miraban por encima del hombro. Estos, como

---

<sup>648</sup> Nótese cómo aquí se hace un uso literal de la expresión *roer los zancajos*, a diferencia de la más común, la figurada, que se explica en la nota 448.

<sup>649</sup> Abunda el burlón personaje del diablo cojuelo en la paremiología de los Siglos de Oro, pero no será hasta la obra de Luis Vélez de Guevara (1641) cuando se narren sus hazañas de forma novelada.

<sup>650</sup> Aparecen en el ms. las formas *chupaba* y *dejaba* que, como advierte Rosa Navarro, son fruto de la confusión del autor entre la forma imperfectiva y el subjuntivo por el que aquí las sustituimos en ambos casos. Navarro Durán, 2010, p. 339.

animales nobles, llevaban ricas vestiduras, con joyas de grande precio, y sus faldriqueras cargadas de dineros.

Pero como ni aun en sueños me pude nunca acomodar bien con los soberbios, por que no me pisasen, me fui retirando a los soportales de aquella grande plaza. Quiso Dios que de unos cajones altos que a ellos servían de pesebres, viese que iban cayendo poco a poco algunos granos de cebada, que echaban los ratones que repasaban sus sobras por los resquicios dellos; y aunque no soy moro, como tengo noticia que della se sustentan muchos en África, llegueme como pude, forzado de mi necesidad a comer della.

Alguna fui comiendo, pero como no soy buen tragador de paja y se me representase en aquellas cascarillas que trae la cebada, atascáronseme en la garganta de manera que, por más que quise desimular la tos, por no ser sentido de unos rocines gallegos que por allí andaban pasando la plaza de caballos o caballeros y me quitasen aquel miserable sustento, no lo pude conseguir; que, relinchándome, como si yo fuera burrica vizcaína<sup>651</sup> me atropellaran si, como los hiernos del Cid del escaño,<sup>652</sup> no me valiera yo de uno de aquellos cajones. No fue bastante mi prevención, porque aunque andaban en los dos pies solamente como las demás bestias, fue tanta su malicia, que, sustentándose en el uno, por entre las tablas del cajón o pesebre, recibí una pesada coz de cada uno dellos. Con lo cual se me representó que todo lo que vía eran sueños, pues habiendo el mundo dado tan grande vuelta, no la daban los rocines gallegos en dejar de dar coz, que siempre guardan una para quien más bien les hace.

Señores de la plaza estaban los caballos, rocines y algunos burricos que entre ellos se habían introducido, pensando que eran algo, como siempre presumen los que más ignoran. Estos vestían paños muy groseros; y los pobres hombres, hambrientos, desnudos y necesitados, como yo me hallaba, en la última necesidad de la vida. Tal era mi sueño cuando oí un grande estruendo y rumor de herraduras relinchando caballos, rocines, y algunos borricos, que también rebuznaban. Volvime muy apriesa por que no me alcanzasen con alguna patada, que, aunque de borricos, no dejan de sentirse; era la causa dello haberse entrado en la plaza una gran multitud de toros, tratando muy mal a los caballos.

---

<sup>651</sup> El vizcaíno o encartado es una raza de burro de pequeño tamaño originario de la citada comarca.

<sup>652</sup> Comienza el tercer cantar del *Poema del mío Cid* con los yernos del héroe huyendo de un león despavoridos.

Estos, pues, por la gravedad de sus cuerpos no podían sustentarse en un pie solo, como los rocines, que, haciéndolo, se defendían con el otro; a quien por ser más bajos no ofendían tanto sus puntas, que levantadas en el aire, alegraba su vista, como cuando en un puerto marítimo han dado fondo muchos bajeles, que juntos hacen con sus árboles y antenas un hermosísimo bosque. Así parecía el de los cuernos, que, bajándolos a los caballos, a este sacaban la bolsa de la faldriquera, al otro la cadena que llevaba al cuello, a aquel la joya del copete, ya la lazada de la crin, ya la sortija del freno, enfrenando su soberbia lozanía las puntas o repuntas de los toros; perdiendo estos, como bestias, lo que otros como hombres habían adquirido.<sup>653</sup>

Lo mismo sucedía a los rocines que en aquella ocasión quisieron pasar muestra de caballos, porque las alforjas destos, y de los burricos, que querían parecerlos, las enjalmas, llevaban los toros por el aire como banderuelas y raeletes<sup>654</sup> en sus puntas. Mientras esto pasaba en la plaza, juzga tú qué harían las vacas en sus casas; no me preguntes por ellas en mi sueño, que ni gorda ni flaca vi allí ninguna; preguntale a José, intérprete dellos,<sup>655</sup> y podrá ser que te diga que destos polvos vendrán otros lodos. La prudencia del que guarda remedia la falta de su casa

Las yeguas y borricas no parecían allí; mi sueño fue veraniego; debían de estar tomando algún verde mientras a los caballos, rocines y borricos despojaban los toros. Este fue mi concepto; si ha sido temerario, aunque fue en sueños, Dios me lo perdone, que como no soy bueno (otra vez lo dije) todo juzgo por malo. A quien pica el hambre no te espantes que pique, salga por donde salga; todo son quimeras. Mis diligencias hice por buscar los elefantes, viniéndome a la memoria que entre las bestias eran los más prudentes; pero, como son animales tan pesados, parece que al dar vuelta el mundo no pudo moverlos de la África y Asia, adonde nacen y se crían.

Viendo yo que de los que de su utilidad trataban tan poco y de los que de su ambición trataban tanto no tenía que esperar el socorro de mi hambre y de la desnudez de mi cuerpo; y que las aves estaban en mi estado, sin pluma las águilas, y las que llaman estruces, tragadoras de hierros, me tragarían a mí si acaso las topase hambrientas, y el poco que había que esperar de las de rapiña, que adonde faltan plumas no valen las garras,

---

<sup>653</sup> Alusión a los cornudos, figura clásica de la poesía y el teatro barrocos.

<sup>654</sup> Como apunta la profesora Navarro, es probable que el autor quiera decir ‘gallardetes’: especie de banderín que suele colocarse en la parte superior del mástil de las embarcaciones.

<sup>655</sup> José, hijo de Jacob, vendido por sus hermanos a los egipcios, tenía el don de interpretar los sueños.

y el que para sí no tiene mal podrá dar a otros; que la fénix, y otras de las Indias, que por su increíble grandeza tienen por fabulosas, estaban muy lejos para el mal que pedía pronto el remedio: todo esto me causaba una aflicción grande, que faltar la esperanza del remedio en lo que se padece es lo que más aflije.

A los tigres y lobos y otros animales devoradores no buscaba yo, pero ellos me buscaron, como luego dije. La profunda tristeza en que estaba con aquel desengaño y paradero de las cosas del mundo me hizo recorrer a los tiempos pasados, que vulgarmente dicen ser mejores. Y viendo yo que en todos los imperios de gentiles, cristianos y árabes habían sucedido cosas aun peores que las presentes, sin el mundo haber dado aquella vuelta que tanto me afligía, por verme hambriento, desnudo y andar a gatas, vida que por su voluntad habían escogido algunos santos, como san Guarín<sup>656</sup> y otros, retirándose a los desiertos y las montañas, fuera de la comonificación de las gentes, en que hallaban grandes embarazos para poder salvarse, me resolví en hacer lo propio, pues mis culpas no eran menores que las dellos ni mi natural tan débil que no pudiese aturar<sup>657</sup> aquella vida.

Para conseguir mi deseo, se me representó un bosque muy ameno, en las faldas de unas colinas y márgenes de un río; y aunque estaba lejos, como Dios ayuda, aunque sea en sueños, los buenos intentos, me fui muy poco a poco gateando a él. Hallé una fuentecilla debajo de unos árboles, probé el agua, pareciome bien, y más abajo della, entre unas pedrezuelas que detenían parte de su corriente, estaban muchos berros y becerras; y reparando con ellos la inseciable hambre que llevaba, alabé a Dios, que al que quiere servir le paga de contado.

Así lo hizo conmigo, porque apenas me había apartado de la fuente unos cien pasos, cuando hallé una gruta largamente capaz de acomodarme en ella; hícelo luego, juntando heno<sup>658</sup> y otras yerbas del bosque en que descansé un poco. Tomándome a mí mismo cuentas de l[o] mal que había gastado mi vida, estuve más de una hora; y me pareció haber dormido otra, de que, despertándome el graznido de muchos cuervos que en aquellos árboles venían a hacer noche, pensé totalmente que era mi penitencia ya merecedora de que alguno dellos me trajese algún pan, como si allí hubiera yo pasado los largos años y grandes trabajos que pasó san Pablo.<sup>659</sup>

---

<sup>656</sup> San Guarino de Sión (1065-1150). Obispo de Sión, fue abad del monasterio de Aulps, cenobio que posteriormente sumaría a la Orden cirterciense.

<sup>657</sup> *Aturar*: soportar.

<sup>658</sup> 'hieno' en el ms.

<sup>659</sup> San Pablo de Tebas, considerado por la tradición cristiana como el primer ermitaño.



En esta presunción vana estaba en sueños, que a tantos desvanece estando despiertos, cuando vi que bajaban por el bosque unos lobos y tigres en grande pendencia sobre la presa de una ternera que todos juntos hacían pedazos.

Retireme con miedo a lo más oculto de la gruta pidiendo a Dios socorro en aquel peligro, como hacemos todos si nos vemos en ellos, pero como era albergue de aquellos brutos, después de ya verse hartos en la ternera, trayéndola arrastrando, se sentaron por la puerta de la gruta. Aquí fue la gran fuerza de la pesadilla. ¡Qué poco se me daba<sup>660</sup> de la vuelta del mundo ni de ser don Juan o ser de Guzmanillo! Remar en la galera era mi deseo cuando, entrándose algunos adonde yo estaba, el arrastrarme fuera y el despertar fue uno.

Ya estarás cansado, pues yo lo estoy también de referirte tan largo sueño. Volvamos a la barca y ten paciencia, que más soñaron otros embarcándose en menos.

Entramos, pues, en ella yo y mi buen fraile; le repití todo lo referido, y como era buen teólogo y visto en la Sagrada Escritura, explicándome algunos que en ella se refieren, me dijo que ni todos los sueños se habían de despreciar ni tampoco darse crédito a todos, porque unos podían ser advertencias de Dios para que los hombres no se condenasen o para librarlos de peligros futuros, enmendando sus vidas de malas costumbres, y que, siendo estos, era merced grandísima que de su poderosa mano recibían los hombres; pero que muchas veces podían ser ilusión del demonio, y aun esas con capa de virtud, como había hecho con la mujer de Pilatos en la muerte de Cristo, redentor nuestro, representándola su inocencia para que, advirtiéndole al marido y con ese reparo no sentenciándole a muerte, no se consiguiese la redención del género humano. Otros ejemplares me trajo deste modo de sueños, que dejo de referir a vista deste, que es el más notable.

Con estos tales decía aquel religioso que tentaba más el demonio a las personas que trataban la virtud, o ya representándolas un bien grande para precipitarlas en un mal mayor, o ya desacreditando con ellas otras de santa vida para tenerlas en mala opinión. Que en esto convenía grande reparo en creerse del prójimo más de lo que se ve, y aun eso después de grande examen, porque suele mil veces engañarnos a la vista, que padece engaños como los más sentidos,<sup>661</sup> y que a las personas de mayor virtud trataba el

---

<sup>660</sup> ‘Poco me importaba’.

<sup>661</sup> ‘Como los demás sentidos’.

demonio de hacerlos mayores; que para con los malos no necesitaba de mascarilla, pues dormiendo y despiertos se dejaban vencer dél, cayendo en sus lazos, sin reparar en sus enredos, abrazando sus proposiciones.<sup>662</sup> Y que, pues yo deseaba saber lo que podría con más siguridad hacer en esto de los sueños, la más segura openión era no dar crédito a ningunos sino a aquellos que viese claramente encaminarse al amor de Dios, veneración de sus santos y caridad del prójimo; que este era el camino real y más seguro para no caer en algunos despeñaderos, como a muchas personas había sucedido. No dejé de estimar mucho el buen consejo; y en aquella ocasión más que nunca era para estimarse, porque totalmente me quedó rendidísimo y inquieto el ánimo, sin poder alentarme de ninguna manera por un largo espacio de aquella vuelta al mundo, de aquella pesadilla y de aquel terrible sueño.

Y así digo, curioso lector, que no des más crédito a los míos de lo que aquel religioso me advirtió. En lo que vieres que son de utilidad tuya, abrázalos; y en lo que te pueden ser de prevención, admítelos; y si fueren de daño, desprécialos. Si eres malo, calla la boca, no seas pregonero de tus menguas; y si bueno, no tiene que picarte revelar yo mi sueño para condenarme. Y si esto no basta, a mí se me da poco; que aquí me estoy a mi rincón, y los sueños sueños son.<sup>663</sup>

---

<sup>662</sup> 'Proposiciones'. A continuación, aparece tachado en el ms. 'Sin desechar ninguna'.

<sup>663</sup> Se estrenaba la obra de Pedro Calderón de la Barca en 1635, tan solo una década antes de la redacción de la presente.

## CAPÍTULO VI

### *Cuenta Guzmán de Alfarache el sermón que le hizo el religioso sobre sus pensamientos, y cómo llegaron a la villa de Santarém*

Callando fuimos yo y mi fraile por el Tajo arriba más de dos horas. Y, mientras él rezaba las suyas,<sup>664</sup> hacía yo mis discursos; que muchas veces, aunque calle la lengua, habla el alma. La suya me parecía muy buena, juzgándolo por las palabras, cintinelas<sup>665</sup> casi infalibles de las virtudes o vicios del que las habla. No le había preguntado quién era por el respeto de la cortesía, ni él a mí tampoco por el de su modestia. Y preguntándolo al barquero, que gobernaba el timón, me dijo:

—Este religioso es caballero de mucha calidad, y es lo menos que tiene. La virtud y letras pueden más envidiarle. Es predicador grande y de raro ejemplo; por esto le buscan todos y le estiman más que por su sangre. Dos obispados le han querido dar y no quiso ninguno. De los puestos de su religión hace lo mismo, y ahora se va a Santarém por ver si puede evitar que no le hagan provincial della. De todas las honras huye, y todos los aplausos le embarazan. Toda la vanidad atropella y toda la grandeza desestima. Este es ese religioso por quien me preguntáis; y lo que he dicho de su virtud en pocos días os lo dirá la experiencia, pues le hacéis compañía. No hablemos más a solas, porque, si sospechare lo que os digo, lo sentirá mucho.

Mudamos luego plática. Y, cer[r]ando él su breviario, me fui a la popa, adonde estaba, no osando acercarme tanto como de antes hacía; que hasta de los malos se hace respetar la virtud. Suspendiose un poco mientras me vino a la memoria aquel adagio que, si el fraile anda con el ladrón, o este ha de ser fraile, o ladrón él.<sup>666</sup> En este discurso revolvía mis pasos en todos los sucesos de mi vida; y haciendo conferencia con la suya, tan difícil me pareció el volverme a ella como él a la mía. En el hábito, ayunos, desvelos,

---

<sup>664</sup> El breviario contiene el rezo de las horas de todo el año, y se consideraba de obligado cumplimiento para los religiosos.

<sup>665</sup> 'Centinelas'.

<sup>666</sup> 'Ladrón con fraile, o el ladrón será fraile, o el fraile será ladrón, y es lo más cierto, porque se pega más lo peor' (*Correas*).

deciplinas, celicios no reparaba yo,<sup>667</sup> por sucederme muchas veces andar con mal vestido, comer mal y poco, y be[ber] algunas nada, no dormir muchas noches, sirviendo en ellas menos a Dios que al demonio. Los azotes que me daban otros a su gusto, sin tomarlos yo por mi voluntad propia; una camisa de galera más ofende que un celicio.

En los tres votos eran mis reparos; que, ¡cómo había de ser casto no siendo viejo! Pues aun en esa edad hay muchos que, estando con los pies en la sepultura, sin temor de Dios ni del infierno, están abrazados con el vicio; y pensando hoy que han de llegar a un siglo, se hallan mañana en una eternidad de penas, en una confusión perdurable, en compañía de los condenados a un infinito padecer en el infierno para todos los siglos de los siglos.

El obedecer a otro hombre, que tal vez ni en calidades de la sangre ni en discurso del juicio me excediese, se me hacía durísimo; que, si me enviase al coro, queriendo yo ir a la huerta, y a la celda, antojándoseme la calle, o a la iglesia, apeteciendo más el refitorio,<sup>668</sup> y muchas cosas destas, ¿cómo las llevaría quien pasó por lo que tú has leído? El no tener voluntad, el no ser mío en nada, el ser ajeno en todo y el estar privado totalmente del libre albedrío de que Dios no quiso privar al hombre, sujetarlo a otro, duro se me hacía de venir en ello; y que, ¡cómo había de resignarme tanto en la voluntad de un superior, que, teniendo yo una cosa por buena, honesta, lícita y útil, solo por condenarla él, la había de juzgar por mala, intratable y dañosa! Esto, en openión mía, era el mayor mérito que yo juzgaba hallarse en un religioso, si era entendido.

Discurría luego sobre los que entran en la religión o por antojo de la mocedad, o por ajeno impulso o por comodidad propia —cosas que en mí no concurren—, para engañarme o ser engañado o ir a engañar; y que cuánto fuera mejor al mozo mirarlo bien primero, al súdito no obedecer al que le obliga, y al pobre pasar la vida ayunando en su casa, que ir solo a comer a la de Dios para no servirle, conformándose con la regla de la orden que había elegido, que ponerse unos y otros a riesgo de condenarse, escogiendo este estado por mejor, como realmente lo es, pudiendo salvarse en otro más conforme a su natural, menos riguroso a sus apetitos y conveniente a su salud.

En la pobreza, que es lo que otros más sienten, como yo había hecho muchos años de noviciado en ella, no hallaba tan duro el percepto desde voto, y particularmente en

---

<sup>667</sup> ‘Disciplinas’, ‘cilicios’.

<sup>668</sup> ‘Refectorio’.

aquella religión de san Francisco, en la cual la fe es evidencia, la pobreza posesión, la caridad su tesoro; pues, no teniendo nada, lo poseen todo. No tienen qué guardar, todos guardan para ellos, ni qué perder, ni les da cuidado el temor de la pérdida ni desvelo el amor de la ganancia; no piden prestado a nadie, y voluntariamente les dan a todos. Todos se sustentan de lo que piden pocos, y muchos dan muchísimo en sus porterías a pobres, pues de sus limosnas viven infinitos. No pleitean en los tribunales del mundo, porque solo el de Dios los sustenta a todos. Toman lo que les dan; no quieren lo que les niega. Su grosero sayal más se respeta que telas y brocados. Tanto pudo la caridad de san Francisco y el desprecio de las cosas del mundo, que hasta la tela más vil dél hizo más estimable que la más rica que inventó la vanidad de los hombres.

Tales eran mis pensamientos cuando, si como los leyera aquel religioso,<sup>669</sup> me dijo:

—Lléguese acá, señor don Juan, que no le ensuciaré con mi hábito su esclavina. Ambos vestimos de un color, y no nos mancharemos el uno al otro. Parece que el airecillo desta mañana le ha enfriado; si quiere abrigarse con mi capa, sírvase della; que, como mi hábito es tan grosero, me basta por abrigo.

Agradecile el ofrecimiento y, no acetándole, prosiguió:

—No desprecie vuesa merced la capa de san Francisco, que, aunque es grosera y corta, cubrió a grandes príncipes; y en este reino tenemos ejemplo en la reina santa Isabel, mujer del rey don Dionís,<sup>670</sup> que vestió nuestro hábito, y fue tan grande santa que por su devoción obró Dios un prodigioso milagro en la villa de Santarém, de que enseñaré a vuesa merced los vistigios;<sup>671</sup> acuérdemelo allá. Y entretanto me diga cuánto ha que no se confesó, que quiero ver si en este punto guardaría bien la regla de nuestro padre san Francisco si Dios le inspirase tomar su hábito, pues se ha vestido de peregrino; que, como en el mundo lo somos todos, esa fue la razón por que le escogió él así deste modo con tan poca diferencia del que vuesa merced trae.

Mira, pues, quién, acabando de discurrir lo que te he referido, oyó estas razones sobre sus pensamientos, de que Dios solo es dueño, ¡cómo trataría de ocultar sus obras, pues a vista de tantos habían pasado! Esto, y lo que el barquero me había dicho deste

---

<sup>669</sup> ‘Como si los leyera’.

<sup>670</sup> Dionisio I de Portugal (1261-1325).

<sup>671</sup> Según cuenta la leyenda apócrifa, cuando la devota santa Isabel de Portugal, esposa del rey Dionisio I, llevaba bajo su manto diversos alimentos para entregar a los necesitados, estos aparecieron de repente convertidos en rosas.

religioso, me obligó a no faltar un punto a la verdad de lo que preguntaba. Y así le dije que, al salir de Sevilla, generalmente me había confesado.

—Eso es cosa grande —me volvió él— porque yo pienso que los más de los que hacen esas confisiones generales es solo intentarlas, tomando la parte por el todo; como el italiano, que, con decir que un hombre tiene buena testa, que es solo la frente, se entiende que es de gran cabeza para el gobierno de cualquier cosa que se le entregue.

»El hacerse una confesión general es muy difícil por la fragilidad de la memoria, adonde lo que hoy se hace mañana se olvida, y es casi imposible el acordarse un hombre en tiempo largo de los pensamientos, de las palabras y de las obras. El escribirlo todo es grande peligro, y por hacerlo, algunos se han visto en grandes aflicciones, haciendo más confianza de un papel, que puede hallarse escrito de su mano, que de un confesor; que, aunque fuese tan malo que revelase todo, solo por hacerlo lo dejaba dudoso y fuera menos creído. Lo que se escribe permanece, lo que se dice se olvida, y para nada es bueno guardar para mañana lo que hoy puede hacerse.

»Ya veo que el grande arrepentimiento y el pesar de ofender a Dios lo suple todo, y que en algunos ha sido tanto el dolor de sus pecados, que, sin tener lugar de confesarse al tiempo de morir, no se condenaron con haber sido hombres facinerosos; pero han sido raros en el mundo, y será locura fiar de la postrera hora el remedio de lo mal que obramos en toda la vida, confianza imprudente que a muchos ha llevado<sup>672</sup> al percipicio.

»Otros hay que dejan de confesar sus pecados —¡gran desdicha!— por parecerles tales que no hay perdón para ellos, poniendo límite a aquel mar incomprensible de misericordias, que, aunque concur[r]ieran todos los pecados del mundo en un hombre solo, no podía faltar en él el agua de su gracia para perdonárselos si con verdadero arrepentimiento le pidiera perdón dellos. Tales efectos hace la esperanza y desesperación de los hombres, pudiendo, solamente confesando su deuda, ser perdonados de todo lo que deben. ¿Tan malo será al deudor satisfacer su deuda con solo confesarla? Si con esto solo se pagasen las deudas que los hombres unos a otros se deben, ¿quien dudaría pagarlas? ¿Cuál podrá ser tan loco que con tan corta paga no redima la libertad de su empeño? Pues, si entre los hombres no es creíble que pudiese faltar esta satisfacción, grande absurdo es, siendo Dios el mismo acreedor, no reconocer la deuda [a] aquel que de nada le hizo, para ser perdonado.

---

<sup>672</sup> 'levado' en el ms.

»No me pesó nada de oír a mi buen religioso este sermoncillo. Tal era la eficacia de sus palabras, que hasta las mismas piedras pudiera mover,<sup>673</sup> cuánto más a un pecador arrepentido. Prometile de confesarme más a menudo lo restante de mi vida. Agradeciómelo mucho, trayéndome ejemplos de personas que por la frecuencia de las confesiones habían hecho grandes mudanzas en ella, que dejo de referirte por que no digas que voy de mal en peor, pues de pícaro me volví hipócrita. Que en mi primero estado todos me reconocían por lo que era, que se engañaba a muchos —¡No se dejasen engañar como bobos del que conocían por pícaro!—, que se dijese una cosa por otra, ¿qué autoridad de evangelista era la mía para dárseme crédito? Que en caso que se me pegase<sup>674</sup> algo en las manos, sabiendo que yo las tenía de piedra imán, de que no están seguros los hierros, no dejasen llegarlas a los errores de sus descuidos; que, cerrando sus puertas cada uno, no admitiéndome en sus casas, asegurarían sus haciendas, librándose de cuidados, y de ofender al prójimo con malas sospechas; este me la quita, aquel me la lleva; porque el pícaro, el gitano, el esclavo, el estraño, campanilla nos traen de su daño.

Pero que ahora vuelto caballero y santurrón, sin ser de Alicante, pícaro en el poblado, predicador en el yermo, me he vuelto hipócrita por manosearlo todo, y que con llave de virtud me franqueen las puertas más reclusas de las mujeres más honestas. Que refiero en cabeza ajena lo que en la suya fuera razón creerse, y al contrario, de mí lo que de otros he oído, para que me den estos, aquellos me regalen, todos me estimen, y se engañen todos. Que finjo revelacionesq o sueños que las parecen, dando a entender que por mí se ha de reformar el mundo. Que ni Ovidio en sus *Metamorfosis* transformó más gente de la que yo transformo en esta relación de mi vida. Que me hice pícaro para que muchos me la leyesen, solo por el gusto de oír mis picardías en que iba muy poco creerme o no creerme. Que ahora me hago caballero para que me den crédito a lo que yo dijere de las ajenas. Que en cuanto fui mozo anduve a la gandaya,<sup>675</sup> viviendo como quise; y ahora que voy caminando a la vejez, por que piensen que me he enmendado, doy estos documentos. Que todo lo que digo son mentiras; embustes lo que cuento; ficiones lo que refiero; y que, al fin, soy hipócrita, que es peor que ser pícaro.

Todo lo referido, y lo demás que pudieres imaginar de mí te concedo, y aun la hipocresía, con que me digas si es condenable el buen ejemplo; no puedes decir que sí,

---

<sup>673</sup> Entiéndase *mover* en el sentido de ‘conmover’, ‘alterar la conciencia’.

<sup>674</sup> «pagase» en el ms.

<sup>675</sup> ‘Viviendo en la calle y sin ocupación fija’.

pues no lo puede ser. El hipócrita es aquel que en el exterior pone todo el cuidado en parecer bueno, y, aunque interiormente es malo, lo es para sí solo y no ofende al prójimo con malos ejemplos; antes le pueden servir de despertador sus fingidas virtudes, para que las imite, como han de ser, y no como se las representa sin que lo sean. El mismo demonio, tomando figura de ángel de luz, o otras que Dios le permite, apareció muchas veces a los santos para engañarlos; y reconociéndole ellos, sin darle crédito, los dejaban en mayor devoción sus representaciones; como aquel que, viendo el retrato de quien ama, se renuevan en su corazón, por las especies de la vista,<sup>676</sup> nuevas ansias de verle y más razones de amarle.

Así también servirá de despertarte lo que yo te digo que dijeron otros; y déjame ser pícaro o caballero, malo o bueno, que por mis culpas no te han de condenar, ni ir al cielo por mis virtudes. Si fui ejemplo de males, Dios puede hacer que lo sea también de muchos bienes. El primero predicador que hubo en el mundo, después de Cristo, señor nuestro, y antes que los apóstoles predicasen, fue Dimas, el buen ladrón, pues quien hizo un cesto hará ciento.<sup>677</sup> No limites el poder de Dios; que, cuando quiere, por humildes medios, hace cosas grandes. Si en un plato de mal barro te ofreciesen un faisán, y en un talego muy malo buena cantidad de doblones, yo aseguro que la necesidad destos y el apetito de aquel te obligarían a no desecharlos, no siendo su utilidad más que para esta vida. Pues, si para la eterna valen más los buenos ejemplos, ¿por qué has de despreciarlos, tráigalos quien los trajere? De cualquier mano que viene, un precio el dinero tiene.

No quiero alargar más el sermón; que hasta los buenos manjares, si son muchos, empalagan. Volvamos al discurso de mi vida.

De espacio y con poca vela navegaba la barca perezosa contra la corriente del río. Lo mismo sucede, detenerse en estas degeneraciones, cuando le falta el aire de mis desaires, para referirte los naufragios de mi vida.

Tocaban ya la oración al punto que llegamos a Santarém; y, enseñándome el fraile unas piedras como columna<sup>678</sup> en el río, me dijo:

—Mañana diré a vuesa merced qué señal es aquella.

Despidiéndose de mí, se fue a su convento; yo, a una posada cerca de la ribera. Diome la huéspeda la llave de un aposento, que era el mejor della. Estaba acomodado

---

<sup>676</sup> Seguimos la enmienda de Rosa Navarro que sustituye la forma *especies* del ms. por *especias*.

<sup>677</sup> Ver nota 346.

<sup>678</sup> 'Columna'.



muy a mi gusto, cuando vuelve otra vez a pedirme que pasase a otro muy malo, para acomodar en el mío un caballero que pasaba a Lisboa, catredático de prima<sup>679</sup> en la Universidad de Coímbra.

Como yo entendí que aquellas exageraciones de caballería y letras se encaminaban a que yo cediese de mi derecho en la primera posesión, respondí en voz alta:

—¿Qué tenemos con eso? ¿Qué importa que sea catredático de prima, pues yo lo he sido de archiprima en Salamanca, que es la primera universidad de España?<sup>680</sup>

Como ella hablase alto un poco, y yo le respondiese en la misma forma, todo lo oía aquel caballero. Era de muy buen gusto y gran cortesano. Vínose adonde estábamos diciendo que de ningún modo me desacomodase por su respeto.<sup>681</sup> Muchas veces vence más el buen término que el mayor poder. Fui luego a despejar el aposento; de ninguna manera quiso consentirlo, antes, por hallarle grande, dijo que, si yo gustaba, nos quedaríamos juntos, y sus criados en el otro. Conformes en esto, mandó traer su cama.

Cenando juntos, en el discurso de la plática nos fuimos reconociendo los humores, sin pesar a ninguno de haber topado al otro. Perguntome adónde caminaba y la causa de mi perigrinación; satisfícele en breves razones, aunque con equívocas palabras. Quiso saber mi nombre, no se lo negué. Él me dijo llamarse don Andrés de Almada.<sup>682</sup> Por lo que yo dije a la huéspeda, y algunas palabras que dejé caer (en hora que no debiera), en que quise mostrar que era artista y teólogo, me respondió con tantas sutilezas que en breves lances me alcanzó de cuentas, diciéndome:

—No se congoje, que no es de caballeros el ser letrados. Pero filosofía muy poco deben los hijos a los padres, que hasta saberla no les hace continuar las escuelas por no innorar la compostura desta casa del mundo en que todos vivimos, y saber explicar con sutileza los partos de su ingenio por términos escolásticos, sin los cuales el más feliz tropieza.

---

<sup>679</sup> Ver nota 110.

<sup>680</sup> Miente aquí guzmanillo, pues, en el capítulo IV del libro tercero de la segunda parte, *Viudo ya Guzmán de Alfarache, trata de oír artes y teología en Alcalá de Henares para ordenarse de misa y, habiendo ya cursado, vuélvese a casar*. Y dice así: «No ha sido mala cuenta la que di de tantos estudios, de tantas letras, de verme ya en términos de ordenarme y graduarme, para poder otro día catedrar por lo menos, porque pudiera, según la opinion que tuve». Alemán, 2012, p. 681.

<sup>681</sup> ‘Por lo que a él respectaba’.

<sup>682</sup> Introduce el autor como personaje a este don Andrés de Almada, profesor de Teología de la Universidad de Coímbra, fallecido en 1643, a quien rendía gran admiración.

No dejé de hallarme atajado, con alguna vergüenza, por dar yo la ocasión; pero metiéndolo a barato en la falta de letras, me valí de las armas, diciendo que esta era mi profesión, y particularmente en las galeras de España. A esto me respondió que del mar no quería saber más de lo que había exprementado en una ocasión, que refirió en esta forma:

—Acostúmbrase en este reino salir todos los años una armada de muchos bajeles a correr la costa marítima para limpiarla de turcos y moros que vienen a cautivar cristianos,<sup>683</sup> como los cristianos, negros en Angola. Embárcanse en ella muchos caballeros por cuyos servicios les hacen después mercedes de algunas encomiendas, hábitos y otras cosas, que sus casas poseen de la Corona. Es esto siempre en el verano, en que raras veces les sucede mal. Unos parientes y amigos míos me obligaron a que me embarcase con ellos en una ocasión destas, diciéndome que, pues era tiempo de vacantes en que no haría falta a mi cátedra, fuese a pasar aquellos dos meses con mucho regalo adonde todo eran juegos, músicas y buena conversación con mucha gallofa; al fin, ellos me sacaron de mis casillas.

»Embarqueme, salimos por la barra; y al otro día que perdimos la tierra de vista, preguntándoles yo si estábamos ya en los antípodas y otros disparates semejantes, gustaron tanto, y los entertuve de manera, y ellos a mí, que hicimos propósito de no perder ocasión de tanto gusto en año alguno.

»Resuelto estaba yo en hacerlo por hallar verdadero lo que habían dicho, cuando en una tarde comenzó a toldarse el cielo, escurecerse el día, alterándose el mar de manera que con temporal grande corrimos mayor borrasca a la parte del norte, en tanto que todos perdieron el de su confianza para salvar sus vidas. Sin velas estaba nuestro bajel, y ninguno con ánimo, confesándose los unos a los otros públicamente de sus pecados. Y me parece que, por innorar yo el peligro, lo temí menos, pues, viéndolos en aquella aflicción, fui preguntando a cada uno dellos:

»«—Señores míos, ¿no me dirán vuestas mercedes adónde está aquella gallofa (en castellano es bulla) para irme a verla y dejar a vuestas merceded a solas, haciendo confesión de sus pecados unos a otros, con que me escandalizan más de lo que me mueven a confesar los míos?».

---

<sup>683</sup> ‘Al rapto de cristianos para hacerlos cautivos’.

»Nadie me respondió, porque todos lloraban lo que habían cantado. Volvimos a Lisboa, y allí con mucha risa me preguntaban todos si quería volver a la gallofa.

»Así, señor don Juan, hagamos como la zorra de la ciudad de Oporto; que, atando un pescador su barco en una peña, cerca de la muralla, vino de noche una por allí a comer de los intestinos de los pescados que entre las piedras echan. Estaba cerca de tierra el barco; entro en él, adonde, hallando en qué entretener su hambre, se detuvo tanto, que, por haber crecido la marea, cuando quiso salir, no lo pudo hacer, por estar mucho por el agua adentro.

»Al amanecer vino el pescador; y sintiendo ella que iba sacando el barco por la soga con que estaba atado, se hizo muerta. Cuando él la vio tendida, pareciéndole que algunos de su oficio se la habían arrojado allí por motejarle de borracho, tiró con ella a tierra; donde, viéndose libre del peligro, dejándole burlado, se fue huyendo por las peñas arriba.

»Nadie vive contento con lo que posee; siendo la zorra símbolo de la sagacidad, también se engaña, pues, teniendo en la tierra gallinas, conejos, corderos, cabritos y muchas aves de que se sustenta, por hacer experiencia a qué saben las golosinas de la mar, pone su vida a riesgo de perderla. Y así digo que, por no renovar memorias pasadas, será de más gusto referir sucesos de la tierra.

Si quieres dar gusto a las personas con que tratas, acomódate siempre a su humor dellas, en lo lícito digo; no serás molesto en las conversaciones, que la contradicción siempre engendra mal ánimo, poco afecto y ninguna simpatía. Estas son las estrellas que la causan, aun con fuerza mayor que las celestes. Tanto puede la prudencia en el hombre, que hasta los mismos astros domina el que quiere tener estas atenciones. Así lo hice yo con este caballero, que por darle más gusto, a imitación de lo que en el mar le había sucedido, le referí lo que se sigue:

—Queriendo hacerse un juego de cañas en la villa de Madrid,<sup>684</sup> faltaba en la cuadrilla de los regidores uno para los que habían de entrar en ella; quisieron obligar a otro, gran socarrón; escusábase diciendo que no era buen jinete; era la causa querer más

---

<sup>684</sup> «Simulaban los juegos de cañas una batalla en la cual, los participantes, también a caballo —montados a la jineta y cubiertos con armadura—, se perseguían y se lanzaban cañas, a modo de lanzas o venablos, unos a otros. Lógicamente, solo podían participar los que disponían de un caballo, es decir, los miembros de los sectores sociales más destacados de la ciudad. Para el desenvolvimiento de este juego, que parece que tenía un origen musulmán, se necesitaban espacios abiertos y amplios, tales como las plazas u otros lugares previstos en zonas extramuros». Izquierdo Benito, 2004, p. 200.

el ver los toros de palenque,<sup>685</sup> como dicen, que dejar de serlo, como quería dar a entender. Al fin fue tanta la importunación de sus amigos y tantos los encarecimientos de la grande fiesta que había de ser aquella que, no pudiendo más escusarle, vino a ello.

»Ensayáronse en el campo muchos días, tirando sus cañas con la moderación que se acostumbra siempre en los ensayos; pero en el de la fiesta fue de manera el juego y tan de veras las cañas, que uno de los que le habían provocado a que saliese a ellas, aquel regidor que se escusaba, quedó sin el ojo izquierdo; y el otro muy maltratado del derecho. Viendo, pues, el persuadido que las cañas se habían vuelto lanzas, dijo a los dos:

»—¿Qué es esto, señores? ¿Adónde está esta fiesta que vuestas mercedes me alababan tanto? Yo sanos tengo mis ojos; lo que veo son palos y no cañas, y a vuestas mercedes que, entrando en ellas hechos Argos, trayendo tras sí los ojos de todos, salir ahora cíclopes, sin ver más que con uno.<sup>686</sup>

No dejó de festejar mi cuento, y no menos yo en dar gusto a un caballero, en quien la sangre, el entendimiento y las letras corrían parejas. Pero como en las cosas de más estimación hace gran soledad la falta de amigos para celebrarlas, acordándome de Propercio y Ricardo, le dije quién eran, el sentimiento con que estaba de no lograr ellos la dicha que yo había tenido en conocerles, sus partes, sus letras, sus trabajos, sus prisiones y las finezas que en ellas habían obrado el uno por el otro.

Mostró él grande sentimiento de no haber conocido hombres que con tan recíproco amor sabían pagar lo que se querían, y, por no quedarme en deuda de la relación dellos, dijo:

—También de los portugueses hay sucesos notables en razón de verdadera amistad; así de tiempos antiguos, de que hay varias tradiciones, como de los presentes tenemos buenas noticias. Solo contaré uno muy notable, que aún viven personas que se acuerdan dél. No nombraré partes por no ofender a nadie.

»Vivía en cierta población deste reino una señora viuda, de mucha calidad, entendimiento claro. Su riqueza no era mucha, y tanto su gobierno, que a todos parecía ser más de lo que era. Por muerte de su marido le quedó una hija, de trece años; criola hasta los diez y ocho, con tan buena enseñan[za], que en mucha parte deste reino se estimaba, entre las señoras de su edad, por la más entendida. Era muy hermosa, la fama

---

<sup>685</sup> ‘Desde la barrera’.

<sup>686</sup> Contraposición entre Argos Panoptes, el guardián de cien ojos de la mitología griega y el gigante ciclopeo, con tan solo uno en medio de la frente.

lo decía, que por su recato todos lo innoraban; pero el entendimiento es como el fuego: cuando llega a ser grande, no hay cenizas que le oculten ni retiro que esconda su mayor incendio. Este se divulgó por medio de unas monjas deudas suyas, con las cuales por carta se comonicaba.

»Movidos algunos caballeros mozos a casarse con ella, más por la openión de su riqueza que por la fama de su entendimiento y hermosura, que nadie averiguaba, la enviaron a pedir a su madre. Como en calidades no fuesen menos que ella, pareciola mejor entertenerlos con buenas palabras que despidirlos con desaire, temiendo que el desprecio della y la emulación dellos fuese causa a su hija de algún daño; con lo cual, cada uno se tenía por dueño de la materia; y sin declararse los unos a los otros, por no desvanecer el logro de sus intentos, paseaban la calle juntos o devididos, pensando cualquier dellos que era el que engañaba a los demás.

»Dilatose algún tiempo el galanteo que a las paredes de la casa hacían estos galanes, sin conseguir ninguno el ver a quien todos deseaban; y por más diligencias que para eso hacían, todas salieron vanas. Todos estaban tan iguales en sus favores como en las esperanzas que su madre les daba. Uno con el otro, ninguno competía, por parecer a cualquier dellos que con él no había competencia. Tanto puede una vana esperanza en casos tales, que desvanece al más entendido si está enamorado; y tan poco un desengaño al que con justa causa pretende, que la openión de su mérito le facelita todo.

»Había en aquel lugar un caballero, pariente desta señora; aunque pobre de hacienda, en calidad no la desmerecía. En falta della, él la heredaba, por ser todo vínculo de que era el varón. Pidiola algunas veces a su madre, representándola estas conveniencias, siendo la mayor no perder una casa su varonía; pero como siempre es la pobreza poco apetecible, a ninguna le respondió en forma, ni él la tenía para solicitarla de otra manera; saliendo al galanteo con el lucimiento de los otros, sin embargo que hacía a todos ellos conocidas ventajas en gentileza, descripción, y todas las demás partes que en un caballero pueden desearse. Con todo vivía con recelo en su justa esperanza, dudando el logro de la posesión della.

»Divulgo en el pueblo que la causa de no admitirle esta señora era el tener poco; pero como su entendimiento era mucho, siempre en las ausencias tenían ellas en él seguras las espaldas; y, en las ocasiones de servir las, era el primero, como luego diremos.



## CAPÍTULO VII

*Va refiriendo Guzmán de Alfarache cómo don Andrés de Almada,  
con un portugués solo, desempeña a muchos*

Sucedió, pues, enfermar<sup>687</sup> esta dama de un tabardillo,<sup>688</sup> de que llegó a los últimos días de la vida. Era su aposento el más alto de una torre que había en la casa. Y como aturase<sup>689</sup> muchos días la enfermedad, con el grande desvelo de las noches estaban ya tan rendidas al sueño su madre y las criadas que la asistían, que, pegándose fuego en el cuarto que estaba más cerca de la torre, por descuido de una dellas, cuando fue sentido de los criados, ni los golpes que daban en las puertas ni las voces que ellos y los vecinos daban en la calle fueron bastantes a despertar a ninguna, si no muy tarde, y a tiempo que, con el susto, bajando ellas y su ama a ver lo que era, en abriendo las primeras puertas que de los aposentos iban a la torre, fue tan grande el tufo y humareda que, en cuanto unas abrían las ventanas, y otras a los criados que las socorriesen, con ayudarlas ellos, salieron casi ahogados al patio, sin acordarse de la enferma, ni aun su madre, que apenas podía respirar para alentarse. Y queriendo los criados socorrerla, al intentarlo, volvieron reventando sin poder conseguirlo.

Corrió la voz del fuego por todo el lugar; tocaban las campanas, acudían todos. Y como en casos tales se anticipan siempre aquellos a quien más duelen, fueron los primeros que llegaron todos los pretensores desta dama; a los cuales la madre, por estar más en sí, deshaciéndose en lágrimas, dijo:

—Aquel que sacare a mi hija del fuego, se la doy por mujer.

Todos lo intentaron; y volviendo todos como los criados, su primo pasó adelante por ir prevenido de dos sábanas que había mojado; y, revuelto en una, llegando a donde

---

<sup>687</sup> ‘infermar’ en el ms.

<sup>688</sup> ‘Tifus’.

<sup>689</sup> ‘Duraba’.

estaba la enferma, revolviéndola en la otra, por entre el humo y fuego la trajo a las faldas de su madre, dejándola alegre y contenta, y a todos los galanes envidiosos.

¡Quién pensara que a una tal fineza faltase el premio, y a un riesgo tan grande el agradecimiento y que, ofreciéndose esta dama al que la dio la vida, se la negasen! Solo podrá decirlo el que ha expremetado hacer bien a desagradecidos, honras a soberbios, mercedes a viles, prestado a avarientos, y recogido malhechores, que totalmente en estos se pierde el beneficio.

Todos tuvieron por infalible el casamiento, y así lo dio entender la madre, viendo su hija libre del peligro; pero, al punto que iba convaleciendo de la enfermedad, se fue más refriando en la materia, diciendo a quien la hablaba en ella:

—Tiempo quieren las cosas; lo que hoy no se hace, mañana puede hacerse. Ese caballero es mozo, niña es mi hija, no tardo en casarla; y cuando fuere tiempo de darla estado, no me olvidaré de la fineza de su primo”.

No dejaba él de sentir el engaño con que le desengañaba, pues con entretenerle, metiendo tiempo en medio, le quería pagar con esperanzas deuda tan debida a tanta fineza para que intentasen los pretendientes bodas que no habían merecido, como ya por el lugar decían todos.

Con esta queja se fue al confesor desta señora diciéndole que, pues no innoraba lo que había pasado, la dijese que en conciencia tenía obligación de cumplir su palabra, a quien, fiado en ella, había puesto su vida a riesgo tan conocido por darla a su hija, librándola del fuego, en que, pereciendo ella, heredaba él sus bienes; que, siéndole deudora de una y otra cosa, le quitaba todo, admitiendo pláticas de otros caballeros, a quien, dando su hacienda, pasaba a varonía estraña, quedando ella con renombre de ingrata por muchos siglos, y él, por la sinrazón que con él se usaba, de mal advertido caballero por haber puesto en tan grave peligro su persona por librar a quien con otro había de lograrse, con la misma hacienda que pudiera ser suya.

A hombres entendidos siempre la razón cuadra; hicieron tal efeto las deste caballero en aquel religioso, que, con grandes instancias, trató de la materia con todas veras, proponiendo todo lo referido a aquella señora, que su hija acechaba, causando en ella diferente efecto que en su madre, por haber respondido con mucha tibieza; pero no fue bastante para dejar de responder el confesor a los que con él trataban de otros casamientos que no se cansasen, porque no casaría sino con su primo. Esto sintió mucho



uno muy presumido, que se había empeñado más que los otros en casarse con ella; y buscando trazas para desvanecer el de su primo, eligió esta:

Había en el lugar un convento de monjas, una de las cuales, por ser hermana del confesor, se correspondía con estas señoras por papeles. Buscó modo de haber uno desta dama, por vía de una demandadera del convento, que era la que llevaba y traía las respuestas, y contrahaciendo la letra, fingió otro como que esta señora se lo escribía de apretados amores y supuestas finezas, en que daba a entender haberla gozado. Enseñolo a muchas personas conocidas della y del primo para que, dejando él la pretensión, el empeño del descrédito en que esta señora quedaba la obligase a casar con este caballero.

Llegando ya tarde esto a su noticia, como siempre llegan las cosas del honor al que mal le tratan, con grandes demostraciones de sentimiento, la hija y la madre daban a todos quejas desta alevosía, término infame, proceder incauto,<sup>690</sup> que, sabiéndolo él, trató de remediarlo con escribirla por vía de una criada estas razones.

Señora mía:

Si los errores que por amor se intentan no son dignos de perdón, yo me confieso por el más culpado hombre del mundo en este caso en que la fuerza de mi grande amor me obligó a hacerlos tan grandes, que por ellos llegase a desmerecer vuestra gracia, por el mismo medio que mi discurso engañado me aseguraba la posesión della. El no prevenir vuestro agravio disculpe la ceguedad de mi amor, y el no antever vuestro descrédito, el descrédito mío. Con que, postrado a vuestros pies, hago esta confesión, por este papel firmado de mi mano, para que, enseñándole a todos, todos reconozcan los términos de mi locura y los procedimientos de vuestra grande virtud, en la cual os conserve<sup>691</sup> Dios por muchos y felices años para que os logréis en todos ellos con quien más os ama y por quereros merece, que soy yo, N.

El crédito, la honra, la virtud de las mujeres son de vidrio, que, topando en una mala openión, es dificultosísimo el remedio. Así lo entendió esta señora, teniendo por satisfacción corta la de un pequeño papel para la deuda de su grande agravio, y que se hallaba sola, sin amparo de parientes, que a su cargo tomasen la venganza de su honor.

---

<sup>690</sup> 'incapto' en el ms.

<sup>691</sup> 'conserve' en el ms.

Sin enseñar a su madre el papel, se resolvió que quien le había dado la vida, sin reparar en la suya, le restauraría el honor que ella estimaba más que todo lo del mundo; y enviando por la misma criada el papel a su primo, mandó que le dijese que sin honra no quería vida y, pues le había dado esta, le restaurase aquella.

Los que desean ganarse por sus méritos no desprecian las ocasiones de perderse por conseguirlo. Así lo hizo este caballero, con el recado y papel que le llevaron, a que respondió:

—A mi prima dirá vuesa merced que me la hace muy grande en la confianza que de mí ha hecho. Y vuélvale el papel porque para conmigo no necesita su crédito de satisfacciones, y para con el mundo la tomaré brevemente dese caballero.

Fue a buscarle aquella misma noche a cierta casa de conversación,<sup>692</sup> adonde acostumbraba acudir las más dellas. Esperole a la puerta y, diciendo que tenía cierto negocio que tratar con él, le sacó al campo, adonde, preguntándole la causa de haber supuesto un papel tan infame de una mujer que su misma madre se la había ofrecido por esposa, no se la negó; que la soberbia siempre ciega a los atrevidos.

Metieron mano a las espadas, y en breves lances le dejó sin vida, como sucede más veces al que sin razón pelea. Al mismo punto se fue a casa de la criada que le había llevado el papel, que vivía muy cerca de la destas señoras, y la dijo solamente:

—Diga vuesa merced a mi prima que duerma sin cuidados.

Así se lo dijo ella, pero como al buen entendimiento no es menester descifrar las palabras, solo con estas que la criada dijo tuvo por infalible la muerte del autor de su agravio. Y para librar de lo que podía suceder a quien por su respeto había tomado la venganza, fingiendo que ella y sus criados habían de representar aquella misma noche un entremés, mandó pedir en nombre de su madre a unos vecinos de su casa dos vestidos de hombre con todo el aderezo necesario para hacer un papel de un desafío.

Devulgándose al otro día la muerte de aquel caballero, que habían hallado en el campo con muchas heridas, como fuese público el agravio desta señora, sospechando mal della los dueños de los vestidos, estaban discurriendo, por la forma en que se les dio el recado, si podría ser ella la autora desta muerte. A tiempo que se los volvieron, mirándolos de espacio con este cuidado, hallaron dos golpes en una capa, mal zurcidos, y algunas manchas de sangre en las espadas. Por ser amigos del muerto, dieron luego cuenta a la

---

<sup>692</sup> ‘Casa de juegos’.

justicia, y fue esto bastante, con algunas palabras que a estas señoras contra el muerto habían oído, para sacarlas fuera de su casa y ponerlas a buen recado con todas sus criadas en la de un ministro, llevando la demás familia a la cárcel pública.

Por otra parte, no faltaban también indicios de la verdad, porque un paje del defunto decía que yendo con su amo a aquella casa de conversación, antes de entrar le llamara un hombre aparte, y que después de haber hablado los dos, su amo le dijo que se fuese a casa, yéndose con el otro, que se parecía en la voz al primo desta señora. También era en su daño el no haber ido a la conversación aquella noche, yendo casi todas, y quedando por aquí indiciado de la muerte, fue preso. Al tomarle la confesión, negó haberla hecho, ni tener con el muerto inemistad alguna, ni causa para matarle; que el no haberle hallado en la casa donde decían aquella noche fuera por haberla pasado en la de unos amigos; adonde, entrando a las siete, saliera a las doce. Perguntados ellos si era así, contestaron con el dicho, de manera que, quedando desvanecida la sospecha, hasta la misma verdad quedó dudosa.

Después de haberse hecho esta diligencia, se fueron adonde aquellas señoras estaban, y haciendo preguntas a la madre primero, dijo la verdad: que ni ella ni su hija sabían de tal muerte, y que los vestidos que habían enviado a pedir fuera[n] solamente para representar un entremés con que se habían entretenido la misma noche.

La misma declaración fue la de sus criadas, pero como supiese la hija, antes de hacérsele preguntas, que su primo estaba ya preso por el caso al tiempo de hacerse con ella esta diligencia, puso en manos de los ministros el papel que el muerto la había escrito, pidiéndoles que reconociesen aquella letra, y todos declararon ser suya.

—Pues, señores —dijo ella—, las mujeres no tenemos más que una honra, una fama y una reputación; perdidas una vez estas, o por su culpa o por un testimonio, no hay poder en el mundo que las restaure. Este pueblo os dirá, si no lo sabéis, en qué estado estaba mi honor y mi crédito; y este papel, mi inocencia y la causa por que este caballero pretendió desacreditarme. Pues, si en defensa del que quiere quitarme la vida y hacienda, por derecho natural, divino y humano, puedo matarle, ¿qué queréis que hiciese por defender la honra, que estimo más que todo? Las obligaciones de mi sangre no podéis innorarlas, ni tampoco el valor de mi padre, pues en servicio desta Corona derramó la suya muchas veces y en muchas ocasiones; degenerada<sup>693</sup> yo de hija suya, no

---

<sup>693</sup> ‘degradada’.

derramando la mía, viéndome ultrajada. A ese riesgo me puse, dándome valor mi misma afrenta para acudir por mi reputación y por su crédito, quitando una vida a quien quería quitármela, y solo siento no tener muchas más; que si cien mil tuviera, todas se las quitara. Vime sin padre, sin hermanos, sin deudos que sintiesen mi afrenta para vengarla. Y aunque el ser mujer y desta edad que veis me representaron el grande peligro a que me ponía, tuve por mejor el morir por la honra que el vivir sin ella. Esta es la verdad del caso, este es mi delito. Yo fui quien mató a ese caballero, yo le saqué al campo, adonde, pagando él lo que debía, cobré yo lo que había perdido.

Quedaron admirados los ministros, y sin perguntarla más, ni hacer que firmase lo que había confesado, se fueron a dar cuenta a sus superiores de lo que decía esta señora para ajustar el modo de proceder en caso tan raras veces visto, o ninguna, con las circunstancias que en él se hallan.

Publicose en el pueblo todo lo referido. Unos por hija de su padre lo creían; otros, por ser mujer y en edad tan tierna, lo dudaban; pero con el dudar y creer, de una y de otra manera, la acción fue generalmente aplaudida, y de todos alabada, por el valor con que había recuperado su honra; y cuando no, el grande que tenía en hacerse autora de aquella venganza por librar a su primo, si él la había tomado.

Llegó luego la nueva a donde estaba el primo; y, tanto que la supo, publicó por la cárcel ser autor de la muerte y que aquella señora con la pasión de su agravio se equivocaría, y en esta forma volvió a retratarse<sup>694</sup> en presencia de los ministros. Los cuales, tomándole segunda confesión, la firmó de su mano. Decía en ella que la causa de haber muerto aquel caballero fuera la misma desta señora, por ser el pariente más cercano, a quien, por este respeto, tocaba tomar satisfacción de un tan grande agravio, y por su madre se la haber ofrecido por esposa en la ocasión del fuego, en presencia del mismo muerto y de todos los que allí se hallaron presentes.

Con mucha mayor suspensión quedaron los ministros de ver tan encontradas estas declaraciones; pareciendo a cualquier de los dos justa la venganza, ninguno se escusaba del castigo. Viendo, pues, en esta duda el caso, no quisieron sentenciarle sin primero dar cuenta al rey; que, mandando hacer informaciones secretas de todo lo que había precedido al delito, y de la calidad y virtud desta dama, y reputación en que antes y después de aquel papel había estado, y viendo, por unos y otros informes, la nobleza ofendida, la virtud

---

<sup>694</sup> 'Retractarse'.

decipada,<sup>695</sup> la injuria manifiesta, y que hasta los mismos deudos del muerto no trataban de acusar a nadie, por ver la causa que él había dado para que le matasen, mandó que no se hablase más en la materia, teniendo en secreto esa orden hasta efetuarse el casamiento con gusto de la madre, y no viniendo en ello, sentenciasen la causa y, antes de ejecutarse la sentencia, le diesen cuenta della.

Todo se hizo en la conformidad que el rey lo había ordenado. Pero, viendo los ministros no querer reducirse aquella señora a dar su hija a quien con tantas finezas la tenía merecida, publicaron la sentencia en el tribunal del crimen, que fue que él y ella muriesen por el caso. Fueron a leérsela a las presiones<sup>696</sup> adonde estaban. Con grande valor dijeron que la oían, y solo repararon uno y otro en cuál de los dos se había de ejecutar primero, porque ninguno quería ser el último, ni la sentencia declaraba cuál fuese. Suplicose della; dióse cuenta al rey. El cual, informado que hasta aquel punto aún la madre desta señora dudaba el darla por mujer a este caballero, envió un secretario a reducirla, y a los jueces que, después de ajustado el casamiento, declarasen la orden que tenían en que manadaba poner silencio en aquel caso.

Tanto puede la razón contra la justicia, siendo la justicia hija de la razón, que los mismos jueces deste crimen fueron los padrinos desta boda, yendo a la cárcel a buscar el novio.

Y cuando él pensaba que era para llevarle a mayor aprieto, por innorar lo referido, le preguntaron ellos si tenía dispensación para casarse con esta señora. Respondioles que sí, pero condicional que no fuese por hurto.

—Pues, eso está vencido —le volvieron ellos—; ya su madre lo quiere, y vuesa merced y su prima tienen perdón de su alteza, de que le damos la norabuena. Y véngase con nosotros a desposarse y a recibir el premio de todos sus trabajos y singulares finezas.

Corto quedará el encarecimiento y de poca eficacia las palabras para explicar el gusto con que entre tantas penas recibió tal nueva este caballero. Las razones con que la agradecía a los que se la daban formó con tan notable turbación, placer, contento, gusto, alegría, que a no ser tan cuerdo, se volviera loco; si no fue locura, estando enamorado, el dejar de volverse, viendo en un instante la variedad de la fortuna en la inconstancia de sus efectos.<sup>697</sup> Por una parte le parecía sueño ver lo que no esperaba; por otra, ser engaño lo

---

<sup>695</sup> ‘Disipada’.

<sup>696</sup> ‘Prisiones’.

<sup>697</sup> Tópico renacentista de la *fortuna mutabile*.

que le decían. Tales fueron los discursos hasta llegar a la presencia de aquellas señoras, que, mirándole con una notable alegría, sin hablar le aseguraron de su duda; y hablando, que no era en sueños lo que vía.

Dijeron los padrinos que con orden de su alteza llevaban allí aquel caballero para que ellas fuesen jueces y diesen la sentencia que les pareciese en el crimen de que él mismo se había hecho dueño. Recibiendo con mucha estimación el recado, respondió la madre que no se castigaría su delito sin verdugo, pues era la sentencia darle a su hija por mujer y a sí por suegra, con que no podía faltarle.

Besole él la mano. Hízose luego el desposorio, con particular gusto de todos los que se hallaron presentes y los demás que del caso tenían noticia.<sup>698</sup>

Mucho le alabé las finezas que he referido, y siento mucho no poder contárselas en la misma forma que don Andrés de Almada lo hacía, porque en sucesos amorosos tiene un no sé qué la lengua portuguesa para explicar los afectos de la alma, que la imitan pocas y ninguna la excede.

Así se lo dije. Y por no quedarme deudor en nada, me respondió que tenía razón en cuanto a los hombres, pero que en las mujeres la lengua castellana era más cariñosa, y como piedra imán atraía a sí los más acerados corazones.

Mucho hay que decir en esto, dejemos el apurarlo para otra ocasión; si bien la experiencia nos enseña, por la mayor parte, que los casamientos de portugueses con castellanas, y de castellanos con portuguesas, no son los en que se pasan la vida menos gustosa.<sup>699</sup>

Todo lo referido había estado asechando la huéspeda por unos resquicios de unas tablas que devidían de otro nuestro aposento, y cuando oyó decir a don Andrés que la lengua de las castellanas enamoraba más que la de las portuguesas, no pudiendo sufrírselo el corazón, se nos entró a donde estábamos. Y como si fuera aquella una grande inominia o oprobrio contra las portuguesas, dijo estas razones:

—Por cierto, señor Andrés, con licencia deste caballero castellano, digo que tiene vuesa merced muy poca razón en decir que enamora más la lengua castellana que la portuguesa.

---

<sup>698</sup> Las afrentas de la honra resueltas con el asesinato del falsario o del violador son típicas de algunos conocidos dramas de Calderón o Lope; piénsese en *Fuenteovejuna* o en *Peribañez y el comendador de Ocaña*. Tema recurrente es el de la honra como única posesión de la mujer que, viéndose despojada de ella, pierde todo cuanto tenía y cuanto podía llegar a tener.

<sup>699</sup> El propio Felix Machado contrajo matrimonio con una dama española, doña Violante de Orozco.

Y diciendo esto, con las manos puestas en la cintura y los brazos en jarra, dando una vuelta en redondo, prosiguió:

—Venme vuestas mercedes aquí, hecha y derecha, como Dios me hizo. Veuda<sup>700</sup> soy de tres maridos, y todos eran castellanos; y si con treinta quisiera casarme, pudiera hacerlo por mi lengua, o por mi pico, como decían ellos llamándome: «Picoterilla, lengüaretera, ven acá, niña; vuelve allí, muchacha; que muchachos y niños lengüareteros y picoterillos los tenga Dios en el cielo, *per omnia secula seculorum*, amen».

Aquí comenzó ella, con unas hopalandas que traía por tocas,<sup>701</sup> a limpiar los ojos, que en lugar de pestañas traían unos ribetes colorados. Lágrimas no las vi, pero sollozos muchos; entre ellos nos decía:

—Perdonen vuestas mercedes, que más debo a aquellos malogrados, y no se espanten; que si hay razones para que una veuda llore toda su vida a un buen marido, había yo menester tres para llorar los míos, puesto [que] dos fueron buenos, y ninguno fue malo. Todos fueron soldados, y nunca en mi casa hubo g[u]erra. Todos valientes y nada pendencieros; yo fui la desdichada en perder tales hombres por maridos; que si me preguntasen a cuál quería más, muy mal podré decirlo. A uno, como a todos; y a todos, como a uno; era lo que quería tan medido, que no podré decir más que a ninguno dellos menos ni a ninguno dellos más.

Aquí fingió caerse de su estado, si no fue verdadera la caída, que la mujer tropieza en lo más llano. Fui yo a detenerla; apretome las manos, de tal modo que, si aquel caballero fuera el cura, pensara que eran bodas que clandestinamente intentaba por verme castellano.

Acudió la sobrina, que en posadas, mesones y tabernas es alhaja infalible y, como si yo la hubiese maltratado, me dijo:

—Quítese allá, señor romero, que el oler a mi tía a castellano le ha dado mal de madre,<sup>702</sup> y cualquier olor bueno la maltrata. ¡Pobre mujer! ¡Y qué caros le costan los maridos! No se pasa semana que no compre cinco o seis perdices solo para la pluma. Y así, con licencia del señor don Andrés, le haremos el remedio que este mal solo tiene.

---

<sup>700</sup> ‘Viuda’.

<sup>701</sup> *Hopalandas*: «Vestidura de corte amplio, abundante y llamativo» (*DLE*).

<sup>702</sup> La histeria, conocida en épocas pasadas como mal de madre, se atribuía únicamente a las mujeres y, vinculada al hecho de la maternidad, se pensaba que tenía en la matriz su origen físico.

Entró luego una mozuela con un tiesto de brasas y una almohadilla, sacando plumas y más plumas. Fueron tales los humazos que la dieron y nosotros recibimos, que fue forzoso dejar el aposento mientras la ahumaban.

Trajéronla después una perdiz, resulta del remedio que hacía muchas veces para sanar mejor el mal de madre. Comiola sin fastidio, bebióle dos traguitos y luego quedó sana.

—¡Bendita sea el ave —decía la sobrina— que tal virtud la dio naturaleza!<sup>703</sup>

Y ella:

—Hija mía, dadme siempre perdices, que de aquel mal cabrito que hoy hace un mes me diste, ando con el estómago de modo que entiendo que en un año no volveré en mí, ni mi salud a ser la que solía. ¡Por amor de Dios sea lo que paso!

Abrieron las ventanas, salió el humo, y, llevándola de la mano la sobrina y criada, se fue a su aposento, y nosotros al nuestro.

—Si los hombres tuvieran mal de padre —me dijo don Andrés— y fuera este el remedio de su cura, ya no hubiera perdices en el mundo. Esta mujer es de más edad de la que representa, y todas las que quieren que las tengan por mozas se quejan deste mal. Veuda la conozco más ha de quince años y para los sesenta le faltan muy pocos, edad en que pudiera, naturalmente, quejarse de tatarabuela,<sup>704</sup> ¡y viene con su madre, que más ha de treinta que está sepultada!

»Pues en las vesitas es cosa redícula. Entra un caballero con unos guantes de ámbar adonde hay señoras de edades diferentes —a mí me ha sucedido, yendo ya con ese reparo—: la más vieja taparse las narices con la mano; la que no lo era tanto, con el pañuelo; y la que menos, ladeaba la cara; y una que estas prevenciones no juzgó por bastantes, fingiendo hacer caricias a una perrilla que tenía en las faldas, la levantó la cola oliéndola de espacio, por divertir el ámbar. Y así, señor don Juan, del mal el menos: más valen las perdices de la huéspeda que las perrillas de las señoras.

Este y otros cuentos a este propósito contó con tanta gracia que aun en los mismos estrados de las señoras, a quien picaban tanto, pudieran celebrarse; yo se los alabé mucho.

Dio el reloj las doce, fue a acostarse este caballero y yo hice lo mismo, no con poco cuidado si de estas cosas me resultase alguna pesadilla de tanta pena y susto como

---

<sup>703</sup> Se atribuían a la perdiz propiedades terapéuticas para mejorar la concepción y calmar los nervios, así como para estimular el apetito sexual.

<sup>704</sup> 'tártara abuela' en el ms.



la pasada, con que tuviese en qué entender toda aquella noche. Venía[n]me a la imaginación los maridos de la huéspeda, el apretarme las manos, lo que dijo la sobrina; al fin, todo lo posible traté de divertir el pensamiento por que ni aun en sueños me sucediese como a otros que se acuestan solteros y amanecen casados, o por fuerza de los deudos de las novias o por la de sus caricias dellas.

Quiso Dios que la pasé mejor que las pasadas, y al despertarnos, me dijo don Andrés si gustaba que fuésemos a oír misa a San Francisco. Respondile que ese era mi intento para hablar a un religioso a quien la tarde de antes había dado palabra de ir a verle. Fuile acompañando, y él haciéndome relación de los muchos conventos y casas más notables de aquella villa insigne, que en tiempo de romanos, godos y moros había sidociudad.

## CAPÍTULO VIII

### *Va Guzmán de Alfarache con don Andrés de Almada al convento de San Francisco a ver aquel religioso con quien vino en el barco. Refiérele los milagros de Santarém*

Llegamos a San Francisco, oímos misa y, preguntando yo por el religioso que iba a buscar, se holgó mucho don Andrés de hallarle allí porque era grande amigo suyo. Fuimos a su celda, adonde, después de preguntarse el uno al otro por su salud y lo que pasaba en Coímbra y Lisboa, de donde los dos venían, queriendo volvernó a la posada no me lo consintió mi buen fraile, con el cual fue forzoso despedirme de don Andrés de Almada. No dejé de sentir su ausencia con justo sentimiento, pensión que a los entendidos se debe, y hacer memoria de los más singulares en todas ocasiones, como te hago ahora deste caballero a quien, por insigne, nombro por su nombre en este discurso de mi vida, porque el que merece vivir por muchos siglos, desatención grande será de aquel que escribe el dejar de nombrarle.<sup>705</sup>

Al contrario sucede con aquellos a quien la fortuna se mostró avara, que, si no hay intereses de por medio, ni el afecto siente sus ausencias, ni la lisonja pisa sus umbrales. Muy buenas se las hizo aquel religioso que, viéndome suspenso y triste, me dijo:

—No me espanto, señor don Juan, que vuesa merced sienta dejar la compañía de don Andrés, porque a todos aquellos que le comonican sucede lo mismo. Su apellido es Almada, y él da alma a todo lo que dice, de manera que, robándolas de quien le escucha, todas deja rendidas a su gran talento; y así no me espanto que vuesa merced sienta el apartarse de su compañía, pero es forzoso el hacerlo y muy posible que vuesa merced no vuelva por este lugar. No quiero que se vaya sin referirle los prodigios dél como en la barca se lo ofrecí, por que, cuando oiga decir por adagio «milagros de Santarém», pues es castellano —nación tan piadosa en celebrarlos—, sepa cuáles son.

Olvidado estaba yo de la promesa para obligarle por la palabra, porque a los que no son buenos siempre se les olvida lo que más les conviene para venir a serlo. Agradecile

---

<sup>705</sup> Como ya apunta Gerhard Moldenhauer, podemos suponer que don Andrés de Almada es el verdadero nombre de un personaje histórico contemporáneo del autor, de cuyas palabras se infiere que, excepcionalmente, tiene cabida sin máscara alguna en la narración, en una especie de personal homenaje.

el cuidado que tenía de hacerme aquella merced como don Juan de Guzmán, lo que en otro tiempo como Guzmanillo no sé si lo hiciera, y él prosiguió así:

—Aquellas piedras que enseñé a vuesa merced al desembarcarnos se han puesto allí para señalar la angélica sepultura de santa Eiria, Erea o Irene, que desta manera varió el tiempo su nombre, como lo hace en todo. Fue esta santa de noble sangre, hija de Ermigio y Eugenia; vivieron cerca de la Villa de Tomar, los cuales para mayor enseñanza la entregaron a Casta y Julia, hermanas del padre, monjas en un convento a las márgenes del río Nabam, adonde desde niña creció tanto en virtudes que a todas admiraba su raro ejemplo. Diose cuenta desto a Selio, hermano del padre, abad de otro convento allí cerca, para que entre sus religiosos la señalase el que le pareciese de más virtud y letras para su maestro y confesor. Mirándolo, pues, con atención, el tío eligió a Remigio por parecerle más conveniente para su intento.

»Luciose tanto su buena elección que brevemente creció mucho, así en las virtudes como en el conocimiento de la Sagrada Escritura, en que fue doctísima. Y aunque en aquellos tiempos no había clausura a las religiosas, estas la guardaban de manera que solamente en el año salían el día de San Pedro a vesitar su iglesia a Nabancia, lugar de que aquel río tomó el nombre. Era señor dél Castinaldo y Casia, ilustres padres de Britaldo, caballero mozo en quien la curiosidad más que la devoción hizo su efeto. En uno destos días que en la iglesia se celebraba la fiesta del santo, concurriendo sus padres y las monjas a ella, hizo sus diligencias para ver si la hermosura de santa Eiria era la que su fama pregonaba.

»Terribles son los empeños de la vista; como primer sentido, rindiéndose a lo más perfecto y hermoso, obra con más fuerza que todos los demás.<sup>706</sup> Haciendo aquí su eficaz operación, quedó Britaldo tan rendido a aquella singular belleza que, viendo los imposibles del logro de su deseo, sin comonicarlo a nadie, por tan justos respetos como dejan verse, vino a caer malo, de modo que, desconfiando sus padres de toda medecina y remedios humanos, buscando los de Dios, verdadero médico, pedían a todos que se lo encomendasen.<sup>707</sup>

---

<sup>706</sup> Si para el pensamiento neoplatónico era la vista un sentido excelso, mecha que encendía la llama amorosa, la teología católica advierte de sus peligros, pues es la misma puerta al amor pecaminoso; puerta a los demás sentidos y, por tanto, a las demás tentaciones.

<sup>707</sup> Desde la poesía clásica latina, la enfermedad de amor se convierte en un tópico de extraordinaria difusión y recorrido. Es ese mismo mal que padece Calisto y que desencadena la trama de nuestra *Celestina*.

»Así se hizo en el convento de las monjas, y no siendo la santa quien con menos cuidado se lo pedía, la reveló Dios todo. Y fuese por divino impulso o fuerza de su grande caridad, ella se resolvió en hacer una vesita al enfermo. Fue a verle, y al punto que Britaldo puso los ojos en ella, como si fuera la misma salud la que le vesitaba, se alentó de modo que todos quedaron con grande admiración. Y en el discurso de la plática, viendo santa Eiria tiempo oportuno, le dio a entender que no innoraba el origen de su enfermedad y que Dios le había de librar della.

»Viendo Britaldo prompta la ocasión para declararse que hasta allí el respeto le negaba, le dijo que, por reconocer la imposibilidad del remedio del mal que padecía, estaba resuelto a murir primero que declarar su vano pensamiento, pero que, ya que no le estaba oculto, le suplicaba que en premio de su afecto —pues seguía el camino de la virtud—, no admitiese otro dueño de sus prendas.

»Después destas y otras razones, la advirtió que en caso que ella hiciese lo contrario, la misma crueldad que consigo usaba en dejarse murir primero que ofenderla declarándose usaría con ella quitándole la vida en venganza de su agravio. Respondiolo la santa que tratase de su salud, que Dios tendría cuidado de guardarla a ella.

»Entraron sus padres de Britaldo, conque cesó la plática, y al despedirse dellos santa Eiria, puso la mano sobre la cabeza del enfermo pidiendo a Dios su salud con tanta devoción que brevemente la cobró de todo. En reconocimiento desde beneficio vesitaba él y sus padres el convento, proveyendo [a] las religiosas de todo lo necesario, dándolas heredades y privilegios honoríficos al monasterio, como señores que eran de aquella comarca.

»Dos años vivió la santa virgen Eiria sin tratar más que de su oración, en la cual hacía Dios grandes mercedes, y todo lo que pasaba en ella decía a su maestro Remigio por la grande confianza que hacía de su virtud. Pero el demonio que en sus acechanzas vela, hizo que aquel que, cuando mozo cobró tanta openión en su convento, en mayor edad la perdiese en una hora, obligando a aquel religioso a solicitar con palabras discompuestas un imposible con quien Dios tenía de su mano.

»A los principios [a]pareció a la santa ilusión del demonio, tomando la figura de su maestro para desacreditarle con ella, o totalmente delirio del juicio; pero como viese en diferentes lances que poco a poco iba él declarando su torpe amor, le reprendió con tanta aspereza de palabras que, mostrándose con disimulación en lo aparente, convertido

el amor en odio, trató de tomar venganza en secreto de la reprensión que había merecido en público.

»Tomando, pues, cierta yerba, cautelosamente la dio a beber el zumo. Fuese opilando con él la santa de manera que en breve tiempo le creció tanto el vientre que juzgaban todos estar preñada. Con lágrimas y sospiros ofrecía a Dios los oprobrios y afrentas que por ese respecto la decían sus mismas compañeras. Y como se publicase mucho el caso, tomando ocasión desta fingida infamia, el autor de su supuesta culpa se fue retirando poco a poco de verla por que todos creyesen que por eso lo hacía.

»Llegando a Britaldo esta nueva, de cuyo amor aún había fuego en las cenizas, trató de tomar venganza della por el desprecio que imaginaba haber hecho dél en dejarle por otro. Llamó para esto a un amigo suyo y, dándole cuenta de todo lo que había precedido y cómo la santa estaba en aquel estado, le pidió que buscase tiempo oportuno para matarla con el mayor secreto que fuese posible. Hizo él sus diligencias y, sabiendo que acabando maitines<sup>708</sup> acostumbraba ella ir a hacer oración a un cuarto del convento que el río Nabam cercaba de una parte, fue a esperarla allí. Y llegando ella a sus acostumbrado ejercicio, apenas había puestas las rodillas en tierra y en el cielo los ojos<sup>709</sup> cuando con la espada le pasó la garganta y, quitándola el hábito para testigo de su cruel ejecución, así agonizando, la echó en la corriente del río para que, llevándola él, no quedasen vestigios de su dilito. Siendo ya claro día y no hallando a la santa virgen sus monjas, hubo gran desconsuelo en el convento. Todas lloraron su común descrédito y las tías su particular afrenta, juzgando unas y otras que el autor de su infamia lo era de su huida.

»Aunque Dios permite por sus justos juicios persecuciones, trabajos y afrentas a los que más ama, no consiente que prevalezcan por mucho tiempo ni que sepulte el olvido su inocencia. Con intrañable dolor sentía el abad Selio, tío de santa Eiria, este trabajo; que siempre los de la honra discomponen a los más cuerdos. Quiso Dios consolarle revelándole el martirio de su sobrina para que viese el mundo en un prodigio raro el raro premio con que restaura el crédito de los que por su causa lo pierden, y cómo se manifiestan los que contra él se oponen.

---

<sup>708</sup> *Maitines*: «Primera de las horas canónicas, rezada antes de amanecer» (DLE).

<sup>709</sup> Entiéndase aquí *había* en el sentido de posesión que tenía el verbo latino: ‘apenas tenía puestas las rodillas en tierra y en el cielo los ojos...’.

»Buscando, pues, el abad ocasión de grande concurso de gente, en presencia de todos refirió lo que Dios le había revelado: quién la había muerto, por qué había sido, cómo la echó en el Nabam, cómo su corriente la había llevado al río Zêzere y este al Tajo, adonde su cuerpo estaba en una sepultura hecha por los ángeles, la cual verían todos los que quisiesen ir con él y sus monjes al lugar que Dios fuera servido revelarles. Ofreciose el pueblo para hacerlo y ver tan prodigiosa maravilla, que por la opinión de Selio luego tuvieron todos por infalible.

»Llegando a las monjas esta noticia de su compañera Eiria, unas envidiaban el suceso de su martirio, otras su paciencia y sufrimiento, y todas alababan a Dios por manifestar al mundo aquel gran testimonio que en parte a todas comprendía. Llorábanlo aquellas que con palabras escandalosas habían maltratado a su sierva. El pueblo blasfemaba de los autores desta crueldad; y sin más prueba del dilito, se partieron a Roma Remigio, su confesor y el que la había muerto, adonde confesando su culpa al sumo pontífice, que conforme a la computación de los tiempos se entiende ser Eugenio primero,<sup>710</sup> les dio la penitencia que el caso merecía; pero fue tal su dolor que, antes de haberla cumplido, dieron fin a sus vidas.

»Salió el abad Selio de Nabancia con sus religiosos, acompañado de todo el pueblo, para ir a ver aquella notable maravilla. Y llegando a este lugar de Santarém, que aún en aquel tiempo no tenía este nombre (fue el primero que tuvo Escalabis o Escalabi Castro, y en el de los romanos Iulium Presidium), en la ribera del río, adonde enseñé ayer a vuesa merced aquellas piedras, a modo de columna toparon el sepulcro que Selio había dicho. Mandole abrir él, y dentro hallaron —y fue visto de todos— el cuerpo de la santa, solo con la camisa que el matador le había dejado y con hermosura rara y notable fragancia quiso Dios manifestarle para que por estas señales se reconociese la gloria que su alma gozaba.<sup>711</sup>

»Intentó el tío y los que con él venían trasladar el cuerpo al monasterio de sus monjas, pero al moverle, fue tan grande el peso, que por más diligencias que se hicieron no les fue posible ejecutar su intento. Y contentándose solamente con parte de sus cabellos y camisa, cerrada la sepultura, vieron al retirarse que las aguas del Tajo la cobrían con su

---

<sup>710</sup> Se comprende el papado de Eugenio I entre los años 654 y 657.

<sup>711</sup> Sigue el relato la misma línea de las hagiografías y leyendas de santos tan populares en el XVI: desde la vida ejemplar de la niñez, los hechos milagrosos, la férrea castidad y el martirio, hasta los consabidos milagros *post-mortem*.

mayor corriente, y entonces rapararon que, al entrar ellos, se habían recogido para darles lugar a ver aquel protento,<sup>712</sup> que algunas veces renovó Dios en otras ocasiones.

»Fue la última en tiempo del rey don Dionís; que, deseando la reina santa Isabel, con quien estaba casado, saber si estaba la sepultura de la santa en el lugar que la tradición decía, la satisfizo Dios su piadoso deseo en esta forma:

»Pasando por allí ella con sus damas, y el rey con los que le acompañaban, se retiraron tanto las aguas del río que vino a descubrirse una caja de mármol muy blanco que todos llegaron a ver y tocar con las manos, y haciéndose muchas diligencias para abrirla, no fue posible conseguirlo.

»Reconociendo estos príncipes que no era voluntad de Dios quitar de allí el santo cuerpo ni que viesan más de lo que había permitido, mandaron edificar en la misma parte adonde habían visto el sepulcro un baluarte o columna de piedra, tan alta como ayer vimos, para que en todo tiempo se supiese adónde estaba.

»Es esta santa de grande devoción en este reino; por su méritos ha obrado Dios muchos milagros y, por no cansar a vuesa merced con referírselos todos, contaré este solo:

»Cayose un niño en aquel piélago y, haciéndose mucha diligencia para sacarle, no fue posible descubrirle en todo él. Cuando pensaban todos que la corriente le había llevado, le vieron salir andando por el arenal, alegre y contento, con el vestido enjuto como si no le tocara el agua, habiendo estado debajo della más de trece horas. Concurrió todo el pueblo a ver tan rara maravilla, y preguntándole su madre adónde había estado, enseñó con el dedo el lugar de la sepultura, diciéndola que una señora que vivía allí dentro le había detenido y regalado con muchas cosas, y que, sacándole ella misma de la mano al arenal, le mandó que fuese a ver a su madre, que lloraba mucho por él.

»Con tan extraño milagro en presencia de los que vieron caer este niño en el agua y del pueblo que le vio salir della después de tanto tiempo, creció la devoción de la virgen y mártir santa Eiria. Y por otros muchos que a instancia suya había Dios obrado en los tiempos antiguos, perdió —ganando mucho— este lugar su nombre, llamándose en los primeros años Santa Erene, que con poca corrupción decimos hoy Santarém.

---

<sup>712</sup> 'Portento'.

»Grandes han sido estos milagros, pero sin comparación fue mucho mayor el que sucedió en esta villa siendo rey deste reino don Alonso el tercero, conde de Boloña, por los años del señor 1266.

»Una mujer pobre y plebea,<sup>713</sup> no hallando en su marido igual correspondencia, o por sus divertimientos o mala condición, que son las principales causas de hacer infelices los más de los casados que no se conforman, con deseo de emmendarle, dio cuenta de su vida a una mujer de ley y nación hebrea.

»Facilitó el remedio la judía con que ella le trajese una forma consagrada y, dándola el modo de poder traérsela, se fue a su parroquia, que en aquel tiempo llamaban de San Esteban (por este suceso llaman hoy del Milagro). A título de enferma se confesó y, al tomar la comunión, sacando el Santísimo de la boca, atole en una punta de la beatilla<sup>714</sup> que llevaba en la cabeza; y sin volverse a su casa, que tenía en la rúa de los estereros, se fue caminando a la de la hebrea para entregar por segunda vez al judaísmo el Autor de nuestra Reparación.<sup>715</sup>

»No lo permitió él, porque, al pasar esta mujer por unos hombres, reparando ellos que della corría sangre hasta regar la tierra, la preguntaron qué heridas llevaba. Volvió a sí los ojos, y viendo con grande espanto que del nudo que al Santísimo Sacramento servía de prisión o custodia, como él tenía destinado, se bañaba en sangre.<sup>716</sup> Temerosa que no la cogiesen con tan grande hurto en las manos, o desengañada de ver aquel grande protento de que su poca fe no la había desengañado, con la prisa que pudo se volvió a su casa. Temblando toda, sin deliberarse en el caso, por remedio más prompto sacó la beatilla y, revuelta en aquella preciosísima sangre, la metió en una arca.

»Allí la tuvo todo el día. Y acostados ella y su marido, después del primero sueño, a los rayos de aquel devino sol que de la arca salían, despertó él atónito; y admirada ella con grande turbación, no se atreviendo a tener más en secreto quien tanto se manifestaba, le contó todo el caso.

---

<sup>713</sup> ‘Plebeya’.

<sup>714</sup> *Beatilla*: «especie de lienzo delgado y ralo». (DLE).

<sup>715</sup> La Reparación es la respuesta eucarística de los fieles al amor de Cristo, mediante la ingesta de su cuerpo y su sangre, transustanciados, respectivamente, en el pan y en el vino de la misa.

<sup>716</sup> Es un milagro eucarístico relativamente frecuente el de la transustanciación que se manifiesta en la hostia consagrada, de la que emana sangre. El más reciente se produjo en el Templo de María Madre de la Iglesia, en Guadalajara (México).



»Fuese luego el marido al prior de San Esteban<sup>717</sup> a darle cuenta de aquello. Juntose todo el pueblo; en todos fue grande el deseo de ver tan grande maravilla; y en todos, grande el aplauso y grande la devoción con que la veneraron en llegando a verla. Recogiose con cera aquella preciosísima sangre; y de la misma cera, por materia más incorruptible, hicieron un modo de custodia en que guardaron todo, y en solene prosisión<sup>718</sup> se llevó a la misma parroquia de San Andrés, que hoy, como se ha referido, se llama por este suceso del Santo Milagro. En ella se guarda este inefable tesoro, aunque otros dicen que primero estuvo en otras partes y que por pleito de los feligreses se les mandó volver a su parroquia.

»Así estuvo algunos años esta santa reliquia, en los cuales, en el día de Corpus y en otras ocasiones se enseña al pueblo. Yendo a sacarla en una el prior, halló recogida la sagrada hostia en un vaso de cristal a modo de pirámide,<sup>719</sup> muy angosto al fin del cuello y el asiento como un real de a ocho segoviano,<sup>720</sup> y la sagrada partícula que dentro se ve, como la mitad de uno de a cuatro, con algunas manchas oscuras como de sangre detenida, en todas colorada y fresca; todo lo demás blanca, de la misma manera que las hostias lo son.

»En el hondo deste angélico vaso se ven unas gotas no pequeñas de sangre negra y colorada, y para confirmación desta maravilla y evidencia de la fe, desde los primeros años en que sucedió hasta los presentes, ha querido el Señor dejarse ver en varias figuras a diferentes personas, ya como niño, ya como hombre, ya en la cruz y de otras muchas maneras, como por testimonio en juicio han declarado muchos de mayor exceisión,<sup>721</sup> y lo afirman personas de mucha verdad y crédito.

»No es para olvidar otro milagro, que sucedió en el convento de Santo Domingo desta villa. Era sacristán dél un religioso de grande virtud y ejemplo a que llamaban fray Bernardo. Algunos nobles del lugar le enviaban sus hijos para que los enseñase a leer y la doctrina cristiana en el tiempo que le sobraba de sus ocupaciones y santos ejercicios. Hacíalo él con el amor y cariño que se acostumbran criar plantas para el cielo, y con mayor particularidad a dos que venían por las mañanas, todos los días, que, por ser deudos

---

<sup>717</sup> Siguiendo a Rosa Navarro, enmendamos el nombre de la parroquia antes aludida como San Esteban y que, en esta ocasión, aparece en el ms. como San Andrés. Véase en Navarro Durán, 2010, p. 191.

<sup>718</sup> 'Solemne procesión'.

<sup>719</sup> 'pirámida' en el ms.

<sup>720</sup> 'segoveano' en el ms. Ver nota 622.

<sup>721</sup> 'Excepción'.

o más vecinos, siempre andaban juntos y en un mismo hábito, que era el de santo Domingo. En cuanto fray Bernardo daba orden de las cosas necesarias de su ocupación, los hacía recoger a una capilla cerca del coro, que entonces llamaban de los reyes y hoy de San Jacinto de Polonia, para escribir y repasar la lecciones. Enviábanlos sus madres proveídos de almuerzos y cosas de regalo para entretener el tiempo mientras el maestro tardaba.

»Como tenían en buen estado la lección, tendiendo sus pañuelos en las gradas del altar, repasaban también los almuerzos; era esto cosa ordinaria todas las mañanas. Había en él una imagen grande de nuestra Señora con el Niño en los brazos. Sucedió, pues, que estando en buena conformidad almorzando, dijo uno dellos al Niño Jesús que, si quería almorzar, bajase. La sinceridad de aquella inocencia obligó al Señor a que aceptase el convite. Bajándose de los brazos de la madre aquella mañana y algunas más, echaba mano de lo que comían, y les parecía a ellos hacer él lo mismo. Con esta ocasión debían de dar cuenta a sus madres del nuevo huésped para obligarlas a que les añadiesen más, pues eran tres al almuerzo de dos. Y en forma de queja dijeron al maestro que el Niño Jesús comía muy bien de los que ellos traían, sin poner de su parte cosa alguna. Al principio dudó fray Bernardo, pero, viendo que conformes los dos lo afirmaban en la misma forma, con admiración y abrasado en fuego del divino amor, alababa aquella inmensa bondad que con la mayor inocencia más se humana y más se facelita.

»Hizo sus discursos de qué manera podría granjear a aquellos inocentes algún grande bien de que a él le cupiese parte; para esto les dijo que, cuando el Niño bajase otra vez a almorzar con ellos, le dijese que, pues gustaba de comer con ellos sus almuerzos, que también sería razón darles algún día una merienda en casa de su padre, y que para ella llevarían consigo a su maestro. Parecióles bien el consejo, pensando que por aquel camino se pagarían de sus almuerzos. Llegando la ocasión, prepusieron al Niño Jesús lo que su maestro les había aconsejado. Respondióles que era contento de convidar a los dos para casa de su padre, y que sería de allí a tres días. Volvieron con el aviso al maestro que, no desconfiando de las misericordias del Señor y pareciéndole que la falta de respuesta sería para mayor prueba de su constancia, usando de la jurisdicción de su oficio, les mandó que dijese al Niño el día siguiente que, como traían el hábito de Santo Domingo, eran obligados a guardar los preceptos de su religión y que, siendo uno dellos

obedecer a sus superiores, su maestro no era contento<sup>722</sup> que fuesen solos sin que él los acompañase.

»Desta segunda instancia se dejó vencer la divina bondad, aceptando por convidado al maestro. Con grande alborozo recibió la nueva y, no innorando cuál sería el banquete, como espiritual varón, trató de aparejarse para tales bodas. Llegando, pues, el día emplazado de la merienda, que era el de la Ascensión, fue a decir su misa en el altar del divino huésped, a la cual le ayudaron los dos niños. Y es tradición constante que de su mano comulgaron en ella y que fue la postrera que aquel día se dijo en el convento por esperar la hora en que Cristo, redentor nuestro, subió a los cielos.

»Después de haberla dicho, se puso él y los niños de rodillas; levantadas las manos y los ojos al cielo, aguardaban el tiempo de su feliz jornada. En esta postura fueron hallados de toda la comonidad que venía a dar gracias. Con grande admiración salieron a la iglesia. Toda la gente della vino a ver aquel devotísimo y miraculoso espetáculo en que, juzgándoles todos por vivos, reconocieron haber pasado a mejor vida. Publicose el milagro, concurrió todo el pueblo y los padres y deudos de los dos niños; unos y otros alababan a Dios por tanta misericordia, si bien estos, sintiendo con lágrimas el verlos sin vida, repetían lo que ellos les habían contado, que, teniéndolo todo por redículo, descubrió la verdad la evidencia desta maravilla.

»Por no estar patente a todos la imagen del Niño Jesús, por quien obró él este prodigioso milagro, la recogieron después a una caja capaz de caber en ella, con un sombrerillo que tenía entonces. Por el tiempo adelante vinieron a quitárselo porque no cabía; y, pasándole a otra mayor en que hoy está, con una corona imperial que remata una cruz, le viene ya tan ajustada que con mucha dificultad cabe en ella.

»Sacando una vez en prosisión la imagen de la Virgen santísima, pareció a los religiosos que llevase el Niño en los brazos para obligar al pueblo a pedir con más devoción lo que intentaban. Y todo él reconoció la desconformidad de las dos imágenes porque tanto sobrepujaba la del Niño a la de la madre, que le impedía el poder verse bien; y muchas personas afirman que le vieron con mucho menos cuerpo de lo que hoy representa; y se tiene por cosa constante este milagro: que va creciendo esta imagen.

»Otra prodigiosa maravilla hay en este lugar en el oratorio de los apóstoles, que está a cargo de monjes benitos. Es la figura de Cristo en la cruz; desclavado de los brazos

---

<sup>722</sup> Probable confusión del autor debido al diferente uso de *ser* y *estar* que se hace en su lengua materna.

della, con grande inclinación la cabeza y cuerpo, solamente se sustenta en el clavo de los pies. Fue la causa desto dar palabra de casamiento un mancebo a una moza en su presencia y, después de haberla gozado, se la negaba. Púsole pleito en juicio y, estando resuelto el juez en absolverle a él por no haber testigos que le condenasen, pidió a aquel ministro que, antes de dar la sentencia, llevase consigo la parte a aquel oratorio para ver si, en presencia de un testigo que allí tenía, de grande crédito, le negaba la verdad de lo que había pasado.

»Fueron los tres juntos al oratorio, y repitiendo ella delante de la sagrada imagen palabra por palabra lo que él la había dicho, sin faltar ni añadir cosa alguna, se volvió ella al Cristo diciéndole:

»«—Señor, esto es la verdad. Vos fuistes el único testigo. No permitáis que peresca mi justicia, pues no tengo otro. ¡Decid vos si es así!».

»Tanto pudo la fe y lágrimas de esta pobre mujer y la verdad que decía con Dios, que, como Padre della, no queriendo que esta no quedase ofendida ni esotra sin premio, premitió que su imagen santísima, inclinándose en la forma que hoy se ve, fuese entonces testigo a los presentes, y después por muchos siglos a los futuros. Que quien le toma a él por fiador de hacer algún engaño es el que se engaña, y el que de la mentira llega con fe a sus pies, ofendido, él mismo la descubre.<sup>723</sup>

---

<sup>723</sup> Sitúa Moldenhauer este último milagro de Santarém en la línea de los de Berceo. Ciertamente es que, al margen del argumento, la imagen divina que cobra vida para actuar como juez entre ambas partes es uno de los elementos más destacables de «La deuda pagada». Berceo, 2006, p. 197.

## CAPÍTULO IX

*Despídese Guzmán de Alfarache del religioso. Vuelve a su posada. Cuenta lo que le refieren los criados de un peregrino que allí topa, que le piden consejo para dejarle, y halla ser su hermano*

Acabando de contarme aquel religioso todos estos milagros que te refiero, tocaron a refitorio;<sup>724</sup> llevome consigo, diciendo que, pues era día de pescado, fuese a hacer penitencia con él a la comonidad. Y fue ella tan buena que yo la hiciera siempre así, con unos sábalos frescos<sup>725</sup> que, aunque tenían muchas espinas, no punzaban tanto como las de las zarzas de san Benito.<sup>726</sup> Lo demás fueron yerbas, pero con tal sazón, que entendí que por aquellas se dijo: «Cuando la vieja come los berros, no deja verdes ni secos».<sup>727</sup>

No se habló palabra mientras se comía, aunque se oyeron muchas de Dios en la *Crónica de San Francisco* que un religioso estuvo leyendo. Mucho me edificó el ver aquella santa pobrez[a], tan rica de virtudes y de buenos ejemplos; y como yo no me hubiese visto en ocasión semejante, estuve reparando en la quietud con que estaban aquellos religio[sos], siendo al contrario de las casas pobres, adonde hablan todos y todos riñen sin saber por qué, todos tiene razón y ninguno la concede al otro. Pareciome aquella una cifra de la gloria, en la cual solo se oyen alabanzas de Dios y gozan todos la parte que en ella les cupo sin envidiar la ajena.

Muy diferente se me representaban algunos banquetes que había visto, cuando yo era Guzmanillo de Alfarache, en palacios de grandes señores y personas constituídas en supremas dignidades por las armas. La bulla de aquello, la murmuración, las palabras mal sonantes, los votos, las desenciones,<sup>728</sup> la discompostura, la glotonería con que, muchas

---

<sup>724</sup> ‘Refectorio’.

<sup>725</sup> *Sábalo*: pez marino de la familia de la sardina.

<sup>726</sup> Acosado por la tentación de la carne, se arrojó san Benito a unas zarzas para que, desgarrando su cuerpo, estas dieran curación a su alma.

<sup>727</sup> «*Avezose la vieja a los berros y no dejó verdes ni secos*. Cuando el espíritu se ha enervado vencido por una pasión dañina, no sabe poner fin a sus faltas». De Arce, 2002, p.36.

<sup>728</sup> ‘Disensiones’.

veces, paraba todo en pendencias, desafíos, heridas, cuchilladas, afrentas, rencores, blasfemias y a veces muertes, volviéndose la risa en llanto, el placer en confusión, la alegría tristeza, lo dulce acíbar, los regalos miserias, las delicias aflicciones, la paz en guerra, y toda aquella vanagloria o delirio de la mocedad me parecía, con buscarle tanto, un retrato al vivo del infierno. Esta inquietud del mundo, por que tantos anhelan, me cansaba ya; y aquel despreciarle, que otros muchos rehúsan, me tenía casi enfrailado el deseo, y si no fuera al ponderar los dos modos de vida, pender más la balanza a la parte del vicio como Guzmanillo que a la de la virtud como don Juan de Guzmán, sin duda aceptara el hábito de San Francisco que la ocasión me traía rodando a las manos.

Grande pensión pagan los que con el dinero tienen ley. El desapropiarme de aquellos dobloncillos, que siempre —¡Bendito Dios!— fueran en aumento por los buenos encuentros que se me ofrecían, me daba grande cuidado, reparando en los accidentes que podían sobrevenir hasta hacer profesión si no quisiesen dárme la, si mi natural sería a propósito para aturar los ejercicios de aquella santa vida; que en caso que lo hiciese, por la descostumbre podía causarme alguna enfermedad o algún desconsuelo del espíritu; por otra parte, la poca constancia y firmeza que en tantos años con larga experiencia tenía de mí experimentado. Todas estas cosas me hicieron volver la casaca a aquel llamamiento que Dios me hacía; y juntamente el haber visto que otros de mejores costumbres que las mías habían entrado y salido de otras religiones más anchurosas que aquella sin poder lograr sus buenos propósitos y sin la tentación de mis doblones. También el no haber cumplido el voto de mi romería me dificultaba por entonces tomar resolución en la materia. Estos fueron mis discursos mientras estuve en el refitorio.

Acabose el comer; fuimos a dar gracias a la iglesia. Yo las di también al guardián por la merced que había hecho en hospedarme; y aquel religioso, que fue instrumento de recibirla, llevome a su celda y, dándome buena cantidad de dulces para el camino, me despedía dél agradeciéndole mucho los buenos ejemplos, consejos y merced que me había hecho. Me fui a la posada.

Gasté aquella tarde buscando algún arriero que fuese para Coímbra, con quien acomodase una pequeña maleta que de Lisboa había traído con cuatro camisas y algunos dulces que junté con estos que el fraile me dio. No estaba con poca pena de no hallar compañía cuando ya bien tarde llegó a la posada otro romero que venía de Santiago. Otro yo, otro *similis cum similibus*, como después vine a saber, si bien nos diferenciábamos en

el acompañamiento, que eran dos criados de su mismo hábito, en que jugaba<sup>729</sup> con dos cartas de más.

Era napolitano; ellos, españoles: uno de Valencia, el otro de Madrid. Así me lo dijeron al tomarles el pulso de la enfermedad que a dos por tres juzgué luego en su amo. De mí debía él lo mismo; mas como yo me hallaba sin criados que le informasen de mis virtudes, aunque en los deseos de penetrar nuestros interiores de cosario a cosario estábamos iguales, en la pesquisa quedé yo ventajoso. Llamábanle de señoría; pregunté a qué título; dijéronme que él decía ser marqués de la Torre del Greco, pero que ellos no sabían más dél que ser un grande embustero, que esto habían alcanzado en el tiempo que le servían. Como yo vi entablada la plática y que no tenía un acólito, como el confesor de mi madre, para hacer el segundo papel de una letanía de señorías en competencia de las suyas, doblé la hoja mientras su amo y ellos cenaban, retirándome a mi aposento para, después de cenar[r], tomarles la confesión; que el último plato con que los que sirven acaban las suyas es roer a diestro y siniestro a sus amos los zancajos.<sup>730</sup> Gran cosa es el haber pasado un hombre por todo. El que más presume, si se anticipa a la ocasión, no consigue lo que intenta; y el que menos fía de sí, si aguarda la coyuntura, lo alcanza todo. Así lo hice yo; que apenas habían acostado a su amo, cuando, entrándose en mi aposento, revolviéndose el caldo,<sup>731</sup> escorpiones vomitó el ballenato contra su amo.

El carpetano —el de Madrid, quiero decir—<sup>732</sup> dijo así:

—Bendito sea Dios que he topado a vuesa merced en este lugar para pedirle, pues es tan entendido, nos encamine a los dos el modo de librarnos del peligro en que vamos en compañía deste hombre a quien servimos. En nuestra openión él nos engaña diciéndonos que es un señor grande [de] Nápoles, marqués de la Torre del Greco, y que, por voto que había hecho en un naufragio en que se halló, vino a España en romería a Santiago solo, sin criados, por haberlo ofrecido al santo.

Respondiles que tenían mucha razón, porque yo había estado en Italia y visto al marqués de la Torre del Greco, que no era aquel de ninguna manera ni le parecía en nada.

---

<sup>729</sup> ‘jogaba’ en el ms.

<sup>730</sup> *Roer los zancajos*: «Murmurar o decir mal de alguno, censurando sus más leves y pequeñas faltas en ausencia suya» (*Autoridades*).

<sup>731</sup> ‘Entrando en materia’.

<sup>732</sup> El territorio que ocupa la actual Comunidad de Madrid fue hasta el s. VI a.C. parte del territorio ocupado por los carpetanos, pueblo que acabó disolviéndose tras la romanización de la Península.

—Pues, señor —me volvió él—, ya que vuesa merced sabe la verdad en ese punto, no se escandalice de que, siendo yo su criado, le descosa los de la reputación en que quiere que le tengan todos.

»Primeramente, después que salimos de Madrid, jamás se hizo jornada derecha; de donde salía ayer, como coche en calle angosta, cejaba de allí al otro día. Estas idas y venidas, con más movimientos que los planetas en sus ciclos y epiciclos,<sup>733</sup> me obligaron a hacer juicios temerarios, observando las direcciones de nuestro viaje. Hacía él un itinerario de todo lo más notable que hallaba en las ciudades y villas por donde pasábamos, y debajo deste pretesto preguntaba por los títulos, señores, caballeros y personas más ricas que había en ellas; viendo yo, pues, que antes de llegar a los lugares iba la información hecha de todos los que en ellos había, hizo la malicia su efecto en exprementar el desengaño.

»En este hombre muy linajudo, visto en las familias de Italia y España, de que trae un compendio breve y curioso, de letra excelente, hecho por su mano. Al punto que acaba de comer o cenar, pide luego el libro, tinta, papel y pluma; y a la medida de su compás y designio de su embuste, saca fácilmente unos arbolillos de cuarto de papel,<sup>734</sup> en que a pocos abuelos se hace deudo de lo mejor de España. Éntrase por las puertas ya del duque, ya del marqués, ya del conde y otras muchas de que le parece sacar con la yesca de sus papelillos y otras quimeras algún fruto; a todos embeleca, de modo que es muy raro el que no se enclava.<sup>735</sup> Los más cuerdos con banquetes y regalos pagan su engaño; los que menos, con esto y con dineros; y los que no lo son, con el uno y con el otro y lo que él les pide. Con los más nobles obraban más sus trazas, que no sé qué se tiene la nobleza y la ilustre sangre en corazón generoso que es fácil de engañarse, y todo el que le tiene fácilmente perdona.

»Para hacer su viaje, yendo a Salamanca, tomó mi amo el sol en su diario antes del alba,<sup>736</sup> adonde con buen aire aportamos una mañana en casa del duque que della se intitula. Hablóle; díjole quién dice que es y la ocasión que le traía a España. Al sacar sus papelones, con cuidadoso descuido, dejó caer de entre ellos una letra de cuatro mil ducados para decirle que por salir incierta iba a la ligera a cumplir su romería; con lo cual

---

<sup>733</sup> ‘epiciclos’ en el ms.

<sup>734</sup> Entiéndase ‘árboles genealógicos’ que el propio doble de Guzmán ajusta a la medida de sus necesidades.

<sup>735</sup> ‘El que no sale engañado’.

<sup>736</sup> ‘Partía cada mañana antes de la salida del sol’.



solamente manifestó su necesidad, y el duque su grandeza, porque, al despedirse dél, le dijo con muy entendidas razones le perdonase no poder socorrerle con más de cincuenta escudos. Agradecióselos mi amo y, por hacer mejor el papel de marqués, dándome de ojo me hizo quedar allí para cobrarlos. Vino el tesorero y, nombrándole yo a mi amo, en mi presencia dijo al duque:

»—“Esto es embuste. En Nápoles conocí al marqués de la Torre del Greco, y no es este. ¡No se deje engañar Vuesa Excelencia!”<sup>737</sup>

»Cien leguas dese[é] estar de allí por no atreverme a contradecirle, ni me animaba a hacerlo mi sospecha. Mirábame el duque, la cara se me encendió. Yo le dije:

»—“De Madrid le conozco; en Italia no he estado”.

»Y cuando yo pensaba que había de pagar el justo por el pecador, dijo él al tesorero:

»—“Tenéis mucha razón; pero tendré muy poca [en] no cumplir mi palabra, y él no tuvo ninguna en parecerle que alcanzaría más por marqués supuesto que por hombre entendido. Y la verdad es que, cuando los que lo son llegan a vivir deste modo, es señal que la fortuna les niega lo que merecen y la necesidad los obliga a lo que no deben, como sucede a este, siendo tan entendido, necesitado va de mayor socorro”.

»Mandó traer otros cincuenta y de su mano me entregó ciento, cuando yo los esperaba de la de un verdugo. La generosidad del duque, el susto en que me vi, el estar cerca de mi amo, no me dieron lugar al discurso —ni el poco tiempo que hubo del recibo a la entrega— de que solos cincuenta le había ofrecido y la otra mitad podía tomar yo por mi trabajo, que con buena conciencia pudiera hacerlo, llevando otro tanto de ganancia por respeto<sup>738</sup> del daño y la ocasión del peligro en que aquel dinero me había puesto.

»Todo se lo entregué; y, contándole todo lo que había pasado, sonreándose, dijo:

»—“Ahora sabes tú que los criados destos grandes señores no tratan más que desacreditarlos por acreditarse a sí, deshacer sus acciones por lucir sus personas y empobrecerlos para enriquecerse; pues, si el tiempo de mi vesita no fuera tan breve, mucho más larga fuera la mano del duque en hacerme merced. Si dos papeles que vio hicieron esto, mira tú lo que harían todos los que yo llevaba prevenidos para enseñarle; mucho más le obligaran, y mucho más traieras”.

---

<sup>737</sup> La siguiente página del ms., la 419, se presenta tachada por líneas transversales. Aún así, no se aprecian lagunas en el texto.

<sup>738</sup> ‘Respecto’.

»Con esto me pagó el aprieto en que me vi en esta ocasión, si bien enseñado quedaré para las demás a no quedar por las costas en casos semejantes.

»Antojósele dar vuelta a Medina de Rioseco, que tan derechas son siempre sus jornadas. Es ciudad rica adonde hay muchos mercaderes y personas de trato, particularmente del pescado de que proveen mucha parte de Castilla. Allí hizo mi amo muchas vesitas a algunos hombres de aquellos, pero desengañándose que era más el dispendio de nuestros gastos que la utilidad de sus cobranzas, fingiéndose malo y dejando quedarse en la cama unos dos días, todos se gastaron en demandas y respuestas de papeles en que rompí más de zapatos de lo que él tuvo de provecho por entonces.

»Hice reparo que guardaba los papeles de un mercader solo; los demás rompía; era este muy rico, tenía correspondencias en Galicia.

»Encerrose en su aposento una tarde y, como el nuestro quedaba sobre aquel y era de tablas el suelo, acechando lo que hacía, vi por un abujero tendidos en un bofete todos aquellos papeles y que con un pincel muy sutil, que mojaba en una redomilla de una agua muy blanca, iba sacando dellos las letras que quería y poniendo otras en su lugar. No me parecieron bien aquellas sutilezas y, porque hasta llegar a Santiago no nos sucedió cosa digna de referirse, diré en qué pararon.

»Hicimos al santo la primera vesita y la segunda a un correspondiente del mercader de Medina. Entró mi amo a hablarle; y yo, en sospecha que quería cobrar por su pluma lo que en Rioseco no pudo con su retórica. En esto estábamos discurriendo yo y mi compañero, porque tenemos hecho propósito de no callar secreto el uno al otro y liga entre los dos contra este mal amo, como hacen muchos contra los más buenos, cuando él salió muy contento y risueño. Acompañándole el mercader, con muchas cortesías le dijo:

»—“Hasta el jueves no podré servir a vuesa señoría porque he de hacer una cobranza [el] martes; y pasados estos dos días, puede vuesa señoría enviar por los mil ducados cualquier de estos gentiles hombres que fuere servido”.

»—Más gentil es él —dije yo a mi camarada—, pues es tan necio que no espera el segundo aviso del correo para saber si esta letra es cierta o no. Fuimos a la posada y todo aquel día estuvo nuestro amo muy suspenso. Un poco roía las uñas con los dientes, otro rayaba el bofete con un cuchillo, ya rascaba la cabeza, ya cargando sobre el codo una mejilla se pasaron muchas horas; y todo fue sin duda sobre el mismo discurso que yo

había hecho de su cobranza; que, amaneciendo el jueves, sin reparo alguno se hizo por entero.

»Tanto que almorzamos nos partimos luego a Pontevedra. Apenas habíamos andado dos leguas cuando él nos dijo que nos retirásemos del camino real a un monte que queda hacia la parte del mar, mano derecha, para que acomodásemos mejor el dinero, que nos embarazaba por ser la mayor parte reales de a ocho. Repartiose entre los tres. Y mudando luego de dictamen, dijo que fuésemos a la Coruña, así por ver aquella ciudad como, por si acaso hallábamos doblones, aligerar el peso de la plata.<sup>739</sup>

»Caminose todo aquel día, y el siguiente era bien tarde cuando llegamos a la Coruña. Llevonos un gallego a una posada cerca de la marina a tiempo que unos marineros portugueses, de la villa de Viana, estaban haciendo cuenta con la huéspeda para dónde al amanecer hacían su viaje. Habló mi amo con ellos si querían llevarle en su carabela y fue barato el precio en que se concertó. Antes de amanecernos, llamaron a mi amo. Vistiose; fuimos a embarcarnos.

»Llegó orden de la audiencia, que se notificó a los marineros que no saliesen ni dejasen salir a nadie de la carabela so pena de muerte hasta ser primero vesitada. ¡Mire vuesa merced cuáles quedarían nuestros corazones cuando tal oímos! Algo me alentó el ver que ningún movimiento hacía esta novedad en mi amo. El diestro capitán solo con el semblante anima a los soldados; pero el ver que todos nos miraban, como al toro, apartándose de nosotros como de algún contagio o delincuentes de graves culpas, me tenía de modo que, si bien repararan mis compañeros, dijeran lo que el alma sentía.

»Cerca de tres horas estuvimos en esta pena cuando llegó un oidor, con muchos aguaciles y ministros de la justicia, y quiso nuestra desgracia que luego viniese con ellos un hombre tan parecido al mercader de Santiago que todos tres pensamos ser el mismo.

»—Aquí se va el rucio y las banastas —dije yo a mi camarada—; amo, criados y dineros quedan hoy a la disposición destos señores.

»Entráronse en la carabela, que entonces me pareció más cara que al ajustar el precio de llevarnos en ella. Miráronse todos con mucha diligencia; pero cuando vi que ni el hombre era el que yo pensaba ni que de nosotros se hacía caso alguno, alentándome un poco, pregunté a un alguacil por qué se hacía aquello. Díjome que aquella misma noche dos vecinos nobles de la ciudad se habían desafiado; que el uno se estaba muriendo, y

---

<sup>739</sup> Los doblones eran de oro y, por tanto, de mayor valor que los reales de a ocho.

buscaban al otro para prenderle, con lo que serenó la borrasca que solos tres corrimos en la carabela en que iban muchos. Alzó áncora y, dando a vela, viento en popa llegamos a Viana. Convertimos en oro casi toda la plata; y, quedando a la ligera, después de algunas pesadillas que, por modo de estafa mi amo dio allí a ciertas monjas, nos fuimos por el río a Ponte de Lima. Y en el convento de monjas de Val de Pereiras, tan bien o mal las fue a estas como a esotras.

»Todo esto eran niñerías que se alargaban a poco más de paladearnos con dulces las buenas religiosas, a quien mi amo daba papilla con llamarse marqués,<sup>740</sup> hablarles italiano y llamar primos a muchos cardenales; cada una pensaba que por su medio podría conseguir o remisión de todos sus pecados o breves para sus larguezas.

Pasamos a Braga, una de las primeras ciudades de España.<sup>741</sup> Pero como el arzobispo estaba en la corte, viendo mi amo que no podían hacer basa allí sus arbolillos con aquel perlado<sup>742</sup> con quien pensó hacer muchas por ser muy visto en genealogías, trató de disfrutar por sus fingidas letras lo que no podía por su supuesta sangre.

»Hay en aquella ciudad un curial de Roma, grande letrado, a que llaman Marcos Denis. Para este o su bolsa traía mi amo desde Madrid, preparada como la píldora, la letra con que obró tanto solamente con caérsele en presencia del duque de Alba. Fue a su casa, reconoció ser de su correspondiente, si bien no quiso aceptarla sin segundo aviso por ser cantidad grande. Era el hombre muy viejo y versado en trampas de su abogacía, y sobre el retener y recebir hubo una gran batalla; pero en esta nos dio el Santiago,<sup>743</sup> que ni en todas apareció como en la pasada.

»En toda parte hace la novedad ruido; no dejó de hacer mucho en aquella ciudad el ver a mi amo y sus criados de buen pelo, vestidos de peregrinos y letra de cuatro mil escudos, sus términos a lo cortesano y grave, sus gastos a lo caballeresco y rico. Tuvo muchas vesitas y regalos; esas pagaba él, esotros recibía. También aquí las monjas, con ser muy entendidas, como en toda aquella provincia lo son, pagaron su tributo al engaño. Nadie ha llevado mejores quince días, en que siempre excedió el recibo a los gastos. Pero como se acercaba el tiempo del correo de Madrid, temiendo mi amo la revuelta del toro

---

<sup>740</sup> 'Engatusaba con su pretendida nobleza'.

<sup>741</sup> Debe referirse el autor a que, por su cercanía al sur de Galicia, Braga es una de las ciudades portuguesas más próximas al país vecino: 'Una de las primeras ciudades desde España'.

<sup>742</sup> *Perlado* por *prelado* es una metátesis habitual de la época.

<sup>743</sup> *Dar el Santiago*: encomendarse a Santiago en la batalla, así como ordenar que comience la misma.

en la reputación que tenía adquirido, protestando primero la letra con fe de escribano, salimos de Braga en un lunes por no esperar la del martes.

»Llegamos al convento de Santa Clara de Villa de Conde, fábrica del Infante, que es uno de los nobles deste reino, sobre la misma villa que baña el río Ave sus murallas mezclado con las aguas del oceano.<sup>744</sup> Allí echó mi amo sus anzuelos y sacó dulces en lugar de pescados. Pasamos a Zurara, otra villa correspondiente a esta, y della a Vairam, que es otro convento en el campo, también de reli[gi]osas, adonde con no menor fortuna fue mi amo largamente regalado.

»Llegamos a la ciudad de Oporto, que es grande y populosa, residencia de muchos odores; pero como mi amo tiene antipatía con las garnachas y estaba reciente el susto de la que nos vesitó en La Coruña, por no admitir vesitas destos señores —decía él—, no quiso dejar verse de ninguno; si bien no le bastó toda esta prevención y recato,<sup>745</sup> porque, cuando menos lo esperábamos, nos llevó a la cárcel el corregidor del crimen sin decirnos nada hasta estar en ella.

»Mandonos separar en partes diferentes y, preguntándonos quién éramos, de dónde vínamos y a qué parte caminábamos, de los dos se informó de la verdad que uniformemente dijimos; y conformándose con la mentira que mi amo en sus particulares confesaba, nos mandó salir a todos de la cárcel, preguntándole primero a él si estaban aderezadas<sup>746</sup> unas sortijas de diamantes que cierta monja le había dado para eso.

»En casos tales es de grande efeto el enojarse un hombre; no perdía mi amo punto en esto, luego montó en cólera, diciéndole que aquel término era muy ajeno de un ministro tan grave. Disculpose el corregidor con que un caballero, hermano de la monja, le había informado; y no admitiendo disculpas mi amo, sacó de la faldriquera las sortijas, y a vuelta dellas una cantidad de doblones; y dándoselas al corregidor, le dijo que las enviase luego a aquella señora que se las había dado para mandar tasarlas y, gustando dellas,

---

<sup>744</sup> El monasterio de Santa Clara, en la localidad de Villa do Conde, fue fundado en 1318 y era uno de los más grandes y conocidos conventos de clausura de Portugal. «Cuando en estos y otros semejantes ejercicios divertía el tiempo Manuel Machado, le previno Dios con el mayor golpe de la adversa fortuna, como él mismo confesaba, en llevarle a su mujer doña Juana de un mal parto de tres hijos varones, quedando solo Francisco Machado de Silva que le sucedió en la casa; doña Juana de Silva que casó en la de Regalados con Francisco de Abreu, señor della; doña Juana Machado de Meneses, monja de Sta. Ana de Viana, y otras que fueron monjas en Sta. Clara de Villa de Conde.» Vida de Manuel Machado de Azevedo, p. 103.

<sup>745</sup> 'Recato'.

<sup>746</sup> 'Dispuestas'.

pagárselas; que esta era la verdad y que él enseñaría a aquel caballero los términos de serlo.

»Fuímonos a la posada y, sin más dilación, pasamos el Duero desotra parte de Villanueva. Apenas nos habíamos desembarcado cuando mi amo me hizo volver a la ciudad con un papel de desafío, que, entregándolo al hermano de la monja, me respondió que haría lo que mandaba. Di la respuesta a mi amo innorando el caso, a que no me ar[r]iesgara si supiera lo que él contenía, que ni en toda parte se topan de duques de Alba. Pedió de comer luego; dímoselo. Y mientras nosotros hacíamos lo mismo y dábamos orden de aparejar las mulas, se salió él solo por el lugar. Comimos muy de espacio, dando gracias a Dios de habernos librado, así en La Coruña, como en El Porto, del peligro en que por su causa nos habíamos visto. Y viendo que tardaba mucho, salimos a buscarle cuando él ya venía, un poco acelerado el paso, encendido el rostro, turbado en las razones; y luego reparamos que algo le había sucedido, porque al hombre más cuerdo es casi imposible poder desimular los accidentes de la cólera.

»Al otro día nos fue contando todo lo que he referido, y que quedaba tendido en el campo su contrario con muchas heridas. Lo que fue no lo sabemos con más certeza que decírnoslo él, y asigurarle la brevedad con que, en tres días, sin detenernos en parte alguna, hemos caminado cuarenta leguas que hay desta villa a la ciudad de Oporto.

»Esto es por mayor lo que con este hombre nos ha sucedido; que, para contar todo, fuera casi proceso infinito. Cuando pensamos escaparnos de una, ya topamos en otra, y cuando tenemos allanada una dificultad, veinte mil nos fabrica, y es muy imposible escapar bien de todas. Su ánimo es inquieto, su trato muy doble, sus determinaciones in[e]stabilísimas, sus palabras inciertas, su resolución variable; hoy dice una cosa, mañana hace otra, y todas las que hace son de grande riesgo, así de su persona como de quien le sigue.

»Este es nuestro amo, marqués, caballero, gentilhombre, valiente, atrevido, charlatán, mentiroso, sin ley, sin temor, sin vergüenza, ladrón, embustero y, sobre todo, falsificador de papeles. Este es con quien vamos, este a quien seguimos con grande riesgo de nuestras personas. Y así suplico a vuesa merced, pues todos somos españoles, ya que Dios le dio tan buen discurso y claro entendimiento, como de su modo y palabras deja reconocerse, nos aconseje el modo con que poder desasirnos deste hombre que solo el parecerse tanto a vuesa merced tiene de bueno.

Mira bien cuáles son las cosas del mundo, cuáles son sus varios encuentros y qué poca constancia tiene en nada. Todo es variable, todo es incierto y todo es dudoso. Apenas acababa de salir de un prodigio de milagros, cuando topé un laberinto de enredos, y todo en Santarém. En San Francisco me llamaba Dios a mejor vida por medio de aquel religioso, y en la posada me tentó el demonio a mudar de intento con la relación destes peregrinos. Cuando las ocasiones se ofrecen al que tuvo un vicio, el dejar de abrazarlas es muy dificultoso. Díjeles que era tarde, que fuesen a acostarse, y que por la mañana les respondería.

## CAPÍTULO X

*Aconseja Guzmán de Alfarache a los criados del peregrino lo que han de hacer. Hállanse hermanos los dos. Refiere lo que le sucede en Tomar, queriendo hacerle tanto*

Toda la noche estuve en una batalla de varios pensamientos y discursos; si sería bien aconsejarlos que le quitasen todo lo que llevaba, pues era hurtado, para restituirlo a sus dueños, si constase dellos; y lo demás poseerlo a título de buena fe y no mala conciencia hasta saber a quién tocaba. De don Juan de Guzmán eran estos discursos que no me quitaban el sueño, pero los de mis mocedades, de mi mala vida —de Guzmán de Alfarache, quiero decirte—, me fueron de mayor inquietud y grande desvelo, pues con tanta facilidad me podía hacer dueño de todo lo que traía a mis manos la fortuna variable y caduca en dar a quien no merece y a ofrecer a quien no se aprovecha. ¡Válgame Dios, y qué de cosas pudiera contarte de mis discursos si me hallara en el estado de pícaro para no rehusarlo! Solo podré afirmar, como caballero, que no hice poco en vencerme para no seguir alguno dellos.

Vinieron, pues, los criados muy de mañana a saber de mí, como de oráculo, lo que les decía, para tomar resolución en el caso. Díjeles que la mía era ir a hablar a su amo,<sup>747</sup> pero que convenía que, antes de hacerlo, le dijese uno dellos que en Madrid me había visto algunas veces tratar con grandes señores, y que tenía opinión de grande astrólogo o nigromántico;<sup>748</sup> que por eso andaba ausente de la corte.

Tomaron a su cargo el hacerlo, y fue con tal encarecimiento que encendieron a su amo el deseo de manera que luego envió uno dellos a pedirme licencia para verme. Respondí que allí estaba para servirle. Entró haciéndome muchos ofrecimientos; y como le respondí en italiano, continuamos la plática dejando el español en que me hablaba y a sus criados sin poder entendernos, que era lo que él quería.

---

<sup>747</sup> ‘ni hablar a su amo’ en el ms. original.

<sup>748</sup> ‘ningromántico’ en el ms.



En breves lances introdujo sucesos de que tomó pie de declarar su deseo. Quería saber algo de lo futuro, como si yo fuera Dios o Él me lo hubiese revelado para decírselo, si bien, por no desvanecer su presunción errada de mi supuesta ciencia, le fui entreteniendo con razones equívocas de esperanzas dudosas hasta ver ocasión de ejecutar mi designio. Fue ella que, contándome él un caso bien notable de unas hechiceras que había sucedido en Nápoles, le dije yo que en aquel mismo tiempo me había hallado en aquella ciudad en servicio del príncipe de Butera, a quien había enseñado las matemáticas y al marqués de la Torre del Greco.

Pareciome que le pesaba de oírme estas últimas razones por parecerle que conmigo no podía lograr el embuste de su título, pero, para obligarme y consig[u]ir de mi arte lo que apetecía su deseo, tuvo por mejor declararse quién era, para lo cual vino por rodeos a desvanecerme de lo que sus criados pudiesen haber dicho en razón de llamarse marqués, y que lo había hecho por no ser conocido en España, de donde era natural, y, por sucesos de la fortuna en cosas de su reputación, se pasara a Italia por camarada de un capitán, a saber de unos deudos que su madre le había dicho tenía por parte de su padre en la ciudad de Génova. Viendo yo, pues, que tanto me iba siguiendo las pisadas en la relación de mi vida con la que me hacía de la suya —en que hubo muchas más circunstancias de las que te refiero—, mirele la cara y vi que se parecía mucho conmigo; y en la voz, edad y cuerpo también lo era tanto, que me hizo volver los ojos a un espejo que estaba en el aposento, en el cual me vi junto a él tan parecidos los dos, que creí más ser ficción de la mágica que obra de naturaleza. Y por asegurarme, le pregunté dónde había nacido, cómo se llamaba y qué apellido tenía.

—En eso hay mucho que decir —respondió él—, y todo lo dijera a vuesa merced si me fuera posible decirlo con certeza. Lo que puedo afirmar es que nací en Sevilla; mi nombre del bautismo fue Juan; el por que me conocen es Guzmán de Alfarache. Lo demás, que corrió por cuenta de mis padres, mal puedo asegurarlo ni me parece que ellos tampoco podrían hacerlo afirmativamente, porque me parecía a muchos y no fue uno solo el que me pudo tener por hijo. Bien veo que voy contra el cuarto mandamiento en hablar con poco respeto de mis padres, pero también incurriré en el octavo dejando de diciros la verdad, y así, señor, yo no sé quién soy más de lo que os digo.<sup>749</sup> De mis trabajos y

---

<sup>749</sup> Si don Quijote parecía afirmar, con ese discutido «yo sé quién soy», su fe en sí mismo y en sus objetivos, por alocados que fueran todos ellos, Machado apela aquí, por boca de Guzmán, al verismo de todo lo narrado.

sucesos, de mi adversa fortuna pudiera decir mucho, y no os callara ni aun lo más interior del corazón, porque, después que os oí, por lo mucho que nos parecemos los dos, os quedo tan aficionado que, como si a mí mismo hiciera relación de mi vida, no me embaraza el hacerla sin ocultaros cosa alguna.

Apretado lance fue este para mí. Y mientras me refería este hombre o esotro yo lo que te cuento, mil cuentos de discursos hacía en el juicio. A nadie cabalmente, hasta entonces, había comonicado mis sucesos; y como fuesen en partes diferentes, no era posible tener noticia dellos una sola persona, ni mi vida era tal que nadie la envidiase, ni mis estados reinos, ni yo me había desaparecido ni muerto sin saberse adonde, para hacer mi papel la codicia de un embustero por la utilidad de una corona o herencia de una grande casa.

De la bondad de Dios no podía esperar que duplicase a un hombre tan malo como yo era. Considerábame despierto, abiertas las ventanas, con toda luz; que no era en sueños el verme en dos cuerpos, bautizados ambos en un propio lugar, ambos con un nombre, ambos de un apellido, ambos de malas mañas, aunque de buenas personas. Por otra parte reparaba que sin qué ni para qué me decía en la primera ocasión los defectos de sus padres y los suyos sin preguntárselos ni querer saberlos; y que era imprudencia en un hombre cuerdo y tan bien hablado, porque, a ser un pícaro como esotro yo, tuviera disculpa de menor edad para condenarle, como yo la tengo para contigo en lo que te dije cuando mozo y aborrezco cuando hombre. Ya pesaba yo ser<sup>750</sup> el hombre perito en la mágica que yo quise atribuirme para obligarle a que fuesen los tres por diferentes caminos, porque, de no hacerlo, pondrían a grande riesgo las honras y las vidas; y que por esta arte, usando de contraherida,<sup>751</sup> con mi propia figura me ofendía descubriendo mis faltas en sí propio como en un espejo adonde, viéndolas yo, reconociese que hasta mis pensamientos penetraba.

Ya te dije en el capítulo tercero y octavo del primero libro de la segunda parte de mi vida lo que es el engaño y su definición, y lo que filósofos, poetas y hombres doctos del mundo dijeron dél, ya por discursos, ya por figuras, ya por evidentes razones.<sup>752</sup> Todo esto discurs[r]ía en este caso: qué conveniencia, qué utilidad, qué provecho, qué honra y, al fin, qué gusto podía obligar a aquel peregrino hacerme este engaño, pues todos

---

<sup>750</sup> Hoy diríamos: «ya me pesaba a mí no ser...».

<sup>751</sup> ‘Sirviéndome del arte de la magia como solución’.

<sup>752</sup> Alemán, 2012, pp. 395-401 y 446-448.

encaminan a una destas cosas sus heridas. Si yo fuera un monarca, un rey, un príncipe, un grande señor, un hombre rico, una doncella hermosa, pudiera temer de la fábrica de un engaño la ruina de mi imperio, la destrucción de mi reino, el fin de mi dominio, el consumo de mis bienes y el malogro de mis prendas, como las más veces todo esto viene a perecer a manos de la traición, del engaño, de la mentira, del enredo y la codicia.

Pero, viendo yo que en mí no concurría ninguna desas cosas para temer estas y que el hombre hablaba sin embarazos, bordoncillos,<sup>753</sup> pausas, afectaciones ni intercadencias, anuncios del engaño, cropúsculos de la mentira, me acordé que, siendo muy travieso cuando niño, di una pesadumbre a mi madre tan recia, que, montando en cólera, dijo con mucha rabia:

—¡Bendito seáis, Señor, que de un vientre quisistes que yo pariese un ángel y un demonio!

Con esto y haberme dicho la comadre, en cuyas manos nació, algunas veces, cuando muchacho: «Si tú vieras el hermanico qué hermoso y qué galán es, yo sé que te causará mucha envidia», vine a reparar entonces que sería muy posible ser hermano mío aquel hombre, y, por haber nacido ambos de un vientre, ser tan parecidos los dos —cosa muy ordinaria y que en muchas partes se ha visto—, y que no era mucho que el que a padres diferentes había hallado su madre en qué parecerlos, hallase un hermano que en todo le pareciese.

Para asegurar mi sospecha le pregunté más por menudo del tiempo de su niñez. Díjome que él y otro hermano habían nacido ambos de un vientre, en ocasión que su madre, a quien llamaban doña Marcela, aún estaba en casa de su consorte por cuenta de sus descuentos y por interés de sus ganancias; y que por particulares obligaciones, que entre otras tenía a un indiano rico y de caudal, quiso su fortuna le cupiese por padre, enviándole con grande secreto a su casa para que le criase, quedándose con el otro en la de su marido por no dejar a ninguno descontento y tres obligados a la deuda de uno solo. Pero que, al tiempo de morir, había declarado ella a su confesor ser hijo de otro padre, que era un caballero ilustre del apellido de Guzmán.

Estas noticias decía él haber tenido por una carta que su madre dejara escrita de su mano antes de murirse, la cual le había remetido su confesor della a Italia, diciendo

---

<sup>753</sup> *Bordón*: «Voz o frase que inadvertidamente y por hábito repite alguien con mucha frecuencia en la conversación» (DLE).

que le importaba mucho verse con él,<sup>754</sup> y que de allí se iba a Sevilla a saber quién era este último padre y lo que aquel religioso le quería decir, por ser muy posible lo supiese todo.

Pedile me enseñase la carta y, cotejándola con la mía a su vista dél, reconocí ser letra de mi madre, y a él por hermano, pues hasta en las acciones me parecía tanto. Él hizo grande reparo; preguntome mi nombre y apellido; díjele que eran los suyos, y mi madre, la misma doña Marcela; los trabajos de mi vida, la causa de reformarla, quién había sido nuestro padre, y cómo, por carta de su majestad escrita al capitán de mi galera en respuesta de la consulta que el mismo capitán había hecho, se confirmaba la sangre ilustre de nuestra varonía. Mostrele mis papeles; certeficose el hombre. Los dos nos abrazamos tiernamente.

No sé con qué palabras pueda refirirte el gusto, el placer y grande alegría que los dos tuvimos en hallarnos hermanos sin saber que lo éramos; ambos peregrinos, ambos en tierra ajena, ambos parecidos en todo, y todo en nosotros uno, hizo en mí y en él un tan estraño movimiento, una alteración tan grande y un gozo tan singular que quedaran cortas todas las razones para significártelo.

¡Oh, poderoso Dios y señor mío! Si en las cosas del mundo, la hermandad de la carne y la correlación de la sangre, por respectos humanos, causan accidentes semejantes en los corazones de los mortales, y aun en las almas, que, mientras asisten en ellos, también les cabe parte de sus pasiones, ¿cuál será el deleite, cuál será la gloria, que, después de salir de la peregrinación deste valle de lágrimas, más han de tener y tienen los que llegan a veros, y aun acá en el mundo los que por alta contemplación vuestra llegáis a suspender de los sentidos corporales, y aun en los mismos cuerpos de su natural gravedad arrebatáis a veces? ¿Qué sentirán sus almas, qué gusto tan diferente, qué placer tan peregrino, qué alegría tan estraña será aquella que por vuestra misericordia concedéis a tantos, con un contento tan singular que hasta al mismo cuerpo se comonica?

¿Quién ha de enseñaros palabras y razones para que percibamos esta mística y alta teología de quien vos sois el grande maestro? ¡Oh, bondad infinita, oh, misericordia inmensa, oh, imán celestial de pecadores, que aun sin estar en gracia para atraerlos a vos les comonicáis gustos tan sobrenaturales que los de la tierra no llegan a ser sombras destos

---

<sup>754</sup> 'Que le sería muy conveniente verse con él'.

que refiero! Todos tienen un no sé qué de imperfición 157no siendo vuestros, un contrapeso de males si son del mundo y un vacío tan grande que sin vos no se llena.

Muy contento estuve de haber hallado este hermano y no poco me alegré de verle, pero, como yo había mudado de vida y sus criados me hubiesen hecho la relación de la suya que has oído, con ella y con ellos se me entibió todo el gusto. Y así, para que hiciese la misma mudanza que yo había hecho, me pareció que el camino más acertado era referirle las causas de la mía, para que con mi ejemplo, a vista de mis trabajos, afrentas y penalidades, con tantos peligros en que me había visto por mis malas costumbres, moderase las suyas. No le callé nada; todas mis faltas dije. Con grande atención me escuchó todo y, en acabando de referírselo, con muchos y profundos sospiros volvió desta manera:

—Hermano mío, todo lo que fiáis de mí y de vos decís, estimo y agradezco, como de un hermano que hace de mí esta confianza; y creed que en los errores que me referís de vuestra vida os he seguido los pasos con tanto exceso, que en nada me excedistes, y yo a vos en mucho. Quisiera solo imitaros en el camino que seguís después que habéis sabido quién fue nuestro padre, y, ahora que lo sé, me pesa mucho del tiempo que tan mal he gastado, que, una vez perdido, jamás vuelve a cobrarse.

Alabele mucho su resolución, diciéndole que le convenía mucho continuar el propósito que había hecho de enmendarse aun para la vida temporal, porque si la disposición de los astros de nuestro nacimiento nos había inclinado a tantos males que, sin hacer reparo, tan conformes habíamos corrido, que aún le faltaba a él bogar al remo de una galera; que antes de llegar a reconocer en su persona lo que aquello era, pues Dios le había dado libre albedrío como a todos, que usase de prevenir el daño que le amenzaba.

Pedile que favoreciese los criados de allí adelante, porque reconocía en ellos ser hombres de bien, temientes a Dios y a la justicia, amigos de la honra y reputación de su amo. Entiendo que no le dije poco en esto y que él también juzgó por qué se lo decía. Pedile que los llamase; vinieron. Dijímosle[s] que éramos hermanos, quién era nuestro padre y, como ellos le habían conocido por un grande señor, pusiéronse de rodillas a nuestros pies.

La esperanza de mejorar fortuna es la que más obliga a servir con más ley; no quisieron levantarse sin darles mi hermano palabra de no poner otros criados en el lugar en que ellos le servían. A mí me miraban con recelo por lo que me habían dicho dél, pero,

asegurándose con volver a repetir en su presencia a mi hermano que los favoreciese, quedaron muy contentos y agradecidos, y después me dieron muchas gracias por guardarles secreto.

Allí estuvimos dos días confirmando todo lo que nos había sucedido hasta aquel tiempo, y cierto que creo que en lo pícaro, en lo sutil, en lo burlesco y en lo grave me excedió tanto, que fuera de más gusto escribir sus sucesos que los míos.

Corrió luego la voz por Santarém de que en aquella posada se habían topado dos peregrinos, que, con no haberse visto en toda su vida, se hallaron hermanos y de un vientre nacidos; de tal parecer el uno al otro que, si no fuese con particular atención, era muy difícil dejar de trocarlos todos los que los vieses. Llenósenos la posada de gente a ver nuestro prodigio, de manera que ni lugar nos daban para comer y dormir un poco; y como si fuera uno de los milagros que te he referido, se admiraban todos. «¿Y qué fuera —decía yo— si estos supiesen<sup>755</sup> cómo en los sucesos de nuestra fortuna estábamos iguales, y aun más que en los cuerpos y fisionomías?».

Repara bien cuál es el mundo y cuáles son todas las cosa dél. Pensaba yo que consistía solamente el engaño de los hombres en una pasión propia, que es natural en todos cuando llegan a tener un razonable reconocimiento de las cosas, ya en las armas, ya en las letras o en cualquier otra arte y aun oficio, aunque mecánico, el presumir que todo lo alcanzan y lo perciben, y que nadie puede excederles al valor, al honorífico, a las ciencias o al provechoso de cada uno dellos.<sup>756</sup> Esto me hizo escribir mi vida por parecerme que solo yo era el único en la facultad picaresca, que nadie podría competirme en ella ni igualarme. ¡Y qué aprisa salí deste engaño! Porque, no habiendo oficio tan vil ni arte tan mala en que no haya más o menos grados de ser perito en ellas o chabacano en ellos, ¿cómo podía faltar en la hermandad picaresca, que en altos y bajos ha concedido tanto, otro hermano mío que me hiciese ventaja y me desazonase el gusto con que escribo esto? No sé cómo lo diga; nada me parecía bien, y con todo le envidiaba sus sotilezas, que eran raras, sus burlas pesadísimas, sus engaños notables, sus fingimientos espantosos, y en todo tenía tanta gracia que provocaba a reír a muchos lo que hacía llorar a uno solo. Tanto puede el ingenio en cualquier cosa, que, aunque sea mala, siempre tiene envidiosos.

---

<sup>755</sup> «sapiesen» en el ms.

<sup>756</sup> 'Que nadie puede excederles en valor, en honor, en las ciencias o en el provecho de cada uno de ellos'.

A todos llega su hora y a todo su fin, y el de los grandes gustos<sup>757</sup> más a priesa que todo. No fue poco lo que los dos tuvimos en aquel breve tiempo; mas, como era forzoso el seguir cada uno su derrota, mi hermano se embarcó para Lisboa, y yo, para Tomar con el mozo de mulas que le había traído. Acomodé con él la maleta sola, por no quebrantar mi voto, sin querer ir en la mula que mi hermano me dejó pagada para que me llevase. Hízole grande novedad el ver que, pudiendo ir a caballo un hombre, hermano del otro, que, teniéndole por marqués le había visto hacerle tantas cortesías, ir a pie siguiéndole, y a un mercader de lienzo que llevaba en una mula de las otras. No dejaron de recibir algún embarazo conmigo las primeras leguas, porque, como caminaban más y yo no podía seguirlos, íbanse deteniendo a ratos más por cortesía que por voluntad.

Compadecido, pues, el mercader de verme con tanto afán, sudando y lleno de polvo, mandó a un muchacho que llevaba se quedase atrás para enseñarme el camino hasta Tomar, adonde se habían de detener tiempo bastante para alcanzarlos por más de espacio que fuese. Agradecíselo mucho, y el mozuelo también, porque iba ya cansado de seguirlos. Sentámonos. Perguntele de dónde era, díjome que de la ciudad de Braga, y su amo también; que venían de Lisboa de vender una grande partida de lienzo y hilo de Guimaraes, en que su amo había tenido una grande pérdida. Y comenzó a reírse, de modo que me acordé del arriero que me llevaba a Cazalla, y de la venta y ventera y sus malditos pollos.<sup>758</sup> Hízome curiosidad saber la causa de tanta risa; preguntécela. Díjome lo siguiente:

—Acá dicimos, señor, que la codicia rompe el saco; pero al revés le sucedió a mi amo, porque la codicia de no romper uno y mirar lo que tenía fue causa de perder más de quinientos escudos. Cuando compró el hilo en la villa de Guimaraes, fue aparte con él un mancebo que se hallaba con dineros; y por ser la primera vez que intentaba este modo de vida, pidió a mi amo que se hiciesen iguales los fardos, partiendo de por medio lo que iban comprando por no embarazarse después al vender con las diferencias del hilo; que, como se compra en casas diferentes en mazos grandes que se componen de madejillas muy pequeñas, iba repartiendo todo por peso, que vino a importar más de mil y docientos ducados.

---

<sup>757</sup> 'El de los grandes placeres'.

<sup>758</sup> Alemán, 2012, p. 71.

»En llegando a Lisboa, trató mi amo luego de vender su lienzo para que después vendiesen el hilo juntos, y tuvo tan buena suerte que se le compraron luego unos marineros de un navío que de allí a dos días partían para el Brasil. En este medio tiempo, mientras se ajustaba el precio y se medieron las telas, se dio tan buena maña nuestro compañero, que, comprando en la cordonería la misma cantidad que pesaba uno de los tercios de mazos de bramante, los introdujo en el saco más nuevo y sacó dél el hilo. Cuando mi amo vino con su dinero a casa, le dijo que se hallaba sin obligaciones de mujer ni hijos, y que hiciese merced de ir con él a hablar a aquellos marineros si querían llevarle a Brasil, que por lo menos doblaría su hacienda. Representole mi amo la poca cantidad del empleo, los trabajos del viaje, y que allá no tendría buena salida del hilo; pero, viendo que no le podía disuadir de su intento, fue con él. Compraron las cosas necesarias para el viaje, ajustose con uno de los marineros el darle de comer hasta Brasil y, quedándose en el navío, pidió a mi amo le hiciese merced enviarle uno de los tercios mientras él iba a comprar unas cajas de dulces que se le habían olvidado, siendo esto solo para recoger su hurto.

»Vínose mi amo a la posada, y no con poca pena de ver la resolución de aquel hombre; pero, al escoger de los dos fardos, dejando para sí el que tenía más nuevo el saco, dijo:

»—“Para el mar esotro basta, porque todo rueda por los navíos; y cuando lleguen a Brasil, tan sucio va el nuevo como el viejo”.

»Respondile que poco se interesaba en eso, que le enviase el otro, porque era más limpio. Diome un grande pescozón, diciendo:

»—“Haga lo que le mando, y no me dé lecciones, que yo sé lo que he de hacer y lo que he de enviar, y no quiero sus consejos”.

»Y cierto que aún ahora, cuando vuelvo la cabeza a un lado o a otro, me duele muchísimo, y en vez de llorar mi dolor, es tanta la risa a que me provoca la burla que recibió de aquel buen amigo, obligándole a llevarse con un ganapán el mismo hurto que le hacía, que doy todo por bien empleado. A mi cuenta que le duelen más los seiscientos ducados que costó el hilo que a mí el pescozón, porque hilé más delgado en advertirle de su grosería y miserable codicia. No echó el ladrón en saco roto su engaño. Reconocía el sujeto y armole la trampa en que estuvo tres días sin echar de verlo,<sup>759</sup> mientras ajustaba

---

<sup>759</sup> ‘Sin percatarse del engaño’.



por los conventos de monjas la cantidad de hilo que en cada uno dellos querían. Vínose a la posada el último dellos muy alegre, diciéndome que todo tenía ya vendido, con precios ajustados, por las muestras que traía de fuera. Y al tiempo que abrió el saco, viendo su orégano vuelto alcaravea,<sup>760</sup> se puso más pálido que un difunto. Sacó bramantes y más bramantes, cordeles y más cordeles, sin decir palabra. Yo no osaba hablar por que no jugase de manos; aun me parecía jugador dellas,<sup>761</sup> por lo mucho que sacaba del costal, tan diferente de lo que en Guimaraes le metimos.

»Su pena fue tanta que cierto le temí algún fracaso. El ladrón navegando, la perdida cierta, la cobranza dudosa, la hacienda en el mar, su codicia grande, su desesperación mayor. Tanto bramante, tantos cordeles que podían ser sogas, aposentos solos y con vigas: todo esto me olía a ahorcado.

»Fuime a una iglesia, traje<sup>762</sup> agua bendita y, sin que él me viese, rucíe<sup>763</sup> su aposento. Y quiso Dios que el otro día le hallé más consolado, porque, cuando al amanecer fui a vestirle, me dijo:

»—“Aunque sea de ruin<sup>764</sup> cabeza, siempre se ha de tomar el buen consejo. Perdóname, muchacho; que yo lo erré todo”.

»—“No erró, por cierto —le dije yo—, que aún me duele mi cogote de acertarle tanto”.

»Es muy propio del codicioso perder la harina por aprovechar el salvado, y del que no quiere coger un grano de trigo verde, por aguardar que todos maduren, desgranársele muchos en el campo. Conoció la enfermedad el ladroncillo y, por el hilo de ajena codicia, sacó el ovillo de su ganancia. Esto es lo que me hace reír tanto, que huelgo me mandase quedarme con vuesa merced porque, cuando menos, desahogaré el corazón un poco con haberle contado este suceso; que, cuando son tales, reventa<sup>765</sup> una persona si no topa a quien decirlos.

---

<sup>760</sup> Las semillas de la planta de la alcaravea (*carum carvi*) tenían propiedades medicinales además de usarse como planta aromática, aunque, claro está, eran de mucho menor valor que el orégano. La expresión se utilizaba para expresar el miedo a que un negocio comenzase a ir mal. ‘Plega a Dios que oregano sea, y no se nos torne alcaravea’ (*Correas*). En palabras de Sancho, el refrán, como tantos otros, aparece trastornado: «[...]Yo no tengo cuidado en apartarme —replicó Sancho—, mas quiera Dios que orégano sea y no batanes» Cervantes, 2004, p. 157.

<sup>761</sup> ‘Parecía un prestidigitador’.

<sup>762</sup> ‘troxe’ en el ms.

<sup>763</sup> ‘Rocié’.

<sup>764</sup> ‘roín’ en el ms.

<sup>765</sup> ‘Revienta’.

Con él y otros semejantes en cuanto descansaba, me entretuvo el muchacho más de una hora; era entretenido y gracioso, y desde allí hasta Tomar, al fin de cada cuento venía el estribillo haciendo castañetas con los dedos:

—¡Y qué de azúcar comerá el ballaco,<sup>766</sup> por tres varas de estopa de un mal saco!

Reconociendo su humor abufonado, le pregunté si era poeta.

—En mi tierra —respondió él— hasta las mozas de cántaro<sup>767</sup> hacen coplas; y yo tengo más razón de poder hacerlas; que, de tres amos que tuve, los dos eran poetas,<sup>768</sup> galanes y enamorados, cortos de bolsa y largos de faldas; y si no fuera por desacreditar mi patria con un castellano, yo le contara a vuesa merced un cuentecillo que puede ser el cuento de los cuentos en cuanto a los embustes de mujeres.

—Pues, una mala —dije yo— mal puede deslucir la honestidad de las portuguesas, cuando es tan notoria en todo el mundo que por símbolo della pintan una, ni una golondrina puede hacer verano. En todas partes hay malas y buenas; y en la tierra más llana, un mal paso.

—Pues, señor —volvió él—, con eso que vuesa merced me dice, vaya de cuento:

»Uno destos mis amos, que era el más galán, se enamoró de una mujer casada. Ella era hermosa, el marido celoso, el amante importuno; con que, antes del hecho, llegó la sospecha. Hubo mudar llaves, cer[r]ar puertas temprano, clavazón de ventanas, no salir a deshoras. Pero el tiempo largo y la cautela mucha lo desvaneció todo al buen marido; quiero decir, que mi mala sospecha siempre estuvo en sus trece. Llegando, pues, al catorceno<sup>769</sup> la amorosa enfermedad de la tal dama, en ocasión que su consorte de una calentura malina estaba delirando,<sup>770</sup> dio lugar al amante a que la vesitase para alivio de su pena. Esto se continuaba todas las noches mientras el hombre estuvo de peligro; y, no temiendo ella el suyo, se detenía en un aposento bajo hasta cerrar la puerta de la calle. Corrió sus términos la enfermedad; y, mejorando el enfermo poco a poco, vino a hacer reparo en estas detenciones tan continuas.

---

<sup>766</sup> ‘Bellaco’.

<sup>767</sup> Como el título de la comedia que Lope de Vega estrenaría en 1618, la moza de cántaro era la criada que, en el ámbito doméstico tenía, entre otros, el cometido de traer agua a la casa.

<sup>768</sup> Hoy diríamos: «de tres amos que tuve, dos de ellos eran poetas».

<sup>769</sup> Probablemente convivía aún en la época la variante culta *quatorceavo* con esta combinación del ordinal más el sufijo -eno, de la que hoy ya solo conservamos la forma *noveno*.

<sup>770</sup> ‘delirando’ en el ms.

»Una vez que la vio tardar mucho, tomando la espada, bajó por la escalera en camisa, más como la flaqueza junto con la pasión de su agravio peleasen las dos, una por detenerle, otra por animarle, tocando la espada en la pared, fue sentido a tiempo que le tuvo mi amo para abrir la puerta; pero al salir, con la luz de la luna, no pudo encubrirse de manera que el otro no le viese. Siguió por la calle corriendo y dando voces, como loco, en camisa:

»—“¡Prendan, prendan ese ladrón!”.

»Y como era temprano y había mucha gente, iban muchos a alcanzarle; y la mujer, a ellos, llorando tiernas lágrimas, rogaba le prendiesen al marido frenético antes de suceder alguna desgracia.

»Yo me estaba a una esquina, mirando los toros de palenque.<sup>771</sup> El llanto de la mujer, la lástima de los vecinos, la prisión del buen hombre, el culpado en una ventana viendo lo que pasaba en la calle, preguntando a todos qué eran aquellos.

»—“¡Qué compasión tan grande! —decía él”.

»Y la mujer, de abajo:

»—“Sí, por cierto, señor; no puede ser más grande mi desgracia”.

»El marido miraba al uno y al otro, y como para el disfraz de ropas cortas a largas había sido poco el tiempo, ya decía que este, ya que aquel era el que había hallado en su casa. Con lo cual, juzgándole todos por frenético, le llevaron a la cama y, sin atender sus razones, por variar las primeras, le ataron de pies y manos a las columnas della.

»Como la mujer no se daba por segura, le detuvieron algunos días de [...] <sup>772</sup>. Agravando la rabia la enfermedad, volvió a recaer, y con nuevos delirios acreditó ella su embuste, y él se persuadió, estando después ya convalecido, que se había engañado. Pero desde aquel día hice yo compromiso de no tomar estado en que pusiese mi honor en voluntad ajena.

Llegamos a Tomar, que es una villa célebre por el convento insigne de la orden de Cristo, adonde fueron las primeras cortes de los reyes de aquel reino.<sup>773</sup> Hallé al mercader con el mozo de mulas en la posada muy desavenidos y en grande pendencia. Este decía que su mula era buena y sin resabios; aquel, que era falsa, espantadiza y

---

<sup>771</sup> ‘Desde la barrera’.

<sup>772</sup> Ilegible en el ms.

<sup>773</sup> Tras la victoria del ejército de Felipe II sobre los portugueses en 1581, se celebraron en el convento de Cristo las Cortes de Tomar, mediante las cuales el monarca pretendía ganarse al pueblo portugués. El mismo Felipe II dijo del lugar ser «muy principal casa y de gran autoridad». Bouza, 2011, p. 18.

cosquillosa, que le echara a rodar en el camino,<sup>774</sup> y, después de tenerle en el suelo,<sup>775</sup> le había dado una cox en una pierna en que estaba poniendo una bisma<sup>776</sup> de claras de güevo, estopa y aguardiente.

Como el muchacho vio la libertad con que el otro hablaba a su señor, tomando por su cuenta la pendencia, le dijo que era grande atrevimiento hablar de aquel modo por sentirle incapaz de responderle a palos. Quisieron venir a manos; metime entrellos, y alcanzando con una el mozo al muchacho, le tiró con la redoma de aguardiente con que su amo se curaba, que de medio a medio le hizo pedazos en la cabeza, y al venir por el aire, yendo a desviarse el mozo de mulas, dio con la melena en un candil de garabato que estaba en la pared. Enciéndesele el pelo todo en llamas, da voces el hombre que se quema, sale la huéspedea y las criadas; ellas le daban con las rodillas en la cabeza para apagar el fuego; él hacía lo mismo con la falda del capote, pero hasta gastarse la materia en que estaba encendido, y venir agua, que le eché por encima, ardió muy largo espacio.

Lavele la cabeza, y cuando el hombre se vio con su cabello sin faltarle nada, y los demás que se hallaban presentes,<sup>777</sup> por innorar la propiedad de la aguardiente, tuvieron el suceso por milagroso. Y por parecerme que por aquel camino me sería más fácil componer la pendencia, como vino a ser, no quise revelarles [...].<sup>778</sup>

[El] mozo de las mulas se entró, adonde dijo lo que de mí presumía por venir a pie, tra[y]endo mula alquilada. Con lo cual veis aquí hecho santo a Guzmán de Alfarache en Tomar, sin restituir lo mucho que había tomado en su vida.

Como corrió la voz por el poblacho del santo de Pajares,<sup>779</sup> fue tanta la gente que venía a verme que ni lugar nos dieron de comer a nuestro gusto. Y con tanto aprieto al salir de la posada, que, para hacerlo y desvanecer el milagro que se me atrebuyó, me fue forzoso cabalgar en mi mula hasta salir de la villa un buen cuarto de legua.

---

<sup>774</sup> 'Que la había echado a rodar en el camino'.

<sup>775</sup> A pesar de que ambos pronombres son masculinos, no parece haber dudas de que el referente sigue siendo *la mula*.

<sup>776</sup> *Bisma*: «Emplasto para confortar compuesto de estopa, aguardiente, incienso, mirra y otros ingredientes» (DLE).

<sup>777</sup> La última conjunción copulativa hace que la oración sea confusa, puesto que se espera una segunda proposición que es inexistente.

<sup>778</sup> Se aprecia una laguna en el ms., pues, a pesar del espacio en blanco y la visible inconclusión de la frase, la siguiente línea aparece sin sangrar, como Machado hace en cada comienzo de párrafo.

<sup>779</sup> Es el de Pajares santo imaginario de nuestra tradición, que se emplea en el dicho 'El milagro del santo de Pajares, que ardía él y no las pajas' (*Correas*). Se atribuye a individuos de cuya santidad no conviene fiarse.

Apeándome allí, hallé las faldas traseras de la sotana y parte de la capa retajadas todas. Diome grande rabia el verme de aquel modo en parte adonde no podía remediarlo. Consolábanme los compañeros, diciendo que tuviese paciencia, que la devoción de aquel pueblo lo había hecho. Yo la tuve bien poca de ver tan malograda mi buena intención, que una vez que me quisieron hacer santo sin yo pertenderlo, fuese a costa de mi capa y sotanilla. Al fin son milagros por tomar, que, aunque sean con pretesto de buena ca[pa], siempre salen a la cara y dan con ellos en ella.<sup>780</sup>

---

<sup>780</sup> A juzgar por la palabra tachada al final de la frase, se ve que la primera intención del autor era rematar en capítulo de la siguiente forma: 'Siempre salen a la cara y dan con ellos en la cara'. Ms. p. 445. Tras las páginas siguientes, en las que figura el índice de capítulos del segundo libro (pp. 445-448), aparecen insertas en blanco, aunque paginadas, las que llevan hasta el comienzo del tercero en la p. 466.

# LIBRO TERCERO DELATER CERA PARTE DE GUZMANDEAL FARACHE.

Por Felix Márquez, Catre datico de Prima en la  
Picardía sin salario.

Capitulo I. Del quento, que un Pastor refi-  
ere a Guzman de Alfarache, en la Sierra  
de Anseam, como el muerto mató el vivo,  
y de su llegada á la Ciudad de Coimbra.

Advíete, Curioso lector, que sutil es el Demonio, los cami-  
nos que busca, las cosas que ofrece, los engaños que trae, al que  
pretende en mandar sus errores, con la reformation de su  
vida. Tentura me en Lisboa, con hermosura, gracias natura-  
les, plata, y ricas joyas. Viendo que no le fue posible vencer-  
me con esto, juzgan darme ya bueno, ofrecen mi lazo, como  
asunto, para que los aceptase como pocrita. O infan-  
te traydor, dixe yo muchas veces, no adese lo que piden-  
sal, y á mí con pañeros la propiedad de la agua ardien-  
te, y que por tener hecho voto me era forzoso el ir á  
pie á Sta Santiago de Galicia, para desvanecer el mila-  
gro supuesto, y la opinión que demitenian; Pero na-  
da bastó para creer me, qualos que una vez son juzga-  
dos por buenos, son más difíciles de creer sus defectos, aunq.  
los digan, que á los malos viciados, si otros se los pregonan;  
que, ni aun por interposiciones de terceros se da credito  
al que no es bueno, quanto más dezir el de sí mismo lo que  
note presume, y con ser acto de soberbia, en este, lo que

LIBRO TERCERO DE LA TERCERA PARTE  
DE GUZMÁN DE ALFARACHE

Por Félix Márquez, catedrático de prima en la picardía, sin salario

## CAPÍTULO I

### *Del cuento que un pastor refiere a Guzmán de Alfarache en la sierra de Anseam: cómo el muerto mató al vivo, y de su llegada a ciudad de Coímbra*

Advierte, curioso lector, qué sutil es el demonio, los caminos que busca, las cosas que ofrece, los engaños que trae al que pretende enmendar sus errores con la reformation de su vida. Tentábame en Lisboa con hermosura, gracias naturales, plata y ricas joyas. Viendo que no le fue posible vencerme con esto, juzgándome ya bueno, ofrécame milagros como a santo, para que los aceptase como hipócrita. «¡Oh, infame traidor!», dije yo muchas veces, «no ha de ser lo que piensas»; y a mis compañeros, la propiedad de la aguardiente y que, por tener hecho voto, me era forzoso el ir a pie hasta Santiago de Galicia, para desvanecer el milagro supuesto y la openión que de mí tenían. Pero nada bastó para creerme, que los que una vez son juzgados por buenos, son más defíciles de creer su defectos, aunque los digan, que a los malos virtudes si otros las pregonan; que ni aun por interposiciones de terceros se da crédito al que no es bueno, cuánto más decir él de sí mismo lo que no se presume. Y con ser acto de soberbia en este lo que en esotro es de humildad, solo se conforman en los dos extremos el no dárseles crédito al uno y al otro por la presunción sola que de los dos se tiene.

Para la vida temporal siempre fue de provecho la buena fama; grande bien será el saber conservarla, pero mucho mayor es el merecerla para la eterna, y más que todo el despreciarla como gloria del mundo, que resulta en más grados de la perdurable, y los que más conviene. Quien lo deja todo por Dios deja la openión del mundo, que es lo menos. Todo lo quería dejar yo, pero mis compañeros no querían dejarme que lo dejase, diciéndome:

—Séase lo que fuere; diga vuesa merced lo que quisiere, que no nos ha de obligar a creer más de lo que viéremos, que el rendir el entendimiento a lo invisible y sobrenatural para creerlo es materia de fe que solo a Dios se debe y a su omnipotencia, como nos lo señala la santa madre Iglesia.



Estas y otras cosas me decía el mercader, que era hombre entendido, sin darme crédito a nada, con lo cual me fue forzoso desimular por entonces alabanzas improprias, como en otros tiempos, oprobrios merecidos. Y mientras ellos se acomodaban en las mulas, estuve yo dando algunos dobleces en mi capa para encubrir con puntos los pedazos que en Tomar me habían sacado della. Después me la puse y, mirándome de uno y otro lado, me acordé de mi buen Saavedra, y de lo que hacía a aquellos a quienes dejaban sus tijeras las capas a la capona.<sup>781</sup>

Así fuimos continuando nuestra jornada con más comodidad mía, porque el mozo de mulas ya no picaba tanto, obligado del beneficio de su melena, como de no ir solo por lo que pudiese sucederle.

—Grande cosa —decía el muchacho— es el aguardiente, si tiene la propiedad que vuesa merced dice, para enseñar a los mozos de mulas y arrieros cuando van en ayunas de una palizada, que sin ella nadie puede averiguarse con ellos en los caminos.<sup>782</sup> No haré yo ninguno sin una redomilla, que candil de g[a]rabato<sup>783</sup> se topa en cualquier venta. Mire la priesa que nos daba de antes el pícaro y el espacio con que ahora vamos, sin votos, quejas ni reniegos. Con un jarro de vino, que de antes colaba al estómago de dos tragos, nos quería tragar como a mosquitos; y hoy con el aguardiente, que de sus hieces se hace, con ser más fuerte le amansó sus furias. La mordedura de la víbora cura la triaca<sup>784</sup> que della se conficiona; y la del perro rabioso, sus mismos pelos.<sup>785</sup> ¡Oh, bendita aguardiente!, que en pilas te habían de tener en ventas, en mesones y posadas para ahuyentar los espíritus malos de los mozos de mulas y arrieros; y a mí, por sacristán, con un buen hisopo de un palo rollizo y verde, que yo hiciera mi oficio sin deber nada a nadie.

El muchacho con estos disparates, el mercader quejándose del dolor de su pierna, el mozo de mulas sin decir palabra, nos fuimos todo el camino desde Tomar hasta las faldas de la sierra de Anseam sin sucedernos cosa digna de memoria. Allí topamos unos

---

<sup>781</sup> Así cuenta Sayavedra a Guzmán sus picardías: «Cuando más no podía, con las tijeras que siempre andaba en la mano, del mejor ferreruelo que me parecía y del más pintado gentilhomme, le sacaba por detrás o por un lado —si acaso con el aprieto se le caía— para tres o cuatro pares de soletas». Alemán, 2012, p. 511.

<sup>782</sup> ‘Nadie puede hacerlos entrar en razón’.

<sup>783</sup> El candil de garabato tiene la particularidad de disponer de dos cazoletas concéntricas —en la mayor de ambas va cayendo el aceite sobrante—, y terminar en un hierro largo y plano que va sujeto al garabato: «Instrumento de hierro cuya punta forma un semicírculo, y sirve para tener colgado algo, o para asirlo o agarrarlo» (*DLE*).

<sup>784</sup> Triaca: antídoto contra picaduras venenosas.

<sup>785</sup> *Dosis sola facit venenum*, es la más famosa de las conclusiones a las que llegó Paracelso, es decir: cualquier sustancia puede ser veneno, pero también remedio en función de su dosis.

pastores; preguntales el mozo de mulas si tenían quesos que vender; sacaron algunos; paguéselos yo. Llevaba el mercader pan, apeose de la mula para curar su pierna. Sentámonos todos, y cada uno dio cuenta del suyo, porque eran pequeños y de muy buen gusto. Vimos allí muy cerca unas pobres mujeres y muchachos, como quien busca algo entre las arenas de un arroyo que corre solamente en el invierno. Pergunteles qué era; enseñáronme oro en granos como de trigo y otros más pequeños.

Admirome el ver que pobres cogiesen oro, siendo más propia esta cosecha de ricos y poderosos. Díjome el mercader que no me admirase, porque cerca del río Mondego había partes adonde se hallaban algunos granos de peso de un doblón, y que era el oro de veinte y dos quilates; pero como eran pocos, y menos la industria de los moradores de aquel reino, no se aprovechaban de los tesoros que naturaleza depositó en él por buscarlos estraños de climas más remotos; y esta era la causa de dilatarse tanto por el mundo la nación portuguesa y por ella la santa fe católica.

¡Mira cuál es la providencia de Dios para con los hombres! ¡Desvanece los tesoros de la tierra a unos en su misma patria, para que, buscándolos en las ajenas, lleven a otros los del cielo!<sup>786</sup>

Crió en la África, Asia y América el oro, plata, diamantes, robíes, balajes, esmeraldas, zafiros, topacios, jacintos, girasoles, turquesas, y otras piedras de estimación, y perlas de grande valor y precio; aljófar, olores, con mucha diversidad de drogas para la vida humana, que de nuestra Europa carecía, para obligar a los naturales della a romper tantos mares, no reparando en el riesgo de sus vidas; y que fuese este el medio de comonicarse nuestra sagrada religión en tierras tan estrañas, cuyos moradores tenía ciegos el demonio con tan diferentes setas<sup>787</sup> y el gentilismo, como por tan evidentes y notorios ejemplos habemos visto.

¡Oh, poderoso Señor, y reparo nuestro, que hasta a los más remotos y ocultos rincones de la tierra queréis comonicar los méritos incomprensibles de vuestra preciosísima sangre! ¡Oh, misericordia infinita! ¡Oh, caridad inmensa, que, tomando por instrumento la codicia de las cosas terrestres que unos hombres apetecen y estiman, queréis enriquecer a otros con las celestiales que su innorancia desprecia!

---

<sup>786</sup> A mediados del siglo XVII el expolio de las riquezas ultramarinas aún seguía siendo fuente principal de riqueza para españoles y portugueses. Hoy resulta chistosa y clarificadora esta visión de justo intercambio que propone el autor, aunque en la época fuera, si no la única, una de las oficiales.

<sup>787</sup> 'Sectas'.

¿Quién será aquel que pueda alcanzar vuestros juicios, quién vuestras prevenciones, quien la justicia distributiva de vuestra poderosa mano sino vos mismo, poderoso Dios nuestro, que, por tan estraños medios y peregrinos sucesos, permitís, como se ha visto en muchas ocasiones, que no mueran sin agua de bautismo los que, faltándoles el conocimiento de vuestra fe católica, vinieron ajustados a la ley natural que de sus mayores recibieron? Y aun con los gentiles de una y otras Indias, habéis usado esta prodigiosísima misericordia por muchas veces; que, solo por haber vivido en amor y caridad del prójimo, no quisistes faltarles con el premio de la gloria de concurrir en ellos tan singulares virtudes. ¡Alabado seáis, Señor, por todas las eternidades de los siglos, pues no dejáis a ninguna sin premio ni maldad sin castigo!

En esta forma discurría yo con los circunstantes, cuando dijo uno de los pastores:

—Eso que vuesa merced dice es tan verdadero como puede verse por un ejemplo raro que, adonde estamos, sucedió ha muy pocos años.

Y enseñándonos con el dedo un árbol que estaba más abajo del camino, entre unas quebraduras de la tierra que hacían un modo de barranco, dijo así:

—Aquel árbol se llama el «árbol donde el muerto mató al vivo», y la causa de llamarse así fue esta:

»Después que recogen sus frutos los labradores de Entre Duero y Miño, acostumbran los más pobres de aquella región salir algunos dellos a buscar su vida a diferentes partes deste reino y otros. Sucedió, pues, que, viniendo por aquí dos ya de vuelta de la ciudad de Évora, adonde habían asistido en los molinos de aceite, bajaron a aquel barranco para comer lo que traían y no pagar en la venta; que toda esta atención tiene el que es pobre, viendo que el suelo que pisa se le hacen pagar y aun la misma agua que bebe en muchas partes.

»Hallando todo franco, convidolos el sitio, comieron y bebieron. El que era más aplicado al servicio traía mejor bolsa, y el que más perezoso, más envidia, por lo que dirían en su tierra sus vecinos que era hombre flojo, mal aplicado, glotón y para poco, pues no se aprovechaba de su trabajo como los demás hacían.

»En estos pensamientos vino dando y tomando todo el camino, haciendo caso de honra y menosvaler, como todos hacen, el llevar menos; y de más valor, la traición más grave, pues, viendo vencido el sueño al compañero, pasándole un cochillo por la garganta, le dejó sin vida, sacole la bolsa y fuese a su tie[r]ra.

»Allí se estuvo dos años sin ser visto de nadie,<sup>788</sup> que no permitió Dios le diesen sepultura por entonces. Y cuando el matador tuvo gastado todo, le pareció volver a repetir la jornada, así por remediarse como por desvanecer las malas sospechas que de haberle muerto tenían la viuda y sus hijos, por haberle llevado consigo y vuelto sin él, de que se disculpaba con decir a todos que, por trabajar en diferentes lugares y serle forzoso detenerse más, le pareció que mucho primero que él llegaría a su casa. Estas razones poco concluyentes, el gastar el hombre más de lo que podía esperarse de sus ganancias, avivaban la mala presunción de todos sus vecinos, diciéndole algunos: «El que cabras no tiene y cabritos vende, ¿de dónde le vienen?».<sup>789</sup> El dinero en el pobre, el lucirse el perezoso, el gastar el holgazán son evidencias de latrocinio; y la voz popular, temor del delincuente. Con estos recelos pasó el primer año, y el que se seguía, se fue con otros a la misma ciudad de Évora a tratar de sus ganancias.

»Al tiempo que llegaron aquí adonde estamos, dijo a los compañeros que le guardasen mientras iba a proveer una necesidad forzosa. Sentáronse, y él bajó a aquel barranco adonde había dejado el muerto a ver si estaba aún allí, que es propiedad del ladrón y traidor recrearse a la vista de las mismas cenizas que dejó el fuego de su delito. Quitando, pues, del hombro un dardo de que llevaba pendientes sus alforjas, se sentó a mirar los huesos del defunto, que, hallándolos devididos ya por animales de quien la carne había sido sustento, se puso a contemplar sin horror su infamia y sin pena su culpa y, jactándose del miserable triunfo<sup>790</sup> de sus manos, clavó la calavera con el cuento del dardo, que en ellas tenía, diciendo:

»—“Aún has de llevar esta miserable calavera del que no supo gastar lo que ganaba, pues, no hallaste quien te diese mejor sepultura”.

»Y como Dios a semejantes crueldades no dilata el castigo, y los hombres crueles son naturalmente pusilánimes y tímidos, premitió que, al mismo tiempo que él estaba mirando y remirando la calavera, le llamase uno de los compañeros. Fue a sacar con mucha prosa el dardo para desasirle della temiendo que, bajando alguno le toparía con el hurto en las manos, quedando averiguada su sospecha. Y no pudiendo conseguirlo por más golpes que dio a una parte y otra, levantando la calavera en alto, la metió entre dos

---

<sup>788</sup> ‘Allí permaneció el cadáver por el tiempo citado’.

<sup>789</sup> ‘Los que cabras no tienen y cabritos venden, ¿de dónde les vienen?’ (*Correas*). Refrán que da a entender que, los que sin tener oficios ni rentas gastan y triunfan largamente, o lo hurtan o lo ganan por medios ilícitos.

<sup>790</sup> ‘treunfo’ en el ms.

ramas de aquel árbol; y estando haciendo fuerza para deshacer<sup>791</sup> su dardo, volviéndole a llamar sus compañeros, fue tanta la que puso y la turbación tanta, que el desasirse el cuento, el atravesar los pechos con la punta y el caer sin sentidos en el suelo fue todo uno.

»Viendo los que le aguardaban que no respondía, fueron adonde estaba, y hallándole de aquel modo, sin habla y sin sentidos, le sacaron el dardo. Fue uno a llamar quien le confesase si volviese en sí, mientras los otros le ataban la herida. Con esta diligencia se alentó más un poco.

»Llegando el confesor, en presencia de algunas personas que le acompañaban y de sus compañeros, publicó su delito como lo refiero; que sus mismos naturales atestiguaron por reconocer aún pedazos de la ropilla y calzones con que el muerto había salido de su propio lugar. Confesose luego; lleváronle a una venta, adonde estuvo tres días haciendo muchos actos de contricción, con grande a[r]repentimiento de sus pecados, pregonando a todos su delito, su maldad y su alevosía. Murió con todos sacramentos, con el impulso de sus propias manos y repugnancia de una frágil calavera, por justo juicio de Dios, de cuya justicia él mismo fue pregonero, juez, testigo y verdugo.

»Tanta es la misericordia del Señor, que no solamente a esos gentiles que vuesa merced dice busca por esos caminos el modo de salvarse, pero aun a delincuentes de tan atroces casos permite tan singulares castigos, por que, siendo medio de reconocer sus culpas, le pidan perdón dellas para no condenarse.

Admirome de oír un caso tan estraño, que no es fabuloso sino verdadero, y como tal le escribo por lo mucho que hay que ponderar en él. ¡Oh, miseria humana! ¿Cuál es el hombre que fía de su secreto la ofensa de su prójimo y piensa que, faltando el castigo de la justicia del mundo, puede tardar el de la del cielo? ¿Cuál es el que por intereses propios quita vidas ajenas presumiendo seguridad en la suya? Pues vemos que la repugnancia de una calavera fue bastante para quitar la vida a aquel mismo que la había quitado al dueño della. ¿Quién es aquel que usa de traiciones sin pensar que puede padecerlas, y que no se dispongan las cosas de manera que venga a confesarlas por su misma boca, como sucedió a este miserable? ¿Quién el que quiere enriquecer sus hijos con lo de los otros y se olvida de lo poco que dura lo mal adquirido? ¿Quién el que se ciega tanto de la codicia que no considera que los bienes que adquiere por medios ilícitos pueden ser después total fin de los suyos, y, si tiene casa, la ruina della?

---

<sup>791</sup> 'Desasir'.

Pues si esto sucede en lo que menos reparan los que tienen honra, que es la vida y hacienda, ¿qué justicia hará Dios a los honrados de aquellos que, quitándoles los honores, les vienen a quitar todo en que fundan estos la duración de los suyos? Quien a costa de la sangre o sudor ajeno solicita aumentos que a otros se deben, quien edifica suntuosos palacios poniendo en ruina los que fueron de otros, quien humilla las antiguas familias para levantar otras del polvo o la tierra, quien d[esa]credita lealtades ajenas por mostrarse celoso con sus m[i]smas traiciones, ¿qué piensa, qué imagina, qué espe[r]a? ¡Oh, hombre loco, oh, hombre necio, oh hombre insensato!, fiaste en el tiempo, que todo varía y trueca; fiaste en lo oculto, que puede revelarse; hablas bien en lo público, obrando mal en secreto; contra el prójimo, contra la razón, contra la verdad y contra el mismo Dios, que es padre della, te atreves, te finges y te arrojas, sin recelo, sin escrúpulo y sin reparo, ¿adónde vas, ciego? ¡Abre los ojos, quita las cataratas de tu engaño,<sup>792</sup> enfrena tu codicia, modera tu desvanecimiento, mira en lo que pecas! Que todo lo ve Dios, todo lo bueno premia y lo malo castiga, y todo manifiesta cuando quiere, como quiere y de la manera que es su gusto.

Escucha lo que te digo, despierta dese letargo; si piensas que hoy eres mucho, mañana has de ser nada; no dejes lo infinito, lo incomprehensible, lo perdurable y supremo bien de los bienes, que es la gloria, por aquella eternidad de miserias, de desdichas, de aflicciones, de tormentos y penas del infierno adonde te encaminas y lleva la soberbia, la avaricia, la lujuria, la ira, la gula, la envidia y la pereza de obrar bien en todo lo que puedes. Si obras mal en todo lo que haces, y si esto es así, pide a Dios que te vuelva tu juicio y pídele perdón de tus pecados; si no, indicio es de estar percito<sup>793</sup> al infierno. Y si tus obras son aquellas que él te manda, perdistinado estás para la gl[o]ria; si [en] ellas prevaleces, dale infinitas gracias porque todo te viene de su mano.

Los errores, los defectos, los engaños, las traiciones y to[do] género de maldades, vicios y infortunios del h[o]mbre, en la imaginación parecen sueños, quim[er]as, devaneos y fantasmas; corren, huyen, vuelan y [se] desvanecen como el humo, que, acabada la materia en que se sustenta, el fuego de que procede, se acaba él también sin dejar rastro. Pero cuando las humaradas deste fuego son de Dios, que las representa, o ya en la idea sin haber sido o ya en la memoria de sucesos pasados a aquel que sus pasiones

---

<sup>792</sup> A pesar de que la cirugía de las cataratas no fue posible hasta el siglo XIX, como término oftalmológico ya se empleaba en la antigüedad clásica; la metáfora aquí está construida con enorme acierto.

<sup>793</sup> Precito: «Condenado a las penas del infierno» (*DLE*).

le provocan a otros semejantes, repíteselas una y muchas veces; y, por más que divierta el pensamiento, le trae la memoria el castigo del agravio que intenta o la pena del delito que determina. A esta providencia de Dios llama el vulgo, inadvertidamente, lealtad del corazón, siendo impulso soberano suyo con que nos dice a todos lo que más nos importa, para advertirnos el mayor desprecio que conviene hacer de malos pensamientos. Y si todo no basta por experiencias visibles como la referida, nos lo enseña, porque, viéndolo en cabeza de otros, no prosigamos nuestro mal intento; por juicios suyos, perecemos en ellos.

No hay duda de que, cuando predica el bueno y virtuoso, mueve más con el ejemplo de su virtud que el entendido y docto con la retórica de sus palabras. Aquel mueve el alma a que coja el fruto de lo que sembra; este, al entendimiento para que se recree con las flores que planta; pretende este la gloria de su aplauso; esotro, la enmienda de sus oyentes; este se desvela por utilidad propia, aquel se apli[c]a en beneficio ajeno; ambos desean agradar a todos y en esto van conformes, pero como hay tanta oposición en sus intentos por encaminarse a tan diversos fines, mucho más consigue una sencillez<sup>794</sup> santa que los conceptos mayores del más florido ingenio.

No pretendo que me tengas por bueno ni juzgo me tendrás por entendido; y así, ni por esta vía quiero que me alabes ni por esotra forzarte a que te enmiendes. Mi intento es solo escribir mi vida, los sucesos que tuve, los casos que refiero para que no incurras en otros semejantes; créeme como acuchillado y no me imites como a virtuoso.

Pasamos aquella sierra, que llaman de Anseam, de muy malo y áspero camino; y desde allí hasta Coímbra no nos sucedió cosa que pueda referirte. Descubrimos la ciudad, un miércoles por la tarde, de una eminencia, que en oposición della queda a parte de medio día, cuyas faldas de una y otra baña el río Mondego. Mucho me holgué de verla porque se extiende de lo más eminente hasta el río como un rico y curioso aparador, adonde sus torres, edeficios y curiosos conventos son las piezas ricas de que se compone. Y como fue corte de algunos reyes de aquel reino, aún conserva hoy en su grandeza la memoria de lo que ha sido; y en la opulencia de sus campos, la buena elección de su discurso dellos.

---

<sup>794</sup> ‘sincillés’. En el ms.

Entramos en la ciudad por una larga y hermosa puente que de invierno pasa por ella el río,<sup>795</sup> y de verano por sus arenales, en que la mayor parte de la agua se consume. Al salir de la puente dijo el mozo de mulas:

—¡Alabado sea Dios, que salimos della sin oír reloxo, topar fraile, estudiante ni burrico!<sup>796</sup>

—Mire lo que dice —replicó el muchacho—, que todo eso viene en nuestra compañía: la pierna mala de mi amo es el badajo o martillo del reloxo, que de Tomar aquí viene bamboleándose; el señor don Juan en su modestia y hábito, el fraile; yo, el estudiante, que lo he sido en Braga más de seis meses, y vuesa merced, el burrico, pues que no se conoce ni a los que trae en su compañía.

—Gran bachiller es vuesa merced —respondió el otro—, en Coímbra estamos. Señor Poca-ropa, yo le daré el grado antes que de aquí salga.

Barajeles la plática, porque no retoñase la pendencia; el amo del muchacho hizo lo mismo, metiendo todo a burlas.<sup>797</sup>

Llegando a la posada, hiciéronse las paces a costa de mi bolsa, saliendo el flux de copas en las aras de Baco,<sup>798</sup> dulce licor que en casos semejantes reprime a unos la cólera que en otros altera. Allí cenamos aquella noche; y al otro día por la mañana, ajustó el mercader con el mozo de mulas que le llevase hasta la ciudad de Braga, que está a ocho leguas adelante de la de Oporto, para donde en Santarém solamente se habían concertado.

Yo iba ya rendido; y, para reforzarme algunos días, me quedé en Coímbra. Transferí el derecho de la mula que mi hermano me había pagado en el mozo del mercader; con que todos se partieron contentos, y yo lo quedé mucho por verme libre de pendencias en mi jornada; que, aunque nunca son buenas, siempre son las peores aquellas que se mueven en los caminos, pues siempre desautorizan al que las mueve y no acreditan al que las sufre.

Adonde nadie te conoce, si eres malo, reforma tus defectos, que a pocos meses te tendrán por bueno. La primera aprehensión difícil es de borrarse en la memoria del que

---

<sup>795</sup> Véase nota 477.

<sup>796</sup> *Pons asinorum* hacía referencia, en origen, a determinados ejercicios de la gramática latina que, por entrañar ya un grado considerable de dificultad, hacían fracasar a los malos estudiantes. Este puente de los asnos está vinculado a la fórmula *quis vel quid*, que nos indica, por extensión, el gran obstáculo que se halla en alguna empresa. Reza el pareado popular: *Quis vel quid / todos los burros se atascan aquí*.

<sup>797</sup> [...] «Para que en ningún tiempo estoviesen ociosas. Onde esto deven escusar todas mugeres de non estar baldías nin se meter a burlas» (Anónimo, *Castigos*, BNM, MS. 6559).

<sup>798</sup> Nota 266.



la recibe. Entre los cuentos que de sí me contó mi hermano, fue que, pasando a Indias, se había acomodado con cierto eclesiástico, cura de almas, en el Potosí. Estaba muy rico el hombre y tenía su tesoro en unas nevetas<sup>799</sup> grandes que había en el altar de su mismo oratorio, que era muy curioso. Allí se iba el cura a rezar sus horas. Como los malos nunca sospechan bien, a mi hermano le parecía mal a[r]rodillarse tanto delante de su dinero; y para imitarle, en acabando el amo, se ponía él a hacer su oración; y al fin vino a ser ella que con una ganzúa le sacaba lo que quería. Vino a hallarlo menos, despidió todos sus criados por el caso, dejándole a él solo por la openión que dél tenía, siendo quien le robaba, y entonces no andaba la ganzúa hasta venir otros en quien sospechase.<sup>800</sup>

Mucho vale la openión buena, si no eres bueno, hace que lo parezcas. Toda la liviandad en el hombre es especia de locura, provoca a desestimación y redundante en menosprecio. Al mozo adonde la sangre hierve no es de tanto daño; que lo que en una edad se condena en otra se desimula. El ser jatancioso y arrogante descubre moderado juicio;<sup>801</sup> y la presunción mucha, inorancia crasa. El que apresura sus acciones, poca prudencia; el espacioso y indeterminable en las cosas de honra, cortedad de ánimo; en las de valor, de esfuerzo, y en las de entendimiento, moderado juicio; y por estas razones se dijo que, cuando el hombre habla y obra, ha de mirar primero adónde, con quién, cómo y cuándo.

Hallábame yo en la ciudad de Coímbra, corte de las ciencias de aquel reino, adonde concurren los mayores ingenios sin tener conocimiento de nadie. Deseaba ver las escuelas y componerme en forma que no desagradase a los primeros visos; era necesario para esto reformarse de capa, que ni siempre debajo de una rota se presume sano el sujeto. Llamó la huésped un sastre conocido suyo; dile dineros, fue a comprar la tela; y, mientras me las hizo, me quedé en la cama aquel día. Al otro me la trajo, paguele la hechura y, por hallarme embarazado con la otra, se la di. Él me miró con algún reparo, y pareciéndole liberalidad grande la corta dádiva, me dijo:

—Bien parece, señor don Juan de Guzmán, que nunca vuesa merced ha sido estudiante, pues desecha una capa tan buena que podía mejorarse de sotanilla, como aquí

---

<sup>799</sup> 'Naveta': «Vaso o caja pequeña, generalmente en forma de navecilla, donde se lleva el incienso para las ceremonias litúrgicas de incensar» (*DLE*).

<sup>800</sup> El tópico de los clérigos ladrones circuló libremente en la época junto con el de la ebriedad o el juego, aficiones que también se les atribuían.

<sup>801</sup> No me ha sido posible descifrar la glosa marginal que muestra el manuscrito, y que comienza «Nótese cómo soy juicioso...» (p. 479.)

hacen muchos que, queriendo continuar sus estudios, les faltan las comodidades de poder hacerlo.

Yo me reí un poco diciendo:

—Todo lo he sido, y por todo he pasado; pero los peregrinos son como naufragantes: aligeran el peso por el embarazo de las jornadas, como ellos sus bajeles por asegurar las vidas.

—Vuesa merced hace como quien es, y más de san Martín, pues me la da entera para vestir dos niños; que, por ser yo muy pobre, están casi desnudos.<sup>802</sup> Dios se lo pagará, como hace a todos los que bien hacen a la pobreza.

Fuese. Y aún no acababa de vestirme, cuando él entró a presentarme dos hermosos capones.

«Este sí que es milagro de mi capa» —dije yo comigo—, no de balde en Tomar sacaban pedazos della, en profecía de venir a ser de un sastre sin tomar, que presenta capones y es agradecido sin aprovecharse, que es la capa con que ellos a los pies de sus confesores disfrazan el nombre de sus hurtos: “Aprovecheme, padre; quedome, padre, retengo, padre, esto y aquello, de sobras”; que vienen a faltar de manera a quien han robado que, si son hombres, los dejan en la danza de matachines,<sup>803</sup> y si mujeres en el baile de la capona.<sup>804</sup>

Del sastre y mercader y otros oficios que tienen vara y hurtan con vara, te libre Dios, que a tuerto y a derecho, pulgada más o menos, rayando más aquí o más allí, con el jabón o piedra han de caer rayos sobre tu bolsa. Séase lo que fuere, ella ha de abortar, y antes del aborto han de preceder los tuertos, que todo se anticipa en oficios tales, y lo peor es que, aunque lo vean los ojos, no lo ha de decir la lengua; que de hacer lo contrario es delito grave, y la pena dél pagará tu bolsa.

Cierto que muchas veces no puedo enfrenar mis pen[s]amientos, que, como veletas, se mueven de cualquier aire. Siempre el mundo fue uno, y ha de ser los que ha

---

<sup>802</sup> «Fue san Martín en la caridad tan singular que partió su militar vestido para cubrir la desnudez del pobre necesitado. [...] La capa de san Martín todo lo tapa; pues como propiciatorio, hace sombra a los pecados, para librar a las Almas de los Divinos temporales castigos» (Gil Becerra, 1739, p. 444.)

<sup>803</sup> Era el de Matachines baile ridículo que solía poner fin a las mojigangas de la fiesta barroca. P. Castilla, 2005, p. 29.

<sup>804</sup> Era la Capona un bullicioso baile picaresco muy popular en el siglo XVII, parecido al de la Chacona y que se interpretaba con castañuelas y al tañido de instrumentos de cuerda. «Muy lampiña la capona / y con ademanos brujos / por Córdoba y por el Potro / viene cargada de triunfos / ésta es capona, esta / la que desquicia las almas / la que sonsaca los ojos». (Quevedo, 1995, p. 710.)

sido hasta que el que lo ha hecho vuelva a deshacerle. Y así volvamos también a mi buen sastre.

Agradecile mucho los capones; intenté pagárselos; de ninguna manera quiso aceptar nada. Pedile que me llevase a oír misa al colegio de los Teatinos, que allá llaman apóstoles. Llevome allá. Y en cuanto yo la oía, como estaban allí muchos estudiantes conocidos suyos y viesan que me acompañaba, debía de decirles quién yo era; porque luego, como pájaros al reclamo de Guzmán, se me llegaron muchos con grandes ofrecimientos y cortesías para enseñarme todo lo que había en la ciudad. Estimé mucho la merced que querían hacerme, significándoles ser ése mi deseo.

Fuéronme enseñando parte del colegio, metiendo cada uno dellos de cuando en cuando su coletilla de la ciencia que estudiaba para reconocer mi sujeto. Fui forzado a responder a sus puntos, haciéndolo, por ser mozo, con más confianza que en Santarém con don Andrés de Almada. Toqueles algo del griego y hebreo, lenguas de que algunos dellos tenían confusas noticias; y yo, perdido mucho de lo que en Roma había alcanzado dellas en casa del cardenal, mi señor, como te he referido;<sup>805</sup> con todo, las pocas mías, como las suyas eran menos, les parecieron grandes.

Y aficionándoseme mucho, estos con otros se fueron aquella tarde a mi posada, adonde, en buena conversación, nos entretuvimos más de dos horas, preguntándome por las cosas de las dos cortes romana y española. Satisficelos de lo que sabía; y sacando de mi maleta variedad de dulces, con que los regalé, como si fuera la del mágico Escoto,<sup>806</sup> fue dellos celebrada con muy buenos dichos, sutiles agudezas, en que no pierden punto los portugueses. Eran ya las diez; doblamos la hoja para el otro día, en que quedaron de acuerdode de llevarme a ver la universidad.

---

<sup>805</sup> Alemán, 2012, pp. 294-295.

<sup>806</sup> «[...] Esta cabeza, señor don Quijote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, que creo era polaco de nación y discípulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan» (Cervantes, 2004, p. 822.) Fue Escoto famoso nigromante italiano que vivió en Flandes durante el gobierno de Alejandro Farnesio.

## CAPÍTULO II

### *Refiere Guzmán de Alfarache lo que vio en la ciudad de Coímbra, y lo que pasó con los estudiantes y el hurto de sus doblones*

De la poca atención en la mocedad siempre llega tarde el arrepentimiento. Toda aquella noche estuve tan desvelado como si al otro día hubiera de leer una lección de punto. ¡Qué de veces me acordé de las muchas que el cardenal, mi señor, me decía!:

—Guzmanillo, ¿qué estudias, qué haces, en qué gastas el tiempo, en qué te entretienes? Doyte maestro que tus padres no te dieron, doyte lugar bastante para que sepas, doyte de vestir y comer para que no lo busques, tratote con amor para que mejores, véote con ingenio, y deseo que sepas y no lo malogres, ¿para qué te olvidas de lo bueno y te inclinas siempre a lo peor y malo? ¿Para quién aprendes, para quién estudias?, ¿para ti o para tu amo? ¿He de meter en mi bolsa el desvelo de tus ciencias o en mi escritorio el trabajo de tus estudios?, ¿he de vivir de tus letras o sustentarme de tu sabedoría? ¿Qué aprovecho en que sepas o pierdo en que ignores? Doyte buenos consejos para que te ganes,<sup>807</sup> y tú te pierdes por no querer tomarlos. El tiempo de que te burlas te doy por testigo, que él se burlará de ti, como hace con todos. En partes y ocasiones te hallarás muchas veces en que te ha de pesar de haberle perdido; todas las en que esto te sucediere, una sola avemaría te pido que me reces por mi alma, que yo te aseguro que no han de ser pocas.

El hombre era bueno y santo, y todo lo que me dijo fueron profecías,<sup>808</sup> cuando él me exhortaba con estas y otras semejantes pláticas, era muy para ver mi compostura. El cuerpo tan derecho como un huso, los brazos muy caídos, recogidos los hombros, que sin lengua decían: «No lo haré más, se[ñ]or, no lo haré más». Los ojos puestos en el suelo, tan compungido como si el mismo arrepentimiento me estuviera azotando, y al mismo tiempo estaba por encima de los calzones tentando dos barajas de naipes que tenía en las

---

<sup>807</sup> Ya en desuso, la forma pronominal intransitiva de ganar es muy frecuente en todo el periodo aurisecular. [...] «Para que dellos te escapes. / demás desto, mis vestidos, / que más que un tesoro valen, / qué haré dellos, / Abraham, poco importa / perderlos por que te ganes». (Mira de Amescua, 1972, p. 73)

<sup>808</sup> 'Profecías'.

faldriqueras. Como yo me descuidase en hacerlo algunas veces, y el cardenal, mi señor, estuviese con tanto cuidado mirando mis acciones para juzgar por ellas el afecto con que mi corazón recibía sus consejos, me preguntó:

—¿Qué tientas, Guzmanillo? ¿Con esa atención estás cuando te dicen lo que te conviene? Eres como aquella hija que, cuando su madre la exhortaba a que fuese buena, la respondió reyéndose que mirase la araña que iba por la pared. ¿Qué veneno es ese que tienes en esas faldriqueras?, ¿qué víboras las que te muerden?, ¿qué avispas las que te pican?, ¿qué abejas no serán?, que yo te aseguro que ni a buscar flores ni a hacer panales entren ellas.

—Nada deso es, señor —le respondí yo, levantando los ojos y bajando la voz—, muy diferente es de lo que vuesa señoría ilustrísima piensa, y tanto que, en unas horas que traigo en ellas,<sup>809</sup> estaba haciendo voto a Dios y a vuesa señoría ilustrísima pleito homenaje de mudar de vida con nueva reformation de costumbres, porque ya reconozco que en todo voy a perderme.

—Nuevo pleito te mueves —me respondió— con el que dices que me haces. Veamos esas horas, que yo entiendo no serán minutos ni aun átomos de arrepentimiento, y que, al sacarlas, no las hallarás, para que yo sentencie lo que fuere justo.

Solo mi sutileza pudiera hallar remedio a tan apretado lance. Esto fue en verano, el calzón era de ormesí,<sup>810</sup> muy sencillo de aforros; de lo que entraba y salía estaban mis faldriqueras tales que para dolor de estómago pudieran servir de pegadillos,<sup>811</sup> y particularmente entonces, que la noche antes había vaciado en ellas mucha parte de un barril de limones en almíbar. Metí la mano en una, y como era angosta, por más fuerza que fingí hacer, parecía imposible sacarla con los naipes.

—Basta, basta —dijo aquel santo varón; que, como era muy asqueroso, no quiso hacer mayor examen del caso.

—No basta, señor —respondí yo.

Y sacando la mano, con las dos doblé el calzón a prisa sobre la baraja de naipes, que él juzgó ser horas solo por el bulto; y si no fue así, fue mayor su virtud, pues no quiso cogerme en la vergüenza de tan grande mentira.

---

<sup>809</sup> ‘En un libro de oraciones que traigo en las faldriqueras’, es decir, un breviario.

<sup>810</sup> *Ormesí*: «Tela fuerte de seda, muy tupida y prensada, que hace visos y aguas» (*DLE*).

<sup>811</sup> ‘Pudieran servir de emplastos’ «Si vuesa merced hubiere menester algún pegadillo para la madre, téngolos milagrosos; y si para mal de muelas, sé unas palabras que quitan el dolor como con la mano» (Parlamento de Hortigosa en el entremés cervantino *El viejo celoso*). Cervantes, 1943, p. 550.

Esta es la diferencia que hay del bueno al malo y del verdadero al mentiroso, que es tan feo el vicio del mentir que el que no le usa se esconde la cara por no verle. Si quieres reconocer la infidelidad de un pueblo, de una provincia o de un reino, repara en el trato de sus naturales y particularmente en sus mayores; y si es doble o poco ajustado a la verdad, pásate a vivir a otra parte, que, adonde la mentira gobernare la república, todo estará violento en ella y no puede ser durable. Así me voy yo huyendo de mí mismo de cuando era aquel Guzmanillo de Alfarache, aquel embustero, aquel enredador, aquel mentiroso, para don Juan de Guzmán que ahora soy, por la gracia de Dios, que me volvió en otro. Él me conserve mis buenos propósitos para que nunca vuelva a lo que he sido.

Levanteme de la cama, y no eran las siete cuando dos de aquellos estudiantes que más se me inclinaron llamaban a la puerta. Fuime con ellos a la universidad, que es cosa grande y majestuosa, como palacio que fue de los reyes de aquel reino. Léense en ella las cuatro facultades: Teología, Cánones, Leyes y Medecina, y para cada una hay seis lectores y cuatro catredáticos,<sup>812</sup> más de Instituta,<sup>813</sup> uno de Matemáticas y otro de Música.<sup>814</sup> Entré en todas las aulas, y en todas me hicieron mucha cortesía, así por extranjero como por haber entendido de los que me llevaban que yo era hombre docto. Tanto se estiman las ciencias entre los entendidos que hasta la presunción dellas se respeta.

Mucho intentaron los curiosos reconocer mi talento; pero, usando yo la verdadera prudencia, que es despreciar cada uno lo que sabe porque no le cojan en lo que ignora, con cortesanos desprecios de mis olvidadas letras, realizando con alabanzas las que en ellos reconocía, los dejé agradecidos y a mí en mayor openión que la que esperaba. Y es de advertir que cuando las riquezas de la alma y ciencias son pocas, son como los tesoros, que en ocultarse más está su duración y en manifestarlos su pérdida. En todo es así y en todo desvanece la evidencia lo que la presunción acredita.

Sueña una beata visionera, y a veces sin dormir y sin ver lo que sueña representa a sí misma un disparate y, no contenta de venderle a su confesor por visión y merced grande que Dios la hizo debajo de secreto natural, lo dice a sus amigas; y como estas

---

<sup>812</sup> Así como el *oyente* era el alumno, debemos interpretar *lector* como el «profesor que impartía la materia», diferenciado así del de mayor rango que poseía la cátedra.

<sup>813</sup> Es la instituta un compendio de derecho civil romano basado en la opinión de antiguos y famosos jurisconsultos.

<sup>814</sup> Con excepción de la Teología, la Jurisprudencia y la Medicina —disciplinas preponderantes en la época—, era habitual que algunas cátedras de otras enseñanzas —menos canónicas o de menor prestigio como la Música, las Matemáticas o la Astrología— quedaran vacías por falta de candidatos que optaran a ocuparlas.

tienen otras, las revelan todo y a todos se divulga la mentira. Lo mismo sucede a otros que, siendo verdaderos los favores que reciben, por no caberle en su pecho, pasan del confesor con ellos a la plaza, adonde se venden y compran conforme la opinión de cada uno. Raras veces se pierde lo que se calla, y rarísimas se gana lo que se dice. Como el mar son los grandes ingenios, y así es bien que tengan flujos y reflujos; cuando es conveniencia decir lo que entienden, no perderlo ni tampoco perderse por decirlo cuando no conviene.

Los ingenios cortos, o por no cultivados o por naturaleza, no se han de alargar mucho por no reconocérseles lo que no alcanzan; son como la luz pequeña, que no hace poco cuando llega a alumbrar para que no tropiece el que la lleva. No fue corto el mío en la mocedad, pero era tan grande mi pereza y tanto mayor mi bellaquería, que, por saber bien una cosa mala, todas las que eran buenas dejaba en olvido. No me condenes el repetirte esto, que al que le duele la llaga se queja muchas veces.

Si eres mozo y incurres en algunos de mis errores, pues tienes tiempo, enmiéndalos; si hombre y no te enmendaste, ayúdame a llorarlos, que es virtud sentir en la vejez lo que en la mocedad se ha errado, y grande gloria no errar en esta por no tener que sentir en aquella. ¡Oh, loca juventud que sin freno te vas al percipicio! ¡Oh, necia mocedad que, vendados los ojos, te despeñas! ¿Qué piensas, qué imaginas, si toda la vida es corta al que mal la emplea, y todo el tiempo breve al que bien no le gasta? Si quieres vivir, sabe que solo el que sabe vive. Estudia cuando mozo y sabrás cuando hombre para aconsejar cuando viejo;<sup>815</sup> que el mozo que no estudia, el hombre que no sabe, el viejo que no aconseja, diferéncianse poco de los brutos. Nacen para comer, comen para vivir y mueren para todos; y estos y aquellos sepultan su memoria en el olvido, desmereciendo por su torpeza lo que por su agilidad mereció el Babieca del Cid, y otros muchos caballos, cuyos nombres se hallan en las historias.

¡Desdicha grande que pueda envidiar un racional la fortuna de un bruto si acertó de ser dichoso en dejar de sí memoria! Otros también la dejaron, por ser infelices, a sus dueños, de los cuales fue uno el caballo Seyano, siendo hermosísimo y ágil. Este nombre le dieron de Gneo Seyano, que, yendo por cónsul de Roma a Grecia, no lo tuvo seis meses cuando le mandó degollar Marco Antonio. Sucedióle en el oficio, caballo y fortuna,

---

<sup>815</sup> Alabanza a la sabiduría típicamente renacentista, que supone el tránsito a la Edad Moderna frente a la escala de valores medieval

Dolabela, que antes del año mataron en la ciudad de Epiro, adonde residía. No con menor azar compró en él su desdicha el cónsul Gayo Casio, de quien escribe Plutarco tantos elogios, pues sin cumplir dos años le mataron, y a su mujer y hijos, en un banquete con yerbas venenosas.

Llegó noticia a Roma del caballo; alabaron mucho a Marco Antonio su hermosura; y, mandando que se le trajesen, pagó doblado el precio al que lo traía. Siempre compran los príncipes más caras sus desdichas. Dentro de dos meses vino a perecer este en la batalla naval que tuvo con Octavio Augusto. El sexto dueño que este caballo tuvo fue Nigidio, un caballero de Asia; y al pasar el río Maratón se ahogaron los dos.<sup>816</sup> Cuando vieres bestiaspreciadas de grandes señores, no las tengas envidia; trata tú de no serlo, que es lo que te conviene para que te estime y honre el sabio; que el ser bien visto del poderoso, si no lo es, no lo tengas por dicha; que si dejas de serlo, tú serás su Seyano.

En estas cosas que te he referido vacilaba el discurso, como sucede siempre cuando llega sin tiempo el desengaño del que mal se ha gastado. Después de haber visto todas aquellas aulas, no fue menester muchas instancias para que los estudiantes que me las enseñaron quisiesen ser mis huéspedes. Regalelos lo mejor que pude para una posada, adonde con dificultad muchas veces se topa lo que se desea, y sin querer lo que no se espera otras muchas. Tal me sucedió a mí, porque, aún no habían acabado de levantar de la mesa los manteles, cuando nos entró por la puerta otro estudiante de los que la noche antecedente habían estado con nosotros, y con él un muchacho con una grande bandeja de varios dulces, diciendo que, ya que yo no le había querido por convidado, traía él los postres del banquete para escusarme que no desvalijase mi maleta.

Eran muchos, que sobraron tantos que entre estudiantes no fue poco. Díjele yo al que los había traído que con su licencia enviásemos un plato a la huéspeda, a que me respondió que todo era mío, y que yo podía hacer lo que quisiese como de cosa propia. Enviéselos; vino a darme las gracias. Y sacando la bandeja y manteles de la mesa, dijo el estudiante que jugásemos un poco, para lo que venía prevenido de naipes. Respondile que, a no haber hecho voto de no hacerlo, todo lo hiciera por darle gusto.

---

<sup>816</sup> La historia del caballo Seyano, con la misma extensión y casi con las mismas palabras, no es narrada por Antonio de Guevara en su *Libro primero de las epístolas familiares*. Véase Guevara, 1633, pp. 128, 131.



—Si es por haber perdido mucho, como todos esos votos se hacen —me volvió él—, no repare vuesa merced, señor don Juan, en jugar un poco; que aquí tiene dineros a su servicio en cantidad que sobra a la que se permite en juego de estudiantes pobres, como somos todos los que aquí estamos.

Y sacando un bolsillo, me lo puso delante. Al punto reconocí ser el de mis doblones que aquella mañana había dejado en mi maleta; fui a abrirle para ver si la moneda era la misma; y el socarrón, entendiendo el lance, por asustarme más, poniendo la mano encima de las mías, me detuvo preguntando qué cantidad había en él de doblones.

—Cuatrocientos —respondí yo, como quien los tenía contados.

—Es verdad —volvió él—, pero del contado come el lobo,<sup>817</sup> y aunque mi apellido es este, como el nombre es Francisco, no quiero degenerar dél por valerme desotro.

»Recoja vuesa merced sus doblones, y cuando saliere de su aposento, no deje abiertas las ventanas; que, pues me dice que ha estado en Madrid, adonde la mayor parte dellas están con rejas que parecen jaulas, por no volar ladrones que parecen pájaros, pudiera advertir que en las universidades es cosa muy corriente haber estudiantes que parezcan águilas, y que en el arca abierta el justo peca. A los dulces debe vuesa merced sus doblones, porque a no tener yo noticia dellos para hacer esta burla, como al huerto adonde cae la ventana hay otras muchas de otros más necesitados, si yo no fuera el primero a intentarlo, a vuesa merced dejarían sin doblones, y a nosotros sin dulces.

No fue pequeño el susto, pero mucho le agradecí el consejo y mucho más mis doblones, porque, a quedar sin ellos, fuera forzoso vestir hábito de San Francisco para hacer mi jornada sin necesidad, que también los vivos hallan en él remedio para la hambre del cuerpo, como los muertos indultos para las penas del alma.

Pasome por la memoria lo que gustaba de semejantes burlas el cardenal, mi señor, al tiempo que yo le servía, lo que gustara desta, y más si le dijese que a mí se había hecho. Hízome soledad aquel buen tiempo, y más con acordarme de una cortesana, que, habiéndolo sido mucho en Valladolid siendo moza, la oí después decir en Madrid muchas veces con grande sentimiento de sus años:

—Tiempo bueno, tiempo bueno, tanto caballo a mi puerta y ahora nada. Por mis errores desempedaban sus herraduras las calles en que vivía, y hoy por los del tiempo

---

<sup>817</sup> Refrán que denota el exceso de celo por las cosas valiosas. «Creyó con más veras que compré el barril y díjome: —Guzmanillo, ¿no sabes que metiste aquí tantos? Pues cuéntalos. Yo los conté y dije: —Monseñor Ilustrísimo, cabales están; pero de lo contado come el lobo.» Alemán, 2012, p. 221.

está hecha un muladar esta adonde vivo, o para mejor decir adonde muero. Allá relinchaban caballos, aquí rebuznan borricos; y las noches que, con excelentes músicas me entertenían el sueño en aquel dichoso tiempo, hoy en este mil ladridos de perros me le quitan. En aquel nunca vi a la necesidad la cara, a la fortuna las espaldas, a las manos el agravio; hoy este, aquella y esotra me tienen por blanco de sus tiros, escudo de sus reveses y objeto de sus desaires. ¡Oh, vejez cansada, galera sin remos, río sin puente, bajel sin timón, ave sin plumas, calle sin salida adonde todo para! Todos te desean cuando no te tienen; y después que a ti llegan, te aborrecen todos. ¡Oh, verdugo cruel de la hermosura, madre del desengaño, escuela de la prudencia, hija del tiempo, que, cuando en su ser, te acaba y mata; tú paras, y él, volando, se vuelve a remozar todos los días, y tú en todos ellos se te acorta la vida!

Así se quejaba la buena vieja de su mala fortuna, siendo la mayor de todas para quien vivió así el vivir tantos años; que la vejez enmiende lo que la mocedad ha errado. Pero como nadie con su felicidad está contento, esta, de vivir mucho no lo estaba, que la carga de los años siempre es la más grave a quien por causa dellos fuerza el tiempo y no la razón a dejar sus vicios.

No me cargaban ellos mucho en esta edad, como dicen los pícaros. Pan había para perras, y lo diré yo por más que me lo estrañes y don Juan de Guzmán que me veas; que el invidiar una burla graciosa, la sutileza de un hurto con donaire, si yo no lo hago, no puedes condenarme, ni tampoco si de cuando en cuando, del trono de la caballería en que me consideras, se sale por la malla una palabra. Modera tus censuras, no sea riguroso el juicio de tu discurso, sino escribe y ponte mascarilla para que oigas en la cara lo que a tus espaldas mormuran de tus escritos; que por bien que lo pienses y mejor que lo digas, no has de ser el Fénix<sup>818</sup> entre los que han escrito. Tus descuidos tendrás como sucede a todos, tus sobras o tus faltas de que nadie se excusa.

No nombraré autor, si bien fue religioso, grave y de los más doctos de su tiempo en nuestra España; y en este y en todos, son y serán sus obras de grande estimación entre los hombres doctos. Cuando yo estudiaba en Alcalá, yendo a visitar ciertos amigos, topelos con un libro de su mano, dándole manotadas y reyéndose mucho; como eran entendidos, hízome novedad [a]quel modo de risa. Preguntando la causa, me dijeron ellos:

---

<sup>818</sup> Alusión elogiosa a Lope de Vega que resulta curiosa, dada la cantidad de detractores que tuvo el dramaturgo, acusado, por lo común, de escribir para servir y contentar al vulgo.

—Lea vuesa merced este período;<sup>819</sup> con Carlos quinto habla, y veremos si topa en lo que reparamos.

Y para que veas los reparos que ociosamente hacen en muchos libros, esto contenía que quiero referirte:

¡Oh, si un príncipe anciano<sup>820</sup> quisiese escribir con la pluma —o si no, que nos lo dijese de palabra— qué infortunios ha pasado después que gobierna, qué desacatos le han hecho sus vasallos, qué enojos le han dado sus domésticos, qué ingratos le han sido sus amigos, qué cautelas le han formado sus enemigos, en qué peligros se ha visto su persona, cuántas faltas le han hecho los suyos, cuántas veces le han engañado los estraños, qué importunidades ha pasado de día, y qué indigestos suspiros de noche!<sup>821</sup>

—Esto —dije yo— no podía escribirse mejor en este tiempo, y con poca razón puede condenarse lo que está tan bien dicho, y por autor tan docto.

—Mal olfato tiene vuesa merced, señor escolástico —dijeron ellos—, pues no le huelen mal «indigestos suspiros de noche».

Al fin, que esta era la causa de su risa; con tan grande desaire, por un poco de aire imaginario y por una palabra que se mire a dos luces, condenan muchas veces los autores más graves. Libros nos han llegado a las manos de hombres muy doctos, de sutil ingenio y habelidad rara,<sup>822</sup> marge[n]ados por algunos, de manera que apenas dejaba leer la pluma destos, con no volar tanto, lo estampado desotros, que con exceso grande a toda la censura hacía gran ventaja. En todos la presunción es madre de la innorancia.

En la plazuela de Antón Martín de la villa de Madrid se estaba vendiendo una maltratada pintura de Tiziano; su dueño no sabía lo que vendía; ni los que pasaban la estimación della. Acertó de venir por allí un caballero que, por tener buenas noticias del arte, tanto que llegó a verla hizo luego reparo. Preguntó lo que pedían por ella, y respondiéndole que diez ducados, dijo a un lacayo que la pagase al que la vendía y la

---

<sup>819</sup> ‘Pasaje’.

<sup>820</sup> «ansiano» en el ms.

<sup>821</sup> Pertenecce el fragmento que aquí se introduce a la obra de Fray Antonio de Guevara, cronista oficial de Carlos V, *Reloj de príncipes* (1528), y al mismo rey va dedicada su prosa doctrinal. «El texto fue impreso en Valladolid en 1529, y traducida y publicada en italiano en 1548, en francés en 1588, y en latín, por el duque de Sajonia, en 1611, de cuya edición se hicieron tres más. De esta obra, que es una ficción moral y política, dice Vosio [Gerardo Juan Vosio (1577-1649)] que tiene muchas cosas dignas de ser leídas, principalmente para los grandes señores.» Capmani, 1841, p. 138.

<sup>822</sup> ‘Habilidad rara de ver’.

llevase a casa. Mientras él buscaba un esportillero para hacerlo, pasó por allí un mal pintor, y, poniéndola en precio, dijeron los que la vendían que ya la había comprado aquel caballero por diez ducados. Añadióle más uno, llevóla a su casa, púsola en un bastidor; y a la vuelta de tapar con colores las quebraduras que en ella había hecho el tiempo, por no desaparecerse los unos de los otros, retocó grande parte della.

Aún mal seco, la llevó al caballero diciendo que por haber entendido, después de aderezada, que él gustaba della, se la traía allí con mucha mejoría de cuando él la viera.

—Así me lo parece —dijo el caballero—, pero si volvéis a quitar lo que aderezastes, mejor os la pagara que vos la habéis pagado; que obras del Tiziano no podéis retocarlas.

Tales reprensiones merecen los que quieren enmendar lo que no entienden. Con todo, pagando al pintor su dinero y el tiempo que mal había gastado, se quedó con ella el caballero; y como los retoques no estaban bien secos, fregándolos mucho con agua ardiente y después jabonados, quedose todo el lienzo como antes estaba, y el pintor reconociendo su ignorancia.

Las manchas del entendimiento, no hay jabón que las quite ni agua ardiente que lave errores del discurso. La prontitud del entendimiento y la agudeza del discurso son como los diamantes, que por más perfectos que los hizo naturaleza, si los unos con otros no se labran, ni pueden parecer lo que son ni son para salir donde los vean. Ángeles fueran los hombres si todo lo alcanzaran aun con estudios grandes; y brutos son aquellos que, con haber aprendido muy poco, piensan que todo lo alcanzan.

Volvamos a mis doblones; que no las tenía yo todas conmigo viendo que el secreto de tenerlos estaba puesto en lenguas de estudiantes. Pedí a aquel que me hizo merced dellos y a los que allí se hallaban que me la hiciesen de no decir a nadie que yo lo tenía.

—¿Cómo podrá ser eso —dijo el que me lo dio— si antes que los trajese a vuesa merced los enseñé a muchos, y diciendo que se los traía, hubo algunos de contrario parecer? No me estará a mí bien que puedan presumir que yo me quedé con ellos. Pero si vuesa merced lo dice temiendo que se los quiten en el camino por ir solo y ser extranjero, el remedio es muy fácil: entregándolos aquí al señor obispo, mandará darlos luego a vuesa merced, al punto que llegare a la ciudad de Oporto, en la misma moneda.

No me pareció mal el consejo; que de personas desinteresadas<sup>823</sup> es poca cordura dejar de tomarlos. Fuimos aquella misma tarde al palacio del obispo; dijo el estudiante a un capellán suyo a lo que yo iba; mandó que entrase luego, que no sé qué se tiene esto de llevar sin ir a pedir, que en toda parte halla franqueadas las puertas. Hízome muchas cortesías, que sin conocerme entendí ser deuda que se paga a aquel metal precioso que la fortuna a tantos niega. La alegría con que estaba, el gusto con que los recibió, me hicieron reparar si el oro que se da de una mano a otra para volverse luego alegre el corazón tanto al que lo recibe, ¿qué hará él a aquellos que no han de volverle, y se pone en su mano para que una lave la otra, y ambas la cara, y amada pretensión del que se lo entrega?

Estrañas son las propiedades del oro; rey es de los metales, pero es rey tirano; despeña al poderoso, estraga la conciencia, provoca a mil insultos, y es tal su tiranía que vence la razón. Al que más le quiere es a quien vale menos. El que menos le estima es a quien más vale<sup>824</sup> y, siendo incorruptible, es el que más corrompe. En su ser tiene ley, y con nadie la tiene; léese al derecho, y al revés se lee; al derecho hace tuerto, y al tuerto derecho;<sup>825</sup> y para decir todo en más breves razones: la vida que da a unos a otros se la quita; unos lleva a la gloria, si saben despendarle, y al infierno otros muchos si mal le han adquirido.<sup>826</sup> Dejemos quien nos deja, que así lo hice yo dejando mis doblones en casa del obispo, que como criminosos llevé a la iglesia, valiéndome del sagrado para asegurarlos y a mí la vida, porque no pereziese a manos de traidores, como aquel de Anseam que te he referido, que ejemplar tan presente no podía olvidarse.

Diéronme letra para la ciudad de Oporto, despedime del obispo. Y fiando de un papel lo que de mí no sabía, el estudiante y yo pasamos la puente a la otra parte a ver el convento de Santa Clara, de monjas franciscas, adonde está la sepultura y cuerpo entero de la reina santa Isabel, hija del rey de Aragón y reina de aquel reino; el cual se había visto muy pocos años antes sin estar corrompido, con el color tan propio como cuando vivía, y tan meneable que, levantándole un brazo, no había hecho resistencia alguna, y en

---

<sup>823</sup> ‘disinteresadas’ en el ms.

<sup>824</sup> ‘El que menos lo aprecia es quien mejor uso hace del oro, y viceversa’.

<sup>825</sup> Entiéndase *tuerto* como participio arcaico de torcido

<sup>826</sup> No parece ofrecer lugar a dudas la clara inspiración de este pasaje en las primeras cuartetas del *Enxiemplo de la propiedat quel dinero ha*. «En suma te lo digo, toma lo tú mejor: / el dinero del mundo es gran revolvedor; / señor faze del siervo, de señor servidor / toda cosa del siglo se faze por su amor». De Hita, 1988, p. 213.

aquella forma estaba había más de trecientos años.<sup>827</sup> Y, como si en aquel mismo día le hubiesen puesto allí, estaba el hábito, una alfombra, una sábana y una almohada que debajo de la cabeza tenía, viéndose aún el oro con que estaba labrada con su mismo color, sin haberse tomado por discurso de tres siglos y más algunos años.

—Grande cosa es el llegarse a los buenos, como aquí se vio, pues hasta lo insensible, que por ley natural está sujeto a la corrupción del tiempo, no se atreve el tiempo a corromperle. Al contrario sucede a los que a malos se acercan, que, como se corrompen, corrompen a todos. De la corrupción de las semillas y granos procede el multiplicarse ellos tanto que, sembrándose uno, da Dios, por ese, uno ciento;<sup>828</sup> pero corrupciones que, sembrándose ciento, sucede muchas veces no cogerse uno, son malas corrupciones y peores sembrados.

Esto decía yo al estudiante, que, con ser entendido, no quiso entenderme, como a sus mayores conveniencias hacen muchos que han bien estudiado. Y si me entendió, esta fue su respuesta:

—¿Deso, de ciento por uno, se espanta vuesa merced, señor don Juan? Cierto que he vivido engañado, porque siempre imaginé que los campos de Castilla eran mucho más fértiles que los deste reino. Aquí en este campo nos da Dios mucho más, pues hay en él semillas que, sembrándose una hanega de algunas dellas,<sup>829</sup> se recogen ducientas.

Pareciome arrogancia portuguesa; y, examinando después la verdad, hallé que era así como decía, porque hay en aquel reino tres castas de *feijois*.<sup>830</sup> unos blancos, que son los que en Castilla llaman judías; otros del mismo modo, su color morado, no oscuro, con rayas negras en correspondencia de una y otra parte (destos hay también negros y colorados); el tercer género son mucho más pequeños, hechura de un riñón, haylos blancos y pintados de negro sobre blanco como pías,<sup>831</sup> y algunos todos negros. Personas hay que, con no ser estos de más estimación que las judías, gustan más dellos, y no tienen mal gusto. Cuando las vainicas de la tercera casta de los más menudos están tiernas, que es en julio y agosto, en que no hay habas, cortándolas menudas, tienen su propio gusto,

---

<sup>827</sup> 1336 fue el año de la muerte de la reina Isabel de Portugal, consorte de Dionisio I de Portugal y declarada santa por la Iglesia católica.

<sup>828</sup> Prometió Jesucristo a Pedro que todos los que le siguiesen serían reconvertidos con el ciento por uno de los bienes que dejaran atrás. (Mateo 10:28-31).

<sup>829</sup> *Fanega*: unidad de capacidad para áridos que equivale a unos 55 litros.

<sup>830</sup> *Feijois*: alubias.

<sup>831</sup> 'Como algunos pájaros'.

se las guisan de la misma manera que ellas, y son más sanos. Yo las comí así y lo exprementé como lo digo.

Volvimos a la posada, cenamos temprano y, antes [de] levantar la mesa, me dijeron que estaba allí un criado del obispo. Mandé que entrase; traía una gran fuente de dulces, diciéndome que su amo me los enviaba por se le haber dicho<sup>832</sup> que unos estudiantes me habían despojado mi maleta, y me pedía le dijese el nombre del que me restituyera los doblones.

—Aquí está —dije yo al criado.

Y el criado a él:

—Vuesa merced se vea con el señor obispo, porque por la acción entiendo que quiere darle una iglesia de las que están vacas.<sup>833</sup>

Quedó él contentísimo, y el criado no poco; que, así por el presente como por el futuro beneficio que a aquel tesorero de mis doblones quería dar su amo, le di dos al criado, enviando a decirle que yo besaba a su señoría las manos por los dulces, que eran muy buenos, que esperaba en Dios de servir aquella merced en ocasiones mayores de las que su señoría podía juzgar de mí.

No esperó el siguiente día el estudiante porque en la misma hora fue a hablar al obispo; y, antes de acostarme, vino a darme cuenta de lo que con él había pasado, diciéndole que bien era que fuese cura de almas quien no se quedaba con dineros ajenos. Y me enseñó un papel que le había dado para su provisor en que le daba orden mandase hacer los despachos de una abadía que quería darle por su buen proceder; y él me dijo a mí que, además de ser en su misma tier[r]a, en menos de tres años le había de rentar más que los doblones que fueron instrumento para que se la diesen.

---

<sup>832</sup> La posición proclítica de los pronombres en este tipo de construcciones es muy común hasta el siglo XVII. «[...]El atribulado caballero con mucha presteza la quiso tornar a herir, pero no pudo por se le haber puesto tan alta». De la Sierra, 2003, p. 169.

<sup>833</sup> ‘Sin religioso al cargo de ella’.

### CAPÍTULO III

*Sale Guzmán de Alfarache de Coímbra con dos estudiantes de Braga. Refiérenle el suceso de doña Guiomar. Llegan a Avelans;<sup>834</sup> hallan muriendo a Juan Serpe; y después de muerto, les refiere un fraile francisco su vida y amores*

Muchas veces se ha visto hacer milagros dádivas de doblones; mas, con restituirlos hacerse el milagro, este ha sido el primero de que tengo noticia. Mira lo que puede una acción buena, que hasta los que no participan del beneficio della desean premiarla, y si tienen con qué, los que son generosos lo hacen muchas veces.

Al otro día por la mañana vino el estudiante a decirme que otros dos de la ciudad de Braga se iban con unos arrieros que llevaban lino a vender a la villa de G[u]imaraes, que podía irme en su compañía, y mi maleta en las cargas, porque unos y otros eran gente segura de que podía fiar cosas de mayor porte. Hablamos con ellos, y aquella tarde salimos de Coímbra; y mi buen estudiante, tan agradecido del beneficio que yo no le había dado, a pie como yo iba, me acompañó más de media legua. Al despedirnos, me dijo que le perdonase no poder servirme con más de seis capones que llevaban los arrieros para la cena; uno los enseñó, que eran excelentes; yo me hallé corrido<sup>835</sup> de no llevar qué darle porque el mozo era pobre, y a pobre que agradece se ha de dar siempre al doble.

Como él había dado cuenta a los dos estudiantes que iban conmigo de la abadía que, por respeto mío o de mis doblones, se le había dado, iban ellos con mucha envidia de su buena fortuna y no ser uno dellos quien sucediese el caso.

Este decía:

—La más roim<sup>836</sup> puerca topa mejor bellota.

El otro:

—A los bobos aparecen tesoros.

---

<sup>834</sup> Pedanía del municipio de Braganza.

<sup>835</sup> ‘Avergonzado’.

<sup>836</sup> ‘Ruin’.



Y a este propósito iban ensartando estas y otras sentencias que las viejas de su país habían dejado a sus posteriores, de las cuales dejo de referir muchas que en nuestra lengua no tienen tanta alma, como en la portuguesa sucede a las nuestras.

Mientras ellos iban con semejantes discursos mostrando el sentimiento de sus corazones, iban los arrieros cantando sus coplas, devirtiendo el tiempo, como acostumbran muchos. Algunas cantaban castellanas, que gusté de oírlas por ver el modo con que pronunciaban nuestro idioma. No les parecía a ellos así, sino que yo me alegraba de oír cantarlas en el mío.

—Vayan las portuguesas —dije yo—, que mejor las entiendo que esas castellanas.

Fueron cantando muchas. Y reparando yo en una que decía: «Señora doña Guiomar, / moradora na Calzada, / mándavos el rey dar tença / porque destes a cutilada»,<sup>837</sup> pregunté a uno de los estudiantes, que parecía más sátrapa, me dijese por quién se había hecho aquella copla. Y él me dijo así:

—En esta ciudad de Coímbra vivía una señora de grande hermosura y muy entendida, adonde llaman La Calzada, que es al salir de la puente por donde vuesa merced vino y entró en ella. A esta hermosa dama llamaban doña Guiomar, a quien de un mar de gracias había dotado naturaleza. Enamorose de un caballero rico a su respecto, por ella tener poco, haciendo grandes diligencias para lograr sus favores. Dándola palabra de casamiento los consiguió todos. Como aquel trato continuase algún tiempo y él dilataba cumplir su promesa, viéndose, pues, sola esta señora, sin amparo de parientes que tratasen de obligar a aquel caballero a casarse con ella, y no queriendo hacerlo tomar por las armas venganza de su agravio, se resolvió ella en obligarlo por justicia, pues la razón no le obligaba.<sup>838</sup>

»Moviole pleito en el tribunal del obispo; dilatose dos años en pruebas y repruebas de una y otra parte. Su recato della había sido causa de faltarla testigos; algunos se tenía; eran sus criadas, y esos singulares; como el caballero era rico y ella pobre, los que a ella faltaban sobraban a él. Viendo ella, pues, el caso mal parado, y que sin duda tendría

---

<sup>837</sup> ‘Señora doña Guiomar, que vives en La Calzada, manda el rey que os recompensen (con la tença, que más adelante se explica en la nota 840) por haber dado la cuchillada’ (al traidor, y con ella haberle cortado la cara).

<sup>838</sup> El matrimonio de palabra, o mejor dicho, de promesa, tuvo validez legal hasta el Concilio de Trento (1545-1564), lo que servía en bandeja todo tipo de abusos pues, por lo general, no había testigos. La mujer era siempre la víctima de este tipo de acuerdos que a menudo se llevaron al terreno literario por autores como Tirso de Molina, Lope o el propio Cervantes.

sentencia en contra, quedando sin honra, sin marido y sin reputación, que antes de mover el pleito estaba en openiones, y después de movido, tenía ya perdida, fue a hablar al obispo. Representole su desamparo, y que, pues su señoría le había puesto Dios allí para hacer justicia, no dejase de hacerla a una huérfana desamparada, a quien por engaño había quitado su honor aquel caballero, como era pública voz y fama en toda aquella ciudad.

»Respondiola el obispo que nadie se holgaría de hacerla justicia más que él, pero que la sentencia no se había de dar ni por la presunción ni por la fama, sino por los testigos, y que esos no tenía de que aquel caballero la diese palabra de casarse con ella, antes lo negaba en su confesión que el vicario le había tomado, y él había visto, reparando de espacio en los puntos della, sin hallar en ninguna cosa que fuese en favor de su justicia.

»—“Pues Vuesa Santidad lo dice, tengo yo por muy cierto que es así —dijo aquella señora—; pero en presencia de vuesa señoría, estando yo presente, yo le diré cosa que le haga confesar todo lo que ha pasado. Y así vuesa señoría me ha de hacer merced, ya que ese caballero niega lo que me debe, no permitir que se adelante el pleito sin que primero en presencia de vuesa señoría, hallándome yo aquí, vuelvan a mi vista a repreguntarle”.

»Como la hermosura desta dama era tan peregrina, singular y rara, pensando el obispo que un dote tan grande de prendas naturales, junto con su nobleza, sería poderoso para que sin más preguntas viniese aquel caballero a casarse con ella, sin reparar en riquezas que la avaricia de la fortuna la habían negado, le pareció bien hacer la diligencia que ella le suplicaba; y así la dijo que él lo despondría con toda brevedad, porque nadie más que él deseaba acertar en servirla. Fuese ella a su casa, y con gran desconsuelo estuvo aquellos días estudiando razones con que poder vencer a su contrario; y en caso de no conseguir la victoria, el modo que había de tener, pues quedaba sin honra, de vengar su agravio, de manera que a todos los hombres sirviese de ejemplar su venganza y a todas las mujeres de ejemplo de su engaño.

»Enviola el obispo a decir de allí a poco tiempo cómo tenía ajustado con aquel caballero que aquella tarde se hallase en su casa, y que, a la hora que le pareciese, podía su merced hacer lo mismo. Respondió que a las tres estaría en su palacio. Y llevando consigo una parienta suya, mujer ya mayor, llegaron a tiempo que aquel caballero estaba con el obispo. Mandó que entrase luego, y saliendo a recibirlas dos o tres salas fuera, la fue acompañando hasta otra pieza más adentro, adonde el vicario, el caballero y un notario

estaban. Sentose aquella señora, el obispo y todos, y después de decir él la causa porque los había traído allí, pidió ella licencia para decir sus razones, que fueron las siguientes:

»—“Cierto, señor N., que mal pudiera presumirse de vuestra sangre, de vuestra hidalguía y de vuestro entendimiento, que a una mujer de mi calidad y prendas llegasen vuestras desatenciones a poner en lances como el presente, olvidándoos de la palabra que me habéis dado en presencia de una imagen de Cristo, redentor nuestro, que tomastes por testigo de cumplirla. Faltastes a Él con ella; a vos, con las obligaciones de un caballero; y a una huérfana, que en calidades no os desmerece, con la deuda de su honor, de su crédito y de su reputación. Mirad a quién habéis rendido, qué victoria es la vuestra de quien a vos se rindió después de tanto tiempo, tantas importunaciones, tantos desvelos que fueron causa de conseguir vuestro intento y lograr vuestro deseo; y que yo, como mujer moza y de la edad que veis, me dejase engañar del amor que me mostrabais y palabras que me dijistes y finezas que vía hacer a un caballero, que todos tenían por honrado y que yo juzgaba por cuerdo. Habéis juzgado por facelidad rendirme a vuestras palabras, fiarme de vuestros engaños, corresponder a vuestras finezas. Cuando yo juzgase que no os merecía, muy mal hiciera en dar crédito a nada; pero cuando a una mujer no faltan méritos para conseguir una buena fortuna, ni de confiar mucho puede ser culpada, ni de despreciar a todos puede tener disculpa. Mirad bien el estado en que queréis dejarme. No se os represente que soy mujer y sola,<sup>839</sup> que tengo pocos deudos y hacienda menos. Mirad que soy honrada y que, en dejar de serlo, vos tendréis la culpa, y he de vengar mi agravio tomando satisfacción de mi afrenta. No queráis ser ejemplo de malos caballeros ni que yo lo sea de mujer vengativa. Con esto he dicho todo. Dios es testigo de la verdad; decid ahora lo que quisiéredes, que estos señores lo serán también de mi disculpa”.

»—“¿Qué dice vuesa merced a esto? —dijo el obispo a aquel caballero”.

»—“ ¿Qué he de decir, señor —volvió él—, sino que la señora doña Guiomar es muy honrada; su calidad, muy grande; su hermosura, la que todos vemos; y su entendimiento, lo que con sus discursos ha mostrado? Y por todo me confieso muy desigual suyo para merecerla. Esto es lo que digo, y que en lo demás se engaña esta señora, porque, ni di la palabra de casarme con ella ni la debo cosa alguna”.

»Dijo el vicario que se escribiese la confesión, y el obispo que pusiese la mano en un misal como era verdad lo que decía, yendo él para hacerlo.

---

<sup>839</sup> ‘No tengáis en cuenta que soy mujer y que estoy sola’.

»—“Antes deso, señor —volvió el obispo—, es necesario que yo diga aparte a este caballero otra cosa, que no es bien decirla en presencia de tantos, para que se acuerde si es verdad lo que digo, y de lo que me debe”.

»Levantáronse los dos. Y, apartándose a un lado, fingiendo ella que iba a hablarle al oído, sacando del manguito la mano, pasole una navaja por la cara diciendo:

»—“Ya que no os acordáis de mi deuda, desta os acordaréis toda la vida”.

»Acudieron todos los circunstantes a meterse en medio. Turbose el hombre sin saber lo que le había sucedido, que en casos tales primero avisa la sangre los sucesos que el dolor al que los padece. En este medio tiempo, le tuvo doña Guiomar, mientras curaban la cuchillada, de retirarse a un convento con el favor del obispo.

»Publicose por la ciudad y reino el suceso. Alababan unos el valor desta dama, sentían otros la desgracia deste caballero. Las coplas, los romances, los sonetos y todo género de poesías en alabanza della y vituperio dél, fue cosa grande. Al más ocioso ingenio provocaban las musas a escribir sobre el caso; no hubo sentencia que no se le aplicase ni buen concepto que no saliese a la plaza. Díjose que el rey había hecho merced a esta señora de un juro de por vida para sustentarse, que acá llamamos *tença*, como dice la copla.<sup>840</sup>

»Era bien entendido este caballero y sintió el suceso entrañablemente, no por faltarle modos de tomar venganza, sino porque, en vengarse de agravios de mujeres, se dobla más la afrenta que los hombres reciben. Y mirando él que aquello era irremediable, como sus amigos tenían asentado, llamando a los más dellos, dijo estas razones.

»—“Bien entiendo, señores, que si antes de emprender el logro de mi deseo, os comonicara la pasión de mi afecto, ni doña Guiomar tomara de mí esta venganza tan merecida ni yo la diera causa para hacerlo. Cuando un hombre está enamorado y de veras ama, el consejo que pide es a sí mismo; así lo hice yo porque amaba de veras a una hermosura que me había rendido y a un entendimiento que me tenía preso. Supuesto lo que he dicho, no me pongáis culpa en no deciros nada, pues al castigo della, por haberme callado, bien le tenéis presente. Ahora os suplico me deis vuestro parecer en un remedio solo que hallo a mi afrenta, pues no os lo pedí antes de dar causa para merecerla. Ninguna me había dado doña Guiomar para dejarla; toda la culpa fue mía, porque después de venir

---

<sup>840</sup> *Tença*: antigua palabra portuguesa que alude a la pensión con que el estado premiaba algunos servicios considerados actos de especial relevancia o nobleza.

a rendirse a mis largas importunaciones sobre la palabra que de casarme con ella la había dado, tanto que conseguí mi intento, me pareció liviandad grande para mujer que había de ser mía el dejarse vencer de mis razones antes de vencerme a que primero me casase con ella. Desta desconfianza mía a mi costa me tienes asegurado, porque quien supo por su propia mano vengar su afrenta, no lo dará nunca a nadie para que se le atreva”.

»“La triaca que de las víboras se compone antídoto es de su veneno; perdí la reputación en que vulgarmente estaba tenido de todos; con quien causó la pérdida solo puede cobrarse. Esta fue doña Guiomar; ya sabe el mundo que yo la di ocasión para tratarme así, solo por ser honrada. Estoy resuelto ahora de casarme con ella para que esta señal que me sirve de afrenta, redundando después en reputación suya, me sirva de más gloria, viéndome que la traigo por mi propia mujer me la da por reputación suya. Lo que quiero saber de vuestras mercedes es si les parece bien esto que determino”.

»Todos fueron del mismo parecer, y tomando dos dellos por su cuenta el hablar con el obispo y con su confesor para que ajustasen el casamiento, haciéndose por ellos y por otras personas muchas y apretadas diligencias, todas fueron vanas para que esta señora quisiese casarse con este caballero, por más seguridades que la ofrecía. A este punto era su respuesta que el caballero que una vez faltaba a su palabra era necedad fiarse nadie dél. Y cuando la decían que no era conveniencia suya faltar él a ella cuando el querer casarse era por ser este el único remedio de restaurar su crédito y reputación con los que le viesan con la cuchillada, respondía ella que quien no había reparado en las heridas de la honra de una mujer como ella no la tomase por remedio de honestar la señal de la que le había dado en la cara.

—Esta fue la señora —me dijo el estudiante— de quien este arriero va cantando esas coplas.

¡Oh, si las mujeres reparasen en qué consiste la desgracia de las hermosas y la dicha de las feas,<sup>841</sup> qué pocos casos destos pudieran verse en el mundo, habiéndose visto tantos como nos dicen las historias y otros que, por no escribirse, ha sepultado el tiempo en el olvido! Unas con las armas, otras con venenos, y tal vez con hechizos, han muerto a muchos hombres, o por vengar su afrenta o satisfacer su agravio o conseguir su deseo. Desto que tantas veces se ha visto y tocamos con las manos todos los días, muy pocas se reparan. ¡Cuánto mejor fuera a las hermosas desconfiar de sí mismas como las feas! Que,

---

<sup>841</sup> ‘La suerte de la fea la guapa la desea’ (*Correas*).

pues, las dotó naturaleza de hermosura, peleando con armas de ventaja, siempre será más fácil la victoria.<sup>842</sup> Aquel a quien rindió una perfección rara a querer por amar, y no a fingir por poseer, como hacen muchos, raras veces engaña; que, como el engaño es hijo de la traición, solo el traidor es quien sabe fingirse. Al contrario sucede al que es leal en todo, que es quien de veras ama. A estos dos sujetos sirve el tiempo de toque, prevaleciendo el amante en sus finezas, al paso que el que engaña descubre groserías.

La mujer entendida lo alcanza muy presto si es hermosa; desconfiando de sí como la fea, logrará su dicha; y si fea, no confiándose de nadie, no exprementará su fortuna como la hermosa. Las entendidas usen de la prudencia, de la prevención las que no lo son tanto; no piensen que hay maridos sin casarse primero, que hasta venir a hacerlo no son más que galanes. Tomen este consejo de Guzmán de Alfarache; que, aunque le echen muchas maldiciones, después de estar casadas y arrepentidas, como hacen algunas, con que no le digan que las ha engañado como Celestina, se dará por contento por que no las engañen.

Con cuentos a este tono fuimos pasando el camino yo y los estudiantes. Los arrieros, con los suyos entendiéndose en rústica armonía, tan conformes que jamás pude entender cuál era el que cantaba el bajo ni el tenor tampoco. Era su música como baldes de pozo, que a fuerza de brazo bajan uno para que el otro suba. Iba yo reparando, con ver esto, que mala consonancia hace a todos ver que, por fuerza para subir unos, han de bajar otros; y a los que están subidos es forzoso vaciarles y, quedando exhaustos, echarlos en los pozos adonde acaben la vida, si no hay brazo o mano poderosa que los saque dellos, porque al caído se la dan muy pocos, y al que sube le aplauden todos.

Hasta llegar a una villa que llaman Avelans no hallamos cosa en que hacer reparo. Subimos<sup>843</sup> a la posada a tiempo que un sacerdote con un fraile francisco que por allí pasaba estaban ayudando a bien morir un hombre que en edad representaba setenta años. No fue mortal el parasismo,<sup>844</sup> volvió en sí; y las primeras palabras que dijo al religioso fueron estas:

—¡Ah, padre fray Pedro! ¡Quién dijera en Viana<sup>845</sup> que había de morir desta manera Juan Serpe! ¡Bendito sea Dios que quiso consolarme, con traer a vuesa paternidad

---

<sup>842</sup> «Repárese que todos los dictámenes se encaminan al servicio de Dios y bien del próximo.» Así anota el autor en el margen del ms. p. 506.

<sup>843</sup> 'sobimos' en el ms.

<sup>844</sup> 'paroxismo'.

<sup>845</sup> Viana do Castelo.

por aquí a este tiempo! ¡Alabada sea su misericordia inmensa! Pues a un hombre tan vano como he sido permitió este consuelo; que, ya que no acabo entre los míos, sea a vista de quien me conoce.

Dijole el fraile que, pues Dios se había servido de darle aquel reconocimiento del estado en que estaba, si tenía más que confesar, lo hiciese luego; y aunque con sus vanidades había gastado la mayor parte dese poco que heredaba de sus padres, no dejase de hacer su testamento, dejando lo demás a quien le pareciese que podía hacer bien por su alma.

Con una y otra cosa se conformó el enfermo. Y después de reconciliarse, vino un escribano, hízose el testamento; que, cerrándole a vista de testigos, mandó que se entregase a aquel religioso, para que, abriéndolo después de murirse, sepultado su cuerpo, lo llevasen a su tierra. Murió aquella noche; abriose luego; cuatrocientos reales le hallaron solamente, con que por la mañana se enterró su cuerpo, y lo demás le dijeron de misas. Hallósele un rocín a que llamaba Babieca; este, decía en su testamento que le diesen al cura para hacerle bien por el alma, y que una banasta grande encuerada, con su candado y llave, la entregase aquel religioso a cierto caballero de la provincia de Entre Duero y Miño, señor de muchos vasallos, con quien tenía grande correspondencia y amistad, porque en Valladolid, Madrid, Lisboa y en su casa le había hospedado por muchas veces, y algunas tiempo largo.

Así me lo dijo el fraile, a quien preguntando yo quién era el difunto, refirió de su vida lo siguiente:

—Este hombre y yo nacimos en un mismo lugar; por sus padres y abuelos fue muy noble. Llamábase Juan Serpe, como vuesa merced le ha oído. Fue de altos pensamientos; pasó a Flandes, y sirviendo allí algunos años, por sucederle matar a un capitán en desafío, volvió a nuestra patria y acá en el reino servía en las armadas de la costa. Intentaron sus deudos casarle en esta provincia; y hallando casamientos muy conformes en sangre y hacienda bastante para pasar la vida como sus vecinos, nunca fue posible que viniese en ninguno, respondiendo a todos que César o nada.<sup>846</sup> Fue galán cuando mozo; su presunción, grande. Íbase a la corte a tratar que le hiciesen merced por sus servicios; pero

---

<sup>846</sup> *‘Aut Caesar aut nihil*: lema del ejército de Julio César que más tarde popularizó César Borgia, y que da a entender la negativa a ocupar un puesto inferior al que ya se ocupa.

el crimen que tenía le embarazaba el despacho,<sup>847</sup> con que el más del tiempo gastaba en galanteos; y esos, los más altos, como sus pensamientos.

»Viniendo a reconocerle el humor los con quien él trataba,<sup>848</sup> que todo su desvelo era solamente con [in]tención de casarse con una gran señora, que tan alto voló su desvanecimiento, en topando silla en la calle en que fuese alguna, la iba acompañando hasta donde paraba. Al salir della, como a los demás le hacía cortesía, y como se le antojase que solo en él hacía más reparo, en llegando a la posada, luego contaba todo a sus camaradas, haciéndoles preguntas quién eran aquellas señoras, qué títulos tenían, si eran mozos o viejos sus maridos, para que, en enveudando, se casase con alguna. Ya si hubiese heredera de una casa grande, daba trecientas vueltas por su calle; si salía una criada a un balcón, con hacerla muchas cortesías, la hacía retirar con mucha prisa; y aunque le dijiesen que no era quien pensaba, había de serlo a pesar de todos. Y así por esto como por las pendencies que a vista de damas con ligera causa reñía muchas veces, vino a ser tan conocido en la corte que hasta los niños que estaban en las calles por donde pasaba iban huyendo dél llamando:

»—“¡Madre! ¡Madre! ¡Ya viene la Sierpe, ya viene la Sierpe!”.

»Y no decían mal, que, aunque el hombre fue gentil de cuerpo, era feroz de cara.

»Sobre sus amores y sus valentías le hicieron grandes burlas, que, en cuanto vivió, siempre tuvo por veras. Cierta gentilhomme de una grande heredera a quien galanteaba le dio a entender que, si él hiciese una acción valerosa con que todos reconociesen el valor de su ánimo, sería muy fácil casarse ella con él por honestar de aquel modo elegir un marido que no tenía hacienda.<sup>849</sup>

»Era esto en ocasión que intentaba el valido entretener a sus majestades y las damas con mandar que se echasen en una plaza, que para esto mandó hacer, un león, un toro, un tigre y un caballo. Y para que en el día de la contienda destes animales no extrañasen ellos la ferocidad del león, mandó hacer uno de madera y anjeo,<sup>850</sup> que, puesto a un rincón de la plaza, le hacían menear los brazos con unos cordeles que por detrás de la pared tiraba un hombre, al tiempo que le echaban el tigre para cebarse en la carne que

---

<sup>847</sup> ‘Le dificultaba sus propósitos’.

<sup>848</sup> Hoy diríamos «aquellos a los que él trataba».

<sup>849</sup> ‘Justificar casarse con un marido sin hacienda’.

<sup>850</sup> *Anjeo*: «Especie de lienzo basto» (*DLE*).



ponían dentro dél, y los demás para que, viéndole muchas veces meneable y dar manotadas, no temiesen al vivo en aquella ocasión del festejo.

»Dio aquel gentilhombre cuenta a la persona a cuyo cargo estaban los ensayos de aquellos brutos de la burla que tenía dispuesta a hacer a Juan Serpe, pidiéndole que, con licencia del valido, le diese entrada una noche de luna para traerle a embistir el fingido león.

»Después de tener esto ajustado, fue a dar por arbitrio a Juan Serpe que la mayor hazaña que podía hacer era ir adonde estaba el león y probar su fortuna, y que, si le mataba, había dicho su ama que luego se desposaría con él; y que, de una ventana que caía de un jardín del valido a la misma parte, estaría ella misma viendo lo que él hacía para darle la mano de su esposa tanto que hubiese cumplido con las obligaciones de valiente caballero. Quedó él muy agradecido de haber dispuesto tan bien el gentilhombre una cosa que tanto deseaba, de tanta honra y reputación suya, como era hacer un casamiento tan grande, quedando reputado en España por otro segundo Hércules.<sup>851</sup>

»Mientras él se preparaba para aquel temerario desafío, tenía ya dispuesto el leonero con los pajes del privado que, vistiéndose de mujer tres, fingiese uno ser aquella señora a quien servía el gentilhombre; los dos, criadas, que estarían a la ventana del jardín para animarle, como sucedió y referiré luego. No contento con el gentilhombre, para que, después de vencer al león, no llegase Juan Serpe a averiguar que era fingido, dando cuenta de lo que estaba dispuesto a dos criados del privado, dispusieron que estuviesen ellos en parte que a los primeros encuentros saliesen como que iban a estorbar que no matase al león de su señor, y que, embistiéndolos él, se fuesen retirando y entreteniéndole para darle tiempo de sacar el león y retirarse las fingidas damas, con que, al volver, no hallase nada.

»Dispuesto, pues, todo como se ha referido, llegando la noche emplazada, fue aquel gentilhombre a decir a Juan Serpe que a las dos, en que todo estaría sosegado, llamando él dos veces a la puerta que de la plaza salía al campo, el leonero se la abriría; y que de la otra parte del jardín había él de estar con su señora y criadas para que de la ventana viesan todo y fuesen testigos de lo que sucedía.<sup>852</sup>

---

<sup>851</sup> Según la tradición clásica, de los doce trabajos de Hércules, el primero fue enfrentarse con el león de Nemea.

<sup>852</sup> Como se confirmará más adelante, tiene el personaje de Juan Serpe un claro aire quijotesco, así como la teatral y elaborada broma que sufre el sabor de las que al hidalgo preparaban los duques de Aquitania.

»Ejecutose así, y llevándole el leonero por junto a ella, como estaba vuelta aparte del medio día, y el paje ricamente vestido y adornado de joyas, pareciole un sol a los rayos de la luna; y, haciéndole Juan Serpe una profundísima cortesía, le dijo ella:

»—“Mirad, señor don Juan, a lo que me obliga vuestro valor; que solo para que sean testigos mis ojos de lo que de él predica vuestra fama, me ha traído aquí este criado, que lo quiere ser vuestro, con ser vos dueño mío”.

»—“Un mundo todo fuera poco —respondió él—, señora mía, para poner a vuestros pies; y todas las fieras dél, menos para rendir a vuestra vista un hombre que, desos dos soles animado, nuevos encentivos de valor le enfunden.<sup>853</sup> Adiós, señora, que no me sufre el corazón dilatar más tiempo el logro de tanto bien como por vuestra mano me ofrece la fortuna”.

»Dichas estas palabras, el sacar la espada, levantar la mano el león, y metérsela por la boca todo fue uno; y al mismo punto, decir las fingidas damas de aquella supuesta señora:

»—“¡Vítor, vítor, don Juan, mi señor!”.

»Y de un tablado:

»—“¡Acudan, acudan, que matan el león de Su Excelencia!”.

»No hubo más tiempo en medio para segundar Juan Serpe con otra estocada por la misma parte, pero con embarazo al querer sacar el estoque; porque, como se había empeñado en esta más que en la primera, al bajar los brazos el león, se agarraron las uñas en las guarniciones; y estaban ya muy cerca dél los dos criados del valido que habían tomado por su cuenta divertirle la empresa, cuando pudo desasirse y volver sobre ellos.

»Retirándose estos, y prosiguiendo él, le fueron llevando a un pequeño estanque, aunque no poco hondo. Teníanle cubierto con unas tablas, y a ellas con tierra, y dos falsas en medio. Como ellos reñían a los dos lados, y él los iba llevando valerosamente, apenas puso el primero pie en la trampa, cuando se sumergió todo en el estanque; que, como era alto, no tomando bien pie para salirse ni pudiendo asir<sup>854</sup> las tablas con las manos, allí estuvo remojando tanto tiempo que lo tuvieron los de afuera para sacar de allí al león, y recogerse las damas a un aposentillo que estaba a la esquina del jardín, de donde por una

---

<sup>853</sup> ‘Infunden’.

<sup>854</sup> ‘hazir’ en el ms.

celosía vieron el Sierpe hecho un pollo. El cual, después de haber dado una vuelta a la plaza sin hallar cosa alguna, haciéndose el señal de la cruz, saltó por la pared al campo.

## CAPÍTULO IV

*Sale Guzmán de Alfarache de la villa de Avelans. Cuéntale fray Pedro sucesos de Juan Serpe, del fingido reto y carta de desafío de don Quijote. Llega a Villanova, adonde su hermano había muerto en desafío un caballero; y, pensando ser él un hermano, le tiró con tres balas, que no le ofendieron*<sup>855</sup>

Dábannos prisa los arrieros para que saliésemos de Avelans, porque como aquel religioso quiso que fuésemos juntos, fue fuerza detenernos con el entierro mucha parte de la mañana. Acomodose la banasta del difunto en uno de sus machos. Y saliendo el fraile, yo y los estudiantes en su seguimiento íbamos hablando sobre el cuento de Juan Serpe que te he referido y no con poca admiración que un hombre de buen discurso, como de sus razones habíamos echado de ver en la hora que los más entendidos se turban, se dejase engañar tanto.<sup>856</sup>

—No se espanten vuestras mercedes —dijo el religioso— porque este hombre no se sabe dél que en toda su vida engañase a nadie ni dijese mentira a persona alguna, y todos los que tienen este natural son los que reciben mayores engaños y piensan ser verdades las más grandes mentiras. Y para que se vea un ejemplo desto, sentémonos un poco cerca desta fuente, lean vuestras mercedes estos papeles mientras descansamos; que, como son públicos, servirá más de entretenimiento gastar un rato en verlos, que a mí de escrúpulo el enseñárselos.

Haciendo nosotros lo que él nos mandaba, sacó de la manga una cajilla de hoja de lata y dijo:

---

<sup>855</sup> Por tan profusa presencia de hermanos resulta harto confusa la última parte de este epígrafe, que podría clarificarse del siguiente modo: 'Llega a Villanova, adonde su hermano había matado en duelo a un caballero, y, confundiéndolo (a Guzmán) un hermano de dicho caballero con su gemelo, le disparó tres balas que no le alcanzaron'.

<sup>856</sup> Puede apreciarse en estas líneas cómo la configuración del personaje de Juan Serpe guarda inequívoca relación, en su dual planteamiento psicológico, con el del propio don Quijote. «¿Es posible que tal hay en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamientos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en tan disparatada locura?». (Cervantes, 2004, p. 591.)

—Antes de leerse cosa alguna, es menester que vuesas mercedes sepan que en la villa de Viana do Lima hay caballeros muy nobles, muy valientes, muy entretenidos y de muy buen gusto. Lo más del tiempo asistía Juan Serpe en aquella villa. Acertó de llegar allí el libro de *Don Quijote de la Mancha*. Yendo él a ver ciertos caballeros que le estaban leyendo, con socarronería<sup>857</sup> dijo uno dellos:

»—“Sea vuesa merced muy bien llegado, señor Juan Serpe, pues nadie nos puede sacar mejor de la duda en que estamos; que quien tantas veces ha estado en Madrid, no dejará de tener noticias de un caballero natural de la Mancha de cuya vida y hechos trata este libro; que el señor N., que aquí está, dice que es un embuste y que no ha habido don Quijote en el mundo”.<sup>858</sup>

»—“Si mal no me acuerdo —dijo él—, muchas veces le he oído nombrar en la corte y decir a algunos que era hombre de valor y temerario en sus acciones; y tan común y asentado era hablar dese caballero, que no es posible que pueda ser ficción cosa tan corriente. Esto es lo que de pronto puedo decir a vuesas mercedes; pero si gustan que yo me informe más particularmente dél, correspondencias tengo en Madrid, que en menos de mes y medio sabré si es vivo o muerto o lo que hay dese caballero, que acá se tiene por fabuloso, como otras cosas que he visto en la corte de que aquí se burlan y no quieren creerlas. Gran cosa es ver y vivir mucho para creerlo todo y no dudar nada; que, como el mundo es grande, todo sucede en él; y quien más mundo ve y más edad tiene es el que más sabe; y quien todo lo duda, el que menos ha visto”.

»—“Pues, señor Juan Serpe —dijo uno dellos—, mañana sale un proprio desta villa, que envían unos mercaderes a Madrid. Sírvase vuesa merced de darnos carta para algún amigo, que escriba lo que hay en esto para sacarnos desta duda”.

»Dio él luego la carta. Aguardaron tiempo que pareciese bastante para ir y volver. Y fingiendo otra del correspondiente, desculpándose de ser mano por haberle dado gota en la derecha,<sup>859</sup> decía en ella que, por hallarse don Quijote en Alcalá, le había remitido su propia carta, y que él era tan cortesano caballero que respondía a ella la que con la suya le enviaba, para que esos señores y él también entendiesen que un hombre como él no era de burlas, sino muy de veras.

---

<sup>857</sup> ‘socorronearía’ en el ms.

<sup>858</sup> Si bien podemos considerar a don Quijote como un mal lector de las novelas de caballerías, Juan Serpe es, a su vez y especularmente, un mal lector de la novela de Cervantes.

<sup>859</sup> ‘Por sufrir de gota en la mano derecha’.

—Esta es la carta —me dijo el religioso—, léala vuesa merced, señor don Juan de Guzmán.

Y decía así:

A vos, el valeroso y magnánimo Juan Serpe, el valiente, querido de las damas, vencedor de leones. Yo, don Quijote de la Mancha, el fuerte en deshacer tuertos no temiendo aventuras, último caballero andante de nuestros siglos, que ha puesto a buz<sup>860</sup> a todos los pasados y a los presentes el chitón<sup>861</sup> para que ninguno se atreva a deshacer encantos ni vagar por el mundo, os reverencio, estimo y venero, como a vuestro grande ánimo y singular talento se debe.

»Vi una carta vuestra en que vos y otros caballeros desa villa de Viana ponéis duda en mis grandes y caballerosos hechos, atreviéndoo, por la grandeza dellos, a dudar de mi propia persona; y porque semejantes materias son más para averiguarse por la espada que con satisfacción de razones, desde luego os reto, llamo y desafío para que, a los diez de setiembre deste presente año, os halléis en Alcoutim del Reino del Algarve; que el mismo día me hallaré yo en Ayamonte, villa destos reinos, que corresponde a esotro, para que en una de las dos márgenes del río Guadiana, cual vuestra elección fuere y más conveniencia vuestra, se dispute la cuestión de si soy hombre o fantasma, y se manifieste al mundo cuál es más digno de los dos de dejar su memoria en las aras de la fama.

»Dios os guarde hasta el emplazado día, como deseo y he menester &. De Alcalá de Henares, a siete de junio.

»Vuestro servidor que mucho desea veros

»Don Quijote de la Mancha, el Fuerte.

»Pues, señor don Juan —dijo fray Pedro después de haber leído la carta—, ella fue la que sacó a este pobre caballero de su casa. Y de camino iba ahora para el Algarve a aguardar a don Quijote en Ayamonte, y tenía tan creído este disparate como vuesa merced podrá ver desta certificación de un escribano público, contestada por dos, del día en que partió de Viana para Alcoutim. Y ahora, antes de morir, me pidió muy encarecidamente que, con testimonio de cómo se había muerto antes de llegar a ver a don Quijote, hiciese publicar en Viana cómo, por faltarle la vida y no el valor, no podía cumplir, cuando muerto, las obligaciones de caballero cuando vivo.

---

<sup>860</sup> 'Rendirse'.

<sup>861</sup> 'Que ha cerrado la boca a todos los pasados y presentes'.

»Miren vuesas mercedes los caminos que busca el demonio para engañar a los hombres, como vemos en este; que, debajo de una suposición falsa, nacida de una burla, venía a incurrir en una excomunión de veras; que si no hallara quien le absolviese, no de burlas, y le quitase del pensamiento la memoria del fingido duelo, se iba al infierno.

»También es cosa no poco ridícula lo que va en la banasta, pues todo son cartas de amores que sus correspondientes fingían de grandes señoras y se las enviaban; las copias de sus respuestas están a las espaldas de cada una dellas. Bien hay que ver en todas; en la ciudad de Oporto, si diere lugar el tiempo, se podrán ver algunas; que el caballero a quien las llevo me hace mucha merced y no hará reparo en que abra la banasta, que deja por herencia a un hijo solo que tiene, heredero de su casa, para que, cuando vaya a la corte, le sirvan de documento del modo con que se ha de portar con las damas.

»También le deja un papel no poco entretenido, escrito de su mano, que intitula: *Observaciones de los pensamientos de las mujeres por lo que endican sus exteriores evidencias, o cuidadosos descuidos*, que para ellas fuera de más utilidad el tenerle, para no se le atrever hombre ninguno con moderar su acciones, que para ellos el ejecutar atrevimientos por indicios, que más veces suelen nacer de una mala costumbre que de un mal pensamiento. Este viene aquí en la cajilla; léanle vuesas mercedes.

Tomóselo de la mano uno de los estudiantes. Esto contenía:

**Observaciones de los pensamientos de las mujeres por lo que endican sus exteriores evidencias:**

Cuando a una mujer vieres disculpar a otra que hubiese usado de alguna liviandad o sucedídole algún caso grave contra su propio honor, no rehusará esa hacer como esotra.

Si vieres hablar a dos, la que hablare más alto es por naturaleza la más vana; y como en lo hueco hacen mayor ruido las voces, no harán mala consonancia en sus oídos las tuyas. Suelen estas tales tenerse por entendidas y quieren que las entiendan. Cuando topares alguna, date por entendido, que al buen entendedor media palabra basta, cuanto más tantas.

La que peina el pelo para acomodarle con la nieve de sus dedos, haciendo mil garabatos a una y otra parte por enseñar la mano, de mano quiere ganarte, dándote pie o motivo para que mejor juzg[u]es su sentido.

Cuando para cubrir el manto, discubre la cara alguna de modo que la veas, barata será la empresa para que la logres, y tal es su deseo.

Si te mirare alguna con cuidado, como miran muchas con grande descuido en reparar que las estás mirando, hace que no la entiendes; que ella se declarará tanto en sus acciones que te dé a entender sus pensamientos más de lo que conviene.

La que te diere de ojo mirándote de soslayo, no hay que decir della, que ella nos dice a todos que es ligera de cascos, imponderada en sus términos; y las que fueren tales, no gastes con terceras tus dineros, pues sus ojos te sirven de terceros.<sup>862</sup>

Otras que hay remilgadas, que se muerden los labios por morderte o teñir de carmín el barro que han comido, si no es morbo gálico.<sup>863</sup> Trata de tu salud cuando la topes; no te empeñes con ellas, que quien, estando viva, a sí misma se entierra, ¿qué puede hacerte a ti sino enterrarte?

La que vieres pintada sin orden, a imitar naturaleza, es para que repares en su cara, no para parecerte más hermosa; esta te desengaña, porque la engañó su poca maña.

Muchas hay bulliciosas que mudan de lugar a cada instante para picarte más, las pica la tarántula;<sup>864</sup> puedes en tu juicio presumir destas tales y de su inconstancia, que son como veletas de tejados, que a cualquier aire o viento mudan de parecer con nuevo intento.

De algunas en que vieres un aseo importuno,<sup>865</sup> que, a cualquier uso o abuso que comenzare a usarse, añaden siempre un poco a lo extraordinario, aunque entendidas sean allá, se tienen en la fantasía dos dedos de locura, que Albumazar<sup>866</sup> nos dice en su figura.

Estos diez aforismos, no sacados de los antiguos astrólogos ni modernos autores, que con grandes estudios y vigilancia grande doctamente han escrito de futuros sucesos, por observaciones de los astros celestes, sino de mis reparos en estrellas errantes deste siglo, te ofrezco, curioso lector, para que te prevengas de lo que puede sucederte por sus influencias. Este es mi juicio; pero, como soy hombre, podré engañarme. Dios sobre todo.

—Los niños y los locos dicen las verdades sin reparar en nada —dijo aquel religioso—, y cuánto mejor fuera a todas las señoras, y aun a las mujeres ordinarias, cuando crían sus hijas, reconociendo en ellas semejantes defectos, no tenerlos por gracias

---

<sup>862</sup> ‘No inviertas tu dinero en celestinas, pues sus ojos indican que es sencilla conquista’. Sírvanos este sexto apotegma para llamar la atención sobre la prosa poética empleada en los más de cuantos componen el memorando preventivo de Juan Serpe.

<sup>863</sup> Es uno de los primeros síntomas de la sífilis (morbo gálico) la ulceración y marcas blancas en los labios. Por otra parte, como enfermedad deshonrosa, ha sido habitual atribuir su origen a países vecinos o rivales: mientras que en Portugal se la conocía como *el mal español*, en Francia era llamada *morbo italiano*, o en Rusia *mal polaco*.

<sup>864</sup> *Picado de tarántula*: «El que está tocado de algún afecto físico o moral. Vulgarmente se entiende de los que padecen el humor gálico». Lat. *Phalangio morfus*. (*Autoridades*).

<sup>865</sup> Entiéndase aquí *aseo* como ‘esmero, cuidado o aliño exagerado’.

<sup>866</sup> Basado en la figura de Abu ma’shar al-Balkni, Albumazar es el fraudulento astrónomo que da título a la comedia de Thomas Tomkis que vería la luz en 1615.



y enmendárselos luego; que el hábito que de la niñez se adquiere es difícil quitarse en mayor edad. Yo he visto mujeres, y muy principales, tener muchas faltas que este papel nos dice, siendo muy virtuosas y entre los suyos tenidas en opinión grande, y vi murmurar dellas quien no las conocía, que a todo esto se exponen aun las que sin mala intención tienen estos descuidos, procedidos de su mala crianza, no de su natural, que aunque sea muy bueno, quien no las conoce juzga por lo que ve, no por lo que no sabe. Así lo hizo Juan Serpe en estas advertencias que en este papel suyo escribió de su mano, sin perdonar a ninguna, como hacen los locos, que en la primera instancia dan final sentencia.

Iban ya saliendo los arrieros por una sierra arriba; y, dejando la fuente, nos fuimos en su alcance, discurriendo siempre, al paso de nuestros pasos, de muchos de Juan Serpe; que, como los estudiantes tenían noticias dellos, refería cada uno los de que se acordaba. No eran poco dignos de referirse todos en particular historia para que los que gustan de semejantes escritos, y advertir a los que creen de ligero las cosas que les dicen, que no siendo de fe las dan por fidedignas; pero como el discurso de mi vida no da lugar a digresiones largas de las ajenas más que de paso, no con poca lástima dejo de referirte la deste caballero, que no fue fabuloso, y aún viven hoy en aquella provincia algunas personas que le han conocido.

Cinco días gastamos de Coímbra a Villanova, que divide el Duero de la ciudad de Oporto, sin sucedernos más de lo que he referido. Llegamos ya de noche, y fue dicha mía que fuese a la posada de donde mi hermano salió al desafío que sus criados me contaron, en que había muerto un hombre en este mismo lugar; porque, hallándose en él un hermano del muerto, que conoció el mío; acaso se nos entró por las puertas, y, en mirándome, como los dos éramos tan parecidos, se turbó de tal modo que me hizo hacer reparo en sus acciones, que juzgué por de un hombre fuera de juicio. Y preguntando al huésped qué era lo que tenía, me dijo:

—Este caballero anda medio loco de pocos días a esta parte, y fue la causa desto un hermano a quien quería mucho; el cual mató aquí un peregrino italiano, tan parecido con vuesa merced, que si vuesa merced no hablare tan bien el castellano, que él hablaba muy mal, sin duda juzgara yo que era él. Y así no se espante que se turbase tanto representándosele en vuesa merced ser el otro, y aún iba, al salirse, con esas sospechas si yo no le desengañara.

Agradecíselo mucho, que un hombre agraviado y loco aun es más valiente que los cuerdos.<sup>867</sup> Entreme en mi aposento, que por ser corto solo fray Pedro y yo nos acomodamos en él; y como aquella tarde había habido truenos y nos mojásemos un poco, pusimos en dos sillas nuestras capas y sombreros para enjugarse. Yo me eché encima de una cama, y el padre se puso a rezar sus horas.

El venir rendido del camino y la noche antecedente haber dormido poco me provocaron a un profundo sueño, de que me despertó un pistoletazo que de la puerta del aposento tiró aquel loco a la silla adonde estaba mi sombrero y capa, pensando que a mí lo hacía; a todos tres pasó con otras tantas balas.

Alborotose el mesón; acudieron los estudiantes; fray Pedro dando voces, con la sospecha de lo que me había dicho el huésped, hacía yo lo mismo. Y reparan[do] él por la misma razón en lo que era, como estaba abajo a la puerta de la calle, tuvo lugar de cerrarla; y nosotros, la de la escalera antes de escaparse el loco, que quedó entre puertas sin hallar salida por ninguna parte.

Como él contase a un criado de su hermano que había visto en la posada un peregrino que totalmente parecía al que le había muerto, y mandándole que fuese a reconocer si era el mismo para ir a matarle, haciendo el criado lo que le mandaba, vino a verme, y le parecí tanto ser yo mi hermano, que sin hacer más averiguaciones ni volverse a su casa, alquilando un barquillo, se pasó a la ciudad de Oporto. Y dando cuenta al corregidor del crimen como estaba en Villanova el que había muerto su amo, al instante con otros ministros de justicia pasaron el Duero. Y al punto que había cerrado su puerta el mesonero, que estaba dando voces fuera: «¡Hombre muerto en mi casa! ¡Aquí del rey, aquí del rey! ¡Venga la justicia, venga la justicia!», llegó ella. Y prendiéndole a él, abierta la puerta, toparon al loco en la escalera aún con la pistola en la mano.

Como era ya público que el hombre andaba alterado del juicio, maniatándole muy bien, le subieron arriba. Y quedó contentísimo el corregidor de hallarme vivo deciéndome:

—Pues, señor marqués de la Torre del Greco, siendo vuesa señoría un caballero tan bien entendido, ¿se vuelve a este lugar sin hacer reparo que había muerto en él tan pocos días ha a un caballero en desafío? No juzgara yo de su buen discurso de vuesa señoría un absurdo tan grande, que verdaderamente es irremediable.

---

<sup>867</sup> Parece confundir aquí el autor los conceptos de valentía y temeridad.

—Poco tiene que remediar el caso —respondí yo en muy buen co[r]tado castellano.

Y por el discurso de sus preguntas y mis respuestas, como él era el mismo que en aquella ciudad había preso a mi hermano y hablado con él algunas veces, que por suponer más el no ser español hacía de las dos lenguas ensalada, vino a reconocer que yo era otro y que mi lengua no era monstruosa ni hermefrodita de dos naturalezas, como en muchos vemos.

El mesonero, su mujer, las criadas y otras personas que allí se habían hallado al tiempo que mi hermano pasó por aquella villa, juraron todos cómo yo era otro; con lo cual ni a mí ni al mesonero llevaron a la cárcel, adonde fue maniatado a dormir aquella noche el mismo que intentó matarme, lo que fuera sin duda si el cuerpo de fray Pedro no hiciera sombra a la silla adonde estaba mi capa y sombrero, que fue la causa de figurársele a aquel loco que yo estaba durmiendo sentado en ella mientras rezaba aquel religioso sus horas.

Aquí verás qué varios son los sucesos de la vida, que siendo más común perderla muchos por mucha vigilancia, yo la vine a ganar por haberme durmido. Adonde piensan unos hallar su descanso, hallan su inquietud y mayores trabajos de los que dejaron por vivir con sosiego. Nadie puede decir que hay seguridad en nada. A quien Dios no guardare, mal podrá guardarse; premisiones<sup>868</sup> de Dios son los accidentes de la fortuna. ¡Bien fuera, y no muy fuera de justicia, que, pagando yo [con] mi vida aquella deuda ajena, pagase las mías! ¡Alabado sea Dios, que con tantas misericordias da tiempo a los malos para que sean buenos y a los pecadores para arrepentirse!

Este era mi discurso, cuando fray Pedro me dijo:

—¡Ah, señor don Juan! Grande señal de predestinación mostró Dios a vuesa merced en el suceso desta noche; digno es de reparar en él toda su vida, y que la debe a la sombra de un hábito de nuestro padre san Francisco. Que si diera la luz desta vela de medio a medio en su sombrero y capa, y no se la impedía el bulto deste hábito, era muy posible que, a la hora en que estamos, tuviese dado cuenta en qué había gastado todas las de su vida; que, sin prevención ninguna, estuvo arriesgada a pasar de un sueño que para descanso del camino vuesa merced había elegido a una eternidad de penas que por sus culpas le hubiese Dios destinado.

---

<sup>868</sup> 'Permisiones'.

»Mire lo que digo, repare bien en ello. Todas las veces que vuesa merced viere sucesos semejantes, no imagine que son casuales; que esto es un engaño del demonio para llevar los hombres a un percipicio y divertirles; que estos son los caminos por donde Dios los llama, y que en su mente nada sucede acaso. Ahora en nuestros tiempos sucedió uno bien raro que no le contara yo a no vivir hoy muchas personas que se hallaron presentes.

»Vivía en la villa de Camiña<sup>869</sup> un hombre muy noble, como hay muchos en ella. En el discurso de su vida tuvo algunos sucesos, aunque no tan apretados, muy parecidos a este desta noche; y haciendo poco caso dellos por parecerle que todo era acaso, con muy poco cuidado vivía en sus descuidos. Cásase Dios (digámoslo así, que en Dios no hay cansarse) de advertir muchas veces a los que no se enmiendan. Estando, pues, este mal advertido caballero conversando con otros en un remolino de aire, tan fuerte que pasando por entre ellos arrebató a este, levantándole tan alto que por encima de las almenas vino a caer y quedar sin vida de la otra parte del campo. Miseria grande y no pequeño ejemplo a los que Dios avisa con ejemplos tales para que se enmienden del modo con que viven.

»Jamás Dios castigó a quien no advirtiese antes del castigo una y muchas veces. Véanse las historias divinas y humanas, cuyos ejemplares son de tanto número que será menester para apuntarlos todos de la vida de un hombre en muy grandes volúmenes; pues, si para comprender lo escrito se necesita desto, ¿qué será necesario para lo que no se escribe?

»El día de San Sebastián que ha pasado, llegando yo a casa del caballero a quien llevo la banasta, había sucedido la noche antes una tempestad de aire y agua, que, comenzando de la parte del norte, en espacio de tres cuartos de hora, dio una vuelta al viento, con tan terrible furia que, haciendo grandes daños en toda esta provincia de Entre Duero y Miño, soplando consecutivamente<sup>870</sup> como se mudaba, vino a parar en la misma parte de donde había comenzado.

»Como esto fuese cosa jamás vista en tierra de ninguna provincia deste reino, al tiempo que yo llegué a aquella casa, como hacen aquellos que después de haber corrido en el mar peligrosas borrascas, estaban los criados deste caballero refiriendo unos lo que otros habían dicho viéndose en el pasado peligro, que fue tan evidente que hubo algunos

---

<sup>869</sup> Es la villa de Camiña perteneciente a la misma región que la ciudad de Viana de Castelo, situada en el alto Miño.

<sup>870</sup> 'consequitivamente' en el ms.

que, sin acordarse que estaban entre ellos dos capellanes de la misma casa, a voz alta confesaban sus pecados.

»Era esto en ocasión que este caballero casaba una hija, y para que en los días de la boda no faltase ni aun aquello que por común no se estima —porque hay tales gustos que del peor se pagan—, habían traído allí de la ciudad de Braga, en la misma víspera de San Sebastián, al mejor pastelero que había en ella. Este era el que metía más bulla, refiriendo, no con poca gracia, las confisiones públicas que se habían hecho, cuando vino a gran prisa un oficial suyo a darle cuenta cómo con la tempestad había arrancado el aire una muy grande almena de una torre de la iglesia mayor, y sin embargo de haber calle en medio, la fuerza del viento fue tan terrible que, arrojándola sobre su casa y aposento, adonde tenía su cama, había hundido todo hasta el mismo suelo.

»—“¿Y mi mujer?” —preguntó él al criado, que respondió muy de espacio:

»—“Su mujer de vuesa merced está muerta”.

»—“¿Qué dices, hombre?” —volvió el pastelero a repreguntarle.

»Y él a responderle:

»—“Qué quiere que le diga, sino que todo lo hace Dios por mejor; y tiene vuesa merced muchas gracias que darle por inspirar en estos señores que viniese a dormir acá esta noche, porque si mi ama no fuera Dios servido de llevarla con miedo de la tempestad en casa de una amiga, adonde queda, como ya he dicho a vuesa merced, muerta de pena, y me envía a llamar a vuesa merced para que acuda a recoger lo poco que se hallare de su hacienda entre la ruina, también quedaba sepultada ella, como todo”.

»—“¡Dios te lo perdone —dijo el pastelero—, que tal susto me has dado primero de entenderte! ¡Cierto que eres muy bueno para aliviar pesares con nuevas pesadumbres!”.

»—“Pues, señor —volvió a replicar el criado—, la culpa no la tengo yo; mi ama es quien la tiene por haberme dicho que las malas nuevas se habían de dar siempre muy de espacio, y que así lo hiciese yo al tiempo de dar esta a vuesa merced”.

»Fuese luego el pastelero a acudir a su casa,<sup>871</sup> y yo me quedé en aquella aquel día y otro, adonde por momentos llegaban las nuevas, de una parte y otra, del destrozo que

---

<sup>871</sup> A pesar de que esta perífrasis pleonástica no resulta demasiado coherente, existen algunos ejemplos en la época debidos a la gran predominancia de *ir* como verbo auxiliar de movimiento. «De las cosas que sucedieron al capitán Hernando Bachicao, y de cómo se ordenaba de le matar y alzarse con el armada para ir a acudir al virrey». (De Cieza de León, 1985, p. 385.)

en todas había hecho aquella furiosa y jamás vista tempestad en esta provincia; la cual refiero a vuesa merced, señor don Juan de Guzmán, para que en este ejemplar vea no solamente la misericordia que Dios usó con este pastelero y su mujer, sino aquel común aviso que fue servido dar a toda una provincia de los futuros sucesos con que la amenaza, y que vean que, así como a los bajeles con borrascas grandes suele tragar el mar, las puede haber en la tierra que pongan en ruina las mayores casas, si los señores dellas viven sin cuidado de emmendar sus vidas.

»Todo lo del mundo es de poca firmeza, poco duradero y inconstante todo; pero jamás se ha visto una mudanza grande a que no precediesen muy notables prodigios. Todo Dios advierte a los hombres si los hombres quisieran entenderle; pero somos tan necios que, aunque se nos digan palabra por palabra todos los sucesos que aún no han llegado, siempre presumimos que han de llegar tarde. Lo que el deseo facilita, fácilmente se cree; lo que el temor no recela, con dificultad creemos. Nuestros grandes aumentos asegura[n] nuestro engaño, desvanece[n] nuestra pasión misma las infelicidades que más nos amenazan. En mocedad flore[cie]nte, ¿qué dicha no se espera? En la vejez madura, ¿qué acierto no se teme?

»Si los fatales destinos de la fortuna —si hay fortuna— o si el disponer de los hados —si es que hay hados—, sujetaran a su imperio el libre albedrío del hombre, miseria grande fuera para todos. Pero si Dios, a quien todo se sujeta, nos dio libre elección de nuestro acierto, y por voluntad propia venimos a errar todo, ¿para qué nos quejamos de nuestros desaciertos? ¿Quién nos tiene culpa en nuestros infortunios? ¿Quién nos ha llevado a nuestros percipicios? ¿Qué impulso soberano nos forzó el discurso? ¿Quién nos puso raya al entendimiento sino nosotros mismos, que, por querer nosotros, padecemos trabajos, exprementamos desdichas; y si tarda el morir, vivimos hoy en el mundo en mil penalidades?

»En la buena edad coge a vuesa merced el desengaño, señor don Juan, no se fíe de la vida; que si una sombra se la dio, como una sombra pasa; una pequeña luz que fue causa de la sombra por quien vuesa merced vive, muy grande luz ha sido para su desengaño. Cuando Dios se sirve, con las sombras alumbra; y cuando no le creen, con la misma luz ciega, como hizo a san Pablo para hacerle un gran santo, dándole nueva luz, con que vio sus errores. Vea vuesa merced, pues, los suyos, porque, aunque yo le juzgo

por muy honrado y ilustre caballero, hay caballeros muy honrados y ilustres pecadores; y con los que Dios usa prodigios semejantes, es para que se salven, no para condenarlos.

## CAPÍTULO V

*Pasa Guzmán de Alfarache el Duero a la ciudad de Oporto.  
Refiérele uno de los estudiantes el valor de las mujeres de la  
ciudad de Braga, cómo aquella provincia es la mejor del mundo.  
Otro le pregunta por Amador Machado;<sup>872</sup> refiérele su vida y el  
fin que tuvo. Cuéntale el suceso de los dos hermanos de Viana:  
quemado vivo el uno, otro por la fe mártir; y el milagro de las  
cruces que todos los años se repite en Barcelos*

Todo lo referido, que el padre fray Pedro me decía, estuve yo oyendo con muy grande atención. Y después de acostarnos aquella noche, con ser ya bien tarde, ni dormí con sosiego ni tuve quietud en toda ella, representándoseme todos los sucesos de mi vida y el modo con que estuvo jugada a los dados de la fortuna con los antojos del engaño. Apenas amaneció, cuando me levanté de la cama, que al ánimo inquieto ninguna hay que sirva de descanso. El religioso, los estudiantes y arrieros hicieron lo mismo.

Almorzaron todos, pero yo, con la cena de aquellas tres peladillas que me tiró el loco, estaba tan harto que más por complimiento que por voluntad tomé dos bocados. Reparolo fray Pedro y reyéndose me dijo:

—El dicho, dicho, señor don Juan; librémonos de sustos. Aquí está este hábito, que no hay peto más fuerte ni broquel más seguro que todos los fracasos que a los hombres suceden. Resuélvase vuesa merced en aceptarle, que mano tengo yo para que se le den luego, y partes vuesa merced para no negársele.<sup>873</sup>

El desengaño en la evidencia, el brindis en la ocasión, batería me daban para aceptar lo que me ofrecía; pero como era fuerza cumplir primero mi voto antes de resolverme en nada, agradeciéndole mucho la ofrenda que me hacía, le respondí que allá

---

<sup>872</sup> No puede ser más clara la intertextualidad entre el personaje del *Quijote*, Roque Guinart, y este Amador Machado, ambos bandoleros que, pese a su condición de fugitivos están dotados de un código de honor que los ensalza y ennoblece.

<sup>873</sup> 'Y vuesa merced méritos para que no se lo nieguen'.



en la ciudad hablaríamos de espacio.<sup>874</sup> Cargaron sus machos los arrieros, y mientras ellos hacían sus cuentas con el huésped, fuimos nosotros caminando al embarcadero y descubriendo la mayor parte de toda la ciudad. Muy bien me pareció, por la similitud que tiene de Lisboa, no en la grandeza, pero en lo demás mucho se le parece. Está plantada a la parte del norte, vuelta a medio día, con muy altas torres y murallas pobladas todas de almenas; que todo junto, como va bajando hasta el Duero, hace una hermosa vista a quien de Villanova la está mirando.

Perguntome fray Pedro y los estudiantes lo que me parecía de aquella ciudad y río.

—La ciudad —respondí yo— me parece más de lo que pensaba; el río, muchos menos; y tanto que, si vuestas mercedes no me dijeran que este es el Duero, duro fuera de creer que el que lleva más aguas en España reduzcan<sup>875</sup> estas dos peñas a tan breve término; que Manzanares de invierno en sus avenidas, en muchas partes adonde él se esplaya, corre más anchuroso río; que en el verano beben sus arenas antes de llegar al Jarama, que es quien le lleva al Tajo.<sup>876</sup>

—No se espante vuesa merced —respondió el más bachiller de los estudiantes—, y la razón es esta: cosa asentada es en que no hay duda que de las cuatro partes del mundo es la mejor nuestra Europa;<sup>877</sup> y cuando en parte alguna de las tres la exceden en el todo, es cierto que ella excede a todas. Síguese luego que el clima de España es el mejor de Europa, así por no estar debajo de la zona tórrida, como estar más apartado del polo Ártico; por la cual razón ni el frío deste ni el calor de aquella la ofenden tanto.

»Sacando, pues, una línea de norte a sur, con poca diferencia viene a quedar paralela con la costa marítima desde Asturias hasta el estrecho de Gibraltar, adonde hay más calor que en las Asturias. La mayor parte del medio desta línea ocupa el Reino de Portugal. Es evidente luego, así por esta razón como por estar más vecino a nuestro océano, que es la mejor de España por ser más templado.

---

<sup>874</sup> 'Hablariamos con más calma del asunto'.

<sup>875</sup> 'reduzga' en el ms.

<sup>876</sup> Por su escaso cauce, fue el río Manzanares objeto de parodia a lo largo de todo el periodo áureo. «Manzanares, Manzanares / arroyo aprendiz de río / platicante de Jarama / Buena pesca de Maridos [...]». (Quevedo, 1995, p. 326.)

<sup>877</sup> Hasta finales del XVIII, Oceanía fue considerada como una parte de Asia y no como un continente en sí mismo.

»También es muy constante que la provincia de Entre Duero y Miño es la mejor de todas las del reino para la vida humana por ser más salutífera,<sup>878</sup> más fresca, de mejor temple, más poblada de árboles; las fuentes, aunque hubo quien quiso numerarlas, es casi imposible hacerlo, por las muchas que hay en lo montuoso, sin más arteficio que el de naturaleza; sus aguas son muy frías; y algunas, con extremo, sin color ni sabor ni ser salobres; los pescados, los mejores del reino, así los de aquel mar como los de sus ríos; la nobleza, la más antigua;<sup>879</sup> gentiles los hombres, las mujeres hermosas, los ingenios notables.

»El valor de sus moradores no es ocasión esta de hacer competencias; bástanos apuntar al de las mujeres. Diga lo que sentió de las de Braga el cónsul romano Decio Junio Bruto el año ciento y treinta y cinco antes de la redención humana, que queriendo vengarse de sus moradores por haber maltratado y puesto en huida un trozo de su grande ejército en que no obraron más ellos que sus mujeres, con todo su poder se puso a la vista de la ciudad, combatiola, arrimose al muro, y viendo los bracarenses lo poco que mejoraba su fortuna, fiando la guarda della a sus mujeres, salieron al campo; y aunque a los principios se declaraba por estos la victoria, el poder desotros, que era más numeroso, hizo retirarlos. Viendo, pues, las mujeres, de entre las almenas mejorar los romanos, con tal furor bajaron, que, rechazando la caballería del enemigo, en sus reales no se dio por segura.<sup>880</sup>

»Pues, señor don Juan, si al poder romano, con ímpetu<sup>881</sup> tan furioso, bastó el sexo femínio para oprimirle, ¿extraña vuesa merced que la resistencia destas peñas estreche la corriente del Duero a tan breve término? Dé él gracias a Dios traerle por aquí; que, si fuera por Braga, bastaban las mujeres para hacerle pasar por una gatera; y aun pudiera ser por menos, siendo esta provincia la mejor del mundo, todo este respeto es bien que se le deba. Y esta fue la causa por que el Nilo no se atrevió a pasar por ella; que las siete bocas por donde al mar sale, si por acá pasara, se reducirían<sup>882</sup> a media.

Aunque yo no estaba de muy buen humor por lo que en Villanova me había sucedido, no dejé de reírme, y fray Pedro también, sobre lo del Duero y Nilo, que en

---

<sup>878</sup> 'Más saludable'.

<sup>879</sup> 'antiga' en el ms.

<sup>880</sup> De nuevo toma el autor este episodio del historiógrafo Manuel de Faria y Sousa, esta vez de su obra *Europa portuguesa*. Faria y Sousa, 1678, p.160. Ver nota 483.

<sup>881</sup> 'ímpito' en el ms.

<sup>882</sup> 'Redujeran'.

cuanto al valor de las mujeres me contó tan notables sucesos destos nuestros tiempos, que bastaban algunos para acreditar lo que con los romanos hicieron en los pasados las portuguesas. Este referiré solo, como él me lo contó:

—Había en aquella provincia una señora de mucha calidad, pero muy pobre. Casose por amores con un caballero muy pariente suyo, que no era rico. Amparó a los dos un hermano della, abad de una iglesia, adonde los tenía. Sobre la mitad de los réditos corrió pleito en Roma, vencién-dole su contrario; para tomar posesión de lo que le tocaba, se valió del brazo se-glar, y sabiendo que estaban ausentes el abad y su cuñado en una pesquería de un río de aquellos, vino un corregidor con provisión real y sus ministros de justicia y más de cuarenta hombres armados a la iglesia, para dársela por fuerza de armas, cuando de otro modo no se lo consentiesen. Fue esto con tanto secreto que, cuando aquella señora que vivía cerca della vino a saberlo, no tuvo más tiempo para prevenir la defensa que de cargar diez o doce escopetas y pistolas; con las cuales y cuatro criadas más que la asistían, se fue a la iglesia, mandó abrir las puertas, y arrimando a ellas las armas que a las cinco sobraban, por un paje solo que le había quedado, envió a decir al marido y hermano que hiciesen su pesquería muy a su gusto y no se inquietasen, que ella y sus criadas bastaban solas para hacer volver al corregidor con cincuenta hombres que consigo traía, antes de meter pie ninguno dentro de la iglesia sin que primero les costase caro.

»En esta postura, con cinco escopetas en la mano, levantando los gatillos, halló el corregidor a la puerta de la iglesia a esta señora y sus cuatro criadas. Y al tiempo que él quiso entrar con los que con él venían en el atrio, apuntando las cinco en los cincuenta,<sup>883</sup> dijo ella al corregidor:

»—“Veinte y cinco balas hay en estas; si dan más un paso, todas las desparamos; y, mientras aquí llegan, hay estas pistolas, que tienen otras tantas. Aunque no somos más de cinco mujeres, balas hay para todos; si quieren guardar sus vidas, vuelvan por donde han venido; y si quieren perderlas, sacerdotes traen en su compañía, confiésense luego; que la iglesia de mi hermano habemos de defender hasta quedar hechas pedazos primero que dejemos tomar posesión della”.

»Siempre la prudencia de las letras cede de su derecho a las armas. Paró el corregidor; y haciendo sus protestas con muchas cortesías a las cinco mujeres, rindió la

---

<sup>883</sup> ‘Apuntando las cinco a los cincuenta’.

victoria, dejándolas solas en el campo, como sucederá siempre en todas ocasiones que a los portugueses ellas hicieren guerra.

Llegaron los arrieros, metímonos en una barca y, pasando el Duero, desembarcamos en la ribera de la otra parte. Fuese fray Pedro a su convento; yo y los estudiantes, con los arrieros, a una posada. Advertimos al huésped que, aunque el día era de carne, fuese la cena de pescado por haber visto mucho en la ribera —dije yo—, y juntamente por haber nacido en Sevilla y criádome con él.

Fue él a prepararla, y, quedando nosotros en nuestro aposento, me dijo uno de los estudiantes:

—Mucho me huelgo, señor don Juan, de oír a vuesa merced que ha nacido en Sevilla para preguntarle por un hermano mío de quien ha algunos años no tengo noticias. Fue mi padre casado con la madre dél; y, después de veudo se casó con mi madre en la ciudad de Braga. Trájole de una aldea en que de antes vivía, legua y media della, a que llaman Paredes Secas,<sup>884</sup> para nuestra casa. Como él era ya grande, yo muy chiquillo, tratábame tan mal que mi madre lo llevaba de manera que todas las horas reñían los dos. Púsole mi madre en el estudio para hacerle clérigo; pero, como él no tuviese tal intención, era perder tiempo reducirse a eso. Dio en valentón; todo eran pendencias, y por una que tuvo se pasó a la Andalucía con un soldado que llamaban Roque, de los que entraron en este reino cuando el rey don Felipe tomó posesión dél, o pocos años antes, como mi madre dice.

»Antes de morirse mi padre, tuvo una carta suya, y se firmaba en ella Amador Machado, señor de Sauzeda. Deste apellido no había usado mientras estuvo en este reino, si bien decía mi padre que al abuelo de mi hermano por una bastardía le tocaba. Hago a vuesa merced esta relación por saber si por ella tiene algunas noticias en lo que ha parado, y si es muerto o vivo.

—Nadie pudiera mejor que yo —dije al estudiante— satisfacer a vuesa merced a su pregunta, porque le conocí y vi algunas veces. Él y esotro que vuesa merced dice que llamaban Roque fueron pegujeros<sup>885</sup> de un labrador muy rico en Andalucía; guardábanle sus ganados por cierto salario que les prometió.

---

<sup>884</sup> Se encuentra dicha aldea cerca de Braga, en el concejo de Amares.

<sup>885</sup> *Pegujalero*: «Labrador que tiene poca siembra o labor o ganadero que tiene poco ganado» (*DLE*).

»Viendo, pues, ellos que se les iba quedando con mucha parte dél para obligarlos desta manera a no dejar de servirle —que hay amos que por este modo quieren ser servidos, como hay criados que, por pagarles bien, dejan de servir—, se determinaron estos —y otros muchos por la misma causa— pagarse de su mano; como lo hicieron en los mismos ganados que guardaban, pasándose a una grande sierra de mucha caza que llaman La Sauzeda, con armas y caballos para defenderse si acaso los buscase la justicia.

»A imitación suya se les fueron juntando todos los malcontentos de sus amos, de suerte que, viniendo a ser copioso número, eligieron por votos hacer cabeza a Roque para gobernarlos, así por ser hombre de valor y fuerzas, como por haber sido el primero que había dado el arbitrio de aquel modo de vida. Intitulose luego señor de La Sauzeda. Hizo oficiales de justicia y armas así para la paz como la guerra. Fueles creciendo gente, y el comer faltando; y después de haber gastado el suyo, también fue necesario valerse del ajeno en este modo:

»Enviaba Roque sus papeles a los labradores más ricos de las villas y ciudades más vecinas, representándoles las cosas de que necesitaba para sustentar sus soldados; y ellos se lo enviaban puntualmente, con recelo que de otra manera viniese a quitarles más, como con algunos se hizo, enviando dos o tres compañías a cobrar por fuerza lo que no querían dar de grado.

»Así pasaron tres o cuatro años sin haber justicia que se les atreviese; que, como el número era grande, y los hombres de valor todos, solo por fuerza de armas podían deshacerlos. Sobreviniendo a Roque una enfermedad grave de que vino a murirse, dejó en su testamento por heredero de La Sauzeda a su hermano de vuesa merced, Amador Machado. Este fue hombre de más valor y justicia, y de más altos pensamientos.

»Comenzó luego a intitularse en todos sus papeles y órdenes que daba a sus soldados: Amador Machado, por la gracia de Dios señor de La Sauzeda. Sucediéronle casos muy notables, de que referiré algunos que llegaron a mi noticia por haberlos sabido de soldados suyos.

»Andando él a caza en aquella sierra, topó sentado un hombre con grande aflicción llorando en el camino que venía de Ronda. Perguntóle la causa de su congoja, y él le respondió:

»—“¿Qué ha de ser, señor, sino mi desdicha, que un macho que llevaba y mil reales, que era todo mi caudal, me quitó este ladrón que llaman Amador Machado, que

en el infierno lo pague, pues no hay justicia para hacer pagárselo en una horca! ¿Qué haré yo, pobre ahora, cargado de hijos, viéndome sin nada? Si vuesa merced tardara más un poco en pasar por aquí, con este cordel que traigo por pretina, en uno destos árboles me viera ahorcado. Algún ángel le ha traído, porque a más de dos horas que estaba batallando con esta tentación del demonio; ya tenía ajustado este lazo que vuesa merced ve, al tiempo que apuntó en aquella colina”.

»—“Si os enseñaren a ese ladrón que os ha robado, ¿conoceréisle?”.

»—“Sí, señor —dijo el pasajero”.

»—“Pues venid por aquí —le respondió su hermano de vuesa merced—, que yo haré que se os vuelva todo”.

»Y llevándole a lo alto de la sierra adonde estaban sus soldados, mandó a los capitanes que uno a uno pasasen muestra en su presencia. Hízose así; y al tiempo que pasó el que había hecho el hurto, dijo el pasajero:

»—“¡Aquel es Amador Machado!”.

»Mandó luego prenderle; confesó el hurto. Vino un escribano, hízole causa; entregose el macho y dineros a su dueño. Dio luego la sentencia, condenándole a ducientos azotes por el hurto; y por haber dicho que él era Amador Machado, en descrédito de su persona, a diez años de galeras. Todo esto miraba el pasajero muy contento, pero cuando vio dar el pregón al verdugo, que lo iba azotando, que decía: “Justicia que manda hacer Amador Machado, por la gracia de Dios señor de La Sauzeda, en este hombre por haber robado a otro en un camino”, se puso de rodillas delante de su hermano de vuesa merced pidiéndole perdón de lo que le había dicho, por haberle engañado aquel hombre, diciendo que era él cuando le robó. Ya estaba temblando con temor de la muerte, después de verse restituido de su robo, aquel mismo que, por habérsele hecho, tan pocas horas antes la quería tomar por sus propias manos.

»—“Para que sepan todos —dijo Amador Machado— cómo yo castigo hechos semejantes, hice castigar este en vuestra presencia; y para que no se atreva ninguno de mis soldados a hacerse salteador debajo de mi nombre, le condené a diez años de galeras, adonde vos mismo le iréis a entregar, con dos soldados míos que le lleven preso y os harán la costa,<sup>886</sup> para que seáis testigo de lo que él os ha hecho y cuál es mi justicia”.

---

<sup>886</sup> *Hacer la costa*: «Además del sentido recto: vale poner los medios y arbitrios para que otro consiga alguna cosa, o hacer de su parte lo que al otro tocaba» (*Autoridades*).

»Lleváronle a ellas, y fue puesto al remo este y otros muchos que por sus sentencias él mismo enviaba, con dos o tres soldados. Esto se continuó por espacio de diez años, en tiempo de Felipe segundo, en quien la monarquía de España, después de los godos, estuvo toda unida debajo de su cetro.

»Quejáronse los pueblos, ciudades y villas que confinaban con La Sauzeda de las opresiones que Amador Machado los hacía; y intentando la justicia, con mucha gente de armas, ir para prenderle a él y a sus soldados, recibiendo más daño de los que los hacían, quedando muchos muertos, volvieron las demás sin poder conseguir el prender a ninguno, así por la aspereza de la sierra como por el valor con que peleaban. Fue menester formarse un ejército<sup>887</sup> de cuatro mil infantes y caballería, y nada fue bastante para poder vencerlos. Mandó su majestad echar bando<sup>888</sup> que al que entregase la cabeza de Amador Machado se le daría[n] cuatro mil ducados y perdón de todos los crímenes que hubiese cometido.

»Si en el colegio de Cristo por treinta dineros se halló quien le vendiese por tan poco precio, no podía faltar entre bandoleros<sup>889</sup> quien por cuatro mil ducados quisiese entregarle. Tres lo intentaron en diferentes ocasiones, siendo estos los mismos de quien más se fiaba. Todos mandó ahorcar; pero, como no se diese por seguro con estos ejemplares, se pasó a Ceuta, plaza que gobernaba don Miguel de Meneses, duque de Camiña.<sup>890</sup> Allí estuvo algún tiempo, y él le quería mucho, por el grande valor y esfuerzo de su persona. Jamás intentó entrada en el país enemigo que no le comonicase, ni vino a chocar con los moros que a muchos no dejase sin vida.

»Siempre a un valor grande hay envidiosos, y destos hubo algunos que dieron punto a Cádiz<sup>891</sup> como estaba allí Amador Machado. Avisose a Madrid, súpolo el rey; y fue orden al duque que lo remitiese a Castilla. Sabiéndolo él primero que se ejecutase, se descolgó por el muro, y con algún pan y demás cosas que para su sustento pudo llevar auestas, se fue [a] emboscar a tierra de moros y se estuvo allá mientras le duraron, que fueron doce días. Al fin de los cuales, haciendo sus cuentas que, si los moros le topaban, sería imposible escapar de sus manos con vida aquel que con las suyas en todas ocasiones

---

<sup>887</sup> ‘esército’ en el ms.

<sup>888</sup> *Echar bando*: «Publicar alguna ley o mandato con imposición de pena» (Ibídem).

<sup>889</sup> ‘bandulero’ en el ms.

<sup>890</sup> «Don Miguel de Meneses y Noroña: primer duque de Camiña, título de que, en sustitución del de duque de Villareal, le hizo merced Felipe III en 1619», no por su padre Felipe II, como quiere apuntar el autor. De Burgos, 1853, p. 138.

<sup>891</sup> ‘Terminaron en Cádiz como destino’.

había quitado tantas a los suyos, se resolvió en fiar más de la piedad de un rey católico, aunque ofendido, que de los bárbaros moros de quien se amparaba.

»Vínose a Cepta<sup>892</sup> y, llamando de noche a las puertas de la ciudad, dijo que dijese al duque que estaba allí Amador Machado, que quería antes murir a manos de cristianos que de moros. Mandó que entrase, y llegando a su presencia, como era el duque generoso de ánimo, lo fue en sus promesas, ofreciéndole escribir a su majestad de manera que tuviese por bien que en su real servicio en aquella plaza acabase la vida. Así lo hizo luego, representando al rey el valor de su hermano de vuesa merced, la utilidad de su asistencia en Ceuta; y que, además desto, era grande inconveniente quebrantar los fueros de un reino que su majestad había jurado tan poco tiempo antes, sacando un delincuente de una plaza dél, adonde se había retirado, para castigarle en los reinos de Castilla por culpas que en ellos había cometido.

»Cuando las razones tienen razón, y los que las oyen son prudentes, fácilmente retratan sus mandatos para que sus súbditos no se retracten. Conformose su majestad con el parecer del duque; y si de antes servía con valor su hermano de vuesa merced, fue con mucho más en lo de adelante. En tanto, que vino a cobrar tan grande opinión entre los moros, que, buscándole uno que entre ellos no la tenía [me]nos de valiente, sin poder lograr su deseo, envió a decir que, en el primer recuento<sup>893</sup> que tuviesen, se dejase ver para darle un abrazo. Esto decía él fiado en sus fuerzas, por ser hombre doblado, corpulento y grande. Respondióle Amador Machado que quedaba advertido, como cuando se viesen vería por obra.

»No tardó mucho tiempo que dejase el duque de hacer una salida. Y como Amador Machado era de los primeros, después de adelantarse a una colina, viendo della señales de emboscada, terciando la lanza en la mano, lo hizo de modo que los que venían con el duque, certificándose cómo la había, aguardaron sus tropas; y incorporándose todos por la falda del monte, fueron a buscar al enemigo. Y por lo alto dél iba Amador Machado, por lo más peñascoso, a juntarse con ellos, a tiempo que, siendo reconocido del mismo moro que le había desafiado, salió de entre los suyos a cumplir su palabra cuando los nuestros daban ya sobre ellos; y, imbistiéndose<sup>894</sup> los dos a vista de todos, dio Amador Machado con su contrario en tierra. Apeose luego; y, sin dar tiempo al moro que usase de

---

<sup>892</sup> ‘Ceuta’.

<sup>893</sup> ‘reencuentro’.

<sup>894</sup> ‘embistiéndose’.



la espada, fiado en sus fuerzas, vinieron a brazos. Un largo espacio duró la lucha; pero, como el campo era en una peña, resbalando los dos, se hicieron pedazos.

»Después de la victoria, que fue de los nuestros, mandó el duque retirar el cuerpo de su hermano de vuesa merced a Cepta, adonde fue enterrado muy honradamente aquel que en defensa de la fe supo morir tan honrado, después de haber ofendido a Dios y al prójimo por tiempo de diez años con las extorsiones<sup>895</sup> que tengo dicho, y otras muchas que dejo de referir por no mover a vuesa merced a mayor lástima.

Mucho se enterneció el estudiante de haberle dicho la muerte de su hermano; si bien, por lo que había precedido, alabó mucho a Dios por la grande misericordia que con él había usado.

—Notables son los juicios —dijo uno de los otros—. En la villa de Viana, pocos años ha, sucedió un caso bien raro.

»Había en ella un hombre noble que entre los hijos que tuvo su mujer, dos fueron de un vientre,<sup>896</sup> criándolos sus padres con buena doctrina, por ser gente honrada y de buen ejemplo. Uno que estudió se hizo religioso en cierta religión muy observante. Algunos años procedió bien en ella; pero como el demonio trata de inquietar a los que más desean de servir a Dios, como este religioso era buen estudiante y topase algunos libros vedados que trataban de la ley de Moisés, le movió tanta guerra con ellos que le hizo prevaricar en la de Cristo, redentor nuestro, que sus padres le enseñaron y él profesaba.

»No pudo él o no quiso Dios que eso se ocultase mucho en religión tan santa como era la suya y, delatado de los mismos religiosos,<sup>897</sup> fue preso por el Santo Oficio el mismo día que, yendo para el Brasil, el otro hermano fue cautivo de moros y llevado a Argel. Hicieron los ministros del Santo Oficio notables diligencias para reducirle, en tanto que, usando de su grande piedad, llamaron a su padre para que le predicase. Y teniéndole algunos días con él, no fueron sus razones bastantes ni sus lágrimas suficientes para poder vencerle, con que el mismo que le había engendrado, no siendo juez de su delito, fue el primero que pidió que le quemasen, y con gran desconsuelo se fue a su casa. Vistiéndose de luto él y su mujer sin salir más della, tuvieron la nueva de cómo le habían quemado vivo.

---

<sup>895</sup> 'extorciones' en el ms.

<sup>896</sup> 'De un mismo parto'.

<sup>897</sup> 'y delatando dél los mismos religiosos...' en el ms.

»A donde los padres pierden la honra por sus hijos, y ellos por no obedecerlos la honra, la vida y la alma, bien se deja considerar cuál será su sentimiento; ni puede haber palabra con que se declare ni exageraciones que lo manif[i]esten. Solo Dios es poderoso para en casos tales dar algún consuelo. Bien raro fue el que dio en esta ocasión a los afligidos padres, llegándoles nueva que el mismo día en que, por seguir la ley de Moisés habían quemado a su hijo, por predicar públicamente la de Cristo, nuestro redentor, el que estaba cautivo habían marterizado en Berbería los moros.<sup>898</sup> Arrojando los lutos, vestidos de grana, él y su mujer se fueron a dar gracias a la iglesia mayor de aquella villa por la merced que Dios les había hecho en haber permitido que, del mismo parto que les nació el mayor dolor, naciese juntamente el mayor consuelo.

—En cada villa hay su maravilla —dijo otro estudiante—, pero yo soy tan crédulo que, si no son materias de fe, aun de lo que veo, dejo de creer mucho. Veinte y siete años tengo de edad, nací en Braga, tres leguas de Barcelos, y con ir mucha gente de la ciudad a aquella villa a ver aquel milagro de las cruces que el día de la invención de Santa Cruz de Mayo<sup>899</sup> todos los años se repite, siempre me pareció que obraba allí más una atención pía que una verdad infalible, por decir unos que vían cruces muy formadas, otros no tanto, otros que menos y otros que nada. Esto es una grande plaza o campo que está a la entrada de aquella villa, en el medio del cual fabricaron un pequeño templo para recoger una imagen de Cristo arrodillado, con la cruz a cuestas.

»La tradición dice que en el tiempo que comenzó por las partes del norte la heresía<sup>900</sup> a condenar la reverencia de las imágenes,<sup>901</sup> tratando los católicos de deshacerse dellas, unos las enviaron a diferentes partes; otros, en quien la fe obraba con más fuerza, solamente se contentaban con echarlas en el mar, teniendo por cierto que él las llevaría a tierra de cristianos que las venerasen. Esta fue una dellas; que, aportando adonde el río Cávado desemboca en él, entre las dos villas Fam y Esposende, fue traída a la de Barcelos dos leguas desotras;<sup>902</sup> y que, después que allí se colocó, comenzaron a verse las cruces que he referido.

---

<sup>898</sup> Se conocían por Berbería las costas de Marruecos Libia, Argelia y Túnez, hogar de corsarios y piratas berberiscos.

<sup>899</sup> La festividad suele situarse el 3 de mayo, por ser esta fecha la de la «invención» (es decir, el hallazgo) por santa Elena, en el 326, de la verdadera cruz (Vera Cruz) donde Cristo fue crucificado.

<sup>900</sup> 'Herejía'

<sup>901</sup> En su oposición al catolicismo y a sus símbolos, las imágenes de la Virgen y los santos fueron severamente perseguidas por los protestantes.

<sup>902</sup> Son todas estas villas pertenecientes al distrito de Braga.

»Yendo, pues, unos amigos míos a verlas, aunque con poca voluntad mía, me llevaron consigo. Llegamos a aquel campo, víspera de Santa Cruz, adonde vi muchachos, niños y mujeres que estaban barriendo el suelo en diferentes partes; y como la tierra dél es un poco húmida, y el calor que hacía tuviese seco el polvo de la superficie, como barrían todos en forma de cruz, sacando la tierra que estaba más suelta en la más unida, formaban cruces.

»—Bien me parecía —dije a mis compañeros— que desta manera son vuestros milagros.

»Quedamos allí aquella noche; que, por ser de mucho agua, pensé totalmente que, mojándose el polvo al amanecer,<sup>903</sup> no se viese el milagro. No fue así, porque llegando al campo, lo vi todo cubierto de cruces, grandes y pequeñas, unas bien formadas, otras a modo de aspa. Púseme de rodilla, besé la tierra dellas, y alabé a Dios en sus maravillas por haberme librado de la grande cruz de mi incredulidad.

---

<sup>903</sup> ‘amanecer’ en el ms.

## CAPÍTULO VI

*Dan al hábito de tercero a Guzmán de Alfarache en la ciudad de Oporto. Pasa a la de Braga. Refiere por mayor lo que vio en aquella ciudad, lo mucho que se admiraban de parecerse tanto a su hermano, el supuesto marqués de la Torre del Greco; y lo que sucedió a otros dos hermanos muy parecidos y a dos marineros por parecerse*

Nunca los milagros que Dios hace fueron casuales, siempre sus prodigios son muy de pensado; este me admiró mucho por la repetición de verse todos los años, que parece que Dios quiere justificar la causa para que lo hace con los pasados, presentes y futuros que se han visto, ven y han de verse al tiempo de dar fin a este prodigio; que también no deja de serlo, conforme después me dijeron los mismos estudiantes; que algunas —si bien pocas— personas, viniendo de muy lejos a ver aquel milagro, se volvieron afirmando no haber visto nada. ¡Impenetrables son los juicios de Dios! Al que no cree nadie, manifiesta el prodigio; y al que iba a verlo, no dudando que fuese, no quiere que le vea. Mucho hay que reparar en esto: si la falta de fe es quien da causa a verle; y si el tenerla firme, razón para no verse. Dudoso me pareció que, siendo tan grande el número de los que ven las cruces, faltase en todos la fe, y tan pocos los que dejan de verlas, que estos le excediesen en ella.

Muchas cosas permite Dios que a los juicios de los hombres oculta la razón, a unos para su mayor conveniencia, a otros para su mayor castigo. No hace un milagro tantas veces sin causa muy urgente, ni permite un absurdo tan grande a los herejes como es negar la veneración a las imágenes, sino para mayor confusión suya. Estílese en Inglaterra a los que se olvidan de hacer cortesía a las estatuas de los reyes de aquella Corona quitarles los sombreros de las cabezas los soldados de su guardia y quedarse con ellos; y aunque la atención que en este particular tienen a sus reyes es grande, es mayor la pena de perder un sombrero por no hacer reverencia a las estatuas de hombres que

quieren. Que a las imágenes de Dios, en cuanto hombre, y a las de su madre y santos no se las hagan, ¡qué mucho que premita que sus vasallos les quiten las coronas de las cabezas, y a veces las cabezas con ellas!,<sup>904</sup> pues no se desengañan, antes castigan con mayores penas a los que se las hacen.

¿Hay mayor ceguedad?, ¿hay mayor locura?, ¿hay mayor engaño? ¿Adónde hay policía?,<sup>905</sup> ¿adónde hay letras [para] negar a Dios lo que permiten a los hombres? Esto tienen las obras del demonio, que, adonde se las admiten, siempre deja resquicios al discurso para que a toda luz se vean sus engaños y sea mayor la pena de los que así se dejan engañar de lo que fuera, cuando sin estas evidencias, con aparentes razones pudieran ser algunos engañados; porque en estos, siendo el pecado de inorancia, no es tan grave el delito; y en esotros, siendo de malicia, la razón nos enseña que ha de ser mayor el castigo.

Vino la cena; pararon los cuentos, y tan buena maña se daban los estudiantes, que siendo el primer plato un sábalo fresco, mientras yo sacaba de un pequeño trozo las espinas, sin reparar en ellas, estaba despabilado.<sup>906</sup> Acordeme entonces de cierto caballero de Madrid que, no teniendo más que un hijo solo y siendo su casa una de las más regaladas de la corte, de aquellas adonde todo es hoy y no hay mañana y con trampa se vive casi todo el año, vino a enfermar este muchacho de manera que, de haber comido mucho, se le quitaron totalmente las ganas de comer. Vesitáronle muchos doctores de la primera clase; este daba un remedio, aquel daba otro; y no bastando ninguno para quitarle el fastidio, dijo un platicante<sup>907</sup> de uno de la Cámara que en menos de dos meses le daría sano. Riéronse todos ellos; pero, como el padre deseaba mucho la vida de aquel hijo, por ser único heredero de sus bienes, yéndose los doctores, le llamó aparte diciéndole que, si le daba salud, le daría quinientos escudos. Ofreció el platicante el dársela; pero que no había de curarle en Madrid por los respetos que, después [de] volverse sano, le diría; que en Alcalá tenía una casa adonde curarle; que le enviase con su ayo para que viese hacerle los remedios; y que, si él faltase a su promesa, le quitasen la vida. Con estas razones, dándose el padre por seguro, envió luego los tres.

---

<sup>904</sup> Advierte Baladrón el hecho de la posible referencia a la decapitación de Carlos I de Inglaterra el 30 de enero de 1649. (Baladrón, 1983, p. 78.)

<sup>905</sup> *Policía* en el sentido de «orden y limpieza».

<sup>906</sup> ‘Sin reparar ellos en las espinas ya se lo habían terminado’.

<sup>907</sup> ‘Practicante’.

Llegando a Alcalá hizo el platicante al enfermo una plática, fundada en buena filosofía, cómo para tener salud era conveniente mudar de ejercicios y comer, y que esto ni su ayo ni su padre habían de saberlo hasta estar restituido a su perfecta salud. Pareció bien al muchacho el consejo, y refiriendo que guardaría el secreto, le dijo el platicante que el remedio era divertirse con ir algunas veces al estudio y no comer de otras cosas más que de las que él comiese.

Era el platicante muy amigo mío; diome cuenta de la cura que quería hacer, y del modo della por la observación que había hecho en casa de aquel caballero, que las muchas golosinas y diferencias de manjares le causaban todo. Pidiéndome que me fuese a su casa las más veces que pudiese, así para divertir aquel caballero, como, porque, adonde de la ración de uno vienen a comer muchos, ninguno se harta.

Las mañanas y tardes íbamos al estudio; el comer poco, el ejercicio mucho, hizo que en breves días volviese el ayo a Madrid a dar cuenta al padre cómo su hijo estaba ya con tanta mejoría que, antes del término que para la cura había pedido el platicante, esperaba en Dios de traerle a su casa con perfecta salud.<sup>908</sup> Y fue así que, en poco más de un mes de estudiante, comía todo sin hacerle daño, como hace a aquellos que no estudian más que en buscar sainetes para el gusto de la bucólica,<sup>909</sup> y por el mismo camino vienen a perderle y perder la salud, que al fin es una joya de grande estimación para la vida humana. La casa adonde falta, todo se desprecia; el que no la tiene todo desestima; todo se malbarata, todo viene a perderse a donde no hay salud.

Mientras yo hacía estos discursos, discurrían los platos mis buenos estudiantes de tal modo que, a no ser muchos, me quedara sin cena.

—Muy poco come vuesa merced, señor don Juan —dijo uno dellos—, y advierta que, si lo hace por respecto de su salud, como ha dicho otras veces, que en esta provincia, por ser los mantenimientos della más ligeros, se come mucho y no se vive menos que en otras; la experiencia lo enseña así; y vuesa merced lo puede ver si hiciere reparo en los hombres ancianos que topare en ella; y aunque los vea sanos, fuertes, de buena disposición y sin embarazo alguno, pergúnteles sus edades y verá el prodigio que obra en este país naturaleza.

---

<sup>908</sup> Hoy diríamos ‘esperaba que Dios le trajese a su casa con perfecta salud’.

<sup>909</sup> ‘Buscar manjares con que dar gusto a sus sentidos’.

»Autores hay que han escrito desto en los siglos pasados; pero, en el que estamos, hay tantos ejemplares de hombres y mujeres que actualmente<sup>910</sup> viven y pasan de cien años, que es menester tiempo para referirlos un poco más largo de lo que tenemos. En la villa de la Ponte-da-barca<sup>911</sup> murió una mujer muy pocos años ha, que vio casar sin dispensación<sup>912</sup> a sus des[c]endientes y vio hijos dellos.<sup>913</sup>

»En la feligresía de Vilela, solar deste apellido, en tierra da Lañoso, dos leguas de Braga, conocí a un hombre que vivía a donde llaman O Pazo, que hasta ciento y treinta años ni perdió la memoria ni se ayudó de muleta ni le faltó la vista. Díjome que había sido soldado en Cataluña, cuando al rey de Francia se le tomó la plaza de Perpiñán,<sup>914</sup> y que era muy hombre en aquel tiempo. Murió de ciento y treinta y cinco; los cinco tuvo de cama, los demás de salud.

»El argumento de mayor evidencia para que esta provincia sea la mejor del mundo no está solamente en que los moradores della vivan más años que los de otras, porque en todas ha habido y hay personas de edades largas, pero el que las posean con más salud y con menos defectos de los sentidos y potencias de la alma; solo Entre Duero y Miño, por particular privilegio, concedió Dios esta ventaja. Síguese luego que, adonde la multitud de los años deja más libre el discurso a los hombres, es la mejor tierra que todas las demás, en que de menos edad vienen a reconocer defecto en él o en los sentidos. Los ingenios para las ciencias, si se cultivan los desta provincia, son los más útiles. Comúnmente los hombres, y aun las mujeres, son de mayores fuerzas, de mayor robustez,<sup>915</sup> más sufridores del trabajo.

»Es común openión en España —la experiencia lo enseña— que todos los que viven cerca de los mayores lugares della (de la gente del campo hablo) son de entendimiento basto, de poco discurso, de lenguaje<sup>916</sup> tosco. No milita esto en Entre Duero y Miño, que, como por la multitud grande de las villas, lugares y aldeas que tiene, estando tan cerca los unos de los otros, vienen a hacer una población dilatada, haciendo

---

<sup>910</sup> ‘autualmente’ en el ms.

<sup>911</sup> Villa portuguesa del distrito de Viana do Castelo, en el Alto Miño.

<sup>912</sup> ‘Sin dispensación’.

<sup>913</sup> Es probable que el término *descendencia* quiera referir aquí a descendientes lejanos, pues no era un hecho extraordinario conocer nietos en la época a que el autor se refiere.

<sup>914</sup> En 1542, Perpiñán, que todavía pertenecía a la Corona de Aragón, fue defendida por el duque de Alba contra las tropas de Enrique II de Francia.

<sup>915</sup> ‘rebuztez’ en el ms.

<sup>916</sup> ‘lengoaje’ en el ms.

todo un cuerpo más comunicable; solo en sus extremos, por lo montuoso, se reconocen algunos defectos de los que he referido, que de sus vecinos se les han pegado.<sup>917</sup>

»Dicen que es pobre esta provincia los que no la conocen; no sé en qué lo fundan. Ella sustenta a sus moradores, que son muchísimos, sale della pan en grande número para otras partes del reino y fuera dél, y otras muchas cosas de que es abundante; y esto con no cultivarse más de la tercera parte por ser montuoso todo lo demás.

»Solo un defecto le reconozco, que es tener breve término: diez y ocho leguas de largo y doce de ancho; pero en este defecto está su mayor grandeza. Quien quisiere averiguarlo vea lo que rentan los diezmos de todas las iglesias desta provincia, y considere lo que dejarán de pagar los que se pagan de su mano de lo que suponen que les deben, las muchas cosas de que no se paga diezmos sino una cantidad corta a que llaman *avença*<sup>918</sup> por estar avenidos en aquella forma, otra de los ganados que llaman “sanjuanera”, que el día de San Juan es cuando se paga; y sin meter aquí lo que se hurta, lo que ganan los renteros, lo que se come antes de pagar el diezmo, hágase el cómputo añadiendo a cada uno nueve, hallarán que solo Entre Duero y Miño vale a sus moradores mucho más que todas las rentas del reino a esta Corona.

»Y así, crea vuesa merced, señor don Juan, que hoy ha entrado en el mejor rincón que ha en todo el mundo. Este es el solar de la primavera, el retiro de la salud, el jardín de naturaleza, el estanque de las mejores fuentes; que en aquella grande seca que hubo en España en tiempo del rey Abidis,<sup>919</sup> que duró veinte y seis meses —y es lo más cierto—, apagaron la sed a todos los que abrasados del sol fueron a beber dellas. Y así es muy creíble, que, siendo esta la mejor tierra del mundo, que della misma formase Dios a Adán para poblarle, y que esta es la causa de producir más gente sola esta provincia que todas las del reino, y que es rara en el mundo la en que no se hallase gente della.

Grande me pareció por entonces la arrogancia, y que el amor de la patria era motivo del encarecimiento. Sacome deste engaño la experiencia que en el discurso de mi jornada hice después en los lugares que vi de aquella provincia.

Acabose la cena, acostámonos luego, y al otro día fuimos a hablar al mercader para quien el obispo me había mandado dar la letra de mis doblones. Con mucha

---

<sup>917</sup> Aparece una glosa al margen de imposible legibilidad, entre este y el siguiente párrafo. Ms. (p. 551).

<sup>918</sup> Acuerdo o modalidad de contrato en que se fija previamente la cantidad a pagar.

<sup>919</sup> *Abidis*: rey tartesio de la mitología ibérica venerado por los celtíberos.



pontulidad me los pagó. Oímos misa en San Francisco. Enseñome fray Pedro el convento; y, por querer que yo fuese el huésped, volvieron los estudiantes a la posada.

Llevome a la celda del padre guardián, que, por el informe que le había hecho, me recibió con mucha cortesía. Y a muy pocas razones de la plática me dijo:

—Cierto, señor don Juan, que no me espanto de haberle sucedido<sup>920</sup> en Villanova lo que el padre fray Pedro me ha contado, porque hombres más parecidos no he visto de lo que vuesa merced se parece y el marqués de la Torre del Greco, cuya deuda quiso ese loco que vuesa merced pagase con la vida. ¡Bendito sea el hábito de nuestro padre san Francisco, pues le libró della! En esta celda estuvo ese caballero; y solo en el habla dejan de parecerse, que en todo lo demás parece que son uno.

Como todo eso se encaminaba a persuadirme que yo fuese religioso, declarando su intento, le respondí que, primero de deliberarme a serlo, había de cumplir el voto de mi romería. A esto me dijo que tenía mucha razón en hacerlo así, pero que tendría muy poca en no agradecer al santo tan grande beneficio, por lo menos tomando luego el hábito de tercero, pues ni para el estado de matrimonio podía embarazarme; y que, si yo gustaba, me le daría luego.

Cuando Dios quiere, en un instante mueve. No habían dado las ocho; dije al guardián que me haría muy grande caridad en ello; quedó él muy contento. Confesome, diome la comunión y, después de la misa mayor, me echó el hábito con todas las ceremonias que acostumbraban hacerlo. Véis aquí Guzmán de Alfarache buen tercero, después de haberlo sido tan malo en su menor edad, como en la primera parte de mi vida te he referido. ¡Quién tal dijera!, ¡Quién tal pudiera creer cuando yo servía en Roma al embajador de Francia de lo que te he contado! Muda de estado, mudarás de fortuna; si quieres un buen día, deja la picardía.

Todo lo puede hacer Dios, nadie desconfíe de su misericordia. Ayer Guzmanillo, hoy don Juan de Guzmán; ayer un embustero, hoy muy gran caballero; ayer un ladrón, hoy en religión; ayer fementido,<sup>921</sup> hoy arrepentido. Engañome mi patria, desengañome la ajena; engañáronme los gustos, desengañáronme los trabajos. ¡Oh, poderoso Dios y señor mío! Con balas conquistáis los corazones que no saben rendirse a vuestros favores, rendís con amagos de una muerte abreviada a los que sin freno pasan la carrera de la vida.

---

<sup>920</sup> 'No me espanto de lo que le ha sucedido en Villanova...'.  
<sup>921</sup> 'Falso, mentiroso'.

De rodillas estaba yo haciendo estos discursos delante la imagen de nuestro padre san Francisco, cuando fray Pedro vino a llamarme de parte del guardián. Entramos en el refitorio, y todos los religiosos me miraron con tanta alegría, que me hicieron reparar que aquello era un ensayo de, cuando una alma entra en la gloria, la mucha que todas tienen de verla en ella; pero si las del mundo se acaban por instantes, mal podía durar aquella. Así fue, porque, acabado de comer, despidiéndose fray Pedro, y yo del guardián, nos fuimos a la posada adonde los estudiantes y arrieros estaban aguardando por nosotros. Salimos de aquella ciudad y bien de noche llegamos a las ventas de la Barca de La Trofa.<sup>922</sup> Fue la jornada larga, íbamos cansados, la cena poca, el sueño mucho; acostámonos luego, y no se durmió poco.

El día siguiente, fuimos a comer a Villanova de Famelicao y a las seis de la tarde entramos en Braga. No me pareció mal aquella ciudad, que, aunque no es tan poblada como la de Oporto, no ocupa menor sitio; es mucho más ameno, más llano, más anchas las calles, pero aun así no llega a ser sombra de lo que ha sido en tiempo de romanos, en que ocupaba más de una grande legua que hay entre los dos ríos, Cávado y Deste, que es el que hoy baña sus arrabales de la parte del sur.

Uno de los estudiantes nos llevó a su casa, que tenía en el campo de Santa Ana, que es una plaza de buenas tres carreras de caballo,<sup>923</sup> de la parte del norte y sur poblada de casas. A la del naciente, el templo que llaman de Nuestra Señora a Branca;<sup>924</sup> a la de la ciudad, le corresponde el castillo della; y más cerca dél está la mejor fuente que he visto en España.<sup>925</sup> Remátala una cruz que sustenta una esfera, y a ella una piedra a modo de pirámide, de cuyo pedestal salen cuatro o seis grandes fuentes, que, cayendo en una grande taza, paran en otra mucho mayor, y della en un largo estanque, de figura circular, con sus gradas abajo, que todo junto viene a hacer una muy grande altura. Otras hay como esta en aquella ciudad, pero no tan grandes.

---

<sup>922</sup> Localidad del distrito de Oporto.

<sup>923</sup> Debe de tratarse de una deliberada exageración la descripción de esta plaza, ya que, como unidad de medida, «se dice que esta carrera es en la mar cuanto corre una nave en un día y noche con buen tiempo y, en tierra, cuanto puede correr un buen caballo en ese mismo espacio de tiempo». (De Mayora, 2011, p.164.)

<sup>924</sup> La iglesia de Nossa Senhora-a-Branca está situada en la pequeña localidad de Sao Vitor, cerca de Braga.

<sup>925</sup> Hoy diríamos 'hay una fuente mejor que las que he visto en España'.

En las plazas, que por estar fuera de los muros y ser grandes llaman campos, vi algunos cruceros a modo de los pirámides<sup>926</sup> de Roma, curiosamente labrados, y de notable altura; que ellos solos bastan para de nuevo ennoblecer aquella noble y antiquísima ciudad, cuando en los siglos pasados no lo fuera tanto como dicen las historias. No sé qué se tiene lo que ha sido grande y bueno que, por más combates que le haga el tiempo, siempre deja reliquias de su grandeza.

Dionos de cenar el estudiante con mucho más regalo de lo que de su profesión<sup>927</sup> se esperaba. Al otro día, mientras el padre fray Pedro fue a ver un canónigo amigo suyo, me fue a enseñar los conventos de monjas y religiosos que hay en aquella ciudad; y fuimos a oír misa a la iglesia mayor della, en cuya principal capilla, a la parte del Evangelio, está la sepultura del conde don Enrique; a la otra, la de la reina doña Teresa, padres del rey don Alonso Henríquez, primero rey de aquel reino después que se separó de los de Castilla.<sup>928</sup>

Hay grandes reliquias y cuerpos de santos en aquella iglesia, de los cuales reparé más en el de san Geraldo, arzobispo que fue della, por una suntuosa y ilustre capilla de muchos capellanes, en la cual está su sepultura embebida casi toda en la pared, a la parte del Evangelio. Por los méritos deste glorioso santo ha obrado Dios prodigiosísimos<sup>929</sup> milagros. Allí besé la cadena que, ciñéndola a su cuerpo, por no sacarla más en su vida le echó un candado; la llave dél, en el mar. Compadeciéndose Dios del que de sí mismo no se había compadecido, se la [r]estituyó, antes de morir, en el buche de un pescado que le trajeron.

Al volver a casa, topamos al padre fray Pedro, que me pidió que fuese a comer con él a la del canónigo amigo suyo, que deseaba verme por haberle dicho lo que yo me parecía al marqués de la Torre del Greco. No pude rehusarlo; si bien, como yo sabía sus embustes, ni al fraile ni a otra persona revelé el secreto de ser hermano suyo. Mucho nos regaló el canónigo, y no se admiró poco de verme teniendo por prodigio haber dos hombres en todo tan parecidos.

—No se parecieron menos —dijo un hermano del canónigo que con nosotros estaba— aquellos dos lacayos que tuvo Francisco Machado, señor de Entre Homem y

---

<sup>926</sup> ‘pirámedes’ en el ms.

<sup>927</sup> ‘profisión’ en el ms.

<sup>928</sup> Se refiere el autor a Alfonso I de Portugal (1109-1185).

<sup>929</sup> ‘prodigiosísimos’.

Cávado.<sup>930</sup> Eran naturales de Vieira, nacidos de un vientre, vasallos de su suegro Gonzalo Coello; y tanto se engañaban todos con ellos que, para no trocar el uno por el otro, los traía su amo con diferentes toquillas en los sombreros; y aún así, en muchas ocasiones suplía el uno la falta del otro si querían enviarle a algún recado.

»Eran hijos de un labrador, a quien dio otro una bofetada; supiéronlo ellos, y, por tener el padre más de sesenta años, trataron de tomar satisfacción de su afrenta. Al que quedó en casa de su amo, que era el menor en edad una hora, dejó el otro el sombrero que traía y se fue a Vieira. Era en un domingo, y, al salir de la iglesia el que había afrentado a su padre, a vista de todos, le dejó sin vida. A la misma hora el que quedó en casa de su amo se fue a oír misa en la parroquia y, como llevaba el sombrero del hermano, le tuvieron todos por él.

»Vínose a casa, tomó el suyo, oyó segunda misa en la capilla del Espíritu Santo que hay en ella, y aquella tarde toda hizo el papel de su hermano y el suyo, sin echarse de ver en la casa que faltaba el otro, que, antes de anochecer, estuvo en ella.

»Querelló la veuda mujer del muerto, dando por autor de aquel delito al hermano segundo. Sabiendo ellos desto, hicieron sus protestas en presencia del juez de Entre Homem y Cávado, pidiendo que, por lo que pudiese suceder, examinase los testigos que ellos le presentaban, de cómo en el mismo domingo los habían visto oír misa al uno y al otro en la parroquia y capilla referidas. Hízolo así el juez, y a rebeldía fue condenado a muerte por el corregidor de Guimaraes el querrellado. Apeló de su misma sentencia, como es costumbre, el corregidor para el tribunal de Oporto, adonde se confirmó por los oidores dél. Pasado el año, sacó carta de seguro el supuesto delincuente, presentose en la cárcel, probó la cuartada por ser imposible estar en Vieira y en Entre Homem y Cávado, tres leguas de distancia, en una misma hora. Por ser estos hermanos tan parecidos, salió libre de la cárcel el que no había cometido el delito, y no entró en ella el que lo cometió.

—Contaba mi abuelo —dijo fray Pedro— que en la Villa de Viana había dos marineros que algunas personas trocaban el uno por el otro, y que, aunque en los rostros se parecían mucho, en las obras nada, por ser muy diferentes en ellas. Todos sus viajes

---

<sup>930</sup> «Después que los señores de Entre Homem y Cávado, por el casamiento de doña Inés de Goyes, heredaron la villa de Lousán, Villariño y Pedregal (de los cuales fue el primero señor desta familia Pedro Machado, su marido), tuvieron allí su casa [...] deste matrimonio fue hijo Francisco Machado, casó con doña Juana de Acevedo, y dellos fue segundo hijo Manuel Machado de Azevedo». (Machado da Silva, 1660, p. 2.) Es más que probable que la anécdota narrada fuera un hecho real que ocurriera a Francisco Machado, tatarabuelo del autor, y que fuera transmitida generacionalmente.

hacían al Brasil; y teniendo el embustero ciertas cuentas que dio con poca certeza a un hombre de la villa, viéndose él engañado en grande cantidad de maravedís y que no era posible por vía de justicia hacer que los pagase, esperole una noche. Pasaba el que le parecía, pensando que era el otro; le dio una cuchillada diciendo:

»— “¡Toma, N., que deste modo me pago yo de lo que se me niega!”.

»A las voces del herido, reconociendo su engaño, se le puso de rodillas pidiéndole perdón de lo que había hecho, y que allí estaba su cara para pagárselo. Estuvo tanto en sí el hombre, que lo que respondió fue:

»—“Mucha merced me habéis hecho en darme por la cara esta herida, porque la señal della dende<sup>931</sup> aquí delante podrá excusarme de oír a mis espaldas lo que oí muchas veces, cuando pasaba por las calles: ‘Allí va el mayor embustero, mentiroso, que hay en esta villa’, y más vale tener esta señal que ese renombre”.

»Tanto estiman la verdad los que la profesan que sienten menos señales en la cara, no las mereciendo, que manchas en la opinión de no ser verdaderos. A las personas que faltan con su palabra castiga Dios por extraños modos; y, a veces, por el mismo camino que piensan aumentarse con dejar de cumplirla, vienen a perderse por dejar de hacerlo.

»Raro fue el ejemplo que nuestros padres vieron en el fin que tuvo la casa de los Pereiras, señores de Basto, cinco leguas desta ciudad, que, continuándose en la baronía deste apellido, si bien en sus principios llamándose Froyas desde el tiempo del rey don Alonso el Casto, como se ve de algunos nobiliarios y lo refiere el doctor Francisco de Sá y Miranda, égloga quinta, estancia primera, que dedica a Antonio Pereira, señor desta tierra, contemporáneo suyo.

»Quedando a los señores desta casa una hija sola, trataban de casarla. Enfermó el padre; y antes de murirse, como era su intento que su baronía se continuase, viéndose moribundo,<sup>932</sup> pidió a su mujer le diese por marido un sobrino suyo. Ella le dio palabra de hacerlo así; pero, enveudando, trató de casarla con otro caballero, porque este era pobre. Su hija lo sentía con extremo grande, porque era su primo hombre de muchas prendas y juntamente por habérselo mandado al tiempo de murirse su padre, so pena de su maldición casándose con otro.

---

<sup>931</sup> ‘Desde’.

<sup>932</sup> ‘murebundo’ en el ms.

»Estudiaba este caballero en la Universidad de Coímbra. El marido de la ama que había criado a esta señora le fue a dar cuenta de cómo su madre la trataba muy mal por no obedecerla en casarse a su gusto, que tratase de mandar venir dispensación y sacarla de su poder,<sup>933</sup> porque hasta su vida estaba en riesgo. Fuese él a Lisboa; y mientras mandó venir la dispensación de Roma, dio sus memoriales en el tribunal de O Pazo, haciendo mención de lo que he referido, y que por estas razones mandasen poner su prima en un convento por que con libertad dijese lo que era su gusto, si obedecer a lo que su padre había ordenado casándose con él, si a lo que su madre quería que fuese con el otro.

»Concediósele orden para que el corregidor de Guimaraes fuese a sacar esta señora de casa de su madre y depositarla en un convento. No pudo ejecutarse con tanto secreto que antes que el corregidor y él llegasen a Basto, ya su madre, desde el día de antes estaba avisada y, previniéndose para que no pudiesen topar con ella, tenía la metida dentro de un almario grande que, por estar embebido en la pared, y entapizado el aposento, cuando entró el corregidor, haciendo grandes diligencias él y sus ministros, no toparon con ella; y aunque la llamaron, a nadie respondía.

»Bajaba ya el corregidor por las escaleras cuando hubo quien le dijo adónde ella estaba. Volvió luego arriba, levantado el tapiz, abriendo el almario, hallaron sin alma el cuerpo que buscaban con vida, y con tanta hermosura que a todos pareció que estaba durmiendo.

»—«¡Señora, señora! —dijo el corregidor”.

»Y tocándola el pulso, vio que estaba helado. Fue la causa desto un pequeño brasero, que por ser en invierno y frío el tiempo, una criada suya le había allí metido. Fue tal el llanto, las voces y la revolución de la familia que allí se halló, que, saliendo de dentro la madre y entrando de fuera el primo, viendo ella la hija, y él, la que había de ser su mujer en aquel estado, sin saber lo que se hacían, se abrazaron los dos, y del mucho sentimiento cayeron en el suelo sin sentidos.

»No hubo menester agua para volverlos en sí, pues los ojos de ambos se volvieron fuentes; ella lloraba su desdicha, él, su poca fortuna; y en lugar de consolarse, cada uno se culpaba, condenando sus acciones sin condenar las ajenas. Ya quisiera él verla casada

---

<sup>933</sup> Sacar a la novia del poder de sus padres, previo pacto de los ya prometidos, era forma efectiva de alcanzar el matrimonio por amor a pesar del rechazo de la familia de ella.

con otro por no ver sin vida a quien tanto le quiso, que la perdió por quererle; y la madre, verla su mujer antes que perderla solo por estorbarlo.

»Con este trágico suceso dio fin la casa desta rama de Pereiras, señores de Basto, conservando tantos siglos antes su baronía, que es lo más estimable que hay en las familias; que el tener más o menos el tiempo lo hace el juicio de los hombres. Poco tienen aquellos que, por aumentar las ajenas, con meterlas en otras acaban las suyas. Castigos son de pecados; que, cegándolos Dios, toman el azote por su propia mano.

## CAPÍTULO VII

*Refiere Guzmán de Alfarache el banquete que le dio el canónigo de Braga, el regalo grande de la provincia de Entre Duero y Miño, y cómo el estudiante de quien era huésped, de un monte que queda sobre el río Cávado le hizo relación de lo más notable que hay en su ribera*

Como yo había visto en Madrid y en otras partes de los reinos de España la poca atención que algunos señores tienen, en ese particular, en sus casas cuando dan en hembra;<sup>934</sup> y mayormente las veudas dellas, que, teniéndola mayor a sus particulares intereses, casan su hijas con quien se les antoja, sin pasarles por la imaginación el afecto que a sus maridos deben, holgueme mucho de oír al hermano del canónigo lo que he referido, y otras muchas cosas que dejo de hacerlo por no parecer sátira lo que pretendo sirva de enseñanza. Lo que toca a muchos, no se ha de tocar mucho; doblemos la hoja.

Estoy viendo que dices: «¿Quién mete a Guzmán de Alfarache en razones de Estado? No supo gobernar su casa cuando la tenía y quiere gobernar las ajenas cuando no la tiene». Ya te lo dije más veces, y muchas te lo diré: que el acuchillado es el buen serujano.<sup>935</sup> Cuando yo era pícaro no lo entendía tanto; ahora que soy caballero, lo reconozco más:

Tapa la boca y calla,  
que en ti verás la falla.  
Déjame ser caballero,  
pues no me costó dinero.  
Mi sangre viene de godos,  
¡mangas puedo dar a todos!

---

<sup>934</sup> 'La poca atención que prestan a las hijas de la casa por su condición de mujeres'.

<sup>935</sup> 'Cirujano'.



Llamáronnos a comer, el cual con mucho regalo nos dio el canónigo:<sup>936</sup> perdices, capones, conejos, dulces excelentes y otras muchas cosas de que aquella provincia es abundante, y por la mayor parte muy regaladores los que vienen en ella. Costan las cosas poco; estimanse menos que en otras que, costando mucho, vienen a parecer los hombres avarientos, no porque naturalmente lo sean muchos dellos, sino por ser muy pocos los que pueden mostrar la liberalidad de sus ánimos; que, a donde todo cuesta cuatro veces al doble, no hay rentas que lleguen a lo que se desea. A estas llamo yo tier[r]as cortas, adonde no se puede alargar la mano, y no aquellas adonde, por más que se alarg[u]e, ni se siente la falta ni falta con qué hacerlo.

No es regla infalible, si bien proposición es de buena filosofía, que las personas que de mejores mantenimientos<sup>937</sup> se sustentan, engendran a sus hijos más gentiles de cuerpo, más hermosos de cara; y aun dicen que, por estar más bien organizados operan con más fuerza en ellos los sentidos, que son más ágiles, más fuertes, de mejor salud y de entendimientos más agudos, más a propósito para las ciencias y todas las artes liberales o sórdidas a que los hombres se inclinan.<sup>938</sup> En aquella ciudad y todo lo demás que toqué de la provincia, vi ser esto así; hasta en la plebe hay que reparar en ello en tanto que traen por adagio: «Hombres de Braga, mujeres de Guimaraes», por ser estas hermosas, blancas, ojos grandes; y esotros, gentiles de cuerpo y cara; esto es casi general en todo Entre Duero y Miño. Mucho tienen que dar gracias a Dios los que han nacido en aquella región, y poco que envidiar a quien nació en otra.

Solo un defecto noté en la nobleza y señores que allí viven, que es el no saber disimular agravios, por ligeros que sean, y a veces sin serlo; forman duelo de todo,<sup>939</sup> haciendo de los átomos gigantes para no dejar nada sin castigo y, como es propiedad de la gente plebeya, con mano poderosa vengar sus afrentas. Vanles con chismes los que no pueden tomar satisfacción dellas; y dándoles crédito los más poderosos, suelen tomar venganzas de afrentas ajenas, tomando por agravios lo que no les tocaba. Desto hay

---

<sup>936</sup> Nótese cómo aquí *comer* hace las veces de infinitivo y verbo sustantivado.

<sup>937</sup> ‘Alimentos’.

<sup>938</sup> Ya desde el período clásico se diferenciaba entre las siete artes liberales, llevadas cabo por hombres libres (gramática, dialéctica, retórica, aritmética, geometría, astronomía y música), y las artes sórdidas u oficios que desempeñaban los siervos y los esclavos.

<sup>939</sup> ‘Por pequeña cosa se sulfurán’.

mucho en aquella provincia, nacido todo de ser muy verdaderos los señores della, y por eso piensan que nadie los engaña. Tal vez en las cortes sucede lo mismo.

También les hace daño el estar lejos de sus príncipes y no ver con sus ojos lo que ellos desimulan, lo que sufren y lo que perdonan. Eso es el ser príncipes, que aquel lo es mayor que más imita a Dios en perdonar sus agravios; en eso se reconocen los ánimos generosos, grandes corazones y entendimientos grandes. Más obliga el amor de lo que enfrena el rigor. Si los príncipes y monarcas del mundo pusieran leyes de sus ofensas a cuentas de sus vasallos, ya no hubiera hombres en él ni reyes que pudieran serlo, sino de brutos y fieras. A Dios tuvo por rey nuestro primero padre; y, con darle por morada un paraíso libre de toda penalidad, quebrantó su preceto con ofensa tan criminosa que a todos nos alcanza, y que fue menester tomar carne humana, hacerse hombre, morir por nosotros para ser perdonados.<sup>940</sup>

¿Qué mucho es que los que dél descienden, puestos en un valle de lágrimas, en un sitio de desdichas y en un mar de trabajos, cual es el mundo casi para todos, no cometan errores, faltas y descuidos contra sus príncipes? No se lo alabo; el perdonarlos ellos es digno de alabanza. Fácil es al príncipe y a los poderosos castigar sus agravios; pero el que, pudiendo hacerlo, deja de ejecutarlo, ese es el mayor príncipe, ese el mayor señor, que fue señor de sí en vencer sus pasiones.

Despedímonos del canónigo, porque era ya tarde, para llevar a fray Pedro la banasta<sup>941</sup> a aquel a quien Juan Serpe la había dejado en su testamento, como he referido. No sentí poco el no ser posible ir en su compañía para ver las cartas que llevaba en ella, que tanto me había alabado por lo bu[r]lesco y gracioso, en que no necesitan de menor caudal los ingenios para escribirlas que de cordura los que las escriben de veras. Prometí de volver al otro día a aquella ciudad, de donde proseguiríamos los dos nuestra jornada. Fuímosle acompañando yo y el estudiante hasta un monte que llaman La Portela de Adaufe —«puerta» quiere decir en nuestra lengua, de donde se descubre la casa de aquel caballero a quien llevaba la banasta.

Prosiguió fray Pedro su camino; y, como aún era temprano, me llevó el estudiante a lo más alto de aquella sierra que queda a poniente, de donde se descubren las dos riberas

---

<sup>940</sup> Se refiere Guzmán, a modo de prédica, al pecado original de los primeros padres, Adán y Eva, con que cada hombre nace y que solo se borra con la purificación del sacramento bautismal, en virtud de la Redención de Cristo que, solamente hecho carne, obtuvo nuestra salvación brindándonos su muerte.

<sup>941</sup> 'Para que fray Pedro llevara la banasta a aquel...'.

que hacen los ríos Cávado y Homem, y después en cuerpo, quitando a esotro el nombre, se entra en el océano cinco leguas de allí, como te he referido. Hizo que me sentase en una peña, que allá dicen *penedo*, y sentándose a mi lado, me preguntó:

—Diga vuesa merced, señor don Juan, ¿son lo que ve montañas o jardines? ¿Ha visto otra ribera como esta? Sin pasión me lo diga para desengañarme; que, pues ha visto tanto, nadie con más fundamento podrá hacerlo.<sup>942</sup>

Cierto que tenía razón en hacerme esta pregunta, porque es una ribera o valle que se dilata por espacio de cinco leguas de largo, y en partes dos de ocho, todo de tierra llana, poblada de árboles, y estos de parras, que cercan muchos campos; que todo junto imita un dilatado jardín, y en él hace punto el medio de la provincia de Entre Duero y Miño, de donde a este y a esotro río, a la parte del sur y a la del norte, se cuentan nueve leguas, que son las diez y ocho que de longitud tiene aquella región. Descúbreanse de allí más de ochenta parroquias, que algunas fueron y son monasterios antiguos de la orden de San Benito y San Bernardo. Muchas torres y solares de ricos-homes<sup>943</sup> y familias ilustres, que antes que Portugal fuese reino, en tiempo de los reyes de León, y antes, y después de haberlos en aquella Corona, se edificaron. Los lugares son tan bastos, y tantas las aldeas y tan cubiertas de arboleda, que ni dan lugar a los ojos para numerarlos ni a la pluma este papel para escribirlos.

Después de haber estado suspenso un poco, mirando aquel vivo retrato de la primavera, que por su mano había pintado naturaleza más que el arte, dije sin lisonja alguna al estudiante lo que entendía, de que él quedó muy pagado; y por no deberme nada, me fue explicando lo que todo era con breves razones en la forma siguiente:

—Aquellas sierras asperísimas, cuyas faldas baña este río Cávado, se llaman El Jares, que, como entre los tártaros y chinos, puso naturaleza en los portugueses y gallegos

---

<sup>942</sup> Señala Gerhard Moldenhauer en su primera transcripción del texto para la *Revue Hispanique*, que sigue este pasaje la estela de *El diablo cojuelo*. Guzmán es conducido a este penedo como el propio don Cleofás, desde donde transmite al lector su visión cenital de paisajes y gentes. Si bien este recurso sirve a M. da Silva para dar testimonio de la magnificencia de su tierra natal y la amplitud del Duero que por ella discurre, el tono de la obra de Guevara se presenta bien diferente: «...otro día le enseñaremos el río de Manzanares, que se llama río porque se ríe de los que van a bañarse en él, no teniendo agua; que solamente tiene regada la arena y pasa el verano de noche, como río navarrisco, siendo el más merendado y cenado de cuantos ríos hay en el mundo». Vélez de Guevara, 1984, p. 154.

<sup>943</sup> «Rico-home era más que caballero, pues los caballeros para ser acrecentados en honra y dignidad, los subían a ricos-homes, como es cosa notoria por todas las corónicas, sin que haya menester que se pruebe. Duró el estado de rico-home en Castilla hasta el tiempo del rey don Pedro. Después, el rey don Enrique comenzó a dar títulos de condes, y otros así, y fuese perdiendo este título hasta que no se hace dél ya mención en las corónicas». Cano, 1793, p. 75.

por muralla. Está poblada de fieras, y mucha parte della impenetrable a los hombres, que, por sus muchos riscos, corren grande riesgo los que lo intentan, como ha sucedido en muchas ocasiones despeñarse muchos que lo intentaron.

»Aquella grande iglesia que vuesa merced ve bajando de la sierra, en los tiempos pasados, fue convento de la Orden de San Bernardo, en el cual el mismo santo estuvo quando vino a este reino y volvió a Francia; hoy es célebre templo de Nuestra Señora de la Abbadía, que administran los mismos religiosos de aquel convento que está más abajo, a que llaman Bouro. Es imagen de prodigiosísimos milagros; y es tan grande el concurso de gente que en el mes de agosto va a vesitarla, que por más de tres días van las estradas tan llenas de hombres y mujeres que en algunas partes unos a otros embarazan el paso, y por todo el discurso del año son tantos los devotos que allí concurren, que es casi imposible el numerarlos.

»Aquella tierra que vemos desotra parte del Cávado llaman San Juan de Rey; es de los Azevedos,<sup>944</sup> que en los tiempos antiguos fueron señores de Aguiar y Pena; hoy lo son della y de Tierras de Bouro, que es un concejo que por el nombre parece haber sido aquel convento de quien hoy es el *couto* que llaman de Santa Marta, cuya iglesia también ha sido monasterio.

»Entre San Juan de Rey y el término desta ciudad de Braga, toca en este río la tierra de Lañoso. Fue en tiempo de los reyes de León de don Osorio, de quien proceden los marqueses de Astorga; y en este reino, los Vasconcelos, los Ribeiros, los Alvelos, y por hembra los Machados, en cuya casa está el solar de la torre que edificó don Osorio, que desde Martín Martínez Machado, su bisnieto,<sup>945</sup> lo fue de los deste apellido, que hoy son señores de todas estas tierras que vemos entre estos dos ríos Homem y Cávado, y

---

<sup>944</sup> Esta exhaustiva descripción de las nobles familias de la zona sirve como excusa para intercalar entre las principales de ellas a la del propio autor. La vida ejemplar de Manuel Machado de Azevedo, señor de Entre Homen e Cávado y bisabuelo de Félix Machado, fue narrada por este en una semblanza que pretendía servir como modelo de educación para su propio hijo, el infante Francisco Machado da Silva, que muere prematuramente a la edad de catorce años. Esta *Vida y Muerte de Manuel Machado*, escrita alrededor de 1651, fue llevada a imprimir por el propio Félix Machado en 1660. Reza la portada de dicha edición: «Vida de Manvel Machado de Azevedo, señor de las casas de Castro, Vasconcelos, y Barroso, y de los solares dellas, y de las tierras de Entre Homem y Cávado, Villa de Amares, comendador de Sousel, en la orden de Auis. Por el Marqués de Montebelo, Félix Machado de Silva, Castro, y Vasconcelos, comendador de san Iuan de Conceiro, en la orden de Christo, su bisnieto, y sucesor de su casa. Escrivíase a don Francisco Machado de Silva, su hijo, para que la imitasse, como imitó, hasta acabar la philosophía, a la edad de catorce años y medio, en la qual fur Dios servido de llevarle para sí. Oy se da a la estampa para que estas dos vidas sirvan de dos espejos a don Antonio Machado de Silva y Castro, último hermano de seis que tuvo».

<sup>945</sup> Además de todas estas referencias, la ingente cantidad de datos que aporta el *Memorial del Marqués de Montebelo* da cuenta del afán de investigación historicista y genealógico del autor de la presente obra.

dellos toman su nombre. Viven en aquel castillo que está en medio dellas; es obra de romanos a que el vulgo llama O Castro; edificole Crastino, general del emperador Julio César, enviado por él a la conquista de Galicia; hay autores que dicen que deste vienen los Castros, y en la torre una piedra con letras en que se lee: “Crastinus edificavit”.<sup>946</sup>

»Otros muchos solares hay en estas tierras de familias ilustres y nobles apellidos; el de los Vasconcelos, el de los Riveros, el de los Pereiras do Lago, uno que fue de los Fafes, que llaman Sequeiros, de donde vienen los deste apellido, y se afirma también venir los de Sequeira, y todos estos proceden de ricos-homes. En aquel valle que hace frente a San Juan de Rey está la torre de Outeiro, que fue adonde el rey don Ramiro, el tercero de León, tenía su hermana doña Hermesenda, de la cual tuvo y nació allí el infante don Belloso, progenitor de los deste apellido, y otros que dél descienden, como puede verse de los nobiliarios deste reino, además de la constante tradición que de nuestros mayores recibimos.

»Aquel templo que aparece en aquel bosque es de Nuestra Señora de la Guía, imagen de grande devoción, que allí puso Francisco de Sá de Meneses<sup>947</sup> sacándola de otra ermita que hay en el jardín, fábrica de su abuelo Francisco de Sá de Miranda,<sup>948</sup> el poeta tan conocido en este reino por su sangre como estimado en todos por sus obras. Tiene su sepultura en aquella iglesia, que llaman Carrecedo, que en los siglos pasados fue convento de monjas, y en los de gentiles allí daba fin la estrada de la Geira.

»Aquellas dos torres que vuesa merced ve más cerca del río Homem son del monasterio de Rendufe, uno de los primeros que hay de la Orden de San Benito en esta provincia. Esto es lo más notable que hay en las tierras de Entre Homem y Cávado. Esotras que confinan con ellas, que divide el Homem, son las de Regalados; y señores dellas, los Abreus, una de las primeras familias deste reino, que toca a la mayor parte de las que hay en él y a algunas de Castilla. En los tiempos pasados fueron señores de otras muchas tierras, castillos y condado de Valadares, que hoy es de los marqueses de Villareal, duques de Camiña.

---

<sup>946</sup> A las afueras de Braga y aún en pie, era el Castillo do Castro la residencia de Félix Machado.

<sup>947</sup> Cuñado del abuelo de Félix Machado era Francisco de Sá de Meneses (1600-1664), célebre poeta portugués autor del poema épico *Malaca Conquistada*.

<sup>948</sup> Francisco Sá de Miranda (Coímbra 1481-Amars 1558) fue un poeta y dramaturgo portugués que escribió en castellano y en su propia lengua. Fue considerado el introductor del Renacimiento en Portugal. Su obra ha de compararse con la de Juan Boscán y Garcilaso. Dejan constancia de su estrecha relación con Manuel Machado de Azevedo, bisabuelo del autor, los poemas que ambos se intercambiaron, como así consta en la obra de Machado da Silva *Vida de Manuel Machado de Azevedo*.

»Todo paga al tiempo su pensión, al paso que unas casas crecen de rentas y señoríos, otras se desmenuyen, no los desmereciendo ellas. Acidentes son de la fortuna, que, adonde pende su rueda, lo arrastra todo; pero aun así están de mejor condición las casas de los señores que, habiendo sido grandes, minoraron de estados, que aquellas que, no siéndolo, subió en breve término su dicha a la mayor grandeza. Los edificios antiguos con cimientos grandes, aunque padezcan las ruinas del tiempo, en poco tiempo se reedifican;<sup>949</sup> pero los modernos que sobre una débil tapia se levantan, cuanto más alto suben, es más irremediable su caída.

»En esas mismas tierras de Regalados, delante de los ojos tenemos el ejemplo. Fábrica ha sido de naturaleza esa montaña alta que a la parte del norte de aquí estamos viendo. Todo aquello llaman la Ribera de Homem; en este río daba fin un arroyo que corría a las faldas de aquel monte blanco que a la vista ofrece; eran sus cimientos de una tierra barrienta y arenisca, pendía sobre ella media legua de peñascos y tierra áspera, en medio de la cual o poco menos había un lugar de treinta vecinos que llamaban Cabaniñas. Pocos años ha que una víspera de San Andrés mataron todos sus puercos, y dice el vulgo que lo hicieron en un día por no convidarse los unos a los otros, pudiendo muy bien ser por comodidad propia para que deste modo quedase a cada uno con qué pasar el año y no comerlo todo en muy pocos días. Fue el de San Andrés de grande tempestad. Dicen que por causa della, y estar lejos de allí la parroquia de Baldreu, de que eran feligreses, se quedaron sin misa aquel día, que fue el del juicio para ellos. ¡Miseria grande, lamentable dolor! ¡Caso jamás visto en esta región!

»Fue la avenida del arroyo tan grande, y tan débiles los cimientos de aquella sierra que desde el principio del mundo había puesto allí naturaleza, que Cavados, de la agua, se partió por el medio, y dando sobre el lugar de Cabaniñas, le llevó al arroyo y de allí al río Homem, distancia de media legua, de donde aquel monte comenzó a partirse; y con ser caudaloso,<sup>950</sup> y en aquella ocasión mucho más por respecto de la mucha avenida, detuvo su corriente tanto tiempo que, haciendo una grande balsa, por muchas horas no corrió el río, cuyo ímpetu después fue descubriendo aquí los cuerpos, allí las cabezas, acullá las piernas y brazos de hombres, mujeres, niños, que de sus camas en que estaban durmiendo, pasaron las almas al lugar que Dios les tenía destinado. Fue tan horrendo el

---

<sup>949</sup> 'reedefican' en el ms.

<sup>950</sup> 'caudaloso' en el ms.

caso que, desde que sucedió a esta parte, mandaron añadir en las cartas de excomunión que los que ocultaren o no restituyeren lo que hurtaron sean subvertidos,<sup>951</sup> como fue Sodoma, Gomorra y los de Cabaniñas, ¡tan notable fue el suceso que dio motivo a esto! Cerca de cien personas perecieron allí, y solo una vieja, que vivía en lo último del lugar, hallaron después viva en su misma casa, que a fuerza de brazo sacaron debajo de la tierra.

»Pues, señor don Juan, si las fábricas de naturaleza, tan rara arquitecta como su autor la hizo, por falta de cimientos, están sujetas a ruinas semejantes, ¿qué firmeza, qué duración, qué seguridad puede haber en las de los hombres que de un día a otro hacen suntuosos palacios, amontonan riquezas empobreciendo a muchos que las tenían hereditarias de sus abuelos, y a veces a sus príncipes que, formándolos del polvo de la tierra, los sacaron de la miserable pecina,<sup>952</sup> solar en que habían nacido ellos y sus mayores, y sin atender a tan singulares beneficios, a la necesidad les hacen ver la cara poniendo a sus vasallos en la mayor miseria?

»Si lo bien adquirido muchas veces se acaba, consume y desvanece, lo que es deste modo, ¿cómo ha de ser durable? Jamás podrá faltar un pequeño arroyo, que, con las avenidas de los temporales o accidentes del tiempo, venga a ser un gran río; que, escarbando a sus cimientos la arena, a su firmeza el barro, dé con estas estatuas de Nabuco en tierra,<sup>953</sup> abriéndose los montes para que sus peñascos sirvan de túmulos a sus sepulturas. Mejor estoy con lo bien adquirido, aunque se atenúe, que con lo que mal se adquiere por más que se amontone.

»La vista de Cabaniñas me llevó a los palacios. Aquella torre que vemos a parte esquierda de la ruina del monte llaman O Pazo de Ouriz; que fue de don Ourigo, caballero ilustre en los tiempos antiguos. En el valle más abajo quedan otros dos solares: la torre de Outeiro uno,<sup>954</sup> otro llaman Lameiro; son dos quintas muy antiguas. Dice la tradición que fueron de doña María Pérez Gravel, segunda mujer que fue de don Pedro Rodríguez de Pereira, de cuyo matrimonio fue hijo mayor don Pedro Homem, que heredó aquellos dos solares; que, por estar en la ribera de Homem, dejó por este el apellido de su baronía; fue

---

<sup>951</sup> ‘sovertidos’ en el ms.

<sup>952</sup> *Pecina*: «Cieno negruzco que se forma en los charcos o cauces donde hay materias orgánicas en descomposición» (*DLE*).

<sup>953</sup> En el sueño de Nabuconodosor, rey de Babilonia, se le aparecía a este una estatua con cabeza de oro, pecho y brazos de plata, vientre y caderas de bronce y piernas de hierro, pero cuyos pies de barro causaban su derrumbe, como demostración de lo efímero de los bienes materiales del mundo.

<sup>954</sup> «Padre de don Pedro Oura, abuelo de D. de Aboin, rico home.» Reza la glosa marginal en el ms. p. 532.

su hermano segundo don Gonzalo Pérez Pereira, el grande comendador de España en la Orden del Hospital; así se llaman nuestros nobiliarios.

»Aquella torre que queda a parte de poniente es un solar (llámanla del Moro) que fue de Gonzalo Esteves, hijo de Esteban de Aboin, nieto de don Pedro Ouríquez, bisnieto de don Ourigo el viejo de Nóbrega, que es el mis[m]o que tengo referido. Deste solar vienen en este reino los de apellido Moro, no por serlo, sino por el solar que en la pérdida de España debía edificar alguno que lo fuese, como la tradición dice. Aquella torre más vecina suya llámanla de Sande, fue de caballeros deste apellido. Cerca de Guimaraes hay otra que es el solar dél.

»Por detrás de aquel monte eminente a la parroquia y solar de Barros, queda el couto de Gomi, de que también lo es de los deste apellido. Un N. Gomes dice la tradición que tuvo allí solar y le dio este nombre; no se halla en los escritos, si bien puede colegirse que podría ser de la familia de los Abreus, en la cual por tan dilatados años anteponen a su apellido el patronímico de Gomes, y parece tener fuerza de apellido, como en Castilla en los de Sandoval.

»Esta torre que queda más en el medio de Regalados es la casa adonde siempre vivieron los señores de aquellas tierras; llámanla Concieiro, por llamarse así la parroquia que vemos cerca della. En el tiempo antiguo fue convento de la Orden de San Benito, hoy es encomienda de la de Cristo. A la falda del monte eminente a ella queda Liñares, solar antiguo fue de don Abril Pires de Liñares, y no de Lumiaz, como erradamente anda escrito en algunas copias del conde don Pedro, hijo del rey don Denis. Aún hay allí propiedades que hoy llaman de don Abril Pires. Fue este caballero casado con hija del señor del Solar de Barbosa, dos leguas y media del de Liñares; que, habiendo sido de los de Barros en nuestro tiempo, vino a parar en otros del apellido de Sosa.

»En aquella iglesia que está más cerca de nosotros hay grandes ruinas, adonde llaman O Pazo de Lañas, casa tan antigua que no se sabe quién hizo aquel solar, cuyos vestigios dan testimonio de ser grande señor el que le edificó; que fuese en tiempo de los reyes de León es cosa indubitable, que a ser en los deste reino siempre se hallaría alguna memoria en nuestros escritos. Si a la vulgar tradición habemos de dar crédito, la que hay de nuestros mayores es que aquel palacio y solar fundó un caballero descendiente de Laín Calvo, que por usar del patronímico Láinez, dándole su renombre, con poca corrupción vino a llamarse después la feligresía y el solar [de] Lañas. Fue en nuestro tiempo de los



señores de Regalados; hoy está en descendientes de su casa por hembra,<sup>955</sup> que se llaman Sousas, Silvas, Barretos y Meneses, siendo su baronía la de Magallanes, señores de las tierras de la Nóbrega, que parten con estas. Tanta desatención hay en algunos caballeros desta provincia y reino, que, desestimando lo propio, siendo tanto, por diferenciarse de apellidos y no precetos de mayorazgos que los obliguen, toman los de sus madres y abuelas, no se honrando más ni les tocando tanto. Diferente lo entienden en otras partes de Europa, adonde las mujeres toman los de sus maridos; y sus maridos, los de sus mujeres, siendo señoras de casas de que ellos van a serlo. Tan dignos son estos de alabanza como esotros de vituperio.

»Esas dos torres que quedan más abajo a parte de poniente se llaman las de Gege; fueron de caballeros del apellido de Pereira que llamaron de Gege, de los cuales por hembra descenden algunos títulos deste reino. Más cerca al río Homem queda el couto de Sabaris, que está en las mismas tierras de Regalados; hay ruinas antiguas en él. Dicen que fue de un caballero descendiente de godos que llamaron don Sabariguo, del cual hay memorias en el convento de Rendufe; y deste fue descendiente otro caballero, de que trata el conde don Pedro, a que llamaron Fernando Sabaréguez o Sabaríguez, que algunos quieren que este fuese Pedro Fernández de Cambra, pudiendo ser su hijo, como del patronímico parece, y llamarse de Cambra por ser señor de Cámara de Moure, que parte con las tierras de Regalados, a la cual tierra aún llaman hoy los labradores Cambra de Moure. Esto es lo más en que puede repararse destas tierras de Regalados.

»Aquella casa antigua que vemos [a] poca distancia de donde estos dos ríos se juntan es el solar de Barbudo, que con error grande anda en algunas copias del conde don Pedro, viciado su nombre, llamándole Barundo, apellido que no hay ni hubo nunca en este reino. Fue este solar de Suero Gonzalo Pérez de Belmir, nieto de Pedro Suárez de Belmir, que por otro nombre dice llamarse Pedro Toris, siendo la causa desto estar la parroquia de Toris vecina a la de Barbudo; de los casamientos de su hijo mayor en Riba de Vizela, tres leguas de allí, y del de doña Teresa Suárez, hija del mismo Suero Gonzalez de Barbudo, con Abril Pires de Quintela en las tierras del Regalados, que tuvo su solar junto a Liñares, una legua del de Barbudo, y nieta de doña Constanza Suares, mujer de Juan Rodríguez de Vasconcelos, solar que, como he referido, está en Entre Homem y Cávado, una legua desotro; y Juan González de Barbudo, hermano segundo de Suero

---

<sup>955</sup> Hoy diríamos que ‘pertenece a los descendientes de su casa por parte de la mujer’.

González de Barbudo, casó con doña Estefanía Pérez, hija de don Pedro Ourigues de Nóbrega, tierras que, como tengo referido, parten con las de Regalados.

»Poco tendrá en dudar quien tocando estos con las manos, como con los ojos lo estamos viendo, que esto de Barundo fue una barahúnda de escritores que otra familia diversa de los de Barbudo, pues se ven tan vecinos los solares adonde casaban los caballeros della. Que en libros que no se dan a la estampa, cuando son de historia que quieren que tengamos por verdadera, se deslice la pluma con alguna desatención puede perdonarse a los autores dellos mientras no los emprime[n] ni salen a la luz para que todos los vean; pero en aquellos que la malicia de unos y la envidia de otros quiso quitar a estos y añadir a esotros lo que les pareció, por cuenta del que los publica corre sus defectos; y de los que los leen, el hacer reparos en lo que les tocan; que al que pica la avispa, pica; la mancha de la mora, la verde la descolora.

»Aquel lugar que vemos es la villa de Prado. Cuando esta provincia era parte del Reino de León, en ella tuvieron su primero solar los deste apellido, que hoy le tienen en ese reino en otra villa del nombre desta. Debían darle en su memoria, no a Castrojeriz de la casa de Castro, que de aquí vemos, que en los tiempos pasados se llamó Castro Geiris, por parar en ella la estrada que llaman de la Geira que hicieron los romanos, como tengo referido. Traen su baronía los del Prado de un rey de León, y esto dicen los autores castellanos; que al traerla de doña Blanca, hija del rey don Alonso de Portugal, señora de las Huelgas de Burgos, fue testimonio que levantaron a esta infanta, por ser mucho más antiguo que ella Martín Díaz de Prado, que fue contemporáneo del emperador don Alonso el sétimo, rey de León y Castilla. Véase en su crónica, capítulo XLV, por fray Prudencio de Sandoval. Otros muchos solares hay en la tierra de Prado y casas antiguas que fueron de caballeros del apellido de Suares, Sosas, Alvins y la quinta de Formaris, solar de don Formarigo.

»Aquella torre que queda más abajo en el coto de Azevedo es el solar de los deste apellido; conservan su baronía los señores della, que es la mayor fortuna de las familias. Detrás de aquellas sierras que a sus espaldas quedan, está el antiguo castillo de Faria y solar de Neiva; en los tiempos antiguos fue condado; en esto descenden de uno y otros muchos caballeros y nobleza con los dos apellidos.

»Vase haciendo tarde para llegar al mar la relación que hago; volvamos la vista desotra parte de Cávado.

»Aquel monasterio es el de Tibains, cabeza de la religión de san Benito en este reino. Aquella de placer que queda más hacia nosotros es la quinta de Semelle; hoy es de los arzobispos desta ciudad, y en los tiempos antiguos fue en solar de los Pimenteles, que allá en Castilla son tan grandes señores. Esta tierra que está abajo de donde estamos se llama Palmeira; fue de los Pereiras Foriazes, familia muy ilustre entre las deste reino.

»Basta, señor don Juan, lo que he referido. Vámonos a Braga, que es muy corto el día para decirlo todo.

## CAPÍTULO VIII

*Hace relación Guzmán de Alfarache de las notables virtudes de la aguarrás.<sup>956</sup> Salen de Braga él y fray Pedro, pasan por San Fructuoso y la villa de Prado. Llegan a Viana, son huéspedes de Manuel de Fonseca, ingenio raro; y de allí se van a la villa de Camiña, último término del Reino de Portugal*

Llegamos a la ciudad ya de noche; y como la casa era de estudiante, no faltaron otros que viniesen a verle. Traían consigo mozos de buen gusto y de muy buenas voces, que, con sus instrumentos tocando gentilmente, cantaron lindos tonos.

Reparé más en uno, que, al fin de dos en dos cuartetos, era su estribillo:

Ya se murió el prestar,  
que le mató mal pagar.

Discurrían ellos por todos los estados de personas a quien se prestaba, graduando a cada una la mayor o menor confianza que della se había de hacer. Grande compasión tuve de oír, que, comenzando por la gente plebeya, desta a la más alta en calidades, hacienda, señoríos y estados, iban siempre dismenuyendo el crédito que de los tales había de tenerse. Eran las razones que para esto daba el autor de las coplas, que, cuanto más grandes eran las personas, queriendo ostentar más su mayor grandeza, esa era la causa de su mayor ruina y no pagar a nadie lo que les prestaban.

Cuanto más alto es el puesto a que Dios sube los hombres, en tanta mayor obligación los puso de cumplir sus palabras, sus escrituras y sus promesas. Tal está el tiempo que los de menos obligaciones son los que más obligan para que les presten; y tan divertidos los caballeros y grandes señores que de su descrédito hacen caballería, y sus caballerías, con faltarse a sí, son faltar a todos. ¿En qué estriban los tales de su grandeza,

---

<sup>956</sup> ‘Aguaraz’ en el ms.

pues, cuando quieren, no pueden, y cuando pueden, no quieren? «Ya se murió el prestar, / que le mató el pagar»,<sup>957</sup> decía el estribillo de su copla.

Estrañose mucho darse en aquella ciudad un fuero de fidalgo a un mercader, con ser hombre honrado; y como la envidia hace su efecto, amaneció en su puerta un rótulo que decía: «¿Quién os hizo caballero?». Como pasasen muchos por la calle y lo leyesen todos primero que él, cuando llegó a verle, parecióle mejor responder al mote, pues estaba público, que quitarle de allí mostrándose agraviado. Y fue tal su respuesta: «Mi verdad y mi dinero». Allí la dejó estar algunos días, y en muy pocos vino a parecer justo a los ciudadanos lo que habían condenado tanto.

Madre es de la justicia la razón; a quien tiene esta de su parte, estale debido concedérsele esotra. Verdad y dineros hacen caballeros; quien no sabe hablarla y no sabe darlos no piense que lo es ni que podrá serlo. Los que hizo Dios y el tiempo, por más que la fortuna se les muestre avarienta, con que ellos no lo sean, no dejarán de serlo. No hay duda que el tener conserva la estimación de las familias, como el retener la atrasa, aun en las más ilustres, si se dejan llevar de la avaricia. Era el mercader hombre bien nacido sin defecto alguno en la limpieza de su sangre, como lo son todos los de aquella ciudad; en tanto que, como si fuera acto positivo,<sup>958</sup> si pretenden colegios o religiones hijos de mercaderes de Braga, los tienen por limpios de toda mala raza; y a donde en ellos hay esto, ¡cuál será la nobleza! Hasta la misma tierra de Entre Duero y Miño apretada en la mano echara sangre noble. Así lo juzgué y lo juzgarán todos los que observaren la grande multitud de torres, casas antiguas y solares que hay en aquella región, advirtiéndolo también que es rara la parroquia que no tenga ruinas o lugares adonde llamen *o pazo*; y algunas, dos y tres; y que este nombre de palacio ni entre los antiguos ni entre los presentes se dio ni da sino a casas de grandes caballeros o ilustres señores.

Al otro día fuimos a oír misa a Santa Ana; y al salir de la iglesia, vimos que en la alóndega,<sup>959</sup> que le queda enfrente, arrimada al castillo, se juntaba más gente de la que allí concurre. Llevándonos la curiosidad a ver lo que era, hallamos un italiano, con un aparador delante de sí lleno de muchos botes, vasillos de letuarios,<sup>960</sup> triacas y otras

---

<sup>957</sup> ‘Ya se murió el emprestar, que lo mató el malpagar’. (*Correas*).

<sup>958</sup> ‘Positivo’.

<sup>959</sup> ‘Alhóndiga’.

<sup>960</sup> *Electuario*: «Medicamento de consistencia líquida, pastosa o sólida, compuesto de varios ingredientes, casi siempre vegetales, y de cierta cantidad de miel, jarabe o azúcar, que en sus composiciones más sencillas tiene la consideración de golosina» (*DLE*).

redomillas para curar todos los venenos, enfermedades, heridas, achaques, a que después del pecado de Adán quedó sujeto el género humano. Con una larga arenga estaba él explicando la virtud de cada cosa de aquellas que apuntaba con su varilla.

Con grande atención le escuchaban todos; pero como en Italia hubiese yo visto a muchos de aquellos pasar de parte a parte los brazos con cuchillos y beber toda la sangre de un sapo y otros diferentes venenos y al otro día mostrarse buenos y sanos para que la evidencia del efeto de lo que vendían alargase los ánimos a contribuirles los excesivos precios que por todo llevaban, hice muy poco caso de todo aquello, hasta que, acabando él su plática, vi que en un breve instante, por unas redomillas muy pequeñas que apenas llevarían media onza de agua, dándole por cada una un real de a ocho, juntó más de sesenta. «Grande oficio perdí en mis mocedades», dije yo viendo tal. Agua del sol era lo que pedían los que las llevaban.

Como yo ignorase que hubiese agua de aquel nombre, lo que sucedía a muchos que allí se hallaban, entendiéndolo él, hizo relación della y de sus virtudes en esta forma:

—Hay unos árboles allá en las antípodas que la gentilidad dedicó al sol, como sus rayos dél son sus hojas dellos. Dando con un hacha golpes en su tronco, sale un licor grueso, del cual, destilado, se saca esta agua, cuya sutileza es tanta que para detenerse en estas redomillas, no será posible sin taparlas con cera. Sus virtudes son raras y casi prodigiosas por el breve término en que hace sus operaciones.

»Al que sucediere dársele alguna herida por la cara, si con brevedad luego echare algunas gotas desta agua en ella, y, si fuere grande, dándole puntos muy sutiles, cubriendo toda aquella parte que recibió el daño con hilas muy mojadas en clara de huevo y otra parte igual desta agua, muy batidas, y sobre esto estopas revueltas en lo mismo, de modo que no se seque, por espacio de doce horas o pocas más, antes de veinte y cuatro estará cerrada, sin hacer materias ni acudirle humor que le ofenda; y volviendo a mojar lo que se pegó a la herida solamente, repetirán la cura; y cortando los puntos en la tercera, con pocas más que le hagan, quedará de modo ajustado el golpe que, tanto que se le quite el encendido, no se verá por dónde tuvo aquella herida.

»Lo mismo sucede en todas las que no fueren penetrantes, por más grandes que sean; y en la cabeza, como no lleguen a romper el casco, con trasquilar un dedo de una y otra parte de la herida, dándola los puntos que son necesarios para juntarla, a las veinte y

cuatro horas totalmente sana; si bien, para que no vuelva a agravarse, siempre será más seguro repetirle las curas, como en las otras tengo advertido.

»Para las roturas de brazos o piernas es cosa admirable el efeto desta agua mezclándola con los demás ingredientes que usan los algibistas<sup>961</sup> y serujanos en tales casos; porque como su natural es de divertir al humor que acude a la parte que ha recibido el golpe, con mucha más brevedad viene a soldarse el hueso, y en muchos menos días se cura el enfermo.

»Si a los que por causa de humor frío maltrata algún dolor intenso en los brazos o piernas,<sup>962</sup> como a muchos sucede hacerlos levantar de la cama estando sin dormir una y muchas noches, fregando la parte que les duele con esta agua caliente a fuego manso, y revolviendo la pierna o brazo en cualquier cosa de lienzo, bien caliente, se mitiga el dolor; y a dos o tres veces que esto se hace, vienen a quedar sanos, no siendo humor gálico, y aun en ese suele muchas veces servir de grande alivio.

»Muchas virtudes más tiene esta agua del sol. Cuando las mujeres padecen mal de madre,<sup>963</sup> obra con raro efeto; quítasele luego en menos de dos horas. Calentándola<sup>964</sup> en cosa vidriada, a fuego manso, como en el rescoldo, con untar el ombligo, fregándole mucho con ella, poniendo en él un poquito de lienzo mojado en ella, también caliente, y encima dél otro mucho más grande, o una servilleta que no vaya fría, abrigando todo muy bien con las manos; repitiéndose esto por dos o tres veces, en muy breve término quedan buenas y sanas, aunque estén en el último trance de la vida. Así lo ha mostrado la experiencia en algunas que, estando ya desahuciadas de los doctores, al volver a verlas las hallaron sanas.

»Suele también ser de grande utilidad si, cuando comienzan a picar los sabañones, se friegan con ella noche y mañana; y para esto la más gruesa y de más años hace más efeto, y mucho más un parche de trementina de beta.<sup>965</sup>

---

<sup>961</sup> *Algebrista*: curandero que se ocupa especialmente de los huesos dislocados.

<sup>962</sup> [...] «Para conocer si es del humor frío, que es el más ordinario, entonces se siente pesadez en la cabeza; y al estirarse la frente, y las sobrecejas, suenan los oídos como zumbido; los sentidos se entorpecen, la voz se oscurece por las narices, como de gangoso». Esteyneffer, 1712, p. 237.

<sup>963</sup> *Mal de madre*: «Afecto que se causa de la substancia seminal corrompida, o de la sangre menstrual, que elevándose a la cabeza toca en el sistema nervioso y causa diferentes accidentes de mucho cuidado. Llámase también pasión histérica.» (*Autoridades*).

<sup>964</sup> ‘calentándola’ en el ms.

<sup>965</sup> Especie de resina utilizada en emplastes.

»Cuando en la pintura quieren imitar algún velo o cosa transparente, como un nublado o camisa, que se vea el desnudo de la figura, o arrojar atrás las del segundo y tercero término por su desminución con más o menos fuerza para que no parezca estar todas presentes, con un baño sutil del color que más imita el campo sobre que están pintadas las historias, mezclado con esta agua, se imita más el natural que de otro modo alguno.

»Las manchas de aceite o de otra cosa grasa que caen en los sombreros y vestidos de lana o seda, como sean negros, se quitan con esta agua, si es de aquel mismo año y no de mucho tiempo; mojándose con ella la mancha, pondrán del revés lo que está manchado sobre un brasero, hacia arriba el derecho, de modo que ni tueste<sup>966</sup> ni deje de calentarse bien, y de manera que vean salir el vapor de la agua, que por su sutileza arrebatada consigo el aceite o el graso de que fue la mancha, aunque fuese de cera o de otra cosa semejante que no sea salada.

»Estas son las virtudes del agua del sol —dijo el italiano—; quien quisiere usar della, darélas de molde, como hago a todos los que, después de haber hecho experiencia, no se contentan con una, sino con docenas destas redomillas.

Toda la noche de antes no nos había dejado dormir la ama del estudiante, dando voces y regüeldos, de manera que, a ser en casa de herrero, excusara fuelles.

—¡Ay de la mal curada! —decía ella—. ¡Jesús sea conmigo! ¡Oh, traidora infame, que me ahogas!

Y trecientas cosas más que acostumbran decir las que de sus madres, aunque las tengan en la sepultura, se quejan.

Para hacerla un regalo, compré una redomilla y receta de aquella agua, que al pie de la letra es la que te he referido.

Fuímonos a casa. Y antes de dársela, para ver lo que era, quitándole la cera con que venía tapada, vi ser aguarrás, que es la que usan los pintores; la cual, hallándome yo en la ciudad de Cuenca, vi destilar de la resina que cogen de los pinares, a que aquel italiano llamaba árboles de sol que había en las antípodas, cuyas hojas parecían rayos. Di la redomilla al ama, que se halló luego buena; y me acordé que muchas de las cosas referidas había visto obrar en Italia con el aguarrás, y por ser verdaderas las refiero.

---

<sup>966</sup> ‘toste’ en el ms.



Aquella tarde volvió a Braga el padre fray Pedro con muchos regalos que le dieron en casa de aquel caballero a quien había llevado la banasta de Juan Serpe. Preguntándole yo lo que iba en ella, «Grandes cosas», me dijo él, «y tales son ellas, que materia queda a aquellos señores para entretenerse muchos días».

Al otro por la mañana, despidiéndonos del estudiante, nos fuimos a oír misa al convento de San Fructuoso de capuchinos, un cuarto de legua de aquella ciudad, edificio antiguo.

Mucho nos regalaron, pero mucho más me edificó la alma ver el modo y rara humildad de aquellos religiosos, por parecerme que en cada uno dellos vía un vivo retrato de san Francisco. Aquella desnudez de toda ficción, aquel recibir a todos en la alma sin ningún misterio, sin ningún resabio, en algunos religiosos lo he visto, pero en aquel convento parece que quiso Dios comonicarles, como a la piedra imán, la gracia atractiva de los corazones de quien los comonica.

Haciendo yo este reparo, lo dije a fray Pedro y le confesé, como verdaderamente era, que en toda mi vida había tenido más forzoso impulso de hacerme religioso que en aquel convento, y que si, como iba, viniera de vuelta de Santiago, sin duda ninguna me quedaba allí para acabar la vida entre hombres tan santos.

—No se espante vuesa merced —me respondió él—, que lo que a vuesa merced sucede ha sucedido a muchos que tomaron el hábito en este convento viniendo solo a verle y con bien diferente propósito, pues en un instante, aborreciendo al mundo, fue san Francisco el tercero para enamorarlos de Dios; y así no es mucho que, siendo vuesa merced tercero de san Francisco, le pague con la moneda que en este convento corre.

Es común tradición y voz popular hoy que siempre aquí ha habido y de presente hay algún religioso santo. *Vox populi, vox dei*, y de fe habemos de creer que hay santos en la Iglesia militante que andan entre nosotros, aunque no los tengamos por tales; pues si en una universidad y en un ejército vemos concurrir tantos sujetos de hombres y mozos entendidos y de buen discurso, llevándolos allí solamente una dudosa esperanza de las glorias del mundo, o ya por las armas o ya por las letras, siendo certísimo que en uno y otro ejercicio de los dos, a costa de tanta sangre y desvelos continuados de muchos millares de hombres, muy poquísimos llegan al superior puesto y dignidad de las armas y letras, ¿qué mucho que, con tan vivas esperanzas de gloria eterna, que ha de ser perdurable, como son entenderse que en un convento de pocos religiosos puede haber uno

santo y que, faltando él, le ha de suceder otro para ir a lograr aquella superiorísima dignidad de la bienaventuranza, se diviertan los hombres de todo lo del mundo que tiene fin y término y se acaba con la vida?

Despedímonos de los religiosos, y antes de llegar a la villa del Prado, topamos una venta, en frente de la cual estaba entre unos robles una copiosa fuente, que para los pasajeros había traído allí el ventero, y una suntuosa ermita de Nuestra Señora del Carmen, de singular edificio y de tanta grandeza, que parece más obra de un príncipe que de un ventero que no bautizaba el vino. Parece ser hecha toda de una piedra con el altar, retablo y techo, que todo es de bóveda, y por de dentro y fuera tan curiosamente labrada, y ajustadas las piedras con un betún o cal de su mismo color, que en partes parece no haber juntura ni que es posible al arte llegar a obrar más en piedra de aquel género, pues no le excedió en El Escorial que es de la misma casta.

Admirome el ver en hombre de aquel oficio tan generosos alientos que se animase a obra de aquel modo, que por ser tan notable la consagró el arzobispo de aquella ciudad. Es de gran devoción y concurso de gente. Si todos los venteros hicieran estos dispendios de lo que mal adquieren, sin ser milagro, el agua, con que hacen tantos en esta vida, les apagara el fuego que en la perdurable los está aguardando.

Pasamos la puente y la villa de Prado. Y al otro día por la tarde llegamos a un lugar que llaman Darque, que de la de Viana divide el río Lima; y, tomando un barquillo, nos pasamos a ella, a donde el padre fray Pedro me llevó a casa de un amigo suyo que llamaban Manuel de Fonseca.<sup>967</sup>

Jamás me olvidaré de su nombre, que no es para bien olvidarse los que son de personas de singulares prendas. Notables eran las suyas; era muy buen filósofo, gentil poeta en las tres lenguas, latina, portuguesa y castellana; de todas ellas vi composiciones excelentes suyas, y aun de la italiana algunas razonables, y todo esto sin haber salido de aquel reino. Todos los instrumentos músicos tenía en su casa y tocaba todos con tanta destreza como si cada uno profesara solo; componía sus tonos con mucha arte y gracia; destrísimo era en la música, y la voz razonable. Si todos los oficios manuales se perdieran en el mundo, pudiera su industria volver a reformarlos; para ejercer muchos tenía

---

<sup>967</sup> Es más que probable que se trate de Manuel de Fonseca y Zúñiga, VI conde de Monterrey, importante mecenas y coleccionista de arte que contrajo matrimonio con una hermana del conde-duque de Olivares. Como el propio Félix Machado, el conde tuvo contactos con el pintor Diego Velázquez, por lo que es de suponer que ambos también se conocieran.

instrumentos, y todo lo que hacía era perfectísimo. Pintaba muy bien, pero en lo que en la pintura llaman brutescos<sup>968</sup> y follajes no vi en toda Italia quien le excediese, así en la presteza como en la perfección con que lo ejecutaba. Aunque era hombre grueso, danzaba ágilmente lo que se le pedía. En la esfera de su posibilidad era liberal, magnánimo y grandioso. Adonde él estaba no había tristeza; nadie le vio que no le amase, nadie le trataba que no le quisiese.

—Mucho me admiro —me dijo él— de ver lo que vuesa merced se parece al marqués de la Torre del Greco, que poco tiempo ha pasó por esta villa.

—En la de Santarém —respondí yo— concurrimos juntos en una posada, adonde nos topamos, y tanta era la gente que venía a vernos como si fuera cosa jamás vista en el mundo.

No le quise decir cómo éramos hermanos, ni a nadie lo dije por las mismas razones que te he referido, temiendo siempre lo que vino a sucederme, que el corazón es leal y siempre avisa a los hombres de los casos futuros. El que bien reparare en sus avisos, de muchos infortunios podrá librarse; así lo entiende el vulgo.

Filosofía es de Aristóteles —y, aunque de gentil, seguida de teólogos—,<sup>969</sup> que, aunque la alma está en todo el cuerpo, tiene su principal asiento en el corazón, de donde se comonican a todos los miembros dél los espíritus vitales con que vive el hombre. Y así, pudiendo atrebuirse a la alma estos avisos, los atrebuyen a la parte donde más asiste, como si dijéramos: Roma me avisa que haga guerra al turco por la utilidad que puede seguirse a la iglesia de conquistarse la casa santa. Lenguaje impropio fuera este, pues para decir Su Santidad, decimos la parte adonde tiene su corte.

Mas me conformo que la tiene la alma en la cabeza, como dicen otros, pues en ella asisten sus tres potencias: memoria, voluntad, entendimiento, que son los consejeros de estado para la conservación deste mundo pequeño o microcosmo, como dice el griego que es el hombre.<sup>970</sup> Y que, aunque la voluntad subornada<sup>971</sup> del apetito y deseo de algunos, o de los sentidos, que tal vez inclinan a lo que más ofende de voto contrario, como es uno solo y dos el de la memoria y entendimiento, que, por medio dellos o

---

<sup>968</sup> *Brutesco*: ‘Grutesco’, en pintura, dicho de los adornos de bichos, sabandijas, quimeras y follajes.

<sup>969</sup> Es bien sabido que la filosofía escolástica toma como base fundamental el pensamiento aristotélico.

<sup>970</sup> Concibieron los antiguos el cuerpo del hombre, en su composición, de forma semejante —e incluso especular— al orden cósmico. Esta idea del *universum corpus* se extendió desde el mundo grecolatino y fue aplicada a multitud de ciencias como la medicina o la física.

<sup>971</sup> ‘sobornada’.

sobrenatural advertencia del ángel de nuestra guarda, nos envía Dios semejantes avisos. Tome ejemplo de mí quien no los observare.

Mucho nos regaló Manuel de Fonseca, con tanta abundancia y variedad de cosas extraordinarias, que juzgué más ser aquella cena banquete de Escoto el mágico, dado a un emperador de Alemania,<sup>972</sup> que a fray Pedro y a mí, de un hombre particular por naturales medios. Tanto puede la industria de los hombres, que para todo la tienen, que ni la distancia de lugares ni la diferencia de los tiempos les sirve de embarazo para lograr en todos lo que en otros se coge. Todo género de frutas, así de España como de la América de la parte que llaman el Brasil, nos puso en la mesa; y viendo que yo me admiraba de verlas tan buenas como si en aquel punto se cogiesen del árbol, me enseñó el secreto de que usaba para conservarlas muchos meses.

Como era tan conocido por sus prendas, en toda parte tenía amigos que deseaban darle gusto; a estos enviaba sus regalos, y de cosas que tuviesen mayor estimación a donde estaban; todas estas iban en cántaros de barro encerados en el fuego, y de retorno les pedía que le remitiesen de las frutas que en Portugal no se cogen. Las que eran de cáscara recia y dura, para que viniesen frescas, mandaba que, fregándolas con aceite de almendras, las diesen un baño en cera derretida; y después de frías, metiéndolas en un vaso de aquellos, tapándole la boca con un encerado tan grueso y ajustado que de ninguna manera le penetrase el aire, venían de aquel modo.

Las que eran de pellejo más sutil, como las cerezas, guindas, uvas, higos, ciruelas y otras semejantes, mandaba que en brea<sup>973</sup> derretida y no muy caliente las bañasen aprisa, y meterlas, después de enfriarse, en los mismos cántaros, tapándoles las bocas como a los otros; con esta diligencia no se corrompían, y sacándolas la brea, metiéndolas<sup>974</sup> en agua fría, quedaban de la misma manera que salían del árbol o planta que las producía. No tiene imperio la corrupción, o por lo menos poco, en lo que deste modo se guarda.

Si eres religioso, estate en tu celda; si eclesiástico, en la iglesia; si profesas letras, con tus libros; si eres casado, asiste a tu mujer, trata de tu casa y de la enseñanza de tus hijos; si soltero o mozo, no gastes mal el tiempo, haz como hacía el que te he referido, que, para saber mucho y de cosas varias, todo el tiempo es poco y la mocedad corta.

---

<sup>972</sup> Ver nota 806.

<sup>973</sup> 'breu' en el ms.

<sup>974</sup> 'meténdolas' en el ms.

¿Hay fruto de mayor estimación que el de las virtudes? No, por cierto; más se adquieren y conservan estas en la casa que en la plaza; más en el retiro que entre el bullicio de las gentes. El que está más solo se gasta bien el tiempo; más acompañado está de Dios para adquirir las que le faltan y no corrumper la que tiene. Frutas hay excelentes y buenas que recrean la vista y deleitan el gusto; pero aun estas tales, si amontonáis muchas, por un solo pomo<sup>975</sup> que llega a corromperse (como la manzana de Adán al género humano), a todas las demás hacen que se corrumpan; pero si nuestra industria devidiese una de toda aquella multitud, claro está que aquella sola sería la más incor[r]uptible de todas las otras. Pues, si a lo que es bueno es menester la soledad para no corromperse, ¿qué hará al que es malo la comonificación de los que no son buenos, sino volverlo pésimo? Siempre el mal más tarda al que dél se guarda.

Al otro día fue el padre fray Pedro a buscar aquellos caballeros a quien Juan Serpe había dejado en su testamento que les llevase certificación de cómo, por causa de haberse muerto, no había cumplido llegar en el término emplazado por don Quijote de la Mancha a la villa de Alcoutin. Excelentes cosas dijo Manuel de Fonseca cuando supo el suceso de lo en que habían parado sus aventuras y caballerías, por haber sido uno de los que fingieron la carta en que le desafiaba don Quijote; pero así él como los demás sintieron mucho el habérseles muerto por ser el entretenimiento de todos los caballeros, gente moza y de buen gusto de aquella villa.

Sucede muchas veces cansarse los ingenios por falta de inventiva para una novela, para una comedia o cualquier otra cosa en que quieren ostentar nuevos partos de su ciencia, inauditos sucesos, singulares enredos, casos espantosos; que, después de gastarse muchas horas y días, se viene a reconocer más el aborto de su idea que el trabajo de su empeño. ¡Cuánto mejor fuera a los tales escribir sucesos verdaderos, adonde ni se desazona el gusto con la ficción ni la moralidad se pierde con el verdadero ejemplar!<sup>976</sup>

Raros cuentos me refirieron de Juan Serpe los vianeses; no hiciera mal papel quien gastase alguno en escribir su vida. En lo tieso, en lo valiente, en lo enamorado, en lo derretido, en la presunción, en la gracia, en el conversar y en ser verdadero, verdaderamente era portugués; y de serlo tanto, le nació la confianza de no presumir que

---

<sup>975</sup> ‘Manzana o pera’.

<sup>976</sup> Continúa Machado en la línea del desprecio por lo ficcional, aquí, en concreto, por el teatro y la novela cortesana; dos géneros tan populares entonces como criticados por buena parte de los eruditos de la época, por su carácter superficial y por la inclinación de los autores a la satisfacción del vulgo.

nadie le engañaba, que es la mayor falta que puede tener un hombre entendido en tiempo que a muchos parece que no lo es el que no engaña, y que deja de serlo quien recibe engaños, siendo esto indicio de la bondad, y esotro evidencia de la malicia.

Al otro día por la mañana partimos de aquella villa; y como no era mozo el padre fray Pedro, no se hizo poco en vencer lo que hay de allí a Camiña, adonde llegamos ya de noche a una posada a tiempo que el huésped y su mujer estaban riñiendo a una moza gallega y rolliza de que se servían.

Era la pendencia sobre un conejo que había guisado a unos arrieros, que estaban echando votos que, a no ser mujer, le cruzarían la cara; y entre reto y reto estaba uno dellos dando arqueadas para trocar lo que había comido;<sup>977</sup> que, conforme su queja, decía él le tocara la parte más vecina de la cola,<sup>978</sup> y a poca diligencia consiguió su deseo, echando por la boca una buena cantidad de [a]quella confitura que allí se queda, si bien no lo examinan, cuando los aderezan.

Como era tan bueno, el padre fray Pedro metiolos en paz. Y por no sucedernos otro tanto en la cena, preguntó a la huéspeda si tenía huevos.

—¡Huevos! ¡Cuerpo de tal! —dije yo al padre—, ¿qué pide vuesa paternidad?

Y respondiéndome él que pedía lo en que no podían hacer engaño, le conté yo lo que te he referido en la primera parte de mi vida en la venta de los huevos o pollos, de que aún traigo relajado el estómago, que un mal suceso de cosas asquerosas para toda la vida halla en él resistencia.<sup>979</sup>

Era muy compuesto el padre fray Pedro, pero, en me oyendo referir el cuento, fue tan grande la risa a que le provoqué con los huesecillos de los pollos,<sup>980</sup> que me dijo:

—¡Calle, por amor de Dios, señor don Juan! Que en casos semejantes todos somos arrieros. Si yo le contara lo que me ha sucedido en mi mocedad yendo a Santiago en romería, mucho más se riera<sup>981</sup> de lo que yo me río. No quiero murmurar de lo que la experiencia ha de decir [en] todo; a ella me remito.

Con esta desconfianza se remitió la cena a sardinas frescas y torreznos añejos; una y otra cosa era de tan buen gusto, que, aunque allí no se estiman, si fuera en la Corte,

---

<sup>977</sup> ‘Dando arcadas para vomitar lo que había comido’.

<sup>978</sup> ‘Le había tocado en su ración la parte más innoble del animal: la que oculta la cola’.

<sup>979</sup> Ver nota 516.

<sup>980</sup> ‘güecezillos’ en el ms.

<sup>981</sup> ‘riera’ en el ms.

fueran de estimación de los mayores príncipes. Acostámonos luego; y, como íbamos cansados de caminar tanto, era ya bien tarde cuando vino a despertarnos el huésped.

## CAPÍTULO IX

*Sale Guzmán de Alfarache de Portugal; entra en el Reino de Galicia. Llega a Santiago; refiere lo que vio en su santa casa. Préndenle por el hurto de su hermano; llévanle a La Coruña; por sentencia le quitan sus doblones y se queda sin nada*

Tenía que hacer el padre fray Pedro en un convento de religiosos franciscos que llaman Mosteiro, en la ribera del Miño de la parte de Portugal; y como yo quería ver la ciudad de Tuy, que queda cerca dél, después de comer, nos metimos en un barco con otras personas que iban río arriba. Era una dellas un caballero del hábito de Cristo, natural de Monzón,<sup>982</sup> hombre de gentil traza, que había servido mucho en las armadas de aquel reino y en el de Angola. Como navegábamos de espacio contra la corriente de la agua y íbamos suspensos, nos fue entreteniendo con muchos cuentos y cosas que habían sucedido a los portugueses, así en aquella costa de Guinea como en toda la más de la África hasta la India Oriental, que queda en el Asia. Prodigiosos casos nos refirió, más de hombres desesperados que de los a quien llevaba la esperanza a pasar el cabo de la que es buena para hacerse hombres.

Los que obró el valor dejó de referirte porque andan escritos en muy raras lenguas; los que el delirio de la fortuna, la impiedad de los hados y, para más propriamente decirlo, los que Dios permitió por sus justos juicios que los hombres ignoran, me holgara mucho de poder referirte para que veas cuál es el mundo, cuáles son sus engaños y cuáles sus tragedias. Apuntaré uno solo, que a algunos que iban en el barco no dejó de costar lágrimas oyendo referirle, para que reconozcas lo que obra la compasión en corazones píos cuando se les refieren historias verdaderas.

Es esta la de Manuel de Sousa de Sepúlveda; por este apellido, castellano por naturaleza; y esotro, portugués. Impresa anda su vida, su naufragio, su muerte, la de su mujer y hijos, con tan raras circunstancias y en tan dilatado término, que ha sido uno de

---

<sup>982</sup> Monçao: villa portuguesa perteneciente al distrito de Viana do Castelo.



los más lamentables casos que se han visto y verán en todas las edades. Cuando te vieres en algún aprieto grande, lee esta vida y verás cómo todo lo que padeces, si no es en la honra, viene a ser mucho menos de lo que padeció este caballero, en el cual el valor, la constancia y la vida dieron fin en un punto.

Con este y otros cuentos de la barbaridad, ritos y costumbres de los negros de toda aquella parte de África, nos fue entreteniendo aquel caballero, y cómo se sustentaban algunos de carne humana, haciéndose guerra unos a otros solo a fin de ser sepulcros los vencedores de los vencidos; que los que cautivaban de edad que pudiesen servir de llevar sus viajes o tomar las armas los dejaban con vida. A las negras que eran mozas, para usar dellas, hacían lo mismo; y que cuando parían, comían sus padres, asados como lechones, a sus propios hijos, sin hacerles horror ni lástima; antes tenían aquel sustento por el de mayor regalo, convidándose los camaradas para aquel banquete. Que la gente inútil, por mucha o poca edad, los que podían seguirlos a sus conquistas, llevaban como carneros; los demás hacían ellos cecina; después de muy seca al sol, rallándola mucho, llevaban costales, y tomando cantidad della, hervida en agua, les servía de mucho sustento, como el chocolate, que ese era su mismo color, su más preciosa bebida.

Esto decía el haber ya despoblado dos o tres grandes reinos, y que era imposible conservarse aquellos bárbaros mucho tiempo, porque, en hallando constante resistencia en alguna parte, se habían de comer unos a otros, los que más pudiesen, hasta quedar uno solo.

—Pues —decía aquel caballero—, extrañamos esto entre bárbaros, cafres, negros, sin Dios, sin ley, sin rey ni justicia, teniendo nosotros todas estas cosas que a ellos les faltan. Cuál es la causa, diga el padre fray Pedro; porque todos los que tienen más y pueden más son los que quitan más a los que menos tienen y que pueden menos.

—Mucho pregunta vuesa merced —dijo el padre fray Pedro— en tiempo que es delito el decir las verdades. Pregúntelo a esa justicia que dice que tenemos; que si ella hace justicia, con eso solo puede responder a vuesa merced y dar el remedio con que cada uno coma lo que es suyo y deje el ajeno.

Llegando, pues, nuestro barco a vista de Tuy, mandó el padre fray Pedro abordar a tierra de Galicia, adonde me dejó con un gallego que iba para aquella ciudad, pasándose él a la villa de Valencia del Miño, que queda de la otra parte, a ver unos deudos que allí

tenía. No dejé de sentir mucho su ausencia, como es justo sentir las que de personas tales se hacen. Llevome aquel gallego a una posada.

—Hermano —le dije—, bien vistes lo que ayer sucedió a los arrieros en la de donde hoy salimos. Por amor de Dios, os pido que si la gente desta no es muy limpia, que me llevéis a otra que lo sea, porque, ya que me ha de costar mi dinero, sea con limpieza.

—¿Limpieza en ventas y posadas de Galicia? —me volvió él—. ¡Eso es pedir peras al álamo, al alcornoque manzanas! En casa de cual y cual caballero se halla esa señora, y con no poco cuidado de la que sabe serlo de su casa, pero a donde se descuidan o no tienen personas que traten della, ¡Dios sabe cómo lo pasan!

»Yo, mi señor don Juan, aunque nací en este reino, pasé de poca edad a Portugal. Acomodeme con un caballero en Ponte de Lima, servile dos años, y por la muerte dél vine a parar en casa de un cura, sacerdote honrado, que, por ser mozo, no quería tener ama en su casa, diciendo que las que eran mozas, entrando para amas, se volvían damas; y las que no lo eran, bebían mucho, hacían poco, baboseando todo.

»Al fin, señor, que yo le hacía su olla, que más de dos pares de veces me rompió en la cabeza; otras muchas comía asado, gallinas, pollos, perdices y conejos por no ponerse en pendencias conmigo; pero como destas cosas llevaba yo poca parte, la necesidad me obligó a ser limpio, y esto es de tal modo y es tan grande el asco que de todo tengo, que, cuando ayer vi lo que trocó el arriero, a un rincón de la caballeriza fui [a] desocupar el vientre de todo lo que había comido. Si vuesa merced gusta que yo le vaya sirviendo hasta Santiago, lo haré con buena voluntad, porque hasta allí hago mi jornada; que, como este año es de jubileo, quiero allá tomarle en su santo día.<sup>983</sup>

Mucho se lo agradecí y, por obligarle más, le dije que correría por mi cuenta su gasto dél. Quedó muy contento; y yo, no poco por librarme de aquel cuidado. Fuimos a hacer noche a Pontevedra, villa marítima, que en mi estimación es el mejor lugar que vi en el Reino de Galicia; que, con ser la ciudad de Santiago de muchos más vecinos, no me pareció mejor. Es muy abundante de todo género de pescado, y todo excelente, de gusto singular y baratísimo; en tanto que, si Galicia no tuviera otras muchas cosas que tiene dignas de estimación, solo por tener esta en casi todos los lugares que de aquel reino baña el océano, era merecedora de más cortada pluma para sus elogios.

---

<sup>983</sup> El año de 1650 fue declarado de Jubileo por el papa Inocencio X. A su celebración en Santiago de Compostela pretende llegar el protagonista, cerrándose así un año completo desde su liberación de la galera.

Lo mismo es su nobleza por las mismas razones que de Entre Duero y Miño tengo referido, si bien con una diferencia: que aquí hay pocos, con haber muchos nobles, que dejen serlo, por más que lo sean, unos a los otros. Esta es la mayor falta que reconocí en los gallegos y el mayor argumento de su mayor nobleza, pues no ha sido bastante el discurso de tantos siglos como han pasado después que aquella región se libertó de los moros para que falten en ella grandes títulos, caballeros y nobles, en tanto número que es muy corto el reino para caber tantos. Propriedad es de los diamantes que, en estando juntos, se rozan, deslucen y deshacen los unos a los otros. Diamantinas son las lenguas gallegas; quien bebiere sus polvos murirá de veneno si no se previene deste antídoto de reconocerlos.

De Pontevedra nos partimos el día siguiente, y en todo el camino hasta Santiago no vi cosa en que más reparase que en aquellas fuentes de Caldas del Rey;<sup>984</sup> en una hierve el agua, otra va más tibia, y de otra se bebe. Raros prodigios obra naturaleza. Si este no fuera tan común y en tantas partes visto, muchos pudieran ir allí solo por verle. Las maravillas que Dios hace nunca son acaso,<sup>985</sup> todas vienen a ser para nuestra enseñanza; de lo mismo quiere que sirvan la que naturaleza obra. De los cuatro elementos, el del fuego es el más sutil, más ágil y de más alta esfera; si no tocáramos con las manos y viéramos con los ojos en tantas partes del mundo salir aguas hirviendo de las entrañas de la tierra —que es el elemento más pesado—, humo, llamas y boquerones de fuego, que parecen puertas del infierno, ¿quién había de creer que en el centro dél, con tanta repugnancia y contradicción de su gravedad había de asistir materialmente el fuego que pudiese abrasar los condenados en perpetuas penas?

Solo una fe viva pudiera creerlo; esa no es común a todos los cristianos, cuanto más a los que no tienen lumbre della, y otros que no piensan que hay más penas ni glorias que las que en el mundo se logran y padecen, y que, juntamente con la vida del cuerpo, se acaba la del alma. Este miserable engaño y desengaño desotros quiso Dios prevenir con estas naturales demostraciones, y para este efeto permitió que naturaleza obrase estos prodigios.

Llegando, pues, a la ciudad de Santiago, me llevó el gallego que conmigo iba a una posada. Dos capones cebados me sirvió a la cena diciendo:

---

<sup>984</sup> A estas fuentes termales de Caldas de Reis, pequeño municipio de la provincia de Pontevedra, siguen hoy acudiendo cientos de enfermos que confían en las propiedades medicinales de sus aguas.

<sup>985</sup> 'Nunca son por casualidad'.

—Aquí no hay que escrupular,<sup>986</sup> señor, ni en el precio ni en la limpieza; tres reales costaron; asados vienen; puede vuesa merced comer muy a gusto, que yo fui el cocinero.

Así lo hice, y dándole el uno, me quedé con el otro, que era tan hermoso, grande y gordo que, con ser muy tierno, no pude vencerle. No sé qué se tiene lo que mucho costa que siempre harta menos aunque se estima más. Cuando en Madrid yo servía, por mis pecados, a aquel buen cocinero, sucedió muchas veces que por los de algunos señores, ya para meriendas ya para regalar a sus damas, nos traían a docenas a casa las pollas de leche; y, como yo era tan sutil, en habiendo pastelones grandes, sin que nadie lo echase de ver, introducía en ellos o en las empanadas, para cumplir la docena, en lugar de dos pollas, dos cuervos que sacaba de los nidos de la del campo, que por no oler a grajuno tenía dos horas antes en enfusión de vinagre, aderezado con clavos de especia y otra a que llaman masa, que es flor de la nuez moscada.

Como yo era el que conducía siempre las meriendas a que asistía mi amo, con grande susto estaba de no descubrirse el metamorfosis de mi tramoya. El color de las pollas suplía mi industria que imitasen los cuervos con bañarlos más de azafrán desleído; el ser más pequeños, con añadir masa al suelo de los pastelones; el gusto solamente era lo que yo recelaba no fuese verdadero testigo de mi engaño.

Sucedió, pues, que un día, dando una destas meriendas dos señores grandes en el arroyo de Branigal a dos damas suyas y otras amigas dellas,<sup>987</sup> al destaparse uno destos pastelones, como las dos eran las más melindrosas, por parecerles más pequeños los cuervos que las pollas, echaron mano dellos.

«¡Perdido soy!», dije yo entre mí. Y como era muchacho, el corazón me estaba palpitando. Mi amo reparó en el color de la carne, que era más negro que de polla; miróme la cara, que estaba más encendida que una amapola.

—¿Qué es esto que comemos? —dijo una dellas.

«¡Aquí son los toros!»,<sup>988</sup> dije en mi corazón. Y mi amo le preguntó:

—¿Por qué lo dice vuesa merced?

---

<sup>986</sup> ‘escrupular’ en el ms.

<sup>987</sup> El arroyo de Abroñigal era un pequeño afluente del río Manzanares, hoy ya desaparecido, que discurría por el centro de Madrid.

<sup>988</sup> Expresión que confirma la certeza del miedo a ser descubierto.

Mira cuál yo estaría haciéndoseme en mi presencia la causa de mi delito; pero ella era en hermosura un ángel, y de ángel de mi guarda esto fue su respuesta:

En mi vida he comido cosa de más gusto ni más bien sazónada. ¡Benditas sean las manos que tal hacen!

Ya el cuervo no podía ser más negro que las alas, cuando las de mi corazón comenzaron a sosegar con oír estas razones, y las de mi amo también, agradeciéndola mucho las bendiciones que daba a sus manos por la obra de las mías. Ya las dos pollas tenía yo en el cuerpo; y aun de los rezagos<sup>989</sup> de la merienda me cupo una perdiz y buena parte de un conejo. Y con costar en Madrid tanto estas cosas no estaba satisfecho el estómago, pensión que todos pagan a la carestía; y allí en Santiago no pude en una cena acabar un capón solo por ser barato.

Al otro día fui a confesarme y a oír música a su santa casa. Comulg[u]é, hice mi oración dándole muchas gracias por haberme sacado de la galera, y le pedí con todas las veras me encaminase al mayor acierto de servir a Dios lo que me restaba de vida.<sup>990</sup> Parece que me oyó el bendito apóstol, como después referiré.

Vi cosas muy notables en aquella santa iglesia. El relicario de muchos cuerpos y reliquias de santos que allí se enseña a los peregrinos, es en España uno de singular grandeza; las misas de pontifical y procesiones, a que asisten canónigos con títulos de cardenales, mueven a devoción grande a los que allí se hallan. El hospital, las campanas, hasta el incensario, todo es grande. Pende, pues, este de una fuerte garrucha que está asida en la bóveda en medio del crucero; y a fuerza de brazos le hacen menear, tomando poco a poco el vuelo hasta que, topando de uno y otro lado en las piedras del techo, se derraman las brasas de manera que algunos que lo están mirando, por no haberlo visto, si no traen ajustado el cuello, las sienten en las espaldas. Aunque de muchos es condenada la invención, no me pareciera mal que en todas las iglesias de España se usara, para que las señoras y damas que han dado en el abuso de escotarse tanto, las sucediese a veces lo que a los gallegos, para que reformase el fuego lo que no puede el frío.

—El variar de costumbres es la gala del tiempo, la que hoy es mala mañana tienen por buena; al contrario sucede en otras muchas veces: tener por buena hoy la que mañana

---

<sup>989</sup> ‘De las sobras’.

<sup>990</sup> Obsérvese la total transformación del personaje por lo que aquí sale por su boca; si en el capítulo III del primer libro (p. 120) se confesaba «sobre peine», aquí la confesión es voluntaria y total su predisposición a la vida devota.

condenan; todo el tiempo es locura, y todo el tiempo lo cura; juez es de su pena quien todo lo condena.

Estas cosas decía yo al gallego que conmigo iba cuando él me dijo:

—¡Y qué bien lo dice vuesa merced, mi señor don Juan! No lo dijeron peor las viejas de Galicia:

Anda tú como chandas,<sup>991</sup>  
capeliño sin mangas,<sup>992</sup>  
mañana vendrá el frío,  
buscarás abrigo.

»Yo no sé qué las quieren a las pobres mujeres; pocos hay que no las busquen, y todos las condenan.

»Siendo yo muchacho, me llevaron unos vecinos de mi lugar a la siega<sup>993</sup> a Castilla; iban con nosotros cuatro mozas gallegas, vestidas a su modo, derechas como un huso: avantales<sup>994</sup> de paño azul, sayas de burriel blanco, sus jaquetas de lienzo en mangas de camisa, en las cuales llevaban abaninos<sup>995</sup> de lienzo no tan grueso que cobrían todo el cuello hasta las orejas; y a esas, sus cofias fruncidas en lo alto de la frente; la mano esquierda en el pecho, las derechas caídas, y en ellas las hoces para su ejercicio. Tal era su compostura que ni la reina doña Loba, que lo fue en Galicia en tiempo de Maricastaña, anduvo más en ello.<sup>996</sup>

»Pues con ir en la forma que a vuesa merced digo, una delante de otra, puestos los ojos en el suelo, sin torcer un paso ni mirar a nadie siguiendo su camino, al pasar por Madrid, como si fueran toros, unos las silbaban, otros las decían cuatro mil disparates del perdón de Mecó, del ladrón de Mondín; y como habían pasado la cruz de Ferro, las

---

<sup>991</sup> *Chanda*: sarna.

<sup>992</sup> *Capellina*: «Capucha usada por la gente de campo para resguardarse del agua y del aire frío» (*DLE*).

<sup>993</sup> ‘sega’ en el ms.

<sup>994</sup> ‘Mandiles’.

<sup>995</sup> *Abanino*: «Adorno de gasa u otra tela blanca con que ciertas damas de la corte guarnecían el escote de jubón» (*DLE*).

<sup>996</sup> Eran abundantes las leyendas gallegas sobre la reina Lupa, idólatra que desde su palacio, el Castro Lupario, decían que idolatraba figuras paganas y establecía contacto con demonios.

dejaron corridas y avergonzadas de tal modo que, de vuelta a Galicia, al pasar por la cruz, arrodillándose ante ella, hicieron voto a Dios de no volver a Castilla.<sup>997</sup>

»También hice yo lo mismo, pasando por un lugar cerca de Segovia que llaman Zamarramala, adonde fuimos a dormir una noche. Hácense allí natillas y mantecas excelentes; y como nosotros nos acomodásemos en una parva<sup>998</sup> cerca dél, adonde caía un corral de un labrador rico, vi que a la noche ponían al sereno en unos barreños grandes de agua muchas pellas de manteca. Tentome el demonio, si fue la golosina de mi poca edad, para darle un asalto por las bardas del corral. No pude tomar el suelo hasta cantar los gallos, así por esta razón como por una mala costumbre que hay en aquel lugar, adonde continuamente, dende la avemaría hasta media noche y desta hora hasta amanecer, tienen asalareados dos hombres que sin cesar están tocando un cuerno, porque fueron con otro conquistados de moros.

»Pensé yo que aquello era como en lo montuoso de Galicia, adonde se acostumbra hacer lo mismo parte de la noche por ahuyentar los jabalíes que no hagan daño a los panes que están en el campo. Tanto que el primero dio fin a su tarea, asalté las bardas, fui a los barreños y, con un poco de pan que llevaba, me comí tres pellas de manteca que pesaban muy bien más de dos libras. Fue mi codicia tanta que, por parecerme que aún no estaba bien harto, y para regalar a mis compañeros, cuatro pellas más metí entre el jubón y la ropilla. Apenas iba yo para saltar por las bardas, a las cuales tenía arrimados unos palos para subirlas, cuando por la puerta de aquella casa que caía al corral, salió aquel infante labrador a tocar su cuerno la otra mitad que restaba de la noche.

»Hacía luna, vio el barreño despojado, sintiome en las bardas; turbeme tanto que, primero de poder saltar, me alcanzó de cuenta los pasos y me asió con la mano izquierda de una pierna, quedándome el cuerpo colgado a la parte del campo y tan a propósito mis pobres nalgas para su intento que, con el cuerno que llevaba en la otra mano, descargó sobre mí un millón de cornadas, y a no ir la cintura estofada de pellas de manteca, me rompía los huesos de todo el espinazo.

---

<sup>997</sup> Se pensó largo tiempo que las jóvenes que oraban ante la cruz de Ferro (situada en el monte Irago, entre Astorga y Ponferrada) conseguían marido. Además, ‘pasar por la Cruz de Ferro’ en el sentido de perder la virginidad, aparece ya en otras obras de los Siglos de Oro. En estos términos habla Esteban González de su madre: «[...] porque no era tan inocente, que al cabo de su vejez, y habiendo pasado en su mocedad por la cruz de Ferro, y siendo tan vergonzosa y recatada, fuese al limbo a ver tantos niños sin bragas». *La vida y hechos de Estebanillo González*, 1990, p. 39.

<sup>998</sup> Parva: mies tendida en la era para trillarla, o después de trillarla, antes de separar el grano.

»Largo tiempo duró el castigo, porque como había comido tanta y estaba colgado de la pierna boca abajo, primero la vomité toda que pudiese dar voces para que mis compañeros me socorriesen; pero estaba yo tal y ellos tan vencidos del sueño, que, si no alzara más las suyas el que me daba las cornadas y de cuando en cuando, por no perder su salario, tocase su cuerno, hasta ser de día me tuviera de aquel modo.

»Nunca yo vi cuernos de más poco provecho al que se los ponen, ni de mayor dolor al que más los siente de lo que han sido estos, señor don Juan —me dijo él—, porque, cuando mis compañeros llegaron a sacarme de sus garras, ya yo estaba sin sentidos, y tan desolladas mis piernas de las zarzas y abrojos con que cubre[n] las tapias, que más de veinte días tuve bien que sentir y mal que curar en ellas.

»Bien me zamarrearon en Zamarramala, y entiendo que por mí se dice esto en Castilla ¡Dios me libre de sus cuernos y de sus mantequillas!, que ahíto me han dejado; de manera que, desde entonces hasta hoy, no han entrado en mi estómago. El desconcierto que me dieron fue cosa jamás vista; como del demonio huían de mí mis compañeros en el camino. Hacía gran calor, las pellas de manteca se fueron deshaciendo, ella me chorreaba por las piernas. Los que a mí se llegaron para desasirme de aquel hombre maldito se untaron todos; todos olían mal, yo olía mal a todos, y todos me maldecían. Esta fue la causa, de puro avergonzado, pasarme a Entre Duero y Miño, por correrme mucho de lo que me decían.

No dejé de reírme de la gracia con que me contaba su desgracia del cuerno mi buen gallego, como si no me hubieran ofendido más el honor los que me ponía mi desdichada Gracia.<sup>999</sup>

—Si a todos los que se los ponen fuera deste modo, no hicieran la vista gorda para sufrirlos tanto —dije al gallego para consolarle de su trabajo, cuando él me respondió, cargando mucho en las erres:

—A mí, señor don Juan, cuernos hay de oro, cuernos hay de plata, cuernos de diamantes, cuernos de ricas joyas y cuernos que vienen de perla. Vuesa merced, que ha andado por esos mundos, mucho desto habrá visto, adonde hasta a las mulas llaman cuernas, pero cuernos de mantequillas solo yo, pobre gallego, pude topar con ellos en Zamarramala. ¡Dios libre a vuesa merced de tales zamarrazos, y a todo fiel cristiano de semejantes encuentros!

---

<sup>999</sup> Alemán, 2012, p. 697.



Como era ya tarde, fuímonos a comer a la posada. Apenas lo había yo hecho, cuando con grande estruendo vi entrar la justicia, y sin preguntarme cosa alguna, con decir un hombre que venía con ellos: «Este es el marqués de la Torre del Greco, que me ha llevado mis quinientos doblones», agarraron de mí tres o cuatro dellos. Y metiéndome las manos en las faldriqueras, hallaron mi bolsillo con más de cuatrocientos; quitáronmenlos luego sin oírme palabra.

Al que es desgraciado todo ayuda a serlo; en aquella misma posada estuvo mi hermano cuando cobró la fingida letra que en Santarém sus criados me dijeron, como te he referido. La huéspeda fue la que dio el soplo para mi prisión al mercader que venía con la justicia; ella y su familia fueron los testigos de cómo era yo el marqués de la Torre del Greco. ¡Oh, poderoso Dios! ¡Qué caminos buscáis para que cada uno pague lo que debe! Lleváronme a la cárcel como si yo fuera el mismo a quien parecía, y también mis doblones —los que él había hurtado— depositaron luego en otro mercader.

Al día siguiente me tomaron la confesión. Confesé yo la verdad, porque en casos en que los hombres están inocentes es de más conveniencia decirla que callarla. Escrebiose todo: cómo, no habiendo visto en mi vida al supuesto marqués de la Torre del Greco, nos habíamos topado en Santarém en una posada, adonde por ser tan parecidos y por las cartas que él y yo traíamos de nuestra madre, venimos a saber que éramos hermanos y que, por serlo tanto, solo por vernos juntos había mucha gente venido a la posada. Que en la ciudad de Oporto, por una muerte que mi hermano había hecho, me tuvieron preso pensando que era él, y averiguando ser otro, no me llevaron de la cárcel.<sup>1000</sup> Que por escapar de tres balazos, que por la misma causa me habían tirado, había el padre fray Pedro, que de presente quedaba en Mosteiro, junto de Monzón, entervenido con el guardián de San Francisco de aquella ciudad que me echase el hábito de tercero, como podrían ver de la carta que conmigo traía firmada de su mano, y que el gallego que me acompañaba conocía mucho mejor que yo al padre fray Pedro.

Trajéronle a la cárcel. Él venía temblando; tomáronle su dicho, confesó la verdad, y diciendo quién era el padre fray Pedro, hallaron ser primo de un canónigo de aquella santa iglesia. Con lo cual, quedé yo muy contento pensando que, por aquel camino y por lo que de mis papeles constaba, sería muy fácil la averiguación de no ser yo mi hermano, como decían que era todos los criados del mercader y otras personas que en su casa le

---

<sup>1000</sup> ‘No me llevaron a la cárcel’.

habían visto; de quien fue la malicia tanta que hasta mis doblones decían que eran los mismos que él había dado, como si unos y otros trajesen campanilla para ser conocidos.

Sabiendo, pues, el mercader que por medio de aquel canónigo hacía diligencia la justicia para que el padre fray Pedro mandase hacer información jurídica de lo que yo había confesado, se fue a La Coruña, sacó orden de aquella Real Audiencia para que, sin más proceder en mi causa, se la remitiesen a su tribunal y me enviasen preso para sentenciarla. Fue obedecida esta orden, y cargado de grillos, entre dos aguaciles, como entre dos forzados de mi galera, me llevaron a la cárcel de aquella ciudad, que no me pareció mejor que si estuviera al remo. Con mis armas, que eran mis doblones, que sobre fianzas se habían mandado dar al mercader solo por los testigos que había dado, me hacía la guerra; y como yo quedé sin cosa alguna de que poder valerme, y me convenía dilatar la causa, él la abrevió tanto que, como si fuera represalia<sup>1001</sup> de corsario a corsario, me señalaron por dos veces tan breve término, que primero que de la ciudad de Oporto y villa de Santarém pudiese llegar prueba de cómo yo no era mi hermano, solo por la que había hecho el mercader de que mis doblones eran los mismos que mi hermano le había llevado, se dio la sentencia que quedase con ellos.

Fundaban los ministros su razón en decir que, aunque yo no fuese el mismo marqués de la Torre del Greco y fuese verdad todo lo que yo decía, siendo aquellos los mismos doblones, como con juramento afirmaban los testigos, se presumía desto habérmelos él dado; y que, aunque no fuese el autor de aquel robo, se entregase al mercader a quien se había hecho como a legítimo dueño que probaba ser dellos, y que a mí me pusiesen libre en la calle.

Así se hizo luego, pero mi pobre bolsa se quedó sin una blanca; y mi corazón triste, más negro que otro de azabache que en Santiago compré con su imagen santa para poner en mi sombrero. Mal presagio fue este para tenerle alegre; pero peor lo fue, para que mis doblones se restituyesen, llevarme a la ciudad cuyo nombre se acaba en uña.<sup>1002</sup> Solo diez me quedaron, que por temer yo los azares de mi mala fortuna, antes de salir de Portugal, había metido entre las suelas de los zapatos.

Considera bien cuál sería mi tristeza, cuál mi desconsuelo, cuáles mis pensamientos, viéndome deste modo en tierra ajena, adonde no conocía persona alguna

---

<sup>1001</sup> 'represaria' en el ms.

<sup>1002</sup> Haciendo un juego con el topónimo, 'terminan los doblones en uña: siéndole arrebatados de forma fraudulenta'.

sino de haber estado en la cárcel, cargado de grillos,<sup>1003</sup> de descomodidades, tenido por embustero, así por el hurto que había hecho mi hermano como por lo que se colegía de los papeles que me hallaron; en los cuales estaba la carta y testamento de mi madre autorizado por tres escribanos en la ciudad de Sevilla; y al punto de ser yo hijo de tres padres, siendo cosa imposible serlo más que de uno, daban todos crédito negando totalmente que parte de los doblones serían los que ella me había dejado. Lo que hace daño al hombre, aunque sea arduo, fácil es de creer; lo que es en su utilidad, aunque esté patente, más se dificulta.

Partos son esos de la malicia a que se inclinan los más; abortos de la razón son estos a que muchos se inclinan. Concedió Dios al hombre el libre albedrío para elegir lo bueno y reprobado lo malo; impulso es del demonio si deja de usar dél, o ya por pasión propia o particular odio. Miseria grande, singular desatino, privarse los hombres de una virtud tan noble cual es el entendimiento, que en cuanto hombres es quien más los ennoblece. ¿Qué importa ser príncipe al que no sabe serlo, o ser grande señor quien no sabe mostrarlo? Al caballero, al noble, al hidalgo, conserva en su esfera, mejora y engrandece el entendimiento; sin él, de las más altas vienen a bajar todos.

---

<sup>1003</sup> ‘Soportando la carga de los grilletes’.

## CAPÍTULO X

### *Cómo después de haber salido de la cárcel, Guzmán de Alfarache, viéndose sin doblones, dejó el mundo y se hizo ermitaño*

Mucho suelen tardar los desengaños al hombre, que, del mismo engaño que es el mundo, deja engañarse. Este con las alas de la prosperidad, aquel con la esperanza de sus glorias, el otro con la posesión de sus méritos, aguardando el premio, se hallan con el castigo, con la pena de sus delitos, con la hacienda gastada o perdida, tan desnudos de todo como a los pies de sus madres se hallaron en el mundo. Tales son los premios dél, que por los del mundo en un continuo anhelo gasta, consume y acaba los largos días de su corta vida. Pasa un día y otro, una y otra semana, uno y otro mes, y a veces años, sin acordarse algunos que en este tiempo todo puede llegar la hora de su muerte.

¡Cuántos habemos visto caerse muertos en la calle, o de enfermedad propia o del balazo o espada de su enemigo! ¡Cuántos hay en el naufragio, en el sitio, en el recuento, en la batalla, en la pendencia ajena que sin pensar se ofrece, en el desafío propio a que con poca ocasión le retan, quedarse muertos en tan breves instantes, que en tan grandes desdichas tuvieron por dichosos los que tuvieron tiempo y ocasión de apretar la mano al confesor en señal de arrepentirse de sus grandes culpas y pecados graves! Sin número han sido los que desta manera ha cogido la muerte, pero muchos más somos los que en casos tales no hacemos reparo.

Cerca de la marina, sentado en una peña, con no poca tristeza estaba yo conmigo haciendo estos discursos para consolarme, que el repetir en la memoria miserias ajenas, cuanto son mayores, mayor es el consuelo. Por ser aquel puesto más solitario, me había ido a él para sacar uno o dos doblones de mis zapatos con que socorrer la hambre en que me hallaba; que, aunque en la cárcel me fueron necesarios para el pleito, ni tuve lugar ni osé de sacarlos, porque lo mismo fuera vérseme uno solo que cogérmelos todos por lo que faltaba para cumplir los mil escudos que había llevado mi hermano al mercader.

Dábame ciudado reducirlos a cuartos,<sup>1004</sup> entendiendo que, como por el hilo se saca el ovillo, por uno que trocase sacarían los nueve, dejándome sin nada para pedir limosna o volver a los primeros pasos de mi vida.

De rodillas estaba, acostado a la peña con los codos,<sup>1005</sup> haciendo oración a Dios, tomando por terceros al apóstol Santiago y a mi padre san Francisco, que fue el cuarto que el cielo quiso darme y el primero en quien hallé amparo, cuando, sintiendo pasos a mis espaldas, vi que era un fraile francisco y un muchacho que por allí pasaba con la limosna que de un lugar vecino traían a su convento.

Levanteme para besarle el hábito; viéndome él encendida la cara de estar de bruces, tiernos los ojos de llorar mis pecados, debía de atrebuirlo a diferente causa, juzgándome por otro muy distante de lo que de mi vida te tengo referido, y sin decirme nada, mandó a su muchacho que se apartase a un lado, y pidiéndome que nos sentásemos me dijo lo siguiente:

—Cierto, señor mío, que no fue desacierto el apartarme de la estrada real para toparos en tan buen ejercicio como os hallo, de que juzgo que, o estáis muy favorecido de Dios o maltratado de la fortuna; de cualquier de las dos cosas que sea, estimaré mucho me deis parte para tener alguna en alabar a Dios por haceros semejantes mercedes; y, si os da trabajos, que también son mercedes a quien sabe estimarlos, viniendo de su mano, haceros compañía para poder sufrirlos, porque el comonicarlos es parte de su alivio.

—¿No me conoce, padre? —le pregunté yo.

—No —me respondió él.

—¿Ni tiene de mí noticia?

—Tampoco.

—Pues, padre mío —volví yo a decirle—, yo soy aquel preso que pocos días ha trajeron con tanto ruido de la cárcel de Santiago a la desta ciudad, adonde, por sentencia deste trebunal por un hurto que no hice, fui despojado del dinero que era mío.

—Sí, señor, por esas noticias —me dijo el religioso—, aunque no conocía a vuesa merced por no haberle visto, sé que se llama don Juan de Guzmán, porque un oidor desta ciudad envió a nuestro convento unos papeles en que constaba cómo en la de Oporto habían dado a vuesa merced el hábito de tercero de nuestro seráfico padre san

---

<sup>1004</sup> *Cuarto*: moneda de cobre, primitivamente de vellón, de 1,35 gramos de peso, que se acuñó entre los siglos XIV y XIX y que equivalía a cuatro maravedís.

<sup>1005</sup> ‘Acostado en la peña y apoyado sobre los codos’.

Francisco;<sup>1006</sup> destos le informamos que eran fidedignos; lo mismo se halló ser también el testamento y carta de su madre de vuesa merced, por ser uno de los jueces natural de Sevilla y un escribano real que reconoció la letra del que lo hizo. Esta fue la causa de mandar estos señores poner a vuesa merced en la calle, que el parecer de algunos fue más riguroso. Agradézcalo vuesa merced también a nuestro padre san Francisco, porque, a no haber recibido su hábito, créame que pudiera verse en un grande aprieto.

—Pues, padre —le dije yo—, ya que vuesa paternidad sin conocerme tiene tantas noticias de mí y le ha traído Dios por este camino, a toparme con tanto desconsuelo como me hallo, no es esto acaso ni yo puedo creer sino que es premisión suya para que me encamine lo que he de hacer.<sup>1007</sup> Y así le suplico se sirva de oírme de confesión, si no es de embarazo.

—Nunca puede serlo —me volvió él— el oír afligidos en tales ocasiones.

Púseme de rodillas, y en breves palabras referí por mayor todos los sucesos de mi vida. Quedó él admirado así de oírlos como de ver el camino que buscaba Dios para reducirme con hallarme hijo de un ilustre padre; y para continuarlo por el mismo modo, me hizo esta plática:

—Hermano don Juan, al poder de Dios nada se dificulta. Decidme ahora: si el hallaros hijo dese caballero os ha hecho hacer tan grande mudanza en las costumbres, si hoy os hallárades con una innumerable cantidad de doblones y estuviera en vuestra mano comprar con ellos el poder ser en realidad hijo del mayor príncipe del mundo, aunque os quedárades sin nada, ¿no lo dejárades todo?

—Sí, padre —dije yo.

—Poco hay que dudar dello —volvió él—, que el valor de la honra no hay precio que le iguale; pues, señor don Juan, nuestro más propio y verdadero padre es el mismo Dios, rey de los reyes, señor de los señores, cuya duración fue, es y ha de ser sin principio, medio ni fin. Dejad todo lo del mundo, servid a este Padre, que este es el verdadero que os hizo de nada, murió por vos en una cruz por libraros de las penas eternas, a las cuales, por el pecado original de nuestros primeros padres, en cuanto hombres, todos estábamos condenados. Él nos redimió por el precio de su preciosa sangre, que no hay riquezas en

---

<sup>1006</sup> Se utiliza el adjetivo *seráfico* para referirse tanto a san Francisco de Asís, como a su orden o a aquello que tiene relación con ella.

<sup>1007</sup> ‘Me dé permiso y me guíe en mi camino’.

el mundo con que se compare. Y así os aconsejo que lo dejéis todo y no sintáis pérdidas de cuyo desengaño os puede resultar mucha mayor ganancia.

Esta fue su plática después de mi confesión. Y por consejo suyo, me resolví en hacer penitencia de mis pecados en parte adonde pudiese ser de algún beneficio al prójimo, a quien por tantas vías había ofendido. Pedile que comonicase el caso con algunos religiosos de su convento, hombres de espíritu, para que, encomendándolo a Dios en sus oraciones, me señalasen parte adonde les pareciese más a propósito para servirle, y juntamente al prójimo.

En esto quedamos, y como yo comoniqué a aquel religioso la necesidad en que me hallaba por el recelo que tenía de trocar aquellos doblones que me habían quedado, me socorrió luego con dos panes de los que llevaba luego de su limosna, y algunos cuartos que traía el muchacho, al cual me mandó que diese dos de los doblones; y que al otro día fuesen a su convento, adonde, en plata o en vellón, los tendría trocados.

Hícelo así como me lo mandó y le fui acompañando hasta la ciudad. Él se fue a su convento; yo, a una posada, adonde, sin asco alguno, socorrí mi hambre, que para asquerosos es la mejor salsa. Con no pocos cuidados dormí aquella noche, pidiendo a Dios que por los méritos de san Francisco, mi padre, encaminase a aquellos religiosos a darme buen consejo en la disposición de mi nueva vida.

¡Prodigio raro! Llamábase el religioso el padre Alba, y con serlo él a dos soles, dos albas me anunciaron las luces de aquel día: una a los ojos del cuerpo, la otra a los del alma.

Fuime luego al convento, adonde topé diciendo misa, por mi buen acierto, a tres religiosos, de los cuales era uno el padre Alba. A tiempo que vi en sus manos el Santísimo Sacramento, puse las rodillas en tierra, en él el corazón. Acabose la misa, reconciliome luego, comulgué a otra; y después de haberlo hecho, mandando entregarme el dinero de los doblones, no quise yo recibir más de la mitad, dejando lo demás para que en sus sacrificios aquellos santos religios[os] me encomendasen a Dios. Fuéronse los tres conmigo al capítulo; y como había pedido al padre Alba les comonicase lo que yo le había referido de mi vida para, que con mayor noticia de mis errores, poderme aconsejar mejor en mis aciertos, y lo hubiesen conferido los tres muy de espacio aquella mañana, el mayor dellos, que era un fraile anciano, hombre de buenas letras, me exhortó deste modo:

—Señor don Juan, ayer anoche nos dijo el padre Alba todo lo que vuesa merced le ordenó nos dijese de su vida, y cómo determinaba retirarse de las cosas del mundo para servir a Dios y a los prójimos, a quien vuesa merced dice que ha mucho ofendido. Conferimos la materia esta mañana y asentamos que uno de los grandes servicios que vuesa merced puede hacer más agradable a los ojos de Dios y de mayor ejemplo al mundo es el retirarse a una antigua ermita que está en una sierra, sobre la costa deste mar océano, de aquí muy pocas leguas. Y, a las faldas della, de la parte de tierra, hay algunas aldeas y lugares;<sup>1008</sup> y en uno dellos, una casa a modo de hospital que llaman gafaria, adonde admiten, y a veces por fuerza hace la justicia que recojan, las personas tocadas desta incurable enfermedad a que llaman gafos.<sup>1009</sup>

»Dicen que procede del mucho pescado que hay en este reino, y algunos se alargan a decir que viene por la sangre que hay generación dellos, siendo vulgar engaño. Vese esto claramente en que, después que en España come[n]zaron a curar con azogue las bubas,<sup>1010</sup> se fueron despoblando de enfermos deste mal muchos hospitales o gafarias destas, con que hoy se ven pocos; y por lo que tenía de gálico se tuvo comúnmente por tan contagioso que, apartados de los lugares, se fabricaban estas gafarias, como hoy están, y juntamente los simiterios<sup>1011</sup> para los difuntos desta enfermedad, pensando que, si los enterrasen cerca de otros que no la habían tenido, por la comonificación de unos y otros huesos y cenizas tocaría el contagio a sus descendientes. Pasando por uno destos simiterios Cristo, Redentor nuestro, mandó a sus decípulos que calzasen los zapatos, testimonio infalible de su contagio.<sup>1012</sup>

»A los gallegos pobres todo se les condena;<sup>1013</sup> también los sagrados apóstoles traían los zapatos en sus singulos,<sup>1014</sup> como ellos los traen en la pretina y, siendo su príncipe el apóstol Santiago, no es bien condenarles el uso de su príncipe.

»Menos de media legua queda esta gafaria o hospital que digo, a que vuesa merced puede asistir por la mañana, y por la tarde volverse a los ejercicios santos, en que con

---

<sup>1008</sup> *Lugar*: «Población pequeña, menor que villa y mayor que aldea» (*DLE*).

<sup>1009</sup> ‘Lepra’.

<sup>1010</sup> ‘...se comenzaron a curar los tumores con mercurio’.

<sup>1011</sup> ‘cementorios’.

<sup>1012</sup> La ulceración y pérdida de total sensibilidad en manos y pies era uno de los síntomas primeros de la lepra.

<sup>1013</sup> ‘condenan’ en el ms.

<sup>1014</sup> *Cíngulo*: «Cordón o cinta de seda o de lino, con una borla en cada extremo, que sirve para ceñirse el sacerdote el alba» (*DLE*).



menor embarazo puede ocuparse en su ermita. Muy cerca della hay una fuente copiosa de agua excelente, y sitio muy acomodado para plantar algunos arbolillos, huerta y flores para ornato del altar y imágenes santas que vuesa merced tuviere en él. Esto es lo que los tres habemos ajustado y en lo que más nos conformamos, para que, por lo menos, este primero tiempo de su conversión —digámoslo así—, se aparte vuesa merced del trato de las gentes, que viene a ser lo mismo que de una mala secta a los que fácilmente se inclinan a lo malo.

A los que desean acertar, todo se facelita; así lo hice yo, que ni aun el decirseme, como después vi, que a aquellos gafos se les caían muchas veces los dedos de las manos y pies y algunos quedaban sin orejas y narices, me movió a dejar aquel santo consejo. Y con una carta que me dieron para un caballero eclesiástico, que vivía en el mismo lugar adonde estaba aquella gafaria, me partí de La Coruña.

A los que a Dios buscan, Dios los acredita; así me sucedió, porque apenas había él leído la carta de los religiosos, que sin duda fue en abono mío, cuando, por la calle adonde él vivía, pasaba una moza gallega que, a rempujones, mal que le pesaba, llevaban tres gallegos por orden de la justicia al hospital de los gafos. Iba dando voces con grande llanto, pidiendo a aquel caballero que la socorriese. Mandola traer ar[r]iba, y perguntando por qué la llevaban, dijeron ellos:

—Su cara lo dice, y no queremos que ande entre nosotros quien pueda pegar a nuestros hijos mal tan contagioso.

Esto decían por unos empeines de que traía el rostro casi todo cubierto;<sup>1015</sup> eran muy encendidos, que la hacían disforme, y acordándome que de otros como aquellos me habían curado en Italia con aceite de Holanda, dije a aquellos hombres que la dejasen libre, que en menos de ocho días la daría sana. Asegurelo también a aquel caballero; con lo cual, entregándose él della,<sup>1016</sup> mandó que solo por aquel término la dejasen en casa de una criada suya.

Hízosele difícil creer que de Holanda se pudiese sacar el aceite con que yo decía que los empeines sanaban; mandó traer media vara, hícela toda tiras; y encendiendo una a una, las fui poniendo en un plato de plata; y del humo que salía de llama se fue cubriendo de aceite toda aquella parte a que ella tocaba. Unté con él todos los empeines noche y

---

<sup>1015</sup> *Empeine*: «Enfermedad del cutis, que lo pone áspero y encarnado, causando picazón» (*DLE*).

<sup>1016</sup> Esta forma pronominal de *entregar*, ya en desuso, equivale a ‘hacerse cargo’.

mañana; y antes del término que yo había pedido, lavándola la cara con agua de rosas castellanas, quedó la gallega sin empeine alguno.

Grande crédito cobré con aquel caballero con esta cura, y fue tanto que él mismo me ayudó a componer junto a aquella antigua ermita dos aposentillos muy pequeños que habían sido de otro ermitaño, de los cuales solo las paredes estaban en pie, y aun esas maltratadas. Juntome algunas limosnas, compré un ornamento para decir misa a algunos sacerdotes cuando allí fuesen el día de San Pedro, que era la vocación<sup>1017</sup> de aquella ermita; y poco a poco, con otras que pedí por aquellos lugares y aldeas circunvecinas, y los ocho doblones que me habían quedado, la fui componiendo lo mejor que pude. Limpié la fuente, levanté la pared de la huerta que estaba toda por tierra; plantela, sembré flores y todo género de yerbas para ensaladas, con que, en muy poco tiempo gustaban muchas personas de ir a ver lo que yo había allí hecho y trabajado por mis propias manos.

Fue, pues, allí un día un señora noble [a] encomendarse al santo, que la diese salud de unos accidentes muy repetidos que la daban casi todos los días de gota coral.<sup>1018</sup> Era en tiempo de cerezas, y como del ermitaño, mi antecesor, hubiesen quedado en la huerta algunos frutales, había entre ellos un cerezo que tenía muchas muy buenas y hermosas, de las que llaman bicales,<sup>1019</sup> díjela yo a ella que mandase llevar la cantidad que fuese servida, y que, destilándolas, tomase en ayunas buen medio cuartillo de aquella agua y que fuese a pasear al campo por espacio de una hora; y que, cuando se viese rendida y cansada, viniéndose a su casa, se echase sobre la cama, más baja la cabeza que el cuerpo todo, y que, estando en aquella postura de espaldas, le echasen por las narices con una pluma algunas gotas de zumo de acelgas blancas, y que así recogida se dejase estar dos o tres horas; y repitiendo esto diez o doce días, antes de llegar a quince, haciendo este remedio, se hallaría totalmente sana.

Así le sucedió, porque de allí a un mes volvió a dar las gracias al santo de hallar en su casa el remedio de un mal tan peligroso. Mandó luego pintarle, que estaba maltratado del tiempo, y para el altar dio otras cosillas de que necesitaba.

Tenía esta señora un hijo solo y, como era único heredero de sus bienes, le quería mucho. Hubo en aquel año muchas viruelas por todos aquellos lugares; era el muchacho de muy linda cara; y, como siempre en lo que más duele topa la desdicha, diéronle viruelas

---

<sup>1017</sup> ‘Advocación’.

<sup>1018</sup> ‘Epilepsia’.

<sup>1019</sup> ‘Picotas’.

en tanto número y de tan mala calidad que, tomando esta señora por partido dejarle Dios con vida, tomó por intercesor a san Pedro. Vino a pedírselo con muchas lágrimas; oyola el santo, pasaron las viruelas, si bien quedó la cara con tantos hoyos que no le vía nadie que le conociese por el que antes era. Con todo quiso la madre, en reconocimiento del beneficio que había recibido, festejar a san Pedro en su santo día; para lo cual me había dado orden que buscase un predicador y clérigos que cantasen la misa, y todo lo necesario, muy complidamente, para que comiesen con mucho regalo.

La víspera del santo envió un criado con grande cantidad de cohetes para que, con verlos de aquellos lugares, concurriese más gente a celebrar su fiesta, como sucedió; porque a la puerta de la ermita, de la parte de afuera, se puso el púlpito, y se hizo el sermón a que esta señora asistió también con algunos parientes suyos por estar en aquella ocasión ausente su marido. Acabose la misa; ella y sus deudos comieron en uno de mis aposentillos; el predicador y los clérigos, cerca de la fuente; y a unos y otros, yo y sus criados administramos todo con mucha grandeza y larga abundancia, dejándolos admirados la disposición con que yo lo había hecho. Siempre es bien saber todo para las ocasiones que se ofrecen; de algo me había de valer el haber sido criado de aquel buen cocinero que serví en Madrid.<sup>1020</sup>

Acabado el banquete, diéronme las gracias. Y mientras pasaba la fuerza del calor, unos y otros se fueron a la ermita, y yo me quedé comiendo en mi aposento. Lo mismo hicieron los criados cerca de la fuente, y así nos estuvimos hasta que, comenzando a correr de parte de la mar un aire más fresco, yendo bajando todos de aquel monte, y yo acompañando a aquella señora, vimos que subía con grande prisa el marido de una criada suya, que había quedado con el niño.<sup>1021</sup> Y llegando a nosotros, la dijo cómo él se había quemado toda la cara con un poco de pólvora que había sobrado de los cohetes; que bajase aprisa porque estaba muy malo.

Comenzó a llorar y dar tiernas voces la aflegida señora:

—¿Qué es esto, san Pedro? —decía ella—. ¿Sobre un mal otro mal? ¿Cuando yo pensaba agradaros en algo, me desconsoláis tanto?

Yo la dije que no tuviese pena, que el santo lo haría como quien él era; que yo sabía un evidentísimo remedio que le daría sano. Con esto se alentó tanto que, en menos

---

<sup>1020</sup> Alemán, 2012, pp. 190-215.

<sup>1021</sup> Entiéndase, a pesar de la ambigüedad de la construcción, ‘que había quedado al cargo del niño de la señora’.

de un cuarto de hora, llegamos a su casa, adonde, por habérsele hinchado la cara toda al niño, ni él nos pudo ver ni nosotros sus ojos.<sup>1022</sup>

Considera, pues, cuál la pobre madre quedaría viendo así su hijo. Cayó con un desmayo; del cual volviendo en sí, la dije que no me apartaría de su casa hasta dejarlo bueno.

Mandé luego traer de la botica un poco de ingüente<sup>1023</sup> blanco crudo y otro tanto de populián,<sup>1024</sup> y mezclándolos mucho con un cuchillo, los fui extendiendo sobre las hojas de llantén, con las cuales cobré todo el rostro y una mano que estaban quemados. Así como las hojas se secaban, volvía a poner otras, limpiando primero con una pinza los granos de la pólvora que en rostro quedaron. Hasta los nueve días fue decreciendo el fuego, y en más de diez no se reconoció si tenía los ojos sanos por mucho que se le había hinchado la cara. De seis en seis horas repetía las curas, enjugando primero las materias que se iban haciendo, y esto de manera que en ninguna parte se hiciese postilla. Como el fuego había penetrado mucho, y poco a poco fuese creciendo igualmente la carne nueva, vino a igualarse de manera toda la tez del rostro, que en treinta y tres días quedó sano del fuego, sin hoyos de viruelas, y le volvieron a nacer de nuevo las pestañas y cejas, y tan sutil el pelo como cuando comienza a salir a los niños.

No cabía en sí la madre de placer. Y para lo encendido de la cara, le apliqué el sebo que a los recién nacidos sacan las comadres; y aderezado con albayalde,<sup>1025</sup> usé dél otro mes; con lo cual, en poco más de dos se quedó aquel niño con la misma hermosura que de antes de las viruelas había tenido.

En todo este tiempo no consintió esta señora que yo entrase en la gafaria, pero en todo él mandó con larga mano asistir a los enfermos con todo lo de que necesitaban, y a un criado suyo que estuviese en mi ermita para dar recado a un sacerdote que, mientras duró la cura, dijo en ella misa. Y dende allí adelante, todos los días de fiesta lo fue continuando; y yo, mi ejercicio de acudir a los gafos una vez al día, con más de lo que pensé poder hacer nunca, porque como por todos aquellos lugares corriese la voz de las

---

<sup>1022</sup> Me ha sido imposible descodificar la glosa marginal que, referida a este párrafo, aparece en el ms. (p. 620).

<sup>1023</sup> ‘Ungüento’.

<sup>1024</sup> ‘Populián’ en el ms. *Populeón*: «Ungüento calmante, compuesto de manteca de cerdo, hojas de adormidera, belladona y otros simples, entre los cuales figuran como base principal las yemas de chopo o álamo negro» (DLE).

<sup>1025</sup> *Albayalde*: «Carbonato básico de plomo, de color blanco, empleado en pintura y, antiguamente, en medicina y como cosmético» (DLE).

curas que hacía, no quedaba enfermo de ninguno dellos que no viniese a comonicarme el mal que tenía, y todos me llamaban el doctor ermitaño.

A los asmáticos mandaba que en vino, por la mañana en ayunas, tomasen en cuatro o cinco días dos onzas de polvos de hígado de lobo, bien tostado primero, y que no comiesen nada hasta medio día. Evidente remedio con que sanan todos.

Para las tercianas o calenturas<sup>1026</sup> grandes, que dan con crecimientos, mandé traer por mar, de Sevilla, unas cortezas que vienen de Indias, que en la hechura y color imitan la canela, si bien amargan mucho; tomando desto tanta cantidad cuanto pesan dos reales de plata, después de hecha polvos y cernida por cedazo muy fino que queda como harina, la ponía a serenar una noche revuelta en medio cuartillo de vino blanco y bueno; y al tiempo que comenzaba el frío, a los tercianarios, meneándolo mucho, se lo daba a beber, y con algunos tragos más de vino y agua que echaban en el vaso les hacía beber todo. Prodigioso remedio es este, que jamás lo di a nadie que, pasada aquella, volviese la terciana, si no fuese con nuevo exceso de no guardar la boca,<sup>1027</sup> y otras cosas que la provocan por cuarenta días; y si no lo hacen, les vuelve; y, repitiendo el remedio, se les vuelve a quitar; los que beben mucho, cualquier cosa que sea, son a quien más repite.

En las calenturas que dan con crecimientos a horas señaladas, tomando el punto del día antecedente a qué tiempo le vino,<sup>1028</sup> usando del remedio, bebiéndole estos una hora antes del crecimiento, les sucede lo mismo que a los tercianarios. En diferentes partes tienen estos polvos diferentes nombres: en unas los llaman polvos de los teatinos; en Roma, del cardenal Lugo, porque los tenía y los daba a todos; y en su nombre propio polvos de Loja.<sup>1029</sup>

Los niños que tenían fuego de San Antón, que algunos llaman usagre,<sup>1030</sup> que da en la cara, manos, brazos y piernas —y tal vez tomando el cuerpo todo, si llegan a cubrir

---

<sup>1026</sup> ‘calienturas’ en el ms.

<sup>1027</sup> *No guardar la boca*: ‘cometer excesos con la comida’.

<sup>1028</sup> ‘Tomando como referencia la hora a que le había venido al día anterior’.

<sup>1029</sup> «En los valles de Catamarca y de Salta, de la provincia de Tucumán; y en río Negro, de la provincia del Río de la Plata, se dan los árboles de quinaquina altos y gruesos [...] Su corteza hecha polvos tiene admirable virtud, bebidos en vino para expeler las fiebres tercianas. Usábanla los indios para esos efectos, pero por el odio contra los españoles, les recataron por más de un siglo por que no se valiesen de ella. Descubriolo casualmente un indio a un español, vecino de la ciudad de Loja, en el reino de Quito, el cual sabiendo adolecía en Lima la excelentísima condesa de Chinchón, virreina de Perú, de unas molestísimas y prolijas tercianas, [...] le aplicó los polvos de la quinaquina, que en pocos días quedó perfectamente sana». (Lozano, 1994, p. 30.)

<sup>1030</sup> *Usagre*: erupción pustulosa, seguida de costras, que se presenta ordinariamente en la cara y alrededor de las orejas durante la primera dentición, y que suele tener por causa la diátesis escrofulosa (*DLE*).

la boca del estómago, se mueren sin remedio—, en tres o cuatro días los ponía sanos untándoles toda la parte en que tenían aquellas postillas, de que sale a veces un humor delgado, con unto de puerco sin sal que sea muy añejo; y del polvo de la calle por donde todos andan, le[s] cobría toda la parte untada. Cargándola con la mano, se pegaba el polvo, y en tres o cuatro días que usaba deste remedio, se iba secando todo, de manera que, antes de los cinco, saltaban las postillas y quedaban sanos, de tal modo que los mismos doctores se admiraban de ver que no les resultase mayor daño acudiendo aquel humor a parte más peligrosa. Y en buena filosofía esta es la verdad, pero la experiencia ha mostrado que a los males que no proceden del interior del cuerpo ni se les comonican sus malos humores por las venas, como a las viruelas y sarampión, no puede hacer daño quitar aquel humor que anda entre cuero y carne con remedios dóciles y no violentos, como sucede a los que saben curar bien la tiña y sarna, como yo lo hacía.

Asquerosísimas son estas dos enfermedades; una y otra proceden de cosas saladas. Como hay tanto pescado en el Reino de Galicia, rara es la persona, aunque sea el más pintado caballero o melindrosa dama, que no haya tenido, tenga o deje de tener un poco que rascar, como en otras partes vemos que tienen muchos otras rascaduras que no son de más gusto que las de la sarna; que a ser invisible, decía un cortesano que era deleitación capaz de precepto de octavo pecado mortal a los que por su gusto mucho se rascasen. Desta enfermedad curé infinitos tomando unto de puerco sin sal, muy añejo, y azufre, que pesé otro tanto, muy bien molidos en el almirez o piedra de pintor,<sup>1031</sup> hecho todo un ungüente, untándose con él las manos o parte en que se rasca la persona que la tiene, en muy pocos días se le quita la sarna sin que se haga esto por todo el cuerpo, como acostumbran hacerse otras curas de que proceden a veces males más peligrosos.

Para curar la tiña hay diversos modos, pero con muchos dellos se pierde el cabello. El que no había exprementado ninguno, curándole yo, se quedaba con todo en esta forma:

Trasquilábale la cabeza sin dejar pelo alguno, y con un hilo fuerte y no muy delgado, tomando una punta en los dientes, la otra con la mano derecha, con la izquierda por el medio le daba algunas vueltas y, como cuando las mujeres sacan el vello de la cara unas a otras, al hilo iba yo sacando de toda la parte de la cabeza en que había postillas; después de lavadas con una esponja mojada en orines, todo el cabello en cuyas raíces había cañones y lo demás adonde el cuero de la cabeza estaba colorado, hasta dejarla

---

<sup>1031</sup> ‘Mortero’.

como la palma de la mano en toda la parte en que había tiña; y rayendo la demás a la navaja, lavándosela muy bien con la misma esponja y limpia con una toalla que no quedase húmeda de los orines, se la untaba toda de miel virgen, que hace más efecto, y la cobría toda de un bollo, que estaba muy bien amasado y no muy duro, de harina de centeno; ajustándose bien a la cabeza, lo dejaba así hasta ocho días; en los cuales, volviendo a repetir la cura, despegando a pedazos poco a poco el bollo de la cabeza, venían en ellos pegados los cañones y cabellos que habían crecido en aquel tiempo.

A donde los pedazos del bollo estaban más húmedos, era señal que allí había penetrado más el humor de la tiña; y después de lavada la cabeza como se ha referido, en aquella misma parte iba sacando todos los cabellos con una tenacilla en cuanto en las raíces traían aquel humor vidriado de que ella se engendra, lo demás con el hilo; y volviendo a lavarla con orines, con la miel y bollo, la dejaba así otros ocho días. Y en nueve o diez semanas venía a quedar calva la cabeza en toda la parte en que había tiña, y la tez del cuero muy sutil y delgada. Y para conservarla así hasta nacer el pelo, era necesaria no andar al aire descubierta, para lo cual hacía un ungüente de unto de puerco sin sal, que fuese muy añejo, y unas cebollas silvestres que hay en los montes —en Galicia las llaman albarran[a]s—, cuyas hojas son del mismo color y modo que de las azucenas,<sup>1032</sup> si bien un poco más anchas. A esto, después de muy pisado, añadía cera derretida con aceite de almendras dulces, y de todo mezclado, sin ir al fuego, quedaba hecho el ingüente con que noche y mañana untaba la cabeza, trayéndola siempre atada con una cofia de lienzo hasta totalmente se cubrir de cabello; la cura es larga, pero es evidente, y es menester guardarse las personas a quien se hace, hasta nacer el pelo, de comer pecado, fruta y verduras.

A los niños que tenían lombrices, aplicaba dos emplastos de artemisa pisada con un poco de estiércol<sup>1033</sup> de puerco, orines sobre lana sin lavar; estando bien calientes rociados de vinagre, le ponía uno sobre los riñones, el otro en la boca del estómago, y fajados muy bien, los echaba en la cuna; y a muchos sucedió de la primera vez quedar buenos y sanos, estando ya en el último trance de la vida, sin esperanzas della; yo fui el uno.<sup>1034</sup>

---

<sup>1032</sup> De conocido uso medicinal, la albarrana es muy parecida a la cebolla común, pero de mayor dureza y enorme amargor.

<sup>1033</sup> ‘estercol’ en el ms.

<sup>1034</sup> ‘Siendo yo el primero que no tenía esperanzas en su curación’.

Cuando a las mujeres sucedió, o por respecto de algún mal parto, o por otro accidente, sobrevenirse algún flux de sangre<sup>1035</sup> tan copioso a que los doctores no hallaban remedio y las desahuciaban de la vida, mandaba yo traer una buena cantidad de estiércol de mulas que comían paja y cebada, y que fuese muy fresco de aquel día, y mandándole tostar en el horno, pisándole muy bien, pasando por cedazo tanto que hiciese cantidad de más de medió celemí,<sup>1036</sup> lo echaba en un barreño y mandaba amasar con claras de huevos y algunas yemas; con un poco de agua de rosas castellanas. Y de aquella masa, que no fuese totalmente fría ni caliente tampoco, las mandaba cubrir todo el vientre, desde el estómago hasta todas las ingles; y, en el mismo punto que estaban fajadas, comenzaba a parar la sangre; y a ninguna se hizo este remedio que, si totalmente no estaba desangrada, perdiese la vida.

A las que por causa de unos enceradillos<sup>1037</sup> y otras cosas que se ponen cuando paren, para divertir la leche por no querer criar a sus hijos, las sobrevenían calenturas recias, de que muchas se mueren y otras enferman para toda la vida, mandaba que luego las trajesen perrillos para que las mamasen aquella leche retenida, y después por algún tiempo la diesen a sus hijos. Con este remedio sanaban de la enfermedad presente, y, librándose de las futuras, en más breve término se hacían preñadas.

A algunas sucedía hinchárseles los pechos, o ya por respecto de la abundancia de la leche que allí les acudía, o por otro mal a que llaman pelo,<sup>1038</sup> que da en el pezón, que causando dolor no pueden sufrir que le mamen los niños; y de aquel mal humor que allí se retiene, si no le acuden presto, se engendran materias y vienen a abrirse por una y muchas partes, y ser largas las curas. Con mucha facilidad les daba yo remedio desta forma: tomaba dos partes de apio y una de yerba mora, y sacando cantidad de zumo le echaba un poco de aceite rosado, una yema de huevo fresco, con harina de trigo para embastecerle, y meneándole a fuego manso, así caliente, con hilas y pedazos de lienzo viejo de lino mojados en aquellos, le cobría todo el pecho, de manera que por doce horas estuviese siempre húmido.

---

<sup>1035</sup> ‘Disentería’.

<sup>1036</sup> ‘zalamí’ en el ms. *Celemín*: «Medida de capacidad para áridos, que tiene 4 cuartillos y equivale en Castilla a 4,625 litros aproximadamente» (DLE).

<sup>1037</sup> ‘Emplastos’.

<sup>1038</sup> *Pelo*: “Enfermedad, que da a las mujeres en los pechos, causada de congelarse la leche, con que se malicia y daña” (*Autoridades*).



Si se usaba deste remedio antes de haberse engendrado materias en los pechos, luego, a la segunda cura —que se hacen dos entre día y noche—, se reconoce grande alivio en los dolores, y poco a poco, sin hacer daño alguno, se resolvía el humor quedando totalmente sanos; pero si las materias estaban ya formadas, no era así, porque cargando a la parte inferior de los pechos, los unos se abrían sin otra diligencia, otros con la lanceta, y metiéndole mechas mojadas en miel iban purgando por allí todo aquel mal humor por la virtud del apio y la yerba mora; que en la forma que tengo referido, hasta estar sanos, usaba destas yerbas.

Sobrevino una grande enfermedad por aquellos lugares a modo de postemas o diviesos<sup>1039</sup> que daban en las manos, brazos o piernas, que allí llaman carbuncos,<sup>1040</sup> por lo mucho que encienden la parte adonde nacen; a estos y a los que metiendo las manos entre las zarzas se picaban en las espinas de culebras, que sobre ellas echan, y a los que tenían llagas incurables en los pies y piernas, curaba con lo mismo que tengo referido, poniendo más atrás de la parte enferma paños de lienzo mojados en vinagre, después de hervir muy bien con bol arménico o barro colorado.<sup>1041</sup>

También para las llagas que naturalmente salen a muchas personas, en las piernas o cualquier otra parte del cuerpo, me dio un portugués que por allí pasó unos pedazos como huevos, que el color y peso imitan al chocolate, y es una confición que viene de la India Oriental a que llaman cato.<sup>1042</sup> Tomando tanto desto como una haba seca, molido en almirez con agua de rosas castellanas o de la fuente, poniéndole sobre las llagas con una pluma dos veces al día, en muy pocos sanan. Cuando hay llagas en la boca o en la garganta, tra[y]endo en la lengua tanto como una avellana mondada hasta que poco a poco se vaya deshaciendo muy de espacio; y si el mal está en la garganta, tragando saliva, en muy pocas horas se reconoce el efecto, y en dos o tres días quedan de todo sanos. Con este remedio, si el mal es grande, se ha de ir muy de espacio, porque es muy violento, y más vale conseguir la salud en más dos o tres días que divertir en pocos de allí el humor que naturaleza arroja en muy corto término.

---

<sup>1039</sup> Diviesos: 'Furúnculos'.

<sup>1040</sup> *Carbunco*: «Enfermedad virulenta y contagiosa, frecuente y mortífera en el ganado lanar, vacuno, cabrío y a veces en el caballar, que es transmisible al hombre, en el que se denomina ántrax maligno, y está causada por una bacteria específica» (DLE).

<sup>1041</sup> *Bol arménico*: «Arcilla roja procedente de Armenia y usada en medicina, en pintura y como aparejo en el arte de dorar» (DLE).

<sup>1042</sup> *Cato*: planta medicinal que se utiliza, principalmente, para mejorar el aparato digestivo.

Deseé de hacer experiencia en los que, engendrándosele[s] llagas en las tripas, vienen a morirse de cámaras de sangre,<sup>1043</sup> al tiempo que le aplican medicinas para curárselas, echarle en ellas una pequeña parte deste cato molido; pero no me atreví por haberme dicho aquel portugués que me le dio, que uno de los ingredientes de que se componía era cal de hostias,<sup>1044</sup> a que llaman chunambo, y que se come en la India por regalo mezclándole con ciertas hojas que llaman betel<sup>1045</sup> y fruto areca, que es otro árbol.

Las cámaras de uno y otro género curaba yo con facelidad grande; dejábalas correr dos o tres días primero, no siendo la cantidad de los cursos en tanto número que pusiese a riesgo la vida del enfermo; que en este caso, como en mí exprementé, después de tenerlas doce horas, las atajé con comer un membrillo crudo. Pararon luego, y al tercero día, no usando dél, volvieron a correr los cursos, y yo a los membrillos, con que quedé sano en menos de ocho días, habiendo sido de sangre y copiosísimas. Cuando daban a niños o a personas que no podían tragarlos, los daba el zumo dellos a beber y les hacía el mismo efecto, aunque fuesen verdes y muy pequeños. Al pisar estos en el almirez, les echaba agua y, teniéndolos en infusión cinco o seis horas, les sacaba el zumo junto con la agua con que se habían pisado. Para el tiempo que no había membrillos, los guardaba de antes, hechos cuartos y secos como orejones, poniéndolos el día de antes que eran necesarios en agua;<sup>1046</sup> al otro, estando tiernos, los pisaba mucho, y vueltos a la misma agua en que habían estado, en una empresa los sacaba toda la sustancia; esta daba a beber a los enfermos, y cesaban las cámaras.

En aquella región sucede muchas veces dar repentinamente en el estómago un dolor tan intenso que es insoportable, a que llaman cólica, y se atura muchas horas; algunos se mueren. Mandándolos meter los pies en agua caliente todo lo que puede sufrirse, en menos de un cuarto quedaban libres dél.

A las personas a quien daban calenturas continuas de mala calidad, que por no obedecer a las sangrías ni a otros remedios temían los doctores parar en una hética,<sup>1047</sup> mandaba que tomasen tres o cuatro veces al día otras cucharadas de agrio de sidra puesto

---

<sup>1043</sup> ‘Diarrea con sangre’.

<sup>1044</sup> ‘Polvo de las conchas de las ostras’, no he hallado referencia alguna del término *chunambo*.

<sup>1045</sup> ‘Betle’ en el ms. La hoja de betel es apreciada por su efecto estimulante, así como por sus numerosas cualidades medicinales.

<sup>1046</sup> Es decir, poniendo el día antes en agua los que eran necesarios.

<sup>1047</sup> ‘Tisis’.

en almíbar, y con feliz suceso se vían libres dellas, haciendo más efecto este remedio que la piedra bezar oriental,<sup>1048</sup> que en casos tales tienes por más único.

A los que en los oídos sucedía dar algún dolor grande, que a veces es de suerte que pierden la paciencia los que la padecen, mandaba calentar mucho al fuego una alcuza que hubiese servido mucho tiempo de aceite sin que de presente le tuviese; y sacándola de las brasas humeando, revuelta en un paño grueso para retener el calor, le ponía en la boca medio pliego de papel, hecho a modo de embudo de hoja de lata, atándole con un hilo por la parte ancha al cuello de la alcuza, que no respirase el humo sino por la parte superior, que era más delgada que una pluma; y sobre ella metía el oído, y penetrando aquel humo la parte más alta se quitaba el dolor.

Para las almorranas o cualquier otra inflamación que sobrevenga en la parte donde las hay por respecto del humor colérico, usaba de un remedio que, aunque parece ser contra toda buena filosofía, es eficacísimo. Mandaba a las personas que las tenían que, todas las veces que proveesen sus necesidades, lavasen con orines o agua de malvas aquella parte, y después de enjuagarla con el paño del servicio, la untasen con miel; y si eran estílicos, usando deste remedio dos veces al día, en muy pocos sanaban. Quien a los principios que le comie[n]zan a usar de la miel, divertirá de allí todo el mal humor, no dejando habituar naturaleza a que le arroje por allí con tan grande exceso que le coste la vida, como a muchos ha sucedido en muchas ocasiones; después de habituarse, no vale este remedio.

También es mal penoso cuando, revolviéndose las uñas de los dedos pulgares de los pies, se meten en la carne. Este y los callos, que también afligen, curaba con mandar que los lavasen muy de espacio con agua caliente para humedecerlos, de manera que con una navaja, tijera o cuchillo más fácilmente pudiese quitar la parte de la uña o callo que causaban el dolor hasta dar en lo vivo, aunque saliese sangre, y sobre aquella parte, derretiendo a una luz cera, hacía que cayesen tres o cuatro gotas, lo más calientes que pudiese sufrirse; estas allanaba con el dedo, y sobre ellas puesto un enceradillo que cobría el pulgar o parte que dolía que fuese tan sutil que no impidiese el calzarse; y si de la primera vez, teniéndole ocho días, no quedaban sanos, volviéndose a repetir la segunda,

---

<sup>1048</sup> Piedra bezoar: concreción calcúlosa que suele encontrarse en las vías digestivas de algunos mamíferos y a la que se atribuyeron propiedades curativas (*DLE*).

no necesitaban la tercera. Hace más efecto este remedio si la cera es virgen de los primeros panales que hacen las abejas.

Para los lobanillos que nacen en la cara, cabeza, manos y pescuezo,<sup>1049</sup> tomaba la raíz de la norcia,<sup>1050</sup> y puesta debajo del rescoldo, como cuando en él se asan castañas o batatas, y así caliente todo cuanto pudiese sufrirse, y aun más siendo posible, ponía sobre la parte inferior del lobanillo una tajadita de aquella raíz del tamaño y modo de una media castaña; y no yendo muy caliente, repetía otra que lo fuese; y como quien ata una sangría, con su cabezal grueso encima de la norcia, la dejaba atada por veinte y cuatro horas. Esto por nueve días que continuaba; a veces antes dellos se abría el lobanillo.

Haylos de tres géneros: los que son más duros tienen dentro una cosa blanca a modo de sebo, cúranse más de espacio porque se les va quitando aquello a pedazos con una tenacilla o pinza; y mientras no sale todo, ponen sobre la abertura unas hilas mojadas en miel; y después de haber salido todo lo que estaba dentro, con ungüente de encuerar, en tres o cuatro días los dejaba sanos; y por mayor que fuese el lobanillo, aunque estuviese en cualquier parte de la cara, no dejaba más señal que un hoyo de viruelas; los de segunda calidad, que no son tan duros, tienen dentro una cosa a modo de un higo blanco; en abriéndose estos, con apretarlos, van echando aquel humor, como las materias un devieso;<sup>1051</sup> y metiéndole una mecha, mojada en miel en el agujero, antes de tres días se vacían de todo, y curándose como esotros, sin dejar más señal quedan como ellos. En los que están llenos de agua no hice experiencia, porque, a los que los tienen no embarazan tanto en cuanto son pequeños, no tratan de curarlos; y después de crecidos desmesuradamente, como muchos vemos, ni me atreví a hacerla ni a que en ellos se hiciese los que los tenían, siendo así que la cura destos tengo por más fácil y más segura mientras no llegan a ser mayores que un huevo.

El remedio más cierto para curarlos, y las quebraduras de los niños, es el que en Entre Duero y Miño se usa con prodigioso efecto: el que los tiene, o el niño quebrado, con llevarle este o irse aquel a hacer una novena a San Benito, raros son los que antes

---

<sup>1049</sup> *Lobanillo*: «Bulto superficial, y por lo común no doloroso, que se forma en la cabeza y otras partes del cuerpo» (*DLE*).

<sup>1050</sup> Al no encontrar referencia de esta raíz curativa, entiendo que será alguna a la que se atribuía origen italiano, con lo que interpreto Norcia (Perugia) como topónimo.

<sup>1051</sup> 'Forúnculo'.

deste término no hallan sanos y buenos a sus hijos. Mucho obra la fe en aquel país, que es el mayor elogio que podemos darle.<sup>1052</sup>

Al tiempo que yo pasé por la ciudad de Braga, sucedió lo siguiente:

Guárdase por constumbre, en las tierras de Entre Homem y Cávado, el día de Santa Margarita por ser patrona de la capilla del mayorazgo de los señores dellas. Sucedió pues, que, yendo a nadar a aquel río Cávado diez o doce mozuelos de un aldea que llaman Barreiros, distante dél cerca de medio cuarto de legua, adonde hay unos molinos que allí llaman *aceñas de fervenzas* porque, cayendo el agua por la acequias dellas, parece que hierve, ahogose uno dellos en un piélago hondo. Viendo los demás que no podían valerle, se vistieron aprisa y se fueron a la aldea a decir a su madre que él quedaba ahogado, que fuesen a sacarle.

Ella, con grande llanto, comenzó a bajar hacía el río, diciendo en altas voces:

—¿Cómo puede ser, santa Margarita?, ¿mi hijo ahogado en vuestro día rezándoos yo tanto? ¡No quiero creerlo!

Pudo tanto la fe desta labradora que, con gastarse todo el tiempo que tengo referido y lo demás que fue menester para traer un barco de la otra parte y sacarle a su hijo de bajo del agua, frío, yerto y tieso, tomándole en las faldas y dándole vueltas a una y otra parte, fueron tales las voces que dio a la santa que, echando el muerto un grande golpe de agua por la boca, comenzó poco a poco a respirar, acudíole el calor, desentumeciose,<sup>1053</sup> y quedó con vida después de haber estado en el hondo de aquel piélago más de una larga hora. ¡Tanto puede la fe en Entre Duero y Miño, que no tan solamente es el único remedio de los males del cuerpo y los del alma, sino que es poderosa para resocitar los que están sin vida!

Muchos curé de bubas sin hacer cama ni perceder sangrías ni jarabes ni purgas, sin tomar sudores ni unciones, y muchos que, después de haberse curado con ellas sin cobrar salud, perfetamente la consiguieron en diez días. Mandaba traer de la botica cuatro onzas de zarza, cuatro de sen, cuatro de polipodio, cuatro de palo santo, cuatro de azaro, cuatro de hermodátil,<sup>1054</sup> cuatro de violetas. Todos esos ingredientes repartía cada uno dellos en dos partes, para hacer dos cocimientos en esta forma: echaba cinco escodillas<sup>1055</sup>

---

<sup>1052</sup> De difícil comprensión, aparece una nota marginal en el ms. (p. 632), que creo que quiere advertir de que, la distancia con la que habla el autor de ‘aquel país’ no lo hace ajeno a su patria.

<sup>1053</sup> «desentericose» en el ms.

<sup>1054</sup> ‘Quitameriendas’: planta de la familia de las liliáceas.

<sup>1055</sup> Escudilla: vasija ancha.

de agua, que cada una llevase más de medio cuartillo, en una olla nueva vidriada; y metiendo dentro un palo, ponía una señal en la parte hasta donde llegaba; vaciándola fuera, le volvía a echar dentro una azumbre y media con dos onzas de zarza, abierta por el medio, cortándola muy menuda con cuchillo o tijera. Cuando esto se hace, ha de estar el agua bien caliente ; y muy tapada la tenía en enfusión veinte y cuatro horas; al fin de las cuales echaba en la olla las otras dos onzas de sen, dos de polipodio y dos de palo santo, todo bien molido en el almirez. Y puesta en la boca de la olla una escudilla revuelta en un paño, que de ningún modo respirase, poniéndola en medio de un brasero, cocía a fuego manso, hasta que, destapándola y metiendo en la olla el palo, quedando el agua un dedo más arriba de la señal, le echaba las otras dos onzas de hermodátil, dos de azaro, dos de violetas, todo molido, y volviendo a taparla, así a fuego manso, hasta bajar la raya del palo ha de estar cociendo.

Después de haberlo hecho, así muy bien tapado le tenía una noche, y por la mañana por un paño grueso, como quien saca una almendrada, le iba colando; y dentro de una hora, que es mejor a las ocho, daba al enfermo una escodilla bien llena deste cocimiento, sin que fuese caliente, y cuatro confites por el sabor de la boca. Y de allí a una hora le daba una escodilla de sopas de caldo de gallina y carnero; y a medio día, unos tragos del mismo caldo, un bizcocho mojado en vino, comiendo cocido o asado; el agua que bebía era de zarza simple. Repitiendo segunda vez este cocimiento en otros cinco días, y guardándose cuarenta de todo aquello que se guardan los que toman unciones, quedaban buenos y sanos, así los bubáticos como los que por respecto de humores fríos no hallaban cura a sus males.

Para los sabañones usaba de un remedio facilísimo que, siendo antes de abrirse, todos sanan dellos. Tomaba un pedacito de lienzo delgado cuanto cobriese todo el sabañón, y extendiendo con un cuchillo en él tanta trementina de beta que le cobriese bien, de modo que quedase pegado al sabañón, calzando sobre él el escarpín, con dejarle andar hasta que despegase, muchas veces, sin más otra diligencia, quedaban sanos; y si aún se sentía algún humor allí, con repetir la cura quedaban libres dellos los que los tenían.

Con la aguarrás que te he referido en el capítulo otavo deste libro tercero desta tercera parte de mi vida, curaba brevemente todas las heridas que no eran penetrantes y, siendo en el rostro, no dejaban señales; dolores de brazos, muslos y piernas, y si se

rompían. Para males de madre es prodigiosa.<sup>1056</sup> Para algunas cosas de la pintura es muy necesaria; quita las manchas del aceite y cualquier otra grasa de todo lo que es negro, hasta de los sombreros, que es lo más difícil. Verás el uso della en el capítulo otavo deste tercero libro.

En dolores de muelas, después de haber usado las personas que los padecían de vinos estílicos, que se hacen con diferentes cocimientos, uno con rajas de madera de pino de parte que tenga nudos y resina en ellos, otro con hojas de olivo,<sup>1057</sup> las granadas verdes o las cáscaras dellas, aunque estén secas. También de aquella parte por donde los olivos echan por el tronco un humor acabellado oscuro más líquido que resina, de mal olor y agrio, cortando con una azuela pedazos de aquel palo, con el mismo que rezuma, hervido en vino muy tinto, trayéndole en la boca, tal vez quita el dolor. Otras, tabaco de hoja de Brasil; el caldo de las aceitunas; la goma del hinojo, que se halla en las boticas y se pone en la muela que está agujerada;<sup>1058</sup> aunque el incenso quita a veces el dolor, hace que se rompan. Exprementados, pues, muchos destos remedios en personas a quien los grandes dolores habían quitado el sueño muchas noches, solo con ponerles miel en la muelas que dolían, en menos de media hora quedaban con alivio, y dormían la noche sin ningún embarazo.

Cuando el mal de ojos procedía de calor, tomaba partes iguales de agua de rosas castellanas y clara de huevo fresco y, batiéndolo mucho, sacaba en la orilla<sup>1059</sup> de un plato toda la espuma; y de lo que della iba cayendo al medio, poniéndolo en los ojos de día y de noche muchas veces, si era de calor el mal que tenían, en muy pocos quedaban sanos sin inflamación alguna.

Pero cuando a las veinte y cuatro horas no aprovechaba este remedio, reconociendo más inflamados los ojos, por causa de ser el humor frío, usando de su contrario, mandaba traer de la botica un poco de tutía<sup>1060</sup> preparada, cantidad que llenase una media cáscara de nuez, y echándola en la cuarta parte de un cuartillo de vino blanco y bueno, poniéndole al sereno una o dos noches, meneándole algunas veces en el vidrio

---

<sup>1056</sup> Ver nota 963.

<sup>1057</sup> 'ulivo' y, dos líneas más abajo, 'ulivos' en el ms.

<sup>1058</sup> «Lo mismo hace el cato.» Anotación en el margen del ms. (p. 635.)

*Cato*: «Sustancia medicinal compacta y astringente, extraída por decocción de los frutos verdes. (DLE).

<sup>1059</sup> 'urilla' en el ms.

<sup>1060</sup> *Atutía*: óxido de cinc, también utilizado como ungüento medicinal.

en que estaba, después de estar sentada la tutía<sup>1061</sup> en el hondo, y claro el vino, poniéndolo en los ojos del enfermo con una pluma de seis en seis horas, en muy poco tiempo quedaba sano. Arde este remedio mucho al ponerse, y esotro refresca; y por esta razón usaba del primero y juntamente, porque, aunque el mal de ojos proceda de humor frío, no les hace tanto agravio usar deste remedio como hiciera el de la tutía; siendo de calor el mal, queda en ellos.

Si por tardarles con el remedio a tiempo y acudir a los ojos tan copioso humor y de calidad tan mala que los cobría de nubes, a muchos me sucedió, estando ya sin ver nada, si era en los principios, quitárselas y volverles la vista con este remedio: tomaba un huevo fresco del mismo día, y la clara sola echaba en un plato, batiéndola tanto con la punta de una caña, hecha rajas, que, haciéndose toda espuma muy basta, no quedase nada líquida; y trastornando el plato a una parte, aquel licor que salía de la espuma echaba en una redomilla de vidrio con agua de rosas castellanas, que no fuesen de Alejandría, y otra tanta de malvas, un poco de azúcar piedra preparado en la botica.

Estando, pues, esto todo en la redomilla, molía en el almirez tanto cardenillo como una avellana, y desatándole con las mismas aguas o con cualquier dellas, echaba en el vidrio cantidad solamente que tiñiese muy poco lo que en él estaba; y, meneándole mucho, quedaba hecho el colirio, que, poniéndole en los ojos con una pluma muy sutil al acostarse y despertar las personas que tienen las nubes, en muy pocos días se las quitaba; haciendo más evidente efecto en las que procedían de humor caliente. No lo expremeté en las de las viruelas, que por la misma razón debe ser remedio eficacísimo.

En golpes y heridas que se dan en las manos, brazos, pies, piernas, y otras partes, que no sean penetrantes, usaba del polvo del salitrón que gastan los plateros, que es la espuma que se halla en los hornos de vidrio, como piedra blanca. Y apretando la herida que se desangrase bien, la volvía a abrir; y echando el salitrón hecho polvos en ella, luego se cerraba sin acudir allí humor ni materia ni curarse más que la vez primera. Deseé de hacer la experiencia en cuchilladas que suceden darse en el rostro, porque como es tan vehemente esta cura ni deja allí acudir humor, es cosa infalible que ha de quedar muy poca o ninguna señal de la herida.

Con estos remedios, pues, y otros muchos que, si el tiempo me diere lugar, daré a la estampa, gané tanta openión entre los gallegos que de lo que se me daba, además de

---

<sup>1061</sup> 'totía' en el ms.



socorrer al hospital de los gafos, hacía muchas limosnas a los pobres, que hago y espero hacer mientras la vida me durare para que Dios me perdone las muchas ofensas que a su divina Majestad y al prójimo tengo hecho.<sup>1062</sup>

Y pido a las personas que con estos remedios se hallaren bien, cobrando su salud, que pidan a Dios me libre de las penas del infierno, y que por su grande misericordia permita que en el purgatorio pague las de mis culpas, y que no castigue con todo el rigor que merecen todos aquellos, que, hallando secretos naturales en beneficio del prójimo, pecando contra la caridad, dejan de divulgarlos, o por sus particulares intereses o por su mal natural o por pensar que aún no se mueren de aquella, que es lo más cierto. Como hacen muchos que hasta la sepultura quieren llevar consigo sus doblones, hacen estos con los secretos que Dios y la experiencia por primisión suya le trajo a sus manos; y si esto merece un grande castigo, ¿cuál será el que ha de darle al que da arbitrios contra el prójimo?

Tan cansado te juzgo de mis locuras y curas,<sup>1063</sup> que me parece no ser necesario pasar más adelante con el proceso de mi vida. Sirvante de espejo mis trabajos, y de ejemplar mis sucesos, que este es el único fin para que te he escrito las tres partes della. No expremes a tu costa lo que yo expremé a la mía. No fíes de tu entendimiento los aciertos de la dicha, ni que tu prudencia estorbe los desaires de tu fortuna, pues no está solo en tu mano la mudanza della, que tal vez entre las más bien fundadas y verdes esperanzas suele toparse el más venenoso áspid que las marchita, maltrata y desvanece. No fíes de tu servidumbre el premio de tus méritos, ni de tu grande desvelo la satisfacción de tus trabajos. Estate siempre a la mira, como la grulla, con la piedra en la mano, para que, al caerte, despiertes y alces el vuelo; que sucede mil veces tirarte la que tiene el que tienes más obligado, escondiendo la suya para que no le veas. El mayor amigo te llevará tal vez al mayor peligro.

No intentes lo difícil por medios poco honestos, que a donde la razón clama, si falta la justicia de los hombres, Dios con mayor rigor ejecuta la suya. De las glorias del mundo no hagas grande aprecio, que a veces se consiguen para mayores penas. Lo que pretendes hoy y consigues mañana, esotro día lo aborreces; que el vacío de una alma es

---

<sup>1062</sup> Paralela a la primera línea del siguiente párrafo, aparece otra glosa marginal incomprensible. Ms. (p. 635).

<sup>1063</sup> Las locuras corresponden a la vida anterior del pícaro; las curas son las de los enfermos, pero también la suya.

de tanta grandeza, que si no es Dios, nadie puede llenarla. Anhela la esperanza lo que más se desea; y si hubiera mil mundos, uno que le faltase al hombre para dominarle le diera gran cuidado; y, poseyéndolos todos, no se aquietara; que, como aspira la alma a su más propia esfera, que solamente es Dios, solo en el objeto de su centro, que es él, deja de estar violenta; y cuanto más ausente, en tanto mayor pena.

Y por esta razón, curioso lector, fiscal de mis discursos, ya sé que no es posible contentarte, porque, cuanto más fuerza tuvieren en ti los efectos de la alma, tanto menos podrán mis discursos dejarte satisfecho, mi desvelo contento, mi trabajo gustoso. Y así te suplico me dejes en esta ermita, adonde de una galera me trajo Dios, por su grande misericordia, a hacer penitencia de mis grandes culpas y pecados. No me vuelvas al remo del mundo, a los naufragios de sus escollos, a los accidentes de su inconstancia, a las borrascas de su fortuna, a los contrastes de sus olas. Déjame acabar la vida fuera del comercio de las gentes, solo en este monte entre estos peñascos, adonde protesto rendir a Dios el alma, y el cuerpo a la tierra.

Y declaro que, si alguno quisiere inquietarme sacándome desta ermita, que doy por testimonio y suposición falsa todo lo que dijere, escribiere o manifestare de mi vida, porque, hasta llegar Dios a dar auxilios a un pecador para arrepentirse y hacer penitencia de sus culpas, puede tolerarse el que la escriba; pero dende allí adelante, será inorancia escribir cosa alguna, salvo si fuere por expreso mandato de un confesor docto para mayor gloria de Dios, que a todos nos lleve a su santo reino.

FINIS

## A MODO DE CIERRE

Las visibles muestras de fatiga de que la novela picaresca comienza a adolecer ya en las primeras décadas del siglo XVII se traducen en esta *Tercera parte de Guzmán de Alfarache* en el casi total distanciamiento para con los primeros presupuestos de un género que, a la altura de 1650, exhalaba sus últimos estertores. A pesar de que tal progresiva edulcoración venía ya acusándose en obras más tempranas, la de Félix Machado es muestra inestimable, no solo de la consabida pérdida del realismo descarnado y el carácter crítico, motor de las primeras y más notables manifestaciones, sino de hasta qué punto su autor fue capaz de subvertir dichos elementos en pos de las tendencias ideológicas opuestas, y de unas circunstancias históricas —las que terminarán con la definitiva emancipación de Portugal en 1668— que supo recoger para, con la sutileza y la paciencia compositiva que destilan sus páginas, componer una continuación ya desfasada y ajena al fenómeno editorial que habían significado sus otras precursoras.

Nada más alejado de ese realismo crítico del *Lazarillo de Tormes* o *El Buscón* podría encontrarse una novela cuyo relato se emplaza en un contexto que más tiene de arcadía portuguesa que de envilecida realidad castellana, y que se adscribe a la categoría narrativa de lo ejemplar, lo didáctico y lo prescriptivo en los términos del pensamiento tridentino y la teología cristiana. Dicha ejemplaridad se anuncia casi desde cada personaje de cuantos acompañan a un pícaro que ha dejado de serlo, como también así de la resolución de las muchas historias y anécdotas que el autor va insertando, aquí y allá, por boca de prelados, peregrinos, estudiantes o almas arrepentidas que componen un fresco de realidad ideal: la que está en la cabeza de Machado de Silva y que viene inspirada por su mundo de ayer, por los verídicos cuentos de la intrahistoria portuguesa, las leyendas folclóricas, las vidas de santos o las visibles influencias literarias que sobre él ejercieron autores de la talla de Quevedo o Miguel de Cervantes.

Pero más allá de su indiscutible valor testimonial del final del género que pretende imitar, de los excesos de una era literaria que ya dejaba paso al pretexto neoclásico, o de las tensas relaciones entre portugueses y castellanos que marcaron los años en que fue concebida, esta *tercera parte* es cierre necesario al ciclo de Alemán y ejemplo de riqueza y variedad: la novela entendida como enorme contenedor de temas y materias que persigue el deleite del lector para así divulgar sus enseñanzas.

## BIBLIOGRAFÍA

ABASCAL MONEDERO, Pablo José (2010): *La reforma de la Justicia en el pensamiento español ilustrado*, Madrid, Ministerio de Justicia.

ALEMÁN, Mateo (2006): *Guzmán de Alfarache*, 2 v. Edición de José María Micó, Madrid, Cátedra.

— (2012): *Guzmán de Alfarache*, edición de Luis Gómez Canseco, Madrid, Biblioteca Clásica de la RAE, Galaxia Gutenberg.

ÁLVAREZ ROBLIN, David (2014): *De l'imposture à la création: Le Guzmán et le Quichotte apocryphes*, Madrid, Casa de Velázquez.

*Antología de la poesía modernista española* (2008), edición de Almudena del Olmo Iturriarte y José J. Días de Castro. Madrid, Clásicos Castalia.

AQUINO, Santo Tomás de (1966): *Suma teológica (selección)*, introducción y notas de Ismael Quiles, Madrid, Espasa Calpe, Colección Austral.

ARELLANO, Ignacio (1991): *Crítica textual y anotación filológica en las obras del Siglo de Oro*, Editorial Castalia.

ARISTÓTELES (1994): *Ética a Nicómaco*, Madrid, Editorial Gredos.

ARREDONDO, M<sup>a</sup> Soledad (1995): “De Lazarillo a Estebanillo: novedades picarescas del *Estebanillo González*” en *Revista de Filología Española*, vol. 75, nº 3-4, 24 pp.

AZAUSTRE GALIANA, Antonio (1994): “Compositio, narración y digresión en *Guzmán de Alfarache*” en *Actas Primer Encuentro interdisciplinar sobre Retórica, texto y Comunicación*, vol. I, pp. 256, 261.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua castellana [Autoridades]*, Madrid, 1726-1740.

BALADRÓN, Carlos (1983): *Félix Machado da Silva e Castro y la Tercera parte de Guzmán de Alfarache*, Tesis Doctoral, Nueva York University.

BARANDA, Consolación (1988): *Introducción a la edición de la Segunda Celestina de Feliciano de Silva*, Madrid, Cátedra.

BATAILLON, Marcel (1968): *Novedad y fecundidad del «Lazarillo de Tormes»*, Salamanca, Anaya.

BERCEO, Gonzalo de (2006): *Milagros de nuestra señora*, Madrid, Editorial Cátedra.

BLECUA, Alberto (1983): *Manual de crítica textual*, Editorial Castalia.

BORREGO, Esther (2015): “Portugal y los portugueses en el teatro cómico breve del siglo XVII” en Hipogrifo, Madrid, vol. 3, pp. 49-69.

—(2003): “De dueñas, celestinas y entremeses”, en Revista del CES Felipe II, Madrid nº O, 11pp.

BOUZA, Fernando (1991): *Locos, enanos y hombres de placer en la Corte de los Austrias*, Madrid, Ediciones temas de hoy, 1991.

—(2011): *Cartas de Felipe II a sus hijas*, Madrid, Ediciones Akal.

BRANCAFORTE, Benito (1996): “El mito de Sísifo y la estructura de Guzmán de Alfarache”, en *Guzmán de Alfarache*, Madrid, Ediciones Akal.

CANO, Benito (1793): *Históricas sacadas del archivo de Uclés, de sus sepulcros y calenda y del testamento del infante don Enrique, con un cronicón hasta ahora no publicado*, Madrid, Oficina de Benito Cano.

CAPMANI, Antonio (1841): *Tesoro de los prosadores españoles*, París, Baudry, Librería europea.

CARRETER, Lázaro (1984): “Para una revisión del concepto «novela picaresca» en Lazarillo de Tormes en la picaresca, Barcelona, Ariel.

CASTILLO DE BOBADILLA, Jerónimo (1759): *Política para corregidores y señores de vasallos, en tiempos de paz y guerra, y para preladados en lo espiritual, y temporal entre legos, jueces de comisión* [...], tomo I, Madrid, Imprenta de Joaquín Ibarra.

CERVANTES, Miguel de (2004): *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Madrid, edición del IV Centenario, Real Academia de la Lengua.

—(1943): *Obras completas*, Madrid, Aguilar Eternas,

— (2013): *Novelas ejemplares*, edición de Jorge García López, Madrid, Biblioteca Clásica de la RAE, Galaxia Gutenberg.

CORREAS, Gonzalo (2000): *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, edición de Ignacio Arellano y Rafael Zafra, Kassel, Reichenberger.

COVARRUBIAS HOROZCO, Sebastián (2006): *Tesoro de la lengua castellana o española*, edición de Ignacio Arellano y Rafael Zafra, Pamplona, Universidad de Navarra, Iberoamericana Vervuert.

CROS, Edmund (1984): “La troisième Partie de Guzmán de Alfarache de Mateo Alemán”, en *Estudios de la literatura española y francesa. Siglos XVI y XVII. Homenaje a Horst Baader*, Frankfurt, Vervuert, pp. 161-167.

CRUZADA VILLAAMIL, Gregorio (1874): “Informaciones de las calidades de Diego de Silva Velásquez para el hábito de la orden de Santiago”, *Revista Europea*, 3,21, (Madrid, Medina y Navarro Editores), pp. 80-84.

DE ARCE, Fernando (2002): *Adagios y fábulas*, edición de Antonio Serrano Cueto, Madrid, editorial Palmyrenus.  
[[https://books.google.es/books?id=wk5xzzMy74gC&printsec=frontcover&dq=adagios+y+f%C3%A1bulas&hl=es&sa=X&ved=0ahUKEwiC5f7\\_kOHWAhXJB8AKHclmDrYQ6AEIJjAA#v=onepage&q=adagios%20y%20f%C3%A1bulas&f=false](https://books.google.es/books?id=wk5xzzMy74gC&printsec=frontcover&dq=adagios+y+f%C3%A1bulas&hl=es&sa=X&ved=0ahUKEwiC5f7_kOHWAhXJB8AKHclmDrYQ6AEIJjAA#v=onepage&q=adagios%20y%20f%C3%A1bulas&f=false)]

DE BURGOS, Augusto (1853): *Blasón de España: libro de oro de su nobleza*, tomo II, Madrid, Imprenta de Rivadeneyra.

DE CASTRO, Guillén (1997): *El conde Irlos*, en Obras completas, tomo I, Madrid, Biblioteca Castro.

DE HITa, Arcipreste (1988): *Libro del buen amor*, edición de G. B. Gybbon-Monypenny, Madrid, Editorial Castalia.

DE CIEZA DE LEÓN, Pedro (1985): *Obras completas II*, edición de Carmelo Sanz de Santa María, Madrid, CSIC.

DEL BARCO, Pablo (2010): “Un antecedente literario de los Machado”, Edición del Ayuntamiento de Sevilla, Sevilla, Colección de Clásicos Sevillanos, núm. 42.

DE LA CRUZ, San Juan (2010): *Cántico espiritual y otras canciones de San Juan de la Cruz*, Barcelona, Editorial Vaso Roto.

DE LA SIERRA, Pedro (2003): *Espejo de príncipes y caballeros (segunda parte)*, Madrid, Centro de Estudios Cervantinos.

DEFFIS DE CALVO, Emilia (1989): *Viajeros, peregrinos y enamorados, la novela española de peregrinación del siglo XVII*, Pamplona, Editorial Eunsá.

DE MAYORA, Miguel (2011): *Cosmómetro o tratado de las medidas de la naturaleza*, Charleston, Bibliobazaar.

DE VEGA, Lope (1776): Colección de obras sueltas así en prosa como en verso de Frey Lope Félix de Vega Carpio, tomo V, Madrid, Imprenta de don Antonio de Sancha.

DIÓGENES LAERCIO (1792): *Los diez libros sobre las vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, tomo II, Madrid, Imprenta Real.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio (1995): *Los judeoconversos en España y América*, Madrid, Istmo.

DUNN, PETER N. (1993): *Spanish Picaresque fiction, a new literary History*, New York, Cornell University Press.

ENRÍQUEZ GÓMEZ, Antonio (1992): *El siglo pitagórico y Vida de Don Gregorio Guadaña*, edición de Teresa de Santos, Madrid, Colección de Letras Hispánicas, Editorial Cátedra.

ESPINEL, Vicente (1881): *Vida del Escudero Marcos de Obregón*, Biblioteca Arte y Letras, Barcelona, Editorial Maucci.

ESTEYNEFFER, Juan de (1712): *Florilegio medicinal de todas las enfermedades*, Madrid, Imprenta de Alonso Balbas.

DE HAAN, Fonger (2013): *Pícaros y ganapanes*, Méjico, Libros de Baubo.

DUNN, Peter N. (1993): *Spanish Picaresque fiction, a new Literary History*, New York, Cornell University Press.

FARIA Y SOUSA, Manuel de (1678): *Europa portuguesa*, tomo I, Lisboa, Imprenta de Antonio Craesbeeck.

[[https://books.google.es/books?id=X19JAAAACAAJ&printsec=frontcover&dq=faria+y+sousa+europa+portuguesa&hl=es&sa=X&ved=0ahUKEwiCm-CG78\\_WAhVjLcAKHQvDAq4Q6AEIMjAB#v=onepage&q=faria%20y%20sousa%20europa%20portuguesa&f=false](https://books.google.es/books?id=X19JAAAACAAJ&printsec=frontcover&dq=faria+y+sousa+europa+portuguesa&hl=es&sa=X&ved=0ahUKEwiCm-CG78_WAhVjLcAKHQvDAq4Q6AEIMjAB#v=onepage&q=faria%20y%20sousa%20europa%20portuguesa&f=false)]

FERNÁNDEZ MONTESINOS, José (1933): “Gracián o la picaresca pura”, en la Revista *Cruz y Raya*, 4, pp. 39-63.

FOULCHÉ-DELBOSC, Raymond (1918): “Bibliographie de Mateo Alemán. 1598-1615” *Revue Hispanique*, 42, pp. 481-556.

GARCÍA, Carlos (1910): *La Desordenada codicia de los bienes ajenos: obra apazible y curiosa, en la cual se descubren los enredos y marañas de los que no se contentan con su parte*, París, Editorial Garnier.

GIL BECERRA, Benito (1739): *Paraíso de oraciones sagradas*, Barcelona, Imprenta de Joseph Giralt.

GUEVARA, Antonio de (1633): *Epístolas familiares*, Amberes, Imprenta de Iván Meurcio.  
[[https://books.google.es/books?id=LQZGAAAACAAJ&printsec=frontcover&dq=ep%C3%ADstolas+familiares&hl=es&sa=X&ved=0ahUKEwj55KGQ8s\\_WAhXIBsAKHexpDHUQ6AEILjAB#v=onepage&q=ep%C3%ADstolas%20familiares&f=false](https://books.google.es/books?id=LQZGAAAACAAJ&printsec=frontcover&dq=ep%C3%ADstolas+familiares&hl=es&sa=X&ved=0ahUKEwj55KGQ8s_WAhXIBsAKHexpDHUQ6AEILjAB#v=onepage&q=ep%C3%ADstolas%20familiares&f=false)]



GÓMEZ CANSECO, Luis (2012): Estudio del *Guzmán de Alfarache*, Madrid, Biblioteca Clásica de la RAE, pp. 761-931.

GÓNGORA, Luis de (1967): *Góngora y el “Polifemo”*, Antología comentada y anotada por Dámaso Alonso, Madrid, Editorial Gredos.

GOYTISOLO, Juan (2001): “Estebanillo González, hombre de buen humor”, *El furgón de cola*, Biblioteca Breve, Barcelona, Seix Barral.

GRACIÁN, Baltasar (1996): *El criticón*, edición de Santos Alonso, Madrid, Cátedra.

— (2003): *Oráculo manual y arte de prudencia*, en Obras edición de Miguel Romera Navarro, facsímil de la ed. de 1954, Madrid, CSIC.

HERRA, Carlos Antonio (1774): *Historia del Viejo y Nuevo Testamento*, tomo II, Madrid, Imprenta de Joaquín Ibarra.

[[https://books.google.es/books?id=N3IZ8BBM\\_l8C&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs\\_ge\\_summary\\_r&cad=0#v=onepage&q&f=false](https://books.google.es/books?id=N3IZ8BBM_l8C&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false)]

HERRERO GARCÍA, Miguel (1966): *Ideas de los españoles del siglo XVII*, Madrid, Gredos.

IGLESIAS DE LA CASA, José (1821): *Poesías*, vol. II, París, Librería de Teófilo Barrois.

INFANTES DE MIGUEL, Víctor (2010): “A la tercera va la vencida. Otro testimonio de descendencia literaria: la *Tercera parte de Guzmán de Alfarache*”, Edición del Ayuntamiento de Sevilla, Colección de Clásicos Sevillanos, núm. 42.

IZQUIERDO BENITO, Ricardo (2004): “Fiesta y ocio en las ciudades castellanas durante la Edad Media” en *La fiesta en el mundo hispánico*, Cuenca, Colección Estudios, pp. 185-212.

JENOFONTE, *Las obras de Jenofonte ateniense*, tomo II, *Anábasis*, Madrid, Imprenta Real de la Gazeta.

LABRADOR HERRÁIZ, José (2002): “Florilegio de Poesía erótica del Siglo de Oro”, *Calíope*, vol. 8, nº 1. pp. 119-166.

*Lazarillo de Tormes* (2011): edición, estudio y notas de Francisco Rico, Madrid, Biblioteca Clásica de la RAE. Galaxia Gutenberg.

*La vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor* (1990): edición de Antonio Carreira y Jesús Antonio Cid, Madrid, Cátedra.

LOZANO, Pedro (1994): *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, Buenos Aires, Gram Editora.

LUJÁN DE SAYAVEDRA, Mateo (2007): *Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, edición de David Mañero Lozano, Madrid, Cátedra.

MACHADO DE SILVA E CASTRO, Félix (1927): *Tercera parte de Guzmán de Alfarache*, Herausgegeben, edición de Gerhard Moldehauer, *Revue Hispanique*, 69, pp. 1-134.

— (2010): *Tercera parte de Guzmán de Alfarache*, edición del Ayuntamiento de Sevilla, estudios introductorios de Víctor Infantes y Pablo del Barco, Sevilla, Colección de Clásicos Sevillanos, núm. 42.

— (1660): *Vida de Manuel Machado de Acevedo*, Madrid, Imprenta de Pedro García de Paredes.

MACHADO, Manuel y Antonio (1951): *Obras completas*, Madrid, Editorial Plenitud.

MACHADO, Antonio (2006): *Poesías completas*, edición de Manuel Alvar, Madrid, Espasa Calpe.

MAESTRO, Jesús G. (2007): *Las ascuas del Imperio: crítica de las Novelas ejemplares de Cervantes desde el materialismo filosófico*, Vigo, Academia del Hispanismo.

— (2014): *Contra las musas de la ira. El materialismo filosófico como Teoría de la Literatura*, Oviedo, Ediciones Pentalfa.

MICÓ, José María (2006): Introducción al *Guzmán de Alfarache*, Madrid, Cátedra, pp. 15-73.

MIRA DE AMESCUA, Antonio (1972): *La mesonera del cielo*, edición de José María Bella, Madrid, Espasa Calpe.

MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH (1912): *Personajes, personas y personillas que corren por las tierras de ambas castillas*, vol. II, Sevilla, librería de San José.

MORENO BÁEZ, Enrique (1948): *Lección y sentido de «Guzmán de Alfarache»*, Madrid, CSIC.

NAVARRO DURÁN, Rosa (2010): “Estudio Introductorio a la *Tercera parte de Guzmán de Alfarache*”, Colección de Novela Picaresca vol. 5, Madrid, Biblioteca Castro-Turner.

— (2004): *Alfonso de Valdés, autor del Lazarillo de Tormes*, Madrid, Editorial Gredos.

NIEMEYER, Katharina (2008): “De pícaro a ermitaño. La tercera parte de de Guzmán de Alfarache, de Félix Machado da Silva e Castro”, en *La novela picaresca: concepto genérico y evolución del género, siglos XVI y XVII*, edición de Klaus Meyer-Minnemann y Sabine Schileckers, Madrid, Iberoamericana, pp. 501-522.

NIEMEYER-MINNEMANN, Klaus y SCHLICKERS, Sabine (2008): *La novela picaresca: concepto genérico y evolución del género, siglos XVI y XVII*, Madrid, Editorial Iberoamericana.

OVIDIO (1966): *El arte de amar / El remedio del amor*, estudio de Carlos García Gual, Madrid, Biblioteca Edaf.

P. CASTILLA, Roberto (2005): *Escenografía y escenificación en el teatro del Siglo de Oro*, Actas de la Universidad de Granada.

PALMA, Ricardo (1893): *Tradiciones peruanas*, segunda serie, Barcelona, Montaner y Simón.

PALMA FERREIRA, Joao (1981): *Do pícaro na literatura portuguesa*, Lisboa, Editorial del Instituto de Cultura y Lingua Portuguesa.

PARKER, Alexander (1975): *Los pícaros en la literatura. La novela picaresca en España y Europa (1599-1753)*, Madrid, Editorial Gredos.

PEALE, George (1977): *La anatomía de «El diablo cojuelo»: deslindes del género anatómico*, North Carolina, Chapel Hill University, U.N.C., Departamento de Lenguas Romances.

PLATÓN (1805): *La República o coloquios sobre la justicia*, Madrid, Casa de José Collado.

[[https://books.google.es/books/about/La\\_Rep%C3%ABlica\\_de\\_Plat%C3%B3n\\_o\\_coloquios\\_sob.html?hl=es&id=gCOTFkztdRcC&redir\\_esc=y](https://books.google.es/books/about/La_Rep%C3%ABlica_de_Plat%C3%B3n_o_coloquios_sob.html?hl=es&id=gCOTFkztdRcC&redir_esc=y)]

QUEVEDO, Francisco de (1927): *Historia de la vida del buscón llamado don Pablos*, edición de Américo Castro, Madrid, Clásicos castellanos.

— (2005): *El Buscón*, edición de Pablo Jauralde, Madrid, Castalia,

— (1917): *El mundo por de dentro*, edición de Julio Cejador y Frauca, Madrid, Clásicos castellanos.

— (1987): *La hora de todos y la Fortuna con seso*, edición de Jean Bourg, Pierre Dupont y Pierre Geneste, Madrid, Editorial Cátedra.

— (1995): *Poesías Completas*, tomo II, edición de José Manuel Blecha, Madrid, Editorial Castro.

RIBADENEYRA, Pedro de (1788): *Tratado de la Religión y Virtudes que debe tener el Príncipe Cristiano, para gobernar y conservar sus estados*, Madrid, Imprenta de Pantaleón Aznar.

[[https://books.google.es/books?id=B4EUqL\\_w6zEC&printsec=frontcover&dq=Tratado+de+la+religión+y+virtudes+que+debe+tener+el+Príncipe+cristiano+para&hl=es&sa=X&ved=0ahUKEwjrw\\_yZxs3WAhXJ7RQKHbahCvEQ6AEIJjAA#v=onepage&q&f=](https://books.google.es/books?id=B4EUqL_w6zEC&printsec=frontcover&dq=Tratado+de+la+religión+y+virtudes+que+debe+tener+el+Príncipe+cristiano+para&hl=es&sa=X&ved=0ahUKEwjrw_yZxs3WAhXJ7RQKHbahCvEQ6AEIJjAA#v=onepage&q&f=)]

RICO, Francisco (1967): *La novela picaresca española*, Barcelona, Planeta.

— (2011): “Estudio introductorio al *Lazarillo de Tormes*”, Madrid, Biblioteca Clásica de la RAE, Galaxia Gutenberg.

– (1970): *La novela picaresca y el punto de vista*, Madrid, Seix Barral, Colección Biblioteca Breve.

RUBIO ÁRQUEZ, Marcial (1993): “Situación actual de los estudios sobre el Guzmán apócrifo” *Cervantes Virtual*, Actas III. [[https://cvc.cervantes.es/literatura/aiso/pdf/03/aiso\\_3\\_3\\_054.pdf](https://cvc.cervantes.es/literatura/aiso/pdf/03/aiso_3_3_054.pdf)].

SAN AGUSTÍN (1941): *Confesiones*, prólogo, traducción y notas de Lorenzo Riber, Madrid, Editorial Aguilar.

SAN MIGUEL, ÁNGEL (1974): “Tercera parte de Guzmán de Alfarache. La promesa de Alemán y su cumplimiento por el portugués Machado da Silva”, *Revista Iberoromania*, 1, pp. 95-120.

SANTA TERESA DE JESÚS (1957): *Vida de Santa teresa de Jesus*, en Obras completas, Madrid, Aguilar Eternas.

SATANOWSKY, Isidro (1954): *Derecho intelectual*, vol. I, Buenos Aires, Tipográfica editora Argentina.

SOBEJANO, Gonzalo (1959): “De la intención y valor del Guzmán de Alfarache”, Frankfurt, *Romanische Forschungen*, 71, pp. 267-311.

SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis (1991): *La crisis de la Hegemonía española, siglo XVII*, Madrid, Rialp.

TRULLEMANS, Ulla M. (1968): *Huellas de la picaresca en Portugal*, Madrid, Ínsula.

VÉLEZ DE GUEVERA, Luis (1984): *El diablo cojuelo*, edición de Enrique Rodríguez Cepeda, Madrid, Editorial Cátedra.

WICKS, Ulrich (1989): *Picaresque narrative, picaresque fictions: A theory and research guide*, Connecticut, Greenwood Press.